AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL P. J. CROISSET, DE LA CAMPAÑÍA DE JESUS,
TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

NUEVA EDICION

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano integro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbitero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARRAGERO, Presbitero, Doctor en Teologia, Licenciado en Canones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcalá de Henares.

Adornada con láminas finas.

TOMO IV.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

—

1864

AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

ABRIL.

DIA PRIMERO.

EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

En los primeros siglos de la Iglesia, sin embargo de que por institucion de los sagrados apóstoles y de los prelados que les sucedieron, se celebraba la memoria de la vírgen María y la de los mártires que derramaron su sangre por la confesion de Jesucristo, no encontramos que se tributase veneracion alguna en las liturgias al glorioso san José. Sin duda las mismas causas que movieron á nuestro Dios para llevarse de este mundo al santo patriarca antes de que Jesucristo manifestase al mundo su doctrina y obrase nuestra salud en la tierra, le movieron tambien para que su padre putativo estuviese sin el culto de los fieles por algunos centenares de años. La causa de la divinidad de Jesucristo, que impugnaron tantos herejes, y la de la virginidad perpetua de su sacratísima Madre, pedian tal vez que no se expusiese por entonces á los

ojos de los fieles, todavía rudos y tiernos en la fe, la festividad de un justo con el nombre de esposo de la Vírgen y de padre de Jesus. Fortalecidos los cristianos en la doctrina del Evangelio, y bien instruidos en sus dogmas, les proveyó la Iglesia de todos los auxilios que podia suministrarles la Religion en sus trabajos, y les señaló las fuentes donde podian beber dulcísimos consuelos en sus tribulaciones. Enseñóles que los bienaventurados son en el cielo unos poderosos intercesores para con el Padre de las misericordias, por cuyos méritos é influjo les concede liberalísimamente el tesoro de sus gracias.

Aunque el nombre de san José se halla en algunas liturgias griegas y latinas de tiempos muy remotos, es constante que su festividad no fué ordenada en la iglesia latina hasta que el papa Gregorio XV lo mandó, arreglándose sin duda al espíritu de la misma iglesia, que celebraba ya á este gran santo de tiempo inmemorial, como se deduce del breviario muzárabe, del de Milan y de otros muchos. Y es digno de notarse que el fervor y cuidado de su culto se ha debido siempre con especialidad al sagrado órden mendicante de carmelitas, los cuales tanto en el Oriente, cuando florecia allí la cristiandad, como en Occidente, cuando en el siglo XI decayó notablemente, conservaron siempre una particular devocion á san José, celebrando su festividad con sumo esmero. La experiencia hizo conocer á los fieles cuan provechosa les era la intercesion del esposo de María; y así, para desahogar sus corazones, clamaron á fin de que tuviese una festividad propia y peculiar su Patrocinio. Los intérpretes de sus votos fueron los carmelitas descalzos de la congregacion de España, que siguiendo fielmente el espíritu de su santa madre Santa Teresa de Jesus, dirigieron á la silla de san Pedro sus humildes ruegos, para que concediese celebrar la fiesta del

Patrocinio de san José. En efecto, el dia 6 de abril del año de 1682 concedió benignamente el papa Inocencio XI que en la dominica tercera despues de la pascua de resurreccion pudiesen celebrar esta festividad, dando á todos los cristianos el consuelo espiritual de enviar al cielo sus votos, alegrándose del poderoso patrocinio que disfrutan en el santísimo y virginal esposo de la Madre de Dios y madre de los pecadores.

Que los santos que reinan con Cristo ofrecen á Dios sus oraciones por los hombres; que es bueno y útil invocarlos humildemente, y acogerse á sus ruegos, á su favor y auxilio, para alcanzar beneficios de Dios por los méritos de su hijo Jesucristo nuestro Señor, que es nuestro solo Redentor y Salvador, es un dogma de fe definido en propios términos por el concilio de Trento (1), y reconocido anteriormente en toda la Iglesia. Ignoramos el grado de gloria y valimiento para con Dios que tiene cada uno de los bienaventurados; pero conjeturando prudentemente de sus virtudes y dignidad que nos son notorias, es preciso afirmar que el patrocinio de san José es de los mas poderosos que tenemos en el cielo. De dos principios podemos deducir esta verdad, que son el poder y la voluntad de favorecernos, ambos afianzados en la gran santidad de nuestro santo patriarca, y en la dignidad de padre putativo del Hijo de Dios y de esposo de la Reina de los ángeles. Porque, ¿qué dignidad no contiene en sí ser esposo de María? Si el discípulo amado del Señor es elogiado sin término solo por haber tenido la dicha de recibirla á su cuidado, ¿cuál será la dignidad de aquel que fué verdadero marido suyo; que tuvo en ella legítimo dominio y potestad; que fué su señor y cabeza; que la cuidó, la alimentó y la tuvo en su compañía hasta su dichosa

(1) Conc. Trid. ses. 25.

muerte? Si el Bautista fué santificado en el vientre de santa Isabel luego que María la saludó, ¿cuánta gracia, cuántos dones, cuánta santificacion causaria en nuestro santo la conversacion continua de su Esposa? Si es imponderable la venturosa dignidad del santo discípulo porque la llamó madre, ¡cuánta será la de san José, á quien la Vírgen llamaria señor y esposo! «¡Ó sumamente admirable sublimidad de José! ¡ó dignidad incomparable, que la misma Madre de Dios, Reina del cielo y Señora del mundo, no se desdeñase de llamarte señor!» Así exclama el devotísimo Juan Gerson. Esta dignidad se percibe todavía con nuevos brillos de grandeza y de poder, atendiendo á que Dios mismo con una particular providencia le destinó para esposo de María, como sienten uniformemente todos los padres. El mismo Dios dijo que la mujer, hecha á semejanza del hombre, habia de ser una ayuda para él; de lo cual se forma esta reflexion, que es muy obvia: Si José fué destinado por una particular providencia para esposo de María, debió ser semejante á ella. Pues ¡cuánta dignidad, cuánta gracia y cuanto poder se debe suponer en este santo para decir con verdad que es semejante á su esposa! Y si la semejanza es causa de amor, ¡cuán amado seria de la Señora quien tanto se la parecia en las virtudes y en la gracia!

«Sabia María, dice san Bernardino de Sena, cuanta era la unidad matrimonial en el amor espiritual; sabia que san José le habia sido dado por el Espíritu Santo por esposo suyo, por fiel custodio de su virginidad, y para ser participante en el amor de caridad y obsequiosa solicitud de la prole divina que habia de nacer de su seno: y por tanto, le amaba sencillísimamente con todo el ahinco de su virginal corazon. Mas siendo del varon ó del marido lo que es de la mujer, creo que la bienaventurada Vírgen comuni-

caba á su esposo todo el rico tesoro de su corazon, extendiéndose su liberalidad hasta donde llegaba la capacidad de nuestro santo.» Hasta aquí son palabras de san Bernardino: de ellas puede inferirse la dignidad, la grandeza y los esclarecidos merecimientos del bienaventurado esposo. Porque si la mujer prudente es un don de Dios, como se dice en los Proverbios (1); si es bienaventurado el varon fiel que logra una mujer honesta y virtuosa, como premio que le concede el Señor en remuneracion de sus buenas obras, segun dice el Eclesiástico (2), ¡cuánta será la ventura, el mérito y la dignidad de quien mereció la mas prudente, la mas santa de todas las mujeres, de quien mereció á la misma Madre de Dios! ¡cuánto será su poder, su virtud y su valimiento! Mídalo aquel Dios de bondad, que supo y quiso darle tanta gracia; que á nosotros los mortales solo nos es permitido admirarlo sin llegar á comprenderlo. El mejor modo de conocer la dignidad de san José, es aquel con que dijo san Gregorio Nacianceno las virtudes del marido de su hermana Gorgonia: ¿Quereis saber, dice este santo, quién fué este grande varon? Yo os lo diré en pocas palabras: Fué un digno marido de Gorgonia. De la misma manera podemos decir, y con infinita mas razon: ¿Quereis saber quién es José? Es un digno esposo de María; y con esto parece que está dicho cuanto se puede desear para formar concepto de la alteza de su dignidad y de la grandeza de su patrocinio.

Esta consideracion cobra nueva fuerza atendiendo al título de *padre de Cristo,* prescindiendo de la gloria y dignidad que le pueda resultar de que este título de *padre* le convenga propiamente sin el aditamento de *putativo* ó *existimado*. El sabio Cornelio á Lápide prueba con mucha erudicion y solidez que á san José

(1) Cap. 19. — (2) Cap. 26.

le conviene propiamente el título de *padre de Cristo*, y cita en prueba de su modo de pensar á muchos teólogos de reputacion, y al gran padre san Agustin. Las razones que para ello propone, ya de la familia y genealogía de Cristo; ya del derecho legítimo con que el santo poseia el cuerpo santísimo de la Vírgen, en cuyas entrañas encarnó el divino Verbo; ya del derecho de posesion comun al esposo y á la esposa acerca de los bienes adquiridos durante el matrimonio; ya porque Jesus tenia el derecho filial respecto de san José, por el cual le pertenecia el reino de Judá, y de consiguiente san José tambien habia de tener el derecho paterno; son razones bastante bien fundadas, y que ningun teólogo cuerdo podrá tachar de frívolas. Pero sin recurrir á ellas, y quedando el título de san José en el de *padre putativo de Cristo*, es suficiente para argüir de él una dignidad y un poder casi inmenso que hacen admirable su patrocinio.

Desde luego basta para llamarle de cierto modo padre del Salvador del mundo; y si el título de madre en María arguye una dignidad sobre todos los ángeles y serafines, el de padre putativo en José debe suponer una dignidad proporcionada. Por este título estaba sujeto Cristo á san José, como dice san Lucas (1): y así como en el Señor arguye esta sujecion una humildad infinita, dice Gerson, así en el santo José denota una dignidad incomparable. Con razon exclama el gran padre san Agustin (2): *Gózate, José santo, gózate y complácete en la virginidad de María, pues mereciste tú solo poseer, juntamente con los honores y privilegios del matrimonio, la gloria de un virginal afecto; pues por amor á esta angelical virtud, de tal modo te separaste de los derechos que tenias sobre tu santísima Esposa, que en premio eres llamado padre del Salvador.* ¡Cuántos favores podemos pensar que

(1) Cap. 2. — (2) Serm. 21, de Nativ. Dom.

haria Jesus á su padre putativo! ¡qué don, qué privilegio le reservaria! Si al discípulo amado llenó de gracias con solo reclinarle una vez sobre su amoroso pecho y llamarle hijo de su Madre santísima, José, que continuamente le hablaba, le tenia en sus brazos, le estrechaba á su pecho, y gustaba sus dulcísimos ósculos, ¡qué privilegios, qué dones no recibiria! Por eso dice Juan Gerson en el sermon de la natividad de la Virgen, que predicó en el concilio constanciense, que se puede creer piadosamente que este santo fué santificado en el vientre de su madre : y afirma que se contiene así en el oficio jerosolimitano de este santo, como tambien el haber subido en cuerpo y alma al cielo juntamente con Jesucristo. A la verdad, prosigue este piadoso varon, si el mismo Cristo afirmó que en donde él estuviese allí habia de estar su servidor y ministro, sin duda que san José está en cuerpo y alma en el cielo, y tanto mas cercano al trono de la Majestad, cuanto fué mas inmediato despues de María en el ministerio con que le sirvió en la tierra.

De todo lo dicho se infiere cuanto es el poder de san José para favorecernos, y se puede formar el siguiente raciocinio : Si justamente tiene el padre dominio en los bienes del hijo, luego se puede decir que este santo patriarca tiene en cierto modo á su arbitrio y en sus manos toda la potestad de Jesus para favorecer á sus devotos ; luego tiene un poder á cuya extension no puede poner límites la necesidad mas extrema; un poder tan válido que no se le puede representar necesidad ó calamidad que nō sea inferior á su beneficencia; un poder en fin que, junto á una voluntad finísima con que siempre está pronto á oir nuestras miserias, forma un patrocinio completo y perfectísimo; un patrocinio con tanta confianza, seguridad y poderío, como que sus súplicas á Jesus y María se pueden reputar por preceptos de un marido

á su mujer, y de un padre á su hijo. Así lo dice su enamorado devoto Juan Gerson en la admirable obra que compuso á san José, titulada *la Josefina*, obra dulcísima, poema precioso en verso latino, que dedicó á su héroe, y de que no hemos de tener envidia los españoles, teniendo en nuestra lengua otro poema de no inferior mérito, dirigido igualmente á celebrar las glorias de san José, compuesto por el sabio maestro Valdivieso, y que con tanta aceptacion anda en las manos de los eruditos y de los verdaderos devotos.

No basta que un sujeto pueda favorecernos y librarnos enteramente de calamidad y de miseria, si su voluntad no se inclina á tan piadosa ejecucion: así como no basta tampoco querer proteger á uno y darle auxilio en sus fatigas, si falta poder y fuerzas para poner por obra lo que se quiere. Por tanto, habiendo ya declarado algun tanto cuán grande es el poder y valimiento del patriarca san José, resta decir algo de la prontitud y fineza de su voluntad, para que así se pueda formar concepto de la grandeza de su patrocinio, y con cuanta razon le propone con festividad especial la santa madre Iglesia á los fieles sus hijos para su consolacion y provecho. Muchas razones se pudieran traer para hacer ver que nuestro santo tiene una voluntad sencilla y verdadera de favorecer á sus devotos; pero sin mas que considerar la piedad del santo patriarca y nuestras propias miserias, hallaremos suficiente fundamento para deducir la que deseamos. No tiene duda que, cuanto mayores son las aflicciones de un desdichado, otro tanto mas mueven los corazones humanos á la compasion. Nunca experimentó el pueblo de Dios mas pronta la proteccion divina, que cuando el cautiverio de Egipto llegó á lo sumo de la opresion; cuando se vió perseguido de un rey pérfido y soberbio; cuando en el

desierto llegó á secarse de sed; cuando en Babilonia gemia entre la dureza de las cadenas y grillos; cuando en Betulia estaba mas apurado de la sed, del hambre y de la fiereza de los Asirios, y cuando por todas partes le oprimian las desgracias : entonces las mismas miserias arrancaban del corazon del Todopoderoso la misericordia, aunque por otra parte tuviesen sus ingratitudes irritada su justicia.

Aunque el hombre quiera cerrar los ojos de la razon para no conocer cuanto distamos en este valle de lágrimas de la verdadera felicidad, se lo harán percibir y confesar sus mismas pasiones, y la inquietud perpetua con que vive. ¡ Cuántas miserias nos afligen! ¡cuantos peligros nos cercan! ¡ cuántas penas nos ahogan! ¿Adónde volvemos los ojos que no nos sorprenda el temor? ¿qué paso damos en que no nos haga estremecer el precipicio? Nuestros tratos, nuestras ocupaciones, nuestros ejercicios, las mismas personas con quienes comunicamos, ¿son otra cosa mas que una continua cadena de tropiezos, y una serie de desconfianzas, de sustos y de peligros! Vemos a Saul que corre riesgo de perecer estando durmiendo, y lo mismo le sucede á David usando de vigilancia; la comida es un peligro para el aborrecido Esaú, y no comiendo encuentra Jonatás el mismo peligro; Noé pierde el juicio y la razon bebiendo, y el no beber lleva á Ismael á la muerte; en la mar es sepultado Jonás en el vientre de una ballena, y corriendo por la tierra, queda Absalon colgado de una encina, y es pasado su corazon á lanzadas. En todas partes, en todo tiempo, en todas circunstancias es nuestra suerte infeliz; necesitamos de patrocinio y ayuda; y es tal nuestra infelicidad, que aun cuando el hombre se apartase del ruido y comercio de los demás hombres, y habitase en un yermo donde ni fieras ni serpientes hubiese que le persiguieran, allí mismo tendria que

guardarse de sus pasiones, y tendria consigo todas las lástimas solo con tenerse á sí mismo. Siendo, pues, tanta nuestra desventura, ¿cómo es posible que deje de moverse á piedad el que es digno esposo de la Madre de misericordia? ¿cómo será posible que no se conmuevan sus entrañas piadosas, teniendo una alma que es toda piedad y ternura? ¿cómo es posible que no sea pronto y seguro el patrocinio de quien nos ama como á hijos, y no desea otra cosa mas que libertarnos de la opresion y de la miseria?

Ni esto quiere decir que la compasion de nuestras desdichas sea el único móbil que determine á san José á dispensarnos favores; su generoso corazon se mueve tambien por otros poderosos resortes. El asemejarse á su sacratísima Esposa; el seguir las huellas y el ejemplo de aquel que no se desdeñó de ser reputado por hijo suyo, y colocó en el nombre de Jesus ó Salvador todo el timbre de su gloria; el concurrir por su parte, como tan interesado en ello, á que logre toda su eficacia la sangre que vertió Jesucristo por nosotros, y que no nos sea su pasion estéril por nuestra flaqueza; son otros tantos motivos que determinan su voluntad en favor nuestro, y hacen poderoso y eficaz su patrocinio. ¿Verá á su dulcísima esposa María tan pródiga de piedades y misericordias, que á semejanza de la granada, como se dice en los Cantares, abre su seno para derramar el fruto de su proteccion, y estará el santo esposo mirando tanta piedad con rostro sereno y con dureza de entrañas? ¿Verá á su santísimo hijo Jesus ofrecerse en víctima por el hombre, tomarle como solícito pastor sobre sus hombros para librarle de la perdicion, saltar los montes y los collados para socorrerle, y no abrirá san José el seno de su piedad? ¿y tendrá cerrada su boca el silencio para que no pronuncie súplicas por nosotros? ¿Mirará nuestra perdicion, verá desperdiciada en nosotros la sangre pre-

ciosa de aquel hijo que alimentó con su trabajo y cuidó con tanto esmero, y se estará ocioso, sin precaver, en cuanto le sea posible, nuestros precipicios, sin socorrer nuestras miserias, y sin hacernos manifiesta la poderosa virtud de su patrocinio? Es tan al contrario, que, segun san Bernardo, él mismo abre su pecho para que de sus piedades se surtan y provean todos largamente.

Es dificultoso apurar del todo esta materia, y por otra parte es ella de suyo tan clara, y está tan apoyada con la experiencia, que aun cuando faltaran razones en su abono, ó no fueran bastantes las dichas, suplirian por todo las mismas obras. Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, ¿quién podrá negar que apenas ha abierto la boca para implorar el patrocinio de san José, cuando ya ha visto con alegría que le enjuga las lágrimas con beneficios? Cualquiera que sea verdadero devoto del santo y quiera repasar su memoria, hallará que muchas veces le sacó del ahogo, le libró del apuro, templó sus miserias, remedio sus desgracias, y previno su total ruina. Esto mismo han atestiguado muchos devotos de san José; pero las experiencias de santa Teresa de Jesus y sus recomendaciones sobre este punto son de tanto peso, que bastará citar á esta gran santa y gran maestra de espíritu, para que quede suficientemente comprobado cuanto se ha dicho de lo poderoso que es el patrocinio de nuestro santo patriarca.

En el capítulo sexto de su vida escrita por ella misma, despues de haber dicho la necesidad en que se hallaba, sigue de esta manera, y con estas elocuentísimas palabras: « Tomé por abogado y señor al glorioso san José y encomendéme mucho á él: ví claro que ansí de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó con mas bien que yo le sabia pedir. Ni me acuerdo

hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer: es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, los peligros de que me ha librado, ansí de cuerpo como de alma. Que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; á este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender que, ansí como le fué sujeto en la tierra (que como tenia nombre de padre, siendo ayo le podia mandar), ansí en el cielo hace cuanto le pide... Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año, en su dia, le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la peticion, él la endereza para mayor bien mio.... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por la experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso patriarca, y tenerle devocion. En especial personas de oracion siempre le habian de ser aficionadas.... Quien no hallare maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso santo por maestro, y no errará en el camino. »

Todas las sabias, altísimas y elocuentes obras de esta gran santa están recomendando la misma devocion con palabras semejantes á las que quedan referidas, que no pueden ser ni mas sólidas, ni mas sencillas, ni mas vivas y afectuosas para recomendar el patrocinio de san José. La misma santa refiere en diversos lugares de sus obras los particulares beneficios que consiguió de Dios por la mediacion de este gran santo; pero

entre todos merece una particularísima atencion el que refiere en una carta que escribió á un hermano suyo desde la cárcel de Toledo, en donde se hallaba presa de órden del Nuncio, que la juzgaba una mujer hechicera, bruja, engañadora y andariega, como se explica la misma santa. Allí experimentó toda la fineza con que este santo patriarca socorre á sus aficionados y devotos; allí entre los horrores de la cárcel vió la santa que se rompian los cielos, y que bajaba san José cercado de resplandores y de gloria á consolarla, y darla cuenta del dia en que habian de tener fin sus trabajos y comenzarian sus prosperidades, como efectivamente se cumplió: y en agradecimiento á tamaño beneficio, dedicó la santa el convento de monjas carmelitas de Toledo al glorioso patriarca san José. De todo se infiere que, bien se atienda á las razones, bien se consulte la autoridad, ó bien se quieran examinar los ejemplos y la experiencia, siempre resulta para consuelo de los cristianos que san José es su protector, su amparo, su sombra y su refugio; que su patrocinio no solamente es seguro, sino tambien poderosísimo; que la representacion de nuestras miserias, su piedad y ternura, el ejemplo de su misericordiosísima Esposa y de su Hijo, los intereses de la sangre del Unigénito de Dios vertida por nosotros, y últimamente, la experiencia testificada por los santos, todo está acreditando una voluntad finísima, un patrocinio seguro, tan lleno de firmeza como ajeno de todo recelo. Demos, pues, infinitas gracias á Dios, que quiso prepararnos en su padre putativo un protector en nuestras miserias y trabajos. Demos gracias á nuestra madre la Iglesia, que solícita y amorosa nos propone esta festividad para que de ella saquemos copiosos frutos, no solamente para el cuerpo, sino tambien para el espíritu. Y últimamente, procuremos aprovecharnos de las

larguezas con que el cielo manifiesta su misericordia y beneficencia hácia nosotros; bien seguros de que si no recibiéremos en vano la gracia de Dios, como nos amonesta el apóstol san Pablo, serán tan ópimos y copiosos los frutos que sacaremos del patrocinio de san José, que ni las asechanzas del enemigo comun podrán enredarnos en sus lazos, ni los pasatiempos y falsedades del mundo aficionarán nuestros corazones, ni el fuego de la concupiscencia ennegrecerá con su humo pestífero nuestras almas, ni nos abatirán los trabajos, miserias y desventuras, ni las prosperidades y fortuna henchirán nuestros pechos de vanidad y de soberbia; en una palabra, seremos con el patrocinio de san José verdaderamente venturosos, verdaderamente felices y verdaderamente cristianos.

La misa es del patrocinio de san José, y la oracion la siguiente.

Deus, qui ineffabili providentia beatum Joseph sanctissimæ Genitricis tuæ sponsum eligere dignatus es; præsta, quæsumus, ut quem protectorem veneramur in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis: Qui vivis et regnas...

O Dios, que por una providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu santísima Madre; concédenos, que ya que en la tierra le veneramos por nuestro protector, merezcamos que interceda por nosotros en los cielos: Tú que vives y reinas...

La epístola es del cap. 49 del Génesis.

Filius accrescens Joseph, filius accrescens et decorus aspectu. Filiæ discurrerunt super murum, sed exasperaverunt eum, et jurgati sunt, invideruntque illi habentes jacula. Sedit in forti arcus ejus,

Hijo que vas creciendo José, hijo que estás creciendo y hermoso de semblante. Las doncellas corrieron sobre el muro; pero le exasperaron, y riñieron con él, y le tuvieron envidia los flecheros. Su arco se apoyó

et dissoluta sunt vincula brachiorum et manuum illius per manus potentis Jacob: inde pastor egressus est lapis Israel. Deus patris tui erit adjutor tuus, et Omnipotens benedicet tibi benedictionibus cœli desuper, benedictionibus abyssi jacentis deorsum, benedictionibus uberum et vulvæ. Benedictiones patris tui confortatæ sunt benedictionibus patrum ejus: donec veniat desiderium collium æternorum: fiant in capite Joseph, et in vertice Nazaræi inter fratres suos.

sobre el (Dios) fuerte, y las ligaduras de sus brazos y de sus manos fueron desatadas por las manos del poderoso (Dios) de Jacob: de allí salió el pastor, la piedra de Israel. El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con bendiciones de lo alto del cielo, con bendiciones del abismo que yace abajo, con bendiciones de pechos y de matriz. Las bendiciones de tu padre fueron confortadas con las bendiciones de los padres de él; hasta que viniese el deseo de los collados eternos: cúmplase en la cabeza de José, y sobre la coronilla de la cabeza del Nazareno entre sus hermanos.

REFLEXIONES.

Los patriarcas antiguos tenian la loable costumbre de llamar á todos sus hijos al tiempo de morir, y á cada uno le daban su bendicion. Como hablaban por la mayor parte inspirados de Dios, cada bendicion era una profecía del bien ó del mal que habian de experimentar sus hijos, y á las veces en estas bendiciones se contenian altísimos misterios, que figuraban en sombra las verdades que cumplió despues Jesucristo. En la epístola que propone hoy la Iglesia nuestra madre, se contiene la bendicion que dió Jacob al menor de sus hijos José, y en ella, además de enseñarle las divinas cualidades que habia de tener el Mesías prometido, del cual fué figura José, le da á entender en donde habia de colocar su confianza para hallar un patrocinio seguro contra las adversidades de esta vida. Por eso le dice: *El Dios de tu*

padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con bendiciones de lo alto del cielo y con bendiciones del abismo. Toda la confianza deben constituirla los hombres en Dios, si quieren que sus deseos logren el fin por que anhelan : porque solo Dios es el que sabe lo que les es conveniente, y solo él tiene poder para dispensarles beneficios. Pero el mismo Dios quiso misericordiosamente ensanchar nuestros corazones y ampliar mas nuestras esperanzas, haciendo que los justos, sus amigos y amados suyos, fuesen tambien para nosotros unos poderosos intercesores, que le hiciesen presentes nuestras miserias, y nos alcanzasen el remedio de ellas. Los males nos rodean y nos afligen continuamente, mientras vivimos esta vida mortal y trabajosa. Además de esto, como no tenemos en este mundo cosa alguna que sea capaz de saciar un corazon que fué hecho para amar á Dios, vivimos despedazados por nuestros mismos deseos, que siempre que no se terminen al fin debido, causan en nuestra alma una inquietud miserable, y la disipan en trabajosas é infelices pretensiones.

El hombre por sí mismo no es capaz de darse paz en sus pensamientos; sino que continuamente lucha con un tropel de vanidades que le quitan el sosiego, deseando honras, riquezas, puestos, dignidades, y subir siquiera un escalon sobre el sitio en que se halla. Conoce fácilmente que en el mundo no hay un protector ó medianero que al mismo tiempo sepa discernir la conveniencia de sus pretensiones, y tenga la voluntad y poder necesarios para satisfacerlas; pero se ciega miserablemente en no querer buscarlos en el cielo. Deseamos un patrocinio para precaver nuestras desdichas y ruinas, y alcanzar beneficios y venturas; pero apelamos por él á los hombres, que ó no pueden protegernos, siendo ellos por sí miserables y flacos, ó caso que nos favorezcan, suele ser para nuestro

daño, haciéndonos un mal cuando al parecer quieren hacernos dichosos. Está bien que se desee con ansia un favorecedor en las desventuras, un medianero en las pretensiones, un protector en la fortuna, y una como columna y estribo donde se puedan colocar con seguridad las esperanzas; pero ¿en dónde se hallará este protector?

Yerra enormemente quien consiente encontrarlo en el mundo, y siempre será una verdad eterna la bendicion de Jacob á su hijo : *El Dios de tu padre será tu ayudador*. En Dios enjugará sus lágrimas el afligido, templará sus miserias el menesteroso, encontrará el triste la risa y el gusto, poder el flaco, certeza el mal seguro, estimacion el despreciado, fortaleza el abatido, el pecador misericordia, el justo gracia, y todos amparo seguro y ventura completa sin recelos. ¡O Dios, y cuán errados han sido mis pasos cuando los he dirigido á las criaturas, para obtener de ellas los bienes que no podia encontrar sino en tí solo! Aunque está luz y este convencimiento hayan venido tarde á mi alma, yo haré que de aqui adelante se regulen por ellos todos mis deseos, y que no se extravíe mi corazon.

El evangelio es del cap. 3 de san Lucas.

In illo tempore, factum est autem cùm baptizaretur omnis populus, et Jesu baptizato, et orante, apertum est cœlum : et descendit Spiritus Sanctus corporali specie sicut columba in ipsum; et vox de cœlo facta est : Tu es Filius meus dilectus; in te complacui mihi. Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.

En aquel tiempo sucedió, que bautizándose todo el pueblo, habiendose bautizado Jesus, y estando este orando, se abrió el cielo : y bajó el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma; y se oyó del cielo esta voz : Tú eres el Hijo mio amado, en tí me complací. Y el mismo Jesus comenzaba ya á ser como de treinta años, hijo, segun se creia, de José.

MEDITACION.

SOBRE LA VANIDAD DEL FAVOR HUMANO.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuanta es la debilidad de los hombres para darte ayuda y favor en tus necesidades, y por cuantas bajezas tienes que pasar para haber de conseguirlo. El hombre débil, flaco y miserable por su naturaleza, no muda de constitucion aunque se siente en un dorado trono; aunque adorne su cuerpo con oro, púrpura y piedras preciosas; aunque le cerquen muchos criados pendientes de sus labios para ejecutar sus órdenes ó sus caprichos; aunque por su voluntad, finalmente, se regulen y distribuyan las fortunas de los otros hombres, y se repartan las dignidades. Tu corazon, tus pasiones, tus deseos, tu tristeza, tus remordimientos, la inquietud de tu conciencia, la poca seguridad de la justicia de tu alma, no están en la mano de ningun hombre, ni caen bajo el poder de ninguna jurisdiccion criada. Si estos afectos te hacen infeliz y miserable, en vano buscarás el favor humano, pensando que este puede hacerte venturoso. Lo que no tiene para sí, mal podrá darlo á sus favorecidos. En medio de aquellos resplandores con que brilla la grandeza, hay unas tinieblas densísimas en que están envueltas las almas de los que la disfrutan; en medio de aquella gran copia de oro y abundancia de todas las cosas, apenas encuentran una que les cause un pequeño gusto, y con que den una satisfaccion á su alma. Esta misma abundancia les aumenta los deseos, y estos les multiplican las necesidades, que por su multitud son tan insaciables como una sola en la baja fortuna. Si te fuera posible ver claramente el corazon de un poderoso, de quien tal vez esperas

favor, auxilio y consuelo, quedarias lastimado viendo las feas pasiones que le despedazan, los cuidados que le carcomen, las necias esperanzas que le entretienen, los deseos que le atormentan, los disgustos que le martirizan, y el colmo de miseria y de desventura en que vive sumergido. Si duerme, es con un sueño interrumpido, que no pueden tranquilizar la holanda y los brocados; si vela, una multitud de negocios enfadosos le ocupan, y hacen que descuide de sí mismo por atender á los intereses ajenos; si se sienta á la mesa, la salud débil y los humores enfermizos le hacen insípidas las mas exquisitas viandas; si va en fin al teatro, al festin, al pasatiempo, la misma costumbre de disfrutarlo se lo hacen soso, fastidioso, cansado y aun molesto. ¿Y es posible que has de poner en este hombre tu esperanza para que te dé consuelo, para que te libre de miserias, para que te haga venturoso?

¿Y esto á cuánta costa? A costa de humillaciones, de bajezas, de mil sufrimientos vergonzosos, que, comparados con el bien que pretendes, son realmente un mal mucho mayor que el que estás padeciendo. Unas veces te finges humilde, otras te aparentas modesto; otras afectas una afabilidad risueña, otras te ves precisado á disimular con el semblante alegre un secreto despecho que está royéndole el corazon. Tienes que frecuentar los palacios, esperar por mucho tiempo en las antesalas confundido con una multitud de truanes, que, como te ven humillado, se atreven á tratarte con la altanería de sus señores. ¿Qué mas? te constituyes en necesidad de hacer traicion á tu alma, á tus ideas, para lisonjear á aquel personaje de quien esperas la dignidad, el puesto, ó acaso mucho menos. Porque ¿cómo es posible que tú te atrevas á llamar blanco á lo blanco, ni á decir bueno á lo bueno, si oyes que él lo llama ó reputa por negro y por

malo? ¿cómo osarás manifestar la verdad, aunque te la hagan conocer con evidencia tus estudios, delante de aquel que deseas tener benévolo, y ves que se declara partidario de la mentira? Pero aun esto es poco: ese hombre, cuyo favor pretendes, te desprecia, y llevas con paciencia sus desprecios; ese hombre te insulta, y lleno de rubor bajas los ojos haciendo el sacrificio mas humillante y vergonzoso que puede hacerse á la ambicion ó al capricho; ese hombre exige de tí una gratitud anticipada, que no se da por satisfecha con tantas bajezas, con tantos sinsabores, con tantos sufrimientos cuantos bastarian para hacerte su esclavo. ¿Y un favor de tan poca utilidad, un favor tan inútil y tan vano lo has de comprar á tanta costa? ¿merece tanto precio aun cuando dependiese de él toda tu fortuna? ¿Serás todavía tan necio que, renociendo todo esto, quieras seguir con esa pretension caprichosa que te ha costado ya tantos trabajos, y que será acaso la ruina de tu familia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aun cuando el favor humano sea para ti tan eficaz y efectivo, que contra su costumbre verifique con los efectos las esperanzas que tienes concebidas, nada habrás logrado con esto mas que ponerte un nuevo yugo. Al mismo tiempo que te veas favorecido, te verás ligado con unos lazos que se llaman gratitud, pero que en realidad son unas pesadas cadenas. El que te hizo un favor, te mira como un esclavo de sus caprichos; y, ó los has de seguir ciegamente, ó has de tener el sentimiento de pasar plaza de ingrato. Pero supongamos por un momento que tengas valor para resistir á sus injustas pretensiones; supongamos que aquel que te favoreció es tan comedido y ajustado que deja en tu mano la responsabi-

lidad del cargo que lograste; ¿evitarás por eso los peligros que traen consigo los puestos y dignidades? ¿no es cierto que en los sitios encumbrados caen los rayos mas frecuentemente y con mas violencia? ¿no ves como los huracanes arrancan los altos y robustos pinos que están en las cimas de las montañas, cuando en los valles se burlan los humildes juncos de su bravura? Trae á la memoria aquel árbol frondosísimo de extraña grandeza y hermosura que vió en sueños el rey de Babilonia, y de que habla Daniel en el cap. 4; verás que su misma grandeza fué la causa de su ruina. Esto enseña que los puestos y altas dignidades no son otra cosa mas que un cúmulo de peligros, y un iman que atrae hácia sí las desgracias.

Pero considera esto mismo con una razon superior á la humana filosofía; mira la superioridad, la dignidad, el cargo con los ojos sobrenaturales de la fe; precisamente te estremecerás cuando consideres que ha de llegar un dia en que te pida cuenta estrecha de todo un juez recto, infinitamente sabio, y delante de quien nada podrán ni la adulacion, ni la mentira, ni el artificio, ni el soborno. Esta consideracion hacia á los Crisóstomos, á los Ambrosios, á los Agustinos huir las dignidades con mas empeño que el que ponen muchos hombres en conseguirlas. Esta misma consideracion hizo que san Bernardo escribiese al papa Eugenio, admirándose de que hubiese aceptado la tiara (1): «Considero la altura del puesto, y temo la caida: miro la cumbre de la dignidad en que estás, y veo á su lado un profundo despeñadero que acaba en el abismo.»

Lograste tu pretension; el favor te ensalzó; ¿pero te dió talento y fuerzas para cumplir exactamente con tus obligaciones? ¿te eximió de la responsabilidad de las cargas? ¿no se puede decir con verdad que pre-

(1) Epíst. 237.

tendiste tu misma inquietud, tu opresion, tu peligro y tu ruina?

JACULATORIAS.

Sperent in te qui noverunt nomen tuum, quoniam non dereliquisti quærentes te, Domine. Salm. 9.
Los que tuvieron la dicha de conocer tu sacrosanto nombre, deben, Señor, poner en tí toda su confianza; bien satisfechos de que jamás desamparas á aquellos que te buscan.

Deus meus adjutor meus, et sperabo in eum. Salm. 17.
Mi Dios es mi ayudador, mi protector y mi patrono, y en él solo esperaré.

PROPOSITOS.

1. Todas las cosas de este mundo dice el Espíritu Santo que son vanidad de vanidades; pero entre todas ellas apenas hay una á que con mas razon convenga este dicho que al favor que con tanta ansia se solicita de los hombres. Cuando me vea oprimido, cuando las tribulaciones aneguen mi corazon, me servirán estas reflexiones y conocimientos para buscar alivio en donde pueda seguramente encontrarlo. La razon y la experiencia me han enseñado que fuera de Dios y de sus santos no se encuentra consuelo verdadero; que las pretensiones humanas, además de los trabajos, sinsabores y bajezas que traen consigo, no producen mas frutos que nuevas fatigas, nuevos cuidados, y la responsabilidad tremenda delante del Juez de vivos y muertos. Ya es tiempo de conocer al mundo, y de detestar sus engaños; ya es tiempo de entrar en cordura, y de decir á mi corazon: Dios solo es tu tesoro y tu riqueza. La mayor dignidad es contentarte con aquella suerte en que te ha puesto su adorable providencia. Harto tiempo has perdido corriendo neciamente tras de una sombra que siempre huye de tí.

Favor especial del cielo ha sido el que hayas conocido tu locura antes de que te la hiciese conocer un precipicio. Si hubieras logrado lo que pretendias, acaso te sucederia lo que á la simple mariposa, que deslumbrada con los resplandores de la llama, ella misma hace diligencias para convertirse en cenizas. De hoy mas Dios es mi ayudador, mi protector y patrono, y en él solo esperaré.

SAN HUGO, OBISPO DE GRENOBLE.

Nació san Hugo en Castel Nuevo, á las orillas del Isere, diócesis de Valencia, en el Delfinado, el año 1053. Fué de una familia muy distinguida por su antigua nobleza, pero mucho mas por su singular piedad. Su padre Odilon era un caballero universalmente reputado por hombre de gran virtud, el cual despues de haber dado grandes pruebas de valor en servicio de su rey, fué á acabar sus dias en la Cartuja, haciéndose discípulo de san Bruno, y allí murió de edad muy avanzada en manos de Hugo su santo hijo, que le administró los sacramentos. El mismo consuelo dió, y los mismos piadosos oficios hizo con su santa madre, mujer de extraordinaria virtud, que se quedó en el siglo cuidando de su casa y atendiendo únicamente al cristiano gobierno de su familia.

Costóla poco trabajo la educacion de nuestro santo. Habia nacido Hugo con tan felices disposiciones para la virtud, que sin exageracion se puede decir que siempre fué virtuoso, y que nunca fué niño. La grande inclinacion que tenia á las letras, le movió á hacer algunos viajes a reinos extraños. Pero los estudios no perjudicaron á su devocion; su pudor y su modestia contribuyeron mucho á conservar su inocencia; y aunque su virtud era apacible, dulce y dis-

cretamente cortesana, la alimentaba y nutria con el rigor de secretas pero muy severas penitencias.

Acabados sus estudios volvió á Valencia, donde fué provisto en un canonicato. Su vida inocente, ejemplar y retirada le granjeó tanta reputacion, que Hugo, entonces obispo de Die, legado del papa Gregorio VII, y despues arzobispo de Leon, cautivado de las bellas prendas y de la eminente virtud del jóven canónigo, quiso tenerle consigo y darle parte en el ministerio de su legacía. Hizo gran fruto con sus sermones en el clero, pero lo hizo mucho mayor con sus ejemplos en el pueblo.

Celebraba el legado un concilio en Aviñon, cuando llegaron los diputados de la iglesia de Grenoble, cuya silla episcopal habia vacado, á pedirle por obispo á nuestro santo. Concedióselo el legado con tanto mayor gusto, cuanto ninguno mejor que él tenia conocida y experimentada su virtud y talentos; pero no fué tan fácil vencer su repugnancia, que su profunda humildad le hacia mirar como justa y bien fundada. Vióse precisado el legado á valerse de toda su autoridad para obligarle á obedecer; y temiendo siempre no hallase algun pretexto para eludir su consagracion, le llevó consigo á Roma para que el mismo papa le consagrase. Hízolo su santidad sin atender á sus razones y excusas. Informada la condesa Matilde de la gran virtud de nuestro santo, costeó liberalmente todos los gastos necesarios para tan augusta ceremonia, regalándole el báculo y otros varios ornamentos pontificales, con los comentarios de san Agustin sobre los salmos.

Cuando volvió de Roma, y fué á tomar posesion de su iglesia, quedó penetrado de dolor al ver el lastimoso estado en que halló toda su diócesis. No solo reinaba en el pueblo la usura, la simonía y toda especie de disoluciones, sino que la abominacion de

la disolucion se habia apoderado del lugar santo. La vida escandalosa de los que por la santidad de su estado debieran servir de ejemplo á los demás, parecia cerrar la puerta á toda esperanza de remedio. Gimió el santo pastor en la presencia de su Dios, y procuró aplacar su justa cólera con rigurosas penitencias. Pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo; y no perdonando ayunos, vigilias, exhortaciones, instrucciones, visitas, por la salvacion de su rebaño, hubiera deseado poder dar su vida por él.

No podia tardar en dar el fruto correspondiente un zelo tan puro, tan apostólico y tan desinteresado; echó Dios la bendicion á sus trabajos. Ganó los corazones de todos con su apacibilidad y sus ejemplos, y en poco tiempo mudó de semblante todo el obispado de Grenoble. No se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer: pasaba los dias enteros en instruir y alimentar con la palabra de Dios á aquel pueblo grosero é ignorante; y habiendo encontrado disipadas las rentas del obispado por la mala administracion de sus antecesores, estuvo tres ó cuatro años sin tener con que mantenerse.

Estas cruces y penalidades era lo único que le consolaba en el continuo escrúpulo que le afligia de haber consentido, á su parecer con demasiada facilidad, en su consagracion, y de haberse dejado persuadir á aceptar el obispado. No obstante, le apretó tanto este escrúpulo, representándole siempre sumamente formidable la dignidad episcopal, que á ejemplo de muchos santos determinó renunciarla. Apenas habia sido obispo dos años, cuando, tomada su resolucion, partió secretamente á la abadía de la Casa de Dios, diócesis de Clermont, en la provincia de Auvernia; vistió la cogulla de san Benito, y en breve tiempo fué modelo cabal de la vida monástica. Pero informado el

papa Gregorio VII de lo que pasaba, le envió precepto formal y preciso para que cuanto antes se restituyese á su iglesia. Vióse obligado á obedecer, á pesar de su repugnancia. Su precipitada fuga habia consternado á sus ovejas, la noticia de su vuelta las llenó de gozo; y persuadidos todos de que el medio único de asegurarse la permanencia de tan santo pastor era la reforma general de las costumbres, se empeñaron á competencia en corresponder á las ansias de su zelo.

Casi a los tres años despues que se habia restituido á su obispado, vino en busca suya el famoso san Bruno con sus seis compañeros, para echar los primeros cimientos de aquel órden celebérrimo, que siendo uno de los mas bellos ornamentos de la iglesia de Jesucristo, se ha extendido por todo el universo con edificacion y aun con asombro del mundo, floreciendo despues de mas de seiscientos años con todo el primitivo vigor que se admiró en su cuna, y perpetuando en el orbe cristiano el fervor, la soledad y el retiro de los anacoretas antiguos.

Pocos dias antes habia tenido Hugo un misterioso sueño, en el cual se le representaron siete resplandecientes estrellas, que, desprendidas del cielo, iban como á esconderse en un desierto espantoso de su misma diócesis, llamado la Cartuja. Acordándose del sueño, recibió á Bruno y á sus compañeros con amor y con respeto; y entendiendo de ellos que solo buscaban una soledad retirada y escondida que pudiese servirles de asilo contra la corrupcion del mundo, desde luego les señaló y les donó el desierto de la Cartuja, á cinco leguas de Grenoble Edificóles á su costa la capilla y las celdas para su habitacion; y declarándose desde entonces su protector y su padre, poco tiempo despues pasó á ser como el menor de los hermanos.

Contentísimo de tener ya dentro de su obispado

lo que habia ido á buscar en el desierto de la Casa de Dios, se retiraba á la Cartuja todo el tiempo que le dejaban libre las indispensables funciones de su ministerio episcopal. Viviendo entre los nuevos ángeles del desierto, les restituia con usura los ejemplos de mortificacion y de humildad que recibia de ellos: solo le distinguian de los demás los excesos de su fervor; echaba mano de los oficios mas viles y mas bajos; era el primero en el coro, y acompañaba las penitencias con oracion casi continua.

En Grenoble vivia como en la Cartuja. Era perpetuo su ayuno; casi todos los dias predicaba á su pueblo; no le conocian por otro nombre que por el de padre de los pobres; quiso vender sus caballos para socorrerlos, resuelto á visitar á pié su obispado, aunque lleno de asperísimas montañas. Velaba con extremada severidad sobre todos sus sentidos. En mas de cincuenta años de obispado nunca miró al rostro á mujer alguna.

A tan extraordinaria virtud no podian faltar sus cruces: túvolas nuestro santo muy pesadas por toda su vida. No solo probó Dios su paciencia con frecuentes dolores de estómago y de cabeza, efectos naturales de sus penitencias y de su aplicacion al estudio; sino que, para purificar mas y mas su corazon, permitió que por mas de cuarenta años fuese combatido de molestísimas tentaciones, que apenas le daban tregua. Verdad es que no le dejaba el Señor sin consuelo en medio de tantas amarguras; derramaba en su alma aquellas dulzuras celestiales, aquella secreta uncion, aquellas gracias sensibles, por cuyo medio experimentaba frecuentemente templadas sus aflicciones por cierta alegria interior, mas fácil de sentirse que de explicarse. Recibió el don de lágrimas; una conversacion piadosa, la lectura de un libro devoto, la vista de un crucifijo bastaban para

hacérselas derramar en abundancia. Leíase indispensablemente en su mesa un libro espiritual mientras comia, y se observó que durante la lectura se derretia tanto su corazon en el fuego del amor divino, que apenas tenia libertad para otra cosa mas que para derramar dulces y copiosas lágrimas; de manera, que no pocas veces era preciso mandar al lector que lo dejase.

Su justificacion y su desinterés, juntos al elevado concepto que se tenia de su eminente santidad, le hicieron árbitro de todas las diferencias, y pacificador de todas las enemistades. Ni la apacibilidad grande de su genio estaba reñida con la firmeza, cuando se atravesaban los intereses de Dios y de la Iglesia. Mostró singularmente este teson en el concilio que se celebró en Viena del Delfinado, el año de 1112, contra los excesos del emperador Enrique IV, que habia tratado indignamente al papa Pascual II, y contra la ambicion del antipapa Pedro de Leon, llamado Anacleto, en defensa del legitimo pontifice Inocencio II. Fué Hugo uno de los obispos que se juntaron en Puy de Velay para excomulgar á Pedro de Leon, y el que mas contribuyó á extinguir el cisma en el reino de Francia, sacrificando á la verdad y á la justicia sus propios intereses, y la amistad que siempre le habia mostrado el antipapa Anacleto.

Obligado Inocencio á refugiarse en Francia por la persecucion de este cismático, salió Hugo á recibirle y á besarle el pié en Valencia. Allí le suplicó con las mayores instancias tuviese á bien exonerarle del obispado, y proveer á la iglesia de Grenoble de sugeto digno que enmendase sus muchos yerros, representándole su avanzada edad y molestísimos achaques. Todo fué en vano; porque el papa, que tenia bien conocido su raro mérito y extraordinaria virtud, se contentó con mandarle que moderase sus penitencias,

y pusiese límite al excesivo trabajo de sus apostólicas fatigas. Pero finalmente, viendo que los vehementes dolores de cabeza habian debilitado extraordinariamente su memoria, hácia el fin de su vida condescendió el pontífice en darle un sucesor, y tuvo el gozo de ver consagrar en vida suya á un cartujo, llamado tambien Hugo, que despues fué arzobispo de Viena.

Túvose por una especie de prodigio, ó á lo menos por singular favor del cielo, que habiendo perdido enteramente la memoria para todas las cosas terrenas, la conservó siempre muy viva en todas las especies que tocaban á la Religion, ó tenian referencia á la salvacion eterna. Los pocos meses que sobrevivió á la renuncia del obispado, los pasó casi en oracion continua.

Odorico, obispo de Dic, que habia sido dean de su iglesia de Grenoble, deseó tener el consuelo de recibir el hábito de monje de mano de nuestro santo; y aunque este se hallaba casi en el último extremo de su vida, se levantó de la cama para hacer esta ceremonia, dándole fuerzas y causándole copiosas lágrimas el gozo de ver la fervorosa resolucion de su amado discípulo.

En fin, consumido nuestro santo al rigor de sus penitencias, de sus trabajos apostólicos y de sus penosas enfermedades, y lleno de merecimientos, murió en Grenoble á los ochenta años y algunos meses de edad, el dia primero de abril del año de 1132. Luego que se esparció la noticia de su muerte, concurrió innumerable gentío de todas partes á lograr el consuelo de reverenciar y besar su santo cuerpo. No fué posible enterrarle en cinco dias por el numerosísimo concurso; y todo este tiempo se conservó el cadáver tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo. Fué preciso valerse de algun artificio para darle sepultura, y echóse la voz de que

se le queria exponer en la iglesia para satisfacer á la devocion del pueblo; saliéronse todos, menos el clero, los cartujos y algunas otras personas de distincion, á quienes se habia confiado el secreto, y de esta manera se le pudo enterrar en la iglesia de Santa María, donde el Señor manifestó la santidad de su fiel siervo por los muchos milagros que obró en su sepultura. El papa Inocencio II, que tenia tan bien conocida la virtud de nuestro santo, mandó al beato Guido, quinto prior de la gran Cartuja y amigo íntimo del santo obispo, que recogiese exactamente en un breve compendio la relacion de sus virtudes y milagros; y habiéndola leido y aprobado, le canonizó solemnemente el año 1134, estando en la ciudad de Pisa, donde celebraba un concilio. Su sepulcro se hizo cada dia mas glorioso por la visible proteccion que experimentaron los fieles implorando su poderosa intercesion.

SAN VENANCIO, OBISPO Y MÁRTIR.

En este dia hace memoria el martirologio romano de san Venancio, obispo y mártir, sin especificarnos su cátedra ni lugar del martirio. Algunos críticos, satisfechos con decirnos que sus reliquias fueron trasladadas de Dalmacia á la iglesia de su nombre en Roma por Juan IV, sumo pontífice, niegan que hubiese florecido en España este insigne héroe; pero varios escritores nacionales, aunque omiten su patria los y hechos de sus primeros años, sin duda por falta de monumentos justificativos, contestan que Venancio, retirado de los peligros del mundo con el único objeto de atender al importante negocio de su salvacion, vistió el hábito benedictino en el monasterio de San Cosme y Damian, contiguo á la ciudad de Toledo, llamado Agaliense antiguamente, donde acreditando

su fervor, religiosidad y virtud, ejerció el empleo de abad por algun tiempo. Habiendo ascendido despues á la cátedra episcopal de aquella capital, se portó en tan sublime ministerio con todas las virtudes que exige el Apóstol en los prelados perfectos, sobre todo con una caridad sin límites; pues habiendo ocurrido en su tiempo años muy estériles en España, socorrió con mano liberal, no solo á los necesitados de su vasta diócesis, sino á los de otras provincias. En fin, obligado de urgentes negocios, pasó á Panonia, y en esta expedicion logró la corona del martirio por defensa de la religion de Jesucristo, por los años 603, segun el cómputo mas arreglado. De haber sido célebre su memoria en la antigüedad lo acreditan las dípticas de la santa iglesia de Toledo, y el oficio y misa á su culto, que se manifiesta en un breviario romano impreso en Leon en 1556.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Teodora, hermana del ilustre mártir san Hermes, la cual, habiendo padecido martirio en tiempo del emperador Adriano y del juez Aureliano, fué sepultada junto á su hermano, en la via Salaria, no lejos de la ciudad.

El mismo dia, san Venancio, obispo y mártir.

En Egipto, los santos mártires Víctor y Estévan.

En Armenia, los santos Quintino é Ireneo, mártires.

En Constantinopla, san Macario, confesor, que en tiempo del emperador Leon acabó su vida en destierro por defensa de las santas imágenes.

En Grenoble, san Hugo, obispo, que pasó en la soledad muchos años de su vida, y habiéndose hecho célebre por la gloria de sus milagros, fué á gozar de la presencia de Dios.

En la diócesis de Amiens, san Valerico, abad, cuyo sepulcro es ilustrado con frecuentes milagros.

La misa es del comun de confesor pontifice, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Hugonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Hugo, tu confesor y pontífice, y que nos perdones nuestros pecados por los merecimientos de aquel que mereció servirte dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, cap. 5.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerat dona, et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

Hermanos: Todo pontífice tomado de entre los hombres, preside en beneficio de los hombres en todas aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados: el cual pueda tener compasion de los ignorantes y de los que yerran; porque tambien él mismo está rodeado de flaqueza: y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma para sí cualquiera, sino aquel que es llamado de Dios, como Aaron.

NOTA.

« Los Hebreos, á quienes se dirigió esta epístola, » eran los Judíos recien convertidos que vivian en » Jerusalen y en toda la Palestina. Escribióla el

» Apóstol en griego y no en hebreo, por ser entonces » la lengua griega la mas general y conocida en » todas las naciones, cuando la hebrea y la siriaca la » ignoraban muchos de los mismos judíos, que se » habian criado en diferentes provincias. »

REFLEXIONES.

Todo pontífice escogido de entre los hombres le destina Dios para los hombres en aquellas cosas que tocan al mismo Dios : *Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum.* A solo Dios toca la eleccion de sus ministros. Infeliz de aquel que se entremete en el ministerio de los altares sin legitima vocacion. La ambicion, el interés y la codicia llenan el sacerdocio de intrusos, que profanan la santidad de su carácter. Al padre de familias pertenece privativamente la distribucion de los empleos de su casa; es proprio de su inspeccion y de su autoridad destinar los primeros oficios á quien quiere; pretender ocuparlos con artificio y con maña, es llenarlo todo de confusion. ¡Buen Dios! ¿cuántos falsos profetas quedarán degradados en el dia del juicio universal? Cuanto mas sagrada es la dignidad, cuanto mas elevado es el empleo, tanto mas eminente debe ser la virtud. Es un sacrilegio aplicar la mano al incensario, cuando no es el Señor el que nos destina á esta funcion. Ninguno tiene derecho para pretender esta honra sino aquel á quien Dios llama á ella, como Aaron : *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.* Y pregunto : ¿se pretende siempre el sacerdocio en fuerza de una vocacion legitima? ¿se aspira á este sacrosanto estado, formidable á los mismos ángeles, consultando únicamente la voluntad del Señor? ¡Cuántos hombres terrestres y materiales no consultan mas que á la

carne y sangre! ¡cuántas veces la voz de los padres y de los parientes levanta mas el grito que la voz de Dios! Si los hijos no tienen vocacion, ¿qué importa? los padres la tienen por ellos. Si no tienen talentos, ¿qué importa? las rentas de un beneficio pingüe lo suplen todo. ¿Y despues nos admiraremos de que Dios se muestre tan irritado, de que haga tan visibles los efectos de su cólera? ¿estrañaremos que destruya los mas ricos patrimonios, que aniquile las casas mas opulentas? *Al verdadero sacerdote*, dice san Clemente Alejandrino, lib. 6, *no se le tiene por santo porque sea sacerdote; antes se le hizo sacerdote, porque se le tuvo por santo.* Importante leccion para aquellos que atienden mas á las rentas que á la elevada santidad del ministerio.

Escogió Dios por ministros suyos á hombres flacos y sujetos á todas nuestras debilidades, para que sepan compadecerse de los extraviados y de los ignorantes: *Qui condolere possit iis qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate.* ¡Lastimoso error, hacer ostentacion de una severidad desdeñosa y arrogante! Una de las principales máximas de la secta farisáica era la inexorable y afectada severidad con los pecadores. Murmuraban de Cristo aquellos refinados hipócritas con motivo de la suavidad é indulgencia con que trataba á estos; censuraban las piadosas industrias de que se valia el Salvador para ganarlos y para convertirlos; chocábales, dábales en rostro su divina complacencia, y le hacian causa de ella. Es cierto que una blandura excesiva, una suavidad fuera de sazon, una indulgencia tímida y cobarde puede ser tan perniciosa como un rigor descompasado. Para curar las llagas es menester mezclar el aceite con el vino. No obstante, los santos que fueron mas rigurosos consigo mismos, fueron por lo comun los mas blandos y benignos para

los demás. Pero al contrario, pocos doctores se encuentran hoy demasiadamente rigurosos con los demás, que no sean nimiamente indulgentes consigo mismos.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco. Igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos. Pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas. Y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su

Ait illi dominus ejus : Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, suprà multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

señor : Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

DE LA LIBERALÍDAD CON QUE PREMIA DIOS Á LOS QUE LE SIRVEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera las maravillas que obró Dios en favor del pueblo de Israel : dividense las aguas del mar Rojo; son sumergidos en sus ondas pueblos enteros; témplanse milagrosamente los ardores del sol; ilumínanse las tinieblas de la noche; brotan repentinamente fuentes cristalinas de las rocas y peñascos; baja diariamente del cielo una comida deliciosa; caen por tierra al son de las trompetas los muros de las ciudades : todas estas maravillas no eran mas que figuras del paternal cuidado que tiene Dios de sus escogidos, de la liberalidad con que premia á los que fielmente le sirven.

¿Qué bienes hemos recibido durante nuestra vida, que no hayan sido dones de su liberalísima mano? ¿qué gracias no esperamos de la misma fuente? Y si Dios es tan liberal con todos los hombres; si derrama los tesoros de su misericordia indiferentemente sobre justos y pecadores, comprendamos, si es posible, qué bondad será la suya para con sus queridos siervos, qué liberalidad gastará con aquellos que le sirven con fidelidad, y le aman con ternura.

Quia super pauca fuisti fidelis; porque fuiste fiel en lo poco. A la verdad, ¿qué cosa podemos hacer en servicio de Dios que se pueda llamar grande? Todo cuanto nace de nosotros, huele y sabe á nuestra nada.

¿Qué servicio de importancia le podemos hacer? *Et dignum ducis super hujuscemodi aperire oculos tuos?* ¿Y vos, Señor, os dignais de volver vuestros ojos hácia esto poco que se hace por vos? ¿Qué digo volver vuestros ojos? os dignais de estimarlo, de alabarlo, de premiarlo con profusion. Vos mismo haceis meritorio lo que hacemos, y á este mérito señalais un premio sin medida. ¡O Dios, y qué cosa tan buena es serviros! ¡ó Señor, y qué buen amo sois!

Euge, serve bone et fidelis : ea, que eso va bien, fiel y buen siervo mio. ¡Con qué bondad alienta el Señor á sus mas humildes siervos! *Supra multa te constituam* : por esa tu fidelidad en cosas pequeñas, yo te elevaré á las mayores honras. ¡Qué promesa de tanto consuelo! Premia Dios sus mismos dones; pero ¡con qué liberalidad los premia! ¡que solidez, qué dulzura, qué deliciosos gustos no acompañan á este premio! Y despues de esto ¿serán menester grandes razonamientos para convencernos de que debemos servir á tan buen amo? ¿Dónde está nuestra fe? ¿dónde está nuestra razon?

PUNTO SEGUNDO.

Considera no solo con qué bondad, sino con qué priesa, digámoslo así, premia Dios anticipadamente lo que se hace por él. La paz de la conciencia, mas exquisita y mas deliciosa que todo cuanto encanta los sentidos; el consuelo interior, con el cual no tienen comparacion todos los profanos gustos del mundo, son la renta fija de las almas virtuosas. Gustan cierta alegría pura, hallan no sé qué sólida gloria hasta en los mismos desprecios y abatimientos. Todas las cosas sirven al que sirve á Dios con perseverancia.

Sin hablar de aquellas bendiciones temporales, de aquellas visibles prosperidades que reinan muchas veces en la casa del justo, pongamos los ojos en aquel

salario que se reserva para la vida eterna; en aquella preciosa corona, en aquella superabundancia de bienes, en aquella inmensidad de premios eternos.

¡Por un vaso de agua, una bienaventuranza sin fin! ¡por cuatro lágrimas derramadas por las miserias ajenas, el gozo eterno del Señor! ¡por una caritativa visita hecha á un enfermo, á un encarcelado, el mismo Dios por recompensa!

Echa aquella pobre viuda en el gazofilacio del templo dos monedillas de cortísimo valor, y Jesucristo las estima mas que los mas preciosos dones. *Venid, benditos de mi Padre*, dice el Salvador, *á poseer el reino que os está aparejado desde el principio del mundo*: vuestro es, vosotros lo merecisteis, y por decirlo así lo conquistasteis y comprasteis; pero ¿cómo, y con qué? con una corta violencia que hicisteis á vuestros sentidos; con una lijera victoria que conseguisteis de vuestras pasiones; con haber cercenado cien cosillas inútiles ó supérfluas; con haberos retirado por algunos pocos dias; con una leve mortificacion, con una limosna. El reino de los cielos, que solo Jesucristo nos pudo merecer, aquella eterna felicidad, aquel precio del valor infinito de su sangre, aquella gloria que no tiene fin, que no se puede enajenar, esa se nos da por nada. *Absque argento, et absque ulla commutatione* (1). Y á la verdad, ¿qué proporcion hay entre el salario y el servicio, entre el trabajo y el premio?

Y á vista de esto, ¿se nos hará cuesta arriba el serviros á vos, Dios mio? ¿y se os servirá con flojedad y con disgusto? ¿y habrá quien se retraiga de serviros?

Añade un san Hugo á los trabajos, cuidados y fatigas del obispado, los rigores de la penitencia; retírase á descansar de sus trabajos á la soledad de un espan-

(1) Isai. 55.

toso desierto: y pregunto: ¿tendrá ahora motivo en el cielo para arrepentirse de haber sacrificado tan generosamente las conveniencias transitorias de la vida?

¿Cuándo, Señor, dejaré de ser enemigo de mi quietud y de mi fortuna? ¿cuándo he de comenzar á conocer la gran dicha que es el serviros? ¿cuándo me he de dejar mover de vuestra liberalidad y del mérito de vuestras recompensas? Desde este momento, mi Dios, sí, desde este momento, no me alucinarán ya ni el demonio con sus ilusiones, ni el mundo con sus falsas brillanteces. Conozco ya cuan dichoso es el que se emplea en servicio de tal amo, y que el salario que dais á los que os sirven es sin medida. Esto es hecho, yo quiero serviros sin reserva, y sin negarme á cosa alguna de cuantas me podais pedir.

JACULATORIAS.

¡Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡Qué gusto, Señor, qué dulces consuelos teneis reservados para los que os sirven y os temen!

Justi in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum. Sap. 5.

Los justos vivirán eternamente, y el Señor les tiene guardados grandes premios.

PROPOSITOS.

1. Es cosa bien extraña que siendo Dios tan bueno y tan liberal con los que le sirven, se hallen tan pocos que le sirvan con alegría y con perseverancia, al mismo tiempo que, siendo el mundo universalmente tenido por un amo duro, cruel, inexorable, haya tantos que se atropellen por servirle como esclavos. Mas que los trate como tirano, mas que los obligue

á continuos y dolorosos sacrificios, mas que solamente los pague en lágrimas y en pesadumbres, mas que no les prometa otro salario que amargos arrepentimientos; ninguno hay que no le sirva con risueña cara, que no se tenga por dichoso de su suerte, que no haga vanidad de su librea. Que sea el mundo injusto y cruel, que nada se gane en servirle, ninguno lo ignora, todos convienen en ello; pero con todo eso cada dia se aumenta el número de sus esclavos. Al contrario colma Dios de gustos y de bienes á sus fieles siervos; es lijerísimo su yugo, es dulcísima su carga; premia hasta los meros deseos, aunque no lleguen á ejecuciones; paga largamente la voluntad de hacer bien; nada se le escapa, nada deja sin premio; sin embargo siempre está Dios mal servido; se tiene por injuria el título de devoto, esto es, de siervo de Dios, y se avergüenzan, se corren muchos de estar á su servicio. ¿Puede haber mas espantosa contradiccion entre nuestra fe y nuestra conducta? Haz que cese en tí desde hoy esta contradiccion; sirve á Dios, declárate altamente por siervo suyo, y avergüénzate solo de servirle con flojedad y con tibieza. Nada niegues á tu Dios; bien conoces lo que tanto tiempo ha te está pidiendo, y lo que tú tanto tiempo ha le estás negando. Ese pequeño sacrificio, esa corta victoria, ese acto de generosidad cristiana, la moderacion en esa profanidad, en ese juego, en esas chanzas, apenas te hubieran costado nada, si el mundo te las hubiera pedido por condiciones para entrar en su servicio. Muchos años ha que Dios te la pide, ¿y todavía deliberas? ¿todavía dudas? ¿todavía no tienes valor para concedérselas? ¿y hasta ahora todo se lo has negado? Ea, pon ya fin desde este mismo dia á esas eternas dilaciones; y pues Dios es tan pronto como liberal en el premio, determina desde este mismo punto lo que has de hacer

por Dios en adelante, y lo que has de comenzar á hacer desde este propio dia, esas paces, esa restitucion, el sacrificio de esa pasioncilla, la fuga de esa ocasion, la reforma de tanta profanidad, ese acto de mortificacion. No te olvides de aquellas hermosas palabras del Sabio : *Desideria occidunt pigrum* (1). Los deseos matan á los perezosos, porque todo se les va en proyectar sin hacer nada. Pasánseles los dias en estériles deseos, mientras los justos cumplen lo que ellos idean y trabajan sin cesar : *Qui autem justus est, tribuet et non cessabit.*

2. Una buena resolucion disminuye, pero no quita el trabajo. Sobresáltase el amor propio, asústanse los sentidos luego que el corazon se resuelve á vencerse. No te dejes espantar de esas imaginarias dificultades, y en sintiéndote con alguna cobardía, aliéntate á tí mismo con aquellas palabras del apóstol san Pablo á los Romanos : *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis.* ¿Qué proporcion hay entre lo poco que se padece, y lo mucho que se espera? *Quod in præsenti est, momentaneum et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis:* Estas lijeras y momentáneas tribulaciones que sufrimos ahora, nos producen un peso eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á toda medida. Acuérdate en fin que el mismo Dios quiere ser el premio de lo que hacemos por él : *Ego ero merces tua.* ¿Parécete que no quedaremos bien pagados á este precio? Haz continuamente estas reflexiones; no hay razon que pueda resistirlas, y nada te puede costar el familiarizarte con ellas.

(1) I. Prov. 21.

DIA SEGUNDO.

SAN FRANCISCO DE PAULA, CONFESOR.

San Francisco de Paula, ornamento y maravilla de su siglo, nació en Paula, ciudad pequeña de Calabria, el año de 1416, de una de las mas honradas y mas virtuosas familias de aquella ciudad. Jacobo Martolilo, por otro nombre Salicon, y Viana de Fuscaldo, sus padres, se persuadieron que este hijo era fruto de un voto que habian hecho al Señor bajo la invocacion de san Francisco de Asis, cuyo nombre le pusieron; y pocos dias despues habiendo advertido que el niño tenia en un ojo una nube que le embarazaba la vista, haciendo promesa al Señor de vestirle por un año el hábito del mismo san Francisco en uno de sus conventos, luego se le desvaneció la nube.

Quiso la piadosa madre criar por sí misma á su hijo, y cuidar de su virtuosa educacion. Dejóla poco que hacer la divina gracia, porque el niño Francisco habia nacido tan naturalmente inclinado á la virtud, que todos sus entretenimientos eran hacer oracion, y estarse en las iglesias. Anticipóse la devocion á la razon, comenzando desde su mas tierna infancia aquella penitente vida que continuó hasta la muerte.

No contribuyeron poco á fomentar su piedad los buenos ejemplos que observaba dentro de su casa. Sus virtuosos padres, contentos con un hijo y con una hija que les habia dado el cielo, vivieron en adelante como hermano y hermana, atendiendo únicamente al cuidado de su salvacion y á la crianza de su corta familia. Era Francisco todo su consuelo; pero



S. FRANCISCO DE PAULA.

fué preciso privarse de él por cumplir la promesa que habian hecho. Luego que cumplió trece años, le entregaron á los religiosos de san Francisco en el convento de san Marcos, á una legua de la ciudad de Paula.

Desde luego observaron los frailes en el niño Francisco una gran prudencia en toda su conducta, un entendimiento juicioso y maduro, una docilidad, un rendimiento que no tenia semejante; y añadiéndose á todo esto una devocion que asombraba á los mas fervorosos, llegó á ser la admiracion de todo el convento. Hicieron cuanto pudieron para no perder aquel tesoro, pero eran diferentes los designios de la divina Providencia. Habiendo cumplido Francisco el voto de sus padres, les pidió licencia para ir en peregrinacion á Asis, á Nuestra Señora de los ángeles, y á Roma. De vuelta visitó los monasterios mas célebres que encontró en el camino, y llegado á Paula, suplicó á sus padres le permitiesen retirarse á cierto sitio solitario que estaba en una heredad suya distante quinientos pasos de la ciudad. Condescendieron con sus fervorosos deseos, aunque no tenia mas que catorce años, bien persuadidos de que era el espíritu de Dios el que le llamaba al desierto

Pero su misma fama turbó presto su amada soledad. Concurrian tropas de ciudadanos de Paula á ver aquel nuevo Juan Bautista en el desierto; esto le obligó á retirarse á otro mas desviado, y como á enterrarse vivo en una gruta, que él mismo abrió en una roca sobre la orilla del mar. Allí resucitó en su persona el jóven anacoreta la abstinencia, los rigores y el fervor de los antiguos, y aun se adelantó á sus penitencias.

Su cama era el duro suelo de la misma roca; su comida yerbas y raices que arrancaba de un vecino bosque; su bebida el agua que iba á buscar á un arroyuelo bien distante de su gruta; el vestido vil y

grosero, con un áspero cilicio á raiz de sus delicadas carnes; su ocupacion leer libros espirituales, contemplar y orar continuamente. Esto es cuanto se ha podido saber de aquella vida escondida, que duró hasta que la Providencia le envió algunos discípulos que fuesen imitadores y testigos de sus virtudes.

El año de 1435, no pudiendo resistirse á los incesantes ruegos que le hicieron algunos jóvenes para que los admitiese por discípulos y les permitiese vivir en su compañía, consintió en que se fabricasen tres celdillas, y se erigiese una pequeña capilla, adonde un clérigo de una paroquia vecina venia regularmente á decirles misa y administrarles los sacramentos, juntándose en ella todos á cantar alabanzas á Dios. Esta fué como la cuna de aquella ilustre religion que con el tiempo fué la mas hermosa porcion del rebaño de Jesucristo, y el mas bello ornamento de su Iglesia; de aquella órden que, singularizándose entre las demás por su especial cuarto voto de abstinencia, confunde la delicadeza de tantos tibios cristianos que pretenden tener legítimos motivos para dispensarse en el ayuno y manjares propios de la cuaresma; de aquella órden en fin tan fecunda en hombres insignes, que se difundió por todas las cuatro partes del mundo, aun en vida de su fundador, y que conserva hoy, despues de trescientos años, todo el fervor del primitivo instituto, y realza la humildad de su nombre con el relieve de tantas virtudes.

No tenia á la sazon nuestro santo mas que diez y nueve años; pero su eminente santidad, y las maravillas que el Señor obraba por él, aumentaron tanto el número de sus discípulos que se vió precisado á pensar en edificar un monasterio que fuese capaz de alojarlos á todos. Quiso poner la primera piedra Pirro, arzobispo de Cosenza. Como la humildad de nuestro santo hubiese formado muy estrecho el plan, apareció

sele de repente un religioso de san Francisco, aconsejándole hiciese un convento mas capaz y de extension mas proporcionada, y habiéndole dejado todas las dimensiones, desapareció : lo que hizo creer piadosamente al papa Leon X que el religioso que se habia aparecido habia sido el mismo san Francisco de Asis.

No se puede ponderar el ardor con que todos los pueblos del contorno concurrian á porfía á adelantar la obra del monasterio. Venian á trabajar tropas enteras de artesanos por su propia devocion, sin ser gravosos á Francisco ni á su comunidad. Los jóvenes de primera distincion y aun las mismas señoras y damas principales llevaban sobre sus delicadas espaldas las espuertas y el ripio para el cimiento, y servian á los albañiles, á quienes despues pagaban los jornales. Pocas fueron las personas que no quisiesen tener parte en este maravilloso edificio; pero nada lo adelantó tanto como los milagros que obró el Señor por intercesion de nuestro santo.

Uno de los testigos del proceso hecho en Cosenza para su canonizacion, depone que habiéndose hecho llevar al santo para que le aliviase de un vehemente dolor que sentia en un muslo y le impedia andar y tenerse en pié, Francisco, despues de haberle asegurado que aquel dolor era castigo del cielo por el poco respeto que habia tenido á su madre, le mandó que llevase á la obra una viga de enorme peso que muchos hombres apenas pudieran mover. No pudo contener la risa el enfermo al oir semejante proposicion; pero el santo le dijo : *Por caridad haced lo que os mando, que bien podeis.* Obedeció sin réplica, cargó sin dificultad con la viga al hombro, llevóla á la obra, y quedó del todo sano.

Vinieron á decir á Francisco que un horno de cal se habia abierto por diferentes partes con la violencia del fuego, y estaba próximo á desplomarse. Corre al

horno, entra en él intrépidamente, anda entre las llamas cerrando las rendijas, repáralo todo, y se sale con grande serenidad sin la mas leve lesion.

Parece que poseia el don universal de milagros. Desprendido del monte, un corpulento peñasco venia á desgajarse sobre el edificio, y á sepultarlo entre sus ruinas. Levanta Francisco las manos al cielo, y se suspende el peñasco en lo mas pendiente de la escarpada montaña. Falta agua á los que trabajan en la obra; hace oracion, y brota una copiosa fuente, que jamás se ha secado. Concluido en fin el portentoso edificio á fuerza de milagros, estableció en él la disciplina regular sin aflojar en el primitivo rigor de penitencia que habia entablado en la primera ermita. Y aunque no quiso obligar á sus religiosos á una vida tan austera como la que él hacia, pues habia mucho tiempo que se mantenia con solas legumbres, prohibiéndose aun el uso del pescado, mandó que por cuarto voto se obligasen todos á una perpetua abstinencia de carne y de lacticinios.

No dudando el arzobispo de Cosenza que era obra de Dios el nuevo instituto, permitió á Francisco que fundase conventos en toda la extension de su diócesis. Los obispos circunvecinos le dieron el mismo permiso, y en poco tiempo vió el santo establecidos sus hijos en Paula, Paterno, Especia y Corigliano.

Deseosos los Sicilianos de entrar á la parte en la dicha de los Calabreses, pidieron á Francisco enviase á su isla algunos religiosos. Fué el mismo santo en persona, é hizo muchas nuevas fundaciones; y como el don de milagros le acompañaba por todas partes, hizo tantas maravillas como pasos. El patron de un navío muy interesado no quiso admitirle á bordo; él tendió su manto sobre las ondas, y en este nuevo género de embarcacion pasó con sus compañeros el famoso estrecho de Sicilia.

Pareciera que Francisco tenia la llave de todos los corazones para registrar hasta los pensamientos mas secretos; que estaba à un mismo tiempo en todos los lugares del mundo para ser testigo ocular de los sucesos mas distantes; y que tenia todos los tiempos presentes, tan detallada era hasta en las mas mínimas circunstancias la relacion que hacia de lo venidero.

Profetizó la toma de Constantinopla; mandó en nombre de Dios al rey de Nápoles que atacase á los Turcos y los echase de Calabria, no obstante la gran desigualdad de sus fuerzas; una completa victoria verificó la profecía. Pronosticó al rey de España que expeleria los Moros de sus estados, y que él mismo recobraria el reino de Granada. Movida la hermana del santo de una ternura mal regulada, estorbó á un hijo suyo que entrase en la religion de su tio: muere el muchacho dentro de pocos dias, tráenle á enterrar á la iglesia del convento, cántanle el oficio de difuntos, y cuando iban à meterle en la sepultura, ordena el santo que lleven el cadáver á su celda: hace oracion, y le resucita. La pobre madre llena de dolor vino el dia siguiente al convento à consolarse con su santo hermano; confesó que era justo castigo del cielo, y que si no hubiera estorbado á su hijo que fuese religioso, sin duda viviria. *Y bien*, la dijo el santo, *¿darias ahora tu consentimiento? ¡Ah, hermano mio*, respondió la afligida madre, *y cómo que le daria; pero ya viene tarde!* San Francisco le dice que aguarde un poco; súbese á la celda, dá el hábito al sobrino, baja con él, y preséntasele á la madre. Este fué el célebre padre Fr. Nicolás de Aleso, que acompañó á su tio en el viaje de Francia, donde murió con gran fama de santidad.

Pierde el fuego en sus manos toda su virtud: ase ascuas sin sentir la menor lesion, para probar á unos

legados del sumo pontífice que Dios es el principal autor de su instituto. Todos los elementos han oido su voz, han obedecido sus órdenes, se han sujetado á cuantas disposiciones él quiso, como si Dios le hubiese establecido árbitro absoluto del mundo.

A vista de tantas maravillas no hay que admirar hubiese hecho en todas partes tan portentosas conversiones. ¿Quién se habia de resistir á un profeta tan poderoso en obras y en palabras?

Informado el papa Sixto IV de los prodigios que obraba aquel hombre extraordinario, y de los progresos que hacia su instituto en Sicilia y en Calabria, quiso verle; y examinada su regla, la aprobó solemnemente por una bula expedida en 25 de mayo de 1474, nombrando á Francisco por general de toda la órden.

No es posible comprender cómo un hombre solo podia atender á tantos negocios y cuidados, capaces de cansar las fuerzas de muchos. Consultado de todas partes como oráculo del mundo cristiano, á todo responde; siendo él solo como el alma de su tierna religion, prodigiosamente multiplicada, dispone y arregla todos sus concertados movimientos; buscado de grandes y de pequeños para alivio en sus dolencias, y para consuelo en sus aflicciones, á todos atiende, á todos socorre, á todos consuela; y en medio de esta continuacion trabajosa de fatigas, pasa las noches en oracion, sin mas cama que una tabla, y una piedra por cabecera. Su vida es un perpetuo ayuno: despedaza su cuerpo por medio de sangrientas disciplinas con un azote armado de puntas de hierro; su vestido no es mas que un cilicio encubierto. Su corazon estaba tan abrasado en el amor de Jesucristo, que le bastaba poner los ojos en un crucifijo, ó levantarlos al cielo, para salir fuera de sí arrebatado y extatico; y su devocion á la santísima Virgen era tan fervorosa

y tan tierna, que solo con oir el dulce nombre de María, eran sus ojos dos copiosas fuentes de lágrimas amorosas.

No era fácil estuviese defendida de la persecucion aquella santidad tan eminente. Un célebre predicador, mas aplaudido que discreto, mal informado de su divino instituto, declamó públicamente contra él; pero apenas le habló dos palabras nuestro santo, cuando le convirtió en uno de sus mayores panegiristas, y fué despues insigne protector de toda su religion.

Fernando I, rey de Nápoles, y sus dos hijos el duque de Calabria y el cardenal de Aragon, dejándose impresionar con demasiada facilidad de los que miraban con desafecto á Francisco, dieron órden de prenderle. El capitan á quien se encargó la comision, apenas se puso en presencia del santo y fué testigo de los milagros que obraba, arrojándose á sus piés, le rogó pidiese á Dios por él y por los príncipes, é hizo bien pronto cambiar de opinion á toda la corte.

Extendiéndose fuera de Italia, la fama de su santidad y de sus milagros llegó á la corte de Francia. Hallábase á la sazon el rey Luis XI gravemente enfermo en el palacio de Plesis, cerca de Tours; y habiendo experimentado inútiles todos los remedios naturales, acudió por último recurso al ermitaño de Calabria. Fué menester mas de un breve pontificio para hacerle ir á la corte. Su viaje fué una série de maravillas; siendo acaso la mayor y la mas admirable de todas su inalterable humildad en medio de tantas honras.

No pudieran hacerse mayores á un legado de la santa sede, que las que recibió en la corte del rey de Nápoles. Con todo eso habló á aquel príncipe con libertad de profeta, y le hizo derramar lágrimas de arrepentimiento por muchas cosas que habia hecho. El papa Sixto IV le recibió en Roma como á un ángel

del cielo; consultóle sobre gravísimos negocios de la cristiandad, y para honrarle le hizo sentarse á su lado. Quiso conferirle los sagrados órdenes, pero en este punto se mostró inflexible su profunda humildad. De todas las amplias facultades con que le brindó su santidad, solo aceptó la de poder bendecir velas y rosarios. Resistiéndose el pontífice á confirmar el cuarto voto de perpetua abstinencia en su órden, cogió el santo la mano al cardenal Julian de la Ruyera, que se hallaba presente, y dijo: *Santísimo Padre, este hará lo que V. Santidad no quiere hacer*; como lo hizo en efecto cuando fué elegido papa, veinte y dos años despues, con el nombre de Julio II.

Al acercarse á los pueblos, salian en tropas á recibirle, y pocos se retiraban de su presencia sin ser testigos de algun milagro. Cuando entró en Bormes, en la costa de Provenza, halló la ciudad desolada con una cruel pestilencia; pero no solo quedaron sanos todos los que estaban enfermos, sino que despues acá parece que el contagio ha respetado á aquella ciudad por los méritos del santo.

Fué recibido en Francia como un hombre enviado de Dios. El Delfin, que fué despues Carlos VIII, salió hasta Amboisa á recibirle. Habiendo llegado al palacio de Plesis, el rey con toda la corte le salió al encuentro, y le recibió con tanto honor y respeto, dice Comines, como si fuera el mismo papa. Echóse á sus piés, y le pidió de rodillas alcanzase de Dios que le alargase la vida. Pero el santo le respondió como prudente, y como profeta: *Señor, la vida de los reyes tiene sus límites como la de los demás hombres; V. M. me ha hecho venir para que le alcancemos de Dios vida mas larga, y el Señor me trae para disponer á V. M. á una santa muerte.* El rey, á quien hasta entonces el pensamiento solo de la muerte asustaba y aun estremecía, oyó la fatal sentencia con admirable

rendimiento á los decretos del cielo. Mandó que alojasen al siervo de Dios en un cuarto dentro de palacio, para poder hablarle con mas comodidad y con mayor frecuencia: cada dia pasaba con él dos ó tres horas, y cuanto mas le trataba, mas convencido quedaba de su extraordinaria santidad; y resignado en fin perfectamente á las disposiciones del Señor, murió en sus brazos con demostraciones muy cristianas, despues de haberle encomendado sus tres hijos, y pedido el sufragio de sus oraciones por el descanso de su alma.

Carlos VIII aun hizo mas singulares honras á nuestro santo que las que le habia hecho su padre. Nada hacia sin su consejo, no solo en las cosas tocantes á su conciencia, pero aun en los negocios pertenecientes al estado; tan cierto es que la virtud es respetable aun á los mayores monarcas. Quiso que fuese padrino de su hijo el Delfin, y le pusiese nombre. Fundó un hermoso convento de su órden en el parque de Plesis, otro en Amboisa en el mismo lugar adonde habia salido á recibir al santo cuando vino á Francia; y hallándose en Roma este príncipe el año de 1455, fundó en aquella corte el tercer convento de la misma órden, con la advocacion de la Santísima Trinidad, queriendo que los religiosos que viviesen en él, fuesen siempre de la nacion francesa. Mostróse el santo por toda su vida sumamente agradecido á la bondad del rey y á sus grandes beneficios; y le alcanzó de Dios con sus oraciones dos insignes victorias, una en la batalla de San Aubin, y otra en la famosa jornada de Fornoue. A san Francisco de Paula debe en parte la corona de Francia el ducado de Bretaña, por el matrimonio del rey Carlos con Ana, heredera de aquel opulento estado, en cuya negociacion se empleó el santo con feliz suceso. Luis XII, sucesor de Carlos VIII, aun quiso exceder á

sus predecesores en las demostraciones de amor y de beneficencia á nuestro santo, de que le dió pruebas ilustres y gloriosas.

Pero lo mas asombroso en la vida de este hombre extraordinario, fué la inalterable uniformidad de su maravillosa conducta; fué tan pobre, tan humilde, tan mortificado, tan recogido en medio de la corte del papa y de los reyes, como en la soledad de su primera ermita.

Durante su residencia en el convento de Plesis, acabó de retocar y dar la última mano á las tres reglas que compuso; á saber, para los religiosos, para las religiosas, y para la tercera órden; teniendo el consuelo de verlas primeramente aprobadas por el papa Alejandro VI, y despues solemnemente confirmadas el año de 1506 por Julio II, como el santo lo habia profetizado. Pero el humilde y santo fundador, lejos de dar su nombre á la órden, quiso que sus hijos se llamasen como él, *los mínimos de todos*; nombre que en nuestra santa religion les da mas honra, que los mas magníficos dictados. Y como la caridad, que tenia tan frecuentemente en la boca, y continuamente en el corazon, fué el móvil de todas sus acciones, quiso que fuese tambien en parte el carácter de sus hijos; de suerte que, de las dos virtudes mas queridas de nuestro santo, la humildad cristiana y la caridad, la primera dió el distintivo á la orden, y la segunda la sirvió de símbolo, segun las altas disposiciones del cielo.

En fin, el año de 1507, aquel hombre portentoso, tan universalmente venerado, y tan profundamente humilde; aquel profeta, aquel nuevo taumaturgo, que renovó en su tiempo los mayores prodigios de los pasados siglos; aquel gran santo, cuyas asombrosas virtudes fueron otros tantos milagros, despues de haber visto extendida su religion en Italia por la

benevolencia de los sumos pontífices, en Francia por la piedad de los reyes, en España por el zelo del rey don Fernando el Católico, y en Alemania por la veneracion que le profesaba el emperador Maximiliano I; habiendo sido como el oráculo universal del orbe cristiano y la admiracion de los pueblos; colmado de merecimientos; despues de una enfermedad de pocos dias, que para él fué una continua oracion; habiendo juntado á sus religiosos y encomendádoles mucho el amor de Dios, la caridad y union entre sí, la fidelidad á la santa regla, y especialmente al cuarto voto de perpetua abstinencia, se hizo llevar á la iglesia el jueves santo, se confesó y recibió el viático, los piés descalzos y con un dogal al cuello; y habiendo hecho que le restituyesen á su pobre celda, el dia siguiente, 2 de abril, rindió dulcemente su espíritu en manos de su Criador, siendo de edad de noventa y un años; prodigiosa duracion de vida, que puede reputarse por nuevo milagro en un cuerpo tan extenuado con los trabajos y con la penitencia.

Fué conducido el cadáver del santo á la iglesia del convento, donde estuvo expuesto tres dias, sin poder darle sepultura hasta la tarde del lunes siguiente, por el inmenso concurso que acudió á venerarle. Enterráronle en fin; pero el jueves de aquella misma semana, la duquesa de Borbon, hija de Luis XI, y la condesa de Angulema, madre de Francisco I, le hicieron sacar de la sepultura, y le condujeron á una bóveda de cantería ricamente adornada, que habian mandado labrar debajo de su magnífica capilla. Allí estuvo el santo cuerpo expuesto por muchos dias tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo; y allí fué donde un célebre pintor, sacando primero el molde de su rostro, hizo aquel retrato tan parecido que se conserva hasta el dia de hoy en el Vaticano.

Desde luego comenzaron los fieles á experimentar los efectos de su poderosa intercesion en la multitud portentosa de milagros. Los pedazos de su hábito, y todas las pobres alhajuelas que habian servido al santo, fueron instrumentos de innumerables maravillas. Toda la Europa, pero especialmente la Francia y la Italia, comenzaron desde luego á solicitar con las mas vivas instancias su canonizacion. Julio II, dió principio á las informaciones, Leon X le beatificó, el dia 7 de julio de 1513, y finalmente, el dia 1 de mayo de 1519, fué canonizado con extraordinaria solemnidad.

El año de 1562 los Hugonotes asolaron la provincia á sangre y fuego; y como principalmente empleaban su sacrílega rabia en las reliquias de los santos, que con diabólico furor reducian á cenizas, entraron como desatadas furias en la iglesia del convento de Plesis; abrieron el sepulcro del santo, y encontrando el precioso cadáver entero y sin lesion, vestido de su hábito, echáronle una soga al cuello, arrastráronlo impíamente por la iglesia y por el convento hasta llevarlo á la pieza que servia de hospedería, y allí le quemaron con el leño del gran crucifijo de la iglesia, que habian arrancado. Habia el santo profetizado esta horrible impiedad de los Hugonotes, señalando hasta el año en que habia de suceder, como algunos meses antes que sucediese se lo declarara al padre visitador José de Tellier un religioso de la órden que habia recibido el hábito de mano del mismo san Francisco. Pero no quiso Dios privar enteramente á los fieles de tan precioso tesoro; consumió el fuego la carne, mas la mayor parte de sus huesos fué preservada por los católicos zelosos que se mezclaron disimuladamente entre los herejes, y se distribuyeron despues en diferentes iglesias. Al convento de Plesis, y á la iglesia de *Nuestra Señora la Rica*, que es parroquia de Tours,

tocó una porcion de estas sagradas reliquias; las demás se conservan con singular veneracion en las iglesias de los Mínimos de Nigeon, de la plaza real de París, de Aix en Provenza, de Nápoles, de Génova, de Madrid, de Barcelona y de Paula, donde se guarda hasta el dia de hoy como preciosísima reliquia el pobre, viejo y raido hábito que dejó allí el santo cuando pasó á Francia, por el cual cada dia obra el Señor portentosas maravillas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Francisco de Paula, fundador del órden de los Mínimos, el cual, habiéndose hecho célebre por sus virtudes y milagros, fué canonizado por el papa Leon X.

En Cesarea de Palestina, la fiesta de san Anfiano, mártir, el cual, en la persecucion de Galerio Maximiano, habiendo reprendido al presidente Urbano de que sacrificaba á los ídolos, fué cruelmente despedazado; despues, por una crueldad refinada, le envolvieron los piés en un lienzo empapado en aceite y le pegaron fuego; finalmente fué sumergido en el mar, y de este modo habiendo pasado por el fuego y por el agua, llegó al lugar del refrigerio.

Allí mismo, santa Teodosia, vírgen de la ciudad de Tiro, la cual, en la misma persecucion, habiendo saludado públicamente á los santos confesores que estaban de pié delante del tribunal, y rogádoles que se acordasen de ella cuando estuviesen en el cielo, fué presa por los soldados, y llevada al presidente Urbano, por cuya órden la descarnaron los costados y los pechos hasta las entrañas, y en seguida la arrojaron al mar.

En Leon de Francia, san Nicerio, obispo de esta ciudad, esclarecido en santidad y en milagros.

En Como, san Abundio, obispo y confesor.
En Langres, san Urbano, obispo.
En Palestina, el tránsito de santa María Egipciaca, apellidada la Pecadora.

La misa es en honra del mismo santo, y la oracion la que sigue.

Deus, humilium celsitudo, qui B. Franciscum confessorem, sanctorum tuorum gloria sublimasti: tribue, quæsumus, ut ejus meritis et imitatione, promissa humilibus præmia feliciter consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que eres la exaltacion de los humildes, y que elevaste á tu confesor el bienaventurado Francisco á un sublime grado en la gloria de los santos; pedímoste nos concedas que, por sus merecimientos é imitacion, consigamos felizmente los premios que están prometidos á los humildes. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 de san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam quæ ex fide est Christi Jesu; quæ ex Deo est justitia in fide, ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la

morti ejus: si quomodo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis. Non quod jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte, á fin de llegar de cualquier modo que sea á la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto, sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí

NOTA.

« El asunto de esta carta en rigor no es mas que » dar gracias el Apóstol á los Filipenses, pueblos de » Macedonia, por la libertad y caridad que habian » usado con él; pero á vuelta de eso, no deja de » darles en toda ella consejos muy saludables, y lec- » ciones eficacísimas de la mas elevada santidad y » perfecto desasimiento. Escribióse esta epístola en » Roma, hácia el año del Señor de 61. »

REFLEXIONES.

Las que hasta aquí tenia por felicidades, ya comienzo á mirarlas como desgracias, por amor de Jesucristo: *Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta.* Solo por una pura ilusion, solo por error podemos juzgar dignos de nuestra estimacion los bienes criados; el capricho del entendimiento humano, la extravagancia de nuestro gusto, una ciega preocupacion puede únicamente darles algun precio. La medida de su justo valor es la opinion, y esta crece ó mengua con la pasion. Las tierras, las posesiones, los empleos que son el objeto de nuestra ambicion, podemos decir que no los gozamos mas que por via de empréstito; somos á lo sumo unos meros arrendatarios ó administradores,

que dentro de pocos dias hemos de dar estrecha cuenta de todo lo que se nos ha entregado. ¿Pero qué virtud tienen los bienes del mundo para hacer á un hombre feliz? Nacen con ellos las espinas. ¿Qué gran fortuna hay sin grandes inquietudes? Toda replecion es enfermedad; no son los mas tranquilos los empleos mas elevados. Es muy raro el manjar dulce que no se convierta en bilis. Desengañémonos, que la tierra en que vivimos solo produce frutos amargos, agrios y silvestres. ¿Cuándo se ha hallado un corazon que se dé por satisfecho aun en medio de la abundancia? ¿Y qué abundancia se encuentra en este mundo sin amarguras y disgustos? Y con todo, eso es lo que se llama dicha, felicidad, fortuna y objeto de envidia. El hombre material y terrestre fácilmente se deja deslumbrar de estas falsas brillanteces; pero un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, ¿es posible que ha de tener por gran fortuna esos oropeles, esos fantasmas de felicidad, esos surtideros de cuidados, esos estorbos de nuestra salvacion? ¿Qué fortuna puede ser, buen Dios, estar en esas eminencias expuestas á tantas tempestades, á tantos vientos furiosos? ¿qué fortuna no dar paso que no sea en un precipicio; caminar por entre espinas que punzan, que penetran, que despedazan; andar oprimido con cargas que sufocan? ¿qué fortuna no brillar, no sobresalir sino para ser el blanco de los tiros del enemigo, para ser mejor distinguido en la refriega? ¿qué fortuna, en fin, respirar siempre un aire inficionado, vivir mas atolondrado que los otros en medio del ruido, estar expuesto á tentaciones mas violentas, á riesgos mas peligrosos, á naufragio mas seguro? No, no tengamos envidia á los dichosos del siglo; algun dia darán motivo á su llanto esas soñadas é imaginarias felicidades; en la hora de la muerte ellos mismos las calificarán de verdaderas desdichas. ¡Oh, qué cosa tan

triste es comenzar tan tarde á tener juicio, y á conocer las cosas como son! Dichoso aquel que no espera á que la muerte le quite las cataratas de los ojos para percibir distintamente la vanidad, la ninguna sustancia de lo que deslumbra, de lo que encanta. Todo lo que se llama felicidad en el mundo solo es bueno para servir de víctima á muchos sacrificios. Dichoso el que á imitacion de san Pablo lo deja todo por ganar á Jesucristo.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis: et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt: thesaurum non deficientem in cœlis, quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Hacéos bolsillos que no envejecen: un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DE LA HUMILDAD CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes, de los entendimientos de primera clase, iluminados con las mas vivas luces de la fe. Es grande error confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas apocadas. No es la humildad cristiana aquella oscura y cobarde ociosidad de un corazon insulso, de una razon medio apagada; es un conocimiento vivo, una

persuasion efectiva y práctica de su propia miseria y de su nada, que inspira dictámenes y resoluciones correspondientes á esta clara luz, que dicta un verdadero desprecio de sí mismo, una respetuosa y tierna confianza en el Señor.

No hay cosa mas razonable, no hay cosa mas noble que este bajo concepto de sí propio; porque no la hay mas verdadera. Es menester entendimiento para conocer y confesar que se tiene muchos defectos y poco mérito. Los entendimientos limitados y vulgares solo admiran y aprecian lo que crece en su fundo, como aquellos groseros aldeanos que nunca vieron mas que lo que hay en sus aldeas. Mas cuando la gracia, por decirlo así, cultiva y perfecciona aquel corazon y aquel entendimiento; cuando á favor de las cruces sobrenaturales registra uno lo que es, y lo que puede ser; cuando descubre aquel monton de culpas, aquel hondo sin suelo de miserias, aquella propension natural á lo malo, aquella debilidad, aquella flaqueza para todo lo bueno; ¿cómo puede dejar de mirarse á sí mismo con el último desprecio? ¿cómo puede sufrir que le alaben sin caérsele la cara de vergüenza? ¿No es cortedad, no es falta de entendimiento, no es especie de locura engreirnos de que nos tengan por lo que no somos, y sentir que nos conozcan por lo que valemos? ¿y no es este el verdadero carácter del orgullo? La humildad, por el contrario, gusta mucho de que nadie se engañe á nuestra cuenta; ¿y qué cosa mas puesta en razon? El que desea ser estimado, en ese mismo deseo acredita lo poco que lo merece. ¡Qué mayor injusticia que exigir del público un tributo que no se nos debe!

Quid habes quod non accepisti? dice el Apóstol (1): ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si fuera cosecha tuya? ¿Será

(1) I. Corinth 4.

por ventura menester dar tormento á nuestra razon para descubrir dentro de nosotros mil motivos para humillarnos? Errores en el entendimiento, pasiones en el corazon, enfermedades en el cuerpo, desvarios en la imaginacion; todo es pobreza, todo es humillacion en el hombre; hasta las prendas mas brillantes de que goza, están cercadas de sombras. No, no es menester abrir las sepulturas para convencerse cualquiera de que el monarca mas poderoso y el vasallo mas infeliz, no son sino polvo y ceniza. *Quid superbit terra et cinis* (1)? ¿De qué se ensoberbecerá la ceniza? ¿de qué se engreirá el polvo? Ciertamente nada nos debe humillar tanto como nuestro mismo orgullo. ¡Y será posible, Señor, que todavía me cueste trabajo ser humilde, y serlo a vista de un Dios tan humillado para curar mi orgullo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que además de los motivos que tenemos para humillarnos, debiéramos ser humildes, aunque no fuera mas que por lo mucho que se gana en el ejercicio de esta importante virtud.

Ninguna virtud hay sin humildad; y todas cuestan poco á una alma verdaderamente humilde. La gracia, dice el apóstol Santiago (2), le es comunicada con abundancia. *Finis modestiæ*, dice el Sabio (3), *timor Domini, divitiæ et gloria et vita.* El que es humilde, teme á Dios, crece en mérito y en gloria; y cuanto mas profundo es el cimiento de la humildad, mas elevado es el edificio de la perfeccion. *Humiles spiritu salvabit*(4): la humildad cristiana es siempre prenda de la salvacion. ¿En quién pondré yo mis benignos ojos? dice Dios por Isaías; ¿á quién franquearé los tesoros de mi misericordia, sino á un corazon humilde y contrito?

(1) Eccl. 10. — (2) Jacob. 4. — (3) Prov. 22. — (4) Psalm. 33.

Ad quem respiciam, nisi ad pauperculum, et contritum (1)?

Bien se puede decir que la humildad desarma la cólera de Dios, que le gana el corazon, y le empeña, por decirlo así, en hacer las mayores maravillas: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.* La gracia de haber sido elevada á la suprema dignidad de Madre de Dios, no la atribuyó la santísima Vírgen ni á su virginidad, ni á su fervor, ni á todas las demás virtudes que poseia en grado tan eminente, sino precisamente á su humildad: *Quia respexit humilitatem.* Seamos humildes, no salgamos jamás de nuestra nada, y aquel gran Dios que crió de la nada á todo el universo, se valdrá de nosotros para obrar mil maravillas.

Mira á los apóstoles, pon los ojos en los mayores santos; todos fueron humildes á cual mas. ¡Qué prodigios no obró el portentoso Paula entre los grandes y los pequeños! Fué sin duda el milagro de su siglo; ¿pero habia en el mundo hombre mas humilde? ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que tantos y tan visibles ejemplos, tantos y tan poderosos motivos, tantas y tan urgentes razones nos abran finalmente los ojos, sean eficaz medicina á nuestro orgullo, y nos hagan tomar gusto á la humildad?

¡Puedo, Señor, veros á vos humillado hasta la muerte de la cruz! ¡puedo verme á mí mismo hinchado de orgullo y de vanidad, y no ser humilde! ¡Ah! demasiado que puedo, y mis máximas, mis operaciones y mi conducta prueban bastante lo que soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia infinita. Mandaisme que aprenda de vos á ser humilde de corazon, haced que venga á serlo; con todo el corazon os lo pido, con toda el alma lo deseo.

(1) Isai. 66.

JACULATORIAS.

Loquar ad Dominum meum, cùm sim pulvis et cinis? Genes. 18.

¿Tendré aliento para hablar á mi Dios y á mi Señor, yo que no soy mas que ceniza y polvo?

Ego sum pauper et dolens; salus tua, Deus, suscepit me. Salm. 68.

Pobre soy, enfermo soy; tened misericordia de mí, y sed, Señor, mi salud.

PROPOSITOS.

1. La humildad sin la humillacion ordinariamente no es mas que aquel especulativo conocimiento que se tiene del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. Ninguno es humilde precisamente porque conozca los motivos que tiene para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura, la menos equívoca de la humildad es el deseo de la humillacion. Si esta importantísima virtud consistiera solo en palabras, los cumplimientos menos sinceros acreditarian de humildes á muchos que se alimentan de orgullo y de vanidad. ¡Cosa extraña! está uno atestado de defectos que saltan á los ojos, y no puede tolerar que se los perciba; y si alguno se los nota, si se los censura, ¡qué odio, qué mortal aversion! Condena él mismo en otros estos propios defectos, y pretende que los demás los disimulen en él porque son suyos. Corrige desde luego un vicio tan comun y tan injusto. Si no tienes virtud para amar la humillacion, ten á lo menos humildad para sufrirla con paciencia; no te disculpes en aquellas ocasiones en que es maltratado el amor propio, y dispone Dios que te ajen la vanidad.

Estarás tan alegre con haber callado: no eches á perder con un silencio seco y desabrido, con una palabrilla picante, con cierta indignacion mal disimulada, no eches á perder el mérito de esta corta humillacion, que es admirable remedio contra las hinchazones del corazon.

2. No siempre nace del genio ni del mal humor la demasiada delicadeza y el poco sufrimiento de los amos; un secreto orgullo, una soberbia no muy encubierta, suele ser frecuentemente el verdadero principio de tantas prontitudes, de tantas vivezas impacientes. No se puede llevar con paciencia una palabra menos respetuosa; se alborata la casa al mas leve descuido de un criado; danos en rostro la lentitud de los que nos sirven; si alguno se muestra menos pronto, menos obediente á nuestras órdenes, nos pone eso de mal humor. Llama con el nombre que quisieres á esas impaciencias, á esos enfados; cúbrelos con la capa que te pareciere; lo cierto es que serias mas sufrido si fueras menos orgulloso. Comienza desde este mismo punto á poner en práctica la reglas siguientes. Primera: Excusa con caridad las faltas de otros, y no permitas que tu familia haga conversacion de ellas. Segunda: Cuando te faltaren en alguna cosa que toque inmediatamente á tu persona, como en ciertas atenciones, en ciertos honores, en cierta distincion que te se debe; cuando se hayan olvidado de presentarte ciertos obsequios ó servicios, no pierdas el mérito de estas humillaciones. La poca memoria ó mala habilidad de un criado, la descortesía de muchas clases de gentes, malignidad y el perverso corazon de tantos falsos amigos, te ofrecerán mil ocasiones cada dia de hacer al Señor estos pequeños sacrificios: Tercera: Dite muchas veces á ti mismo lo que se decia san Bernardo: *Adoro á un Dios humillado por mí hasta la muerte de la cruz, ¡y yo no soy humilde!*



S. MARIA EGIPCIACA.

DIA TERCERO.

SANTA MARÍA EGIPCIACA, PENITENTE.

El año 421, imperando Teodosio el menor, sucedió la preciosa muerte de santa María Egipciaca, cuya penitencia y demás admirables virtudes quiso el Señor descubrir al mundo por medio de san Zósimo, como en otro tiempo se valió de san Antonio para manifestar á los fieles la asombrosa penitencia y demás virtudes de san Pablo.

Vivia en un monasterio de la Palestina cierto famoso solitario, llamado Zósimo, quien, criado desde su infancia en los ejercicios de la vida religiosa, habia conservado el primer candor de la inocencia, y arribado á una eminente virtud. Merecióse tan elevado y tan general concepto por la pureza de sus costumbres, por su fervor en los penosos ejercicios de la penitencia, su amor al retiro, su continua aplicacion á la oracion, su devocion fervorosa y tierna, y por las celestiales luces que el Señor le comunicaba, que el obispo diocesano le ordenó de sacerdote.

Habia cincuenta y tres años que vivia Zósimo entregado á los ejercicios de la vida solitaria, cuando fué tentado por ciertos pensamientos de complacencia que se encaminaban á hacerle presumir que habiéndose retirado al monasterio desde su niñez, acaso no habria otro en aquella soledad que estuviese tan adelantado como él en el camino de la perfeccion.

Inquieto con estos vanos pensamientos que no condenaba lo bastante, vió venir á sí á cierto monje forastero, quien, para desengañarle y para que conociese la ilusion del enemigo, le dijo que pidiese licencia á

su abad para acompañarle á otro monasterio no distante, poco conocido, pero donde encontraria grandes y poderosos remedios contra la dolencia de su orgullo, á vista de las extraordinarias virtudes de un gran número de solitarios.

Consintió Zósimo, y admitido en aquel monasterio, á pocos dias conoció su miseria, y estuvo muy lejos de tenerse por perfecto cuando vió á que grado de perfeccion habian llegado los religiosos de aquella casa. Era, por decirlo asi, una comunidad de ángeles mortales, que, ocupados únicamente en servir á Dios, se olvidaban aun de las mas ordinarias conveniencias de la vida; su retiro era verdaderamente admirable, su ocupacion continua, la oracion, el trabajo de manos y el canto del salterio; y aunque parecia imposible mayor ni mas rigurosa penitencia que la que hacian en el monasterio en el discurso del año, luego que llegaba la cuaresma se retiraban todos á pasarla en el desierto, en memoria de la que el Hijo de Dios pasó en él, para imitarle en el rigor de su ayuno. Esta ceremonia se practicaba de esta manera: celebrábase la primera dominica de cuaresma una misa muy solemne, en que comulgaban todos los monjes, y recibida la bendicion de su abad, despedíanse unos de otros tiernamente, dándose ósculo de paz, abríase la puerta del monasterio, salian todos, y pasando el Jordan, cada uno se retiraba á lo mas profundo y escondido del desierto, hasta el domingo de Ramos, en que todos debian volver al monasterio.

Pasó Zósimo el Jordan con los demás monjes. La ansia que tenia de descubrir en aquella espantosa soledad á algun gran siervo de Dios, le fué empeñando mas y mas, y se internó mucho en ella. Veinte dias habia que corria aquellos espaciosísimos desiertos. cuando parándose hácia la hora de mediodia á cantar salmos, segun su costumbre, advirtió á alguna

distancia una como fantasma ó sombra de cuerpo humano que corria aceleradamente. Era una mujer, que, habiéndole percibido, iba huyendo de él. Zósimo que no sabia lo que era, se sobresaltó al principio; pero recobrado un poco, fué corriendo tras ella, y cuando llegó á distancia en que podia ser oido, levantó la voz y dijo: *Siervo de Dios, ruégote por aquel Señor á quien sirves, que te detengas y me aguardes.* Hízolo la mujer luego que se metió en la quiebra de un barranco, donde de algun modo podia encubrir su desnudez. Cuando el santo viejo se iba acercando hácia el borde, oyó una voz que le dijo: *Padre Zósimo, echa tu manto á esta pobre pecadora, si quieres que reciba tu bendicion y pueda hablarte.*

Oyéndose Zósimo llamar por su nombre, no dudó que aquella persona, á quien Dios lo habia revelado, era una alma de grande santidad. Arrojóla su manto, y habiéndose cubierto la santa, salió del hoyo, y se fué hácia el santo viejo. Este se puso de rodillas, y la pidió su bendicion: pero la santa, postrándose á sus piés, le dijo: *Te has olvidado, padre, de que eres sacerdote; á ti te toca darme tu bendicion, y rogar á Dios por la mayor y mas miserable pecadora que ha habido en el mundo.*

Concluida esta pequeña contienda de humildad, y levantándose los dos, rogó Zósimo á la santa le dijese quien era, y cuanto tiempo habia que habitaba en aquel desierto. *Sí haré*, respondió ella, *pero hagamos primero oracion, y despues te responderé.* Volvióse hácia el oriente, levantó las manos y los ojos al cielo, y pasó algun tiempo en oracion. Oraba tambien Zósimo, y volviendo casualmente los ojos hácia ella, la vió cercada de luz. Entonces se le ofreció si acaso seria algun espíritu ó algun fantasma. *Ni uno ni otro soy*, exclamó la santa, tornándose hácia el santo viejo: *soy un poco de polvo y ceniza, que no merecia*

ver la luz del dia; pero aunque vil y miserable, soy cristiana; y diciendo esto, hizo la señal de la cruz en la frente, en los ojos, en los labios, y sobre el corazon. Despues se sentó, y rogando á Zósimo que se sentase: « Sábete, padre, le dijo, que aquel buen Pastor, que tiene tanto cuidado de las ovejas descarriadas como de las que nunca salieron del redil, no te ha enviado aquí sin altos fines; sea su nombre eternamente bendito.

« Yo soy, continuó luego, una pobre mujer natural de Egipto, que habiendo dejado la casa de mis padres á los doce años de mi edad por vivir á mi libertad, me fuí á Alejandría, donde me entregué á todo género de disoluciones por espacio de diez y siete años. No pecaba por interés; pecaba únicamente por pecar, no pretendiendo mas premio del pecado que el pecado mismo. Creeré que hasta ahora ninguna mujer ha perdido en el mundo á tantas almas, y que el infierno no ha suscitado en él cortesanas mas perniciosas que yo. Viendo un dia que concurria hácia el mar una gran multitud de gente para embarcarse, pregunté adonde iban, y habiéndome informado de que pasaban á Jerusalen á celebrar la fiesta de la Exaltacion de la santa cruz, me dió gana de seguir la muchedumbre. Embarquéme, y me estremezco de horror cuando me acuerdo de los abominables escándalos de que llené todo el navío. Viví en Jerusalen como habia vivido en Alejandría, con el mismo desórden, con la misma disolucion, con la misma desvergüenza.

» Llegado el dia de la fiesta, concurrí con los demás á la puerta de la iglesia para adorar la santa cruz; pero al querer entrar, me detuvo poderosamente una mano invisible. Quedé tan sorprendida como sobresaltada; hice nuevos esfuerzos, pero todos fueron inútiles; cuanto mas forcejeaba, con tanta mayor fuerza era repelida. Abrí los ojos del alma, y conocí

que mis enormes culpas eran las que me hacian indigna de ver y de adorar el sagrado madero en que Jesucristo obró nuestra redencion. Llena de confusion, y deshaciéndome en lágrimas, comencé á mirar con horror mis gravísimos pecados; á la confusion se siguió inmediatamente el dolor; y toda turbada me senté en un rincon de la plaza, donde enteramente me abandoné al llanto, al arrepentimiento, á los gemidos, á los suspiros, que arrancaba el dolor de lo mas intimo del pecho. En medio de esta desolacion, levanté casualmente los ojos hácia arriba, y vi enfrente de mi una imágen de la santísima Virgen. Acordándome entonces de lo que habia oido decir muchas veces, que María era madre de misericordia y refugio de pecadores: *Madre de misericordia,* exclamé, *tened piedad de esta miserable criatura; refugio sois de pecadores, y siendo yo la mayor de todas las pecadoras, parece que tengo algun derecho á vuestra proteccion. No merezco, Señora, que mi Dios derrame sobre mí aquella abundancia de gracia que derrama hoy sobre tantas almas fieles como se aprovechan de la sangre de Jesucristo; pero á lo menos no me negueis el consuelo de ver y adorar en este dia el sacrosanto madero en que mi dulce Redentor obró la salvacion de mi alma. Yo os prometo, Señora, que despues de este favor, que espero de vuestra clemencia, me iré prontamente á un desierto á llorar por todos los dias de mi vida mis enormísimas culpas, y á vivir tan retirada del mundo, que pierda del todo hasta su infeliz memoria.*

» Animada entonces de una extraordinaria confianza, me levanto, corro á la iglesia, y entro en ella sin resistencia como todos los demás. Allí, penetrada toda de un religioso temor, y despedazado de dolor el corazon, me postro ante aquella preciosa prenda de nuestra redencion, detestando mis maldades y regando el suelo con mis lágrimas.

» Hecha esta diligencia, vuelvo con nuevo aliento al sitio donde estaba la imágen de la santísima Vírgen, y puesta de rodillas, la digo con mayor confianza: *Madre de misericordia, despues de Dios, vuestra es la obra de mi conversion; no dejeis imperfecto lo que habeis comenzado; indigna soy de vuestros favores, pero no de vuestra compasion; en vos coloco toda mi esperanza despues de Jesucristo; os prometí dejar el mundo, aquí estoy á cumplir lo que ofrecí; dadme á entender lo que debo hacer, y sed mi conductora en el camino de la salvacion.*

» Apenas acabé de hacer esta oracion, cuando oí distintamente una voz como á larga distancia que me decia: *Pasa el Jordan, y hallarás descanso.* No deliberé un punto; y suplicando á la Vírgen que fuese mi buena madre, salgo al instante de la ciudad, llevando por toda provision tres solos panes. Llegué hácia el anochecer á la orilla del Jordan, donde hallé una iglesia dedicada á san Juan Bautista; entré en ella, pasé en oracion un poco de tiempo; y despues de comer medio pan de los que llevaba, gasté lo restante de la noche en detestar mis maldades, en gemir, y en implorar la misericordia divina. Luego que llegó la mañana, purifiqué mi alma con el sacramento de la penitencia, recibí la sagrada eucaristía, y volviendo á encomendarme á la santísima Vírgen, á quien debo mi conversion, pasé el Jordan en un batel, y entré en este dichoso desierto siendo de edad de veinte y nueve años, sin que en cuarenta y siete que ha que estoy en él, haya visto otra persona que á tí. »

¿Pues de qué te has mantenido? la replicó Zósimo. El poco de pan que traje, respondió la santa, se acabó presto; despues no he comido mas que yerbas y raices.

¿Y te ha dejado en paz el tentador? la preguntó

el santo viejo. «No quieras, padre, obligarme, prosiguió la santa, á que te cuente las espantosas tentaciones, los horribles combates, las terribles pruebas á que me ví expuesta por espacio de diez y siete años; solo con acordarme de ellos me estremezco; todo el infierno junto parecia haberse desatado y conspirado contra mí; mis pasiones, mi corazon, mis potencias, mis sentidos parecian haberse conjurado todos para perderme. ¡Cuánto no me costó combatir contra los violentos deseos de la intemperancia, vencer el tedio y el disgusto, sufrir el rigor de las estaciones del año, domar la carne, y borrar las ideas del mundo y de las diversiones profanas! Si no perecí, efecto fué de la misericordia del Señor. Para lidiar con tantos enemigos no usaba de otras armas que doblar la oracion, aumentar la penitencia, tener cada dia mayor confianza en Dios y en la proteccion de la santísima Vírgen, á la cual debo la gracia de mi conversion y la de mi perseverancia. En ella encontraba cuanto habia menester; ella presentó á su hijo mis lágrimas y mis gemidos, y ella me ha conducido como por la mano en esta penosa carrera : *Auxiliatricem habui, ac pœnitentiæ susceptricem; et usque in hodiernum diem, in omnibus mihi adfuit protectrix mea, meque velut ad manum semper deduxit* (1). »

Como vió Zósimo que se valia de algunas palabras y lugares de la sagrada escritura, la preguntó si la habia leido. Nunca he sabido leer, respondió la santa; pero el Señor lo suple todo cuando es su santísima voluntad. Diciendo esto, se levantó, y encargándole el secreto mientras ella viviese, le rogó que al año siguiente volviese á verla el dia de jueves santo, y la trajese la sagrada eucaristía para poder comulgar. *Hasta aquel dia,* añadió con espíritu profético, *no*

(1) Ex MS. Græco reg. christianissimi, et altero ducis Bavariæ collatis, cap. 2.

saldrás del monasterio, ni estarás en estado de poder salir; pero aquel dia vendrás á la orilla del Jordan, y en ella me encontrarás: con lo cual le pidió su bendicion, y se retiró.

El santo viejo Zósimo, alabando mil veces al Señor por haberle descubierto aquella maravilla de la gracia, se volvió á su monasterio, donde pasó todo el año en perpetuo silencio y en mas rigurosa penitencia. Llegada la cuaresma siguiente, se halló asaltado de una ardiente calentura, que le molestó por toda ella, y no le permitió salir del monasterio hasta el jueves santo, segun la profecía de la santa. Este dia, obtenida particular licencia de su abad, salió del convento, y llegó ya muy tarde á la orilla del Jordan, llevando consigo la sagrada eucaristía. Apenas llegó, cuando á la luz de la luna descubrió á la santa en la orilla opuesta. Era la dificultad cómo habia de pasar el rio; mas la santa hecha la señal de la cruz, caminó sobre el agua como pudiera por tierra firme. Atónito y asombrado Zósimo, se puso de rodillas; mas la santa le levantó, acordándole que era sacerdote, y diciéndole que mirase lo que traia consigo. Postrada despues á presencia del santísimo Sacramento, y deshaciéndose en lágrimas, pidió al padre que rezase el Credo y el Padre nuestro. Acabadas estas oraciones, la dió el santo la comunion; y ella, penetrada de los mas vivos sentimientos de devocion, de amor y de reconocimiento, levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó diciendo: *Ahora, Señor, dejad ir en paz á vuestra sierva, segun vuestra divina palabra, pues han visto mis ojos la salud que viene de vos*; y vuelta despues á Zósimo, le dijo: *Padre, otra gracia tengo que pedirte, y es que la cuaresma que viene tengas á bien de volver á aquella parte del desierto donde me viste la primera vez, y allí me hallarás como Dios fuere servido.* Pues yo tambien tengo que pedirte,

la replicó Zósimo, y es que quieras tomar alguna cosilla de lo que te traigo prevenido para comer; la santa tomó solo tres granos de lentejas que metió en la boca, pidióle su bendicion, hizo la señal de la cruz, volvió á pasar el Jordan sobre las aguas, y se retiró.

Llegado el año siguiente y el tiempo acostumbrado en que los monjes se retiraban al desierto, salió Zósimo con los demás, y se encaminó hácia aquella parte donde dos años antes habia encontrado á nuestra santa, yendo ahora muy prevenido para no olvidarse de preguntarla su nombre, como se habia olvidado en las dos ocasiones precedentes. Pero ya la encontró muerta, tendido en tierra el cadáver, tan fresco como si acabara de espirar, y junto á él escritas en la arena estas palabras : *Padre Zósimo, entierra aquí por caridad el cuerpo de la pobre María, que murió el mismo dia de jueves santo, luego que recibió la sagrada comunion, y no te olvides de rogar á Dios por ella.*

Enternecióse Zósimo á vista del santo cuerpo, y derramó algunas lágrimas. Hecha despues oracion, vió venir hácia él de lo interior del desierto un leon de extraordinaria grandeza. Al principio se sobresaltó; pero serenóse presto, viendo que la fiera se acercaba mansamente hácia la santa, y como que la besaba los piés; y arrimándose despues al mismo Zósimo, comenzó como á halagarle con blandos movimientos de la cola. Hecho esto, abrió con las garras un hoyo bastantemente profundo; y volviéndose á emboscar en el desierto, dejó libertad a Zósimo para enterrar el santo cuerpo, como lo hizo, cantando los salmos y las demás oraciones, segun el uso de la Iglesia. Concluido este piadoso oficio, se restituyó Zósimo á su monasterio, donde contó lo que habia visto del modo que lo acabamos de referir.

Muy desde luego se comenzó á celebrar el culto de la santa en la iglesia griega, y casi desde el mismo tiempo en la latina. En muchas diócesis se celebra aun el dia de hoy con gran solemnidad su fiesta el dia 2 de abril, y en otras el dia 9. Dícese que una parte de sus reliquias se trasladó á Roma, cuando los infieles comenzaron á apoderarse de la Tierra Santa. En Fornay se veneran algunas de ellas, las que es tradicion haber dado el papa Hormisdas á san Eleuterio. En Nápoles se conserva la cabeza de esta santa penitente, traida á aquella ciudad por el abate de Calabria el año de 1059. El Martirologio romano anuncia su muerte el dia 2 de abril; pero la fiesta de san Francisco de Paula nos obligó á trasladar al dia 3 la historia de su admirable vida.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Taormina en Sicilia, san Pancracio, obispo, que habiendo sido martirizado, selló con su sangre el Evangelio de Jesucristo que habia predicado en aquella ciudad, adonde fué enviado por el apóstol san Pedro.

En Tomes en Escitia, los santos mártires Evagrio y Benigno.

En Tesalónica, el martirio de las santas vírgenes Agape y Quionia, las cuales no queriendo renunciar á Jesucristo, en tiempo del emperador Diocleciano, sufrieron primeramente una larga y penosa prision, y despues fueron echadas en el fuego, en donde, sin que las llamas las tocasen, puestas en oracion, entregaron su alma á Dios.

En Tiro, san Vulpiano, mártir, que fué cosido en un saco con un áspid y un perro, y arrojado despues al mar, durante la persecucion de Galerio Maximiano.

En el monasterio de Medicio en Oriente, san Nicetas,

abad, que padeció mucho en tiempo de Leon el Armenio por el culto de las santas imágenes.

En Inglaterra, san Ricardo, obispo de Chichester, memorable por su santidad y milagros.

Allí mismo, santa Burgondófora, vírgen y abadesa.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de la santa la que sigue:

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Mariæ Ægyptiacæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum..

Oye, Señor y Salvador nuestro, nuestras súplicas, para que así como nos alegramos en la festividad de santa María Egipciaca, así tambien recibamos el fervor de una devocion verdadera. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 del apóstol san Pablo á los Efesios.

Videte, fratres, quomodò cautè ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes, sed intelligentes, quæ sit voluntas Dei.

Hermanos: Cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sabios, redimiendo el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto no seais imprudentes, sino entended cual sea la voluntad de Dios.

NOTA.

« Habia estado san Pablo por mucho tiempo en » Éfeso, metrópoli del Asia menor, y habia trabajado » con infatigable zelo en la conversion de sus habitadores. Hallándose preso en Roma, tuvo noticias » que algunos falsos doctores habian entrado en » Éfeso, y enseñaban en ella mala doctrina, por cuyo » motivo escribió esta carta á los fieles, para confirmarlos en la fe y en las verdaderas máximas del » Evangelio, el año 62 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Mirad, hermanos, que camineis con cautela, como prudentes, y no como necios ó como aturdidos. *Videte, fratres, quomodò cautè ambuletis : non quasi insipientes, sed ut sapientes.* ¿Puede haber mayor imprudencia que entregarse á un mar borrascoso y lleno de escollos, sin provision, sin remos, sin velas y sin piloto? ¿puede haber mayor locura, mayor temeridad, que caminar sin armas por país enemigo? ¿puede haber mas necia extravagancia que andar de dia y de noche sin saber donde se va; que meterse con los ojos cerrados en un camino fragoso, á través de las rocas, por medio de los mas horribles precipicios? ¿A cuántos se podrá decir con toda verdad : *¿ tu es ille vir?* Tú eres el que cometes esa extravagancia; tú el que haces esa insigne locura.

Es el mundo un mar famoso por sus naufragios. Navéguese por él á vela tendida, ó navéguese á fuerza de remos, no por eso dejan de encontrarse menos piratas, ni menos escollos. No hay hombre sobre la tierra que no esté de camino. Esta vida no es mas que un tránsito : todos siguen su carrera sin detenerse; pero ¿piensan todos adonde van?

Aquel jóven tan ansioso de divertirse, tan solícito en buscar con qué pasar el tiempo, ó con qué perderlo, ¿sabe á lo menos qué camino sigue, ó considera cuál deba ser su término?

Aquel hombre de negocios, tan hambriento de dinero, tan ocupado en poner en movimiento todas las industrias que le sugiere la insaciable codicia para ganar mas y mas, tan servilmente esclavizado de sus intereses, ¿ha dedicado en muchos años siquiera un cuarto de hora á pensar en el importante negocio de su salvacion? ¿ha tomado algunas justas medidas para

salir bien con él? ¿ha expuesto algun caudal para negociar en la eternidad?

Aquellos hombres prudentes segun el siglo, tan hábiles en proyectos, tan fecundos en expedientes, cuyos alcances penetran tan allá; aquellos oráculos de la prudencia humana, ¿saben por ventura adonde caminan? ¿han tomado algunas providencias para su propia seguridad? ¿están alerta para no dormirse sobre el borde del precipicio?

Aquellas mujeres del mundo, criadas en la delicadeza y en el regalo, ocupadas únicamente en sus adornos, en sus diversiones, y en cosas ociosas; aquellas mujeres, víctimas de la vanidad y del orgullo, que solo tienen de cristianas el nombre y la exterioridad, ¿piensan acaso que no está muy distante la sepultura; que el dia va declinando? y en medio de esos estrados brillantes, de esos profanos espectáculos, de esas conversaciones inútiles, de esos juegos, ¿se acuerdan por ventura del destino que las aguarda para toda la eternidad?

¡Cosa extraña! tendríase mucha lástima, trataríase de mentecato á un hombre que todo el dia anduviese dando vueltas sin objeto, sin saber adonde iba; y esos jóvenes libertinos que no se cuidan de su último fin; esos hombres de negocios, esos esclavos de los placeres, esos mundanos tan ignorantes, tan insensibles en punto de religion, ¿se han de tener por prudentes y por discretos? Decidme, pobres hombres, ¿sabeis cuál ha de ser vuestra suerte?

El evangelio es del cap. 7 de san Lucas.

Ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quòd Jesus accubuisset in domo Pharisæi, attulit alabastrum unguenti: et stans retrò

He aquí que una mujer que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesus comia en casa del fariseo, tomó un alabastro de ungüento:

secus pedes ejus, lacrymis cœpit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat.

y estando detrás á los piés de Jesus, comenzó á regarle con lágrimas los piés, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los ungia con ungüento.

MEDITACION.

DE LA DULZURA DE LA PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que se forma una falsa idea de la penitencia, cuando se concibe llena de amargura y de disgustos. La corteza es amarga, pero el fruto es dulce. Puédese comparar la penitencia con las aguas de Mará, cuya amargura se convirtió en un gusto grato y suavísimo, luego que Moisés sumergió en ellas aquel leño, figura de la cruz del Salvador (1). Los sentidos, las pasiones, el amor propio encuentran, á la verdad, en la penitencia aspereza y desabrimiento; mas el alma, que es la que únicamente la toma bien el gusto, la experimenta llena de una exquisita dulzura.

¿Qué cosa mas dulce, qué gusto mas delicioso, qué alegría mas llena ni mas sólida que la paz de Dios, la cual, como se explica el Apóstol, *excede á todo sentido* (2)? Pues esta dulcísima paz es fruto de la penitencia. Formemos concepto de esta dulzura cotejándola con los penetrantes remordimientos de una conciencia delincuente, con aquellas inquietudes que despedazan el alma, con aquellos sobresaltos, frutos naturales y necesarios del pecado.

¡Qué gozo no causa en todo el reino una amnistía ó perdon general del soberano! ¡qué consuelo el de un

(1) Exod. 15. — (2) Philip. 4.

hijo rebelde cuando sabe que su padre le ha perdonado! Pues no es menor el que experimenta una alma verdaderamente mortificada y penitente; cada acto de mortificacion es como una nueva prenda del perdon de sus pecados; es una bien fundada presuncion de que el Señor la ha restituido en gracia. Las espinas sirven de defensivo á la flor y al fruto, pero no les comunican sus puntas. Por mas que los sentidos se alarmen, por mas que se queje el amor propio, gusta el alma una exquisita dulzura cuando se deja percibir en ella la uncion de la divina gracia, que siempre acompaña á la verdadera penitencia. En estando serena la conciencia, el corazon está contento. El pecador, dice el Espíritu Santo, afecta tambien sus apariencias de paz, y aun pretende persuadirnos que la goza; pero bien sabe él mismo que miente, y que está muy lejos de tenerla: *Pax, pax; et non erat pax* (1). Al contrario, añade en otra parte el mismo Espíritu Santo, bien podeis decir al hombre justo que se consuele, porque la alegría, la paz, la abundancia de los consuelos interiores son herencia suya, y ellos embotarán perpetuamente la punta á todas sus mortificaciones: *Dicite justo quoniam benè* (2). ¿Cuándo, Señor, ha de llegar el tiempo en que creamos mas á vuestra divina palabra que á las erradas preocupaciones de los sentidos, y á las falsas sugestiones del enemigo de la salvacion?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esta dulzura de la penitencia consiste propiamente en aquella paz del alma despues que se convirtió á su Dios; en aquella suavidad interior, en aquella secreta alegría, en aquella dulce esperanza, en aquella confianza filial que hacen

(1) Jerem. 6. — (2) Isai. 3.

gustar con anticipacion á las almas penitentes las alegrías del cielo; en fin, en aquellas tiernas lágrimas que derraman algunas á los piés de un crucifijo, en las cuales hallan placer mas delicioso, gusto mas exquisito que en todas las fiestas y diversiones del mundo. De aquí nace aquel semblante siempre risueño y apacible, aquella tranquilidad, aquella paciencia inalterable, aquella constante igualdad de humor que se observa por lo comun en los hombres mas penitentes. El agrado, la dulzura con que tratan á sus hermanos, es prueba evidente de la que gozan en su corazon.

Son rígidos, son penosos los ejercicios de la penitencia, es verdad: el ayuno macera la carne, la modestia del vestido humilla el espíritu, el retiro y la soledad tienen su amargura; á la mortificacion interior no la faltan sus espinas, ni á la exterior sus disgustos. Pero pregunto: ¿es cosa imposible, añado mas, es cosa que se vea raras veces el que debajo de estas voces que asustan, de estas apariencias que estremecen, de esas espinas que punzan, se hallen escondidas mil dulzuras, mil flores verdaderas? Consultemos el parecer de todos los santos; pongamos los ojos en santa María Egipciaca entre los horrores del desierto. ¿Quién la pudo tener en él por tantos años? La gracia del Redentor, no tiene duda. Pero s esta gracia no encerrara el secreto de hacer dulce lai soledad, agradable la estancia espantosa del desierto, fáciles las penitencias mas asombrosas, y delicioso el continuo ayuno, ¿creeríamos que una mujer jóven, delicada, criada entre las delicias del mundo, pudiese pasar tantos años en los ejercicios mas rigurosos de la penitencia?

El ayuno que se nos hace tan pesado, tan impracticable, cuando lo prescribe la Religion, ¿cuántas veces se nos hace muy fácil, ó por cortejar á un

grande, ó por hablar a un ministro, ó por adelantar alguna diligencia en una pretension, ó por tomar unas cuentas, ó por informarnos de un pleito, ó por asistir á una fiesta, ó por no levantarnos del juego? ¿qué cilicio mortifica tanto como esos zapatos que oprimen, esas cotillas que ahogan, esa desnudez que yela, esa extravagancia de modas que tienen á tantos y tantas en una continua tortura?

¡Mi Dios, cuántas vanas aprensiones se disiparian en punto de penitencia con un poco de reflexion y con un mucho de religion! Disponed, Señor, que las que acabo de hacer no sean inútiles. Conozco que debo hacer penitencia; seria el hombre mas infeliz, si me muriera sin haberla hecho. Aunque no hallara en ella mas que amarguras, siempre seria para mí muy saludable; pero siéndome tan necesaria, no puedo ya dilatarla para otro tiempo.

JACULATORIAS.

Redde mihi, Domine, lætitiam salutaris tui. Salm. 50.
Dadme, Señor, á gustar aquella alegria que es prenda de la paz con vos.

Secundùm multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam. Salm. 93.
Sí, Señor, á proporcion de las mortificaciones con que he macerado mi cuerpo, son los consuelos con que habeis regalado mi alma.

PROPOSITOS.

1. La penitencia solo es amarga en la idea de los que jamás gustaron los frutos de ella. ¡Cosa extraña! todo asusta á los sentidos cuando se ofrece hacer alguna mortificacion por amor de Dios; y estos

mismos sentidos no se asustan á la vista del propio objeto, cuando se lo presenta el mundo, la pasion ó el interés. Haz hoy alguna reflexion sobre los trabajos que has padecido, sobre las mortificaciones que has tolerado, sobre lo que has tenido que sufrir por el mundo, por tus amigos, por satisfacer alguna pasion, por algun interés ó por alguna condescendencia; y compara estas penitencias inútiles y amargas con la que has hecho por tus pecados. ¡Qué desigualdad! Contentaríase Dios con que hubieses hecho por su amor mucho menos de lo que has hecho por el mundo. ¡Y qué consuelo seria ahora el tuyo si hubieras padecido algo por amor de Dios! ¡qué alegría, qué satisfaccion se siente en la pascua cuando se pasó la cuaresma en ejercicios de penitencia! Cuando tú mismo te has mortificado por un motivo de religion, ¡qué gozo ha sido el tuyo! Si no lo has experimentado hasta ahora, haz luego la experiencia. Resuélvete á mortificarte hoy con espíritu de verdadera penitencia, y á la noche gustarás el dulce consuelo que te producirán tus mortificaciones.

2. Pero son muy inútiles los propósitos vagos é indeterminados; para que sean eficaces, es menester descender á cosas particulares. Primero: en lugar de irte á pasear ó hacer alguna visita inútil, vete á una iglesia á llorar á los piés de Jesucristo tantas bellas horas como has perdido en vanos entretenimientos. Segundo: Hay mil pequeñas industrias para mortificar el cuerpo sin detrimento de la salud. Se puede estar de rodillas sin apoyarse; privarse de ciertas satisfacciones por espíritu de penitencia; prohibirse por espacio de un año el uso de ciertos manjares, de ciertas frutas, de ciertas golosinas á que tienes vehemente apetito; negarse ciertas delicadezas que en suma no son mas que refinadas invenciones de la sensualidad; no comer jamás sin sazonar la comida

con alguna mortificacion; en fin, hacer todos los dias, ó á lo menos en determinados dias de la semana, y singularmente las vísperas de las fiestas, y aun los mismos dias de comunion, algunas penitencias con aprobacion del confesor. Las dulzuras interiores que acompañarán de cerca á estos piadosos ejercicios, te convencerán presto de que los frutos de la penitencia solamente son amargos en la aprension de los que jamás los gustan.

DIA CUARTO.

SAN PLATON, ABAD.

Fué san Platon hijo de Sergio y de Eufemia, cuya virtud era igual á la calidad, y ambos eran venerados en Constantinopla por modelos de la vida cristiana entre la nobleza. Nació por los años de 734. Era la virtud como hereditaria en aquella dichosa familia. Tuvo Platon dos hermanas, las cuales se distinguieron en el mundo, mas que por su ilustre nacimiento y por sus singulares prendas, por su vida ejemplar. Por lo que toca al mismo Platon, se puede decir con verdad que mamó la devocion con la leche, y que nada fué capaz de debilitar sus virtuosas inclinaciones, ó de manchar el candor de su inocencia.

Irritada la ira de Dios con las profanaciones y sacrilegios del impío emperador Constantino Coprónimo, enemigo declarado de Jesucristo y de sus santos, afligia al imperio con un terrible azote que lo desolaba. Era una especie de peste inaudita y misteriosa: aparecia de repente sobre los vestidos una cruz de color azul, formada con perfeccion, y al mismo punto la persona en quien se dejaba ver esta señal,

se sentia tocada del contagio, y espiraba sin remedio pocas horas despues. El rigor de este azote se experimentó en Constantinopla mas que en otra alguna parte del imperio; perecieron mas de los dos tercios de aquella populosísima ciudad con muerte repentina, y esta suerte tuvieron el padre y la madre de nuestro santo.

Platon, todavía muy niño, quedó bajo la tutela de un tio suyo que atendió con particular desvelo á su cristiana educacion. Aprovechóse bien de ella. No se vió nunca jóven de ingenio mas penetrante y mas desembarazado, ni que tuviese mejor corazon, mas blando natural, ni modales mas nobles y mas cortesanos. Hízose hábil principalmente en el manejo de los negocios; y habiendo sido hecho su tutor tesorero general del imperio, le dedicó á una mesa de su misma oficina, donde en poco tiempo dió tan grandes pruebas de su exacta probidad y de sus raros talentos, que apenas se hablaba en la corte de otra dosa.

Como juntaba una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que el mundo iba armando á su inocencia. Hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una fortuna brillante con que le lisonjeaba su propio mérito. Inútilmente pusieron su virtud á la mayor prueba con todo aquello que mas podia tentarle; inútilmente le presentaron los mas apreciables partidos, le brindaron con los mas elevados empleos: nunca le deslumbraron las aparentes brillanteces de que tanto se paga el mundo; inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba; y aunque jóven, rico, y en medio de una corte donde todo convidaba á la diversion, vivia con la circunspeccion, con el arreglo, con la devocion que pudiera un solitario. El tiempo que los otros jóvenes

de su edad y de su esfera dedicaban ordinariamente al juego y á las diversiones, lo empleaba él en leer libros espirituales, en oracion y en obras de caridad. Una virtud tan ejemplar añadia mucho esplendor á su mérito. Todos aplaudian y aun veneraban á Platon como á la maravilla de la corte, cuando Dios le inspiró la resolucion de dejarla para atender únicamente al cuidado de su salvacion.

Resuelto ya el sacrificio, distribuyó los grandes y ricos bienes que habia heredado de sus padres, parte en sus hermanas, y lo demás entre los pobres. Rotos estos lazos, salió de Constantinopla á los veinte y cuatro años de edad, cortado el cabello, vestido de una ropa negra, y se encaminó al monasterio del monte Olimpo, en el sitio llamado *los Simbolos*, para entregarse á la disciplina de Teotisto, abad de aquel monasterio.

Informado el santo abad de su nombre, calidad y pocos años, le pareció que un temperamento tan delicado no podria con vida tan rigurosa, y no perdonó medio alguno para desviarle de aquel intento; pero quedó asombrado cuando oyó la resolucion del generoso mancebo. *¿Qué importa,* le dijo, *que sea de complexion débil, si la voluntad es robusta? Pues qué, ¿no hemos de contar algo con la gracia? Yo, padre, no vengo aqui para darme á Dios á medias; tú has de ser el absoluto dueño de mi espíritu, de mi voluntad y de mi vida. A la verdad no podré hacer cosas grandes, pero sabré obedecer.*

Acreditó admirablemente su proceder la sinceridad de su promesa. No hubo hombre mas humilde, mas mortificado, mas exacto, mas rendido. Hechizado el santo abad de las admirables disposiciones del nuevo discípulo, no omitió nada para cultivar tan buen fondo. Ocupábale siempre mucho, y le mortificaba mucho mas. Acrisolaba su virtud con sensibles hu-

millaciones y con pruebas continuas; y nuestro santo, que únicamente suspiraba por conseguir la mas encumbrada perfeccion, hizo tan grandes progresos en ella bajo la diciplina de tan hábil maestro, que muerto Teotisto, no quisieron los monjes otro superior. En vano se resistió su humildad; la unánime aclamacion de todo el monasterio era prueba de que Dios le queria en aquel empleo, y él lo desempeñó dignamente.

Viéndose á la frente de todos, comprendió que era obligacion precisa suya ser superior á todos en todo género de virtudes; y procediendo segun este concepto, solo se conocia que era superior por lo que sobresalian sus ejemplos. Acostumbraba decir que un superior habia de mandar mas con las obras que con las palabras, porque estas mudas exhortaciones hacian mas efecto que los discursos mas elocuentes.

Nunca se le veia ocioso: la oracion y la lectura de los santos padres y de la sagrada escritura eran todas sus delicias. Su sobrino san Teodoro Estudita, que escribió su vida, dice que apenas se pueden contar los muchos extractos que hizo de los lugares mas escogidos de los santos padres; y que todos los libros espirituales, que en tan gran número se hallaban en los monasterios, eran efecto de su laboriosidad y piadosos trabajos.

Mientras nuestro santo se dedicaba con tanto desvelo á que floreciese la observancia y el fervor en su monasterio, el emperador Constantino Coprónimo turbaba la iglesia de Jesucristo con la guerra que habia declarado á las santas imágenes y á los defensores de ellas. Fué horrible la persecucion; y fué mas cruel contra los monjes, por haberse declarado los mas ardientes defensores de la verdad católica. Fueron pocos los monasterios que no se viesen arrasados; eran desterrados los monjes mas santos y

mas zelosos, y muchos de ellos recibieron la corona del martirio. Pero el Señor, que nunca desampara á su rebaño, conservó á nuestro santo en el fondo del desierto para que volviese para encender de nuevo la fe y el fervor despues de la tempestad.

Obligándole algunos negocios á pasar á la corte de Constantinopla, fué recibido en ella como el ángel del desierto. Su presencia animó en todos la piedad, y no contribuyó poco á extinguir las miserables reliquias del incendio que habia excitado la herejia de los iconoclastas. Hizo famosas conversiones; restituyó á su antiguo ser la disciplina religiosa en las comunidades, el celo y la edificacion en el estado eclesiástico, la reformacion de costumbres en todos los estados; y en fin, refloreció con su presencia la religion de tal manera, que parecia haber mudado de semblante toda la corte.

En medio de tan gloriosas como trabajosas fatigas en que le empeñaba el zelo y la caridad, no se dispensó en ninguna de sus ordinarias penitencias. Instóle el patriarca de Constantinopla para que admitiese el obispado de Nicomedia; pero no fué posible vencer su profunda humildad. Suspiraba continuamente por su amado desierto, y así se retiró á él con la mayor presteza luego que se lo permitieron los negocios que le llevaron á la corte; pero su gran reputacion inquietó presto su retiro. Querian que á lo menos viviese cerca de la corte imperial, donde habia hecho en tan poco tiempo tan portentosas conversiones; y sin dar oidos á las muchas razones que alegó, ni rendirse á la resistencia que hizo, le obligaron á aceptar el gobierno del monasterio de Sacudio, ó Sacudion, cerca de Constantinopla.

Luego que entró en él, restituyó á su antiguo rigor y pureza la regla de san Basilio. Despidió todos los criados que dormian dentro de las cercas del monas-

terio, aunque fuera de la clausura, y cuidaban del ganado que se criaba en los pastos que habia sin salir del recinto de las mismas cercas. Desembarazada la casa del ruido de los seglares, volvió à entrar en ella el espíritu de soledad y el monástico silencio. Esta reforma le ocasionó grandes pesadumbres y persecuciones; pero con su teson, con su mansedumbre y con sus ejemplos, salió al cabo con todo cuanto intentaba.

El año de 786 asistió al sínodo de Constantinopla en la iglesia de los santos Apóstoles, y en él defendió el culto de las santas imágenes con tanto zelo, con tanta elocuencia y con tanta intrepidez, que desconcertó las artificiosas medidas de los herejes, y consiguió que triunfase la verdad. El año siguiente se halló en el segundo concilio niceno general, al que suscribió como abad de Sacudion, y en el cual trabajó tan eficazmente con san Tarasio y los demás padres del concilio en restituir el culto de las sagradas imágenes, que los iconoclastas le aborrecieron siempre como á su mas cruel azote. Vuelto á su monasterio, pasó siete años continuos en la mazor abstraccion y retiro, y en el ejercicio de rigurosas penitencias. Pero habiendo caido enfermo, se valió de este pretexto para renunciar la abadía, en la cual le sucedió su sobrino san Teodoro.

Habiendo repudiado á la emperatriz Maria su legítima mujer, el emperador Constantino, hijo de la emperatriz Irene, se casó públicamente, con escandalo de toda la Iglesia, con Teodora, dama de la misma emperatriz, y parienta muy cercana de nuestro santo. Con todo eso él y su sobrino san Teodoro fueron casi los únicos que no acertaron á disimular tan gran maldad. El emperador se valió de cuantos medios pudo para ganarle, de ruegos, de promesas y de amenazas; pero nada bastó para doblar su ge-

nerosa entereza y su religion. Esto le ocasionó una persecucion deshecha y cruel. Fueron maltratados todos sus religiosos, y alcanzó la desgracia hasta á muchos de sus parientes; pero ni por eso blandeó su zelo, ni se alteró su tranquilidad. Vióselo por largo tiempo en un estrecho calabozo, tan sereno y tan recogido como si estuviera en su celda, aunque el carcelero á quien se encargó su custodia, era el mismo clérigo que habia celebrado el matrimonio de los adúlteros.

Pero habiendo muerto desgraciada y repentinamente el emperador, la emperatriz Irene le volvió á enviar á su monasterio de Saeudio colmado de honras, y venerándole como á mártir. Las incursiones de los bárbaros obligaron al santo á dejar este monasterio, y retirarse al de Estudio, donde haciendo que se eligiese por abad á san Teodoro, quiso él vivir como recluso. El teson con que se mantuvo en no admitir á la comunion al clérigo que habia celebrado el escandaloso matrimonio del difunto emperador, le atrajo nueva persecucion de parte de su sucesor Nicéforo. Enconaron tanto el ánimo de este príncipe los herejes encubiertos que seguian la corte y eran enemigos mortales de nuestro santo, que le desterró á una de las islas del Bósforo. Muerto Nicéforo con todo su ejército á manos de los Escitas, el emperador Miguel que le sucedió, y era príncipe piadoso, levantó el destierro á Platon. Mas los grandes trabajos que habia padecido, su mucha ancianidad y sus rigurosas penitencias, aceleraron su muerte. Viendo que se iba acercando la última hora, llamó á todos los monjes, que eran mas de novecientos, y dándoles su bendicion, les rogó que le condujesen á la sepultura. Luego que la vió, exclamó lleno de consuelo: *Este es el lugar de mi descanso hasta el fin de los siglos*; y añadió despues: *el Señor cumple los deseos de los que le temen,*

y los libra de sus males. Concurrieron las personas mas distinguidas de la ciudad á recibir su bendicion, y á encomendarse en sus oraciones, siendo de este número el patriarca Nicéforo. No dejó Platon de orar hasta que dejó de vivir, continuando su amorosa union con el Señor hasta el último suspiro. En fin, habiendo rogado á Dios en alta voz por todos sus hermanos, por toda la santa Iglesia, y en particular per todos los que le habian perseguido, murió santamente el sábado de Ramos del año 813, á los 79 de su edad, habiendo pasado los 55 en el monasterio.

Escribió su vida su sobrino y sucesor san Teodoro Estudita, y da fin á ella con esta devota oracion.

«Santo padre mio, dignate desde lo alto del cielo, donde te ha colocado el Señor, de volver hácia mí tus benignos ojos, y de ser, por tu intercesion, mi apoyo, mi luz y mi guia. *Pasce mecum hunc gregem quem multo labore et sudore collegisti* : Ayúdame á instruir y á gobernar santamente este rebaño que juntaste con tantos sudores y fatigas. *Ut tuis insistens vestigiis ambulet per viam mandatorum Dei* : para que siguiendo tus pasos, ó imitando tus ejemplos, jamás se aparte del camino de los mandamientos de Dios. *Observa, fove, propugna tam magnos quam parvos, quemadmodùm te rogavi in hora exitus tui* : Vela, conserva y defiende así á los grandes como á los pequeños, como te lo supliqué en la hora de tu muerte. *Tui enim sunt omnes*; porque todos son tus hijos, así como el que tú quisiste darles por padre; para que teniéndote por nuestro protector en la presencia de Dios, no temamos á nuestros enemigos, nunca caigamos en error, nos mantengamos firmes en la fe, miremos con horror toda relajacion, y perseveremos hasta el último suspiro en la santidad de vida que abrazamos en Jesucristo nuestro Señor,

á quien sea la gloria, la honra y el poder, con el Padre y con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos. Amen.»

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Platonis abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado Platon abad, para conseguir por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor...

La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. 6.

Fratres: Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia, et nociva, quæ mergunt homines in interitum, et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas; quam quidam appetentes erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis. Tu autem, ò homo Dei, hæc fuge.

Hermanos: Los que quieren enriquecerse, caen en la tentacion, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos, que sumergen á los hombres en la muerte y en la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la avaricia, por cuyo amor algunos se apartaron de la fe, y se anegaron en muchos dolores; pero tú, ó hombre de Dios, huye estas cosas.

NOTA.

« Es probable que san Pablo escribió esta primera » carta á su querido discípulo Timoteo en el cuarto » viaje que hizo á Macedonia, cuando volvió á Oriente, » despues de su primera prision de Roma. Como » Timoteo aun era mozo y de poca experiencia, el

» Apóstol le da en ella saludables consejos, de los » cuales pueden aprovecharse todos los fieles. »

REFLEXIONES.

Son pocos los que están contentos con su suerte. El que se ve en puesto elevado, quiere subir mas arriba. No hay estado, no hay condicion en el mundo que tarde ó temprano no cause tedio. La mediania desagrada, la abundancia altera. Van creciendo con nosotros nuestros inquietos deseos: cuanto mas se les sustenta, mas insaciables se hacen. Es nuestra vida una perpetua cadena de inquietudes, y por lo regular es nuestro propio corazon el mayor enemigo de nuestro sosiego.

Los bienes criados solo tienen atractivo cuando no se poseen: en poseyéndose, fastidian. Hágase en el mundo la mayor fortuna que se quisiere; solo se ocupa el pensamiento y el deseo en lo que resta por hacer. Los sucesos desgraciados irritan nuestra ambicion; los prósperos la encienden. Todos nacemos con cierto fondo de ambicion que solo se acaba con la vida. No nos permite vivir tranquilos, porque nunca está contenta. Siempre se considera muy abajo el que juzga que puede subir mas arriba.

Quiere uno hacerse rico, quiere ascender, quiere hacer figura: ¡qué desvelos, qué fatigas, qué disgustos! ¿No le ha de costar mil trabajos abrirse camino por tanta multitud de estorbos, por medio de aquella muchedumbre de envidiosos y de concurrentes? ¡Cuántos desaires ha de sufrir! ¡cuántos peligros ha de precaver! ¡cuántos sustos ha de pasar! Ascendió ya un escalon; es preciso que se detenga mucho tiempo en él antes de pasar á otro. Pregunto: ¿la fortuna que se hace vale por ventura tanto como cuesta? Aumentósele á este ambicioso la

renta, pero tambien se le aumentaron con ella los cuidados.

Aplicase el otro al comercio, y desde luego se promete que ha de ser tan afortunado como otros muchos que comenzaron con menos fondos. El que tiene ambicion, nunca se imagina sin habilidad y sin genio; al atrevido jamás se le representa el éxito dudoso. ¡Oh! que es un mar borrascoso, lleno de escollòs, y famoso por sus muchos naufragios : no importa, ni por eso ha de dejar de embarcarse. Hácese la cuenta de que si fueren los vientos contrarios, navegará á fuerza de remos; y á pesar de los piratas y de otros cien peligros, cada uno espera arribar al puerto.

Es el deseo de las riquezas el mayor tirano de nuestro corazon. No hay prudencia, no hay prevision humana que no esté expuesta á dejarse alucinar, á dejarse engañar de la codicia. Sin duda que por castigar esta insaciable pasion permite Dios cada dia caidas tan vergonzosas.

Habia echado el Señor la bendicion á tu primera fortuna; tenias ya con qué pasar decentemente segun tu condicion y tu estado. Si hubieras reprimido ese codicioso anhelo de ganar; si hubieras moderado esa desmedida ambicion, esa avaricia, hubieras hecho un negocio mas sólido y mas seguro. Cuando la fortuna no camina muy de priesa, está menos expuesta á tropezar. Los edificios que se levantan poco á poco suelen ser los mas firmes y mas sólidos. Pero esa ambiciosa impaciencia de sacudir cuanto antes el polvo en que naciste, fué la que te llenó de polvo hasta los ojos. La ansia de ser rico precipita; y parece que se complace Dios en confundir las altaneras ideas de esos temerarios ambiciosos.

Qui festinat ditari, non erit innocens, dice el Sábio (1).

(1) Proverb. 28.

La insaciable avaricia hace coger á todas manos; y las fortunas repentinas no siempre son las mas limpias. Pero se consulta poco á la conciencia cuando domina mucho la ambicion. Olvídanse las mas sagradas leyes del parentesco y de la amistad; aun las de la Religion apenas se conocen. Donde reina el interés no se da cuartel á la hombría de bien, ni á la buena fe, sino bajo onerosas condiciones. Importa poco que no se tengan caudales, basta que se tenga crédito; y el crédito es no pocas veces fruto de una temeraria osadía. El dinero de otro es el cimiento sobre que se levanta toda la máquina del edificio. Las pérdidas y los contratiempos irritan la pasion, y sirven para que se formen nuevos proyectos. Al mas lijero vislumbre de una gruesa ganancia abre el ojo la codicia; y no pocas veces esta luz engañosa solo conduce para aumentar la confusion, y para precipitar la ruina. *Est homo laborans, et festinans, et dolens; et tanto magis non abundabit* (1). Cuesta el elevarse tan alto, cuesta el caminar tan apriesa; y por lo comun solo es para que se haga mas sensible el precipicio, y mas dolorosa la caida. Tanto es verdad segun dice el Apóstol, que los que quieren hacerse ricos caen en la tentacion, en los lazos del demonio, y en muchos vanos deseos que sumergen á los hombres en un abismo de desdichas y de perdicion: *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia quæ mergunt homines in interitum.*

El evangelio es del cap. 16 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen, dico vobis, quia plorabitis, et flebitis vos. Mundus autem

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que lloraréis, y gemiréis vosotros. El mundo

(1) Eccl. 11.

gaudebit: vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier, cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus: cum autem peperit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.

se alegrará; vosotros os contristaréis. pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de la angustia á causa de la alegría que concibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, teneis tambien ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

DE LA IMITACION DE LOS SANTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué dichosos son los santos: pues nosotros podemos serlo tanto como ellos con el auxilio de la divina gracia, siendo cierto que solo estamos en la tierra para alcanzar la misma suerte que los bienaventurados en el cielo. Es sin duda grande su recompensa; pero no es menor la que Dios nos ofrece á nosotros. Ellos fueron lo que nosotros somos, y nosotros solo estamos aquí para llegar á ser lo que son ellos.

Busquemos el modo de vivir que mejor nos pareciere; forjemos sistemas de conciencia y de moral como se nos antojare; autoricémoslos con todas las sutilezas, con todas las benignas interpretaciones del amor propio; siempre será verdad que la vida de los santos debe ser nuestro modelo. Ellos imitaron á Cristo, y nosotros debemos imitarlos á ellos, si queremos tener parte en la herencia de nuestro Padre

celestial. Si pretendemos arribar al mismo término, hemos menester seguir el mismo camino. Es cierto que ellos no anduvieron descaminados; ¿pues qué vamos á aventurar nosotros en tomarlos por guias? ¿podemos por ventura escoger otras? Y siendo cierto que no hay otro camino para el cielo que el que siguieron ellos, ¿dónde iremos nosotros á parar si tomamos otro?

Todos admiramos á los santos, todos los alabamos, á todos nos encantan sus vidas cuando las leemos. Su inocencia, su modestia, su humildad, su mortificacion son asuntos de nuestros elogios; ¿y no podemos temer que algun dia sean sus virtudes el argumento de nuestra condenacion? ¿Qué cosa esencial hicieron ellos, que nosotros no estemos obligados indispensablemente á hacer? Hicieron ellos rigurosas y largas penitencias por los pecados mas leves; nosotros los hemos cometido gravísimos: ¿pues quién nos ha dispensado de hacer penitencia? Ellos vivieron una vida inocente: ¿debe acaso ser menos pura nuestra vida? La regla de su conducta fué el evangelio de Jesucristo: ¿cuál debe ser la regla de la nuestra? ¿tenemos por ventura otro evangelio que autorice la licencia de nuestras costumbres?

Quien viese la conducta de los santos y la nuestra, ¿diria que todos éramos de una misma religion? ¡Qué prodigio, si siendo tan poco semejantes á los santos en la vida, fuésemos semejantes á ellos en la muerte! ¿Dos caminos tan opuestos podrán conducir á un mismo término? En buena fe, ¿nos atreveremos á esperarlo? ¿y no será una insigne locura prometérnoslo?

¡Ah mi Dios, y cuánto tiempo ha que yo me lo estoy prometiendo! ¿Pero en qué principio me fundo? Conozco mi error, y con el auxilio de vuestra divina gracia espero, no ya tener la misma suerte de los

santos, pareciéndome tan poco á ellos, sino imitar de aquí adelante á los santos para lograr su misma suerte.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que algun dia serán los santos argumento de nuestra condenacion, si hoy no son modelo de nuestra vida. Habiendo sido hombres como nosotros, sujetos á las mismas pasiones, capaces de las mismas miserias, fueron fieles á la gracia, y con ella triunfaron del enemigo de la salvacion, cumplieron la ley, y llenaron con exactitud todos los deberes de la justicia.

Muchos de nuestra misma edad y de nuestra misma condicion, algunos de ellos aun de complexion mas delicada, cerraron los oidos á las voces de la carne y de la sangre. No fué respecto de ellos el mundo ni menos imperioso, ni menos halagüeño; pero fueron mas generosos, mas fieles que nosotros. No se ensanchó para ellos el camino del cielo: tuvieron las mismas dificultades, las mismas cuestas que trepar, las mismas tentaciones, los mismos obstáculos que vencer; pero no tuvieron la misma cobardía. Fuéles necesario combatir, fué grande la violencia, y les costó mucho la victoria. Nosotros vamos detrás de ellos; pero ¿seguimos sus pisadas? Es menester confesarlo: hemos degenerado mucho de la piedad y de la religion de nuestros padres. Nos lisonjeamos de que profesamos la misma fe, de que tenemos la dicha de ser de la misma iglesia: mas, ¡ó Dios, y qué horrible diferencia de costumbres! Cotejemos nuestra inocencia con la suya, nuestra mortificacion con su penitencia. ¿Qué no hicieron ellos para ser santos? pero ¿qué hacemos nosotros para serlo?

Ciertamente, ó los santos hicieron demasiado, ó nosotros hacemos muy poco. ¿Tendremos valor para

acusarlos de que dieron en excesos, cuando todos murieron con dolor de no haber hecho mucho mas, y no pocos con miedo de no haber hecho bastante? Ellos se acreditaron de prudentes en haber sido tan humildes, tan observantes de la ley, tan ejemplares y tan mortificados: ¿nos acreditaremos nosotros de entendidos, trabajando tan poco en ser semejantes á ellos? Los santos no hicieron mas que lo que debian, y ciertamente no hicieron demasiado: ¿hacemos nosotros aquello que debemos, hacemos lo preciso á que estamos obligados, cuando nos parecemos tan poco à los santos? ¿Qué tendremos que responder para justificarnos á vista de sus ejemplos?

Aquellas verdades de nuestra religion que hicieron tanta impresion en su corazon y en su entendimiento, y que hacen tan poca en el nuestro, nada han perdido ni de su virtud ni de su fuerza; las máximas del Evangelio no se han envejecido; el premio y los castigos son los mismos; la misma doctrina persevera y los mismos documentos. ¿Pues de dónde nace la enorme diferencia que se observa de dictámenes y de conducta? ¿quiénes van descaminados, los santos, cuya vida fué tan diferente de la nuestra, ó nosotros, que seguimos una senda tan opuesta á la que llevaron los santos?

Represéntate á un san Platon, ya en la tranquilidad de su retiro, ya en el tumulto de la corte; unas veces honrado, otras perseguido de los grandes: siempre le hallarás humilde y mortificado, siempre discípulo de Cristo, siempre fiel. ¿Podré yo decir lo propio de mí entre las ordinarias mudanzas, entre los varios acaecimientos de la vida y del estado en que me hallo?

¡O mi Dios, qué vivas, qué punzantes reprensiones nos están dando las pinturas, las estatuas de los santos! No hay retrato de ellos que no me esté repren-

diendo mi tibieza en el servicio de Dios, mi cobardía, mi orgullo, la licencia de mis costumbres, y todos los desórdenes de mi vida. Lo conozco, Señor; y espero que de hoy en adelante, asistido de vuestra divina gracia, al mismo tiempo que honre y que venere á los santos, me esforzaré tambien á imitarlos.

JACULATORIAS.

Filii sanctorum sumus. Tob. 2.
Hijos somos de los santos.

Mementote præpositorum vestrorum; quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Hebr. 13.
Traigamos á la memoria los ejemplos de nuestros mayores, y haciendo reflexion al dichoso fin que tuvieron, imitemos su fe, y vivamos como vivieron ellos.

PROPOSITOS.

1. Léense con gusto las vidas de los santos; se admira su fe, se ensalza su fervor, se engrandece su aliento, y apenas hay elogio que no se dé con el mayor encarecimiento á su prudencia: pero ¿qué fruto se saca de una veneracion tan justa y tan universal? Todo se aplaude, y nada se imita. Se miran las virtudes de aquellos héroes cristianos como si fueran frutos de paises muy remotos; conócese su mérito, y se estima su valor; pero no pasa la reflexion mas allá de la admiracion y del aprecio. ¡Cosa extraña! á casi todos arrastra el mal ejemplo, y en poquísimos hace impresion la virtud mas ejemplar. Apenas hay quien no tenga envidia al que ve mas elevado, y que no haga esfuerzos para subir tanto como él. La misma oscuridad del nacimiento, la misma medianía de fortuna irrita la ambicion, en vez de moderarla. Aunque los siglos no ofrecieran mas que un solo ejemplo

de esas prosperidades no esperadas, no hay artesano ninguno que no se imagine con tanta destreza, no hay hombre de negocios que no se suponga con tanto genio, no hay soldado que no espere tener tanta suerte, como aquellos que hicieron fortuna sin tener mayores fondos. ¡Valgame Dios! ¿cuándo ha de llegar el caso de que inspiren en nosotros la misma noble ambicion los ejemplos de los santos de nuestra propia edad, y de nuestro mismo estado? Lees con frecuencia las vidas de los santos; bien: ¿y qué fruto sacas de tan importante leccion? Comienza desde hoy á procurar que sea menos inútil para tí. Entre esos grandes modelos hallarás pocos en quienes no encuentres algunas virtudes proporcionadas á tu estado, y fáciles á tu imitacion. Cuando leas sus vidas, no te dejes llevar mucho de aquellos dones singulares, de aquellas acciones extraordinarias y maravillosas que deslumbran; para principalmente la consideracion en aquellos grandes ejemplos de paciencia, de modestia, de mortificacion y de humildad. Observa en unos aquella dulzura, aquella apacibilidad inalterable, que te es tan necesaria; aprende de otros aquella exactitud, aquella fidelidad en las cosas mas pequeñas, de que tienes tanta necesidad; y dite á tí mismo, haciendo reflexion sobre lo que acabas de leer: *Et tu non poteris quod isti et istæ?* ¿Y qué no podré yo, con la divina gracia, lo que pudieron tantos santos mas jóvenes, mas delicados, y con mayores obstáculos que yo? *Et tu non poteris?* ¿Porqué no podré yo tener tanta fortaleza y tanto valor, tanta resolucion y tanta perseverancia, tanto zelo y tanta virtud? Nunca leas las vidas de los santos sin hacerte esta saludable reconvencion.

2. En materia de devocion y de enmienda de costumbres, son poco eficaces los propósitos demasiado generales; el que se para al solo intento que tiene de



S. ISIDORO, ARZ. DE SEVILLA.

hacerlo todo, regularmente nada hace. Si lees la vida de algun santo; admira sus virtudes, sus piadosas industrias, sus penitencias; pero de todas aquellas maravillosas acciones entresaca dos ó tres hechos que sirvan á tu imitacion. Aquí el generoso perdon de una injuria; allá el ejercicio continuo de paciencia; en este una paz inalterable; en aquel ciertos actos de mortificacion usuales y ordinarios, ciertas devociones particulares y fáciles; y desde este mismo dia aplícate á practicar las que escogieres. Pero no basta esto: en habiendo escogido alguna virtud, alguna devocion particular para imitarla, implora por medio de alguna breve oracion (ninguna es mas eficaz que la del dia) la proteccion del santo ó de la santa que tomas por modelo. Este zelo es prueba de una voluntad sincera, y nunca queda sin fruto.

SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA Y DOCTOR.

La ciudad de Sevilla y la de Cartagena han estado y están en una justa disputa sobre cual de las dos ha de hacer suya la dicha de haber sido patria del glorioso san Isidoro. A la verdad, las excelentes prendas de este santo prelado, sus grandes virtudes, su sabiduría portentosa, y el grande nombre que en todos tiempos ha tenido, le han hecho objeto de los deseos piadosos y de las ansias nobles con que cada ciudad le ha pretendido para su honra. Pero lo cierto es, que no se sabe hasta ahora en cual de las dos ciudades nació. Se sabe sí, que desterrados sus padres de Cartagena, habitaron en Sevilla, y que esta ciudad, aunque no tuviese la gloria de haber sido la cuna de san Isidoro, tuvo al menos la de haberle dado educa-

cion y estudios, de haber admirado sus virtudes, de haberle tenido por prelado cerca de cuarenta años, y últimamente de haber sido honrada con su muerte y enriquecida con su sepulcro. Este grande varon era hermano menor de san Leandro, san Fulgencio y santa Florentina. Sus padres eran descendientes de Romanos de una noble é ilustre familia, y á estas prendas apreciables juntaban una piedad sólida. Vióse esto en el cruel destierro que padecieron cuando Leovigildo, protector de los arrianos, comenzó á perseguir á los católicos, pues se vieron precisados á dejar su patria, su casa y sus amigos, sin mas delito que por seguir con teson la verdad del Evangelio. Se hallaban en estos trabajos cuando nació san Isidoro, y á poco tiempo quedó el niño huérfano: sus padres, oprimidos del peso de la persecucion, de las incomodidades de un destierro, y de los pesares producidos por la injusticia, perdieron la vida temporal para recibir las eternas recompensas.

Quedó Isidoro al cuidado de Leandro y Florentina, pues Fulgencio era tan jóven, que necesitaba mas de quien le dirigiese á él, que de encargarse de la tutela y direccion de un niño. San Leandro y santa Florentina estaban ya en edad proporcionada para darle educacion, y la confianza que de esto tenian sus padres les hiciera morir consolados. En efecto, santa Florentina cuidó con la ternura de madre de la crianza de san Isidoro; y Leandro hacia á un tiempo los oficios de padre, de tutor y de maestro. Estimulaba su atencion el contemplar que Isidoro habia de ser un varon sumamente recomendable y provechoso para la Iglesia, segun daban á entender los prodigiosos anuncios que se habian visto en su infancia viviendo todavia sus padres. Uno de estos fuera, que habiéndole dejado en el jardin el ama que le criaba, para acudir á alguna ocupacion ó precepto de sus

amos, se advirtió que una multitud de abejas entraban en la boca del niño y salian de ella, formando un dulcísimo panal. Santa Florentina, que fué la primera en advertirlo, corrió á llamar á sus padres, hermanos y criados, para que viesen y admirasen un caso tan prodigioso. Al observarle con atencion, creció notablemente la admiracion de todos, viendo que las abejas que salian de la boca de Isidoro se remontaban tan altas, que perdiéndose de vista parecian esconderse en el cielo. Por todo esto conocieron que san Isidoro habia de ser muy sabio, y que en sus escritos habia de competir una sublime doctrina con una celestial dulzura.

En esta persuasion tomó san Leandro con tanto esmero la educacion y enseñanza de su hermano Isidoro, que procuraba su instruccion sin perdonar diligencia ni trabajo. No correspondia á este el suceso, porque Isidoro se manifestó en sus primeros años tan sumamente rudo, que obligó á su hermano á suplir con el castigo lo que juzgaba falta de aplicacion, ó tal vez desatencion á sus lecciones. Isidoro que veia los disgustos que le ocasionaba el estudio, se creyó incapaz de adelantar en las letras; y para evitar las reprensiones y castigos de su hermano, abandonó la casa. Salióse de la ciudad de Sevilla, y caminó á la ventura; pero la Providencia, que guiaba sus pasos, le llevó á la orilla de un pozo, no lejos de la ciudad, donde se sentó á descansar del camino. El brocal era de piedra, y estaba como surcado del roce de la soga; y las canales de madera en que se echaba el agua tenian varias hendiduras. Miraba Isidoro esto, y no podia adivinar la causa, hasta que viniendo una mujer á sacar agua, se la explicó diciendo: que el continuado golpe del agua habia hecho las grietas ó hendiduras en las canales, y el continuado roce de la soga los hoyos de la piedra. Reflexionando Isidoro sobre

esta explicacion, hizo para sí este discurso: Si el agua y la soga, sin embargo de ser unas materias tan blandas, hacen tanta impresion en la dureza del leño y de la piedra con la continuacion, luego no hay cosa que se resista á la firmeza y constancia de nuestras resoluciones. Este discurso fué como una inspiracion de Dios, para que conociese que con la aplicacion podria vencer las dificultades que hasta entonces habia tenido; y así se volvió á su casa con la firme resolucion de hacer cuanto le mandase su hermano. Este, como instruido en todas las ciencias sagradas y profanas, quiso que su hermano las aprendiese todas segun su capacidad. Como se aplicaba al estudio con mas gusto y aplicacion de lo que solia antes, comenzó á hacer tan notables progresos, que era ahora la facilidad tanta, cuanta habian sido primero la dificultad y la rudeza. Dedicóse á adquirir un profundo conocimiento de la lengua latina, averiguando todas sus propiedades, sus raices y derivaciones. Las lenguas santas no le merecieron menos atencion, considerándolas como una llave para entrar en el secreto de la divina sabiduría. Pero en lo que mas se aventajó, segun atestiguan san Braulio y san Ildefonso, fué en una elocuencia tan vencedora, y en una gracia en el decir tan llena de atractivos y dulzura, que sabios é ignorantes estaban igualmente gustosos pendientes de sus palabras.

A esta energía y facundia en el decir, añadia un profundo conocimiento de las materias filosóficas y sagradas, como lo manifiestan sus escritos. Aunque no se sabe de cierto cuales fuesen los empleos de su juventud, se dejan conocer de su precisa asistencia al lado de su hermano san Leandro, de quien dependia, de las operaciones y trabajos de este, y de las dignidades que ocupó. Sábese, pues, que san Leandro, deseoso de apartarse de aquel mar de desasosiegos en

el que viera naufragar á sus padres, se hizo religioso en un monasterio de Sevilla; pero que sobresaliendo en virtud y ciencia entre todos sus coetáneos, fué luego ensalzado á la prelacía de aquella ciudad. Sábese que combatiendo valerosamente la herejía arriana, mereció ser perseguido por el rey Leovigildo, acérrimo sectario y defensor de ella; y que habiendo á su persuasion abrazado abiertamente la religion católica el mismo hijo del rey, san Hermenegildo, y retirádose á Sevilla con su esposa Ingunda, huyendo de la crueldad y tiranía de su padre, hizo el santo un penoso viaje á Constantinopla con el fin de obtener del emperador auxilios á favor del príncipe y de la Religion. Sabemos que, frustradas sus esperanzas, y corriendo tan adversa la fortuna para Hermenegildo, que, echado de Sevilla, fugado á Córdoba, y preso por su desapiadado padre, vino últimamente á perder el reino y la vida, nuestro santo arzobispo, á mas de ser participante de todas las amarguras que debia producir tan desastrada suerte, hubo de experimentar los golpes de la venganza del rey. Y aunque no espresa san Gregorio de Tours, quien nos dejo escrita su vida, qué género de trabajos padeció, sabemos que tuvo que vivir mucho tiempo desterrado; y el haber pedido á san Gregorio el Grande una exposicion del libro de Job, y haber condescendido á esta súplica el santo padre, dejan pensar cuales serian las persecuciones y miserias que padeceria san Leandro, cuando necesitaba de la saludable medicina con que el sumo pastor de la Iglesia procuró suavizárselas y hacérselas llevaderas, en el nombre de aquel Dios á quien el santo Job bendecia humildemente en medio de sus trabajos. Pues, en todas estas grandes obras de san Leandro, y en todos los cuidados de su pastoral oficio, debemos suponer que tuvo gran parte su hermano san Isidoro. Desde niño le habia tenido en lugar de padre,

y á san Leandro debia su educacion y todos sus estudios: no hay que dudar que en su compañía ejercitaría la rigurosa disciplina del monasterio y todas las virtudes austeras propias del estado religioso; que participaria igualmente de todas las adversidades y trabajos del destierro; y en una palabra, que san Isidoro, en los años últimos de la vida de su hermano, seria un cooperador suyo, que le ayudase á llevar las pesadas y sublimes cargas de prelado, de pastor, de maestro y de sacerdote. Aunque los escritores antiguos de su vida guardan, segun dijimos, un profundo silencio sobre todas sus acciones hasta el punto en que fué colocado en la cátedra de Sevilla, la razon y buen juicio exigen que á las reflexiones hechas se les dé alguna mas fe y autoridad que á las de una conjetura.

Como quiera que sea, san Isidoro llegó á tener tanta fama y concepto por sus virtudes y sabiduría, que habiendo sido Dios servido de llevarse para sí al santo arzobispo san Leandro, por los años del Señor de 599, fué elegido para sucederle en aquella grande prelacía por unánime consentimiento del clero y del pueblo. Todos conocian que nadie era capaz de llenar el hueco que habia dejado san Leandro, prelado tan respetable por todas sus circunstancias, sino su hermano san Isidoro, en quien advertian una santa inocencia de costumbres, junta con una sabiduría celestial. Colocado en la cima de tan sublime dignidad, comenzó á esparcir resplandores á manera de un sol luciente que alumbra y vivifica á todos con la brillantez de sus luces. Su fama se extendió con tanta rapidez, no solamente en su diócesis, sino por toda España, que de toda ella concurrian á recibir sus instrucciones, y á participar de su admirable sabiduría. Competia con esta su prudencia, su castidad, su constancia, su justicia y su modestia. Todas las virtudes de un obispo. todas las cualidades de un padre,

y todas las prendas de un maestro se hallaban como en su centro en san Isidoro. No habia ejercicio de caridad, ni obra piadosa en que no tuviese parte. En todo lugar, á toda hora traia su corazon empleado en aquella santa devocion, cuya regla primera y única, segun san Pablo, es la caridad; pero principalmente sentia un indecible consuelo en la consideracion de la pasion de Jesucristo.

Intentando imitar á este divino Maestro, de tal manera arreglaba sus acciones, que cuanto tenian de ásperas y severas para su persona, otro tanto tenian de dulces y agradables para sus súbditos. Tenia siempre presente aquella sentencia de san Agustin, que aconseja al prelado, *que solicite mas bien ser amado por la blandura de su trato, que temido por el rigor de sus correcciones.* Así san Isidoro procuraba ejercitar con sus súbditos mas bien el oficio de padre, que el oficio de superior. Ocupábase continuamente en la leccion y meditacion de las santas escrituras; y para disponer el espiritu á su inteligencia, le purificaba con el ayuno, y le encendia con la oracion. Su mesa, además de ser templada y parca, no se abastecia sino de manjares ordinarios, poco distintos de los que pudiera usar un mero religioso. Pero al paso que consigo mismo usaba de una escasez que excedia los términos de una moderada templanza, era para los demás sumamente generoso, y frecuentemente profuso. La encendida caridad que abrasaba su corazon, le hacia mirar á sus prójimos como á hermanos, como á hijos, y con todos los titulos y respetos capaces de excitar la ternura. Por esta causa hacia suyas todas sus penas ó alegrías; y habia hecho en sí una naturaleza de alegrarse con los que se alegraban, llorar con los que se afligian, y socorrer con largas limosnas á los que veia con alguna necesidad ó miseria. Pero en medio de la diversidad de afectos de que

era poseido su corazon, segun lo exigia la suerte próspera ó adversa de sus súbditos, mantenia siempre un semblante alegre y risueño, con el cual mitigaba las penas á los afligidos, y aumentaba la alegría en los venturosos.

Entre los objetos que mas arrebataron su pastoral atencion, fué uno el cuidado de la educacion de los jóvenes que se habian de consagrar al ministerio del altar; y tanto para examinar su vocacion, como para que pudiesen adquirir los conocimientos y ciencia necesaria, les fundó fuera de Sevilla un magnífico colegio, donde vivian retirados del bullicio y resguardados de los peligros del mundo, siendo esta la primera idea de los seminarios conciliares. En este colegio, verdadero semillero de ciencia y de virtud, se formaron aquellos varones consumados de que tanto necesitaba la Iglesia para contrastar la heregía arriana. En él aprendieron las ciencias san Ildefonso, arzobispo de Toledo, y san Braulio, obispo de Zaragoza, uno y otro de los mas santos y sabios obispos que ha tenido España, y aun toda la universal Iglesia. Tan admirables efectos era capaz de producir la celestial prudencia y activo zelo con que san Isidoro cuidaba de abastecer su colegio de todos los medios necesarios para hacerle útil á la Iglesia y al Estado. Sabia que la raiz de la relajacion que se advertia en todas las clases del clero, consistia en la ignorancia de las letras sagradas; y que esta misma ignorancia en los fieles, hacia que se dejasen persuadir fácilmente de la heregía, no sabiendo como responder á sus sofismas. La misma ignorancia de las sagradas escrituras, dice el Cerratense, era el origen de la corrupcion de costumbres que se advertia en los clérigos y en los religiosos, y la que fomentaba el partido de los arrianos. Para oponer un muro fuerte á todos estos males, fundó aquel colegio. Como el santo

no podia enseñar en todas las clases, ni sus cuidados pastorales le permitian ejercitar muchas veces el magisterio, hacia exquisitas diligencias para averiguar en donde estaban los maestros de mayor sabiduria y virtud; y hallados, los traia á su colegio á fuerza de ruegos y con el atractivo de grandes recompensas. De esta manera logró llenar á España de aquellos grandes hombres que formaron su verdadero siglo de oro.

El zelo pastoral de nuestro santo no se contenia en los estrechos límites de su colegio de Sevilla: atendia á la educacion y buen régimen de los monasterios, cuidando de que la juventud fuese instruida en la sana doctrina y en las ciencias provechosas para el servicio y esplendor de la Iglesia. Ponia en esto tanta eficacia, que no contento con excitar á los prelados con santas amonestaciones y con su ejemplo, usaba del artificio piadoso de regalar á los jóvenes religiosos, dándoles libros, y otras veces dineros con que pudiesen subvenir á sus pequeñas necesidades. Los conventos de vírgenes los miraba como jardines amenos en que el Esposo celestial tiene todas sus delicias. Velaba sobre su recogimiento, promovia su observancia, cuidaba de su manutencion y de sus intereses.

Su caridad y su zelo se extendieron tambien á toda la Península: quiso predicar en ella la palabra de Dios de una manera apostólica peregrinando de ciudad en ciudad, y edificó muchos y hermosos monasterios. En el año de 610 vino á Toledo con su hermano san Fulgencio y otros varios obispos, y fué el primero á suscribir el famoso decreto del rey Gundemaro, en el que se reconocia á la iglesia de Toledo por metrópoli de toda la provincia cartaginense. Para reformar los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica, y asímismo para afirmar el dogma, dispuso un concilio provincial, que se tuvo en Sevilla en el año de 619. En él se ve una muestra del zelo de

este santo prelado y de su grande sabiduría. Habia venido en aquel tiempo á Sevilla un Siro, que decia ser obispo, al cual san Braulio le da el nombre de Gregorio. Este tal negaba dos naturalezas en Cristo terminadas por una sola personalidad, creyendo además que la divinidad era pasible. Contra este engañado obispo disputó san Isidoro públicamente, oponiéndole tantas y tan sólidas razones, deducidas de las Escrituras y de los padres, que el miserable competidor tuvo que darse por vencido, confesando verdadera la doctrina que san Isidoro defendia. Pero los títulos penúltimo y último del concilio segundo de Sevilla son los testimonios mas auténticos de su zelo pastoral y de su grande sabiduria y prudencia. San Braulio, en la primera carta á san Isidoro, hace mencion de otro sínodo, y de un tal Sinthario, que en él fué condenado; pero de este hecho no tenemos mas noticia que la que resulta de esta carta. No sucede así con el concilio cuarto de Toledo, el cual presidió el santo como mas antiguo en el año de 633. En este concilio manifestó la grande autoridad que le habian granjeado sus muchos años, su grande sabiduría y sus continuados trabajos en beneficio de la Iglesia. Se cree que asi como el concilio tercero de Toledo fué dispuesto por san Leandro, así tambien el concilio cuarto lo fué por san Isidoro; porque en presencia de este prelado ¿quién seria el que tuviese aliento para intentar sobresalir en aquellas sublimes cualidades de ciencia, prudencia y virtud necesarias para la direccion de un concilio? Sin embargo, se sabe que el santo estaba sumamente débil de fuerzas y quebrantado de salud; y como por esta razon suplicó á san Braulio que viese y corrigiese el libro de las Etimologías, se conjetura tambien que este santo tuvo mucha parte en la formacion de los cánones y decretos de aquel concilio.

Como quiera que sea, san Isidoro llegó á un estado de gloria y de fama en toda la Iglesia, que su nombre bastaba para dar autoridad á cualquiera asamblea. Los multiplicados escritos que habian salido de su fecunda pluma, habian extendido su opinion por toda la tierra. En ellos veian un hombre consumado en las ciencias sagradas y profanas, sin que á su vasta comprension se negasen las flores de las letras humanas, y los adornos de la erudicion. La Coleccion de cánones antiguos y legítimos, el prefacio que la precede, el Tratado de varones ilustres, y otras varias obras, cuyo catálogo puede verse en el libro quinto de la Biblioteca de D. Nicolás Antonio, prueban que la sabiduría y extension de conocimientos de este santo prelado fueron proporcionadas á su heróica santidad. Con uno y otro ilustró la iglesia de España, y se labró unos merecimientos tan grandes, que era justo fuese ya á gozar de las eternas recompensas que le eran debidas. Conoció el mismo santo que se llegaba ya el fin de sus dias y el término dichoso de sus gloriosas tareas. Dispúsose para él doblando sus ejercicios piadosos, y repartiendo mas cuantiosas limosnas á los pobres. En esto fué tal su esmero, que en el espacio de mas de seis meses anteriores á su dichoso tránsito, comenzaba este caritativo ejercicio al salir el sol, y no lo interrumpia hasta la noche, sino el tiempo necesario para reparar sus fuerzas con un moderado alimento. Viendo que le iban faltando las fuerzas, y que se acercaba por momentos la última hora, á causa de que una calentura continua iba poco á poco acabando su vida, mandó llamar á los dos obispos sufragáneos suyos, para hacer en su presencia la ceremonia de la penitencia, segun la costumbre de aquel tiempo. Llegados que fueron Juan y Epacio, mandó que le llevasen desde su celda á la basílica de san Vicente Mártir. Esta traslacion fué

solemnizada con un piadoso é innumerable concurso que acudió de todas partes á ver á su prelado y recibir sus últimas amonestaciones. Los pobres concurrian en tropas, abatidos los semblantes y los ojos cubiertos de lágrimas, manifestando su dolor con gemidos y voces lastimeras. Los clérigos, los religiosos y todas las gentes, tanto nobles como plebeyas de Sevilla, llenaron la catedral, en donde no se oia mas que los gemidos y sollozos con que manifestaban su pena por la próxima falta de su pastor y de su padre. Los ojos mas indiferentes estaban anegados en llanto, y los pechos mas duros se deshacian en amargura. Llegado á la iglesia, mandó que le pusiesen junto al cancel del altar, y que hiciesen salir á las mujeres, para recibir la penitencia en presencia solamente de los hombres. En este estado recibió el cilicio de mano de uno de los dos obispos, y pidió al otro que le cubriese de ceniza; y levantando las manos al cielo, hizo su confesion de esta manera: « Vos, Dios mio, que conoceis los secretos de los humanos corazones, y os dignasteis perdonar los pecados á aquel publicano que hiriendo su pecho los confesaba contrito; Vos, Señor, que os dignasteis resucitar á Lázaro despues de cuatro dias muerto y corrompido, colocándole en el seno del patriarca Abrahan, recibid, Señor, en esta hora mi confesion, y apartad vuestros ojos de los innumerables pecados que contra vos he cometido; ni os acordeis de los delitos de mi juventud. Vos, Dios mio, no establecisteis la penitencia para los justos que nunca os ofendieron, sino para mí que soy pecador, y os ofendí mas veces que arenas tiene el mar. Vos, Señor, sabeis que desde el punto que subí á la prelacia de esta santa iglesia, no por mis méritos, sino por vuestra misericordia, y tuve sobre mis hombros esta dignidad, que es mas antes carga que honor, no he dejado de pecar, antes bien conozco

que me he afanado en multiplicar mis faltas. Pero vos, Señor, dijisteis que en cualquiera tiempo que el pecador se convirtiera de sus errados caminos, entregaríais al olvido todos sus pecados. Por tanto, teniendo presente vuestro precepto, clamo á vos, Señor, con toda confianza, sin embargo que no soy digno de levantar los ojos al cielo por la multitud de mis pecados. Recibid esta humilde oracion mia, y conceded á un pecador el perdon que os pide, porque si los cielos no están limpios en vuestra presencia, ¡cuánto menos lo estaré yo que he bebido las iniquidades como si fuesen agua! »

Habiendo concluido esta devotísima y tierna oracion, que aumentó el dolor y las lágrimas de todos los concurrentes, recibió de mano de los obispos el cuerpo y sangre de Jesucristo, testificando con profundos gemidos de su corazon su indignidad y las inauditas misericordias del Señor. Despues pidió perdon á todos los circunstantes, diciendo : « Ruégoos, ó sacerdotes de mi Dios, y á vosotros, ó congregacion del clero y pueblo, que dirijais al Señor vuestras oraciones por este infeliz pecador, que ya que no es digno por sus méritos de alcanzar perdon de Dios, logre por vuestra intercesion los efectos de la divina misericordia; perdonadme, aunque no lo merezco, todo aquello en que os haya ofendido, si acaso he despreciado á alguno por odio, si le he apartado de la union de caridad con corazon impío, si acaso he perjudicado á alguno con algun consejo, ó le he hecho daño llevado de la ira; perdonadme, pues en este instante os pido misericordia, y me arrepiento de mis delitos. » A estas voces correspondieron todos los circunstantes pidiendo á Dios con grandes gemidos que le perdonase; y habiendo el santo perdonado tambien las deudas pecuniarias que algunos le debian, habló estas palabras : « Vosotros, santos

obispos de mi Dios, y todos cuantos estais presentes, os ruego y pido que guardeis mutuamente la mas fervorosa caridad, no volviendo mal por mal; no querais ser chismosos en el pueblo, para que así ni el enemigo antiguo encuentre en vosotros que castigar, ni el lobo rapaz en quien ensangrentar sus garras; sino antes bien el divino Pastor os ponga alegremente sobre sus hombros para conduciros á su rebaño.»

Habiendo hecho esta devotísima confesion, mandó distribuir entre los pobres todo el dinero que le habia quedado, y solicitó entre tanto que todos los circunstantes le diesen el ósculo de paz. Mientras se hacia esta ceremonia decia á los circunstantes: «Si me perdonais de todo corazon todo aquello en que hasta ahora os he ofendido, tambien el omnipotente Criador os perdonará todos vuestros delitos, de tal manera, que el agua sagrada que ha de recibir hoy el pueblo, os sirva para remision de vuestros pecados, y este ósculo de paz sea un testimonio eterno de nuestra reconciliacion.» Concluidas estas venerables y augustas ceremonias, le volvieron á llevar á su habitacion, en donde, á los cuatro dias despues de haber recibido la penitencia, murió santamente como habia vivido. Sucedió su tránsito el dia 4 de abril del año 636, habiendo gobernado la cátedra de Sevilla por espacio de cerca de cuarenta años con rectitud, integridad, zelo y todas las virtudes que hacen grande y recomendable á un obispo. Apenas murió, recibió aun de los hombres el justo premio de los aplausos; porque no solamente san Braulio y san Ildefonso hicieron su elogio aclamándole sabio y santo, sino que el concilio octavo nacional, celebrado en Toledo diez y siete años despues de su muerte, no dudó proclamarle con los sobrenombres mas distinguidos. *Doctor egregio de nuestro siglo; nuevo honor de la Iglesia católica; posterior en edad á los demás doctores, pero*

nada inferior en la doctrina; el mas sabio que produjeron los últimos siglos, y cuyo nombre debe pronunciarse con reverencia : tales fueron los elogios con que le condecoraron los padres de aquel concilio. Imitáronlos en los siglos posteriores Isidoro Pacense, Elipando, el papa Leon IV y todos cuantos llegaron á tener conocimiento de lo sublime de su santidad y de la vasta extension de su doctrina. Su cuerpo fué sepultado en Sevilla, donde permaneció hasta el reinado de Fernando el Grande, primero de Castilla. Este rey, tan guerrero como piadoso, quiso enriquecer la corte de Leon con algunas sagradas reliquias. Para este efecto, habiendo tratado primero con el rey moro de Sevilla Benavet que le concediese el cuerpo de la vírgen y mártir santa Justa, envió al obispo de Leon Alvito, acompañado de Ordoño, obispo de Astorga, y del conde Munio, con una buena partida de soldados. Propuesta su embajada, é ignorando todos el sitio donde descansaban las reliquias de la santa mártir, se aplicaron á la oracion : de ella resultó que san Isidoro se apareció al venerable Alvito, le indicó el lugar donde descansaba su cuerpo, y le insinuó que hiciese su traslacion, la cual se verificó con gran pompa, magnificencia y repetidos milagros, en el año de 1063; por todo lo cual sea Dios bendito. Amén.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Sevilla en España, san Isidoro, obispo, esclarecido en santidad y doctrina, que ilustró su patria con su zelo por la fe católica y la observancia de la disciplina eclesiástica.

En Tesalónica, los santos mártires Agatópode, diácono, y Teódulo lector, quienes, por haber confesado la fe cristiana en tiempo del emperador Maximiano y del presidente Faustino, fueron arrojados al mar con una piedra al cuello.

En Milan, san Ambrosio, obispo y confesor, el cual, en tiempo en que dominaba la herejía arriana, por un efecto milagroso de su doctrina y celo convirtió casi toda la Italia á la fe católica.

En Constantinopla, san Platon, solitario, que con ánimo invencible combatió por muchos años contra los herejes iconoclastas.

En Palestina, san Zósimo, anacoreta, el cual enterró el cuerpo de santa María Egipciaca.

En Palermo en Sicilia, san Benito de San Filadelfio, llamado el Negro, del órden de los hermanos menores de la estrecha observancia, ilustre por sus virtudes y milagros; murió el dia cinco de abril, y fué canonizado por el papa Pio VII.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Isidorum ministrum tribuisti: præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis. Per Dominum...

O Dios, que diste á tu pueblo al bienaventurado Isidoro por ministro de la salud eterna: concédenos que tengamos por intercesor en los cielos á quien en la tierra tuvimos por maestro de la vida. Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 4 de la segunda del apóstol san Pablo á Timotéo.

Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, en su venida y en su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amonestes con toda paciencia y doctrina. Porque

non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die, justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, antes bien juntarán muchos maestros conforme á sus deseos, que les halaguen el oido; y no querrán oir la verdad, y le aplicarán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, como justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

La verdadera doctrina del Evangelio ha padecido en todos tiempos la contradiccion de las pasiones humanas; estas, como producidas de una raiz viciosa y contraria á la ley del espíritu, no pueden sufrir la moderacion y freno que les impone la doctrina evangélica. Por tanto, se esfuerzan á sacudir el yugo á manera de bestias feroces, que atadas á la cadena solicitan su libertad. Conociendo esto, san Pablo encarga á su discípulo Timotéo que predique la palabra, que inste á tiempo y fuera de tiempo, que reprenda, suplique y amoneste con toda paciencia y doctrina. El glorioso arzobispo de Sevilla san Isidoro cumplió exactamente estas obligaciones; y no solo esto, sino que dejando escritas obras utilísimas, proveyó en cierta manera de remedio á las necesidades de todos los tiempos. Pero nosotros leemos muy poco estas

obras, antes bien, llevados del gusto de las novedades, parecemos realizar esta profecía de san Pablo: *Tiempo vendrá en que los hombres no sufrirán la sana doctrina, sino que juntarán maestros que los enseñen segun su placer, y que les agraden á los oidos; los cuales apartarán su corazon de la verdad, y se convertirán á las fábulas*. Esta terrible profecía, verificada en nuestro tiempo, es la causa de la relajacion de las costumbres, de que el santo temor de Dios se halle tan alejado de los humanos corazones, y de que la mentira y falsedad hayan usurpado sus derechos á las divinas verdades.

Este mal, tan fecundo en sí que produce una asombrosa multitud de daños incalculables, nace de la leccion de ciertos libros de doctrina corrompida. La belleza de estilo con que suelen estar escritos, la materia que ofrecen á la vana curiosidad de los hombres, la manera capciosa con que producen sus errores, son otros tantos lazos en que caen fácilmente los incautos, causando en ellos un estrago lamentable. La soberbia del hombre es tal que fácilmente aspira á constituirse maestro en las materias mas ajenas de su profesion; ella le da valor para decidir sobre aquellos puntos cuya oscuridad hizo á los santos mirarlos con respeto, y consumir muchas horas de estudio y oracion para que Dios les declarase su inteligencia; y como le falta el santo temor de Dios, que es la luz del entendimiento humano, trueca fácilmente, no solamente los nombres de las cosas, sino tambien las ideas, teniendo la mentira por verdad, y canonizando por bueno lo que es perjudicial y dañoso. Todo cristiano debe estar muy alerta para precaverse de semejante veneno, conociendo que el amor propio y las pasiones miran con gusto la doctrina que las lisonjea, y por el contrario miran con tedio aquella que las reprime y las modera.

De otro modo serán inevitables los daños de la mala doctrina, y su corrupcion cundirá insensiblemente hasta llegar á emponzoñar aun á aquellos mismos en quienes Dios ha depositado el magisterio de la ley. Los padres de familia deben velar para remediar los daños, à cuyo total exterminio no alcanza ni la vigilancia de los magistrados, ni el zelo de los pastores, ni el penoso y continuo trabajo de los augustos tribunales de la fe. No se puede dudar que el zelo de los padres de familia atajaria todos los males de la doctrina perniciosa, y haria que el pueblo cristiano fuese un pueblo santo y seguidor perfecto de la doctrina de Jesucristo. La obligacion es indubitable; los bienes que se siguen de cumplirla son ciertos y seguros, é igualmente cierta la responsabilidad que de lo contrario echan sobre sus almas. Temed, pues, ó padres de familia, todas las funestas consecuencias de la mala doctrina.

El evangelio es del capitulo 5 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se desvaneciere ¿con qué será salada? No vale ya para nada, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas

Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, iota unum, aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á abrogar la ley, ó los profetas: no vine á abrogarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

SOBRE LA EDUCACION DE LOS NIÑOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la buena educacion de los niños es á un mismo tiempo una de las mas estrechas obligaciones de aquellos que los tienen á su cargo, y uno de los manantiales mas copiosos de la felicidad de la Religion y del Estado.

San Pablo, escribiendo á los de Corinto (1), les dice que habia procurado su instruccion dándoles la leche de la doctrina evangélica, y considerándolos como á niños en la religion del crucificado. Estaban los Corintios recientemente engendrados en Jesucristo por medio de la gracia del bautismo. Consideraba el apóstol que de las primeras instrucciones que en aquel

(1) Epist. 1. cap. 3.

tierno estado les diese, pendia la buena ó mala conducta de todo el resto de su vida; y así procuraba llenar sus corazones de máximas saludables, para que creciesen con ellos, y se fuesen robusteciendo á proporcion que su edad se fuese haciendo mayor y mas madura. El mismo Jesucristo manifestó á sus apóstoles el cuidado y esmero que se debia poner en la crianza de los niños, porque juzgando ellos que no convenia á la dignidad y autoridad del Salvador ocuparse en cosas tan mínimas, el divino Maestro los reprendió blandamente, é hizo que los niños se llegasen á él, los tomó en sus brazos, los acarició y enseñó, diciendo que *de ellos era el reino de los cielos*. Siguiendo esta doctrina, el padre san Jerónino ocupaba toda la ciencia y experiencia de su venerable ancianidad en criar y educar á la niña Paula; siendo muy notables las palabras con que escribió á Leta: « Si me enviares á Paula, la dice, prometo ser su ayo y su maestro. La llevaré en mis brazos; la enseñaré á formar con sus tiernos labios balbucientes palabras; y en esto mismo me tendré por mas glorioso que el filósofo Aristóteles en ser preceptor del rey de Macedonia. El enseñaba á un hombre soberbio, á un rey cruel, que habia de perecer con el veneno en Babilonia; pero yo enseñaré y criaré á una sierva y esposa de Jesucristo, que ha de ser ofrecida en el reino de los cielos por eterna compañera de los ángeles. »

Si los santos padres, los apóstoles y el mismo Jesucristo miran con tanto esmero la educacion de los niños, ¿con qué ojos deberán mirarla aquellos á quienes la divina Providencia ha puesto en este mundo en el grado de superiores? ¿qué cuidado, qué delicadeza no debe ser la suya en advertir las palabras que les dicen, y las acciones que les presentan? Los corazones de los niños son como de una blanda cera, propios para recibir todo género de impresiones.

Cuanto oyen y cuanto ven, otro tanto se queda grabado en ellos, y con tanta profundidad, que en vano se emplean las reflexiones é instruccion de la edad madura para borrar las preocupaciones ó máximas erradas que recibieron en la infancia. Por otra parte, los niños tienen un derecho de justicia á que los mayores en edad no perdonen trabajo, cuidado, ni cautela que pueda ceder en su beneficio. Ellos se encuentran destituidos de todos los medios con que pudieran precaverse del mal. La experiencia no ha podido abrirles los ojos para que vean la enorme diferencia que hay entre la verdad y la mentira, entre lo malo y lo bueno. Están destituidos de las luces de la sabiduría con que pudieran distinguir los caracteres de la virtud y los horrores del vicio. Su corazon, enteramente desnudo de todos los hábitos, abraza cualquiera sin la menor repugnancia, porque ignora sus consecuencias. La prudencia no ha podido todavía dirigir sus acciones, ni darles aquella astuta sagacidad con que enseña á entresacar lo útil de lo dañoso. Un niño, pues, se halla como una tabla rasa, en donde se puede dibujar una figura perfecta ó un monstruo; como un árbol naciente, que se le puede dirigir derecho ó torcido; como un hombre inerme que está á la discrecion de lo que quieran hacer de el: como un objeto, en fin, acreedor á todos los cuidados, á todos los esmeros de sus semejantes para ser verdaderamente feliz. Estas consideraciones deben hacer cautos á todos, procurando por su parte no escandalizar á los niños con las acciones ni con las palabras. Todo hombre que ha llegado á usar de su razon, debe considerarse, cuando trata con los niños, como maestro que les ha destinado la misma naturaleza. Si á esto se llegan los conocimientos sobrenaturales, y las obligaciones mutuas que nos impone la caridad, resulta que la educacion de los niños es una

obligacion casi universal y de las mas grandes que tienen sobre sí todos los hombres. Considera, ó cristiano, todas estas verdades, y vuelve despues los ojos á la conducta que hasta ahora has tenido.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el descuido de la educacion y enseñanza de los niños es frecuentemente orígen de la mayor parte de los daños que se ven en la sociedad humana, y que muchos de ellos son trascendentales á la Religion.

El profeta Isaías, tratando de la destruccion de Jerusalen, y señalando las causas que habian de ocasionarla, exclamaba diciendo: *En dónde está el maestro de los niños?* Sin embargo de que los Hebreos eran tan escrupulosos en la conservacion de su ley, que para que se fijasen en los corazones procuraban imprimirla en los niños desde la infancia, presentándoles á los ojos imágenes de su religion; en tiempo de Isaías habia llegado á ser tal el descuido en esta materia, que se queja el profeta de él, y vaticina que de allí nacerian todos los males y calamidades que habian de oprimir á Jerusalen. Esta doctrina y esta persuasion, que eran verdaderas en el tiempo de Isaías, no lo son menos en nuestros tiempos. *El corazon de los niños*, dice Quintiliano (1), *no solamente es blando para recibir las impresiones, y se presta como la cera al sello, sino que además es tenacísimo en lo que recibe; y así como la vasija conserva siempre el olor del licor primero que tuvo, y la lana blanca el primer color de que fué teñida, de la misma manera el corazon del hombre conserva por toda la vida los resabios de las instituciones primeras que en él se depositaron.* Con él crecen, y con el tiempo van adquiriendo mayores

(1) Lib. 1. Inst. cap. 1.

fuerzas para explicarse en aquellas acciones que son propias de sus principios.

Un niño que oye continuamente á sus padres la palabra obscena, el juramento, la maldicion, la mentira, ¿cómo es posible que en llegando á una edad adulta no sea un deshonesto, un maldiciente, un falsario y un perjuro? Un niño que ve en sus padres falta de respeto á las cosas sagradas, que no los ve emplearse en ejercicios de piedad, sino que antes por el contrario les oye muchas veces sacrílegas murmuraciones contra los puntos mas sagrados de la Religion, ¿cómo es posible que con el tiempo no sea un mal cristiano, un hombre indevoto y un impío? Y si por desgracia se llega á esto el oir aquellas necias calumnias en que suelen precipitarse los hombres, censurando no solamente las acciones de sus hermanos, sino tal vez las disposiciones de los magistrados, y los santos designios de aquellos que hacen las veces de Dios en la tierra, ¿qué se puede esperar sino que al daño deplorable de malos cristianos junten el defecto horroroso de ciudadanos y vasallos pérfidos? Tú, padre de familia, que lloras y te lamentas de los extravíos de tu hijo y de las disipaciones de su juventud corrompida, vuelve los ojos á tí mismo, y hallarás la causa funesta en los malos ejemplos que le has dado. ¿Con qué razon, con qué justicia puede pretender una madre de familia que sus hijas se vistan con honestidad y modestia, cuando ella misma está cargada con todos los atavíos del lujo, siendo una piedra de escándalo para todos cuantos la miran? Si sus hijas están mirando tan de cerca las máximas de corrupcion y de profanidad, ¿será posible que dejen de contaminarse sus tiernos corazones? El Espíritu Santo dice *que todo aquel que toca la pez, será manchado de ella.* En consecuencia de esto se puede decir, que todas las malas costumbres, todos los

corrompidos ejemplos, y todos los graves delitos que se advierten en el mundo, son una consecuencia natural del descuido con que se mira la enseñanza de los niños, y de las impresiones que hacen en su tierno corazon las obras de sus padres, y de aquellos que les rodean.

JACULATORIAS

Sensus et cogitatio humani cordis in malum proni sunt ab adolescentia sua. Genes. cap. 8.

Los sentidos y los pensamientos de los hombres propenden al mal desde la juventud.

Fulgebunt qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellæ in perpetuas æternitates.

Los que guian santamente á sus hermanos dirigiéndoles á la justicia, resplandecerán eternamente como las brillantes estrellas del cielo.

PROPOSITOS.

1. La caridad y la justicia nos obligan de comun acuerdo á evitar los daños á nuestro prójimo, y á suministrarle todos los medios de su mayor aprovechamiento. Esto mismo debe hacer que los padres de familia pongan el mayor esmero en dar á sus hijos, especialmente cuando son niños, instrucciones y consejos saludables. No basta enseñarles los primeros rudimentos de la doctrina cristiana, y aquellas oraciones comunes con que se ejercita la Religion. Las máximas morales, que son las que forman el hombre virtuoso, deben ir acompañadas de las obras. Los niños no tienen capacidad para recibir instrucciones especulativas sobre la Religion y las costumbres. Se llevan mas bien de lo que ven sus ojos, que de lo que oyen sus oidos; y así logra mayor efecto en ellos un buen ejemplo, que muchos buenos discursos. Por

tanto, en su educacion se debe atender á la probidad de sus maestros, y de todos aquellos con quienes tratan. Un criado vicioso, una ama poco virtuosa, un compañero algo libre ó disipado, son causa suficiente para hacer la perdicion de tu hijo. Entre las mismas diversiones de la niñez suelen ocultarse los fomentos de la corrupcion. Tal vez se celebran por gracias los que son verdaderamente delitos y semillas de grandes males para la edad futura. La palabra atrevida, el enojo inoportuno, los gestos altaneros, el desprecio de la criada, la accion insultante, la risa con que se burla de los concurrentes, suelen ser en los niños otras tantas gracias que celebran sus padres, y de que quedan muy ufanos solicitando aplauso de los amigos y parientes. Pero todo esto es á la verdad una manifestacion de las semillas de maldad que quedaron en nuestro corazon de resultas del pecado del primer hombre. Deben, pues, estos excesos, aunque pequeños, ser corregidos con gracia, y evitadas con discrecion sus perniciosas consecuencias. Unas veces deberán los premios alentar y estimular á los niños á las acciones virtuosas; y otras les retraerá del vicio un moderado y discreto castigo. Pero siempre se ha de tener presente, que si las fieras indómitas se amansan y domestican con la maña, con el buen trato y la dulzura, con mucha mas razon debe esperarse esto de la noble condicion del hombre. Sobre todo, no olvides jamás que para los niños es irresistible la fuerza del buen ejemplo.



S. VICENTE FERRER.

DIA QUINTO.

SAN VICENTE FERRER, CONFESOR.

San Vicente Ferrer, tan célebre en toda la Iglesia, y uno de los mayores ornamentos del órden de Predicadores, nació en Valencia de España el año de 1357, de una familia muy antigua, pero no menos acreditada por su piedad y por su caridad con los pobres, que por el esplendor de su nobleza.

Vino al mundo nuestro santo dotado de tan noble natural y de tan bellas inclinaciones, que fué su infancia un preludio de aquel admirable zelo y de aquella eminente santidad que hicieron despues su carácter. Desde luego fueron los pobres el objeto de su inclinacion y de sus cariños. No podian dar al niño Vicente mayor gusto que encomendarle repartiese con su tiernecita mano la limosna. Los juegos con los otros niños de su edad eran siempre sobre cosas de devocion, y todos sus entretenimientos se reducian á hacer oracion y á leer libros devotos. Fué niño poco tiempo, y nunca se deslizó en los vicios de la juventud.

Era de ingenio vivo y penetrante y de memoria feliz. A los doce años comenzó la filosofía, y dos años despues la sagrada teología, en la cual hizo tan grandes progresos, que á los diez y siete años sabia mas que sus maestros.

Como iba creciendo en sabiduría, iba tambien creciendo en santidad. El estudio no le impedia la devocion. Favoreciόle el cielo con el don de lágrimas en una edad poco susceptible de estas piadosas im-

presiones. La materia mas frecuente de su meditacion era la pasion de Cristo, y casi desde la cuna se distinguió por su devocion y ternura con la santísima Vírgen.

Acabados los estudios á los diez y siete años de su edad, le declaró su padre el intento que tenia de colocarle bien en el mundo, caso que no le llamase Dios al estado eclesiástico ó religioso; pero quedó gustosamente sorprendido cuando oyó de boca de su hijo la resolucion en que estaba de abrazar el instituto de santo Domingo, donde florecian la sabiduría, el zelo y el mas ejemplar fervor. Lleno el piadoso padre de un ternísimo gozo: «Ahora sí, hijo mio, le dijo echándole los brazos al cuello; ahora sí que entiendo un sueño que tuve pocos dias antes que nacieses. Soñé que entrando en la iglesia de los padres predicadores, se llegaba á mí un religioso, y me daba la enhorabuena de que tendria un hijo que con el tiempo seria una de las mas brillantes lumbreras de su órden, y cuyo zelo igualaria al de los apóstoles de los primitivos tiempos de la Iglesia.» Al oir estas palabras respondió Vicente: «Pues, padre y señor, no dilatemos el cumplimiento de un vaticinio tan dichoso para mi: siendo tan clara la voluntad del Señor, seria muy delincuente cualquiera dilacion.» Admirado y enternecido el padre con la generosa resolucion de su hijo, él mismo le condujo al convento de predicadores que habia en la ciudad. Presentóle al prior, quien le recibió como un don venido del cielo, cuyo valor conocia muy bien.

Aun no siendo mas que novicio, se dudaba hubiese en la comunidad religioso mas perfecto. Desde luego se propuso por modelo la vida de su santo fundador, y sin ponderacion se puede asegurar que salió la copia parecida al original. Despues de hecha la profesion religiosa, solo se dedicó á corresponder á la

perfeccion de su estado; y así por la santidad de su vida, como por la eminente doctrina que adquirió en la carrera de los estudios, fué sin disputa uno de los hombres mas sabios y mas santos de su siglo.

El estudio interrumpia poco ó nada su oracion. « Si quieres estudiar con fruto, dice el mismo santo en su tratado de la vida espiritual (1), procura que la devocion acompañe siempre al estudio. Consulta mas con el Espíritu Santo que con los libros, y pide incesantemente á Dios la inteligencia de lo que lees. Cansa, fatiga el estudio: pues descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo: algunos instantes de reposo en su sagrado corazon añaden nueva fuerza, nueva luz al entendimiento. Interrumpe la aplicacion con breves, pero fervorosas jaculatorias; no des principio ni pongas fin á la tarea del estudio sin la oracion: porque la sabiduría es don del Padre de las luces, y de ningun modo es obra de nuestro ingenio ni de nuestro trabajo. »

A los veinte y cuatro años de su edad le nombraron los superiores para que leyese filosofía á los frailes del convento; y lo hizo con tanto crédito, que desde luego se declararon por discípulos suyos setenta estudiantes seculares. A vista de aquel primer ensayo de la sublimidad de su talento, juzgaron los superiores que para un genio tan grande era corto teatro Valencia. Enviáronle primero á Barcelona, y despues á Lérida, donde estaba entonces la universidad de Cataluña. Allí recibió el grado de doctor, siendo de edad de veinte y ocho años, por mano del cardenal Pedro de Luna, legado á la sazon de la silla apostólica en España. Vuelto á Valencia, el obispo, el cabildo y la ciudad le obligaron á explicar en público la sagrada escritura, y á hacer un curso de teología; y como tenia un talento eminente para el púlpito, no

(1) C. p. 2.

permitieron que lo tuviese escondido. Comenzó á predicar, y comenzó á convertir. No habia obstinacion que se resistiese á la fuerza y á la eficacia de sus sermones; y las grandes conversiones que hizo, dieron luego á conocer que Dios habia enviado al mundo un nuevo apóstol.

Componia los sermones á los piés de un crucifijo; y se conocia bien que su elocuencia no podia nacer de otra fuente ni principio. Pero por mucho que se multiplicasen sus ministerios exteriores, jamás interrumpia su continua oracion. De tal manera se dedicaba al trato con los prójimos, que nunca perdia el recogimiento interior. Crecia su humildad con su reputacion, y aumentaba la penitencia con los trabajos apostólicos. Las exenciones y privilegios personales de los doctores, de los maestros y de los predicadores, no hablaban con fray Vicente: ignorábalas enteramente por lo que tocaba á su persona, y no sabia distinguirse sino por los ejercicios de mayor penitencia y de mayor humillacion.

Dicho se está que un zelo tan asombroso y una virtud tan sobresaliente, habian de llenar de rabia al demonio, y que este no habia de dejar en reposo á nuestro santo. A ningun medio perdonó para derribarle: hizo cuanto pudo para vencerle, ó á lo menos para cansarle. Permitió Dios para probar su fidelidad, y para templar la vanagloria que le podia resultar de verse tan aplaudido, que fuese combatido de las mas vergonzosas tentaciones. No le daba treguas el ángel de Satanás; y fuera de las sugestiones y de los torpísimos objetos que fingia aun á sus mismos ojos corporales, ponia en movimiento todos los demás artificios para dar en tierra con su pureza.

Incitó á una mujer jóven á fingirse enferma, la cual, habiendo hecho llamar á nuestro santo para que la confesase, empleó todos los medios que supo

inventar la pasion y la torpeza para seducirle; pero apenas conoció Vicente el lazo, cuando huyó de él con precipitada fuga. Quiso la irritada mujer vengar el desaire de su ciega pasion, levantando al santo la mas sensible calumnia; pero solo sirvió para hacer mas vergonzosa su confusion, y mas gloriosa la reputacion de Vicente. A esta victoria se siguió otro nuevo ataque. Halló modo de entrar y esconderse en la celdilla del santo una infame mujer pública: entró en ella Vicente, y hecha su acostumbrada oracion, se puso á estudiar serenamente, cuando se le presentó aquella mala mujer llena de desenvoltura. No se evitaba el escándalo con la huida; y lleno el castísimo Vicente de una gran confianza en la misericordia del Señor, la habló con tanta fuerza y eficacia, que al punto la convirtió. Lloró, gimió, afligióse; y naciendo su dolor de un sincerísimo arrepentimiento, edificó tanto en adelante á toda la ciudad con el ejemplo de su vida, como antes la habia escandalizado con sus desórdenes.

El año 13 4, muerto el papa Clemente VII, fué nombrado por papa en Aviñon el cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, mientras Bonifacio IX, sucesor de Urbano VI, ocupaba la santa silla en Roma. No habia un año que el santo estaba de vuelta en Valencia, cuando Benedicto le llamó á Aviñon, le hizo su confesor, y le nombró por maestro del sacro palacio.

Todo lo que tenia aire de dignidad era muy contrario al genio del humildísimo Vicente; pero creyendo oir la voz del vicario de Jesucristo en la de un hombre á quien España y Francia reconocian entónces por legitimo papa, obedeció; pero no sin sentir un vivísimo dolor de ver el escandaloso cisma que afligia á toda la Iglesia. Era tan oscuro y tan difícil de resolver el derecho que todos los concurrentes pretendian tener

al pontificado, que fueron muy excusables muchos y grandes santos por haber seguido de buena fe los diferentes partidos. Pero no fué inútil la asistencia de nuestro Vicente cerca de la persona de Benedicto. No contento con gemir incesantemente en la presencia de Dios, le exhortaba continuamente al desinterés y á la union. Hizo muchos viajes á Cataluña, Aragon, Francia, al lado del emperador Sigismundo y del rey Carlos VI, y no contribuyó poco á que se convocase en Constanza un concilio general.

Habia cerca de diez y ocho meses que estaba en Aviñon, cuando se vió asaltado de una violenta y maligna fiebre que le redujo á los últimos extremos. Estando ya para espirar, se le apareció Cristo, y le mandó que, dejando la corte de Benedicto, fuese á predicar como apóstol por todas partes. Su curacion repentina y milagrosa fué prueba visible de la verdad de la aparicion. Ofrecióle Benedicto el obispado de Valencia y el capelo de cardenal; pero ninguna cosa fué capaz de deslumbrarle, ni de detenerle, y partió con potestad de legado apostólico para predicar en todas partes el Evangelio.

Pero, habiendo sabido que Gregorio XII y Juan XXIII, para poner fin al cisma, y dar paz á la Iglesia, habian renunciado sus pretensiones, y se habian sometido á la decision del concilio, hizo cuanto pudo para reducir á Benedicto á que imitase el mismo ejemplo; y no habiendo podido conseguirlo, se separó de su comunion, y desde entonces le trató como á cismático.

El sumo pontífice Martin V le nombró de nuevo misionero apostólico por todo el universo, y bien pronto se le vió recorrer paises inmensos, y hacer mudar de semblante á casi toda la Europa. Dió principio á su mision por España, el año de 1417. Obró tantas maravillas su zelo así en el pueblo como en el

clero, que las conversiones asombrosas que hizo en los reinos y provincias de Cataluña, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Leon, Castilla, Asturias y Aragon, le merecieron el glorioso título de apóstol de la España. Despues entró en Francia, donde todavía fué mas abundante la miés. El Langüedoc, la Provenza y el Delfinado correspondieron maravillosamente á sus apostólicos trabajos, y en cierta manera se puede decir que hicieron honra á su zelo por la reforma general de costumbres en todos los estados. Pasó á Italia, y corrió con iguales felicísimos sucesos toda la ribera de Génova, el Piamonte, la Lombardía y la Saboya. Penetró por Alemania, predicó en todo el alto Rin, y con tanto fruto en todas partes, que ya solo se le conocia por el nombre de Apóstol de toda Europa.

No es posible referir individualmente los viajes apostólicos, los excesivos trabajos, el asombroso fruto y todas las maravillas de este gran santo. Solo con dejarse ver, se sentian movidos á compuncion los mas endurecidos pecadores, acabando despues su conversion la divina gracia, que siempre acompañaba á su triunfante elocuencia. El mas ordinario asunto de sus sermones eran las verdades mas terribles de la Religion: la muerte, el infierno, y sobre todo el rigor del juicio final. Predicaba con tanta fuerza y con tanto zelo, que llenaba de terror aun á los corazones mas insensibles. Predicando en Tolosa sobre el juicio universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor semejante al que precede á una furiosa calentura. Muchas veces interrumpian el sermon los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando, ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veian quedar

muchas personas inmobles y pasmadas, como si fueran estatuas. Un insigne pecador cayó á sus piés muerto de dolor al acabar de confesarse. En fin, todos decian á una voz que no era posible oir á Vicente y perseverar en pecado.

No se puede dudar que le comunicó Dios el don de lenguas. El prodigioso número de Judíos, Moros, Sarracenos, Turcos y Esclavones que sacó de la infidelidad, sin hablar de los millares de herejes, cismáticos y pecadores obstinados, que convirtió en España, Francia, Italia, Alemania, Paises Bajos é Inglaterra, prueba concluyentemente que sin milagro no era posible se dejase entender de tantas y tan diferentes naciones.

Los pueblos salian en tropas á recibirle como á enviado del Señor. Seguíanle cuando iba de un lugar á á otro, y alguna vez se contaron mas de diez mil personas que iban tras él al pasar á otra ciudad. Hubo vez que se juntaron en campo raso al rededor suyo hasta ochenta mil: tal era el ansia con que concurrian á oirle. En sola España convirtió á la fe veinte y cinco mil Judíos y mas de ocho mil Sarracenos: las demás conversiones no pueden reducirse á guarismo. Luego que se divulgaba el lugar adonde habia de ir á hacer mision san Vicente, se anticipaban los mercaderes á celebrar una especie de feria de géneros pocas veces vistos, llevando cargas enteras de cilicios, disciplinas, cadenillas, rallos, capotillos de cerdas, y otros instrumentos de penitencia.

Al don de lenguas acompañaba el de milagros. Con todo eso se puede afirmar que la eficacia que el Señor comunicaba á sus sermones no nacia menos de la fuerza de sus ejemplos y de la santidad de su vida, que de la virtud de sus milagros, y de la vehemencia de sus discursos.

En sus largos viajes, en medio de sus mayores fa-

ligas, y entre los mas penosos ministerios de su apostólico zelo, jamás aflojó en la mas exacta observancia de la regla que habia abrazado. Por espacio de cuarenta años ayunó todos los dias de la semana, excepto el domingo, reduciéndose los miércoles y viernes á pan y agua, sin dispensarse jamás en esta rigurosa abstinencia por sus excesivos trabajos. Su cama eran unos sarmientos ó un poco de paja: todas las noches despedazaba su cuerpo con sangrientas disciplinas. Ni las enfermedades eran bastantes para obligarle á mitigar sus crueles penitencias. Ninguno le hizo exceso en el apostólico desinterés con que predicaba y ejercia todos los demás ministerios; tanto que pudiera parecer como característica en él la virtud de la pobreza.

Desde el púlpito se iba derecho al confesonario, y nunca supo qué cosa era accepcion de personas. Haciéndose todo á todos, ganaba millares de almas para Jesucristo. Correspondia su devocion á su mortificacion y á su zelo. Siempre que se dejaba ver en el altar, se derretia en tiernas lágrimas; celebrando el santo sacrificio de la misa con tanta fe, con tanto respeto, y con tan visible amor á Jesucristo, que los infundia en todos los circunstantes. La tierna devocion á la santísima Vírgen fué, digámoslo así, la devocion de su cariño, y la que inspiraba con mayor cuidado á todos sus penitentes. Tal era el ministro que habia escogido Dios para llevar por el mundo su divina palabra.

Llegando á noticia del rey de Inglaterra las maravillas que obraba el Señor por su fiel siervo, le escribió una carta en términos muy respetuosos, y le despachó un gentilhombre para suplicarle le hiciese el gusto de extender hasta su reino los efectos de su apostólica caridad. Mandó equipar un navío á sus reales expensas, y le envió á las costas de Francia

para que se embarcase en él nuestro santo, á quien hizo en su recibimiento mas honores que los que haria á un soberano. Predicó en las principales ciudades de Inglaterra, donde hizo tantos prodigios como habia hecho en todas partes. Habiendo vuelto á Francia, corrió muchas provincias de aquel reino, y siempre con igual fruto. Hallándose en Bourges el año de 1419 recibió cartas de Juan V, duque de Bretaña, en que le suplicaba pasase á hacer mision á sus estados. En todas las ciudades de aquel ducado se le hizo el propio recibimiento que se pudiera hacer al mismo sumo pontífice. El pueblo, los magistrados, y hasta los mismos obispos salian á larga distancia á recibirle. Cuando se acercó á la capital, salieron el duque y la duquesa con toda la corte hasta media legua, y le condujeron como en triunfo á la ciudad. En toda la Bretaña, y en toda la Normandía se conoció muy presto la general reformacion de costumbres en la nobleza, en el clero y en el pueblo; y fué en medio de estas asombrosas conversiones que san Vicente consumó el sacrificio de su apostólica vida.

Consumido al rigor de tantas penitencias y trabajos, habia mucho tiempo que vivia como de milagro, cuando cayó malo en Vanes. Los cinco compañeros de su órden que se llevara consigo de España, y que jamás se separaban de su lado, le hicieron grandes instancias para que se dejase trasportar á Valencia, deseando que el lugar de su nacimiento y de su profesion religiosa fuese tambien el de su sepultura. Pero quiso Dios oir las oraciones de los vecinos de Vanes, que no podian sufrir se les robase aquel preciosísimo tesoro. En fin, á los 5 de abril del año de 1419, miércoles de la semana de Pasion, aquel gran santo, tan célebre en todo el mundo cristiano por el inmenso número de conversiones y de milagros, tan singularmente venerado de los pueblos y de los grandes,

consultado tantas veces de los sumos pontífices y de los mismos concilios, dotado del don de profecía, y hecho la admiracion del universo, murió en Vanes casi á los setenta años de su edad, y á los cincuenta y dos de su profesion religiosa.

Juan, duque de Bretaña, le mandó hacer magníficas exequias. La duquesa quiso lavarle los piés ella misma, y Dios hizo muchos milagros con el agua con que se los lavó. Cuéntanse hasta ochocientos y sesenta los que hizo el santo en vida; los que ha hecho despues de muerto son innumerables, y se aumentan cada dia. Canonizóle el papa Calixto III el año de 1455; pero la bula de su canonizacion no se expidió hasta dos años despues por su sucesor Pio II. Todas las alhajuelas que le sirvieron en vida, son hoy digno objeto de la mayor veneracion de los fieles, y el Señor obra grandes milagros por estas preciosas reliquias. Su sagrado cuerpo se conserva hasta el dia de hoy en Vanes con tanta veneracion como magnificencia (1).

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Vanes en la Bretaña, san Vicente Ferrer, confesor, del órden de predicadores, poderoso en obras y en palabras, el cual convirtió muchos miles de infieles á la fe de Jesucristo.

En Tesalónica, santa Irene, vírgen, que por haber ocultado los libros sagrados en contravencion al edicto de Diocleciano, fué presa, asaeteada y quemada, por

(1) A pesar de sus grandes ocupaciones, no dejó san Vicente de componer varios escritos. Tenemos de él un tratado *de la vida espiritual ó del hombre interior*, otro *sobre la Oracion dominical*, otro titulado *consuelo en las tentaciones contra la fe*, y siete cartas. Tambien se le atribuye un tratado *sobre el fin del mundo y sobre el Antecristo*. Pero los críticos desechan como suyos los sermones impresos con su nombre.

J. B.

órden del presidente Dulcecio, que poco antes habia hecho martirizar á sus dos hermanas Agape y Quionia.

En la isla de Lesbos, el martirio de cinco santos Mártires.

El mismo dia, san Zenon, mártir, á quien despues de desollarle y untarle con pez, arrojaron en el fuego.

En Africa, el martirio de muchos santos, que en la persecucion del rey arriano Genserico fueron degollados en la iglesia el dia de Pascua; entre ellos habia un lector, á quien al mismo tiempo que cantaba el *Alleluia* en el púlpito, atravesaron la garganta con una saeta.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Vincentii confessoris tui meritis et prædicatione illustrare dignatus es; concede nobis famulis tuis, ut et ipsius instruamur exemplis, et ab omnibus ejus patrocinio liberemur adversis. Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste ilustrar á tu Iglesia con los merecimientos y con la predicacion de tu confesor el bienaventurado Vicente: concédenos á nosotros, humildes siervos tuyos, que imitemos sus ejemplos, y que por su proteccion seamos libres de todas las cosas adversas. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 31 de la Sabiduría.

Beatus dives, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. ¿Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala,

Dichoso el rico que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la

et non fecit. Ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum.

ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

« Jesus, hijo de Sirach, y nieto ó biznieto de Jesus » hijo de Josedec, era respetado no menos por su » virtud que por su aplicacion al estudio de los » libros sagrados. Fué llevado cautivo á Babilonia » por Toloméo Lago, como 320 años antes de Jesu- » cristo: alli compuso este admirable libro intitu- » lado *el Eclesiástico*, ó el libro que predica. Reco- » nócele la Iglesia por canónico, esto es, inspirado » por el Espíritu Santo, y como tal le hace lugar en » el cánon de los sagrados libros. »

REFLEXIONES.

Beatus dives, qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. La felicidad de un hombre rico no consiste en sus tesoros, sino en sus virtudes. Siendo las riquezas un don de la liberalidad del Señor, es de admirar haga la virtud tan pocos progresos entre los ricos, cuando ningunos debieran ser mas virtuosos á título de mas agradecidos. Por eso debiera siempre triunfar la virtud en medio de la abundancia. Lógranse con ella mas medios para santificarse; ¿pues porqué los ricos no deberán ser mas santos?

En medio de eso, sucede casi siempre todo lo contrario. Los mas poderosos, los que viven con mayores conveniencias en el mundo, no suelen ser los mas santos, ni aun los mejores cristianos. La opulencia los pone á cubierto contra las miserias de la vida; ¿pero los exime acaso de las leyes del Evangelio?

Porque tengan mas bienes que los otros, ¿adquieren derecho para tener menos piedad y menos religion?

Esta sola proposicion irrita el ánimo; ¿pero no hay sobrados motivos para hacerla? Una desordenada licencia de costumbres, una disolucion desenfrenada de corazon y de espíritu, y una conducta tan poco cristiana en la mayor parte de los que se llaman dichosos en el mundo, ¿no da bastante derecho para preguntar si la gente de distincion, si los hombres ricos gozan algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley evangélica; ó si la diversidad de condiciones supone alguna diferencia de mandamientos en la ley santa de Dios, respecto de aquellos que profesan una misma religion? Pero á menos que se ignoren los primeros principios del cristianismo, ¿se podrá dudar que esta ley es universal? No hay mas que un Evangelio; luego no puede haber mas que una doctrina: y ciertamente si esta doctrina admitiera algun lenitivo, alguna dispensacion, parece no debiera ser en favor de los ricos. Como su misma condicion los expone á mayores obstáculos para conseguir la salvacion, parece que ella misma les está imponiendo la indispensable necesidad de añadir á la observancia de los mandamientos la práctica de la mayor parte de los consejos.

Fecit enim mirabilia in vita sua. ¡O con cuánta razon reputa el Sabio por una especie de prodigio que se vea un hombre rico y al mismo tiempo inocente! Son las riquezas, segun la expresion del Salvador, unas espinas que no solo punzan, sino que hieren y taladran. Con todo eso, hablando en rigor, no son las riquezas en sí mismas, sino el abuso de ellas, lo que las hace servir de estorbo á la salvacion.

Llegó uno á ser rico; pues ya no es la Religion la que regla ni sus dictámenes ni sus acciones. El puesto que ocupa, el empleo que compró, los bienes que posee, son la regla y la medida de sus deseos, de sus

pensamientos, y se puede añadir que aun de las mas esenciales obligaciones de la Religion.

Logró el otro hacer papel en el mundo, ascender á un empleo que le distingue: pues casi nunca cede esta distincion en favor de la piedad. Una fortuna no esperada, una rica herencia, un negocio feliz sacó á aquel del polvo en que se hallaba; pues á dos dias olvidó ya su primera condicion; ¿y qué medios no aplica para olvidarla? Bien se puede decir que siempre que hace fortuna la persona, la hace tambien el amor propio. Raras veces se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza y el placer. ¿Quién no dirá que el dia de hoy el regalo, la indevocion y la ociosidad son pruebas legítimas de nobleza? Lo que no se puede negar, es que ellas como que caracterizan y distinguen á los ricos de los que no lo son. Quien viere la mayor parte de las personas acomodadas y de grandes conveniencias, juzgara que la opulencia y la profanidad son títulos legitimos para ser poco cristianos; ¿pero lo serán para salvarse? ¡O buen Dios, qué maravilla tan rara es encontrar á un hombre sin mancha entre la prosperidad y la abundancia! *Beatus dives, qui inventus est sine macula.. ¿quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia.*

El evangelio es del capítulo 12 *de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus,

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor, cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuan-

invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

do venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

DE LA PRONTA OBEDIENCIA Á LA VOZ DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que del mismo modo que Dios merece ser obedecido, merece serlo sin dilacion. Toda obediencia forzada le es desagradable; porque la obediencia menos pronta siempre es señal de indiferencia, y muchas veces aun de desprecio.

Las órdenes de Dios no admiten réplica; ¿pues quién podrá con razon diferir el obedecerlas? Cuando Dios nos manda algo, ¿ignorará por ventura nuestra calidad, nuestra repugnancia, nuestra flaqueza, ó nuestras necesidades? ¡Qué error, qué blasfemia, imaginar que un Dios tan justo, tan sabio, tan bueno quiera mandarnos cosas imposibles! ¡qué impiedad creer que nos niegue sus auxilios para cumplir con sus mandamientos! Pues ¿porqué no le obedecemos con prontitud? El que manda es un Soberano infinitamente sabio; es un Padre infinitamente bueno.

Si merece ser obedecido dentro de un dia, ó dentro de una hora, ¿porqué no merecerá serlo al instante.

Todas esas dilaciones en obedecer, son, digámoslo así, unos como paréntesis del debido rendimiento, son intervalos de desobediencia y de indocilidad. Declárase concurrentes con el mismo Dios la pasion y el amor propio, y pretenden disputarle la pronta obediencia á sus órdenes. En la realidad se piensa en obedecer al Señor, pero ha de ser cuando á uno se le antoje. Esto se llama prestar tantos oidos al humor y á la propia inclinacion, como á la voz de Dios. Manda el Señor que se restituya, que se hagan las paces, que se reforme la vida; consiéntese en ello pero con ciertas restricciones, con ciertas cláusulas. Voz es de Dios la voz del director, la del predicador, la del libro, la de la propia conciencia; óyese y aun se quiere hacer lo que dicta, pero en cierto tiempo; préstase el consentimiento á la inspiracion, pero casi nunca en el mismo punto en que se siente. De manera que lo que pide el amor propio siempre ha de ir delante de lo que pide Dios. Lo que se acomoda al gusto de la pasion, del genio, de los sentidos, eso no admite dilacion; mas para hacer lo que Dios manda, siempre hay tiempo. Comprende bien la injusticia y la indignidad de estas irreverentes dilaciones.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la obediencia tardía por lo comun se acredita de forzada. La pronta sumision es prueba legítima del amor y del respeto.

¡Cosa extraña! todas las criaturas inanimadas obedecer sin dilacion á la voz de Dios: *Ipse dixit, et facta sunt* (1): Habló, y fueron hechas todas las

(1) Salm. 148.

cosas; mandó, y salieron de la nada. Solo el hombre, que conoce quien es el Dios á quien debe obedecer, es el único que no le obedece con prontitud.

¿Qué caso se hace de un criado tardo y perezoso en ejecutar lo que se le manda? ¿Juzgamos que nos agradecerá Dios aquellos obsequios que le prestamos con disgusto? El amor no sufre dilaciones; siempre se hace con prontitud lo que se hace de buena gana.

Quiere el Señor que se le abra al mismo punto que llama: *confestim*. Y el esposo no abre la puerta á los que llaman un poco tarde. Esta importante verdad obligó á todos los santos á velar continuamente para no ser sorprendidos. Ella los hizo tan prontos á obedecer la voz de Dios, de cualquiera manera que se la hiciese entender. ¡Con qué escrupulosa exactitud ejecutaban las órdenes de sus superiores; con qué fervor cumplian con las mas menudas obligaciones de su estado; con qué prontitud obedecian al primer golpe de la campana! Las ovejas luego que oyen el silbo del pastor, al punto le siguen. Si los apóstoles hubieran dilatado seguir á Cristo luego que los llamó, jamás le hubieran seguido. No deliberó ni un solo momento la Magdalena, cuando oyó que el Maestro la llamaba. ¡Mi Dios, cuántas gracias se han perdido, cuántas inspiraciones se han malogrado, cuántas vocaciones se han desvanecido por no haberos obedecido al momento! Pues que os dignais hacerme conocer cuan peligrosa es la menor dilacion en rendirme á vuestra voluntad, haced, Señor, que en adelante os obedezca con la mas pronta exactitud; y esto es lo que determino hacer con el auxilio de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Loquere, Domine, quia audit servus tuus. I. Reg. 3.
Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.

Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum. Salm. 56.
Mi corazon está aparejado, Señor, mi corazon está aparejado.

PROPOSITOS.

1. Si oyeres hoy la voz de Dios, dice el Espíritu Santo, no quieras endurecer tu corazon : *Hodiè si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Por esta palabra *hoy*, segun san Pablo, se entiende todo el tiempo de esta vida, en el cual continuamente nos está hablando el Señor, ya por libros espirituales, ya por la voz de los confesores, ya por el ejemplo de los santos, ya por los accidentes imprevistos, y ya por secretas inspiraciones. *Nolite obdurare corda vestra :* Guárdate de hacerte sordo á estas voces. No obedecerlas prontamente, es casi lo mismo que no oirlas; y con las dilaciones se va endureciendo el corazon insensiblemente. Cuando habla Dios, todo debe callar, las pasiones, el amor propio, los respetos humanos. Examina hoy cuanto tiempo ha que el Señor te está hablando, te está llamando con golpes, con gritos, y siempre inútilmente. Pues tiempo vendrá en que callará. Considera bien que desgracia será la tuya, cuando, cansado, enfadado el Señor de tu tardanza, ya no te hable palabra. Pero sírvate de consuelo que en esta misma hora te está hablando : estas reflexiones, la lectura que ahora estás haciendo de este libro, son voces suyas, y es cosa bien fácil entender su lenguaje. Desea que para siempre te pongas entredicho á tal juego, á tal comunicacion, á tal concurrencia; quiere que reformes ese lujo, esa suntuosidad tan poco cristiana, esos modales orgullosos, presumidos, desenfadados y altaneros. Dicete que endulces ese genio avinagrado, ese natural áspero y desabrido, ese tono de voz altivo y desdeñoso. Mándate que

atiendas á las obligaciones de tu estado y de tu oficio con mas exactitud, que veles sobre tu casa y familia con mayor cuidado y con mas zelo; que no te dispenses con tanta facilidad en tus ejercicios espirituales, que los hagas con mas devocion, y no quebrantes con tanta lijereza las reglas que te has propuesto para gobernarte. Pídete ese lijero sacrificio, esa corta mortificacion, esa obra de caridad, esa limosna. Previénete que ores, que estés siempre en vela, porque vendrá en la hora en que menos lo pienses. No dejes que se pase el dia de hoy sin hacer lo que te manda.

2. Háblanos Dios de muchas maneras; pero nunca se percibe mas clara y mas distintamente su voz, que en el estado religioso y en cualquiera otro estado de subordinacion y de dependencia. La órden del superior, un toque de campana, un punto del instituto, una regla, son siempre la voz de Dios. No obedezcas á esta voz con tibieza, con desidia, con restricciones, ni con pereza. Ordinariamente la tibieza del alma en el fervor nace de su tibieza en obedecer. Toma desde luego la resolucion de no negar á Dios esa prontitud en obedecer, que da nuevo esplendor y aumenta mucho mérito á la obediencia. Sé pronto en dejarlo todo luego que oigas la voz de Dios. Corta la conversacion, despide la visita, levanta la mano de lo que has comenzado, no acabes ni aun de formar la letra luego que oigas que te llama Dios. Al primer golpe de la campana, á la primera órden del superior, á la hora precisa que tú mismo te has señalado para dedicarte á otra cosa, déjalo todo. Vivirán un poco oprimidos con esta puntualidad el genio y el amor propio, pero de eso depende el progreso en la virtud. Sin este exacto fervor, sin esta pronta obediencia, se va poco á poco consumiendo el espíritu al lento calorcillo de la flojedad y de la tibieza.

DIA SEXTO.

SAN GUILLERMO,

CANÓNIGO REGULAR DE SANTA GENOVEVA DEL MONTE EN PARÍS, DESPUES ABAD DE ESCHIL EN DINAMARCA.

San Guillermo, tan célebre en el siglo duodécimo por su virtud y por sus milagros, nació en Paris el año de 1105 de padres muy distinguidos por su nobleza, y fué educado desde niño en la abadia de san German de los Prados, bajo la disciplina del abad Hugo, que era tio suyo.

El bello natural del niño Guillermo, su amor al estudio y su inclinacion á la virtud, dejaron poco que hacer á la educacion. Fué presto la admiracion de aquella religiosa comunidad á quien edificaba con sus ejemplos. Prendado el abad de las virtuosas inclinaciones de su sobrino, le aconsejó que abrazase el estado eclesiástico. Hízolo nuestro santo, y desde luego se distinguió en el nuevo estado por la regularidad de sus costumbres. Ordenado de subdiácono, fué provisto en un canonicato de la iglesia colegial de santa Genoveva del Monte, donde todavía no se habia introducido la reforma.

La vida ejemplar del nuevo canónigo, la inocencia de sus costumbres, su puntual asistencia al coro, y el grande amor que profesaba al retiro y al estudio, que parece habian de granjearle el cariño y aun la veneracion de sus compañeros, le hicieron odioso á todos. Mirábanle como á reformador incómodo y molesto; y reputaban su observancia regular por censura y reprension de su vida licenciosa. Pasó á

tanto su aversion, que resolvieron obligarle á renunciar el canonicato. Fingió uno de ellos que queria ser religioso, y fácilmente persuadió á nuestro santo á que le siguiese en tan santa resolucion; pero habiendo descubierto Guillermo el artificio, se quedó en su cabildo, haciendo mayor empeño de ser cada dia mas observante y mas ejemplar, edificando tanto á todo el pueblo, que Estévan, obispo de Paris, le ordenó de diácono, á pesar de los esfuerzos que hicieron sus enemigos para disuadirle de ello.

Vacó por este tiempo el curato ó prebostía de Espinay, que era provision del cabildo de santa Genoveva, á cinco leguas de Paris, y los canónigos no dudaron proveerlo en Guillermo para desviarle de su lado. Aceptólo el santo, reteniendo su prebenda, por ser costumbre de aquella iglesia que dicho curato ó prebostía fuese servido por alguno del cuerpo del mismo cabildo.

No gozaron mucho tiempo los canónigos de la libertad que creian tener con haber alejado de sí á aquel virtuoso compañero; porque habiendo venido á Paris en el año de 1147 el papa Eugenio III, informado de la licencia con que vivian aquellos canónigos, resolvió, con beneplácito del rey Luis el Jóven, hacerlos regulares. Dióse la comision á Sugerio, abad de san Dionisio, el cual hizo venir canónigos regulares de san Víctor, dejando á los antiguos canónigos seculares, durante su vida, la renta de sus prebendas.

Luego que lo supo Guillermo, sin deliberar un punto, renunció su curato para hacerse canónigo regular; y apenas abrazó el nuevo instituto, cuando fué su singular ornamento. Admiró á los mas perfectos su exactitud en la disciplina regular, su devocion y su fervor. Hiciéronle superior de la casa, y luego se conoció lo que puede en una comunidad religiosa el ejemplo de un superior prudente y santo.

Aunque era muy vivo el zelo que tenia por la disciplina regular, sabia templarle con tanta prudencia, con tanta modestia, con tanta suavidad, que al mismo tiempo que hacia guardar la observancia, hacia amable el precepto. Habiéndose esparcido en Paris la voz de que habian hurtado la cabeza de santa Genoveva, Guillermo se ofreció á entrar en un horno encendido, llevando en las manos la cabeza de la santa, que muchos prelados reunidos acababan de hallar en la caja, para prueba de que no era supuesta.

No se encerraba en los límites de Francia la fama de la virtud de nuestro santo; penetró hasta Dinamarca: y deseoso Absalon, obispo de Roschild, de restituir la pureza de la antigua disciplina en un monasterio de canónigos regulares de su diócesis, situado en la isla de Eschil, le pareció que ninguno podria ayudarle mejor á conseguir tan santo intento, que el superior de los canónigos regulares de santa Genoveva. Despachó, pues, para este fin al preboste de su iglesia, que comunmente se cree haber sido el célebre Sajon el Gramático, que compuso la historia de Dinamarca. Aunque al abad de santa Genoveva le costó mucho desprenderse del que era como el alma de la regularidad en su casa, con todo eso juzgó que debia hacer á la mayor gloria de Dios este doloroso sacrificio. Partió Guillermo en compañía de otros tres canónigos regulares que le ayudasen á entablar la reforma.

Fueron recibidos por Waldemar, hijo del mártir san Canuto, con extraordinaria bondad; y el obispo Absalon, uno de los mas insignes prelados de aquel siglo, les colmó de honras, y les hizo mil importantes servicios. Luego que Guillermo se vió en posesion de la abadía de Eschil, se dedicó con el mayor empeño á establecer en ella la observancia regular. Para

conseguirlo, juzgó que el medio mas eficaz era ir delante con el ejemplo. Pero desde luego se descubrió ser empresa mas dificultosa de lo que á él se le habia figurado. El riguroso temperamento de aquel clima, el poco uso en la lengua del país, y la suma pobreza de la casa, pusieron su zelo y su virtud á grandes pruebas. Los tres compañeros que habia traido de Paris, no pudiendo tolerar el rigor del frio ni las demás incomodidades, quisieron volverse á Francia. Los religiosos de la casa, acostumbrados á la relajacion, no podian sufrir la reforma; el ejemplo solo del abad los desesperaba; muchas veces se sublevaron contra él, é intentaron quitarle la vida de mil maneras. Sin embargo, no fué esto lo mas penoso y sensible para el santo abad.

Todo el infierno parece que se habia conjurado contra él, irritado de una reforma que habia de encender el primitivo fervor en todo el Dinamarca. Hallóse asaltado de las mas violentas y mas obstinadas tentaciones. Pero cuanto mas crecian los estorbos, y mas se multiplicaban los lazos del enemigo de la salvacion, mas se daba Guillermo á la oracion y á la penitencia. Premió Dios la constancia y la fidelidad de su siervo. No solo suavizó el genio indómito de los religiosos, vencidos finalmente de su moderacion, de su paciencia y de su blandura, sino que convirtió á gran número de pecadores, atraidos de la fama de su santidad, y tuvo el consuelo de convertir tambien á la fe de Cristo á todos los gentiles que habia aun en las costas del mar Báltico.

Contribuyó mucho á estos felices sucesos la multitud de milagros que obró, y puede pasar por el mayor de todos ellos su perseverancia y su tranquilidad inalterable en medio de tantas fatigas y peligros.

Muchas veces le veian derretirse en copiosas lágrimas al pié de los altares, para conseguir nuevas gra-

cias del cielo para sí y para sus hermanos. Nunca se desnudaba el cilicio; dormia siempre sobre un poco de paja; jamás usó lienzo ninguno, y era continuo su ayuno. Siete años antes de morir le fué revelado el dia de su muerte, y en este tiempo amontonó grandes tesoros para el cielo, doblando su fervor, sus penitencias, su zelo y su paciencia.

Siempre que celebraba el sacrificio de la misa, regaba los corporales con sus tiernas y fervorosas lágrimas; y subia al altar como si subiese al Calvario. La última cuaresma de su vida la pasó en excesivos rigores. El Jueves Santo celebró la misa con tan extraordinaria devocion y ternura, que movió á lágrimas á todos los religiosos que la oian. Dióles la comunion de su mano, y despues lavó los piés á gran número de pobres. Acabada la comida, se estaba disponiendo para lavárselos á sus hermanos, cuando de repente se sintió asaltado de un violento dolor de costado, que le obligó á recogerse á su pobre camilla, donde se le excitó una calentura lenta. Finalmente el dia de Pascua, despues de media noche, oyendo cantar en maitines aquellas palabras, *ut venientes ungerent Jesum*, clamó que ya era tiempo de que le administrasen la extremauncion; y recibido este postrero sacramento, penetrado de tiernos afectos de amor de Dios y de confianza en su misericordia, espiró, á los noventa y ocho años de su edad, habiendo vivido cuarenta enteros en Dinamarca, dedicado al ejercicio de todas las virtudes, singularmente al de una rigurosísima penitencia. Sucedió su muerte en el año de 1203, y el Señor manifestó bien pronto la gloria de su siervo por la multitud de milagros que obró en su sepulcro. Veinte y un años despues de su muerte, el de 1224, le canonizó el papa Honorio III.

SAN CELESTINO, PAPA.

San Celestino, uno de los mas célebres sucesores de san Pedro que se han sentado en la cátedra apostólica, fué educado por su padre Prisco, natural de Roma, en el sólido principio del santo temor de Dios. Aplicado á las ciencias, como se hallaba dotado de un ingenio sobresaliente, hizo en ellas grandes progresos, los que, juntos con un natural como nacido para la virtud, formaron de Celestino uno de los jóvenes mas cabales de su siglo, distinguiéndose ya en la juventud por la ejemplar religiosidad de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría. Consagrado obispo de Ciro en Siria, y condecorado con el título de cardenal de la iglesia de Roma en virtud de los méritos que contrajo en el servicio de la Iglesia, brillaba nuestro santo con la capacidad mas extendida, con la caridad mas abrasada, y con el zelo mas generoso por la Religion, siendo la veneracion de todos, cuando ocurrió la muerte de Bonifacio, primero de este nombre, á los 25 de octubre de 423; y persuadida Roma de que no habia sugeto mas benemérito para sucederle que san Celestino, le eligió para esta suprema dignidad el 3 de noviembre del mismo año. Los que eran afectos á Eulalio, obispo de Lipe, antipapa de Bonifacio, le solicitaron para que viniese á la eleccion, con el fin de inquietarla; pero retirándose aquel de todas las pretensiones, por haberse reconocido, se celebró la promocion de Celestino en paz y tranquilidad con universal aplauso.

Colocado en el trono apostólico, correspondió al alto concepto que tenia formado la iglesia de Roma

de su eminente virtud y grande capacidad. Por su zelo siempre activo se vió restituida á aquel su primer esplendor, y á aquella serenidad, que parece habia oscurecido el funesto cisma. Toda la atencion aplicó Celestino á unir las iglesias con los vínculos de caridad, y prevenir anticipadamente todo lo que podia ocasionar su division. Con no menor exactitud se dedicó á restablecer la disciplina eclesiástica regular y secular, relajadas al abrigo de la parcialidad. Su solicitud pastoral tenia por objeto conservar el sagrado depósito de la fe, y reformar las costumbres de todos los estados, no solo con sus palabras y sabias predicaciones, sino con la eficacia de su ejemplo. Su vida era verdaderamente austera, sus penitencias continuas; sus rentas fueron como propiedad de los pobres, de quienes fué padre en realidad.

El deseo que ardia en su corazon de dilatar el reino de Jesucristo, le hizo enviar zelosos misioneros apostólicos por varias partes del mundo, á fin de que resonase en ellas la voz del santo Evangelio; con cuya diligencia llegó á lograr la conversion de no pocas naciones envueltas en las miserables sombras de la muerte. Si no consiguió este fin en Irlanda y Escocia en la primera mision de su arcediano Paladio, porque se resistieron aquellos naturales, le concedió Dios este consuelo por medio de san Patricio, que principió en su tiempo la conversion de Irlanda, y aun se dice que fué consagrado obispo por él mismo en un viaje que hizo á Roma.

Aunque todos estos laudables hechos bastaban para realzar el mérito de este insigne papa, lo que mas eternizó su gloria fué el ardor y actividad con que se aplicó á sofocar las perniciosas novedades que perturbaban la paz, y los desvelos con que se dedicó á extinguir las herejías. Si en algun tiempo tuvo la Iglesia necesidad de un pastor zeloso y vigilante, de

un papa santo y sabio, y de una cabeza visible que fuese capaz de oponerse á los esfuerzos de las herejias, fué en el de Celestino.

Pelagio, hombre de grande ingenio, de vasta erudicion y seductora elocuencia, y enemigo capital de la gracia, se atrevió á negar la trasmision del pecado original en el género humano, y la necesidad de la gracia; ensalzando tanto las fuerzas del libre albedrío, que sostenia que solo con las facultades naturales podia el hombre cumplir con los preceptos de Dios, justificarse y conseguir la salvacion. Estos principios, orígen de otros errores, defendia su discípulo Celestio, hombre acre y mordaz, con tanto empeño, que se llamaron sus secuaces celestianos, como pelagianos los de aquel. Juliano, otro discípulo del heresiarca, hombre erudito en letras divinas y humanas, sumamente elocuente y jactancioso, no satisfecho con proteger el error, tuvo la osadía de escribir varios libros contra San Agustin, ínclito defensor de la divina gracia. Causaban en el Occidente daños casi irreparables, todos estos monstruos que vomitó el abismo para introducir en los hombres las máximas mas perjudiciales á la justificacion y salvacion, dignas de la mas severa represion; pero, armado Celestino de una fortaleza y un valor verdaderamente apostólico, los persiguió y anatematizó; refutó sus errores con sabias y eruditas cartas; y con el terror de las leyes imperiales que se debieron á su infatigable zelo, obligó á muchos de ellos á que abjurasen la herejía. Aprobó los escritos de san Agustin contra los dichos sectarios, y recomendó su doctrina y santidad con los mayores elogios en la epístola que dirigió á los obispos de Francia. Con no menor brio se portó contra Agrícola, hereje de la misma faccion, que habia corrompido las iglesias de Inglaterra, enviando de Francia, para purificarlas

del contagio, con honrosa legacía, á los dos eminentes obispos Germano Altisiodorense y Lupo Tricasino.

No fueron solos los enemigos del Occidente los que experimentaron las victoriosas fuerzas del zelo apostólico de Celestino: tambien à los del Oriente alcanzaron sus solicitudes, sus desvelos y vigilancia pastoral. Muerto Sisinio, obispo de Constantinopla, fué elevado á aquella cátedra Nestorio, presbítero antioqueno, con tanto aplauso y aceptacion, que se persuadieron los electores que habia de ser otro Crisóstomo; pero descubriendo à breve tiempo la perversidad que ocultaba en su corazon, se declaró autor de una inaudita herejía, que negaba fuese la Vírgen santísima madre de Dios, asegurando deberse llamar Cristípara, y no Deípara, bajo el supuesto erróneo de establecer en Jesucristo dos personas, como dos naturalezas, contra el sacrosanto dogma que cree y confiesa nuestra santa fe católica.

Apenas supo Celestino la execrable blasfemia, escribió inmediatamente á san Cirilo, obispo de Alejandría, para que le informase de la verdad; y habiéndolo hecho por medio de su diácono Dosidio que envió á este efecto á Roma, volvió á escribir à aquel insigne prelado, para que interesase toda su sabiduría y autoridad en el reconocimiento de aquel nuevo sectario, y cuando no se arrepintiese de su error, lo excomulgase públicamente con todos los secuaces de la impiedad. Tambien escribió á Juan Antioqueno, á Rufo de Tesalónica, á Juvenal de Jerusalen, y á Flaviano Filipense, celebérrimos obispos del Oriente, para que se armasen contra el poderoso autor de la herejía. Pero no habiendo tenido el deseado efecto estos paternales avisos, no satisfecho su apostólico zelo con haber condenado al heresiarca pertinaz en un concilio que tuvo en Roma en el año 430, valién-

dose de la proteccion del emperador Teodosio el jóven, hizo se celebrase un concilio general en Éfeso en el año siguiente de 431, que fué el III de los ecuménicos, al que asistieron doscientos obispos, con los legados apostólicos, que lo fueron san Cirilo, Arcadio y Proyecto obispos, y Felipe, presbítero. En este concilio fué condenado Nestorio con su herejía, desautorizado, desterrado y recluso en el monasterio de San Euprepio de Antioquía; y para que constase en todo tiempo lo que la Iglesia califica, cree y confiesa sobre la prerogativa de la santísima Vírgen, que negaba aquel infeliz, se decretó en el mismo concilio que se añadiese en la salutacion angélica la expresion *Santa María madre de Dios.*

Las cartas que Celestino escribió á san Cirilo, al emperador Teodosio y al concilio, que copió á la letra el cardenal Baronio en sus Anales, leidas en aquella celebérrima asamblea, no cesaron los padres de admirar y elogiar su infatigable zelo, su grande sabiduría, y su vasta erudicion en el asunto de la controversia, confesando todos á una voz que á su solicitud pastoral debian las iglesias orientales el verse libres de la peste nestoriana.

En medio de esta universalidad de cuidados, tuvo tiempo para descender á varios reglamentos de disciplina, y componer diferentes partes de la liturgia, que acreditan muy bien el zelo con que se esmeró en la policía de la Iglesia, y en que los divinos oficios se celebrasen con reverentes ritos y magnificencia. Tambien logró á fuerza de instancias del emperador Teodosio, que hiciese leyes para la mejor observancia de las fiestas, y concediese muchas inmunidades á las iglesias y privilegios á los clérigos.

No contento con la solicitud pastoral con que atendia á las necesidades de las iglesias, halló fondos para edificar y enriquecer los templos de Roma con prodi-

giosa magnificencia, prueba grande de su dilatado corazon y de su eminente piedad. A él se debió la ereccion de la iglesia Julia, en la region séptima, cerca de la plaza de Trajano, que enriqueció con grandes donaciones, haciendo asimismo considerables dádivas á la basílica de San Pedro. Tambien adornó el cementerio, que construyó en una heredad propia, llamado de su nombre Celestino. Hizo tres veces órdenes en el mes de diciembre, en las cuales creó 33 presbíteros, 11 diáconos y 64 obispos para diferentes iglesias.

Finalmente, los trabajos y fatigas apostólicas consumieron su salud; y colmado de méritos y de gloria por tantos triunfos como consiguió de las herejías, despues de haber gobernado la Iglesia como diestro piloto, santo y sabio pastor, por el discurso de ocho años, cinco meses y dias, murió en el ósculo del Señor, en el año 432, y su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Priscila en la via Salaria.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de san Sixto, papa y mártir, que gobernó la Iglesia en tiempo del emperador Adriano, y en el de Antonino Pio sufrió gustoso la muerte temporal por ganar á Jesucristo.

En Macedonia, los santos mártires Timotéo y Diógenes.

En Persia, ciento y veinte bienaventurados mártires.

En Ascalon, san Platónides, y otros dos santos mártires.

En Cartago, san Marcelino, mártir, que fué muerto por los herejes porque defendia la fe católica.

En Roma, san Celestino papa, quien, de propia autoridad, arrojó á Pelagio, condenó á Nestorio,

obispo de Constantinopla, é hizo reunir, contra este heresiarca, el santo concilio general de Éfeso.

En Irlanda, san Celso obispo, predecesor de san Malaquías.

En Dinamarca, san Guillermo abad, esclarecido por la santidad de su vida y milagros.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de san Guillermo la siguiente.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Guilelmi abbatis commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado abad Guillermo, para que logremos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 13.

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: Charitas non æmulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quærit quæ sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene celos, no obra mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad, se alegra de la verdad; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

NOTA.

« La nota que se añade al texto griego dice que esta » epistola se escribió en Filipos de Macedonia; pero » parece cierto, como advierte Tirino, por el mismo » capitulo 18 de los Hechos apostólicos, que fué es-

» crita en Éfeso, donde san Pablo tuvo la primera » noticia de las divisiones que se habian suscitado » entre los fieles de Corinto. Es una epistola dog» mática y moral, porque toda está llena de doc» trina. »

REFLEXIONES.

No hay virtud de cuyo nombre y de cuya máscara se valgan mas las pasiones, especialmente entre las personas que hacen profesion de espirituales y devotas, que la caridad. Despues de lo que el Apóstol nos dejó escrito del verdadero carácter de esta virtud, es fácil no equivocarla, y con todo eso á cada paso se equivoca.

¡Qué temible es una pasion disfrazada, y sobre todo cuando se disfraza con el velo de la Religion, para insinuarse con mayor artificio, y para dominar con mayor imperio y con mayor seguridad! Pocas veces se corrigen los yerros del entendimiento, cuando nacen del corazon, y los cria la voluntad. Con todo eso no seria incurable la ilusion si se quisiese hacer reflexion á que la caridad dulce y benéfica es el carácter y el distintivo de la virtud cristiana: *Charitas non æmulatur*, la caridad no es envidiosa, dice el Apóstol.

¡O buen Dios, y qué gran prueba de una secreta hipocresía es la envidia en personas religiosas, devotas y espirituales! ¿Es por ventura posible amar á Dios sin alegrarse de que otros le amen? ¿es por ventura posible amar al prójimo, y no complacerse en sus prosperidades? Esta complacencia en una alma verdaderamente humilde no es extraordinaria. La tristeza por la estimacion ajena solo se encuentra en corazones orgullosos, presumidos y poco cristianos.

Charitas non est ambitiosa. Tampoco es ambiciosa la caridad. Con todo eso vemos no pocas veces reinar

la ambicion con imperio absoluto en corazones muy presumidos de estar inflamados en la mas ardiente caridad. Siempre es despreciable la ambicion, pero nunca se hace mas odiosa que cuando se descubre en los estados mas santos, y aun en medio de los asilos de la humildad cristiana.

¡Qué indignidad, que unas personas que no deben tener otro modelo que los abatimientos de un hombre Dios, ni otras leyes que lo que hay mas perfecto en el Evangelio, aspiren á los primeros puestos, anhelen por los primeros empleos! Regalos, intrigas, bajezas, negociaciones, empeños, artificios sutiles, políticas secretas, parcialidades, todo sirve, y de todo se valen en la ocasion para llegar á sus fines. ¡Qué de hazañerías, qué de afectadas muestras de amistad, qué de industrias estudiadas, qué de manejos ocultos! y todo para ir granjeando votos, los cuales, aunque den mayor derecho al cargo ó al empleo, no por eso hacen menos indignos á los pretendientes. Esas elevaciones artificiales, efectos de la ambicion, presto se desmienten á sí mismas; pero ¡qué daño no hacen á los que se alimentan con ellas! *Interdum dominatur homo homini in malum suum* (1). Cuando no es el Señor el que te colocó en ese puesto, nunca estarás en él sin peligro. Desdichado de aquel que solo debe la prelacía á su ambicion. Coré, Datan, Abiron y Hon perecieron con el incensario en la mano, por haberse entrometido sin vocacion en el sagrado ministerio, por haber intentado usurpar por maquinacion una dignidad que tenia Dios destinada al mérito y á la virtud: *Multum erigimini filii Levi* (2). Tú fuiste el que te elevaste por tu industria y por tus artificios; pues no te podrás mantener mucho tiempo en esa elevacion. Andasele á uno la cabeza cuando sube mas alto de lo que debe. ¡Con qué horror mira Dios á un pobre or-

(1) Eccles. 8. — (2) Num. 16.

gulloso! *pauperem superbum* (1). Qué lastimoso desórden de costumbres, y aun de juicio! ¡Unos pobres de profesion, humildes por su propio estado, matarse sobre cual ha de sobresalir aun en el polvo, y aspirar á lucirlo y distinguirse en la misma oscuridad del retiro! ¡Oh, y con cuánta razon llama el Profeta á estos vanos honores, á estas preferencias arrancadas con artificio, vanidades y locuras llenas de ridiculez: *Vanitates et insanias falsas!*

El evangelio es del cap. 7 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Intrate per angustam portam: quia lata porta, et spatiosa via est, quæ ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam. Quam angusta porta, et arcta via est, quæ ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam!

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Entrad por la puerta estrecha: porque es ancha la puerta, y espacioso el camino que guia á la perdicion; y son muchos los que entran por ella. ¡Cuán angosta es la puerta, y estrecho el camino que conduce á la vida, y cuán pocos los que la encuentran!

MEDITACION.

DEL CAMINO DE LA PERDICION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay un camino que guia á la perdicion, y que es grande el número de los que caminan por él. ¿Y no serás tú de este número? No es dificultoso conocer cual es este camino; porque despues de lo que dijo Cristo, no es fácil equivocarlo. Camino ancho, camino muy trillado, doctrina halagüeña, moral relajada, nunca fueron el camino de la sal-

(1) Eccl. 25.

vacion. Los santos ciertamente fueron por otro muy diverso. Esas entradas tan llanas y tan floridas engañan á la muchedumbre; pero ¿adónde conducen? Cuando se marcha por unas llanuras fértiles, frondosas y risueñas, los árboles deleitan, el murmullo de las aguas embelesa, la gustosa conversacion de los caminantes divierte. Pero ¿es puro el aire de esas campiñas? ¿se va con precaucion contra el ambiente contagioso que reina en ellas? y ¿será el cielo el término de un camino que á cada paso nos desvía de él?

El camino que guia à la perdicion es ancho y espacioso. Finge el sistema de conciencia que se te antojare, forja la moral mas acomodada que te pareciere; este es el oráculo.¿Indulgencia universal en favor de las pasiones; interpretaciones de la ley excesivamente benignas; libertad del corazon y del entendimiento, que tanto debilita la religion, extinguiendo casi la fe; licencioso desórden de costumbres, perniciosas máximas del mundo que proscriben todo lo que pone á raya los sentidos, todo lo que los refrena; reino del amor propio, donde está cautivo el espíritu del evangelio, y donde triunfan la profanidad, las pasiones y el placer : por ventura tendréis por término la felicidad eterna?

¡O mi Dios, y qué extravagancia la de caminar con tanta serenidad por un camino que conduce infaliblemente al precipicio! ¡qué locura seguir una doctrina que reprobó el mismo Jesucristo! ¡qué error gobernarse por unas máximas tan contrarias á la Religion! Esta es la conducta de los que, tiranizados de su concupiscencia, no tienen otra regla que el antojo de sus deseos. El camino ancho que guia á la perdicion, es esa vida ociosa, regalona y delicada; es esa vida mundana, sacrificada á las diversiones y á los gustos. El camino ancho es esa moral relajada

que pretende ensanchar el camino del cielo, que presume autorizar todo lo que lisonjea á la concupiscencia; es esa moral hipócrita que, por debajo de unas avenidas muy estrechas, abre un camino muy ancho, que, bajo una exterioridad austera y reformada, desviando al alma de los sacramentos, la lleva insensiblemente á una vida libertina.

¡Ah Señor, y por qué camino corro yo, cuando mi vida es tan conforme á mis deseos, y tan poco arreglada á las máximas de vuestra ley!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en materia de salvacion, no es el mas seguro el camino mas trillado. Escoge mala guia el que sigue á la muchedumbre; no usa de su razon el que se deja arrastrar. ¿Y no es esto lo que hacen aquellos que quieren vivir como los demás?

¿Qué regla mas perniciosa ni mas falsa que la que ha introducido el desórden, y tiene como autorizada la licencia de las costumbres? Un uso que es abuso, una moda extravagante y de capricho, el ejemplo de una docena de mujeres locas, y de un monton de mozalbetes atolondrados y perdidos: el arte de hacerse rico por medio de usuras verdaderas paliadas con el pretexto de un industrioso comercio; un lujo desmesurado, que confunde todas las clases, y reina en casi todos los estados con nombre de moda ó de costumbre; ¿son estos los modelos que un cristiano se debe proponer? ¿Se procede con cordura, se camina con seguridad, cuando sin pararse mucho á discurrir sobre el camino que se elige, sin informarse siquiera adonde va á parar, se va á ciegas tras la muchedumbre consolándose con el mal de muchos? Pues esto, y no otra cosa, significa aquella perniciosa maxima, que se ha hecho ya como regla general de las costumbres: *Es menester hacer lo que hacen otros.*

Esta es aquella puerta ancha, aquel camino espacioso que guia á la perdicion; esta aquella moral emponzoñada que tiene en el infierno á tantas almas.

Tiénese por muy severa la moral de Jesucristo; ¿pero no nos dejó dicho bien expresamente el mismo Señor que el camino de la perdicion es anchuroso? Es cierto que el mundo enseña una moral mas acomodada; pero ¿es muy conforme á la doctrina del Evangelio? ¿Puede tenerse temor al infierno, y caminar con serenidad por el camino ancho? ¿Puede vivirse una vida regalona y mundana, y estar tranquilo, sin ilusion? Busca uno solo entre los santos que haya seguido ese camino. En todos los estados, en todas las condiciones del mundo ha habido santos; pero no hallarás siquiera uno que no haya huido cuidadosamente del camino espacioso, que no haya mirado con horror esa moral acomodada y condescendiente.

Yo tambien, Señor, detesto desde ahora ese camino ancho, por el cual he marchado demasiado tiempo, corriendo á mi perdicion; pero, puesto que por vuestra pura misericordia he comenzado á conocer que iba descaminado, dignaos guiarme de aqui adelante por el camino derecho de la salvacion.

JACULATORIAS.

Vias tuas, Domine, demonstra mihi: et semitas tuas edoce me. Salm. 24.

Enseñadme, Señor, los caminos que conducen á vos derechamente, y mostradme los senderos de la justicia.

Viam iniquitatis amove à me. Salm. 118.

Apartadme, Señor, del camino de la perdicion.

PROPOSITOS.

1. ¿Será prudencia escoger uno un camino solo porque es mas llano, porque es mas trillado, sabiendo

bien que le desvía del término adonde pretende llegar? Pues esta es à la letra la conducta de los que buscan de propósito confesores condescendientes y de manga ancha, que solo gustan de una moral acomodada y benigna. Los nobles, los ricos, los que están en grandes puestos, por lo comun son de este gusto: quieren que se les lisonjee hasta en la observancia de los mandamientos, hasta en el mismo sagrado tribunal de la penitencia. A un pobre artesano se le declaran sin disfraz ni lenitivo alguno los mandamientos de la ley de Dios; pero es menester mucho arte, mucha elocuencia para no lastimar la delicadeza de los grandes, explicándoles las verdades de la Religion y las máximas del Evangelio. Parece que se hace odiosa la doctrina en siendo demasiadamente cristiana: es preciso saberla sazonar con cien condimentos para que se reciba con gusto. Aunque se predicara á gentiles, no se propondria con mas miramiento. ¿Eres tú acaso de los cristianos de ese carácter? ¿eres de los que buscan muy cuidadosamente un confesor laxo, ignorante, condescendiente y poco zeloso? ¿eres de los que siguen opiniones excesivamente indulgentes? Despedirias luego á un médico ignorante, ó de aquellos que por lisonjear al enfermo le dejan morir. ¿Las enfermedades del alma, su salud y vida eterna piden por ventura menos resolucion, y menos zelo? El amor propio ciega, el interés atolondra: no consultes á uno ni á otro. En nuestra religion no hay mas que una fe; con que tampoco puede haber mas que una doctrina. No se acomoda Dios con nuestros errores, cuando en ellos tiene tanta parte la voluntad como el entendimiento. No quieras lisonjearte en punto de tanta importancia.

2. *El camino que guia á la perdicion es ancho, y son muchos los que van por él.* ¿Acaso no te forjas tú un sistema de conciencia á tu antojo? ¿Siendo rigido y

severo con los otros, no reservas lo indulgente para tí? Esa vivacidad, ese ardor cuando se trata de cosa que te interese, esa disposicion à defender con el mayor empeño tus derechos, ¿no hacen un poco sospechosa tu moral? Esas fáciles dispensaciones en el ayuno, y quiera Dios no sean tambien en la abstinencia; esas diversiones tan frecuentes, esa continuacion en el juego, que parece lo tienes por oficio; ese refinamiento en los placeres, ese enfadoso estudio de tus propias conveniencias; esas sumas considerables que prestas á un interés excesivo; esa suntuosidad, esa delicadeza en la mesa; esas indulgentes interpretaciones de la ley; ese gran tren de profanidad, todo esto ¿acredita que vas por el camino estrecho? ¿no demuestra por el contrario que sigues el camino de los réprobos siguiendo el de la muchedumbre? Ves ahí mucha materia de exámen, y largo asunto para reflexiones; pero no se pase el dia de hoy sin que experimentes en tí mismo el fruto por medio de una pronta mudanza de vida.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Todo cuanto se dice, así en los propósitos como » en la meditacion, acerca de la moral relajada, y de » las *opiniones laxas, ó nimiamente indulgentes,* se » debe entender de las que verdaderamente lo son; » no de las que son verdaderamente probables y be» nignas, segun las reglas de la verdadera probabi» lidad, que enseñan comunmente los teólogos ca» tólicos, y tiene permitidas la santa Iglesia. »

DIA SÉTIMO.

EL BEATO HERMAN, LLAMADO JOSÉ, DEL ÓRDEN PREMONSTRATENSE.

El bienaventurado Herman, apellidado José, tan conocido por su tierna devocion á la santísima Vírgen, fué de nacion aleman, de familia honrada, en un tiempo bastantemente opulenta, pero reducida despues á una escasa mediania de fortuna. Nació en Colonia hácia el fin del siglo duodécimo, y su educacion se resintió del triste estado de su casa, porque no fué la mejor; pero el niño Herman fué prevenido con grandes bendiciones del cielo casi desde la cuna.

No se descubrieron en él aquellos defectos que son tan comunes en la niñez. Era manso, apacible, dócil, y todas sus inclinaciones tan naturalmente propensas á la piedad, que parecia haber ya nacido formado para la virtud.

Anticipóse al uso de la razon la singular devocion que profesó á la santísima Vírgen. Aun no tenia siete años, cuando huyendo de los divertimientos propios de aquella edad, se retiraba secretamente á una iglesia dedicada á la Reina del cielo, y allí pasaba todo el tiempo que los demás niños empleaban en holgarse. Postrado á los piés de una imágen de la madre de Dios, unas veces hablaba con la madre, y otras con el hijo, con aquel candor y con aquella santa sencillez que inspira el Señor á las almas inocentes.

Con esta devota simplicidad presentaba muchas veces á la Vírgen y al niño Jesus las flores y la fru-

que le daban, instándoles con piadosa importunidad que admitiesen aquella corta demostracion de cariño. Así el hijo como la madre se agradaban mucho de aquella inocente candidez; y se asegura que Dios lo acreditó con diferentes milagros.

Fué uno muy particular la ternura con que la santísima Vírgen correspondia á los amores del inocente niño Herman. Aparecíasele muchas veces en la iglesia, y colmándole de dulzuras celestiales, le instruia por sí misma, y aun le socorria con algunas cosillas que habia menester, como lo declaró el mismo Herman poco tiempo antes de morir.

Aun no habia cumplido los doce años, cuando fué admitido en el monasterio de Steinfeldt, del órden Premonstratense; y mientras tuviese edad para tomar el santo hábito, le enviaron á Frisia para que estudiase en una casa de la órden. Hizo admirables progresos así en las ciencias como en la virtud, creciendo esta al mismo paso que los años. Vuelto á Steinfeldt, le hicieron refitolero. Pero como este oficio le dejase poco lugar para atender á sus ordinarias devociones, estaba desazonado con él. Apareciósele la santísima Vírgen, y le reprendió diciéndole: *Acuérdate, hijo, que tu primera obligacion es la obediencia. Todas esas devociones voluntarias muchas veces son frutos del amor propio. Nunca agradarás mas á mi hijo y á mí, que cuando te dejares gobernar únicamente de la santa obediencia. ¿No es grande honra y grande dicha tuya el servir á tus hermanos? La caridad encierra en sí todas las demás virtudes.* Hizo tanto fruto esta leccion, que en adelante en ninguna cosa hallaba gusto nuestro Herman sino en obedecer; y cuando se atravesaban los favores del cielo con las obligaciones del oficio, dejaba aquellos por estas.

Seria cosa larga apuntar, cuanto mas referir individualmente las singulares dignaciones de la santísima

Virgen con este su fidelisimo siervo. Apariciones frecuentes, conversaciones familiares, proteccion muy especial, dones, privilegios, beneficios; en fin, todas aquellas gracias con que esta benignisima Señora honra algunas veces á las almas mas privilegiadas y avorecidas, todas eran muy ordinarias en Herman José. Un religioso premonstratense, confidente suyo, que escribió su vida, asegura con ingenuidad que á él mismo se le harian increibles, si no hubiera sido testigo de ellas.

A la verdad, ningun devoto de esta Señora parece que pudo amarla con mayor ternura, ni venerarla con mayor zelo y mas profundo respeto. Solo con ver una imágen de la Virgen se quedaba estático y arrobado. Siempre que pronunciaba su dulcísimo nombre, se postraba en tierra por respeto; y ha asegurado que sentia entonces dulzuras espirituales muy superiores á todo lo que pueden gustar los sentidos ni concebir la imaginacion.

Por su inocentísima vida, por su amor á la Reina de los ángeles, y por su singular castidad, comenzaron los religiosos á darle el nombre de José. El se resistia á admitirlo, diciendo que era profanar un nombre tan santo aplicarlo á quien no tenia ninguna de las virtudes del santo patriarca; pero habiéndosele aparecido la Virgen, y habiéndole dado á entender que aquel nombre le convenia, lo retuvo hasta la muerte.

Fácil es de comprender de qué medios se valió para merecer del cielo tantas y tan singulares gracias y favores, que contribuyeron mucho á su santificacion. Pudiérase asegurar que la humildad fué el carácter y el distintivo de este gran siervo de Dios, segun el bajo concepto que tenia de sí mismo. Su vida fué un prodigio de penitencia. Casi nunca comia mas que pan y agua; sus vigilias eran continuas; y cuando

se veia precisado á tomar algun descanso, se echaba sobre unos manojos de sarmientos, sirviéndole una piedra de cabecera. Decia que esta vida era tiempo de mortificacion, y que estaria inconsolable si se le pasase un solo momento sin padecer algo. Llegó á tener algun escrúpulo de haber excedido á sus fuerzas los piadosos rigores que arruinaron su salud.

Pero las penitencias voluntarias no fueron las que únicamente ejercitaron su paciencia; para templar la satisfaccion que le podian causar los extraordinarios favores que recibia del cielo, y tambien para purificar mas su virtud, permitió el Señor que fuese inquietado y humillado con prolijas y molestas tentaciones, afligiéndole al mismo tiempo con diversas enfermedades corporales que le redujeron á un estado digno de compasion, y sirvieron no poco para que se hiciese admirar su perfecta resignacion á las disposiciones del cielo, y su invicta tolerancia.

Ordinariamente se aumentaban sus penas interiores y sus dolores en las vísperas de las grandes festividades; disponiéndole Dios de esta manera para que recibiese las extraordinarias gracias con que solia favorecer á aquella inocente alma en semejantes dias. En la vigilia de Navidad se vió reducido á tan lastimoso estado, que se creyó habia llegado ya su última hora, cuando de repente á media noche se halló curado milagrosamente, y pudo asistir á maitines y á la misa.

Profesaba singular devocion á santa Ursula y á sus compañeras, en cuya honra compuso algunas devotas canciones; y no paró hasta conseguir algunas reliquias suyas para su monasterio. Pero en la devocion al santísimo Sacramento se excedia á sí mismo; explicándose ordinariamente sus frecuentes visitas, sus continuas adoraciones y los devotos ejercicios que hacia para venerarle, en amorosos éxtasis y deliquios.

Desde que se vió elevado á la dignidad del sacerdocio, únicamente le ocupaba la majestad del divino sacrificio; el fuego que arrojaba su semblante mientras celebraba la misa, hacia conocer el ardor que abrasaba interiormente su corazon. Solo con verle en el altar se avivaba la fe de los circunstantes; siendo indicio las lágrimas abundantes que derramaban sus ojos, de las dulzuras interiores que inundaban su alma.

Por tres dias enteros se le vió arrobado en éxtasis. Compuso una exposicion sobre los Cantares, cuyos sublimes pensamientos acreditan bien la divina luz que recibia del cielo en la íntima comunicacion con el Señor. Ya habia muchos años que este fiel siervo de Dios, consumido de penas interiores y de dolores corporales, estaba tan débil, que al parecer vivia de milagro, cuando quiso en fin el Señor recompensar sus trabajos.

Hacia el fin de la cuaresma desearon mucho ver al bienaventurado Herman José las religiosas bernardas de un monasterio no muy distante del de Steinfeldt; y aunque al abad le costaba repugnancia dejarle salir, no pudo negarse á las instancias de las monjas. Luego que llegó el santo al convento, con el mismo báculo que llevaba trazó el hoyo para su sepultura. Sabiendo que le restaban pocos dias que vivir, dobló su fervor, y se dedicó á consolar á aquellas religiosas con el mayor zelo y caridad. El tercer dia de Pascua, sintiéndose extraordinariamente debilitado, solo pensó en disponerse para la muerte con tiernos y continuos coloquios con Dios y con la santísima Vírgen, estando casi siempre estático y arrobado. Finalmente, el jueves de la semana de Pascua del año 1233, aquella inocente alma, colmada de tantos favores del cielo, dotada del don de profecía y de milagros, fué á recibir del Padre de las misericordias y del Dios de todo consuelo el premio debido á su fidelidad y á su ino-

cencia. Enterraron su cuerpo en aquel propio sitio que él mismo habia trazado; pero el abad y religiosos de Steinfeldt, no pudiendo sufrir verse privados de aquel tesoro, alcanzaron licencia del arzobispo de Colonia para trasladarle á su monasterio; hallándose incorrupto y entero el santo cuerpo despues de siete semanas, cuando se hizo esta traslacion, la que quiso el Señor acompañar con gran número de milagros. Desde luego se puso su nombre en los martirologios y calendarios en el dia 7 de abril, y poco despues se comenzó á celebrar su memoria con fiesta y oficio eclesiástico en la órden premonstratense, y en varios lugares del arzobispado de Colonia. El año de 1628 se comenzaron á formar nuevos procesos para su canonizacion á instancias del emperador Ferdinando II, y á solicitud del arzobispo elector de Colonia Ferdinando de Baviera. Algunas reliquias del beato Herman José, ricamente engastadas, se veneran públicamente en Colonia, en la abadía del Parque junto á Lobaina, en la de Tongerio, en la cartuja de Colonia, y en la abadía de san Miguel de Amberes; pero la mayor parte de su cuerpo se conserva en Steinfeldt.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Africa, la fiesta de los santos mártires Epifanio, obispo, Donato, Rufino y otros trece.

En Sinope, en la provincia del Ponto, doscientos bienaventurados mártires.

En Cilicia, san Caliopo, que despues de sufrir varios tormentos en tiempo del prefecto Máximo, fué crucificado cabeza abajo, y honrado así con un glorioso triunfo.

En Nicomedia, san Ciriaco y otros diez mártires.

En Alejandría, san Pelusio, presbítero y mártir.

En Roma, san Hegesipo, el cual, en los tiempos

inmediatos á los Apóstoles, vino á Roma á visitar al papa Aniceto, y allí permaneció hasta el pontificado de Eleuterio. En este intermedio compuso la *Historia Eclesiástica* desde la pasion de nuestro Señor hasta su tiempo, escribiéndola sencillamente, para pintar hasta en el estilo el carácter de aquellos cuya vida imitaba.

En Verona, san Saturnino, obispo y confesor.

En Siria, san Afraates, anacoreta, que en tiempo del emperador Valente defendió la fe católica contra los Arrianos con la eficacia de sus milagros.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion propia del santo, segun se reza en Steinfeldt, es la siguiente:

Deus, qui beatum Hermanum Joseph, confessorem tuum, adeò benedictionibus dulcedinis prævenisti, ut à pueritia creberrimis gloriosæ virginis Mariæ visitationibus et alloquiis frui mereretur; præsta, ut innocentis et sanctæ vitæ ejus vestigiis insistentes, ad cœlestem patriam, in qua gloriosus exsultat, securi perveniamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que preveniste con tantas bendiciones de dulzura á tu confesor el bienaventurado Herman José, que desde su tierna infancia mereció ser regalado con muy frecuentes visitas y familiares conversaciones de la vírgen María; concédenos que imitando la inocencia y santidad de su vida, lleguemos con seguridad á la patria celestial, donde goza de la eterna gloria. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 de la del apóstol san Pablo á los Gálatas.

Fratres: Fructus Spiritus est charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia,

Hermanos: El fruto del Espíritu es la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe,

castitas, Adversùs hujusmodi non est lex. Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus. Non efficiamur inanis gloriæ cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes.

la modestia, la continencia, la castidad. Contra estas cosas no hay ley. Y los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias. Si vivimos por espíritu, caminemos tambien por espíritu. No seamos avarientos de vanagloria provocándonos mutuamente, y teniendo envidia unos de otros.

NOTA.

« Desde Licaonia pasó san Pablo á Galacia el año » del Señor de 51, y allí predicó la fe de Cristo con » tanto fruto, que no obstante la natural rusticidad y » grosería de aquellos pueblos, desde luego se mos» traron los mas zelosos cristianos. Pero habiendo » sembrado entre ellos mala doctrina algunos » pseudo-apóstoles y falsos hermanos, les escribió el » Apóstol esta carta en la que muestra un extraor» dinario zelo á causa de la grandeza del mal. Escri» bióla el año 55 ó 56 del nacimiento de Cristo. »

REFLEXIONES.

Fructus autem Spiritus est charitas, gaudium, pax, patientia, etc. Los frutos del Espíritu son la caridad, la alegría, la paciencia, la mansedumbre, la bondad, la longanimidad, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. No se ven estos frutos en el mundo, porque solo se vive en él segun la carne. La caridad es poco conocida; la alegría interior está desterrada; la paciencia es forastera, la mansedumbre es artificial; y las demás virtudes solamente son conocidas por el nombre. Estos preciosos dones son frutos de una vida espiritual, esto es, de una vida verdaderamente cris-

tiana : solamente los gustan las almas puras, las personas sólidamente devotas.

¿Cuándo tendrán á bien los mundanos convenir en esta verdad, y dejar á la virtud aquel aire risueño y apacible que le es tan natural? ¿Cuándo dejarán de desacreditar por la falsa idea que forman de su aspereza, aquella alegría pura y llena que es su distintivo? ¿Cuándo dejarán de desfigurarla por los impropios rasgos y groseros colores con que la pintan, por las negras sombras con que la presentan? No hay cosa mas risueña que su aire, ni cosa mas apacible ni mas amable que sus modales.

Cuando reina en una alma la virtud, reinan en ella la alegría, la paz, la paciencia, la mansedumbre, el agrado, la bondad y la caridad. ¿Qué cosa podrá turbar la serenidad de un espíritu iluminado con la gracia del Señor, ni la calma de un corazon que tiene dominadas sus pasiones? De aquí nace aquella igualdad inalterable, aquella mansedumbre y bondad que el mundo no conoce.

Pero por mas qúe se clame que no es tan áspero como se pinta el país de la virtud, todavia se obstina el mundo en creer que en él nacen las espinas debajo de los piés, y que el camino que conduce á esta region es impracticable. Los que la conocen bien aseguran que es tierra de promision, que produce abundantes y suavísimos frutos; pero los que están preocupados de la aprension contraria, insisten en que el aire es contagioso, y que es una tierra infestada de monstruos y de fieras. Con esto se espantan los sentidos, se acobardan y se retiran tantas personas.

Pero, Dios mio, aunque costara mucho ser hombre de bien, ¿hay otro partido que tomar para quien tiene fe? Y si cuesta mucho mas el no serlo, ¿que excusa podemos alegar? ¿Qué locura la del hombre que á propio intento no quiere ser virtuoso?

Si las espinas que se encuentran en el camino de la virtud no punzan en la realidad, si en cualquiera otro camino se encuentran mas, y son mucho mas penetrantes; si las cambroneras que le atraviesan dejan bastante espacio y muy acomodado; si los monstruos que se temen, son unos fantasmones que en acercándose á ellos se desvanecen; ¡qué dolor, qué desesperacion será para aquellas almas tímidas y delicadas, que estiman, que aman la virtud, pero que no se atreven á acercarse á ella temiendo mil trabajos y dificultades; al mismo tiempo que se entregan á las inquietudes, á las fatigas, á las pesadumbres en los caminos duros y difíciles del mundo, deslumbradas con la esperanza de una vida dulce y tranquila, que solamente puede hallarse en el servicio de Dios! Con razon dice el Apóstol, que no hay ley contra los que gustan los dulces frutos del espíritu. *Adversus hujusmodi non est lex*; esto es, que no necesitan de amenazas para cumplir con las obligaciones de la Religion y de su estado. No hay temor en la caridad, antes bien *la caridad perfecta destierra todo temor* (1), porque el temor lleva su pena consigo.

Los que son de Cristo, continúa el Apóstol, tienen crucificada la carne con todas sus pasiones y malas inclinaciones. ¿Pues qué mucho es que reine en ellos la caridad, la alegría, la paz, la mansedumbre y la paciencia? Si las pasiones están aprisionadas, si están como enclavadas en una cruz, no pueden inquietar al alma, no pueden turbarla la paz y la alegría.

El evangelio es del cap. 13 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Contendite intrare per angustam portam:

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Esforzaos á entrar por la puerta estrecha;

(1) I Joan. 4.

quia multi, dico vobis, quærent intrare, et non poterunt. Cùm autem intraverit paterfamilias, et clauserit ostium, incipietis foris stare, et pulsare ostium, dicentes : Domine, aperi nobis : et respondens dicet vobis : Nescio vos unde sitis.

porque os aseguro que muchos buscarán entrar, y no podrán. Y cuando haya entrado el padre de familias, y haya cerrado la puerta, comenzaréis, estando á la parte de afuera, á llamar, diciendo : Señor, ábrenos; y él os responderá y dirá : No os conozco, ni sé de donde sois.

MEDITACION.

DEL CAMINO DE LA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que de solo el Salvador del mundo podemos aprender cual es el verdadero camino de la salvacion. Cualquiera otro maestro nos descaminará. No hay otro camino para el cielo que el que él trazó y todos los santos siguieron. ¿Cuál es, pues, este camino recto y seguro que lleva à la vida? Un camino angosto y apretado para el amor propio y los sentidos, donde se ahoga la vivacidad de las pasiones, donde nacen las cruces naturalmente, y se despoja el hombre viejo de los malos hábitos. Es una moral que nunca fué del gusto de los mundanos, porque condena sus diversiones y sus máximas.

El camino de la salvacion es camino de penitencia y de humillacion : en él se abate el alma hasta su nada; piérdense de vista aquellas alturas que están cubiertas de nieblas ó de nieves; camínase al abrigo de una apacible sombra, y no se halla otra comida que el fruto de la cruz que da una salud perfecta al alma.

Es una moral que reprime la orgullosa libertad del entendimiento, poniendo freno al licencioso desórden

del corazon; que aprieta extrañamente á la concupiscencia, reduce á muy estrechos límites al interés, y arregla las costumbres segun las puras máximas del Evangelio. Esta moral no entiende lisonjear á nadie, ni mucho menos sabe que es acepcion de personas; no confunde los estados, las edades, ni las condiciones; pero guardando la debida proporcion, todo lo gobierna por un mismo sistema. La modestia en el traje, la frugalidad en la comida, la moderacion en los proyectos, la afabilidad y la igualdad en el trato y en el genio, son los principios invariables de esta moral. En todo se lleva la primacía la humildad cristiana; en todo reina la caridad, la devocion y la paciencia.

¡Ah, Señor, y qué diferentes son vuestros caminos del que nosotros seguimos! y ¡qué poco se conforman nuestras costumbres con los principios de vuestra moral! Pero si cualquiera otro camino lleva á la perdicion, si no debemos seguir otra guia que á vos, si cualquiera otro sistema de conciencia es falso y engañoso, si cualquiera otra máxima es error, si cualquiera otra senda nos descamina; ¿cuál será el paradero de tantas almas como van por el camino ancho, y tienen por muy estrecho el único que guia al cielo? ¡Buen Dios! ¿cuál será el paradero de los mundanos y de todos los que siguen las máximas del mundo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay mas que una sola religion verdadera, una sola fe, un solo Evangelio, una sola doctrina, y consiguientemente un solo camino para el cielo. Esta es aquella puerta estrecha; este es aquel desierto por donde es preciso pasar para entrar en la tierra de promision. Si en él se encuentran mares que atravesar, es necesario pasarlos sin ser sumergidos en

las ondas; si se hallan barrancos, es menester saltarlos; si salen al encuentro enemigos, es preciso combatirlos y vencerlos.

El camino de la salvacion es estrecho, pero no puede ensancharse: cualquiera otro mas espacioso, mas llano y mas trillado, desvía del término. La moral de Jesucristo oprime al amor propio, y descontenta á los sentidos; pero cualquiera otra mas acomodada engaña y envenena. Por algo manda el Salvador á todos los cristianos que se hagan violencia si han de entrar en el reino de los cielos, que se esfuerzen á entrar por la puerta angosta: *Contendite intrare non angustam portam*.

Pero ¿cuál será el paradero de aquellos mundanos, que se estremecen á solo el nombre de mortificacion y de violencia; y el de aquellas damas delicadas que ignoran lo que es penitencia y mortificacion? ¿Cuál será el de aquellas personas religiosas que, olvidadas ya de sus primeros fervores, viven con tibieza y aun con relajacion; y el de aquellos ministros del Señor que siguen tan poco su doctrina?

¡O mi Dios, cuántos y cuántas van muy desviados del camino de la salvacion! A vista de esto, ¿será maravilla que tantos se pierdan? Propónenseles los mas esenciales mandamientos de la ley; pero ¡cuántos claman inmediatamente por la dispensa! No parece sino que la doctrina de Jesucristo está ya anticuada, que no se hizo para los cristianos de este tiempo; poco falta para que se piense que la moral del Evangelio es contra toda razon. El corto número todavía se esfuerza á entrar por la puerta angosta; mas ¡oh, y qué corto es este número! La muchedumbre busca camino mas espacioso y mas llano: ¿y no seré yo quizá de esa muchedumbre? No pocos son los que se afanan por descubrir algun camino medio; pero este camino los lleva al precipicio.

¡Y despues de esto nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos!

¿Tenemos por ventura otra guia que el mismo Jesucristo, ni podemos tener otro maestro? ¿se puede apelar de sus sentencias, ni de sus decisiones á otro tribunal? ¿se espera acaso que algun dia se puedan reformar sus oráculos? Uno de ellos es, *que el camino del cielo es estrecho; que no hay otro camino; que es menester esforzarse á entrar por él; que el reino de los cielos se gana á viva fuerza.* Hombres de mundo, idólatras de los placeres, gritad cuanto quisiereis contra esta doctrina; apelad de esta sentencia: ¿pero adónde?

¡O mi Dios, y cuánto tiempo ha que estoy andando, y acaso que estoy andando fuera del camino de la salvacion! Por buscar el mas espacioso, me he descaminado. El dia va cayendo, y acaso estoy ya muy cerca del término de mi jornada. Pero pues ya conozco mi descamino por vuestra misericordia, haced que me aparte de él, y que entre en el camino real; esto es lo que ayudado de vuestra divina gracia voy á hacer desde este mismo dia.

JACULATORIAS.

Erravi, sicut ovis quæ periit: quære servum tuum, quia mandata tua non sum oblitus. Salm. 118.

Erré, Señor, y descaminéme como una pobre oveja descarriada; pero vos, mi Dios, como buen pastor, buscadme, y reducidme al aprisco, porque resuelto estoy á no perder mas de vista vuestra santa ley.

Viam iniquitatis amove à me: et de lege tua miserere mei. Salm. 118.

Alejadme, Señor, del camino de la iniquidad; y usad de misericordia conmigo haciéndome gustar vuestra doctrina.

PROPOSITOS.

1. El dia de hoy se gusta mucho de teólogos condescendientes; búscanse profetas que hablen siempre á gusto de nuestro paladar. Hablar á muchas gentes como habla Jesucristo, es rigidez, es una moral que toca en rigorismo. Las voces de mortificacion, abnegacion y penitencia ya no se usan; á lo mas se oyen como un lenguaje de antaño, como una jerigonza que se habla solo en los claustros. Con todo eso, este es el lenguaje ordinario de Jesucristo, que no es capaz de envejecerse ni de antiguarse. ¿Y no serás tú uno de aquellos espíritus mundanos, disgustados con las máximas del Evangelio, que no solo echan menos los groseros manjares de Egipto, sino que se alimentan de ellos aun en el mismo desierto? Díme: ¿vas por el camino angosto? ¿no sigues sendas torcidas, cuando buscas una moral acomodada y laxa? Coteja el camino que sigues con el que siguieron los santos. ¿Por qué motivo escogiste á ese confesor mas que á otro? ¿no es acaso porque condesciende contigo, con tu genio, con tus inclinaciones, con tus pasiones? Es muy de tu gusto su condescendencia; pero ¿será igualmente muy de tu provecho? ¿Tus costumbres, tus diversiones, tu mesa, tus muebles, tu comercio, tu conducta, acreditan acaso que sigues el camino de Jesucristo, que vas por la senda estrecha? Examínate acerca de un punto tan importante; no dilates la enmienda, y suplica encarecidamente á tu confesor que nada te perdone, que en nada te lisonjee.

2. Muchos claman contra la moral que ellos llaman relajada, y no por eso tienen vida menos licenciosa. Predican la que llaman austera, y practican la relajada; quieren que otros sigan el camino estrecho, y ellos van por el ancho. Ya condenó Cristo á estos fariseos. Predica, reprende, corrige mas con

tus ejemplos que con tus palabras. Siendo tan severo con los otros, no seas tan indulgente contigo propio. Entra el dia de hoy dentro de tí mismo, y examina qué prueba has dado de ir por el camino estrecho. ¿No te dispensas en máxima alguna del Evangelio; en los ayunos, limosnas, sacrificios, observancia regular, delicadeza de conciencia, modestia? La práctica de las máximas del Evangelio muestra el camino de la salvacion.

DIA OCTAVO.

SAN DIONISIO, OBISPO.

Entre los prelados eminentes que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia, fué uno san Dionisio, obispo de Corinto, á quien elogian los escritores antiguos por su zelo apostólico, por su vasta erudicion, y por su singular gracia en la predicacion de la palabra de Dios. Tan infatigable en sus tareas, que no satisfecho con surtir con los abundantes pastos de su celestial doctrina á los pueblos que encomendó Dios á su cuidado, participaba el fuego y luz de su caridad é ilustracion á otras muchas ciudades y provincias, no solo contiguas, sino distantes.

Eusebio de Pamfilia, en el libro cuarto de su historia eclesiástica, tratando con extension de las cosas que ocurrieron dignas de eterna memoria desde el año 161 hasta el de 180 de nuestra era cristiana, entre otros insignes escritores que florecieron por aquel tiempo, cuyos libros llegaron á su edad, confesando que en ellos se contenia la sincera doctrina de la verdadera fe y tradicion apostólica, celebra á nuestro santo en grande manera, no solo por su zelo

en el desempeño de las funciones episcopales, haciendo participantes de sus trabajos á otras provincias, sino por las sabias cartas que dirigió á diferentes iglesias, alentándolas á conservar en su pureza el sagrado depósito de la fe, y á resistir las violencias de las herejías, enseñándolas además varios puntos utilísimos de disciplina eclesiástica.

El mismo historiador cita con elogio la que escribió á la iglesia de Lacedemonia, que es una instruccion de la recta fe, y una nerviosa exhortacion para conservar la paz y concordia; la que dirigió á la de Atenas, en que excita á los fieles á guardar la fe que profesaron, y á seguir la vida segun los preceptos del Evangelio, sobre lo cual les reprende su negligencia, porque se habian separado algun tanto de la Religion, despues que su obispo Dublio padeció martirio, recordándoles los desvelos que costó á su prelado Quadraso el congregarlos de nuevo en el gremio de la Iglesia, y poniéndoles á la vista el ejemplar de san Dionisio Areopagita, su primer obispo, convertido por el apóstol san Pablo; la que escribió á la iglesia de Nicomedia, en la que impugna con grande erudicion la herejia de Marcion, previniéndoles se adhieran con firmeza á la regla de la verdad; la que envió á las iglesias de Creta, donde sobre elogiar la fe y zelo de su obispo Filipo, les amonesta que se precavan de los fraudes é industria de que se valen los herejes para introducir sus errores; la que dirigió á las iglesias del Ponto, suministrándoles en ella una sabia exposicion de las santas escrituras, instruyéndolas en varios puntos sobre nupcias y castidad, y mandándolas recibir benignamente á los que regresen al gremio de la Iglesia verdaderamente arrepentidos de cualquiera caida, aunque sea en la herejía; la que escribió á los Gnenesios, dándoles las mas sabias instrucciones de perfecta doctrina; y la que dirigió á

los Romanos, en tiempo de san Sotero papa, elogiando la caridad con que los sumos pontífices habian socorrido desde el principio de nuestra santa religion á todas las iglesias pobres, y testificándoles que en señal de la veneracion que profesaba á los vicarios de Jesucristo, acostumbraba leer sus cartas en pié en los dias dominicos.

Todos estos escritos, dignos del mayor aprecio, como de un varon tan inmediato á los tiempos apostólicos, hicieron celebérrima la memoria de san Dionisio, el cual murió lleno de gloria por los años 180, segun nos instruyen los menologios griegos. Su cuerpo fué trasladado, mucho despues de su muerte, desde el Oriente á Roma, y de aquí al monasterio de San Dionisio de Paris, por concesion de Inocencio II á Emercio, prior de aquella célebre casa, segun consta de su breve especial, dado en Roma á 7 de enero del año de 1215, diez y ocho de su pontificado.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Refiérese en el segundo libro de los Macabeos (1) que Judas, aquel no menos valiente que piadoso caudillo del pueblo de Dios, despues de haber tomado y saqueado á Jamnia, marchó con tres mil infantes y con cuatrocientos caballos á atacar á Gorgias, gobernador de Idumea. Habiendo venido á las manos los dos ejércitos, quedaron muertos en el campo algunos pocos judios, y viendo Judas que acobardados los suyos se iban retirando, recurrió al Señor de los ejércitos, y clamando al cielo con himnos y con cánticos, consiguió una completa victoria. Despues de haber dado gracias á Dios, y celebrado el dia del sábado en

(1) Cap. 12.

la ciudad de Odollan, volvió al campo de batalla, y recogió los muertos para enterrarlos en el sepulcro de sus padres. Pero todo el ejército macabeo quedó sorprendido al encontrar entre las túnicas de los que habian muerto en el combate, algunas cosas que habian pillado en los templos de Jamnia, como eran piezas de plata y oro, y otras alhajuelas que los gentiles habian consagrado á sus ídolos en aquellos templos; lo que era expresamente contra la ley: *Nec inferes quidpiam ex idolo in domum tuam* (1). Todos conocieron claramente que esta habia sido la causa de su muerte; y adorando los altos juicios del Señor, que habia descubierto lo que se habia intentado ocultar, se pusieron todos en oracion, suplicándole se dignase olvidar aquel pecado, porque todo el ejército estuvo á pique de perecer por la falta de esos pocos delincuentes. Valióse de esta ocasion el piadoso general para exhortar al pueblo á la mas pura observancia de la ley, pues tenia delante de los ojos el rigor con que habia castigado Dios la inobservancia de sus hermanos y compañeros.

No dudaban los Judíos que habia ciertos pecados cuya pena podia perdonarse á los difuntos en la otra vida, especialmente cuando los vivos se interesaban por dicha remision, ofreciendo para conseguirla oraciones y otras obras satisfactorias. De estas obras de misericordia hechas en favor de los difuntos habla Tobías, cuando aconseja á su hijo que ofrezca su pan y su vino sobre la sepultura del justo: *Panem tuum, et vinum tuum super sepulturam justi constitue* (2); pero que se guarde bien de comer este pan y beber este vino en compañía de los pecadores: *Et noli ex eo manducare et bibere cum peccatoribus.* Esta suerte de convites que se hacian desde entonces en los funerales, eran convites de caridad, ó mas bien limosnas

(1) Deut. 7. — (2) Tob. c. 4, v. 18.

que se hacian á los pobres por via de sufragio por el alma del difunto.

Con el mismo espíritu y por el propio motivo, los vecinos de Jabes de Galaad ayunaron siete dias despues de la muerte de Saul y de Jonatás : *Sepelierunt in nemore Jabes, et jejunaverunt septem diebus* (1); y por la misma razon el piadoso general macabeo, habiendo hecho una colecta, ó demanda, en que recogió de limosna doce mil dracmas de plata, que corresponden á diez y ocho mil y cuatrocientos reales de nuestra moneda, las envió á Jerusalen para que se ofreciesen en sacrificio por los pecados de los que habian muerto : *Misit Hierosolymam offerri pro peccatis mortuorum sacrificium.*

Es pues evidente que era práctica inconcusa de los Judíos, autorizada por los profetas y por los hombres mas santos de la ley antigua, hacer oraciones y limosnas, y ofrecer sacrificios por los difuntos que habian muerto en gracia : por lo que añade el sagrado historiador que el piadoso general macabeo consideraba estar reservada en la otra vida una gran misericordia para los que habian muerto sin la mancha del pecado : *Considerabat quòd hi qui cum pietate dormitionem acceperant, optimam haberent repositam gratiam.*

No ignoraba Judas que aquellos soldados, violando un precepto tan expreso de la ley de no reservar para sí cosa alguna de las que estuviesen consagradas á los ídolos, habian cometido una especie de sacrilegio. Pero pudo piadosamente presumir que, arrepintiéndose de este pecado antes de espirar, pedirian perdon á Dios; ó que puramente se moverian á quitar á los ídolos aquellas alhajas, como simples despojos de la guerra, sin pasarles por el pensamiento especie alguna de idolatría; ó que sin pensar en llevarlas á sus casas, tendrian ánimo de entregarlas al general

(1) Reg. 31.

despues de la batalla, para que fundidas se repartiesen entre todo el ejército. En fin, ó la parvidad de la materia, como dice un moderno expositor del viejo Testamento, ú otras circunstancias que ignoramos, pudieron mover á aquel prudente y piadoso general á hacer juicio que no habia sido culpa grave la que habian cometido. Y por otra parte, habiendo muerto en defensa de la verdadera religion y del santo templo, podia creer piadosamente que antes de su muerte les haria Dios la gracia, ó á todos, ó á algunos de ellos, de que se reconociesen, castigándolos en esta vida para perdonarlos en la otra: *Sancta ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur*. Como quiera que sea, concluye el historiador sagrado, es santo y saludable el pensamiento de rogar á Dios por los difuntos, para que se les perdone en la otra vida la pena de los pecados que cometieron en esta.

Tal fué siempre la creencia de los fieles del Testamento antiguo; y tal fué invariablemente la fe de la Iglesia católica en el nuevo Testamento, como se evidencia por las palabras del mismo Jesucristo, por el testimonio de los concilios, por el unánime consentimiento de los santos padres, y por la irrefragable autoridad de una tradicion inmemorial.

Al que hablare contra el Espíritu Santo, dice el Salvador, *no le será perdonado este pecado, ni en este mundo, ni en el otro* (1). A los herejes que niegan, dice san Bernardo, que hay purgatorio en la otra vida: *Non credunt ignem purgatorium restare post mortem*, encargarles que pregunten al que dijo que hay un pecado que no se perdona en esta ni en la otra vida; ¿cómo se explicó tan mal, si es que no hay purgatorio en el otro mundo? *Quærant ergo ab eo qui dixit, quoddam peccatum esse quod neque in hoc sæ-*

(1) Matth. 12.

culo, neque in futuro remitteretur, cur hoc dixerit, si nulla manet in futuro remissio, purgatiove peccati (1)?

El Apóstol habla de la misma manera que su divino Maestro. Si los muertos, dice, no han de resucitar, ¿á qué fin bautizarse por ellos? *Si omninò mortui non resurgunt, ut quid et baptizantur pro illis* (2); esto es, como expone san Efren, ¿á qué fin hacer buenas obras y ayunar por los difuntos, si no esperan resurreccion en la otra vida (3)? Y san Cipriano por nombre de bautismo entiende algunas veces las lágrimas de la penitencia: *lacrymis se baptizat* (4): en cuyo sentido decia el Salvador á los hijos del Zebedeo: *¿Podréis beber el cáliz que yo tengo de beber, y bautizaros con el bautismo con que yo he de ser bautizado* (5)?

Los mas antiguos concilios hablan siempre de las oraciones y de las misas que se ofrecen por los difuntos, como de obras de misericordia fundadas en la constante fe de toda la Iglesia. *Sacramentum altaris non nisi à jejunis hominibus celebretur*: No se celebre el santo sacrificio de la misa sino en ayunas, dice el concilio cartaginense del año 397, al que suscribió san Agustin. *Si autem aliquorum postmeridiano tempore defunctorum commendatio facienda est, solis orationibus fiat*: Pero si se quiere ofrecer á Dios alguna cosa por los difuntos despues de mediodia, sean oraciones, y cualquiera otra especie de sufragios, como no sean misas ó comuniones.

El concilio de Braga en Portugal, que se celebró el año 563, prohibe se hagan sufragios por los que voluntariamente se mataron á sí mismos con muerte violenta y deliberada. El de Vayson en el año de 529, el de Orleans en el de 533, y el de Chalons sobre el

(1) Hom. 16 in Cant. — (2) I. Cor. 15. — (3) Ephr. in suo Testam. — (4) Serm. de Cœn. Dom. — (5) Marc. 10.

Saona, encomiendan que en todas las misas se haga oracion por los difuntos : *Visum est*, dice el último, can. 39, *ut in omnibus missarum solemnitatibus por defunctorum spiritibus loco competenti Dominus deprecetur*; porque como no hay dia alguno en que no se deba rogar á Dios por nuestras necesidades particulares, tampoco le debe haber en que no se le pida en la misa por las benditas ánimas del purgatorio : *Ita nimirùm nulla dies excipi debet, quin pro animabus fidelium preces Domino in missarum solemnitatibus fundantur*. En todos tiempos ha observado la Iglesia esta piadosa costumbre, añade el mismo concilio : *Antiquitùs hunc modum sancta ecclesia tenet, ut et in missarum solemnitatibus, et in aliis precibus, Domino spiritus quiescentium commendet*. Y no solo de encomendar á Dios los difuntos en la misa, sino en todas las demás oraciones. Segun san Agustin, la iglesia católica hace oracion en general por todos los difuntos, para que aquellos que no tienen parientes ó amigos que hagan por ellos esta obra de misericordia, encuentren este socorro en las oraciones de esta madre comun de todos los fieles : *Dicente beato Augustino, non sunt prætermittendæ supplicationes pro spiritibus mortuorum, quas faciendas pro omnibus in christiana et catholica societate defunctis, etiam tacitis eorum nominibus, sub generali commemoratione suscepit ecclesia; ut quibus ad ista desunt parentes vel amici, ab una eis exhibeantur pia matre communi*. Estas son las palabras del concilio, en las cuales no hace mas que recomendar lo que san Agustin asegura ser práctica inconcusa y general de la Iglesia : *Hoc à patribus traditum universa observat ecclesia* (1).

¿Qué hace el sacerdote, pregunta san Dionisio, cuando ruega á Dios por los difuntos? *Precatur oratio illa divinam clementiam, ut cuncta dimittat per infir-*

(1) Serm. 32. de verb. Ap.

mitatem humanam admissa peccata defuncto, eumque in luce statuat et regione vivorum (1): Implorar la divina clemencia, para que por su infinita misericordia se digne perdonar las penas que corresponden á las culpas de los fieles difuntos, á fin de que, purificadas sus almas, sean admitidas á la claridad y á la dichosa region de los vivos.

Roguemos á Dios, dice san Gregorio Nazianceno, asi por nosotros mismos, como por aquellos que, mejor dispuestos que nosotros, pusieron fin á su carrera: *Et eorum qui quasi in via paratiores prius ad hospitium pervenerunt, animas commendemus* (2). Por eso, añade san Crisóstomo, no sin razon ordenaron los apóstoles que en el tremendo sacrificio se hiciese siempre mencion de los fieles difuntos; porque sabian bien el gran provecho que de esto se seguia: *Non temerè ab apostolis hæc sancita fuerunt, ut in tremendis mysteriis defunctorum agatur commemoratio; sciunt enim inde multum illis contingere lucrum, utilitatem multam* (3).

Rogamos en fin, dice san Cirilo, por nuestros hermanos difuntos, porque creemos que sus almas reciben un grande alivio con el santo sacrificio de la misa: *Denique pro omnibus oramus qui inter nos vita functi sunt, maximum credentes esse animarum juvamen, pro quibus offertur obsecratio sancti illius et tremendi sacrificii* (4). Y Eusebio refiere en la vida de Constantino el Grande, que este piadoso emperador mandó le enterrasen en la iglesia mayor, para lograr mas sufragios del mayor concurso de los fieles. San Epifanio cuenta entre las herejias de Arrio el haber negado que aprovechasen á los difuntos las oraciones, las limosnas y los sacrificios que se ofrecian por ellos.

(1) De Eccles. Hier. c. 7. — (2) Orat. in Cæs. — (3) Hom. 6. ad popul. Antioch. — (4) Ezech. 5 mystag.

Asegura Tertuliano (1) que los sufragios por los difuntos son de tradicion apostólica; y hablando de una viuda, dice que encomiende á Dios el alma de su marido, y que no deje de hacer todos los años un aniversario por ella : *Pro anima ejus oret, et refrigerium interim adpostulet ei..... et offerat annuis diebus dormitionis ejus* (2).

Establecieron nuestros predecesores, dice san Cipriano, que si alguno en su testamento nombrase por tutor ó por curador á un clérigo, no se hagan sufragios por su alma : *Episcopi antecessores nostri censuerant ne quis frater excedens ad tutelam vel curam clericum nominet : ac si quis hoc fecisset, non offerretur pro eo, nec sacrificium pro dormitione ejus celebraretur* (3).

San Paulino alaba mucho la piadosa accion de un jóven caballero romano, llamado Pamaquio, el cual, habiendo muerto su mujer, que era hija de la esclarecida santa Paula, juntó en la iglesia de san Pedro á todos los pobres que habia en Roma, y dió de comer caritativamente á aquellos verdaderos protectores de nuestras almas, haciendo esta limosna por sufragio y para alivio de la de su amada difunta.

En fin, san Agustin, en el libro que intituló *de la caridad con los fieles difuntos*, dice lo siguiente : Leemos en el libro de los Macabeos, que se ofreció un sacrificio en Jerusalen por las almas de los que habian muerto en la batalla; pero aunque nada de esto se leyera en la Escritura, bastaria la autoridad de la Iglesia para comprobar esta piadosa costumbre, pues vemos que siempre que el sacerdote celebra, hace conmemoracion de los difuntos : *In Machabæorum libro legimus oblatum pro mortuis sacrificium; sed etsi nusquam in scripturis veteribus legeretur, non parva*

(1) De coron. milit. — (2) Lib. de monogam. — (3) Lib. 1. epist. 9.

est universæ ecclesiæ quæ in hac consuetudine claret auctoritas, ubi in precibus sacerdotis quæ Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.

El sacrificio del altar, dice san Gregorio el Grande, aprovecha mucho á las ánimas del purgatorio: *Multum solet animas etiam post mortem sacra oblatio hostiæ salutaris adjuvare.* En una palabra, todos los padres griegos y latinos tienen el mismo lenguaje.

Parece que lo dicho debe bastar para mover á los fieles á socorrer con sus oraciones, limosnas, ayunos y sacrificios á las ánimas de aquellos que ciertamente no se olvidarán de sus caritativos bienhechores, cuando se hallen entre los bienaventurados. *Mortuo non prohibeas gratiam*, clama el Sabio (1): No niegues á los muertos esa sola gracia, ese solo bien que les puedes hacer, y que aquel padre, aquella madre, aquella esposa, aquel hermano, aquella hermana, aquel amigo están esperando de ti. ¿Y qué pensarán ahora los herejes de su error sobre un punto de fe tan evidente, y sobre una costumbre de la iglesia católica recibida sin intermision en todos los siglos? ¿Tendrán valor para decir con su jefe Calvino: Convengo en que fué práctica inconcusa de la Iglesia desde su primitiva institucion hacer oracion y ofrecer el sacrificio de la misa por los difuntos: *Usu receptum est*; pero se me antoja decir que todos los padres y toda la Iglesia se dejaron arrastrar de un groserisimo error: *Sed omnes fateor in errorem abrepti fuerunt* (2)? ¡Buen Dios, y qué extravagantemente se desbarra cuando se pierde la fe! ¿Es posible que unos hombres por otra parte de entendimiento y de juicio, no conozcan que ellos son los que yerran, ellos los que se pierden, ellos los que se precipitan siguiendo á tal maestro y á tal guia?

(1) Eccles. 7. — (2) Calv. lib. 3. Instit. cap 5.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandría, san Edesio, hermano del bienaventurado Afiano, el cual, en tiempo del emperador Maximiano Galerio, como criticase públicamente á un juez impío de que no tenia vergüenza en exponer á la prostitucion las vírgenes consagradas á Dios, fué preso por los soldados, y despues de horribles tormentos que sufrió con paciencia por Jesucristo, fué arrojado en el mar.

En Africa, san Genaro, martirizado en compañía de las dos santas mujeres Máxima y Macaria.

En Cartago, santa Concesa, mártir.

El mismo dia, la conmemoracion de los santos Herodion, Asíncrito y Flegonte, de quienes habla san Pablo en la epístola á los Romanos.

En Corinto, san Dionisio obispo, el cual con su erudicion y el don de la palabra que habia recibido de Dios, no solo enseñó las gentes de su ciudad episcopal y provincia, sino que tambien instruyó por sus cartas á los obispos de otras ciudades y provincias. Tenia tanto respeto á los romanos pontífices, que todos los domingos acostumbraba leer sus cartas públicamente en la iglesia. Floreció en tiempo de los emperadores Marco Antonino Vero, y Cómodo.

En Tours, san Perpetuo obispo, varon de admirable santidad.

En Ferentino en la campaña de Roma, san Redento obispo, de quien hace mencion el papa san Gregorio.

En Como, san Amancio, obispo y confesor.

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á

famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis, et regnas...

las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de vos. Que vivis y reinais...

La epístola es del cap. 14 del Apocalípsis.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias, oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« Ya se ha dicho en otra parte que el Apocalípsis » significa el libro de las revelaciones. San Jerónimo » dice que contiene tantos misterios como palabras, » y aun añade que cada palabra contiene muchos » misterios. Como en esta profecía se habla de las » persecuciones de la Iglesia, y de los crueles suplicios de los mártires; el capítulo 14 de donde se » sacó la epístola presente, muestra y hace visible lo » dichosa que es la muerte de los que mueren en el » Señor, aunque espiren al rigor de los mas horribles » tormentos. »

REFLEXIONES.

¿Será morir gloriosamente morir en el lecho del honor ó en la abundancia, cuando á la muerte se sigue una infamia eterna y un infierno sin fin? ¿De qué sirve á la hora de la muerte la triste memoria de los gustos pasados? Fiestas mundanas, diversiones mul-

tiplicadas, placeres exquisitos, prosperidad sin intermision, suntuosidad, magnificencia, ¡qué poca cosa pareceis á los ojos de un pobre moribundo! ¿Será gran consuelo pasar desde un magnífico palacio á la sepultura, desde una cama blanda á los infiernos, desde una numerosa corte á las llamas eternas? ¿Será feliz el que muere poderoso, estimado, temido, ó amado de todo el mundo, si se condena?

Beati, qui in Domino moriuntur. Este es el único secreto para ser feliz: esto solo vale mas que todos los tesoros del universo, todas las prosperidades de la vida, todas las grandezas del mundo: esta es la única felicidad que hay sobre la tierra; todas las demás son engaño, ilusion, fantasmas, puras quimeras. *Bienaventurados los que mueren en el Señor,* esto es, en su gracia y amistad: eso es morir rico, poderoso, lleno de honor, y colmado de gloria.

Mas que toda la vida haya sido taraceada de mil desgraciados contratiempos; mas que este puñado de dias que se han vivido haya sido una perpetua cadena de infortunios y de pesadumbres; mas que los trabajos hayan excedido al número de los dias, todo parece un sueño al que muere en el Señor. De nada de eso le resta entonces mas que una memoria muy superficial; comienza para él en aquel momento una felicidad llena y colmada: su alma va á ser inundada en un piélago de delicias y de consuelos; á los dias borrascosos y turbados de que ya apenas le queda memoria, van á suceder dias de calma, y de una calma imperturbable. ¡Qué idea tan consoladora! Muérese en el Señor, pues se muere para vivir. Esto sí que se llama hacer fortuna. ¿Qué es entonces de aquellos monarcas poderosos, que hicieron en el mundo tanto ruido? ¿de aquellas personas tan señaladas por sus bellas prendas de cuerpo y alma? ¿de aquellos hombres grandes que ocuparon las primeras

dignidades de la Iglesia y del Estado? ¿En qué pararon aquellos llamados dichosos, felices y afortunados en el mundo, si se condenaron? ¿y en qué paran todos aquellos que no mueren en el Señor? ¿Cuántos de los que leerán estas reflexiones merecerán esta tristísima suerte por no haberse aplicado á merecer la contraria? Para morir en el Señor, es preciso vivir y perseverar en la gracia del Señor.

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum : et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes : Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus : Amen, amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis : Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo, dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió : En verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

DE LA NECESIDAD DE PREPARARSE PARA LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la necesidad de prepararse para una santa muerte, es indispensable. No hay en el mundo

negocio tan importante como la muerte, no le hay mas dificultoso que una buena muerte, y mas en quien no se dispone para ella durante la vida. ¿Y hay tampoco negocio mas irreparable que el de una muerte infeliz? Con todo eso para ninguna cosa se preparan menos los hombres que para lograrla dichosa.

Si se muriera dos veces, seria menos imprudencia arriesgarse á morir mal una vez; podria repararse esta falta, haciendo penitencia á un mismo tiempo de una mala vida, y de una mala muerte. Pero no se muere mas que una vez sola, y la eternidad feliz ó desgraciada depende absolutamente de esta muerte.

Cuanto mas hemos trabajado para el cielo, cuanto mas santamente hemos vivido, mas interés tenemos en acabar la vida santamente, por no perder el fruto de tantos trabajos. Es verdad que una santa muerte es ordinariamente fruto de una santa vida; pero no es menos verdad que una muerte en pecado aniquila todos los merecimientos de la vida mas santa, y que todos los méritos de la mas santa vida no pueden asegurarnos una santa muerte. Y sin embargo, ¿se piensa mucho en esta muerte? Al ver nuestro descuido sobre un punto tan importante, pudiera parecer que no hay cosa mas fácil, ni tampoco mas comun que morir bien.

Si para morir bien bastara recibir los postreros sacramentos, besar con ternura un crucifijo, y derramar tal vez algunas lágrimas, acaso seria menos intolerable nuestra imprudencia. No siempre es muy dificultoso encontrar un confesor zeloso y hábil que nos asista en aquel último peligro; pero ¡cuántos hay que murieron con todos estos auxilios, y se condenaron! Morir cubierto de ceniza y de cilicio, morir rodeado de sacerdotes y de santos religiosos, es morir con edificacion; pero esto precisamente tampoco es morir

bien. Morir bien, es morir despues de haber borrado con la penitencia todas las manchas, todas las culpas de la vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de una fe viva, de una esperanza firme, de una caridad ardiente; es morir con un grande horror á todo lo que el mundo ama, con un amor de Dios sobre todo lo criado. ¿Y todo esto será muy fácil á quien amó tan poco á Dios durante la vida? ¿á quien se le pasó toda la vida casi sin pensar jamás en morir bien?

¡Cosa extraña! Si uno tiene que representar un triste papel en un teatro, ó que predicar un sermon en un púlpito, ó que hacer ostentacion de su habilidad y de su literatura en una cátedra, se previene por semanas, por meses, y tal vez por años enteros para salir con lucimiento, siendo asi que todo eso es de bien poca importancia. Pero ¡qué tiempo, gran Dios, se emplea en disponerse para morir bien, cuando este gran negocio pide no menos que todo el tiempo de la vida!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nunca puede ser demasiada la preparacion para una cosa que se hace una sola vez, cuando de hacerla bien esta sola vez pende nuestra felicidad eterna.

Si fuera cosa tan fácil lograr una buena muerte despues de haberse preparado tan poco para morir bien, muy necios hubieran sido los santos en disponerse á tanta costa, y en haber empleado en esta preparacion toda la vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oracion, y derramar tantas lágrimas? ¿A qué fin retirarse de toda comunicacion con el mundo para lograr una santa muerte, si pudieron morir santamente sin todas esas precauciones y sin ningun preparativo?

Aquel bizarro jóven, que en lo mejor de su vida

renuncia cuanto puede halagar á los sentidos y va á sepultarse vivo en un claustro, ¿qué fin lleva en una accion tan heróica, sino disponerse para morir bien? ¿Nos atreveríamos á no alabar, á no admirar su prudente, su acertada resolucion? ¡Y qué! mientras nuestros hermanos, nuestras hermanas, nuestros amigos pasan su vida en el retiro y entre los rigore de la penitencia, para disponerse á una santa muert y alcanzar la gracia de la perseverancia final; nosotros, metidos entre el tumulto del mundo, entregados á todos sus gustos y diversiones; nosotros en un olvido eterno de esta muerte, en una crasa ignorancia de todo lo que es disponernos para ella, ¿esperamos tranquilamente una muerte cristiana? ¿creemos estar preparados para morir, y para morir bien?

¿Hay cosa á que mas nos hubiese exhortado el Hijo de Dios, como quien preveia tan bien nuestra negligencia, que á esta preparacion?

Velad, porque no sabeis á qué hora ha de venir el Señor (1). *Estad siempre aparejados, porque en la hora que menos lo penseis, vendrá el Hijo del hombre* (2). *Lo que digo á vosotros, con todos habla; y así estad alerta: Quod autem vobis dico, omnibus dico : Vigilate* (3). Es menester estar prontos á cualquiera hora que el Señor llame á la puerta.

Ninguno hay que no convenga en que es necesaria alguna preparacion para morir bien: de aquí nace el miedo que se tiene á toda muerte repentina. Pero ¿qué efecto produce este temor? ¿á qué preparacion nos ha movido hasta el presente? Con todo eso puedo morir dentro de pocas horas. Tan poca seguridad tengo de vivir mañana, como de vivir de aquí á diez años. Si fuera hoy el postrero dia de mi vida, ¿estaria bien dispuesto para morir hoy? ¿no tendria algo que temer? Estremézcome con solo este pensamiento.

(1) Matth. 25. — (2) Luc. 12. — (3) Marc. 13.

Pero ¿quién me ha asegurado la vida ni aun de aquí á un cuarto de hora? Y si no comienzo á disponerme desde luego, ¡qué dolor! ¡qué desesperacion cuando llegue la postrera!

No lo permitais, Señor; y pues me concedeis á lo menos esta hora, desde esta misma comienzo, Dios mio, á disponerme para morir bien, y á pediros esta gracia los dias que me otorgueis de mi vida.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.
Comprenda yo, Señor, tan vivamente el corto número de los dias de mi vida, que desde luego comience á disponerme para la muerte.

Timenti Dominum benè erit in extremis. Eccl. 1.
Solamente los que temen á Dios en vida, deben prudentemente esperar una buena muerte.

PROPOSITOS.

1. No es de extrañar que tantos mueran mal, siendo tan pocos los que se disponen para morir bien. La buena muerte es ciencia práctica que solo se aprende mientras se vive; mas para adelantar en esta facultad es menester estudiar mucho, porque el estudio precipitado regularmente solo sirve para hacer mas visible nuestra ignorancia y nuestro atraso. La mejor disposicion para una buena muerte es una santa vida; y la vida debe ser una continua preparacion para la muerte. Cada dia debe servirnos de nueva leccion y de nuevo ejercicio, siendo razon que todas las noches nos tomemos cuenta de nuestro adelantamiento. Es una piadosa costumbre de grande importancia hacer todas las cosas como si todas ellas fuesen disposiciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones del estado de cada uno, hasta

las mismas diversiones, todo nos puede servir para lograr una buena muerte, si todo se hace con el espíritu y con la santa intencion de morir bien. Mucho nos importa saber bien el arte de bien morir: el que ignora este, aunque sea muy sabio en todos los demás, haga cuenta que nada sabe.

2. Fuera de esta preparacion general, hay otras particulares que nunca se deben omitir. Elige todos los años un dia que debes dedicar enteramente á este gran negocio. Al despertar, considérate en la presencia del soberano Juez, que te pide cuentas de tu administracion: *Redde rationem villicationis tuæ*; y examina por lo menos en media hora de meditacion si tienes bien prevenidas las cuentas. No salgas del cuarto sin haber ajustado lo que tuvieres que ajustar. Nada omitas, nada te perdones, nada te disimules; porque tienes que tratar con un juez infinitamente perspicaz, á quien nada se le esconde, aunque quiere por ahora remitirse á ti sobre todos los artículos. Anticípate á la severidad de su juicio por una confesion general sincera y dolorosa. Ajustados los negocios de tu conciencia, arregla los de tu casa y familia. Grande imprudencia es aguardar á la última enfermedad para hacer testamento. *Fac testamentum tuum,* dice san Agustin, *dum sanus es, dum sapiens, dum tuus es*: Haz testamento mientras estás sano, mientras estás en tu juicio, y mientras tienes libertad. Comulga como si fuera la última comunion de tu vida. Y si pudiese ser, sé tú mismo testamentario de tí propio y ejecutor de tus legados. Por la tarde ve á hacer oracion sobre la sepultura donde te han de enterrar, ó á lo menos en la iglesia donde ha de estar expuesto tu cadáver, y te han de hacer los oficios de cuerpo presente. Todo lo que leas en este dia sea acerca de la muerte, sin ocuparte en todo él en otro negocio que en el de tu salvacion. Pero no te contentes con un

dia cada año; el retiro de un dia cada mes es excelente preparacion para la muerte. Añado mas: cada semana debe tener la suya, y aun cada dia es razon tengas alguna devocion, que sirva determinadamente para disponerte á morir bien. Busca algun libro que te enseñe á prevenirte para una buena muerte. Al fin del segundo tomo del *Retiro espiritual* hallarás admirables ejercicios para esto.

DIA NUEVE.

SANTA VAUTRUDIS,

VULGARMENTE LLAMADA SANTA VAUDRU, VIUDA.

Santa Vautrudis, hermana de santa Aldegundis, fué hija del conde Valberto y de la princesa Bertila, y sobrina de Guadelano, maire ó mayordomo del palacio. Nació por los años de 626 en aquella parte de la Austrasia inferior, que despues se llamó Hainaut.

Correspondió su educacion á su noble nacimiento, y á la eminente piedad de sus padres; y advirtiendo en la niña su santa madre Bertila aquellas admirables disposiciones para la virtud que abrevian tanto el camino, no perdonó á diligencia alguna para cultivar un corazon y una alma que el Señor habia prevenido desde la cuna con dulces bendiciones de su gracia. Oyendo Vautrudis con dócil atencion las lecciones de su virtuosísima madre, estudiaba aun con mayor cuidado sus ejemplos, y los imitaba. Todo respiraba cristiandad en la devota niña, sus modales, su compostura, su modestia, y hasta sus mismas diversiones. No conocia las galas, ni la profanidad, sino para despreciarlas, y así ignoraba absolutamente las modas.

Siendo inseparable compañera de su madre, no se contentaba solo con ser testigo de sus buenas obras, sino que tambien participaba gustosa de sus penas.

La singular hermosura de que estaba dotada, brillaba mas al lado de su virtud, y así fué pretendida de los primeros señores de la provincia. Entre todos escogieron sus padres al conde Madelgario, uno de los mas principales en la corte del rey Dagoberto. Casóse con él, y acreditó la experiencia que Dios presidió en este matrimonio, porque se han visto pocos en el mundo mas iguales en todo, y consiguientemente mas felices.

Era hija de dos santos, hermana de otro, esposa de otro, y tuvo cuatro hijos, Landry, Aldetrudis, Madelberta y Dentlin, que todos murieron en olor de santidad, como casi todos los demás de aquella dichosísima familia.

Creciendo cada dia en perfeccion nuestra santa, no tardó en dar á gustar á su marido la dulzura de la virtud, de la cual le hicieron concebir tan alta estimacion sus ejemplos. Como su devocion no era nada sombría ni extremada, sino dulce, humilde y sólida, hacia admirable impresion en los corazones. Hízola tan grande en el de Madelgario, que disgustado del mundo, se dedicó únicamente al cuidado de su salvacion, y á adquirir las virtudes propias de su estado. Habiendo hecho voto de perpetua continencia por consejo de su santa mujer, con el consentimiento de esta, y con parecer de san Auberto, obispo de Cambray, se retiró al monasterio de Haumont á las orillas del rio Sambra; y en él tomó el hábito de monje con el nombre de Vicente, y llegó á tan heróica santidad, que la Iglesia celebra con culto público su memoria el dia 20 de setiembre.

Tres años se mantuvo en el siglo nuestra Vautrudis despues que se retiró de él su marido, ocupada toda

dia cada año; el retiro de un dia cada mes es excelente preparacion para la muerte. Añado mas: cada semana debe tener la suya, y aun cada dia es razon tengas alguna devocion, que sirva determinadamente para disponerte á morir bien. Busca algun libro que te enseñe á prevenirte para una buena muerte. Al fin del segundo tomo del *Retiro espiritual* hallarás admirables ejercicios para esto.

DIA NUEVE.

SANTA VAUTRUDIS,

VULGARMENTE LLAMADA SANTA VAUDRU, VIUDA.

Santa Vautrudis, hermana de santa Aldegundis, fué hija del conde Valberto y de la princesa Bertila, y sobrina de Guadelano, maire ó mayordomo del palacio. Nació por los años de 626 en aquella parte de la Austrasia inferior, que despues se llamó Hainaut.

Correspondió su educacion á su noble nacimiento, y á la eminente piedad de sus padres; y advirtiendo en la niña su santa madre Bertila aquellas admirables disposiciones para la virtud que abrevian tanto el camino, no perdonó á diligencia alguna para cultivar un corazon y una alma que el Señor habia prevenido desde la cuna con dulces bendiciones de su gracia. Oyendo Vautrudis con dócil atencion las lecciones de su virtuosísima madre, estudiaba aun con mayor cuidado sus ejemplos, y los imitaba. Todo respiraba cristiandad en la devota niña, sus modales, su compostura, su modestia, y hasta sus mismas diversiones. No conocia las galas, ni la profanidad, sino para despreciarlas, y así ignoraba absolutamente las modas.

Siendo inseparable compañera de su madre, no se contentaba solo con ser testigo de sus buenas obras, sino que tambien participaba gustosa de sus penas.

La singular hermosura de que estaba dotada, brillaba mas al lado de su virtud, y así fué pretendida de los primeros señores de la provincia. Entre todos escogieron sus padres al conde Madelgario, uno de los mas principales en la corte del rey Dagoberto. Casóse con él, y acreditó la experiencia que Dios presidió en este matrimonio, porque se han visto pocos en el mundo mas iguales en todo, y consiguientemente mas felices.

Era hija de dos santos, hermana de otro, esposa de otro, y tuvo cuatro hijos, Landry, Aldetrudis, Madelberta y Dentlin, que todos murieron en olor de santidad, como casi todos los demás de aquella dichosísima familia.

Creciendo cada dia en perfeccion nuestra santa, no tardó en dar á gustar á su marido la dulzura de la virtud, de la cual le hicieron concebir tan alta estimacion sus ejemplos. Como su devocion no era nada sombría ni extremada, sino dulce, humilde y sólida, hacia admirable impresion en los corazones. Hízola tan grande en el de Madelgario, que disgustado del mundo, se dedicó únicamente al cuidado de su salvacion, y á adquirir las virtudes propias de su estado. Habiendo hecho voto de perpetua continencia por consejo de su santa mujer, con el consentimiento de esta, y con parecer de san Auberto, obispo de Cambray, se retiró al monasterio de Haumont á las orillas del rio Sambra; y en él tomó el hábito de monje con el nombre de Vicente, y llegó á tan heróica santidad, que la Iglesia celebra con culto público su memoria el dia 20 de setiembre.

Tres años se mantuvo en el siglo nuestra Vautrudis despues que se retiró de él su marido, ocupada toda

en el ejercicio de buenas obras, y en la educacion de sus hijas Aldetrudis y Madelberta, las cuales dieron desde entonces principio á aquella eminente virtud, que con el tiempo subió á tan alto grado, bajo la disciplina y gobierno de su tia santa Aldegundis. Pero aunque la virtud de nuestra santa era tan extraordinaria, todavía la llamaba Dios á perfeccion mas encumbrada, y así la tenia destinadas aquellas cruces y trabajos que habian de franquearla el camino para ella.

Representóselo en sueños san Gauguerit, obispo de Cambray, brindándola con un cáliz que traia en la mano, y exhortándola á que prosiguiese con aliento el camino de la perfeccion que habia emprendido, y á que renunciase enteramente al mundo. Habiendo confiado esta vision, no sin alguna facilidad, á algunas personas indiscretas, tomaron de aquí ocasion, y aun hicieron asunto para mortificarla en lo vivo, haciendo chacota de sus visiones. Como la modestia, la inocencia y la elevada virtud de aquella jóven señora eran una muda, pero incómoda censura de la licencia con que vivian tantas mujeres mundanas, y tanto número de libertinos, no se puede explicar el aplauso con que eran recibidos en los corrillos los graciosos cuentos que se forjaban sobre sus supuestas revelaciones. La disolucion encuentra siempre no sé qué secreta complacencia en persuadirse que la virtud de los buenos es pura hazañería; y triunfa cuando la puede calumniar ó censurar con suceso. Logrólo en esta ocasion. Todo el mundo se desenfrenó contra la sierva de Dios; los nombres de hipócrita ó de ilusa eran los menos injuriosos, ó los mas moderados con que la trataban. Decíase que los extraordinarios rumbos de perfeccion por donde hasta entonces habia afectado caminar, eran lastimosos extravios; que todas las obras de misericordia en que

se ejercitaba, eran artificiosas exterioridades para alucinar al público; que aquel aparato de modestia y compostura era un hermoso velo para encubrir mejor sus vicios y su disolucion.

Fácilmente se puede comprender que sensible seria para una señora virtuosa, jóven, y de la primera nobleza, una calumnia de tan vergonzosa especie, y sobre todo tan mal fundada. Sintió Vautrudis toda su amargura, pero resolvió echársela á pechos sin el menor lenitivo. No buscó otro consuelo que á los piés de Jesus crucificado, y encomendó toda su justificacion á la paciencia. Esta cruel persecucion no solo sirvió para purificar su virtud, sino tambien para que acelerase su antigua resolucion de retirarse enteramente del mundo. Ejecutólo con parecer de san Guislano, su confesor, por cuyo consejo determinó edificar una celdilla sobre el monte de Castriloc, donde pudiese pasar el resto de sus dias en oracion y en silencio.

No deliberó un momento santa Vautrudis. Valióse de un señor llamado Hidulfo, pariente suyo, que tambien es venerado como santo, para comprar el sitio, encargándole que hiciese edificar en él una celdilla, donde pensaba pasar lo que la restaba de vida en ejercicios de penitencia. Hizo Hidulfo mas de lo que se le habia pedido, porque mandó edificar una casa suntuosa; pero la santa no quiso vivir en ella, y el cielo autorizó pocos dias despues su delicadeza, porque un furioso uracan echó por tierra aquel soberbio edificio hasta los fundamentos. Aficionado y advertido Hidulfo con este accidente, siguió en todo la planta que le habia dado nuestra Vautrudis, y dispuso que se fabricase una estrecha celda con su capilla, donde fué á encerrarse la santa despues de haber recibido el sagrado velo de manos de san Auberto, obispo de Cambray.

Llena de imponderable consuelo al verse retirada del bullicio del mundo, no cuidó mas que de perfeccionarse en el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Su ayuno era continuo; apenas interrumpia la oracion sino con algunos instantes de sueño sobre unos manojos de sarmientos; mortificaba su delicado cuerpo con rigurosas penitencias; y su amor á Dios hacia de sus ojos dos perennes fuentes de lágrimas. Pero ni en sus modales ni en sus costumbres se descubria el rigor de su penitencia; porque siempre se la veia llena de apacibilidad, de dulzura y de caridad para con todo el mundo. La voluntaria pobreza á que se habia reducido, no la estorbaba encontrar arbitrios para socorrer á todos los pobres que recurrian á ella. En su retiro no estaba ociosa; pero una virtud tan sobresaliente no podia menos de excitar la rabiosa envidia del enemigo de la salvacion. No perdona la tentacion á las grandes almas, y nuestra heróica reclusa experimentó presto sus efectos.

Apoderóse de su espíritu un mortal tedio al retiro, llenando de amargura su corazon. La oracion, el silencio, la estrechez de aquella pobre celda, todo se la hacia insoportable. La memoria de lo que habia sido en el mundo, las buenas obras que hacia en él, la dulzura de una honesta y cristiana libertad, sus juveniles años, la esperanza bien fundada de una larga vida, la delicadeza de su complexion, y la ninguna robustez de su salud; todo concurria á hacerla titubear en su resolucion, todo la inclinaba á volverse al siglo, todo abogaba en favor del amor propio. Bien necesitó de grandes y poderosos auxilios para resistir á tan fuerte como disimulada tentacion: concediéselos el cielo, y correspondió ella con valor y con fidelidad. En medio de estas turbaciones, sequedades y desconsuelos, recurria á la oracion, renovaba muchas veces al dia sus propósitos, hacia otros de

nuevo. mortificábase mas y mas doblando las penitencias. Despues de Dios colocaba toda su confianza en su dulcísima Madre, á quien profesaba una devocion ternísima, y esta Señora la alcanzó de su Hijo nuevos y muy eficaces auxilios. Combatió, peleó, triunfó; disipáronse las nieblas, calmó la tormenta, serenóse el tiempo; y victoriosa nuestra santa de todo el infierno por la gracia del Redentor, gozó tranquilamente de los dulces frutos de su fidelidad.

Esparcióse por todas partes la fama de su virtud, y muchas siervas de Jesucristo, movidas del ejemplo de Vautrudis, concurrieron á ponerse debajo de su direccion. Cedió á la caridad el amor del retiro, y en poco tiempo la que era una pobre celdilla se vió convertida en convento. Como se observaban mas de cerca los ejemplos de Vautrudis, hacian mayor impresion, y eran mas copiosos los frutos que producian. La devocion mas ejemplar, la observancia mas exacta, el espíritu de penitencia mas constante y mas ferviente fueron desde luego el carácter y el elogio de aquella religiosa comunidad, que pasó con el tiempo á ser un célebre cabildo de canonesas; y aquel monasterio tan reducido y tan pobre en sus principios, se vió despues cercado de una ciudad considerable, que es hoy la capital de la provincia del Hainaut, cuya fundacion se debió á la veneracion, á la memoria y á las preciosas reliquias de santa Vautrudis.

Habiendo venido á visitarla su hermana santa Aldegundis, abadesa del monasterio de Maubeuge, viendo la pobreza del de Vautrudis y la cortedad de sus rentas, la instó mucho para que se fuese con ella, y se retirase á Maubeuge con sus hijas. Agradecióselo nuestra santa; pero no lo aceptó, porque las razones que alegaba para sacarla de Mons, eran puntualmente las que con mayor gusto la detenian en él. Amaba mucho los rigores de la penitencia para que quisiese

evitar las incomodidades de la casa; y el mismo Señor se dignó autorizar con un milagro el acierto de esta determinacion. Habiendo salido un dia á pasearse las dos santas hermanas, y habiéndose alejado del monasterio mas de lo que acostumbraban, al volverse del paseo hallaron ya las puertas cerradas; pero apenas se llegó á ellas santa Vautrudis, cuando se abrieron por sí mismas. Favorecióla Dios con el don de milagros; y tuvo el consuelo de oir de la boca de un ángel, que su nombre y el de su hermana santa Aldegundis estaban escritos en el libro de la vida. Desde que mereció esta revelacion, aumentó mas y mas los rigores de su penitencia. Finalmente, llena de gracias y de merecimientos, alcanzó de Dios que la sacase de este mundo el dia 9 de abril de 686, dos años despues de la muerte de santa Aldegundis, y cerca de los sesenta de su edad, habiendo pasado treinta en su monasterio, en cuya capilla fué enterrada, haciendo el Señor muy célebre su sepulcro por la multitud de milagros que ha obrado en él por la intercesion de la santa. La ciudad de Mons la escogió por su patrona, reconociendo con razon que al culto de Vautrudis y á la fama de su santa comunidad debe todo lo que es.

SANTA CASILDA, VÍRGEN.

En la desgraciada época, en que, por los pecados de nuestros padres, castigó Dios á España con el azote de los Agarenos, hubo un rey de ellos, llamado Cano, en la capital de Toledo, hombre cruel, poderoso y diestro en el manejo de las armas, el cual, en las guerras continuas que tuvo contra los fieles, hizo un gran número de cristianos prisioneros, tratándoles en su corte y reino con su acostumbrada inhumanidad. De este enemigo capital de la fe ortodoxa

quiso Dios que naciese Casilda, la cual, desmintiendo el vicio de su orígen con la belleza de su natural y con sus piadosas inclinaciones, se dejó ver sobre esta raiz infecta como una flor de admirable candor, como una fragante rosa y promoroso lirio entre las espinas, descansando sobre ella el Espíritu Santo.

Varían los escritores en órden al motivo de la conversion de Casilda á la fe católica. Unos dándola por padre, no á Cano, sino á Almenon, la atribuyen á la conversion de su hermano Alimaimon, que ilustrado con luz superior, en vista del prodigio que le sucedió en la guerra contra los fieles en el valle de Solanillos, desertó de la secta mahometana y abrazó la Religion de Jesucristo. Otros son de opinion que el Señor premió á la santa vírgen con el conocimiento de la verdad, en remuneracion de las heróicas obras de caridad que hizo con los cristianos cautivos; cuya opinion concuerda con las lecciones del breviario de la santa iglesia de Burgos, impreso en el año de 1601 de órden del obispo de aquella catedral.

Nació, pues, Casilda en el siglo XI, dotada con las mas bellas y nobles disposiciones de la naturaleza, y con una grande inclinacion á la virtud. Desde sus primeros años se inclinó su corazon con tierno afecto al alivio, y socorro de los cristianos cautivos, derritiéndose en lágrimas cuando veia que padecian alguna injuria, afliccion, ó grave necesidad; y rebosando en su pecho una piedad asombrosa, una clemencia extraordinaria, les suministraba cuantos subsidios le eran posibles.

Tenia todos los dias la costumbre laudable, á no impedirlo algun acaso, de visitar con su agradable presencia á los cautivos, y darles alimento por sus manos. Hallábase escrita en su corazon aquella sentencia de David : *Bienaventurado el que atiende al pobre y necesitado, porque Dios le librará en el dia malo.*

Enseñada en esta máxima cardinal de la caridad, no por alguno de los mundanos, sino por el Maestro inmortal, se portaba en virtud de ella con tanta liberalidad, que distribuia á los cristianos las dos partes de la renta concedida por su padre para su mantenimiento y el de su familia.

Aunque Casilda ejecutaba estos oficios con la mayor cautela; á pesar de su industria, llegó á entender su padre la piedad que usaba con los cristianos. Quiso ser testigo ocular de las acciones caritativas de la hija para tomar la mas séria providencia, estimulado de los enemigos de la fe; y encontrándola un dia que llevaba alimento á los fieles, la preguntó en tono airado, ¿qué llevaba? rosas, respondió Casilda sin la menor turbacion; y con efecto, vió su padre convertido en estas flores el pan que habia de servir para sustento de los cautivos; volviendo las rosas á convertirse en pan, con no menor prodigio, luego que se ausentó el explorador.

Desengañada la santa doncella, por este trato con los cristianos cautivos, de los errores de la secta mahometana, pedia al Señor incesantemente que le abriese camino para recibir el bautismo y profesar libremente la verdadera Religion. Oyó Dios sus oraciones, y quiso premiar el heroismo de su caridad, valiéndose su Providencia de un suceso bien extraño al parecer, pero muy conducente para el logro de sus designios. Dióle una enfermedad incurable de un flujo de sangre continuo, segun escriben varios autores; y siendo ineficaces para su alivio cuantos remedios buscó el solícito padre, y pudieron discurrir los mas hábiles facultativos, ó por revelacion divina, ó por relacion de los cautivos cristianos, supo Casilda que el único eficaz remedio para su curacion sería bañarse en el lago de San Vicente, sito en el lugar llamado Bureba, cerca de la ciudad de Burgos, cuyas aguas

tenian acreditada su virtud con repetidos prodigios en iguales accidentes. Rogó la santa á su padre que le concediese permiso para pasar á aquel baño; pero como se hallaba el sitio en poder de los cristianos, antes de resolverse el padre, estimó conveniente proponerlo á su consejo, el cual fué de parecer que debia atenderse primeramente á la salud de la infanta, no obstante que se hallaba el remedio en los dominios de los fieles.

Con este dictamen envió Cano á Casilda, acompañada de muchos cautivos, al baño de San Vicente, con recomendacion especial para Fernando I, llamado el Magno, rey de Castilla, quien la recibió con el honor corespondiente; y puesto el remedio en ejecucion, consiguió la santa vírgen la apetecida salud.

Reconocida Casilda á los beneficios de Dios, quiso darle pruebas de su gratitud. Instruida perfectamente en las inefables verdades de la fe, recibió el bautismo y confirmacion, y con la gracia de estos sacramentos aquel espíritu y valor que constituye los héroes de la Religion. Viéndose ya en plena libertad, pospuso los palacios y comodidades de su padre á una humilde ermita y pobre habitacion, que hizo construir cerca del lago, donde redujo toda su ocupacion, impresas en su corazon las máximas de la religion cristiana, á una continua oracion, á frecuentes vigilias y á rigurosas penitencias; y abrasándose cada dia mas y mas en el amor de Jesucristo, le consagró su pureza virginal. Siguió por algunos años con este tenor de vida mas angélica que humana, siendo la admiracion de todas aquellas regiones, tanto por su eminente santidad, como por los asombrosos prodigios que se dignó Dios obrar por su intercesion, hasta que llena de méritos, pasó á disfrutar los premios de la vida eterna.

No convienen los escritores en el dia y año fijo de su preciosa muerte: unos le señalan en el 15 de abril del año de 1050; otros en el 9 de este mes del año 1074, en cuyo dia celebra la festividad de esta gloriosa santa la iglesia de Burgos. Su venerable cuerpo fué sepultado en el mismo lugar en que vivió santamente, de donde se trasladó despues en 30 de julio de 1529 a la preciosa urna donde hoy se venera; y habiéndose enriquecido con sus reliquias en el de 1601 la catedral de Burgos, partió este tesoro con la santa iglesia de Toledo en 7 de junio de 1641.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Antioquía, san Prócoro, uno de los siete primeros diáconos, el cual, despues de haberse hecho célebre por su fe y sus milagros, recibió la corona del martirio.

En Roma, la fiesta de los santos mártires Demetrio, Conceso, Hilario y compañeros.

En Sirmio, el martirio de siete santas vírgenes, que compraron la vida eterna con el precio de su sangre.

En Cesarea de Capadocia, san Cupsiquio, que fué martirizado en tiempo de Juliano el Apóstata, por haber demolido el templo de la Fortuna.

En Africa, los santos mártires Masilitanos, cuyo panegírico predicó san Agustin el dia de su fiesta.

En Amida en Mesopotamia, san Acacio obispo, el cual, para redimir los cautivos, hizo fundir y vender hasta los vasos sagrados de la iglesia.

En Ruan, san Hugo, obispo y confesor.

En Die en el Delfinado, san Marcelo obispo, célebre por sus milagros.

En Judea, santa María, mujer de Cléofas, hermana de la Santísima Vírgen Madre de Dios.

En Roma, la traslacion del cuerpo de santa Mónica, madre de san Agustin, que en el pontificado de Martino quinto fué llevado de Ostia á Roma, y colocado honorificamente en la iglesia del mismo san Agustin.

En Mons en el Hainaut, la bienaventurada Valtruda, memorable por su santa vida y milagros.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de la santa la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Valdetrudis festivitate gaudemus; ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que eres nuestra salud, oye nuestras súplicas, para que así como nos alegramos en la festividad de la bienaventurada Vautrudis, así tambien recibamos el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 3 del apóstol san Pablo á los Colosenses.

Fratres: Omne quodcumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi facite, gratias agentes Deo et Patri per ipsum. Mulieres, subditæ estote viris, sicut oportet, in Domino. Viri, diligite uxores vestras, et nolite amari esse ad illas. Filii, obedite parentibus per omnia: hoc enim placitum est in Domino. Patres, nolite ad indignationem provocare filios vestros, ut non pusillo animo fiant. Servi, obedite per omnia dominis carnalibus, non ad oculum servientes, quasi ho-

Hermanos: Todo cuanto haceis de palabra ó de obra, todo sea en el nombre del Señor Jesucristo, dando por medio suyo gracias á Dios el Padre. Mujeres, estad sujetas, como es justo, á los maridos en el Señor. Maridos, amad á vuestras mujeres, y no seais amargos para ellas. Hijos, obedeced en un todo á los padres; porque esto es agradable al Señor. Padres, no provoqueis vuestros hijos á indignacion, para que no se apoquen de ánimo. Siervos, obedeced en todo á los señores carnales, no sirviendo

minibus placentes, sed in simplicitate cordis, timentes Deum. Quodcumque facitis, ex animo operamini, sicut Domino, et non hominibus.

á lo que se ve, como quienes agradan á los hombres, sino temiendo á Dios con simplicidad de corazon. Cualquiera cosa que hagais, hacedla de veras como para el Señor, y no para los hombres.

NOTA.

« Era Colosas una ciudad de la Frigia, parte del » Asia menor. Nunca habia predicado en ella san Pa» blo; pero habiendo venido á Roma Epafrás, natural » de Colosas, á visitar al Apóstol cuando ya estaba en » la cárcel, le informó de los maravillosos progresos » que hacia en ella el Evangelio, y del miedo que te» nia de que algunos falsos doctores alterasen la pu» reza de su fe. Esto obligó á san Pablo á escribir » desde la misma prision esta epístola el año de 62. »

REFLEXIONES.

Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi. Todo cuanto hiciéreis, bien por palabras, bien por obras, hacedlo todo en nombre de Jesucristo. Esta es la idea mas cabal de la vida cristiana; por estos frutos se ha de conocer el árbol; por las palabras y por las obras se han de distinguir los cristianos. Pero ¿se reconocerán el dia de hoy por estas señales muchos cristianos entre los que se llaman fieles? Buenas palabras sin buenas obras, es hipocresía: buenas obras sin buenas palabras, suele ser cobardía indigna y vergonzosa. ¿Pues qué? ¿nos hemos de avergonzar del evangelio? *Omnia in nomine Domini Jesu Christi.* Todo se ha de hacer en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Quejámonos del mal suceso de nuestras empresas, de que trabajamos sin fruto, de las calamidades públicas.

Y bien, ¿quién tendrá la culpa? Queremos nosotros ser los únicos artífices de nuestra fortuna, y lo somos de nuestras desdichas. ¿En nombre de quién trabajamos? ¿consultamos primero á Dios en todo? Este Señor debe ser el primer motivo y el primer móvil de nuestros proyectos y de nuestras grandes ideas; pero ¿qué parte tiene en nada de lo que hacemos? ¿se hace y se dice en nombre de Jesucristo todo cuanto se dice y todo cuanto se hace?

Designios grandes, resoluciones osadas, empresas árduas, negocios espinosos, comercio arriesgado, trabajos inmensos, fortunas brillantes: *In quo nomine hæc fecistis?* ¿En nombre de quién has emprendido ó has hecho lo que acabas de hacer? ¿Te atreverias á responder que en nombre de Jesucristo? pero ¿no te desmentiria tu propio corazon y tu propia conciencia? Hay por ventura el dia de hoy otro móvil de todos los pasos que se dan, que la ambicion, el orgullo, la pasion, el interés y el deleite? ¿hay otra regla de todas las acciones de la vida, que el desórden del corazon y el desnivel del espíritu? La pasion inspira los primeros pensamientos, ella los conduce, y ella pone en ejecucion todos los medios que juzga proporcionados para conseguir sus fines. La pasion es el alma de todos nuestros movimientos, y los que ella no anima salen lánguidos y desmayados. ¡Despues de esto nos admiraremos de que con tal guia andemos descaminados, y que en tal escuela solo aprendamos á llorar! ¡nos admiraremos de que un edificio, que no tiene otro cimiento, dé consigo en tierra, y sepulte en sus ruinas á los que fian en él! Donde reina una prudencia puramente humana, bien se pueden esperar reveses, trastornos y lastimosas revoluciones. Son sus luces muy limitadas, son muy flacos sus cimientos, sus medidas muy falsas para prevenir todos los accidentes, y para ponernos á cubierto de los peli-

gros. Nada hagamos que no sea en nombre de Jesucristo; sean su voluntad y su gloria el primer motivo de todas nuestras acciones, y entonces le interesaremos en nuestra proteccion y en nuestra defensa. Todo cuanto hiciéremos será entonces ventajoso, sólido y provechoso, porque todo será meritorio. Gozaremos de unos dias llenos, y no nos afanaremos vanamente en cavar cisternas secas. Hagamos todas las cosas á mayor gloria de Dios, y en nombre de Jesucristo, y la misma desconfianza en nuestra propia virtud será nuestra mayor fuerza, porque empeñará al Señor en suplir nuestra flaqueza y nuestra necesidad. Es poderoso el mas desvalido, es opulento el mas pobre, cuando puede seguramente contar con este riquísimo fondo. *Pues ora comais, ora bebais, ora hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á mayor gloria de Dios* (1).

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Qui amat patrem aut matrem plus quàm me, non est me dignus. Et qui amat filium aut filiam super me, non est me dignus. Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: El que ama al padre ó la madre mas que á mí, no es digno de mí. Y el que ama al hijo ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno de mí.

(1) I. Cor. 10.

MEDITACION.

DEL BUEN USO DE LOS TRABAJOS Y DE LAS CRUCES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en vano se huye de las cruces y de los trabajos, porque en todas partes se hallan. No hay condicion, no hay estado que no los produzca. Cada uno lleva su cruz; hasta sobre el mismo trono crecen, y no suelen ser las menos visibles las que menos pesan. Así, pues, toda nuestra aplicacion debe emplearse en aprovecharnos bien de ellas.

No es verdad que los trabajos sean desgracias y adversidades; antes pueden servirnos de grandísimo provecho, si sabemos usar de ellos. De suyo son un admirable contraveneno; pero fácilmente pueden convertirse en ponzoña.

Tú sufres casi las mismas penas que padecieron los santos, y solo por el buen uso que hicieron de ellas, llegaron á una santidad eminente: muchos réprobos padecieron en este mundo tanto como los mayores santos: las mismas contradicciones, las mismas calumnias, las mismas ingratitudes, las mismas persecuciones; pero como no tuvieron los mismos motivos, ni la misma paciencia, fué muy diversa su suerte. ¿Que fruto has sacado tú de tus cruces y trabajos? Nada hay tan saludable para las enfermedades del alma como su amargura; pero es menester recibir los trabajos con resignacion. En aquellos mismos rios de Egipto en que los Israelitas bebian aguas puras y cristalinas, los Egipcios no hallaban mas que sangre; los rios eran los mismos, pero el espiritu con que buscaban el agua era muy diferente.

¿Con qué disposicion de corazon y de espíritu recibes las cruces que te envia Dios? Ordinariamente se

consideran como señales de su indiferencia ó de su cólera; siendo así que siempre y en todas ocasiones son pruebas sensibles de su paternal amor. El mismo fuego que reduce las pajas á ceniza, purifica el oro, y le hace mas resplandeciente. No se te piden nuevas cruces, nuevas mortificaciones, mayores penitencias; conténtase Dios con que recibas de su mano con espíritu de penitencia los trabajos que sufres en tu familia, en tu empleo y en tu estado. No quiere que te empeñes, por decirlo así, en nuevos gastos; solo desea que te aproveches de los que haces, sufriendo con paciencia y con cristiana resignacion lo que padeces. ¡Qué dolor, gran Dios, el de no haberse aprovechado de las cruces!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es mucha desgracia estar padeciendo siempre, y perder el fruto de lo que se padece. Pues esta es puntualmente la suerte de los que no saben aprovecharse de las cruces, ni recibirlas con el espíritu con que el Señor las envía. No solo pierden el fruto, sino que aumentan el peso; no se pierde gota de la amargura que traen consigo los trabajos, cuando se llevan con impaciencia y con enfado.

Si fueran verdaderos males las adversidades, no las hubiera sembrado en todos los caminos y en todos los estados el mismo Jesucristo, aquel soberano médico, aquel benéfico maestro, aquel amoroso padre. No hay en ellas otro mal que la mala disposicion con que las recibes: quita esta, y cesará toda la amargura. Cuando los humores están destemplados, parecen amargos los manjares mas dulces.

Esas mismas cruces de que tanto te quejas, fueron las delicias de los mayores santos. No hubo siquiera uno entre todos ellos que no hubiese reputado las en-

fermedades, la pérdida de los bienes, las desgracias y todas las calamidades de la vida, como señales ciertas de predestinacion; y con efecto lo fueron para los que supieron aprovecharse de ellas. En tu mano está que sean lo mismo para ti. Fuera de eso, son un copioso manantial de merecimientos; en poco tiempo se hace rico para el cielo el que con todo sabe hacer comercio. Grande ejemplo de esto nos presenta hoy á todos santa Vautrudis.

Son las cruces el veneno mas activo para el amor propio. Pocas armas hay mejores para vencer á los enemigos de nuestra salvacion. *La fuerza*, dice san Pablo, *se aumenta con la flaqueza: por eso me complazco en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones, en las grandes pesadumbres que padezco por Jesucristo; porque cuando soy flaco, entonces soy fuerte* (1). En verdad que san Pablo no era menos delicado que nosotros; no sentia menos sus trabajos, ni eran menos pesadas sus cruces que las nuestras; pero las recibia con otro espíritu y con muy diferentes disposiciones. No consiste la felicidad de esta vida en no tener cruces, sino en saber llevarlas.

¿Y cómo he llevado yo hasta ahora, Dios mio, las que vos me habeis enviado? Igualmente me he olvidado, asi de la doctrina que me enseñasteis sobre el buen uso de los trabajos, como del ejemplo que me disteis. Conozco, Señor, lo mucho que he perdido en esto. Pero al fin me consuelo con que todavía no se ha apurado todo el cáliz; todavía tengo que padecer, pues por vuestra misericordia todavía tengo que vivir. Con el auxilio de vuestra gracia comienzo desde ahora á mirar con otros ojos las adversidades; resuelto ya á recibirlas, como señales de vuestro amor, tambien lo estoy á aprovecharme de ellas como de medios eficacísimos para mi eterna salvacion.

(1) II. ad Cor. 12.

JACULATORIAS.

Si bona suscepimus de manu Domini, mala quare non suscipiamus? Job 2.

Si he recibido de la mano amorosa de mi Dios tantos bienes, ¿porqué no recibiré con el mismo espíritu los males que me envía para mi bien?

Castigasti me, Domine, et eruditus sum. Jerem. 31.

Castigásteme, Señor, por mis pecados: sea bendita tu misericordia, pues de esta manera aprendí á servirte, y no ofenderte.

PROPOSITOS.

1. Puesto que no hay cosa mas comun en todos los estados y en todas las condiciones de la vida que las cruces, es importantisimo saberse aprovechar de ellas. Es este un fruto que se cria en todos los climas, y que se da en todas las tierras; pero conocen pocos lo que merece y lo que vale. A los enfermos les parece amargo, y lo desacreditan; y lo mal que saben sazonarlo los que no conocen la virtud, autoriza la errada opinion que se tiene de él. Las cruces se multiplican cuanto mas se quiere huir de ellas, y sus espinas punzan mas al que hace mas diligencias para arrancarlas. El gran secreto es tratarlas sin miedo, hasta que se crien callos para no sentirlas. Todos pueden saber este secreto, que consiste en considerar las adversidades de la vida como castigo ó remedio, y muchas veces como cariño de Dios que nos trata como trató á sus mayores amigos y á su hijo bien amado: *Qui Filio suo non pepercit.* A los verdaderos cristianos poco puede costar descubir este misterio Sus ojos penetran mas allá de la corteza, y no juzgan de la virtud del fruto por la hermosura aparente. Comienza desde hoy á instruirte en una facultad que te

pueda servir de tanto provecho. No mires ya las que se llaman desgracias, miserias, dolores, trabajos, pesadumbres, adversidades, sino como regalos del cielo; pues á favor de las luces de la fe, no las descubrirás con otro nombre. Si te consideras como pecador, tienes un juez; si como enfermo, un médico hábil; si como siervo fiel, un amo liberal. Imponte una como ley de recibir todos los contratiempos, ó como penitencia por tus pecados, ó como remedio de tus achaques espirituales, ó como gracias muy adècuadas para que asciendas á una eminente santidad; y luego que te suceda alguna adversidad, póstrate en tierra para rendir gracias al cielo por tan grande beneficio; besa tiernamente el crucifijo en testimonio de que recibes de buena gana aquella mortificacion, y da una limosna al primer pobre que encontrares en prueba de tu agradecimiento.

2. No basta recibir las cruces con espíritu y corazon cristiano, es menester que el exterior corresponda tambien al interior; y para esto observa los documentos siguientes. Primero: esfuérzate á mostrar el semblante mas sereno, el gesto mas apacible y todos los modales mas alegres y mas festivos el dia que recibieres alguna mortificacion. Segundo: procura en cuanto sea posible no reprender ni corregir á nadie en este dia, porque es fácil que la amargura del corazon se comunique á la lengua. Tercero: si buscas algun consuelo, sea á los piés de Cristo crucificado, ó en presencia del santísimo Sacramento, repitiendo aquellas palabras de David: *Bonum mihi, quia humiliasti me* (1): Ninguna cosa me tiene mas cuenta que esta humillacion. *Benedico te, Domine Deus Israel, quia tu castigasti me, et tu salvasti me* (2): Seais, mi Dios, eternamente alabado, porque me castigasteis y me salvasteis. *Domine, fortitudo mea*,

(1) Salm. 118. — (2) Tob. 11.

et refugium meum in die tribulationis (1): El Señor es mi fortaleza y todo mi consuelo en el dia de la tribulacion. Cuarto: visita á los pobres en el hospital, y consuela á alguna persona atribulada con razones puramente cristianas, dándola á conocer el mérito y el inestimable valor de los trabajos. Esta espiritual industria sirve mucho para fortalecer y para tranquilizar un corazon afligido.

DIA DIEZ.

SAN MACARIO, ARZOBISPO DE ANTIOQUÍA.

San Macario, cuyas preciosas reliquias se conservan en Gante con tanta veneracion, fué de nacion armenio, de una de las casas mas ilustres de todo el Oriente, y de las mas distinguidas por sus empleos y por sus conexiones. Nació hácia el fin del siglo décimo. Su padre Miguel y su madre María desearon que Macario, arzobispo de Antioquía, deudo muy cercano de ambos, fuese su padrino. No se sabe si era la Antioquía de Pisidia, ó la de Siria. El arzobispo le dió su nombre; y habiéndole dejado los primeros años al cuidado de sus padres, quiso despues educarle él mismo en la virtud y en el estudio de las letras. Mostró el niño un excelente ingenio, admirable natural, una inclinacion como innata á todo lo bueno, y una docilidad poco comun en los niños de su edad; con lo que hizo tan grandes progresos en sus estudios, y singularmente en la importante ciencia de la salvacion, que desde luego se persuadió el santo arzobispo de que Dios le habia escogido para vaso de eleccion, y para ser algun dia

(1) Jerem. 16.



S. MACARIO, ARZ.

et refugium meum in die tribulationis (1): El Señor es mi fortaleza y todo mi consuelo en el dia de la tribulacion. Cuarto: visita á los pobres en el hospital, y consuela á alguna persona atribulada con razones puramente cristianas, dándola á conocer el mérito y el inestimable valor de los trabajos. Esta espiritual industria sirve mucho para fortalecer y para tranquilizar un corazon afligido.

DIA DIEZ.

SAN MACARIO, ARZOBISPO DE ANTIOQUÍA.

San Macario, cuyas preciosas reliquias se conservan en Gante con tanta veneracion, fué de nacion armenio, de una de las casas mas ilustres de todo el Oriente, y de las mas distinguidas por sus empleos y por sus conexiones. Nació hácia el fin del siglo décimo. Su padre Miguel y su madre María desearon que Macario, arzobispo de Antioquía, deudo muy cercano de ambos, fuese su padrino. No se sabe si era la Antioquía de Pisidia, ó la de Siria. El arzobispo le dió su nombre; y habiéndole dejado los primeros años al cuidado de sus padres, quiso despues educarle él mismo en la virtud y en el estudio de las letras. Mostró el niño un excelente ingenio, admirable natural, una inclinacion como innata á todo lo bueno, y una docilidad poco comun en los niños de su edad; con lo que hizo tan grandes progresos en sus estudios, y singularmente en la importante ciencia de la salvacion, que desde luego se persuadió el santo arzobispo de que Dios le habia escogido para vaso de eleccion, y para ser algun dia

(1) Jerem. 16.

grande ornamento de su santa iglesia; lo que le movió á conferirle los sagrados órdenes, elevándole á la dignidad de sacerdote.

Cada dia acreditaba el jóven Macario con su conducta el gran concepto que mereció al arzobispo. Su aplicacion al estudio, su amor al retiro, su modestia y sus arregladas costumbres le hicieron la admiracion de todos. Apenas se vió en el estado eclesiástico, cuando fué modelo y ejemplar de toda la clerecía. Habiéndole encomendado negocios muy importantes, se portó en todos con tanta edificacion, y los desempeñó con tanto acierto, que todos le consideraban como digno sucesor de su ejemplar arzobispo.

Con efecto, estos eran los pensamientos del prelado. Cargado de años y oprimido de achaques, viendo que se acercaba su fin, juntó al clero y al pueblo, y les habló en estos ó semejantes términos: « Ya veis, amados hijos y hermanos, que la muerte está llamando á las puertas de este pobre viejo, aun mas agoviado con el peso de la obligacion, que con el de su avanzada edad. Llámanme ya para que dé cuenta de mi administracion; y á fin de que el cargo sea menor, os he convocado para daros mis últimos consejos, y para encomendarme en vuestras oraciones. Veisme ya tocando con la mano el término de mi penosa y dilatada carrera: ninguno se interesará mas que vosotros en nombrarme un sucesor que repare mis defectos. Muchos sugetos teneis beneméritos y dignos; pero si mi voto vale algo, creo que el cielo os señala por vuestro pastor á mi sobrino Macario: su notoria virtud y sus méritos sobresalientes reclaman vuestros sufragios, y yo moriria contento si se los dieseis. » Apenas acabó el santo viejo de pronunciar estas últimas palabras, cuando toda la asamblea clamó á una voz uniforme: *Macario será vuestro sucesor: no queremos otro pastor mas que al jóven Macario.*

No fué tan fácil lograr su consentimiento como el del público. Cuanto mas le deseaban por arzobispo, mas indigno se juzgaba él de aquella dignidad; pero al fin, habiendo muerto el santo viejo, se vió precisado Macario á rendirse á las disposiciones del cielo. Fué consagrado y colocado en la silla arzobispal con universal aplauso; pero la nueva dignidad solo sirvió para hacerle mas humilde, y su conducta justificó desde luego el acierto de la eleccion.

Dejáronse ver desde mas alto y con mayor distincion su caridad, su ardiente zelo, y las demás virtudes que estaban como encubiertas en la vida particular y privada. El retrato que hace san Pablo de un santo obispo, fué el retrato verdadero del nuevo prelado. Su zelo no podia ser mas vivo, ni mas prudente; su caridad no podia ser mas universal, ni mas benéfica; su solicitud pastoral no podia ser mas activa, ni tampoco mas dichosa. Era tan poderosa en obras como en palabras; predicaba todos los dias á su pueblo, visitaba por sí mismo los enfermos, y casi todos los pobres vivian á sus expensas. Eran pocos los pecadores que podian resistirse á su dulzura, y rarísimo el que no se rendia á su zelo. Daba mucho realce á la inocencia de sus costumbres el rigor de sus grandes penitencias; y no contribuia poco para aumentar el fondo de las limosnas, su prodigiosa abstinencia, unida la modestia de su vestido, de sus muebles y de todo el ajuar de su palacio. Su devocion era tan tierna, que siendo casi continua su oracion, nunca oraba sin derramar abundantes lágrimas; de manera que se vió obligado à tener siempre de prevencion una toalla ó un pañuelo en el oratorio para enjugarse los ojos. Cierto leproso pudo haber á las manos uno de estos pañuelos, y apenas se lo aplicó con la fe que tenia de la santidad de su dueño, cuando quedó del todo sano y limpio.

A este milagro se siguieron otros muchos, los cuales hicieron tanto ruido, que comenzó á asustarse su humildad. Luego que conoció que en su ciudad arzobispal le veneraban como santo, comenzó á mirar con disgusto la residencia en ella. No le fué posible acostumbrarse á los honores que todos le tributaban. La carga que le oprimia, en vez de alijerarse con la experiencia, cada dia se le hacia mas pesada: nunca se juzgó mas indigno del oficio de pastor, que cuando todos le alababan. Esto le obligó á tomar la resolucion de echar de sí aquel peso intolerable, para atender únicamente al cuidado de su salvacion en la tranquila oscuridad de una vida privada. Tomada ya esta determinacion, encargó el cuidado de su rebaño a un eclesiástico de gran mérito, llamado Eleuterio; y habiendo repartido los pocos bienes que le quedaban entre los pobres y las iglesias, salió secretamente de la ciudad, acompañado solo de cuatro de sus discípulos, que no quisieron dejarle; y tomó el camino de Palestina para visitar los lugares de la Tierra Santa. Hizo todos estos viajes como verdadero penitente, regando con sus lágrimas aquellos lugares donde se habia obrado nuestra redencion.

Por mas diligencias que hizo para ocultar quien era, le descubrió Juan, patriarca de Jerusalen, y le recibió con los honores correspondientes; lo que le obligó á acelerar su partida. Ocupaban ya los Sarracenos la mayor parte de la Palestina, y el santo arzobispo procuraba convertir á cuantos se le presentaban en el camino. Bendijo Dios las apostólicas diligencias de su zelo, porque fueron no pocos los que abjuraron sus errores y pidieron el bautismo.

Granjeó con estas conquistas una cruel persecucion. Echaron mano de él aquellos bárbaros, y despues de maltratarle con todo género de ultrajes, le llevaron arrastrando á un calabozo Para hacer mas solemne

burla de la doctrina que no por eso dejaba de predicar, le tendieron en el suelo en forma de cruz; atáronle los piés y las manos con cordeles amarrados á unos clavos; cargaron sobre su débil estómago una gran piedra encendida, y le hicieron padecer otros tormentos mezclados con mil oprobios é ignominias.

Sufriólos todos el santo con una constancia que admiró á los mismos bárbaros; pero Dios, que no le queria mártir, se contentó con los deseos del martirio. Una luz sobrenatural disipó de repente las tinieblas del calabozo, y en medio de ella se le apareció un ángel, el cual, habiéndole exhortado á proseguir su viaje segun que Dios le habia inspirado, le puso en libertad. Convirtió á muchos bárbaros esta maravilla, y los muchos milagros que á ella se siguieron, redujeron á la fe á otros innumerables.

Despachóle sus diputados la ciudad de Antioquía, y enterado por ellos de la resolucion en que estaban sus parientes y todo el pueblo de obligarle por fuerza á volver á su silla arzobispal, se embarcó al punto para el Poniente. Atravesó todo el reino de Epiro y la Dalmacia; penetró hasta la Baviera; pasó por las ciudades de Maguncia y de Colonia, dejando en todas partes visibles señas de su heróica santidad. Pagaba el hospedaje con tantos milagros, que dos criados de cierto señor bávaro, llamado Adalberto, que le hospedó en su casa, creyeron haber hallado un medio infalible para hacerce ricos hurtándole el pañuelo, pareciéndoles que esta reliquia haria tantos prodigios como su dueño; pero castigó el Señor aquella sacrílega codicia, enviando á uno y á otro una grave enfermedad que les condujo al último extremo de la vida, y no sanaron de ella sino por otro milagro de nuestro santo.

Parece que Dios se complacia en señalar cada una de sus jornadas con alguna nueva maravilla. En

Colonia libró á su huésped de una epilepsia; en Malinas apagó un furioso incendio; en Tornay apaciguó una cruel sedicion; en Cambray le abrió un ángel las puertas de la iglesia de nuestra Señora; y en Maubeuge fué recibido como un profeta. En fin, el año de 1011, llegó á Gante con tres de sus compañeros, y se retiró al monasterio de Bavon. El abad Eremboldo y sus monjes le recibieron como á un hombre extraordinario; y fué tal el concepto que formaron de su santidad en la estancia que hizo en aquel monasterio, que no perdonaron á diligencia alguna para obligarle á terminar en él sus peregrinaciones.

A la entrada de la primavera del año siguiente resolvió embarcarse para volverse á Levante, á pesar de las lágrimas y de las instancias amorosas del abad y de todos los monjes; pero no quiso el Señor que careciesen de sus preciosas reliquias los que habian sabido aprovecharse tan bien de sus virtuosos ejemplos. Acometióle en el puerto una violenta calentura que le obligó á retirarse otra vez á San Bavon, donde vivió todavía cinco ó seis meses, disponiéndose con nuevo fervor y con nuevas penitencias para la muerte que él mismo habia profetizado. Señaló tambien el lugar donde habian de enterrarle, que era una bóveda ó gruta debajo de la capilla de la Vírgen, á la cual habia profesado toda la vida una ternísima devocion, colocando, despues de Dios, toda su confianza en esta Señora. Habiéndose extendido por todos los Paises Bajos una cruel peste, recurrieron á las oraciones de nuestro santo, y se dignó Dios oirlas. Pronosticó que él mismo seria tocado del contagio, y que con su muerte se aplacaria la cólera del cielo: el suceso acreditó la profecía. Murió en Gante en el monasterio de San Bavon, el dia 10 de abril del año 1012, y en el mismo instante cesó la peste en la ciudad y en todo el pais.

Conocióse desde luego en cuantas ocasiones ocurrieron la eficacia de su poderosa intercesion para con Dios: y así á los cincuenta años despues de su muerte, el de 1067, fué elevado su santo cuerpo de la tierra á solicitud de Sigerio, abad de San Bavon, y de Balduino V, conde de Flandes. Hízose la ceremonia en presencia de Felipe I, rey de Francia, de los principales señores del país, y de un innumerable concurso del pueblo, por Balduino, obispo de Tornay, asistido de otros muchos prelados; y quiso el Señor honrar esta solemne traslacion con un gran número de milagros.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Parece que hay dos equivocaciones, ó dos conocidos errores de imprenta, asi en el tiempo que dice el padre Croiset, que se pasó desde que el Santo, obligado de la calentura, se volvió al monasterio de San Bavon, hasta el dia de su muerte, como en el año en que se señala esta. Dice que *vivió en él cinco ó seis meses*, y que murió *el año* de 1012. Esto no se puede componer con lo que despues añade, que su cuerpo fué elevado *cincuenta años despues de su muerte*, el de 1067, porque desde 1012 á 1067 van cincuenta y cinco años. Y si la elevacion fué, como asegura nuestro autor, *á instancias de Balduino V, conde de Flandes*, no pudo pasar del año de 67, porque en ese mismo murió Balduino siendo regente de Francia; con que parece se debe decir, que san Macario vivió despues en el monasterio *cinco ó seis años*, y que murió en el de 1017 ó 18.

» A mas de esto, si fué *á la entrada de la primavera del año de* 1012 cuando quiso volverse á Levante, segun dice el padre Croiset, ¿cómo pudo vivir despues *cinco ó seis meses*, y morir *el dia* 10 *de abril del mismo año*? Para eso era menester que la

» primavera empezase por octubre, ó por noviembre
» del año precedente; y siempre saldria errada la
» cronologia del año en que murió. Por lo que parece
» indispensable corregir los referidos cómputos en
» el modo dicho. »

SAN EZEQUIEL, PROFETA.

El primero que insertó en su martirologio la memoria y nombre del profeta Ezequiel, en órden á su festividad en la Iglesia, fué el venerable Beda, cuyos vestigios siguieron despues Floro, Adon, Rábano y otros. En el martirologio romano se lee que fué muerto en Babilonia por el juez del pueblo hebreo, y sepultado en el sepulcro de Sem y Arfajad.

Si es oscura la profecía de Ezequiel por sus alegóricos é inescrutables misterios, no lo es menos la historia de su vida. Solo sabemos ciertamente lo que él mismo testifica en el principio de aquella, á saber, que fué hijo de Buzo, sacerdote de la ley antigua, existente entre los Caldeos en tiempo que Jeremías profetizaba en Jerusalen; y en órden á sus profecías ó revelaciones, nos consta que le habló el Señor cerca del rio Cobar ó Eufrates, á los 30 años de su edad, quinto de la transmigracion ó cautiverio del rey Joaquin con el pueblo judío en Babilonia, 3440 de la creacion del mundo, 613 antes de nuestra era, segun los cálculos de Saliano, aunque otros computan de diferente manera; y diciendo en el capítulo XXIX que era el año 27 de la transmigracion, se infiere que á lo menos profetizó 22 años; mas la duracion cierta del tiempo que ejerció este ministerio, es cosa oscura como lo es su vida.

El padre san Jerónimo, en el prefacio á este pro-

feta, contesta la filiacion dicha, y que principió á profetizar en el año quinto del cautiverio del rey Joaquin en Babilonia; y añade que sus admirables visiones, comprensivas de muchos misterios, las dijo no en estilo sublime ni ínfimo, sino en un medio capaz de que las entendiese el pueblo, observando con sábia industria este método, á fin de que no pudiesen percibir los de Babilonia las reprensiones que hacia á los Judios, para que no les afligiesen mas duramente. El mismo santo doctor escribe, que se significa por el nombre de Ezequiel la fortaleza de Dios, mediante á que predicaba al pueblo incrédulo y contumaz con mucho valor y espíritu, procediendo con igual valentía contra los profetas falsos, que solicitaban seducir á los Hebreos en el cautiverio, en contraposicion de sus oráculos.

El autor del libro que contiene la vida y muerte de los profetas y santos del antiguo y nuevo Testamento, escribe que fué la causa de su muerte el haber reprendido con zelo vehemente las impías supersticiones de las tribus de Israel; y san Atanasio, en el libro de la encarnacion del Verbo, dice que padeció por su pueblo, porque les profetizaba las cosas futuras.

Por las sagradas letras no nos consta cosa alguna acerca del lugar de su sepulcro; y aunque se dice fué en el que antiguamente se enterraron Sem y Arfajad, progenitores de Abrahan, sospechan algunos críticos que esta asignacion, y otros milagros que se atribuyen á este profeta, han sido ficciones de los Rabinos, supuesto que Daniel, Baruc, Esdras, Josefo y Filon, versados en la historia de los Caldeos, no escriben semejantes hechos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Ezequiel profeta, que reprendiendo al juez del pueblo de Israel porque adoraba los ídolos,

fué muerto por su órden en Babilonia, y enterrado en el monumento de Sem y de Arfajad, progenitores de Abrahan: muchos fieles solian concurrir á orar en su sepulcro.

En Roma, la fiesta de un gran número de santos mártires, bautizados por el papa san Alejandro mientras estaba preso, á los cuales el prefecto Aureliano hizo meter en un navío viejo, con órden de llevarlos á alta mar, y sumergirlos allí con una piedra al cuello.

En Alejandría, los santos mártires Apolonio presbítero, y otros cinco, que fueron ahogados en el mar durante la persecucion de Maximiano.

En Africa, los santos Terencio, Africano, Pompeyo y sus compañeros, los cuales, en tiempo del emperador Decio y del prefecto Fortunaciano, despues de haber sido azotados con varas, estirados en el potro, y atormentados de otras maneras, consumaron su sacrificio siendo decapitados.

El mismo dia, san Macario, obispo de Antioquía, ilustre por sus virtudes y milagros.

La misa es de confesor y pontífice, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Macarii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Macario, y nos absuelvas de todos nuestros pecados por los méritos y por la intercesion de aquel que mereció servirte dignamente. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 2 del apóstol san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Si qua consolatio in Christo, si quod solatium charitatis, si qua societas spiritus, si qua viscera miserationis: implete gaudium meum, ut idem sapiatis, eamdem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes, nihil per contentionem, neque per inanem gloriam; sed in humilitate superiores sibi invicem arbitrantes, non quæ sua sunt singuli considerantes, sed ea quæ aliorum.

Hermanos: Si hay alguna consolacion en Jesucristo, si hay algun consuelo de caridad, si alguna comunicacion de espíritu, si algunas entrañas de misericordia: completad mi alegría, de manera que esteis concordes, teniendo la misma caridad, una sola alma, y una sola opinion, no haciendo nada por tema ni por vanagloria; sino que con humildad cada uno tenga al otro por superior, no atendiendo á aquellas cosas que le interesan privadamente, sino á lo que tiene cuenta á los demás.

NOTA.

« Era Filipos una ciudad de Macedonia, donde san » Pablo habia trabajado con tanta fatiga como fruto. » Habia padecido mucho en ella; pero los grandes pro» gresos que en la misma habia hecho la fe, y las cre» cidas limosnas que el mismo Apóstol habia recibido » de muchos particulares, recompensaban abundan» temente el trabajo que le habia costado aquella » conquista. El asunto principal de esta epístola es » dar las gracias á sus bienhechores por los beneficios » recibidos; escribiósela desde Roma, por Epafrodito » su obispo, el año 62 de Cristo. »

REFLEXIONES.

Si qua consolatio in Christo: Si hay algun consuelo en Jesucristo. Inútilmente se busca en otra parte. Cualquiera otro objeto puede divertir y aun suspender

los enfados, las inquietudes, los cuidados que siempre nos acompañan; pero el manantial de ellos no hay cosa criada que sea capaz de cegarle. Este nace y brota, por decirlo así, de nuestro propio corazon. Los mayores enemigos de nuestra quietud somos nosotros mismos; nuestras pasiones son nuestros tiranos; es menester domarlas, es preciso exterminarlas si queremos vivir contentos. Pero este secreto solo Jesucristo nos le puede enseñar; él solo puede darnos el aliento y el valor que necesitamos para vencer á estos enemigos domésticos. A la verdad, como son tan frecuentes, tan comunes las cruces y las mortificaciones, no es posible gozar por mucho tiempo el fruto de nuestra victoria. ¿Qué condicion, qué estado hay en esta miserable vida sin adversidades? A falta de nuestras propias pasiones, nos ejercitan las de los otros. Pocos dias serenos se logran en el mundo, y aun son muchos menos los de una perfecta calma; los mismos vientos que disipan las nieblas, suelen no pocas veces excitar las tempestades. Todo es revoluciones, desgracias, pérdida de bienes, enfermedades, muertes y contratiempos. Luego que entró el pecado en el mundo, inficionó todas las fuentes: todas son amargas, y solo tiene virtud para endulzarlas la cruz de Jesucristo : ella sola puede hacerlas potables, y en solas sus sagradas llagas hallaremos raudales puros para saciar nuestra sed : *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris* (1). Esta es la verdadera fuente adonde debemos acudir para el consuelo, y es el único manantial que jamás se ciega ni se seca. Las demás son cisternas abiertas que no pueden contener el agua, ó la que se halla en ellas es turbia y cenagosa. Solo Jesucristo es el que sana al criado del Centurion y á la suegra de san Pedro, el que sosiega el mar alborotado, el que lanza

(1) Isai. 12.

los demonios, y el que enjuga las lágrimas de una madre desconsolada. Solo en este Señor encuentran los enfermos salud, y los atribulados consuelo. Si hay desdichados en el mundo, es porque no hay confianza en Jesucristo. Cinco panes bastaron para saciar á cinco mil hombres que seguian al Salvador; síguele tú, y no te faltará nada.

Implete gaudium meum, prosigue el Apóstol, *ut idem sapiatis, eamdem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes :* Haced completo mi gozo, de manera que sepa que no hay entre vosotros variedad de opiniones, que á todos os estrecha un mismo amor, y que hasta en los dictámenes del entendimiento todos sois de un mismo sentir. Estos eran los primeros cristianos : ¡ que poco nos parecemos nosotros á ellos! Es muy raro que convengan tres personas en un mismo parecer. El orgullo es enemigo de la union de los corazones: pensar como piensan los demás, se tiene por vulgaridad, por pobreza de talento. El deseo de distinguirse ejerce su imperio hasta en los espíritus; y este es el verdadero origen de las disputas y de las contiendas; este es el enemigo del reposo público, el que apaga la caridad, el que turba la paz de las familias, el que se introduce hasta en los claustros religiosos, y en el mismo asilo de la humildad. Sin embargo uno de los frutos de la redencion debe ser la union de los ánimos y de los corazones. *Este es el mandamiento que os doy : que os ameis los unos á los otros como yo os amo á todos* (1). *La señal por donde el mundo conocerá que sois discípulos mios, será si os amáreis unos á otros* (2).

El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Venite ad me	En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Venid á mí

(1) Joan. 13. — (2) Ibid. 15.

omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

todos los que estais fatigados y cargados, que yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon: y encontraréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y la carga mia lijera.

MEDITACION.

DE LO QUE ENDULZA Y SUAVIZA TODAS LAS CRUCES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que si son amargas las cruces, ninguna hay que no tenga con que poder endulzarlas; en ellas mismas se halla el secreto para quitarlas la amargura. Quitase esta solo con llevarlas con paciencia, solo con tener humildad para verse enclavado en ellas. La cruz de Cristo ennoblece todas las demás. *Clavado estoy en la cruz*, decia el Apóstol, *pero con mi Señor Jesucristo* (1). No apartemos á Cristo de la cruz, ó no nos apartemos de la cruz de Cristo, y todas nos parecerán dulces, porque él se echó á pechos toda la amargura. Solo con mirar la cruz con ojos verdaderamente cristianos, no encontraremos en ellas cosa ingrata, sino para los sentidos. El alma encuentra en las cruces un fondo de consuelos que se las hace preciosísimas. Satisfaccion á la divina Justicia por los pecados pasados; preservativo contra los futuros; remedio soberano contra el veneno de las pasiones; armas formidables á los enemigos de la salvacion; manantial de méritos para la vida eterna: todo esto se halla en el buen uso de las cruces, y este buen uso no es tan dificultoso como parece á primera

(1) Ad Gal. 2.

vista. En tomando el partido de rendirse á Dios y de obedecerle, cueste lo que costare, cuesta poco mas que nada. Abandónate enteramente en las manos del Señor, y él endulzará tus trabajos.

No hubo santo que no hiciese en sí mismo esta experiencia. San Pedro llama felices á los que padecen por Cristo. San Pablo no solo estaba lleno de consuelo en medio de los trabajos, sino que él mismo asegura que era mayor su alegría cuando eran mas excesivas sus tribulaciones (1). No hay que pensar que se acabaron estas experiencias con los primeros siglos de la Iglesia, porque se han continuado sin intermision en todos tiempos.

Hízolas san Francisco Javier entre los abrasados arenales del Japon; hízolas santa Teresa entre las mas terribles arideces de espíritu; hízolas santa María Magdalena de Pacis en medio de las pruebas mas sensibles. No solo fué consolado san Macario, patriarca de Alejandría, cuando le visitó el ángel en su calabozo: ninguna persecucion, ningun tormento tuvo que padecer, que no fuese sazonado con una dulzura inexplicable. Cada dia están experimentando esto mismo las personas ajustadas en sus adversidades y trabajos. De aquí las nace aquella paciencia, aquella dulce tranquilidad, aquella admirable igualdad de ánimo, aquel semblante sereno y aun alegre en medio de la tormenta. Como está Cristo con ellas en el barco, nada se les da por la agitacion de las ondas. Al lado de Cristo nada se teme: y á la verdad, estando en su compañía, ¿qué hay que temer? Muchos son los que padecen sin hacer esta dulce experiencia; porque son muchos los que están enclavados en la cruz, pero no en la cruz de Cristo.

(1) II. Cor. 7.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aun cuando las adversidades sean puramente castigo de Dios por nuestros pecados, no por eso son menos dulces, ni menos estimables. Un Dios que castiga en esta vida, es un padre que corrige. Nunca está Dios mas irritado que cuando calla, cuando no habla palabra á vista de nuestras maldades. *Cum iratus fueris, misericordiæ recordaberis.* Sí por cierto; jamás nos carga el Señor su pesada mano, sin que su amoroso corazon tenga designio de hacernos misericordia. ¡Qué consuelo, qué dulzura, pensar que las cruces mas pesadas son riquísimos tesoros! ¡que las adversidades mas amargas son pruebas sensibles de la bondad de nuestro Dios! ¡que las mas duras aflicciones son efectos de su misericordia!

La misma mano es la que reparte las prosperidades y las adversidades de esta vida: pues ¿porqué no recibiremos unas y otras con la misma sumision y con igual reconocimiento? A la hora de la muerte, ninguna cosa consuela tanto como las cruces y los trabajos, cuando se han recibido con espíritu cristiano. ¿Consolará mucho en aquella hora la memoria triste de los empleos que se gozaron, de los gustos que se disfrutaron, de las prosperidades que nos engrieron? ¡Ah, qué manantial tan copioso de ayes, de remordimientos y de dolores amarguísimos! Los que asisten á un pobre moribundo, ¿soñarán entonces en traerle á la memoria los regocijos públicos que él mismo animó con su presencia, aunque sea el mayor príncipe del mundo? ¿Qué se diria de un confesor que emplease aquellos postreros momentos en recordarle el número de sus victorias, la importancia de sus conquistas, la magnificencia de su corte, la suntuosidad de su mesa, la ostentacion de su palacio; en una palabra, todo aquello que contribuye á fomentar el

orgullo de los grandes, todo lo que se llama alegría, prosperidades y felicidades del mundo? ¿Qué hombre de razon, aunque fuese un libertino ó impío, no gritaria contra la imprudencia, por no decir contra la bobería de aquel confesor? ¿De qué se habla y se debe hablar á un moribundo? ¿qué imágenes se le ponen á la vista? ¿con qué consuelo se le brinda? ¿adónde se le remite para que aliente su confianza? A Jesucristo, y á Jesucristo crucificado. Si el moribundo ha padecido trabajos, si su vida estuvo sembrada de adversidades, si fué perseguido con desgracias y reveses de la fortuna, un hábil y zeloso confesor se vale de esto mismo para despertar su confianza en Jesucristo, y para fortalecerle contra los temores y sobresaltos tan comunes en aquella postrera hora. Pues ¿porqué no nos ha de consolar en vida aquello que ha de ser nuestro único consuelo en la hora de la muerte?

En fin, aquel Dios que me aflige, es el mismo que me ama con ternura; y estando bien seguro de su amor, me envía esta enfermedad, esta desgracia, esta adversidad, este trabajo. ¿He de tener pues yo aliento para quejarme?

¡Ah Dios mio, y qué poco he conocido hasta aquí el mérito de las cruces! ¡qué desgracia la mia en haberlas malogrado! Muchas me han oprimido, pero no he sabido aprovecharme de ellas. Haced, Señor, que en adelante sepa reparar esta gran pérdida, y que encuentre en las mismas cruces motivos para abrazarme gustosamente con ellas.

JACULATORIAS.

Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt. Salm. 22.

Sí, Señor, los mismos golpes de vuestra amorosa mano son los que me han consolado mas.

Hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat. Job. 6.

Sea todo mi consuelo el que Dios me aflija, me castigue, y no me perdone en esta vida, para que me perdone en la otra.

PROPOSITOS.

1. Todo en este mundo está sembrado de cruces; las adversidades son la herencia de los cristianos; pero el secreto de convertir en agua dulce el agua salobre y amarga, en su mano lo tienen. Si lo ignoran, es por culpa suya. El mismo fruto de la cruz es remedio maravilloso para endulzar la amargura del mismo árbol. La sangre de Cristo que la regó ó la bañó, obró esta maravilla, y comunicó esta virtud á las adversidades, con tal que se reciban con un espíritu cristiano. Comienza desde hoy á aprovecharte de un tesoro que estaba escondido en tu misma posesion. Acostúmbrate á recibir como venido de la mano de Dios todo lo adverso que te suceda en la vida. Los golpes de mano tan amorosa, aunque parezcan pesados, siempre son cariños: no los consideres de otra manera. ¿Conoces que se te altera el mal humor, que se irrita la ira, que la melancolía se aumenta á vista de esa mortificacion que te humilla, de ese lance que te escuece? Pues procura serenar el semblante, y decirte á tí mismo interiormente: Dios se ha servido enviarme esta mortificacion, esta enfermedad, este contratiempo; Dios juzga que conviene para mi salud espiritual el sufrir esta humillacion; Dios no quiere concederme alguna grande gracia, sino con la condicion de que lleve esta cruz: pues ¿de qué tengo que quejarme? No hables ni de tu enfermedad, ni de tu pleito, ni de tu desgracia, ni de tu afrenta, sino siempre en este tono:

haz estudio de no conversar con tus amigos sino sobre el valor y mérito de las adversidades de esta vida: esta práctica es excelente para apagar las vivacidades del amor propio. Aunque no la hagas con mucho gusto, siempre la harás con gran provecho.

2. Las grandes cruces tienen siempre grandes apoyos: las pequeñas pesan menos, pero son mas agudas, y suelen picar mucho mas. Dedícate á embotar sus puntas, usando bien de ellas bajo las reglas siguientes. Primera: En sucediéndote alguna desazoncilla, díte á tí mismo con san Francisco de Sales: *La mortificacion es buena en todo tiempo, es remedio excelente, no hay cosa mas necesaria.* Segunda: Estas cruces pequeñitas tan frecuentes son ciertas incomodidades lijeras, ciertas desazones interiores, ciertos trabajos casi imperceptibles; son los frecuentes descuidos de los criados y de los hijos; las desatenciones ó el mal humor de los sugetos con quienes tratamos; el genio extravagante, la mala fe, la emulacion y todos los sinsabores que acompañan al comercio de la vida. Todas estas cosas las has de mirar de aquí en adelante con ojos cristianos. Este continuo ejercicio de mortificacion bien practicado es un gran caudal, con que se puede satisfacer á la Justicia divina, y con que se pueden ir pagando muchas deudas.

DIA ONCE.

SAN LEON, PAPA, LLAMADO EL MAGNO.

San Leon, mas grande aun por su eminente santidad y por todas sus heróicas virtudes, que por las grandes cosas que hizo en beneficio de la Iglesia, las



S. LEON MAGNO, PAPA.

cuales le merecieron con justicia el epíteto de Magno, nació al mundo hácia el fin del siglo cuarto, siendo emperador el gran Teodosio. Fué Romano de nacimiento, hijo de Quinciano, originario de Toscana; y así por su mucha delicadeza, como por su cortesana educacion y urbanísimo carácter, se cree que su familia fuese de alguna distincion. Crióse en el seminario del clero romano, donde era costumbre en aquel tiempo criarse la juventud que se destinaba al estado eclesiástico, formándola en la virtud, no menos que en las ciencias. Desde luego se distinguió Leon por la solidez y por la viveza de su ingenio, y por la pureza de sus costumbres; de manera que en poco tiempo fué ejemplo y aun admiracion de todo el clero. Conócese bien por las obras de su mano, que han llegado hasta nosotros, lo mucho que adelantó en las bellas letras; pero sobre todo en el estudio de los cánones y costumbres de la Iglesia. Como le destinaba Dios, dice un concilio general, para triunfar del error y para sujetar á la fe á tantos enemigos suyos, le previno con tiempo, adornándole con las armas de la ciencia y de la verdad.

Siendo todavia acólito, fué escogido para llevar á los obispos de Africa las letras apostólicas del papa Zósimo, en que condenaba á los heresiarcas Pelagio y Celestino; y con esta ocasion trató á san Agustin, y contrajo estrecha amistad con él. De vuelta de este viaje fué hecho diácono de la iglesia romana; y el papa san Celestino, conociendo la sublime elevacion de su ingenio, su elocuencia, su virtud y su gran capacidad, le hizo su secretario. Este empleo dilató bien pronto su fama hasta las provincias mas remotas de la Iglesia. A él, como á primer ministro de la santa sede, acudió san Cirilo, patriarca de Alejandría, para informar al papa de los ambiciosos pasos de Juvenal, patriarca de Jerusalen; pudiéndose decir

que sobre los ombros del diácono Leon descansaba todo el peso de los negocios mas importantes de la Iglesia universal.

Con ocasion de la herejía del impiísimo Nestorio, la tuvo nuestro santo de mostrar su ardiente zelo por la persona adorable de Jesucristo, y por la honra de su santísima Madre. Obra suya fué la principal parte de lo mucho que trabajó el papa Celestino en este gran negocio; suyas fueron las cartas que escribió el papa á san Cirilo y á los padres del concilio general efesino; y él fué el que movio á Casiano, su amigo particular, á escribir de la encarnacion del Verbo contra la impiedad de Nestorio.

Habiendo sucedido á san Celestino el papa Sixto III, en el año de 432, se halló san Leon en estado de prestar mas importantes servicios á la Iglesia, por la entera confianza que debió al nuevo pontífice, cuya inocencia vindicó valerosa y ardientemente en presencia del emperador Valentiniano III, al mismo tiempo que con su vigilancia, sagacidad y penetracion descubria los malignos artificios de Julian, obispo de Eclana, principal apoyo y protector de los pelagianos. Sucedió por este tiempo aquella fatal division entre Accio y Albino, generales del ejército romano en las Galias, que amenazaba lastimosa ruina al imperio y á la Iglesia con la inundacion de los bárbaros, si san Leon, enviado por el papa Sixto, no la hubiera impedido. Ganóse de tal manera con su prudencia el corazon de aquellos dos generales, que, terminadas amigablemente sus diferencias, los puso acordes en los intereses de la religion y del estado, y les persuadió á que empleasen todas sus fuerzas contra los enemigos de la Iglesia y del imperio.

Mientras se empleaba Leon en esta importante legacía, murió en Roma el papa Sixto, dejando expuesta la Iglesia á terribles embarazos, por el furor de los

herejes que se multiplicaban cada dia, por la crueldad de los bárbaros que iban penetrando en todas las provincias del imperio, y por la relajacion de sus mismos hijos, cuyas costumbres eran poco correspondientes á la religion que profesaban. No se hallaba otro que fuese capaz de remediar tantos males sino nuestro Leon; y así, aunque estaba ausente, fué elegido por papa con unánime consentimiento y con aplauso universal, el dia 28 de julio del año 440. En vano se resistió, gimió, suplicó, dilató su vuelta á Roma: vióse, en fin, precisado á obedecer. Ningun emperador entró jamás en la capital del mundo con tantas aclamaciones. Fué consagrado el domingo 8 de setiembre, seis semanas despues de su eleccion; y en el sermon que predicó este mismo dia al pueblo romano, acreditó que hasta entonces no habia concedido el Señor á la silla apostólica un sucesor mas digno de san Pedro.

Instruido perfectamente del estado de la Iglesia, empleó toda su aplicacion en el remedio de sus necesidades. Parecióle que debia dar principio por la reformacion del clero romano, cuyo ejemplo debia servir de modelo á todo el clero de la cristiandad. No contento con excitarle á la virtud con sus ejemplos, le exhortaba continuamente con sus palabras, pasándose pocos dias sin que predicase al pueblo; y correspondiendo el fruto á su apostólico zelo, en breve tiempo se vió mudado el semblante de la ciudad de Roma. Pero considerándose padre comun de todos los fieles, hacia en las demás partes el mismo fruto con sus cartas, que en Roma con sus sermones; y no habia ángulo en toda la cristiandad adonde no llegasen los efectos de su solicitud pastoral.

Desde los primeros años de su glorioso pontificado resucitó en todas partes la disciplina eclesiástica; dió reglas á los fieles muy propias para todo género

de estados y condiciones, é hizo florecer la piedad cristiana con muy brillante esplendor en todo el mundo.

Nunca tuvo la Iglesia tantos enemigos juntos que combatir, y nunca logró tan gloriosas victorias de todos ellos por la vigilancia, por la magnanimidad y por el zelo prudente, activo é ilustrado del santísimo pontífice. Los maniqueos huyendo de la dominacion de los Vándalos en Africa, habian venido á Italia á inficionarla con sus errores y con sus disoluciones; al tercer año de su pontificado exterminó Leon esta infame secta, desterrándola, no solamente de Italia, sino de todo el mundo cristiano.

Penetrando bien todo el pestilencial veneno del pelagianismo, se aplicó con el mayor ardor á libertar la Iglesia de Dios de esta ponzoña; y mandó venir á Roma á san Próspero de Aquitania, para que estando cerca de su persona, le ayudase mejor á combatir contra estos herejes, á quienes los prósperos sucesos habian hecho insolentes, y el número los hacia formidables. Escribió epístolas, compuso libros, celebró concilios, les hizo una mortal guerra; y en fin tuvo el consuelo de ver triunfar la verdad católica de aquel pernicioso error. Fué condenado y privado de su silla episcopal, como hereje, el obstinado Juliano, cabeza de aquel partido, y murió desgraciadamente en un país extranjero. Los presbíteros de Marsella, ó los semipelagianos, encontraron siempre en el pontífice Leon un invencible defensor de la doctrina de la Iglesia; y aunque era tan amigo de Casiano, como lo era mucho mas de la verdad, hizo que san Próspero escribiese contra una de sus conferencias, que era la décimatercia: él mismo escribió á los presbíteros de la Provenza, y no perdonó á diligencia alguna para abolir en el mundo hasta el nombre de los pelagianos.

Renovándose en España la herejía de los priscilia-

nistas, apenas llegó el aviso al gran Leon, cuando refutó con la mayor fuerza sus principales errores, en las cartas que dirigió á los prelados españoles sobre este asunto. Ordenó á los metropolitanos que convocasen concilios provinciales para exterminar este monstruo; y logró verlo aniquilado casi al mismo tiempo que aparecido.

Como el Señor le habia escogido para que hiciese triunfar la fe en todo el universo, permitió que en su tiempo se levantasen contra la Iglesia los mayores y mas peligrosos enemigos. Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, aprovechándose del público horror con que se miraba la impiedad blasfema de Nestorio, se precipitó en el extremo contrario, confundiendo en Cristo las dos naturalezas. Procuró sofocar este monstruo en la misma cuna san Flaviano, patriarca de Constantinopla, condenando en un concilio esta detestable herejía juntamente con su autor. Pero Eutiques no se sujetó á su sentencia; antes bien, astuto y solapado como todos los heresiarcas, se anticipó á escribir á san Leon, diciéndole: que el nestorianismo levantaba la cabeza, y que él habia querido combatir el error, pero que habia sido condenado por un conciliábulo de nestorianos, de cuya sentencia apelaba á la de la santa sede. Era, sin duda, cauteteloso el artificio; pero el pontífice era muy sagaz y prudente para dejarse fácilmente preocupar. Despachó luego sus legados, y escribió á Flaviano aquella admirable epístola sobre la encarnacion del Verbo, que despues sirvió de regla á los padres del concilio de Calcedonia para explicar este divino misterio; y no perdonó á medio alguno para conseguir que triunfase la verdad.

Informado de las perniciosas opiniones de Eutiques, de la pureza de la fe de san Flaviano, y de todo cuanto habia pasado en el conciliábulo que se llama

el latrocinio de Éfeso, no se pueden explicar los desvelos, los cuidados, los medios que aplicó el solícito pontífice para extinguir este incendio. Convocó un concilio en Roma; escribió á los emperadores Teodosio y Valentiniano, á las emperatrices Placidia y Eudoxia, para interesarlos en la causa de la religion; y muerto ya el emperador Teodosio, se aprovechó de la piedad de la emperatriz Pulcheria y del emperador Marciano, para que se juntase el célebre concilio general calcedonense, en que el mismo santo papa presidió por medio de sus legados. La verdad triunfó allí del error, Eutiques fué condenado, y el concilio se concluyó con solemnes gracias y públicas aclamaciones *al muy grande santísimo pontífice Leon.*

Mientras la fe triunfaba en el Oriente por el infatigable zelo del vigilantísimo pontífice, gemia en el Occidente la Iglesia por la irrupcion impetuosa de los bárbaros. Atila, rey de los Hunos, habia penetrado por la Panonia en las provincias del imperio con un ejército formidable, arrasando las campiñas, quemando las iglesias, y entrando á sangre y fuego en todas las poblaciones. Aquileya, Pavía, Milan habian experimentado ya la barbarie de este conquistador, que se hacia llamar *el azote de Dios*; y toda la Italia era presa infeliz de este tirano, que no encontrando quien hiciese resistencia al arrebatado torbellino de sus armas, pasado el Po, iba á conquistar todo el imperio romano, apoderándose de su casi desarmada capital. En tan lastimosa consternacion acudio Roma á su amantísimo Pastor, y llena de confianza en el gran poder que su eminente santidad le daba con el Señor, le pidió, le rogó, le conjuró con los gritos, con los llantos, con los alaridos de todo el pueblo, que él solo saliese á servir de dique al torrente impetuoso de los bárbaros.

Movido Leon de las lágrimas y clamores de su pue-

blo, poniendo toda su confianza en aquel Señor que tiene en sus manos los corazones de los reyes, se encargó de tan dificultosa como arriesgada comision. Hallábase Atila al frente de su ejército sobre las riberas del Mincio en las cercanías de Mantua. Púsose Leon en su presencia, y le habló con tanta valentía, con tanta majestad, y al mismo tiempo con tan dulcísima elocuencia, que aquel bárbaro rey, azote de Dios y terror de todo el género humano, olvidado de su fiereza, se humilló delante del siervo de Dios; y ajustada la paz, retrocedió por donde habia venido, volviendo á pasar el Danubio. Reconoció todo el universo esta maravilla, y Leon tributó al Dios de los ejércitos toda la gloria. Aprovechándose de las buenas disposiciones en que halló á su pueblo de vuelta á Roma, hizo que se rindiesen al Señor solemnes gracias con públicas procesiones, desterró todos los espectáculos profanos, reformó las costumbres en todos los estados, renovó la piedad, resucitó la devocion del pueblo con la Reina de los santos y con las reliquias de los mártires, á cuya intercesion atribuia la libertad milagrosa de la afligida ciudad.

Apenas comenzaba á respirar el santo papa de tan tristes sobresaltos, cuando tuvo noticia de las nuevas inquietudes que causaba en la Iglesia el orgullo de Anatolio, patriarca de Constantinopla, que no habia cesado de revolverlo todo desde el concilio calcedonense, para mantener los pretendidos privilegios de su silla, y dominar sobre toda la iglesia del Oriente. Como san Leon se habia opuesto á esta usurpacion de primacía, Anatolio no perdonaba medio para indisponerle con el emperador; y previendo nuestro santo las funestas consecuencias de estos malos oficios, envió á Juliano, obispo de Cos, para que residiese cerca de la persona del emperador en calidad de apocrisiario ó nuncio suyo: costumbre que observó

despues la silla apostólica en las córtes de los mayores príncipes. Escribió el papa al emperador y á la emperatriz, los cuales hicieron fuertes y repetidas instancias en favor de Anatolio; pero el santo se mantuvo siempre inflexible, y el emperador se rindió presto á la eficacia de sus razones.

Siempre infatigable, siempre atento, y siempre vigilante á las necesidades de la Iglesia, escribió á los monjes de Palestina sobre los artículos de fe decididos en los cuatro concilios ecuménicos; dispuso una regla ó ciclo pascual, que dispensó á los Latinos de recurrir á los Griegos y á los Orientales para la celebracion de la Pascua; reformó la disciplina eclesiástica en la mayor parte de las iglesias de Occidente; escribió á Doro, obispo de Benevento, á Teodoro, obispo de Frejus, y otra tercera epístola á todos los obispos de Campania y de las dos provincias; y como todas estas epístolas están llenas de instrucciones prácticas tocante á la disciplina eclesiástica y á la administracion de los sacramentos, se las ha llamado *Decretales*.

Queriendo la emperatriz Eudoxia vengar la muerte del emperador Valentiniano su marido, y hacer que el tirano Máximo se arrepintiese de sus crueldades y violencias, el año de 455 llamó á Italia á Genserico, rey de los Vándalos, el cual entró en Roma sin resistencia, y por espacio de catorce dias permitió el saqueo de la ciudad á las tropas. A ruegos y lágrimas del santo pontífice Leon mandó el bárbaro rey que no se quemase la ciudad, que se perdonase á la sangre de los ciudadanos, y que fuesen privilegiadas del saqueo las iglesias principales. En medio de eso fué lamentable la desolacion. Procuró el santo pastor que su rebaño se aprovechase de ella; hizo reconocer á los Romanos que la causa de tantos males procedia de su ingratitud para con Dios, del poco aprecio que habian hecho de sus consejos, de su profanidad, del

licencioso desórden de sus costumbres y de su obstinada impenitencia.

Llevó consigo Genserico un número prodigioso de cautivos; y como se habia apoderado de las riquezas de Roma, los privó al mismo tiempo de los medios que podian tener para su rescate. Consolólos el santo pontífice con sus cartas, y procuró socorrerlos tambien con sus limosnas, fortificándolos tan firmemente en la fe, que de cautivos, al parecer desgraciados, los convirtió en dichosísimos y zelosos misioneros de la religion, á la cual redujeron tan grande número de bárbaros, que san Leon se vió precisado á enviar pastores para gobernar aquel rebaño que habia adquirido Jesucristo por su ministerio.

Su vigilancia y su zelo le hacian infatigable en los trabajos. Apenas se puede comprender cómo podia un hombre solo hacer tantas maravillas. Alimentaba continuamente al pueblo con el pan de la divina palabra; quitaba la máscara al error, y lo confundia con su doctrina; era el alma de todos los concilios; proveia á las necesidades de todas las iglesias del mundo; detenia con sola su presencia los ejércitos de los bárbaros; desarmaba con su elocuencia la ferocidad de los mas fieros conquistadores; restituia con su teson la disciplina eclesiástica á su antiguo vigor; hacia florecer con su vigilancia la piedad cristiana hasta en los mas remotos ángulos de toda la cristiandad.

El fué el primer pontífice que dejó á la Iglesia un cuerpo de obras seguido. Ciento noventa y seis sermones sobre las principales fiestas del año, y ciento cuarenta y una cartas que explican con precision, con elocuencia y con maravillosa claridad la mayor parte de los misterios de la religion, dan á conocer el carácter de este gran papa. Pero con aquella magnanimidad de ánimo, con aquella vasta comprension de espíritu, con aquella universalidad de conocimientos,

quizá no habrá habido en el mundo hombre mas humilde. Basta leer los sermones que hacia todos los años en el dia aniversario de su consagracion, para juzgar si es posible unir mayor santidad y mayor mérito con humildad mas profunda.

Despues del saqueo de los Vándalos renovó toda la plata en todas las iglesias de Roma; reparó las basílicas de san Pedro y de san Pablo; estableció capellanes en los sepulcros de los santos apóstoles; enriqueció las iglesias antiguas, y erigió otras nuevas. En fin, despues de veinte y un años de pontificado, aquel papa, verdaderamente grande, azote de los herejes, padre de los pobres, luz del mundo cristiano, admiracion de todo el universo y ornamento de la silla apostólica, consumido de los trabajos y de las penitencias, y colmado de merecimientos y de gloria, fué á recibir en el cielo, del Padre de las misericordias, el premio que estaba preparado á su eminentísima virtud. Murió en Roma el dia 11 de abril del año, á lo que se cree, de 461, á los sesenta de su edad, poco mas ó menos, dejando la Iglesia del Señor en un estado muy floreciente.

Lloráronle todas las iglesias del mundo; pero lloróle muy particularmente Roma, que no solamente le veneraba como á su pastor, sino tambien como á su libertador y como á su padre. Fué depositado y enterrado su cuerpo con solemne pompa en la basílica de San Pedro, y su culto comenzó á celebrarse desde el siglo sexto en la universal Iglesia, así latina, como griega.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Leon, papa y confesor, á quien su raro mérito y excelentes virtudes han hecho dar el sobrenombre de Grande. En su tiempo se celebró el santo concilio de Calcedonia, en el cual condenó á

Eutiques por medio de sus legados, y confirmó con su autoridad los decretos del mismo concilio. Despues de haber establecido varios reglamentos, y compuesto sabios tratados, habiendo trabajado como buen pastor por el bien de la santa Iglesia y del rebaño de Jesucristo, descansó en paz.

En Pérgamo en Asia, san Antipas, aquel testigo fiel de quien habla san Juan en el Apocalipsis: encerrado en un toro de bronce hecho ascua, consumó su martirio en tiempo del emperador Domiciano.

En Salona en Dalmacia, san Domnion obispo, martirizado con ocho soldados.

En Gortina en la isla de Candía, san Felipe obispo, muy célebre por su santidad y doctrina, que gobernó tan bien su iglesia en tiempo de los emperadores Marco Antonino Vero y Cómodo, que la preservó del furor de los gentiles y de las asechanzas de los herejes.

En Nicomedia, san Eustorgio, presbítero.

En Espoleto, san Isac, monje y confesor, de cuyas virtudes hace mencion el papa san Gregorio.

En Gaza en Palestina, san Barsanufio anacoreta, en tiempo del emperador Justiniano.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Leonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Leon, tu confesor y pontífice, y que nos perdones nuestros pecados por los merecimientos de aquel que mereció servirte dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum in odorem suavitatis.

He aquí un sacerdote grande, que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« Hácia el año de la creacion del mundo 3730, mas » de 300 años antes del nacimiento de Cristo, Tolomeo » Lago, rey de Egipto, arrasó toda la Judea, y llevó » cautivos mas de cien mil judíos, entre los cuales » fué uno Jesus, hijo de Sirac, hombre de extraor- » dinaria capacidad, y de no menos ejemplar virtud. » Ocupabase únicamente en el estudio y en la leccion » de los libros sagrados; y así echó mano de él » el Señor para componer el libro que llamamos el » Eclesiastico, ó el libro que predica é instruye. »

REFLEXIONES.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus. Este es aquel gran sacerdote, que agradó á Dios mientras vivió, y fué hallado justo. Solo se agrada á Dios sirviéndole, y caminando delante de sus divinos ojos por las derechas sendas de la santidad y de la justicia. En este agradar á Dios consiste la verdadera grandeza, el mérito mas real, la mas sólida felicidad : *Hoc est enim omnis homo*, como se explica el Espíritu Santo, esto es ser hombre. Agradar á los grandes del mundo, no deja de ser honra; pero no pocas veces mas es fortuna que mérito. El genio, la simpatía, y tal vez la lisonja, pueden contribuir á inspirar inclinacion; no siempre es la virtud el primer móvil de la benevolencia. Cuando el agrado entra por el humor, el favor depende del capricho. Por eso suele ser ya como destino de los favoritos, que no conserven el favor hasta el fin. Pero como para agradar á Dios no hay otro camino que el de la virtud y el de la religion, la amistad de Dios es prueba infalible y medida segura del verdadero mérito. Agradar á Dios, es poseer todo lo que hace á un hombre verdaderamente respetable; agradar á Dios, es estar en su gracia, es lograr uno cuanto ha menester para no necesitar del favor de los hombres. La amistad de Dios vale por todo. ¿Qué pueden contra un hombre amado y protegido de Dios todas las desgracias, todos los contratiempos, todos los reveses de la vida? ¿Qué puede contra él toda la malignidad de los hombres? Todo esto sirve para aumentar su fervor, y para que crezca su mérito en la estimacion de Dios. ¡Qué objeto mas digno de nuestra ambicion, ni qué ambicion mas fácil de contentarse y de satisfacerse! En vano se suda, se afana, se trabaja, se gasta la salud, se sacrifican los bienes, y tal vez hasta la

misma vida en servicio de los grandes; no suele bastar esto para merecer sus agrados. Téngase la voluntad mas sincera, la mas fina, la mas ardiente de ervirlos; no siempre basta para que nos dispensen u gracia. Pero respecto de Dios, en el mismo punto que tengo verdadero deseo de servirle, le sirvo; la misma voluntad de agradarle, es complacerle. Pero siendo tan estimable, siendo tan ventajoso, siendo tan fácil aspirar á conseguir este favor del Altísimo, ¿hacen grandes esfuerzos los hombres para alcanzarlo? ¿se les da mucho el perderlo? ¡Con qué facilidad se sacrifica la amistad de Dios al deleite, al interés, á la pasion! Viéndose la facilidad con que se peca, y la grandísima serenidad con que se vive despues de haber pecado; ¿quién no dirá que en perder la amistad de Dios nada se va á perder? Pero ¿quién se esmera mucho en agradarle? Hágase induccion por todos los estados del mundo: ¿se ocupan mucho en los deseos, en las ansias, en las solicitudes de agradar á Dios aun los que viven en los estados mas santos? En separando á un lado aquel corto número de almas fervorosas y sedientas de la justicia, aquellas personas de una virtud eminente que son tan raras; ¡cuán prodigiosa multitud resta de cristianos tibios, flojos é indiferentes para con Dios! ¡qué multitud de libertinos, de hombres sin religion en medio del seno de la Iglesia! Esos ricos comerciantes, esos hombres de corte, esas gentes de negocios, esas mujeres del mundo, esas personas tan poco cristianas, á quienes la ambicion, el interés, el amor á los deleites, y todas las demás pasiones van dominando como pro turno y sucesivamente, menos cuando todas juntas las dominan, ¿se ocupan mucho en el deseo, en el ansia de agradar á Dios, dándoseles tan poco ó nada el desagradarle?

El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.

In illo tempore: Venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii verò Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díjoles Jesus: Y vosotros ¿quién decis que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

DE LA SUMISION A LA IGLESIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que así como fuera de la Iglesia no hay salvacion, así tampoco hay verdadera fe sin la su-

mision á ella. Siendo la Iglesia la única depositaria de las verdades de la religion y del espíritu de Jesucristo, el que no la escucha debe ser tenido por publicano, y en cierta manera como idólatra. Sus preceptos son leyes, sus reglas son decretos, sus decisiones son oráculos. Resistirse á obedecerla, es amotinarse contra Dios. No se da paso fuera de su aprisco, que no sea un riesgo y un precipicio; y aquel leon rugiente que anda al rededor de él, buscando á quien devorar, en viendo una oveja fuera del redil, al punto la despedaza.

Esta Iglesia tan divina en su orígen, tan sobrenatural en sus dogmas, tan santa en sus máximas, tan respetable en todas sus leyes, no es otra que la Iglesia católica, apostólica, romana; fundada por Jesucristo, extendida en todo el universo por los apóstoles; cimentada, por decirlo así, con la sangre de mas de diez y ocho millones de mártires, ilustrada con las brillantes virtudes de tantos santos; á sola la cual dejó Cristo su espíritu, la cual sola no teme al infierno, y en sola la cual se hallan los verdaderos fieles. ¡Qué dicha, qué beneficio haber nacido en su seno, haber sido criado con su leche, poder caminar seguramente á favor de su indefectible luz! Pero ¡qué desdicha, no dar oidos á sus voces, no ser dóciles á su voluntad, y dejando sus caminos, abrirse nuevas sendas y caminar por ellas á ciegas y sin guia!

Volvamos los ojos á esa confusa multitud de sectas, en las cuales no hay mas que un fantasma de Iglesia, una máscara de religion, una ley orgullosa, extravagante, quimérica y de capricho; todas son obra de la indocilidad del espíritu humano, y de la falta de sujecion á la Iglesia. Ninguno se hizo jamás sordo á sus voces, que al punto no se hiciese tambien ciego. No se hace mudo; pero parece que solo sabe hablar para hacer notorio á todos cuanto se ha descaminado.

¡Oh, qué digno de compasion es el hombre abandonado á su propia razon y á su orgullo! ¿Puede el infeliz ser entregado en manos de mas peligroso enemigo y de una peor guia? Admirámonos de que haya sistemas tan monstruosos y tan extravagantes en punto de religion; pero aun mas debiéramos admirarnos si el entendimiento humano, destituido de las luces de la fe, cayese en menos errores. Una vez abandonado á sí mismo, ¿cómo puede dar paso que no sea un precipicio? Oscurecidas sus luces con tantas tinieblas como levantan las pasiones, ¿cómo pueden guiarle bien por el camino derecho? Solo el rendimiento, la sujecion á la Iglesia puede ponernos á cubierto de tantos y tan conocidos peligros. Sin este ciego rendimiento todo es error, todo descamino, todo desórden. ¿Y he tenido yo hasta ahora esta sumision perfecta á sus decisiones, esta ciega obediencia á sus mandatos? ¡Buen Dios, cuánto tendré quizá de que arrepentirme en este punto!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que estando fundado el motivo de nuestra sumision á la Iglesia en el Espíritu Santo que la anima, y en su infalibilidad, esta sumision debe ser universal y humilde. El resistirse á obedecerla siempre es orgullo. Conformarse con unas decisiones, y oponerse á otras, es erigir un tribunal superior al suyo, es hacerse juez de las sentencias y de los decretos del mismo Dios. La autoridad de la Iglesia no es arbitraria; no está fundada ni en el consentimiento de los pueblos ni en la política; no tuvo parte en su institucion la prudencia de los hombres: Dios es el que habla, Dios es el que todo lo arregla por el órgano de su Iglesia. ¡Con qué rendimiento se debe obedecer á todo lo que manda Dios! Un rendimiento

parcial es despreciar formalmente su divina autoridad. El amor propio, de concierto con el entendimiento humano, es el que entresaca de la multitud de las leyes de la Iglesia, aquellas que son mas dé su gusto, y que mas le acomodan. Nuestra eleccion es propiamente la que entonces las da toda la autoridad que queremos concederlas. Porque si considerásemos que todas las decisiones de la Iglesia provienen de un mismo espíritu, que cada una de ellas es extension de nuestra fe, que todas estriban en un mismo fundamento, que todas nacen de un mismo principio que es la sabiduría, la infalibilidad y la autoridad del mismo Dios; ¿tendríamos atrevimiento para sujetarnos á ellas con restriccion y con limitaciones?

Y si es necesario sujetarse universalmente y con respeto á las decisiones dogmáticas y doctrinales de la Iglesia, ¿será por ventura menos necesario rendirse á las canónicas y morales que hablan con las costumbres? Si aquellas deben hacer esclavo, como se explica el Apóstol, al entendimiento humano en obsequio de la obediencia á Jesucristo, ¿tendrán estas menos fuerza para hacer que el corazon se sujete á lo que manda el Evangelio? Todo aquel que con altanería se levanta contra la sabiduría de Dios, es réprobo. ¿Serálo por ventura menos el que se rebela contra su santidad y contra su divina Providencia? Grande es el número de los herejes de entendimiento; ¿será menor el de los que obran como tales? ¿son menos enemigos los unos que los otros de la cruz de Jesucristo y de su Iglesia?

¿Qué sometimiento ha sido hasta ahora el mio á las decisiones de esta comun madre de los fieles? ¿he sujetado mi entendimiento á todas sus resoluciones, y he rendido mi corazon á todas sus máximas? Muchas reflexiones puedo hacer aquí sobre mi indocilidad y sobre mi presuncion, y acaso encon-

traré muchos motivos para el dolor y para el arrepentimiento. Dignáos, Señor, aumentar mi fe, aumentando mi rendida sujecion á vuestra santa Iglesia; y pues lo que debo creer es regla de lo que debo obrar, haced que mis costumbres sean en adelante la prueba mas evidente de mi fe.

JACULATORIAS.

Domine, adauge nobis fidem. Luc. 7.
Señor, auméntanos la fe.

Dabis, Domine, servo tuo cor docile. Reg. 3.
Un corazon dócil, Dios mio, un corazon dócil.

PROPOSITOS.

1. El espíritu de error nunca pudo sujetarse á la Iglesia. Jesucristo es la verdad, la vida y el camino. El carácter de la herejía es engañar, descaminar y perder. No quiere el hereje sujetarse al espíritu de Dios, porque solo quiere seguir su propio espíritu; á este solo consulta, y de aquí nacen su rebelion, su obstinacion y sus descaminos. La oveja que se aparta del rebaño, presto se pierde, y tarda poco en ser despedazada. Apenas salió el hijo pródigo de la casa de su padre, cuando se halló en país desconocido, donde disipó todo lo que llevaba. No solo es la herejía escuela del error, eslo tambien de todos los vicios. Griten ó hablen de reforma los herejes cuanto quisieren; cúbranse con la piel de ovejas; pidan prestado á la hipocresía el traje, los modales y la exterioridad de la penitencia: el disfraz y la comedia solo pueden engañar á los estúpidos. En materia de religion siempre que se descamina el espíritu, es en favor de la carne. Recorre todas las sectas; ninguna hallarás que no haya enseñado mil extravagancias,

ninguna que no arrastre, como por una necesaria consecuencia, á los últimos desórdenes. De toda secta es como fruto natural el desarreglo, la disolucion y la mas brutal lascivia. ¿Que mucho que unos hombres ciegos tropiecen y den de hocicos? ¡Pero si estos tropiezos sirvieran siquiera para que abriesen los ojos! Mas cuando el entendimiento y el corazon van á una, inútilmente se declama contra el error. Todos los votos del corazon son para mantener el orgullo del entendimiento en todos sus derechos; y toda la viveza del entendimiento se emplea en defender las torcidas inclinaciones del corazon: este es el verdadero principio de la indocilidad, de la preocupacion, de la obstinacion, de la artificiosa conjuracion de los sectarios. Sean de aquí en adelante pruebas visibles de tu catolicismo tu docilidad y rendimiento á todas las decisiones de la Iglesia. Huye cuidadosamente de aquellas conversaciones menos religiosas, ó por mejor decir, escandalosas y siempre sumamente perjudiciales, en las que parece se quiere erigir un tribunal particular para examinar las decisiones de la Iglesia. Sea tu fe sencilla, humilde, respetuosa, universal, y por decirlo así, ciega en cuanto á las bachillerias del entendimiento humano. Sin estas cualidades no será mas que un fantasma de fe.

2. Fuera de estas virtudes generales, observa las advertencias siguientes. Primera: Luego que tengas noticia de que algun libro está legítimamente prohibido y condenado, ora sea por errado en la doctrina, ora por pernicioso á las costumbres, míralo con horror. No solo no lo has de tener en tu poder; pero has de zelar con la mayor vigilancia que tus hijos, tus criados y dependientes no lo lean, porque serás reo de su desobediencia: el menor descuido en punto tan importante mancha la pureza de la fe, y lastima la delicadeza de la religion. Segunda: Jamás permitas

que se dispute, arguya, ni defienda en tu presencia cosa que esté condenada, aunque sea por diversion, aunque sea con el especioso pretexto de querer instruirse bien en la doctrina verdadera. Esta especie de conversaciones y disputas sobre materias tan peligrosas, son unas como disertaciones críticas y malignas que, cuando menos, producen dudas y perplejidades, y no pocas veces fomentan el espíritu de maquinacion y de rebelion, encaminándose por lo comun á hacer despreciables las decisiones de la Iglesia. Tercera: Imponte una inviolable ley de no leer jamás libro alguno sospechoso, sea en órden á las costumbres, sea en órden á la doctrina. Es esta una materia tan importante, que por grande delicadeza de conciencia que se observe en ella, nunca será excesiva. El veneno mas sutil no es el menos temible; á la menor sospecha de contagio todos se previenen con preservativos.

DIA DOCE.

SAN SÁBAS, MÁRTIR.

Fué san Sábas Godo de nacimiento, de aquella parte de la Gotia mas vecina á la Escitia, donde se hallaban muchos cristianos convertidos á la religion católica desde el tiempo del grande Constantino y de sus hijos, antes que aquellas naciones padeciesen la desgracia de precipitarse en el arrianismo.

Educado Sábas desde la cuna en el seno de la religion cristiana, siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando constantemente sus costumbres por la pauta y por el espíritu de la ley santa de Dios.

Su natural dulce, afable y siempre benéfico, le hizo dueño de todos los corazones. Enemigo de los vicios tan ordinarios en su edad, y de los defectos comunes á las gentes de su pais, á nada tomaba gusto sino á los ejercicios de la religion. La pureza fué siempre la virtud de su cariño, y singular su devocion á la Reina de los ángeles. Habia hecho una especie de pacto con sus ojos de no ponerlos en ninguna mujer. La modestia, el huir las ocasiones, la mortificacion y la oracion fueron las piadosas industrias de que se valió para conservar su inocencia; y aunque criado en medio de un pueblo bárbaro, grosero y duro, la piedad cristiana le civilizó tanto y le hizo tan urbano, que era la admiracion de aquellas gentes, proponiéndole todos por ejemplar y por modelo.

Como todas las virtudes cristianas tienen entre sí una mutua conexion, la afabilidad, la humildad, la paciencia eran en parte como el distintivo de nuestro santo. La epístola que la iglesia de Gotia escribió sobre su martirio á todas las iglesias católicas, y señaladamente á la de Capadocia, dice que san Sábas descollaba visiblemente entre los Godos por su eminente virtud, por su zelo de la religion, y por su ardiente caridad. Poco versado en las letras, pero muy instruido en la ciencia de los santos, confundia los idólatras con sus arregladas costumbres y con la elocuencia muda de sus ejemplos. Muy oficioso con todos, muy puntual en asistir á los oficios divinos, muy zeloso de la honra de la religion y de los progresos de la Iglesia, sin traspasar los límites de su estado, hacia obras de apóstol, sin ejercer las funciones de predicador.

Bastante rico en bienes de fortuna por su patrimonio, pero pobre de espíritu por el desprecio con que los miraba, no habia para él otro tesoro que la

santa cruz, y allí tenia su corazon donde tenia su tesoro. Se habia puesto entredicho á toda especie de diversion; su vida era un ejercicio continuo de mortificacion y penitencia; oraba sin cesar y ayunaba todos los dias; inspirándole su viva fe y su ardiente caridad un género de valor superior á todos los peligros. Antes de dar la vida por la fe, se habian ofrecido diferentes lances en que se mostró esforzado y generoso defensor de la Religion. Este es á la letra el retrato de nuestro santo, que hace la iglesia de Gotia en aquella epístola tan llena de edificacion que escribió acerca de su glorioso martirio.

El año de 370 comenzó la persecucion que con tanta violencia y crueldad excitó Atanarico, rey de los Godos. Hallábase este príncipe en guerra con otro soberano de su nacion, llamado Fritigernes, quien no pudiendo resistir al poder de sus armas, recurrió á la proteccion del emperador Valente; y para obligarle mas, se hizo cristiano, aunque de la misma secta que profesaba el emperador, esto es, del arrianismo. Vencido Atanarico por el ejército imperial, y furiosamente irritado por la derrota que acababa de padecer, descargó toda su cólera contra aquellos vasallos suyos, que él trataba de romanos, entendiendo por este nombre á los cristianos, resuelto á exterminarlos del todo, ó á reducirlos á las supersticiones de la idolatria.

Fué cruel la persecucion. Aquel bárbaro rey quitó la vida á unos despues de examinados por los jueces, y de haber recibido de su boca, dice Sozomeno, una confesion generosa de la fe, y á otros sin darles lugar ni aun para abrir la boca; porque de órden suya se llevaba un ídolo sobre un carro por todos los parajes donde se sospechaba que habia cristianos, y todos los que no le adoraban eran inmediatamente pasados á cuchillo, ó quemados con sus habitaciones.

Refugióse en cierta iglesia gran número de hombres y mujeres, llevando consigo á sus pequeñuelos hijos: llegaron los paganos, pegaron fuego al templo, y todos quedaron consumidos en las llamas.

Pero el mas ilustre de todos aquellos mártires fué san Sábas. Corridos y aun horrorizados los mismos magistrados gentiles de tan cruel carnicería, se contentaron con mandar que todos los habitantes comiesen las viandas consagradas á los ídolos, persuadiéndose que el disimulo ó la connivencia de los jueces inferiores salvaria á muchos la vida. Algunos paganos del lugar donde vivia san Sábas, al mismo tiempo que ofrecian víctimas á los ídolos, quisieron asegurar con juramento que en aquel lugar no habia cristiano alguno, haciéndolo por una especie de amor ó de compasion á los fieles, que por este medio pretendian sustraer á las pesquisas de los comisarios. No pudo sufrir nuestro Sábas aquel oficioso perjurio; y lleno de aquel espíritu religioso que aborrece toda simulacion, abrasado de aquella caridad ardiente que suspira por el martirio, él mismo fué á presentarse á la asemblea, gritando en alta voz que se guardasen bien de jurar por él, porque públicamente declaraba y protestaba á todos que era cristiano. Viéndole tan determinado y tan resuelto los gentiles, se contentaron con jurar ante el comisario, que en aquel pueblo no habia otro cristiano que Sábas. Fué citado este al tribunal, y compareció en él con tanta resolucion y con tanta alegría, que quedó aturdido el mismo oficial gentil. Preguntó qué bienes tenia, y habiéndosele informado que no tenia otros que el vestido que traia á cuestas, no se dignó ni aun pasar adelante en el interrogatorio, y se contentó con desterrarle del lugar como un infeliz mendigo.

El año siguiente se encendió la persecucion aun con mayor violencia que antes; y como el cura de

la aldea donde se habia retirado Sábas, llamado Sansalo, por miedo de ella se hubiese escondido, determinó nuestro santo pasar á celebrar la Pascua en otra aldea, donde habia un cura, por nombre Gutico. Apenas se puso en camino, cuando le salió al encuentro un hombre lleno de majestad, y de estatura mas corpulenta que la regular, el cual le aconsejó que se volviese á su aldea, asegurándole que encontraria en ella á Sansalo. Haciendo Sábas poco caso del consejo de aquel hombre no conocido, prosiguió su camino; pero aunque el tiempo estaba á la sazon muy sereno, cayó de repente tan gran golpe de nieve, que no le fué posible pasar adelante. Conoció entonces que era del cielo aquel aviso, y retrocediendo al punto para obedecerle, se restituyó á su aldea, donde encontró ya al buen cura Sansalo, en cuya compañía celebró la Pascua con especial ternura y devocion. La noche del martes siguiente, estando en el lecho, fueron arrestados por una patrulla de soldados idólatras, al frente de los cuales venia por oficial Atarido, hijo de Rotesto, uno de los señores principales del pais.

Permitieron á Sansalo que se vistiese, y luego le pusieron sobre un carro; pero á Sábas, sacándole de la cama casi del todo desnudo, le llevaron arrastrando por piedras, por espinas y por zarzas: y no contentos con esto le fueron golpeando cruelmente con varas y con palos por todo el camino. Pero su paciencia fué mayor que la crueldad de aquellos impios verdugos, dignándose el Señor glorificarla por un milagro; porque á la mañana se halló enteramente sano de sus heridas, sin señal de la mas leve contusion; tanto, que él mismo se zumbaba de los soldados, preguntándoles dónde estaban las señales de los tormentos que le habian dado. Irritólos imponderablemente esta animosa serenidad, y amarrándole los

brazos á un eje de un carro y los piés á otro, le tendieron boca abajo, y le dejaron muchas horas en este horrible tormento. Despertaron despues á la huéspeda de la casa para que les dispusiese que almorzar mientras ellos se iban á dormir, y dieron con esto lugar á la compasiva mujer para que desatase á nuestro santo; pero lejos este de aprovecharse de aquella libertad para escaparse, con gran paz y sosiego la ayudó á disponer el almuerzo para sus enemigos.

Luego que amaneció, quedaron aturdidos aquellos bárbaros de la intrepidez y de la resolucion del animoso Sábas; pero mas encarnizado el cruel Atarido, mandó que le atasen las manos, y que pues gustaba tanto de estar en aquella casa, le colgasen de una viga del portal. Trajeron despues á su compañero Sansalo, y presentándoles algunas viandas consagradas á los ídolos, les ordenaron de parte de Atarido que las comiesen. « Bien podeis, les respondió Sansalo, ponerme en una cruz, y quitarme la vida al rigor de los mas crueles tormentos; pero perdeis el tiempo solicitando que cometa tan sacrílego delito. Mirad, replicaron los soldados, que lo manda el señor Atarido. ¿Y quién es ese señor Atarido, les dijo Sábas, que tiene atrevimiento para mandar que se haga lo que Dios prohibe? ¿No es Dios el soberano dueño á quien todos debemos obedecer? Andad, y decid á vuestro señor Atarido, que Dios manda expresamente que no se coman manjares impuros, mas propios para dar la muerte que para sustentar la vida, con los cuales solo pueden sustentarse los idólatras, tan sucios y tan profanos como ellos. »

Al oir estas palabras un criado de Atarido, encendido en furiosa cólera, le pasó por medio del vientre un chuzo puntiagudo que tenia en la mano, con tanta violencia, que habiéndole tendido en tierra, le

creyeron muerto; pero habiéndose levantado el santo: «Sin duda, dijo al criado sonriéndose, que ya me creias en el otro mundo; pues vesme aquí bueno y sano por la gracia de mi Señor Jesucristo, y sábete que apenas he sentido el golpe.»

Informado Atarido de lo que pasaba, no es ponderable la rabia que se apoderó de él, y mandó que al instante quitasen la vida á nuestro santo. Cogiéronle al punto los soldados, y le llevaron á la orilla del rio Musova para ahogarle, despues de haber puesto en libertad á Sansalo. San Sábas que estaba persuadido de que la mayor dicha que se puede lograr en este mundo, es dar la vida por amor de Jesucristo, consideraba aquella libertad de su compañero como la mas funesta desgracia; y vuelto á los soldados, les dijo: «¿Qué delitos ha cometido ese santo sacerdote para que le priveis del consuelo y de la gloria de morir conmigo por tan justa causa? Eso no te importa á ti, le respondieron los verdugos, y descuida de lo que no te toca.» Entonces san Sábas penetrado del mas vivo reconocimiento, bendijo mil veces al Señor por la gracia que le hacia de dar la vida por él.

Cuando llegaron á la orilla del rio, se movieron á compasion los soldados, y se dijeron unos á otros: «¿A qué fin hemos de quitar la vida á este inocente? démosle libertad, que se escape y se esconda, pues será fácil que Atarido jamás entienda palabra.» Oyó el santo lo que trataban, y agradeciéndoles la buena voluntad, les dijo: «Ejecutad lo que se os ha mandado, porque de otra manera me daréis un disgusto. Ya estoy viendo los que vienen á conducirme á la gloria; y si vosotros viérais lo que yo, no pensaríais en privarme de una corona que ha de ser mi eterna felicidad.» Con esto le precipitaron en el rio, y dió fin á suglorioso martirio el jueves de Pascua, 12 de abril de 372. Arrojáronle con un grueso madero

al cuello para que se ahogase mas presto, y con eso fué mas fácil sacar á tierra el santo cuerpo. Dejáronle los verdugos en la orilla, donde le respetaron las aves y las fieras, cuidando despues los fieles de recogerle y enterrarle. Julio Sorano, general de las armas romanas en aquella frontera, hombre muy piadoso, pudo fácilmente conseguir de los Godos este preciosísimo tesoro, que envió prontamente á su pais que era el de Capadocia, á cuya iglesia llegaron casi al mismo tiempo que las santas reliquias, las actas de su martirio escritas por la iglesia goda.

SAN VICTOR, MÁRTIR.

En este dia hace conmemoracion el martirologio romano de san Víctor, ilustre mártir de Jesucristo, á quien Braga, ciudad de la antigua Galicia, ahora del reino de Portugal, celebra con toda solemnidad el dia 12 de abril, entre otros esclarecidos santos, sus naturales. En el breviario y misal segun la regla de san Isidoro, impresos en Toledo en el año 1550 y 1552, se prescribe el oficio de este santo con nueve lecciones, que son un compendio de las actas de su pasion, distribuidas en los breviarios antiguos de Braga, Ebora y Compostela: por cuyos monumentos, y por lo que escribe Ambrosio de Morales, con otros de la nacion, nos consta que en tiempo de la cruel persecucion que suscitaron contra la Iglesia Diocleciano y Maximiano, habiéndose congregado una multitud de gentiles para ofrecer sacrificio á un ídolo cerca del rio Mante, hoy Cavedo, donde tenian un templo de grande veneracion, no muy distante de la ciudad de Braga, acercándose Víctor á aquel lugar, viéndole los paganos que obligaban á todos los concurrentes á

sacrificar, convidaron al santo, siendo todavía catecúmeno, á que ofreciese incienso á la deidad, y á que adornase la estatua con coronas de flores. segun hacian los demás. Pero lleno Victor de un zelo santo por la religion verdadera, les respondió: « Vosotros os alegrais con estos ritos festivos, y os parece el ídolo así adornado muy bello y hermoso; mas yo no solo le juzgo, sino que le veo feo, vil é inmundo. » Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando enfurecidos los gentiles cargaron sobre él, y amarrándole con la mayor crueldad, tumultuados le presentaron al gobernador. Antes que este le preguntase por la causa de su prision, principió el santo á clamar en alta voz: « Yo soy cristiano, y no reverencio á otro Dios, que al que venera mi religion. » Mandó azotarle el gobernador, y aplicarle varias clases de tormentos; pero cuanto mas se multiplicaban estos, tanto mas crecia el valor de Victor, predicando sin cesar: « Yo soy cristiano, y jamás dejaré el nombre de Jesucristo mi Dios. » Insistió en esta confesion, hasta que viendo el juez inútiles los castigos para rendir la constancia de aquel esforzado militar del Señor, providenció que le decapitasen, y fué bautizado con el bautismo de su sangre por los años de 303. Despues que cesó el rigor de la persecucion, edificáron los fieles un templo en honor de san Victor, cerca del rio dicho, distante como mil pasos de la ciudad de Braga, donde se cree que fué el lugar de su glorioso combate.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Verona, el martirio de san Zenon obispo, que en medio de las borrascas de la persecucion gobernó aquella iglesia con admirable constancia, y alcanzó la corona del martirio en tiempo del emperador Galieno.

En Capadocia, san Sábas. Godo, que fué arrojado

á un rio, en tiempo del emperador Valente, cuando Atanarico rey de los Godos perseguia á los cristianos. En este mismo tiempo, segun escribe san Agustin, fueron coronadas con el martirio numerosas tropas de Godos católicos.

En Braga en Portugal, san Víctor, el cual, no siendo mas que catecúmeno, como resistiese adorar á los ídolos, y confesase á Jesucristo con admirable fortaleza, despues de muchos tormentos fué decapitado, mereciendo ser bautizado con su propia sangre.

En Fermo en la Marca de Ancona, santa Visa, vírgen y mártir.

En Roma, en la via Aurelia, san Julio papa, que trabajó mucho contra los Arrianos en defensa de la fe católica, y despues de haberse hecho esclarecido por su santidad y memorables acciones, descansó en paz.

En Gap, san Constantino, obispo y confesor.

En Pavía, san Damian, obispo.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Sabæi martyris tui natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que nos fortifiques en el amor de tu santo nombre, por intercesion de tu bienaventurado mártir Sabas, cuyo nacimiento á la gloria reverenciamos hoy solemnemente. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del apóstol san Pablo á los Tesalonicenses, cap. 1.

Fratres, dilecti à Deo, scientes electionem vestram: quia evangelium nostrum non fuit ad vos in sermone tantùm,

Hermanos amados de Dios, nosotros sabemos cómo fuísteis escogidos; porque nuestro evangelio no se dirigió á vos-

sed et in virtute, et in Spiritu sancto, et in plenitudine multa, sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos. Et vos imitatores nostri facti estis, et Domini, excipientes verbum in tribulatione multa, cum gaudio Spiritus Sancti; ita ut facti sitis forma omnibus credentibus in Macedonia, et in Achaia. A vobis enim diffamatus est sermo Domini, non solùm in Macedonia, et in Achaia, sed et in omni loco fides vestra, quæ est ad Deum, profecta est.

otros en la palabra solamente, sino tambien en la virtud, en el Espíritu Santo, y en toda su plenitud, como sabeis de qué manera hemos estado entre vosotros por vuestro bien. Y vosotros os hicisteis imitadores nuestros, recibiendo la palabra entre mucha tribulacion con gozo del Espíritu Santo; de manera que os habeis hecho ejemplo para todos los creyentes en Macedonia y Acaya. Porque de vosotros se divulgó la palabra de Dios, no solamente por la Macedonia y por la Acaya, sino que vuestra fe que teneis en Dios, se propagó por todo lugar.

NOTA.

« Habiendo predicado san Pablo con increible fruto » la fe de Jesucristo en Tesalónica, metrópoli de » Macedonia, irritados los judíos que habia en » aquella ciudad, determinaron perderle. El santo, » para dejar pasar la tempestad, resolvió retirarse » con Silas; y hallándose en Corinto, tuvo noticia » por Timoteo de la fidelidad con que los Tesaloni» censes perseveraban en la fe; con cuya ocasion les » escribió esta admirable carta, que en el órden de » tiempo es la primera de las que escribió el Apóstol, » habiéndose escrito el año 52 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Fratres dilecti à Deo: hermanos mios amados de Dios. ¿Puede haber título mas glorioso, dictado mas noble, de mayor honra, de mayor utilidad, ni que lisonjee mejor una generosa ambicion, una ambicion

bien nacida? *Amado de Dios* significa una predileccion, que distingue un amor que comunica mérito, una ternura de parte de Dios que pone el colmo á la felicidad. Ser amados de los grandes, es ser favorecidos, pero no siempre es ser dichosos y felices. La emulacion, las inquietudes y la desgracia siguen de cerca al favor. La amistad de Dios produce los efectos contrarios: de ella nace la caridad, la paz, el fervor, la perseverancia, y es el manantial de todo género de bienes.

Hermanos mios amados de Dios. Así llamaba san Pablo á los Tesalonicenses por su vocacion á la fe en medio de una nacion idólatra. Sabemos, añade el Apóstol, que fuísteis singularmente escogidos con preferencia á tantos otros que quedaron sepultados en las espesas tinieblas del gentilismo: *Scientes electionem vestram.* ¿Y no tenemos nosotros, por la misericordia del Señor, igual derecho al mismo título? ¿no se nos podrá llamar *amados de Dios*, sabiéndose la predileccion con que fuimos escogidos? ¡Qué gracia! ¡qué favor tan insigne haber nacido en el seno de la Iglesia de padres cristianos, católicos y virtuosos! Bien se nos podrá llamar con el apóstol san Pedro: *Familia escogida, sacerdocio real, nacion santa, pueblo adquirido por conquista, para dar á conocer las perfecciones de aquel Señor que nos sacó de las tinieblas á la admirable claridad de su luz.* Pero ¿se podrá igualmente decir de nosotros lo que san Pablo decia de los Tesalonicenses: Sois modelo, sois ejemplar de todos los fieles; vuestra fe no es estéril ni imperfecta, sino viva, animada y fecunda en buenas obras; vuestra caridad no es tibia, ni cobarde, que se rinda á la menor tentacion, sino activa y laboriosa, ocupada siempre en el cuidado de agradar á Dios, siempre empleada en el provecho del prójimo y en la salvacion de las almas? Mi Dios,

es cierto que tenemos las mismas obligaciones que aquellos primeros fieles; pero ¿las desempeñamos con el mismo ardor, con la misma fidelidad? y ¿podrémos esperar con fundamento merecer algun dia la misma recompensa? ¿Se forma una grande idea de nuestra fe y de nuestra caridad á vista de nuestra conducta? ¿honran nuestras costumbres la religion que profesamos? Habiendo sido tan amados de Dios, ¿correspondemos á este gran Dios con un corazon muy tierno y amoroso?

Pero si entre todos los cristianos hay algunos singularmente amados de Dios, ¿no son las personas religiosas las que pueden ser llamadas aquel pequeño rebaño, á quien plugo al Padre celestial comunicar su reino? Ellas son propiamente la porcion mas favorecida de la herencia de Jesucristo. ¡Qué agradecimiento no se debe tener á tan insigne beneficio! ¡cuál debe ser la fidelidad y la perfeccion de estas almas escogidas! ¡qué espíritu en todos los actos de religion! ¡qué fervor en sus ejercicios espirituales! ¡qué pureza en sus costumbres! ¡que circunspeccion, qué gravedad, qué edificacion en su porte! El pueblo judío, el pueblo querido de Dios, aquel en cuyo favor obró el Señor tantas maravillas, por su ingratitud y por su infidelidad es hoy el objeto mas señalado de la cólera terrible del mismo Dios.

El evangelio es del cap. 14 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Qui habet mandata mea, et servat ea, ille est qui diligit me. Qui autem diligit me, diligetur à Patre meo: et ego diligam eum, et manifestabo ei meipsum. Dicit ei Judas, non ille

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: El que retiene mis mandamientos y los observa, aquel es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre: y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo. Le dijo Judas (no el Iscariote):

Iscariotes: Domine, quid factum est, quia manifestaturus es nobis teipsum, et non mundo? Respondit Jesus, et dixit ei: Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus: qui non diligit me, sermones meos non servat.

Señor, ¿qué quiere decir que te manifestarás á tí mismo á nosotros, y no al mundo? Respondió Jesus, y le dijo: Cualquiera que me ame, observará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos en él mansion: el que no me ama, no guarda mis palabras.

MEDITACION.

DE LOS DEFECTOS QUE SE HALLAN EN EL AMOR QUE SE PIENSA TENER Á DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la mayor parte de los cristianos solo se aman á sí mismos, aun cuando piensan que aman á Dios. Nada hay que sepa disfrazarse tan ingeniosamente como el amor propio; válese de todo género de nombres, y de todo género de máscaras: unas veces es fervor, es caridad, es justicia; otras es devocion, es zelo; y muchísimas sale al teatro con el respetable título de amor de Dios. Nunca está mas tranquilo el amor propio, que cuando se disfraza de esta manera, cuando está abrigado y cubierto con la capa de la virtud.

Pero pregunto, ¿será muy dificultoso descubrirle y reconocerle? El amor de Dios tiene un carácter inimitable: es puro, es desinteresado, es generoso, es constante, es enemigo de las pasiones, es dulce, es apacible, es paciente, es mortificado, es humilde. El que es orgulloso, inmortificado, impaciente; el que solo tiene como unos relámpagos de fervor, y caprichos de devocion; el que solo busca su interés, su satisfaccion, su propia gloria; por mas que lo afecte, ó

por mas que vanamente se lo persuada á si mismo, está muy distante del verdadero amor de Dios.

Encuéntranse muchas personas que hacen profesion de amar á Dios, y nunca están de peor humor que cuando le sirven. Dominantes, enfadosas, inquietas, poco sufridas y aun coléricas cuando mas se lisonjean de amar á Dios, los dias solemnes, los dias de comunion no suelen ser para ellas los mas serenos. Parece que los ejercicios mas santos les irritan mas la cólera. Semejantes personas ¿amarán á Dios verdaderamente?

Los efectos mas ordinarios del amor de Dios son una dulzura inalterable, una humildad sincera, una paciencia á toda prueba: las adversidades le excitan, el fuego de la persecucion le aviva mas, la mortificacion le nutre y le alienta. Es error imaginar que el amor de Dios ignora las atenciones de la urbanidad, los deberes de la sociedad humana y las obligaciones de la decencia; no hay nada mas atento, mas caritativo, mas cortesano ni aun mas garboso que el verdadero amor de Dios. Los enfados nacen de un corazon inquieto y agitado; el amor de Dios tranquiliza el corazon, y derrama en él un oleo, un celestial ungüento que le ablanda, le suaviza, le hace dócil, flexible y manejable. Aquella resignacion perfecta á la voluntad del Señor, aquella alegria espiritual, fruto necesario del amor divino, aquella paz interior que produce la inocencia, son las que causan la dulzura inalterable, la generosidad, la magnanimidad, el aliento, aquel hermoso conjunto de virtudes que brillan en los que aman á Dios verdaderamente. Estas son las señales del verdadero amor de Dios: ¿conoces el tuyo por estas señales? ¿amas á Dios con pureza de intencion, con perseverancia, con fidelidad? ¡Mi Dios, cuántas ilusiones, cuántos engaños se padecen en la devocion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en punto de devocion y de amor de Dios, se equivoca muchas veces lo especulativo con lo práctico, y se reputan por movimientos del corazon las que son puramente especulaciones del entendimiento. Conócese cuan digno es Dios de ser amado, asómbrase uno de lo poco que se le ama; y deslumbrado con estos justos y piadosos dictámenes, que no salen de la esfera de la razon, imagina que le ama verdaderamente. Muchos son los que viven engañados, y algun dia quedarán sorprendidos cuando vean y cuando palpen que su amor de Dios no era mas que en idea, porque los dominios del corazon son independientes de los del entendimiento.

Conócese muy bien que Dios merece ser amado; confiésase que es un prodigio de ingratitud el no amarle; pero ¿se le amará precisamente porque se discurra y se hable de esta manera? Presto le desmentiria á uno su mismo corazon. *La caridad*, dice san Pablo, *es paciente, está llena de bondad; no es envidiosa, nada sabe hacer mal; no es orgullosa, no se hincha, no busca su propio interés; no es arrebatada ni colérica; no juzga mal de persona alguna, no se alegra del daño ajeno, de las pesadumbres de otros; antes celebra todos los gustos, todas las prosperidades de sus hermanos; es dócil, es humilde, es apacible y constante.* Mira si tu devocion y si tu amor de Dios se parecen á este retrato.

Amas á Dios, dices, y de todo tu corazon, porque este es el primer mandamiento y la base de todos los demás; pero nada sabes padecer por el amor de Dios. Amas á Dios; pero tratas con desabrimiento al prójimo, y no aciertas á reconciliarte con tu hermano. Amas á Dios; pero en mil ocasiones y con el mas leve

motivo atropellas sus mandamientos, prefieres tus inclinaciones á su voluntad, sacrificas los intereses de Dios, tu conciencia y tu religion á tus propios intereses, á tus pasiones, á tu gloria. Amas á Dios, ¿y te atreverás á defender esta proposicion en su divino tribunal? ¿Es amar á Dios amar las honras, los placeres, y no amarse mas que á sí mismo? De esa manera muchos podrian decir que aman á Dios: ¿y no serás tú de este número? Consultemos mas á nuestras operaciones que á nuestros dictámenes y á nuestros conocimientos. Para eso era menester poder decir á Cristo con san Pedro: Señor, bien sabeis vos que os amo; vos no os podeis engañar, y conoceis que mi corazon está abrasado de un vivo y encendido amor vuestro. Era menester que nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra dulzura, nuestra mortificacion, nuestra caridad con el prójimo, nuestro fervor, nuestra perseverancia pudiesen asegurarnos que amábamos á Dios: cualquiera otro testimonio en esta materia es sospechoso; ni el mismo Dios entiende otro lenguaje.

¡Ah, Señor, y por cuánto tiempo he vivido miserablemente engañado, creyendo que os amaba! Tantos, tan multiplicados y tan groseros defectos pudieron abrirme los ojos para conocer mi ilusion, si hubiera sido menos voluntaria. Pero pues os dignais hacerme la gracia de que conozca lo poco que os he amado hasta aquí, hacedme la de que os ame con todo mi corazon desde este mismo instante.

JACULATORIAS.

Quis nos separabit à charitate Christi: tribulatio, an angustia? Rom. 8.

No me separará jamás del amor de mi Señor Jesucristo la angustia ni la tribulacion.

Certus sum quia neque mors, neque vita, neque creatura alia poterit nos separare á charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro. Rom. 8.

Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni otra alguna criatura me podrá apartar del amor de Dios, fundado en Cristo nuestro Señor.

PROPOSITOS.

1. El amor de Dios nunca es ocioso ni cobarde; hasta en la misma quietud halla ejercicio. Este sagrado fuego que el Salvador vino á encender en el mundo, se apaga en cuanto deja de obrar: menester es que caliente, que alumbre, que abrase. Un corazon frio, un espíritu ciego, una alma sepultada en sus imperfecciones no sienten, ó sienten poco el calor de esta divina llama. Magdalena está callada á los piés del Salvador, pero ella los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los besa, y derrama sobre ellos un preciosísimo bálsamo. Es menester que las obras publiquen que se ama á Dios: cualquiera otra voz no se deja entender, ó se percibe mal. El amor divino supera ciertamente todas las dificultades. Aquellos que niegan á Dios los pequeños sacrificios que les está pidiendo, ¿cómo pueden decir que le aman? Ten hoy el consuelo de probarte á ti mismo que amas á Dios. Bien sabes lo que te está pidiendo tanto tiempo ha; tu confesor, tu corazon y tu propia conciencia te lo dicen claramente. No tienes que fatigarte mucho en buscar materia para hacerle un sacrificio: ese resentimientillo, esa diversion, esa pasion por el juego, esa visita poco necesaria, esa delicadeza, ese refinado gusto en vestirte, en componerte, en presentarte airosamente en la calle. ¡O qué materia tan preciosa, y acaso tan necesaria! Postrado en este mismo instante á los piés de un crucifijo, dí á tu Dios que



S. HERMENEGILDO, M.

puramente por su amor quieres ir luego á visitar á aquella persona que te ha ofendido; que quieres privarte de tal visita, de tal concurrencia, de tal juego; que quieres sacrificarle tal gala, tal dije, dándole esta pequeña prueba de que le amas. Mañana no faltará ocasion de darle otra.

2. Ni las personas que hacen profesion de devotas deben juzgarse excusadas de semejantes sacrificios. A la verdad, las víctimas que pueden sacrificar no son de tanto valor; mas no por eso son de menor mérito, ni suele costar menos el sacrificarlas. No tienen que ofrecer concurrencias profanas, pasion al juego, enemistades mal disimuladas, galas, adornos excesivos; pero cierto apego á algunas alhajuelas inútiles, aunque curiosas; cierta frialdad ó indiferencia, efecto ordinario de una secreta emulacion; cierta inmortificacion, cierta rusticidad y falta de crianza, la desigualdad de humor, la falta de agrado, la sobra de delicadeza, víctimas son que se pueden y deben degollar. Determina desde luego á cuál de ellas has de aplicar el cuchillo, dando hoy á tu Dios esta prueba de tu amor y de tu zelo. Un espejillo, un adorno de la celda, un mueble, una alhajuela demasiadamente curiosa, darán bien que llorar á la hora de la muerte á muchas almas religiosas, que á poca costa pudieran contraer un gran mérito para con Dios, privándose de ellas en vida.

DIA TRECE.

SAN HERMENEGILDO, MÁRTIR.

Muerto Liuva, rey de los Visogodos, el año 571, su hermano Leovigildo, á quien habia asociado á la corona, viéndose ya único dueño de casi toda España

y de aquella parte de la provincia Narbonense que estaba sujeta al dominio de su nacion, resolvió hacer hereditaria en su familia la corona que hasta aquel tiempo habia sido electiva. Mandó, pues, reconocer por sucesores suyos á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, y él mismo los puso en posesion de una parte de sus estados; á Hermenegildo consignó la Andalucía, y á Recaredo señaló el reino de Aragon con todas las provincias celtiberas.

Era Hermenegildo el príncipe mas cabal que se conocia en su tiempo; su talla majestuosa, su aire noble y desembarazado, su entendimiento vivo y penetrante, su prudencia, su valor, y sus modales finos y cortesanos en medio de una nacion bárbara, le hacian dueño de todos los corazones. Tuvo la desgracia de ser arriano, como toda la casa real, aunque fuese sobrino de san Leandro y de san Isidoro, arzobispos de Sevilla, que eran hermanos de la reina Teodosia, madre de nuestro santo. Muerta esta princesa, el rey Leovigildo casó en segundas nupcias con Gosvinda, viuda de Atanagildo su predecesor, princesa tan contrahecha de entendimiento como de cuerpo, de genio acre y maligno, violenta, furiosamente colérica, y sobre todo muy encaprichada en el arrianismo.

Viendo Leovigildo debilitado el partido de los católicos con la derrota de los griegos, á quienes habia echado á fuerza de armas de todas las plazas que ocupaban á lo largo de la costa, dedicó toda la atencion á buscar para el príncipe Hermenegildo una esposa que asegurase con su alianza la paz que acababa de dar á sus pueblos, y contribuyese tambien á la felicidad del reino con sus prendas personales.

Fijó su eleccion en Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia en Francia, y de Brunequilda, y nieta por su madre de Atanagildo y de Gosvinda, princesa no menos distinguida por su rara virtud, que por su

alto nacimiento y extraordinaria hermosura. Era católica; y esta sola circunstancia hubiera sido bastante para romper desde luego aquel tratado, si Ingunda por su parte no se prometiera, con el auxilio de la gracia, reducir á la fe á su esposo Hermenegildo, y su suegra Gosvinda no esperara conquistar con artificio ó con violencia á su nuera Ingunda, obligándola á abrazar el partido del arrianismo.

Desposóse Hermenegildo con Ingunda el año de 579, la cual apenas llegó á España, cuando hechizó á toda la corte. Sola Gosvinda, á quien las bellas prendas de la jóven princesa se la hacian mas odiosa, concibió bien pronto zelos, que pasaron por fin á ser odio y furor desenfrenado. Con todo eso la pareció conveniente disimular por algun tiempo, y hacer todo lo posible para pervertir la religion de su nieta. Con esta idea la hacia á los principios mil caricias, para ablandar su constancia y alterar su fe; pero viendo que no la salia bien este medio, recurrió á las injurias y á las mayores violencias. No hábia especie de mal tratamiento que no la hiciese, hasta bañarla una vez en sangre con los golpes que la dió, y en cierta ocasion la precipitó de un empellon en un estanque donde la faltó poco para ahogarse.

Sufria Ingunda esta persecucion con una paciencia y una dulzura digna de la religion que profesaba; pero como el pálido color de su semblante y los cardenales de los golpes no podian ocultarse á Hermenegildo, llegando á entender por ellos la crueldad de Gosvinda, tomó la resolucion de retirarse con su esposa á Sevilla, capital de sus estados. Aprovechóse Ingunda de esta ocasion para convertir á su marido, y trabajó tan dichosamente en esta grande obra, auxiliada de su tio san Leandro, que al fin tuvo el consuelo de verla efectuada. Instruyó el santo prelado á Hermenegildo en las verdades de la fe católica, que

ya tenia el príncipe en el corazon. Con la oportunidad de cierta ausencia del rey Leovigildo, se ejecutó la ceremonia de su abjuracion y su bautismo; y habiendo recibido con el sagrado crisma de la confirmacion aquel valor y aquella constancia con que se forman los héroes del cristianismo, ya no deseó otra cosa mas que tener alguna ocasion en que dar públicas pruebas de su fe.

No tardó mucho tiempo en ofrecérsele; porque habiendo llegado á noticia de Leovigildo su mudanza de religion, y que hacia pública profesion de la católica, entró en tan furiosa cólera, que no dando oidos mas que á su pasion y á los violentos consejos de Gosvinda, la cual no cesaba de encender mas y mas el fuego de la indignacion, desde luego le despojo del título de rey que le habia concedido, resuelto tambien á quitarle sus bienes, y aun la vida, si no renunciaba á la religion que habia abrazado.

Pero antes de llegar á estos extremos, le pareció conveniente tentar los medios de la suavidad, y le despachó un señor de su corte con la carta siguiente:

« Hijo mio, mas quisiera hablarte que escribirte; porque si te tuviera á la vista, ¿qué podrias negar á lo que te pidiese como padre, y te mandase como rey? Traeríate á la memoria las muchas y grandes señales que te he dado del tierno amor que te profeso, de las que sin duda te has olvidado desde que ascendiste al trono, donde te coloqué yo mucho antes que pudieses tú pensar en ocuparlo. Esperaba tener en tí un compañero que me ayudase á conservar el florido imperio de los Godos en el estado en que se ve hoy por mis victorias; pero nunca soñé pudiese llegar el caso de encontrar en la persona de un hijo mio un enemigo mas peligroso que todos los que he vencido. No te contentas con que yo haya partido contigo mi corona; quieres reinar solo; y á este fin, abandonando la re-

ligion de tus abuelos, has abrazado la de los Romanos, que son los mayores enemigos del estado. No ignoras que la nacion de los Godos comenzó á florecer desde que comenzó á ser arriana. Tambien sabes que ninguna cosa enajena tanto los ánimos y los corazones como la diversidad de religion, y consiguientemente que nada pudiste hacer mas ofensivo para el mio, que declararte católico. Acuérdate, pues, hijo mio, que soy tu padre, y que soy tu rey: como padre te aconsejo, y como rey te mando que vuelvas prontamente en tí, y restituyéndote, sin perder tiempo, á tu primera religion, merezcas con tu pronto rendimiento mi clemencia. No haciéndolo así, te declaro que me obligarás á tomar las armas; y en tal caso jamás tienes que esperar misericordia.»

Habiendo recibido Hermenegildo esta carta del rey su padre, respondió á ella con el mayor respeto: «Que sabia bien lo que debia á su padre y á su rey; pero que tampoco ignoraba lo que debia á su Dios; que esperaba desempeñar estas dos obligaciones de manera que, sin faltar al rendimiento y á la obediencia que debia al uno en lo que no se opusiese á lo que mandaba el otro, conservaria hasta la muerte la religion que habia abrazado, persuadido de que fuera de ella no podia haber salvacion; que le suplicaba no le considerase delincuente por haber renunciado á la supersticion arriana luego que el Señor le abrió los ojos para conocer la verdad; que se tendria por dichoso si sellase su religion con su sangre, sin quedarle ya mas que desear que la conversion de toda su nacion y de toda su familia.»

La cristiana magnanimidad de Hermenegildo irritó el ánimo suspicaz y caviloso del padre arriano. Sirvióle de pretexto la conversion de su hijo para excitar una cruel persecucion contra la Iglesia. Habiendo hecho Hermenegildo que su esposa Ingunda pasase

al Africa con su hijo, niño de pocos meses, para ponerlos á salvo de los arrianos, creyó que podia quedar él con seguridad en Sevilla. Pero Leovigildo, despues de haber corrompido á fuerza de dinero y de estratagemas la mayor parte aun de los mismos católicos que se habian declarado por el santo rey, resolvió ir á sitiarle en Sevilla. Pudo defenderse Hermenegildo; pero temiendo exponer la ciudad, y respetando, por decirlo así, la sangre de sus vasallos, se retiró al campo de los Romanos, no sabiendo la traicion que habian cometido, dejándose corromper con el dinero de su padre, contra la fe de los tratados. Conociólo cuando apenas habia entrado en su campo, y corrió á refugiarse en Córdoba; pero no teniéndose allí por seguro, tomó consigo trescientos hombres escogidos, y se encerró en la ciudad de Oseto, plaza entonces muy fuerte, cuya iglesia era muy célebre en España, y respetable aun á los mismos Godos por los grandes milagros que obraba Dios en ella. Sitiaron y tomaron la plaza las tropas de Leovigildo, que perseguia furiosamente á su hijo, resuelto á quitarle la religion ó la vida.

Apurado el santo rey, viéndose sin otro recurso, se refugió en la iglesia. No quiso Leovigildo sacarle de ella por fuerza, y permitió que su segundo hijo Recaredo, príncipe jóven que amaba tiernamente á su hermano, y era muy parecido á él en muchas de las bellas prendas que le adornaban, pasase á hablarle de su parte, asegurándole el perdon, con tal que se rindiese y sujetase á su padre. Procedia Recaredo de buena fe, y así representó á Hermenegildo que ya no se hablaba de religion, sino únicamente de pedir perdon al rey, que se daria por satisfecho con sola esta demostracion de rendimiento. Creyóle el santo mancebo; vino luego con él á arrojarse á los piés de su padre; recibióle este con grandes demostra-

ciones de cariño; abrazóle, hablóle con palabras blandas y amorosas, hasta que insensiblemente le fué conduciendo á su campo, donde mandó que le despojasen de las insignias reales, y cargado de cadenas le llevasen prisionero al castillo ó alcázar de Sevilla. En la prision volvió segunda vez á las promesas y á las amenazas para obligarle á abrazar el arrianismo; pero hallándole siempre invencible, mandó que le encerrasen en un calabozo destinado para los reos, y que le tratasen con todo el rigor imaginable.

Entró el príncipe en aquel triste calabozo con mayor alegría que cuando habia ascendido al trono. No mirándose ya sino como soldado de Cristo, se dispuso con oracion, con ayunos, y con otras penitencias para entrar en el combate que debia sostener bien pronto, en defensa de la divinidad de aquel Señor á cuyos ojos combatia. Vistióse un áspero cilicio, no usó de mas cama que de la desnuda tierra, y añadió otras mortificaciones voluntarias á los trabajos de su rigurosa prision.

Llegó la fiesta de la Pascua, y pareciéndole á Leovigildo que el rigor de los malos tratamientos habria cansado la constancia de Hermenegildo, le envió un obispo arriano para que de su mano recibiese la comunion. Horrorizóse el santo príncipe al oir la proposicion del insolente hereje; y tomando el tono de héroe de la religion y de soberano, le afeó su impiedad y atrevimiento, declarando resueltamente que queria vivir y morir en la religion católica, y le arrojó de su presencia mandándole que no se volviese á poner en ella. Informado Leovigildo de la invencible firmeza de Hermenegildo, entró en una furiosa cólera, y en el mismo punto mandó á algunos soldados de su guardia que fuesen á quitarle la vida.

Ya esperaba Hermenegildo que su animosa confesion de la fe le valdria la corona del martirio; y así se

disponia para el sacrificio, ofreciéndose víctima de su Dios en las aras de sus ardientes deseos. Estaba de rodillas, derramando su corazon en fervorosísimas ansias, cuando entraron los bárbaros en el calabozo, y abriéndole la cabeza con una hacha, le dejaron muerto en el suelo.

Al punto manifestó Dios la gloria del santo mártir, así con músicas celestiales que se oyeron por toda aquella noche al rededor del santo cuerpo, como con las celestiales luces que iluminaron toda la prision.

San Gregorio el Grande, que dejó escrito el triunfo de su martirio, atribuye á sus méritos y á su poderosa intercesion con Dios la conversion del rey Recaredo su hermano, y de toda la nacion de los Godos de España á la religion católica, que se siguió poco despues de su glorioso triunfo. Por lo que toca á Leovigildo, añade el santo pontífice, sintió vivísimamente haberse dejado llevar tanto de su furor; pero este arrepentimiento natural no llegó á convertir aquel obstinado corazon. Conoció la verdad; pero pudo mas con él la razon de estado, y el miedo de que no le despojasen del trono si mudaba de religion, y así murió en el arrianismo. Sucedió el martirio de san Hermenegildo la noche del Sábado Santo, 13 de abril de 586. Su santo cuerpo está en Sevilla, á excepcion de la cabeza, que fué llevada á Zaragoza cuando los Moros se apoderaron de la Andalucía. En el Escorial, y en el colegio de los jesuitas de Sevilla, que tiene la advocacion del mismo san Hermenegildo, se conserva tambien parte de sus preciosas reliquias, como en las ciudades de Avila en Castilla la Vieja, y de Plasencia en la Extremadura.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Sevilla en Espana, san Hermenegildo, hijo de Leovigildo rey de los Visogodos arriano, el cual, ha-

biendo sido puesto en una cárcel por defender la fe católica, como no quisiese recibir la comunion de mano de un obispo arriano, mandó su padre abrirle la cabeza con una hacha, y de este modo en cambio de una corona frágil y perecedera entró rey y mártir en el cielo.

En Pérgamo en Asia, la fiesta de los santos Carpo obispo de Tiatira, Pápilo diácono, Agatónica su hermana, mujer muy virtuosa, Agatodoro su criado, y otros muchos, los cuales, despues de varios tormentos, alcanzaron la corona del martirio por haber confesado valerosamente á Jesucristo, durante la persecucion de Marco Antonino Vero y Cómodo.

En la misma persecucion padeció tambien en Roma san Justino el Filósofo, varon admirable, el cual, no satisfecho con presentar á los emperadores la segunda Apología que habia escrito en favor de la religion cristiana, la defendió con mucha energía en varias conferencias; pero acusado como cristiano por Crescente, filósofo Cínico, cuya vida y depravadas costumbres habia reprendido, en recompensa de su zelo y de su fidelidad recibió el don del martirio.

El mismo dia, el martirio de los santos Máximo, Quintiliano y Dadas, durante la persecucion de Diocleciano.

En Ravena, san Urso, obispo y confesor.

La misa del dia es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatum Hermenegildum martyrem tuum cœlesti regno terrenum postponere docuisti: da nobis, quæsumus, ejus exemplo caduca despicere, atque æterna sectari. Per Dominum nostrum...

O Dios, que enseñaste á tu bienaventurado mártir Hermenegildo á que pospusiese el reino de la tierra al celestial; concédenos, que á su imitacion despreciemos las cosas caducas, y aspiremos siempre á las eternas. Por nuestro Señor....

La epistola es del cap. 10 de la Sabiduría.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum : honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum : descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant. Et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriquecióle en sus trabajos y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo respetable. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido, sino que le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian. Convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA.

« Algunos herejes tratan de apócrifo el libro de la » Sabiduría, porque en él se condenan claramente » sus errores, en cuyo número entran los semipela- » gianos, como lo asegura san Agustin. Pero siempre » ha sido recibido por toda la Iglesia como obra de » Salomon inspirada por el Espíritu Santo, declarán- » dolo así el tercer concilio cartaginense, el papa » Gelasio, y el santo concilio de Trento, y citándole » como tal san Agustin con los mas antiguos y mas » célebres padres de la Iglesia. »

REFLEXIONES.

Por mas que la malicia de los hombres perversos intente poner estorbos á la vida del justo, siempre le guia Dios por los caminos mas derechos y mas seguros : *Justum deduxit Dominus per vias rectas.* No son capaces de detenerle los malos pasos; ni el tiempo mas borrascoso sirve mas que para que camine con mayor celeridad. Si Dios es su guia, ¿qué tiene que temer? El Apóstol decia, que para los que aman á Dios, todas las cosas se convierten en bien : *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum :* todo entra en provecho á los que el mismo Señor escogió para santos. La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion. Concédela Dios á los que tienen corazon sano y espíritu dócil. Todos los cristianos estudian en esta escuela; pero ¡qué cortos progresos se hacen en ella! No es falta del maestro que esparce los rayos de su doctrina sobre los buenos y malos, y desata el riego de su celestial sabiduría sobre justos y pecadores; es por el poco caso que se hace de ella, y por el poco gusto con que muchos la oyen. Tiene el mundo sus discípulos ; gustan de su doctrina, porque están llenos del espíritu del mundo, y porque se hacen sabios en poco tiempo. Pero ¡en qué ciencia, mi Dios! en aquella que se reduce á saber condenarse sin miedo, á saber perderse con desvergüenza y con alegría.

Honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. Hace Dios al bueno mas honrado con las persecuciones, y mas rico con los trabajos, porque le asiste para que se aproveche de ellos. Su sudor es de mucho precio. Enjuga Dios sus lágrimas, cuenta sus pasos, tiene cuidado hasta del menor de sus cabellos; mientras los pecadores se cansan en el camino de la maldad y de la perdicion : *Lassati sumus in via ini-*

quitatis et perditionis (1), andando siempre por sendas ásperas y dificultosas : *Ambulavimus vias difficiles.* Digan lo que dijeren, no se van al infierno con mucho descanso. ¡Cuánto da que padecer la tiranía de las pasiones! El que se pierde, se pierde siempre á mucha costa : *Vias difficiles.* Las inquietudes, las zozobras, la amargura inundan el camino por donde corren los libertinos y los impíos : *Viam autem Domini ignoravimus :* é ignoran el camino del Señor, ignorando la ciencia de los santos. ¡Qué perjudicial es para ellos esta fatal ignorancia! ¡ qué cara les cuesta! Posee en buena hora toda la sabiduría del mundo; sabe á la perfeccion todas las menudencias de la cortesanía, de la urbanidad, de la atencion y de la buena crianza; no ignores ápice ni primor de lo que los mundanos llaman gracias, buen gusto, brillantez, esplendor, alegría, placeres y diversion; sé, por decirlo así, como el alma de todos los festines del mundo : *Quid nobis profuit?* Ciencia del mundo, error, ilusion, locura; ¿de qué le servirá á un pecador envejecido, á una persona jóven haber brillado, haber sobresalido, y haberse despues condenado? *Ergo erravimus à via veritatis, et justitiæ lumen non luxit nobis.* Luego erramos miserablemente el camino de la verdad : luego no rayó sobre nosotros la luz de la justicia : luego caminamos á oscuras y en tinieblas, ciegos, extravagantes, insensatos : y esto nosotros, que tanto nos preciábamos de discretos y de entendidos; nosotros, que teníamos lástima, que mirábamos con compasion á los que iban por camino enteramente contrario. ¡O qué confesion tan desesperada! *Talia dixerunt in inferno qui peccaverunt.* Así discurrirán, así hablarán en el infierno aquellas mujeres profanas que ignoran su religion, ó que afectan ignorarla; aquellos libertinos que hacen ostentacion de su im-

(1) Sap. 5.

piedad y de su disolucion. Mas ¡ó qué dolorosos son los ayes cuando son inútiles, y cuando son eternos!

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquàm posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens priùs cogitat: si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longè agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida. no puede ser mi discípulo, Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

DEL EJEMPLO DE CRISTO Y DE LOS SANTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en materia de costumbres, ninguna razon persuade mejor que el buen ejemplo. Estorbos, flaqueza, edad, condicion, preocupaciones, todo se rinde á su invencible fuerza. ¿De dónde nace esa desenfrenada licencia de costumbres, esa corrupcion tan generalmente extendida por todos los estados, esos vicios que inundan la tierra? Efecto son del mal ejemplo. Pues ¿porqué el buen ejemplo ha de tener menos virtud, menos eficacia sobre los entendimientos y sobre los corazones? No hay que excusarse con la delicadeza del temperamento, con la violencia de las tentaciones, con la multitud de los peligros; en vano se alegan cien razones frívolas para pretextar cada cual su cobardía : el ejemplo las deshace todas.

Los buenos ejemplos son respecto de tí, ó gran motivo para cumplir con tus obligaciones, ó mayor causa de tu condenacion si no cumples con ellas. El solo ejemplo de un Dios hombre debiera bastar para que vencieses todas las dificultades. ¿Eres pobre? Cristo lo fué. Cosa dura es ser perseguido, calumniado, tratado con el último desprecio : pero ¿te atreverás á cotejar tus trabajos con los suyos? Clamas, levantas el grito contra la injusticia y contra la calumnia : pero ¿te tratan por ventura peor que á Jesucristo? ¡Oh, qué remedio tan soberano para muchos males es la vida del Redentor! ¡oh, y qué de quejas puede y debe ahogar aquel silencio en el árbol de la cruz!

Pero él era Dios, y nosotros somos criaturas flacas y miserables. ¿Parécete que has dicho algo? Pues esta

reflexion debe dar mayor eficacia á su ejemplo. Si un Dios padece por mis pecados, ¿podré negarme yo á hacer penitencia por ellos? Si un Dios vivió en el mundo una vida oscura y abatida, ¿será razon que yo pretenda lograrla honrosa, brillante y llena de satisfacciones? Si un Dios perdonó á los que le quitaban la vida en un afrentoso madero, ¿no perdonaré yo á los que me hacen una injuria? Si un Dios creyó que le convenia padecer para entrar en su propia gloria, ¿querré yo vivir delicado, regalado, divertido, para gozar despues de la misma gloria, y entrar en la alegria del Señor? Siéntese bien, á pesar de la engañosa resistencia del amor propio, la invencible fuerza de tan soberano ejemplo. ¡O gran Dios, y qué de cosas dice la vista de un Dios crucificado á un hombre que le mira con fe, especialmente en la hora de la muerte! ¡qué vivas, aunque mudas reprensiones! ¡cuántos quedarán confundidos á vista de este divino objeto! ¿Qué razon podrá oponer, qué pretexto podrá alegar el amor propio, cuando se halle reconvenido con el ejemplo de un Dios crucificado?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es solo el ejemplo de un Dios crucificado el que se te propone para arreglar tus costumbres; porque este modelo quizá podria parecer muy elevado á los cristianos cobardes. A la vista tienes una multitud de otros ejemplos, que ni puedes recusar, ni te hacen menos inexcusable.

Pon los ojos de la consideracion en ese prodigioso número de cristianos fervorosos y perfectos de todas edades, de todos sexos, de todos estados y condiciones, que desempeñaron con tanta puntualidad sus obligaciones, y cumplieron con tanto zelo la voluntad del Señor. Ninguno hay que no sea una reprension

animada de tu tibieza en el servicio de Dios; ninguno hay que no desvanezca tus excusas y tus frívolos pretextos; ninguno hay que no confunda tu amor propio con todos los derechos que puede alegar. ¿Eres jóven, de genio alegre, de natural pronto, de complexion delicada? Santa Inés no tenia mas que trece años; san Eleázaro era de un genio mas esparcido que el tuyo; acaso no habrá habido natural mas ardiente ni mas vivo que el de san Agustin; no parece posible complexion mas delicada que la de una santa Teresa y de un san Luis Gonzaga. Los Fernandos, los Luises, los Enriques, las Cunegundas, los Eduardos, las Isabelas conservaron su inocencia en medio de las delicias y de los peligros de la corte. En el estado del matrimonio llegaron á la cumbre de la perfeccion las Mónicas, las Brígidas y las Franciscas; en la humilde condicion de pastoras, de criadas, de labradores y de pobres oficiales merecieron ser objeto de nuestra admiracion y de nuestro culto las Genovevas, las Blandinas, los Isidros y los Homobonos. Ni la ciencia sirvió de estorbo á la santidad de tantos doctores, ni el esplendor de la cuna fué embarazo á la eminente virtud de tantos príncipes canonizados.

¿No debe confundir la heróica magnanimidad de san Hermenegildo el mal ejemplo de tantos malos cristianos? Nacido sobre el trono, mecido en una cuna real, educado entre las delicias de una corte, heredero presuntivo de la corona, en la flor de su edad, todo lo sacrifica por amor de Jesucristo, placeres, riquezas honras, quietud, el mismo reino y hasta su misma vida. Cuando se atraviesa la religion y la salvacion, todo debe sacrificarse. ¡Buen Dios! ¿qué responderán á esto tantas almas cobardes, que sacrifican su conciencia, su religion, su salvacion eterna á un vil interés, á una pasion loca y torpe, á una honra imaginaria? ¿qué excusa alegarán cuando se las pro-

ponga el ejemplo de un san Hermenegildo, y de otros tantos santos que con mayores estorbos, y quizá con menos auxilios, se hicieron tan grandes santos, correspondiendo á la gracia con fidelidad? ¿y qué responderé yo mismo á las secretas reconvenciones que me está haciendo mi propia conciencia á vista de estos ejemplos?

Nada tengo que responder, Señor; pero sí mucho porque confundirme é implorar vuestra clemencia, para que mi confusion y mi arrepentimiento no sean estériles y sin fruto. Yo adoro al mismo Dios que adoraron los santos; tengo la dicha de profesar la misma religion, y de tener la misma regla de costumbres y el mismo evangelio; espero el mismo premio que ellos esperaron. Haced, Señor, que con el auxilio de vuestra gracia tenga tambien el mismo aliento, la misma perseverancia y la misma felicidad.

JACULATORIAS.

Attendite ad petram undè excisi estis. Isai. 51.
Haced, Señor, que yo me ajuste bien á aquella piedra angular de donde fui cortado.

Bonum æmulamini in bono semper. Galat. 4.
¡Oh, si aviváseis siempre en mi la emulacion de los santos!

PROPOSITOS.

1. Es el ejemplo una leccion muda, pero convincente, que á un mismo tiempo demuestra la verdad del precepto, la posibilidad de su ejecucion, la debilidad de los estorbos, y el mérito de la accion. No hay cosa mas elocuente que el buen ejemplo, porque los hombres creen mas á sus ojos que á sus oidos. Ni es fácil disminuir la impresion que hace su fuerza. El ejemplo autoriza el vicio, ó introduce la virtud.

Una buena vida es instruccion eficaz para todo género de personas. Presto se convertiria ó reformaria el mundo si los que ocupan puestos elevados diesen buen ejemplo. Toma desde luego la resolucion de imitar los ejemplos de los buenos, y de dar tú tambien buenos ejemplos. Trae á la memoria las cristianas costumbres, el porte ejemplar y las virtudes mas visibles de aquellos sugetos ajustados y ejemplares que conoces. Muchas veces te ha edificado aquella modestia, aquella circunspeccion de tal y tal persona, aquella compostura, aquella gravedad de acciones y de palabras, aquella devocion con que se la ve en la iglesia, aquella moderacion, aquella prudencia en varios lances y ocasiones. Te hechiza la virtud, el juicio, la caridad de aquella señorita jóven; y confiesas que aquel caballero, aquel eclesiástico, el otro religioso dan grande ejemplo en el pueblo. Pues díte á tí mismo lo que se decia á sí propio san Agustin: *Et tu non poteris quod isti et istæ?* ¿Pues qué no podré yo con la divina gracia lo que estos y estas pueden? ¿acaso intereso yo menos en mi salvacion que ellos en la suya? ¿profeso otra religion? ¿espero otro premio? Viste un acto de virtud en aquel mancebo; fuiste testigo de la caridad con que la otra señora principal asistia á los pobres en las cárceles y en los hospitales: pues en llegando á casa, cuenta lo que viste delante de tus hijos y en presencia de la familia. Ya que suele haber tanta exactitud, y á veces tanto hipo por desembuchar cuanto antes los defectos del prójimo que se han visto ó se han oido; no seas menos zeloso, ni menos puntual en referir los ejemplos de virtud que han llegado á tus ojos ó á tu noticia. No es fácil dar lecciones que sean mejor recibidas, ni mas eficaces. ¡Buen Dios, qué bien reemplazarian estas relaciones edificantes á las conversaciones murmuradoras ó poco caritativas!

2. Pero no basta que te pongas por ejemplar las virtudes de los buenos; es menester que tú mismo te esfuerces á servir de ejemplar y de modelo. Mira si tus hijos, tus criados y tus amigos tienen motivo para edificarse mucho de tu porte; si tus hijas pueden aprender de tí modestia, compostura, devocion, desprecio de las vanidades del mundo, amor al retiro y aprecio de la religion; mira si los que te tratan familiarmente pueden sacar de tu trato lecciones para vivir arreglados, contenidos, devotos, caritativos y ejemplares. Pocos hay, segun el pensamiento de san Pablo, que no puedan ser predicadores mudos. Los que están en mayor elevacion, tienen mayor auditorio, y pueden predicar á mas. Es santa y admirable costumbre decirse cada cual á sí mismo, al entrar ó salir de casa, cuando concurre con otros, ó cuando está entre su familia: Ea, que voy à predicar: mis palabras, mis acciones, mis modales, todo cuanto en mí se observare y se notare, ha de servir de sermon.

DIA CATORCE.

SAN TIBURCIO, VALERIANO Y MÁXIMO,

MÁRTIRES.

Era Valeriano un jóven caballero romano, que cautivado de la extraordinaria hermosura y raro mérito de Cecilia, se declaró pretendiente de su mano, poniendo en práctica cuantos medios le sugirieron su amor y su pasion para alcanzarla por esposa.

Asustaron á Cecilia las diligencias de Valeriano, porque siendo ocultamente cristiana, sin que lo hu-

biesen llegado á entender aun sus mismos padres, habia consagrado á Dios su virginidad desde el dia en que recibió el bautismo. Mientras tanto se concluyó el tratado, y se señaló el dia de la boda. En estos apurados términos recurrió Cecilia á la oracion, al ayuno, al cilicio y á otras muchas penitencias: y el Señor se rindió á sus lágrimas, y oyó benignamente sus deseos. Efectuóse el matrimonio, y se celebró la boda con ostentacion y regocijo; pero animada Cecilia de una viva confianza en la bondad del Señor y en el poder de su omnipotente brazo, hallándose sola con Valeriano, le habló de esta manera: «Yo tengo un secreto muy importante que comunicarte, con tal que me jures que á ninguno lo has de revelar. — Yo te lo juro, respondió Valeriano. — Pues sábete, continuó la santa, que tengo en mi compañía un ángel del Señor, guarda fiel de mi virginidad; y lo mucho que te amo me obliga á prevenirte, que si no me correspondieres con un amor puro y casto, serás objeto de su ira, y te costará infaliblemente la vida cualquiera licencia ó libertad menos honesta que quisieres usar conmigo.»

A los principios enmudeció sorprendido Valeriano; pero volviendo en sí, y comenzando á hacer su efecto la gracia, la dijo: «Si quieres que te crea, hazme ver á ese ángel que te guarda; porque mientras no debiere á mis ojos el desengaño, me persuadiré que tienes puestos los tuyos en otro hombre con agravio de mi fineza y de mi honor. — Harélo, respondió la santa; pero antes es menester que te laves en cierto sagrado baño, sin cuya diligencia no es posible ver al ángel que me defiende.» Creciendo mas y mas en Valeriano la ansia de ver al ángel, la preguntó dónde estaba aquel misterioso baño, y qué diligencia debia practicar para ser admitido en él. «Vé, dijo Cecilia, hasta tres millas de aquí por la via Apia; encontrarás

ciertos pobres á quienes yo tengo costumbre de dar limosna; llévales esta de mi parte, y pídeles que te conduzcan adonde está el santo viejo Urbano, el cual sabe el secreto del divino baño, te instruirá, y te pondrá en estado de que veas á mi ángel.»

Partió al punto Valeriano, vióse con el santo papa Urbano y quedó presto instruido en todo el misterio. Supo que Cecilia era cristiana, y que el sagrado baño que le haria capaz de ver á los santos ángeles, era el bautismo de los cristianos. Pidiólo con instancia; y deteniéndole el santo pontífice siete dias para instruirle en los misterios de la fe, le administró el santo bautismo, y le despachó á su casa.

Apenas entró en ella, cuando se encaminó al cuarto de Cecilia; abrió la puerta, y vió que estaba en oracion con un ángel á su lado, cuyo semblante era mas resplandeciente que el sol, y tenia en su mano dos guirnaldas tejidas de rosas y azucenas de exquisita hermosura, que exhalaban una celestial fragancia. Dió el ángel á cada uno de los dos su guirnalda, diciéndoles que era regalo del Esposo de las vírgenes, como prenda de la corona eterna que les disponia en el cielo; y dirigiendo despues la palabra al neófito Valeriano, le dijo: «Pues has resuelto ser vírgen como tu casta esposa, me ordena Dios te diga de su parte, que le pidas lo que quisieres, porque está pronto á otorgártelo.» Al oir estas palabras, se postró en tierra Valeriano, y exclamó diciendo: «¡Ah Señor! la gracia que os pido, es la conversion de mi hermano Tiburcio, porque siempre nos hemos amado tiernamente los dos; y así haced que logre la misma dicha que yo. — No podias pedir cosa mas agradable al Señor, respondió el ángel, que la conversion de tu hermano, y su Majestad te la ha concedido.» Dicho esto, desapareció.

No bien habian acabado su oracion Valeriano y

Cecilia, colmados de un gozo celestial y rindiendo al Señor mil gracias y bendiciones, cuando entró Tiburcio en el cuarto, y saludando á su hermana: « ¿ De dónde puede venir, la preguntó, un olor de rosas y azucenas que percibo, no siendo tiempo de ellas? A mí me debes ese gusto, respondió Valeriano sonriéndose: ahora no percibes mas que el olor, pero en tu mano está tener tambien una guirnalda de ellas. » Y echándole los brazos al cuello trasportado de alegría, añadió: « Sábete que soy cristiano, y espero que presto lo serás tú tambien. » Contóle despues todo lo que le habia pasado, y pidió Cecilia que le explicase brevemente los misterios de nuestra religion. Como la gracia obraba poderosamente en el alma de Tiburcio, abrió los ojos á la verdad, y exclamó diciendo: ¿ Pues qué es menester que yo haga? — Es menester, respondió la santa, que sin la menor dilacion busques al santo pontífice Urbano, para que te instruya y recibas de su mano el santo bautismo.

No se puede explicar el gozo que recibió el santo pontífice, cuando vió á Tiburcio á sus piés pidiendo que le hiciese cristiano. Era Tiburcio un jóven de gallarda presencia, de nobles y muy despejadas potencias, de singular vivacidad y de una intrepidez increible. Detúvole san Urbano algunos dias en su compañía para catequizarle; y habiéndole bautizado, le envió á su casa lleno de alegría, y abrasado en tan ardiente zelo por la religion, que ya todo su anhelo era dar la vida en defensa de ella.

No fué estéril ni ociosa la conversion de los dos santos hermanos: los pobres sintieron presto su efecto, pues muchos se vieron libres de la miseria con sus cuantiosas limosnas. Pero su caridad y su misericordia brilló principalmente en dar sepultura á los cuerpos de los santos mártires que morian du-

rante la persecucion, y en consolar y alentar á los que estaban encarcelados en odio de la fe.

No podia dejar de hacer gran ruido una virtud tan sobresaliente en personas de aquella edad, de aquel mérito, y de aquella calidad. Llegando á noticia de Almaquio, prefecto de Roma, y grande enemigo de los cristianos, mandó comparecer ante su tribunal á los dos santos hermanos. Y habiéndose presentado: « Admirado estoy, les dijo, que unos hombres de vuestra distincion se hayan mezclado con esos miserables cristianos, aborrecidos y despreciados de todo el mundo. ¿Es decente á personas de vuestra calidad juntarse con esa canalla? Si quereis hacer bien, ¿faltarán pobres honrados para quienes expendais vuestras limosnas? »

« Bien se ve, Señor, respondió Tiburcio, que conoceis poco á los cristianos. Solo el título de siervo del verdadero Dios en la única religion verdadera, vale mas que todas las riquezas y toda la nobleza. Hasta ahora no ha habido en el mundo pueblo tan discreto, nacion tan prudente como la de los cristianos. Ellos desprecian lo que parece algo á los ojos de los hombres, y en la sustancia es nada; y ellos estiman lo que parece nada á nuestros ojos, y es todo en la sustancia. — Y bien, replicó Almaquio, ¿qué viene á ser eso, que en sí es nada, aunque parece algo? — Este mundo, respondió Tiburcio, que solo es una figura fugaz y pasajera; esas honras vanas de que se apacientan los mundanos, ese fantasmon de gloria, esa quimérica felicidad de esta vida, tras de la cual tan ciegamente se corre. — ¿Y cual es la otra cosa, le preguntó Almaquio, que pareciendo nada á nuestra vista, en la realidad vale por todo? — Es la vida eterna, respondió Tiburcio, aquella vida feliz para las almas justas, que no tendrá fin, y aquella vida miserable para los pecadores, que jamás se acabará.

¿Quién te enseñó todos esos sueños y delirios? le volvió á preguntar Almaquio. — No los llames así, dijo Tiburcio, llámalos verdades eternas, y te responderé que me las enseñó el espíritu de mi Señor Jesucristo. — ¿Quién fué el que te llenó la cabeza de tantos disparates? insistió otra vez el prefecto: ¿cuánto tiempo ha que loqueas, que perdiste el juicio, y que diste en esas extravagancias? — Con vuestra licencia, Señor, respondió modestamente Tiburcio, la locura y la extravagancia es adorar por Dios á una estatua de piedra ó de madera; la extravagancia y la locura es preferir un corto número de dias llenos de trabajos, cuidados y amarguras, á una felicidad llena y eterna. Cuando yo vivia ciegamente en el error en que vos estais ahora, entonces sí que era verdaderamente loco y extravagante; pero despues que mi Señor Jesucristo me abrió los ojos por su infinita misericordia, discurro con juicio, y hablo con prudencia. — Segun eso tú eres cristiano, replicó el Presidente. Sí, Señor, respondió Tiburcio, esa dicha tengo, y me precio mucho de ella.»

Irritado Almaquio de unas respuestas tan firmes, tan animosas y tan prudentes, mandó arrestar á Tiburcio; y volviéndose á Valeriano, le dijo: *Ya ves que tu pobre hermano ha perdido la cabeza. — Mucho os equivocais, señor,* respondió el santo; *nunca le he visto con mayor juicio. — A lo que veo,* replicó Almaquio, *tan loco estás tú como él: en mi vida he visto mayor extravagancia. — No siempre hablaréis ni discurriréis de esa manera,* respondió Valeriano; *algun dia conoceréis, aunque tarde, que la mayor de todas las locuras era creer que unos hombres embusteros, malvados y deshonestos en vida, se convirtiesen en dioses despues de muertos. ¿Qué idea formais de la Divinidad? ¿puede imaginarse que hay mas que un Dios quien no haya perdido el uso de la razon? ¿hay en el mundo*

extravagancia mas risible que esa multitud de dioses y de diosas?

No sabiendo Almaquio qué responder, entró en una especie de furor; y sin respetar la ilustre calidad de los dos santos confesores, los mandó apalear tan cruelmente, que faltó poco para que espirasen en aquel suplicio. En medio de él se les oia exclamar llenos de fervorosa alegría: *Seais, Señor, eternamente bendito, por la gracia que nos haceis de que derramemos nuestra sangre por vos, que os dignásteis redimirnos derramando primero la vuestra.*

Llevaron despues á los dos santos hermanos á la cárcel, cuando Taquiniano, asesor del prefecto, le representó que si no quitaba presto la vida á aquellos dos caballeros, se aprovecharian del tiempo para repartir todos sus muchos bienes á los pobres, y nada se encontraria para el fisco. Hízole fuerza este dictámen, y mandó que al punto fuesen llevados al templo de Júpiter para que le ofreciesen sacrificio, y en caso de resistirse, que les quitasen la vida.

Luego que se pronunció esta sentencia, fueron entregados los dos santos mártires á un ministro, llamado Máximo, para que los condujese al suplicio. Admirado Máximo de verlos tan alegres, les preguntó la causa de aquella extraordinaria alegría. « ¿ Pues no quieres, le respondieron los dos fervorosos hermanos, no quieres que rebose el gozo en nuestros corazones, viéndonos ya en el término de esta triste vida que propiamente es un miserable destierro, para dar principio á otra vida colmadamente feliz, que jamás se ha de acabar? — Pues qué, replicó Maximo; ¿hay otra vida mas que esta? — Y como que la hay, respondió Tiburcio; nuestra alma, que sola siente la alegria y la tristeza, es inmortal; y despues de esta vida tan corta, tan llena de miserias y trabajos, hay otra que no tiene fin. Esta es dichosa y feliz para los

cristianos que mueren santamente; y al contrario es eternamente desgraciada para los que no fueren cristianos.»

Penetrado Máximo de esta verdad, dijo á Tiburcio: «Pues á ese precio yo quiero ser cristiano, y desde luego hago voluntariamente sacrificio de esta mi corta y miserable vida. — En esa suposicion, le dijeron los dos santos, haz que se suspenda hasta mañana la ejecucion de la sentencia; llévanos á tu casa, y esta noche recibirás el santo bautismo, para que en el mismo punto de nuestra muerte veas por tus propios ojos un rayo de nuestra gloria.» Hízose todo así. Aquella noche concurrió secretamente á casa de Máximo la misma santa Cecilia, y con sus fervorosas exhortaciones excitó en todos aquellos nuevos cristianos mas vivos y mas encendidos deseos del martirio. Al dia siguiente, en el instante que fueron degollados los dos santos Valeriano y Tiburcio, vió Máximo sus almas, resplandecientes como dos astros luminosos, conducidas por los ángeles al cielo, en medio de una gloria que le deslumbraba. No pudiendo contenerse ni reprimir las lágrimas, prorumpió en estas exclamaciones: *¡O generosos siervos del verdadero Dios! ¡ó qué dichosos sois! ¡ó quién pudiera comprender la gloria que gozais, y yo estoy viendo con mis propios ojos! ¡ó si pudiera yo lograr la misma suerte que vosotros, ya que tengo la dicha de ser tambien cristiano!* A esta ruidosa conversion de Máximo, uno de los principales ministros del prefecto, se siguió la de otros muchos paganos, y presto fué premiada con la corona del martirio. Porque noticioso Almaquio de lo que pasaba, mandó que al punto fuese molido á palos con bastones gruesos y nudosos; lo que se ejecutó con tanta crueldad, que el santo mártir espiró en aquel tormento. Sucedió el martirio de estos grandes santos al principio del tercer siglo.

Sus cuerpos fueron enterrados á cuatro millas de la ciudad, cerca del lugar donde fueron martirizados. Desde el siglo cuarto fueron venerados con público culto en toda la Iglesia. El año 740 el papa Gregorio III reparó su sepulcro, y hácia el fin del mismo siglo Adriano I mandó edificar en honra suya una iglesia. En el año de 821 fueron trasladados sus santos cuerpos á Roma, juntamente con el de santa Cecilia, por el papa Pascual, quien los colocó todos en una iglesia dedicada á esta santa vírgen.

La misa es en honra de los santos, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui sanctorum martyrum tuorum Tiburtii, Valeriani, et Maximi solemnia colimus, eorum etiam virtutes imitemur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fiesta de tus santos mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, imitemos tambien sus virtudes. Por nuestro Señor..

La epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría.

Stabunt justi in magna constantia adversùs eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitatione insperatæ salutis, dicentes intra se, pœnitentiam agentes, et præ angustia spiritus gementes: Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii. Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quo-

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor y de horrible espanto; y estarán sorprendidos del susto, viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con tanta gloria, diciendo entre sí penetrados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazon angustiado: Estos son los que en otros tiempos fueron el objeto de nuestras burlas, y

modò computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.

los que poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necedad, y su muerte por deshonra; no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen suerte entre los santos.

NOTA.

« Hace el Espíritu Santo en este capítulo una viva
» pintura de lo que pensarán en la otra vida los justos
» de los pecadores, y los pecadores de los justos. ¡O
» cuánto nos importaria, dice san Bernardo, tener
» continuamente presentes estos recíprocos dictá-
» menes que jamás perdia de vista Salomon! No
» habria consideracion mas eficaz para consolar á los
» unos y para convertir á los otros. »

REFLEXIONES.

Hi sunt quos aliquando habuimus in derisum... Nos insensati. Estos son los que en algun tiempo fueron objeto de nuestra burla y de nuestras zumbas. ¡O necios, ó insensatos de nosotros! Esta confesion tan honrosa para la virtud es casi tan antigua como el mundo: desde su misma cuna fué perseguida la virtud; los buenos comenzaron á padecer desde que hubo malos. Pero aunque esta costumbre sea tan antigua, no por eso se hace menos extraña.

Que todos los ánimos se irriten y se declaren contra una devocion falsa, aparente y disimulada, es cosa muy justa: los hipócritas son objeto digno del odio de Dios y de la aversion de los buenos. Pero que se aborrezca á la devocion verdadera; que la verdadera virtud padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo; esto es lo que sola la experiencia

pudiera hacer creible, y esto es lo que se opone á la razon igualmente que á la religion.

Desengañado un jóven de los frívolos entretenimientos, de los falsos pasatiempos del mundo, conociendo su vanidad, alumbrado con luz del cielo, y movido de la gracia, se declara por el partido de la virtud. Buen Dios, ¡cuántas burlas, cuántas censuras, cuántas insulsas bufonadas tiene que sufrir! No siempre es lo que cuesta mas la victoria de las pasiones. La prueba mas terrible de una virtud tierna y recien nacida, son las zumbas de los malos, y tal vez, lo que es mucho mas sensible, las indiscretas, las imprudentes expresiones de los que se reputan por buenos.

Al contrario, si otro de su misma edad, deslumbrado por las brillantes exterioridades que encantan y embelesan, engañado de aquellas lisonjeras esperanzas con que el mundo sustenta á los que le siguen, entra por el camino ancho de la perdicion, y se abandona á las perniciosas máximas del mundo; nadie le habla palabra, antes bien por poco que sobresalga en aquellas prendas superficiales y sin sustancia que el mundo aprecia y celebra, todos le aplauden, todos le ensalzan. Sus mismos padres son los primeros que concurren á fomentar su pasion: aunque sean inmensos los gastos que hace para mantener el juego, el fausto, la profanidad, todo lo da por bien empleado la familia en consideracion del rumbo que ha tomado. Si se hace distinguir en el sarao, en el baile, todos á competencia le celebran; mientras la virtud humilde, ejemplar y recogida es objeto de la risa. Dase á manos llenas á un jóven libertino cuanto pida para mantener su disolucion, ó á una hija mundana para que siga las modas; pero si estos mismos hijos abrazan el partido del retiro, de la modestia y de la devocion, falta poco para desheredarlos, á lo menos

se les reduce á los precisos términos de su legítima; mientras que las mejoras y los aumentos se reservan para los indevotos, para los que siguen ciegamente el espíritu del mundo. ¿Y qué se responderá á Dios cuando pida estrecha cuenta de esas injustas preferencias, de esas impías predilecciones? Entonces clamaréis: ¡Ay qué impiedad! ¡ay qué injusticia! pero ya llegará tarde el arrepentimiento.

Nos insensati. Pero ¿de qué sirve conocer el mal, cuando ya es el daño sin remedio? Necios de nosotros, que nos causaba lástima la vida ejemplar de los buenos; que nos burlábamos de su modestia y de su circunspeccion; que los mirábamos con una especie de desden y de desprecio. Los desterrábamos de nuestras reuniones, y sentíamos no sé qué maligna complacencia en hacer ridículas sus mas prudentes acciones. ¿Cuántos insulsos chistes se nos ofrecieron sobre sus escrúpulos, sobre su delicadeza de conciencia, sobre el tenor regular de su conducta? A nuestros ojos eran unos hombres de mal gusto, de corazon apocado, y de una extravagancia que se acercaba á parvulez. ¡Ah, que la parvulez y extravagancia fué nuestra! *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* Aquellos que parecian tan despreciables á nuestros ojos, eran la mas noble porcion del rebaño de Jesucristo. Como ilustres herederos de la virtud de los santos, están hoy en posesion de su gloria. Su feliz suerte será eternamente objeto de admiracion y de veneracion á todo el universo, y á nosotros de envidia, de rabia y de desesperacion.

Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt. Así discurren y así hablan de la verdadera sabiduría de los buenos en la hora de la muerte, los que no quisieron imitarlos en vida; así hacen justicia á la virtud aun en el infierno, los que la persiguieron en la tierra;

así se respeta en el otro mundo á los que en este se desprecia.

El evangelio es del cap. 15 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est. Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum : et omnem qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. Jam vos mundi estis propter sermonem, quem locutus sum vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites : qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foràs sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Yo soy vid verdadera, y mi padre es cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, sino permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos : el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí no podeis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y le echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras se conservaren en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y os será concedido.

MEDITACION.

DE LOS QUE ESTAN EN PECADO MORTAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no puede el hombre vivir en estado mas infeliz, mas desdichado en este mundo, que en el de pecado mortal. Por mas que uno nade y se anegue en bienes y en riquezas; por mas que brille con todo el esplendor imaginable; por mas que la fortuna risueña en todo le galantee; por mas que esté colmado de honras, de gustos y de deleites; por mas que haya llegado al auge de la grandeza; por mas que se vea colocado en el mismo trono; si está en pecado mortal, es sobradamente infeliz y miserable. Lo mismo que es un cadáver expuesto á los ojos del pueblo debajo de un magnífico pabellon, tendido en una riquísima cama, es á los ojos de Dios un hombre que está en pecado mortal, entre honras, riquezas y abundancia. No es capaz de preservarle de corrupcion toda la brillantez, todo el esplendor del mundo. Los gusanos no respetan ni la nobleza de la sangre, ni la delicadeza de los miembros. Pueden los bálsamos, las drogas, los perfumes conservar incorruptas las carnes de un cuerpo muerto; pero no pueden hacer que no sea un espantoso cadáver. Pues aun es mucho peor una alma que está en pecado mortal. Todos los tesoros del mundo, toda la ostentacion, pompa y aparato no pueden estorbar que sea abominable, que sea objeto de horror á los ojos de Dios. ¡Y se vive tranquilamente en este estado! ¡y hay quien se alegre de estar y de perseverar en él!

Un hombre en pecado mortal es un hombre en desgracia de Dios, degradado de todo mérito, pri-

vado, de todos los derechos que le daba la gracia, despojado de todos sus privilegios. Si muere en este infeliz estado, el infierno será su eterna mansion; su herencia la rabia, la desesperacion, el fuego eterno.

¡Qué pesadumbre seria la de un cortesano si llegase á entender que ya el rey le miraba con disgusto! El hombre en pecado mortal es objeto de horror á los ojos de Dios. Si no revienta contra él su indignacion y su cólera, es efecto de su misericordia que no debilita los derechos ni el rigor de su justicia. El hombre en pecado mortal es un delincuente condenado al último suplicio. A la verdad, se dilata la ejecucion para darle tiempo á que solicite el perdon; pero ¿qué se podrá esperar de un reo de lesa majestad divina que pudiendo conseguir el perdon, persevera voluntariamente en pecado mortal? ¿No es este mi retrato? ¿pues cuál será mi paradero?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el estado de pecado mortal es el mas infeliz de todos los estados; porque mientras está en él el pecador, haga lo que hiciere, el pecado destruye el mérito de todo á los ojos de Dios. Aunque hiciera milagros, dice el apóstol san Pablo, aunque tuviera tanta fe que con ella mudara los montes de un sitio á otro; aunque repartiese toda mi hacienda entre los pobres; aunque entregara mi cuerpo á las llamas para ser reducido á cenizas; si me falta la caridad, si no estoy en gracia de Dios, en vano trabajo; todo cuanto pueda padecer ó hacer, de nada me sirve para el cielo, porque el estado de pecado mortal es un estado de muerto. Pues el muerto ¿cómo puede hacer obras de vivo? y las que no son acciones de vida, ¿de qué sirven para la eternidad?

El pecado mortal reduce al hombre á ser nada en el órden de la gracia: *Si charitatem autem non habuero, nihil sum.* Pues *ex nihilo nihil fit*: de la nada nada se puede hacer. ¡Buen Dios, qué pérdida es la que hace en vida un pecador! Jamás le estimará Dios nada de lo que hace en pecado mortal.

En tanto son meritorias nuestras obras para la eternidad, en cuanto son bendecidas y estimadas dignas por Jesucristo. Para esto es menester estar unidos á Cristo por medio de la caridad: mientras subsiste esta union, comunica mérito y virtud particular á nuestras obras; pero cortada esta comunicacion por el pecado, quedamos como sarmientos secos, separados de la vid, inútiles, sin provecho, sino es para arder en el fuego eterno. Los vástagos de la vid solo llevan fruto cuando están unidos á la cepa.

¡O qué bien conocieron los santos esta importante verdad! ¡ó qué bien se aprovecharon de ella! ¡qué no hicieron, qué no padecieron por no separarse jamás de esta cepa misteriosa! Honras, placeres, tesoros, vanas y aparentes brillanteces con que el mundo engaña y deslumbra; desgracias, persecuciones, suplicios con que el demonio espanta y horroriza, nada fué bastante para hacerlos titubear en la fe, mucho menos para derribarlos. Tiburcio, Valeriano y Máximo todo lo sacrificaron antes que perder la gracia; pero ¿cuántos hay que quieran perderlo todo antes que dejar de cometer un pecado?

¡Mi Dios, en qué estado tan lamentable he vivido yo! ¡Qué seria ahora de mí si hubiérais arrojado al fuego este sarmiento seco y separado! Volvedme á unir á la cepa por vuestra divina gracia, amado Salvador mio. Para merecer este favor voy á trabajar desde este propio momento.

JACULATORIAS.

Ne projicias me à facie tua, et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Salm. 50.
No me arrojeis, Señor, de vuestra presencia, ni permitais que pierda vuestra gracia.

Quis nos separabit à charitate Christi? Rom. 8.
¿Quién me apartará del amor de mi Señor Jesucristo?

PROPOSITOS.

1. La mayor de todas las desdichas es estar en pecado mortal. Toda otra desgracia es tolerable; ninguna hay que no pueda tener algun alivio, alguna reparacion en esta vida ó en la otra; sola esta es sin consuelo. Si la misericordia del Señor no reprimiera la malignidad del enemigo de nuestra salvacion, ningun pecador sobreviviria al estado de la culpa. ¡Qué de funestos accidentes, qué de golpes imprevistos, qué de muertes repentinas se verian à cada instante! Ignórase ahora la verdadera causa de la mayor parte de los trabajos que suceden en esta vida: algun dia sabremos que dentro de nosotros mismos estaba el verdadero origen de todos ellos. Se peca, se vive en pecado; ¡y despues nos admiramos de la quiebra en el comercio, de la desgracia en la pretension, de las disensiones entre las familias, de la muerte de aquel hijo único que era toda la esperanza de la casa! Mas nos debiéramos admirar de que viviendo en pecado hayamos salido bien de aquel apuro, de aquel pleito, de aquella enfermedad, si no supiéramos por otra parte que estas aparentes felicidades no pocas veces son efecto de la ira de un Dios mas irritado contra nosotros. Nunca castiga Dios mas severamente al pecador, que cuando le deja dormirse profundamente

en medio de la prosperidad. Si tuviste la desdicha de caer en pecado, ten la fortuna de levantarte al instante. No esperes al domingo ó al primer dia de fiesta para confesarte. Despues de la contricion, á que al punto te debes excitar, acude al médico espiritual, solicita cuanto antes el remedio. Y si al tiempo que lees esto te acusa la conciencia de alguna culpa grave, no dejes pasar el dia sin aprovecharte de la gracia que te hace el Señor. Mira que te expones á peligro de perderlo todo si desprecias este aviso.

2. Es grosero error, que enseñó Wiclef, y condenó solemnemente el concilio de Constanza, decir que pues nada de lo que se hace en pecado mortal es meritorio para el cielo, es inútil hacer buenas obras, las cuales por razon del mismo pecado se harian malas y demeritorias. Error, herejía, embuste diabólico. No, no llega á tanto la malicia del pecado, no obstante que sean tan lastimosos sus estragos. Aunque seas reo delante de Dios de los mayores excesos, de las mas enormes culpas, todavía en ese estado puedes y debes hacer obras buenas. Honrar á Dios, socorrer á los pobres, obedecer á los superiores, cumplir con otras obligaciones de religion y de justicia, no solo se puede, sino que debe hacerse aun estando en pecado mortal; porque el pecado no dispensa de esas obligaciones. ¿Tienes la desgracia de estar en tan lastimoso estado? pues no solo no debes omitir aquellas devociones que acostumbras, sino que has de alentarte á añadir otras: mas oracion, mas ayunos, mas penitencia, mas limosnas, para mover á Dios, por decirlo así, á que te conceda la gracia de la conversion. Fuera de las obras de obligacion, que no puedes omitir estando en pecado mortal sin cometer otro nuevo pecado, ¿no es justo que procures con obras de supererogacion mover la misericordia de Dios, y aplacar su justicia? Con este espíritu la Magdalena se



S. PEDRO GONZALEZ TELMO.

arrojó á los piés de Jesucristo, y los regó con sus lágrimas; el publicano suplicó al Señor que tuviese misericordia de él; el centurion Cornelio consiguió que sus oraciones y limosnas subiesen hasta el mismo Dios, y se compadeciese de su ceguedad. Mas procura que á estas obras precedan siempre muchos actos de contricion, y no te descuides de recurrir al sacramento de la penitencia.

SAN PEDRO GONZALEZ TELMO, CONFESOR.

Por los años del Señor de 1185, reinando en Castilla Fernando II, nació san Pedro Gonzalez, llamado comunmente Santelmo. Su patria, aunque ha estado en disputa, todos convienen en el dia que fué Frómista, villa y cabeza de marquesado, que tiene la gloria de haber dado al mundo cristiano un hijo tan benemérito. Sus padres eran nobles y ricos; pero tuvieron que hacer poco en la educacion y crianza de Pedro, habiendo tomado este cargo sobre sí un tio suyo llamado don Tello, que era á la sazon canónigo, y despues fué obispo de Palencia. Esta ciudad que de tiempos muy antiguos florecia en letras, y en donde habia estudiado santo Domingo, dió á nuestro jóven maestros hábiles que le instruyesen; y como á las lecciones acompañaban los saludables consejos del tio, y su aplicacion infatigable, llegó á poseer la gramática, retórica, dialéctica y otras de aquellas artes que suelen llamarse liberales. Para todo daban ocasion las bellas disposiciones con que el cielo habia liberalmente dotado á nuestro mancebo, haciéndole de un entendimiento despejado, y de una docilidad tal, que admitia sin resistencia cuanto sus maestros le enseñaban. Como á su ciencia se juntaba una con-

ducta juiciosa é irreprensible, no pasó mucho tiempo sin que uno y otro fuese premiado con una canongía que obtuvo en la misma iglesia de Palencia. No pararon aquí los honores con que el mundo risueño quiso premiar su verdadero mérito y literatura. Esta habia crecido con la aplicacion y con los años, y el cielo, que le preparaba ocasiones de grandes victorias y merecimientos, quiso que el mundo mismo le guardase justicia, siendo promovido por breve pontificio á la alta dignidad de dean de la misma iglesia en que era canónigo.

Una dignidad eclesiástica debiera haber llenado de turbacion y sobresalto el corazon de quien la mirase por aquel lado que manifiesta sus terribles obligaciones; pero nuestro jóven Pedro la miró solamente como un empleo brillante, que le proporcionaba riquezas y ocasiones de gastarlas con ostentacion y magnificencia. En medio de sus buenas disposiciones, y de sus principios de virtud, sintió toda la fuerza con que la edad juvenil provoca las pasiones, y no tuvo valor suficiente para resistirla. Era jóven, era airoso de cuerpo, y al mismo tiempo tan afable y obsequioso, que todos los demás jóvenes le amaban sin envidia y le admiraban sin emulacion. Para hacer ostentacion de su bizarría y gentileza, y al mismo tiempo celebrar la nueva dignidad de dean, resolvió salir por la ciudad á caballo, acompañado de una lucida comitiva que sirviese á su mayor lucimiento: alarde vano, aconsejado por el orgullo, pero que tornándose en humillacion suya, debia desengañarle de las pompas y falsas brillanteces del mundo.

La gracia de Dios, dice el gran padre san Agustin, esconde sus anzuelos en todos los acontecimientos de la vida; y cuando menos lo piensa el hombre, se encuentra, ó con la exhortacion, ó con el ejemplo, ó con el milagro, ó con el peligro, ó con otras casua-

lidades que parecen caprichos de la fortuna, pero no son sino consejos de la divina Sabiduría, misericordias de nuestro Dios, y artificios verdaderos de la gracia. Así le sucedió á Pedro. Manda enjaezar un soberbio caballo en que compitiesen el primor, el artificio y la riqueza; y montando en él, sale por la ciudad á hacer ostentacion, mas de la gentileza y hermosura de su persona, que de la alteza y consideracion que se debia á su dignidad. Una gran cuadrilla de nobles jóvenes, ricamente vestidos, hacian compañía á Pedro, sirviendo á su vanidad, y al mismo tiempo procurando competir con él en el lucimiento y en la gallardía. Recorren las calles públicas, acompañados de un innumerable concurso que por todas partes los admira. Las ventanas y balcones estaban llenos de gentes que en repetidos vivas manifestaban su admiracion y regocijo por la ventura de Pedro. Entre tanto llega este á una plaza la mas pública y la mas llena de gente. La satisfaccion, la alegría, la soberbia, la vanidad, el deseo de gloria y de mas aplauso se apoderan de su alma; y queriendo hacer alarde de su destreza en correr y manejar el caballo, aplícale con fuerza las espuelas, corre precipitadamente, pero en medio de la carrera (¡ó vanidad del mundo!) tropieza el caballo, y da con nuestro jóven en medio de un lugar fétido y cenagoso, en donde teniendo que revolcarse muchas veces para salir, se llenó de tanta hediondez, suciedad y porquería, que excitó la risa y gritería del inmenso gentío que le miraba. El aplauso se convierte en desprecio, la admiracion en risa y chacota; comienzan á silvarle; comienzan á zaherirle con pullas y sátiras; de modo que fué mayor la confusion, vergüenza y abatimiento en un solo instante, que el aplauso, admiracion y triunfo con que habia sido celebrado en toda la carrera. Así quiso Dios llamar para sí á este jóven, y hacer que renaciese á la vir-

tud por medio del escarmiento, en el mismo dia en que el Verbo encarnado quiso nacer en el mundo.

Luego que Pedro advirtió la burla y escarnio que se hacia de su persona, ilustrado por una luz superior, conoció la vanidad de este mundo, lo falso de sus pompas y vanidades, y cuan poco se debe fiar de sus glorias y aplausos aparentes. Determinó despreciarle, quiso tomar de él esta justa venganza en el mismo lugar en que habia recibido de él tanto desprecio; y así, con voz clara que todos pudieron entender, prorumpió en estas razones: *Supuesto que el mundo me ha burlado de esta manera, haciendo que sus partidarios me insulten y silben en el mismo dia en que yo le hacia el mayor sacrificio, tambien yo me burlaré de él, vengándome de sus falsedades y cautelas; y para que no tenga ocasion de hacer de mí nuevo escarnio, prometo dejarle desde ahora, y retirarme adonde pase mi vida con mayor seguridad contra sus lazos y asechanzas.* No eran estos propósitos de aquellos que á manera de fuegos fatuos se desvanecen con la misma facilidad con que se forman. El misericordioso Dios, que sabe con sabiduría infinita el arte maravilloso de sacar bienes de los males, como dice san Agustin, habia fijado en el corazon de nuestro jóven escarnecido el desprecio del mundo y el arrepentimiento de sus excesos.

Aquella luz sobrenatural con que habia sido ilustrado, le enseñó que no debia retardar al cielo sus votos; sino que, á medida del fastidio que habia concebido su alma á todas aquellas vanidades que arrebataban antes sus sentidos, debia ser el esfuerzo y prontitud en abandonarlas de una vez para siempre. Mirábase como una nave agitada de los vientos, expuesta á ser sumergida en las inconstantes olas, mientras no anclase en puerto seguro. El consejo de san Jerónimo, escribiendo á Heliodoro, de que para

dejar el siglo se debe hacer lo mismo que para abandonar un puerto peligroso y mal seguro, esto es, cortar los cables con presteza sin detenerse á desatarlos, acabó de decidirle. Florecia en aquel tiempo en España la religion de santo Domingo, cuya doctrina y fervor estaban todavía muy recientes en la memoria y operaciones de sus hijos : á este sagrado instituto resolvió acogerse el jóven Pedro, como á un asilo seguro contra los peligros del mundo; y así, renunciando con admiracion de todos á sus riquezas, títulos y dignidades, tomó el hábito de religioso en el convento de dominicos de Palencia.

Luego que se vió libre de los lazos que hasta entonces le habian impedido caminar á la perfeccion, comenzó á ejercitarse con tanto ardor en todo género de virtudes, que en breve fué el modelo y admiracion de los mas provectos religiosos. No parecia sino abeja solícita y oficiosa, que recogiendo de los demás hermanos las flores de virtud en que resplandecian, formaba en sí mismo un panal delicioso con que recrear al Espíritu divino. Pasóse el año de noviciado, en que dió muestras mas de un hombre consumado en todo género de santidad, que de un novicio en el ejercicio de servir á Dios; y habiendo llegado aquel dia suspirado y dichoso en que habia de hacer profesion, se preparó con lágrimas, oracion, ayunos y penitencias, y ofreció al Todopoderoso un agradable sacrificio de sí mismo sin reservarse en este mundo nada. Prometió vivir en perpetua obediencia, en castidad pura y en pobreza voluntaria, tres lazos sagrados con que quedó separado del siglo y preso para siempre en el amor y servicio de Dios.

No retardó el cumplimiento de sus promesas, pues todo el fervor con que habia servido en el año de noviciado, se duplicó y creció excesivamente despues que se vió admitido en la milicia de Jesucristo. Su cas-

tidad era angélica, y se dejaba ver la pureza de su corazon en todos sus movimientos, en todas sus obras y palabras. Prevenia la voluntad de sus superiores; y hecho cargo de que es mas grata al Ser supremo la obediencia que las víctimas, nada hacia que no procurase cuidadosamente que fuese hecho por obediencia. Toda su riqueza era el ser verdaderamente pobre, despreciando por Cristo no solamente los bienes terrenos con que lisonjea el mundo á sus partidarios, sino las esperanzas de poseerlos. Su vestido era pobre, pobre el ajuar de su celda, y cuantas cosas tenia para su uso manifestaban claramente la verdadera pobreza de su espíritu. La oracion, en la que sentia delicias inexplicables, era su mas continuo ejercicio; y si habia de interrumpirla, era para ocuparse en otros ejercicios devotos, en penitencias, y en las obligaciones comunes que prescribe la regular observancia. Con estas cualidades se hizo amado de todos, y todos hallaban en el santo jóven un maestro provecto en todo género de virtud. No podia contenerse dentro del monasterio el buen olor de Cristo que exhalaba su santa vida; y así dentro de poco tiempo creció tanto la fama de su santidad, que aun en los lugares mas remotos era conocida y admirada. Pero no es de maravillar que sucediese así; pues era tal la admiracion, y juntamente la alegría, que causaba en sus hermanos la celestial vida de Pedro, que adonde quiera que iban la predicaban por admirable, y la proponian á todos como modelo de la perfeccion evangélica.

No se contentó con esto este ejemplar religioso; reflexionó que la órden sagrada que habia profesado, no se habia instituido sino para ganar almas para el cielo por medio de la predicacion. Para este ejercicio sabia que era necesario, además de la integridad de costumbres, una ciencia nada vulgar sobre los dogmas y misterios de la religion. Aunque habia sido canónigo

y dean de una iglesia respetable, como en su promocion habia tenido tanta parte el favor, le pareció que todavía carecia de aquella instruccion y conocimientos que deben adornar á los ministros del santuario, para ser útiles á sus prójimos por medio de la enseñanza. Con esta persuasion se dedicó con actividad al estudio de la sagrada teología; y como su entendimiento era despejado, su aplicacion continua, y sus deseos de saber sencillos y bien ordenados, en poco tiempo hizo rápidos progresos. Bebia con ansia en los sagrados libros el agua de la católica doctrina, y era tal el deleite que sentia en este estudio, que le sucedia pasar las noches enteras insomnes sin poderse apartar de los libros. De este modo iba haciendo en su memoria un rico depósito de sentencias y doctrinas, de que llenó despues aquellos vivos discursos que tantas almas ganaron para el cielo.

Al mismo tiempo tenia delante de los ojos la vida del patriarca santo Domingo, en donde como en un espejo veia todas las cualidades y dotes de que debe estar adornado aquel que predica la palabra de Dios. Allí aprendió á juntar con la ciencia sagrada una humildad profunda, una continua oracion, un desprecio verdadero del mundo, un zelo ardiente de la salud de sus prójimos, la maceracion de su carne y mortificacion de sus sentidos, y últimamente, á no hacer venal la palabra de Dios, sino á derramarla liberalmente, segun el precepto evangélico: *Dad de valde lo que de valde habeis recibido.* Vieron los superiores de Pedro que en breve tiempo se habia dispuesto, no solamente para obtener el sacerdocio, sino para la administracion del sacramento de la penitencia y predicacion del Evangelio; y así dispusieron que se ordenase de presbítero, concediéndole al mismo tiempo las facultades y licencias necesarias de confesar y predicar. Todo lo recibió el santo jóven con sumision

y con temor, porque no osaba contradecir á las disposiciones de sus prelados, y por otraparte sabia la responsabilidad de los que son administradores ó dispensadores de la sangre de Cristo y de su doctrina.

Constituido predicador y confesor, ¿quién podrá decir el fervor, el zelo, el fruto con que comenzó á ejercer ministerios tan altos? Enseñaba á todos el camino de la salud, no solamente con las palabras, sino mucho mas con las obras. Si advertia que alguno tenia necesidad de expiar sus delitos por medio de la confesion sacramental, le rogaba, le exhortaba, y no se daba sosiego hasta lograr que se confesase. Dejaba la mesa, abandonaba cualquiera obra comenzada, y emprendia largos y penosos viajes, siempre que concebia esperanzas de ganar el alma de su prójimo. Cuando se hospedaba fuera del convento, aunque fuese en casa de algun grande señor, exhortaba al dueño de la casa y á toda su familia á que se confesasen; y para esto les hacia unos discursos tan vivos y patéticos sobre la fealdad del pecado mortal, sobre el rigor de las penas del infierno, sobre el estado pacífico y venturoso de los que están en gracia de Dios, que jamás salió de casa alguna sin convertir y confesar á todos: tanta era la fuerza y artificio con que sabia persuadir, y tanta la uncion que el Espíritu Santo comunicaba á sus palabras, haciéndolas espadas de dos filos que llegaban hasta dividir el espíritu, como dice san Pablo.

Tanta virtud y sabiduría, tanta gracia y poder para sembrar la palabra de Dios, no podian menos de ganar mucha reputacion á nuestro santo, aunque con harto sentimiento de su humildad. La fama, que tiene á su cargo hacer notorio al mundo cuanto ocurre en él de singular, sea bueno ó sea malo, llevó el nombre de Pedro hasta al palacio del católico rey

san Fernando. Luego que este oyó las maravillas que se decian de él, deseó tenerle á su lado, para que sus oraciones y consejos le sirviesen de apoyo para sostener el peso de la corona. Hallábase á la sazon empleado en echar de España la morisma, que tantos años habia la tenia infestada con su dominacion, con su crueldad y con sus brutales costumbres. Tenia declarada guerra á los Moros, y como conocia que el Dios de los ejércitos es quien reparte las victorias, sin que nadie pueda confiar en el poder de sus armas ni en la multitud de sus soldados, deseaba que en sus escuadrones brillase mas la rectitud y buen órden de las conciencias, que lo vistoso de las evoluciones y de las armas. Siempre fué cierto que la semejanza de costumbres produce amor y cariño, y mucho mas si las costumbres son santas y arregladas; y asi Fernando III, que era santo, no sosegó hasta que vió á su lado al religiosísimo fray Pedro Gonzalez, que tambien lo era. Conocia el piadoso rey, que para contener la licencia que se propaga fácilmente con el estrépito de las armas, se necesitaba un espíritu no menos fervoroso que prudente, y que supiese segun las circunstancias argüir, rogar y reprender, á veces con el fuego y zelo abrasador de un Elías, y á veces con la dulzura y benignidad de un Juan evangelista.

Como lo pensó, así lo vió con sus ojos confirmado por los efectos; pues apenas entró san Pedro en los reales de Fernando, cuando á manera de trueno comenzó á sonar su voz contra los vicios. Predicaba incesantemente, enseñaba la doctrina cristiana á los soldados, los juntaba en cercos y compañías, y les hacia unos discursos tan vivos, tan amorosos, y tan persuasivos, que en breve tiempo se vió el ejército tan mejorado, que eran ya otras sus costumbres y otros los fines santos con que los soldados peleaban contra los Moros. La honra y gloria del Dios de las batallas

eran los dos principios que movian sus corazones: por ellos lograban esfuerzo sus brazos, y por este esfuerzo consiguió Fernando diferentes victorias, siendo una de las mas importantes y señaladas la que le hizo dueño de la famosa ciudad de Córdoba, capital de uno de los reinos que habian formado en España los Moros. Una virtud tan sólida, unos ejemplos tan brillantes, una libertad tan evangélica para reprender los vicios, ni podia dejar de ofender á los viciosos, ni de excitar la malignidad de sus corazones para que pensasen en perseguirle: fué muy singular el género de persecuciones que tuvo que sufrir nuestro santo, y la manera con que salió victorioso de ellas.

Estaban en conversacion cierto dia algunos señores grandes de los que formaban la corte de Fernando. Entre los varios objetos sobre que versaron sus ociosos discursos, fué uno el bendito religioso, opinando unos que su conducta irreprensible, su zelo ardiente, y la frugalidad con que vivia, eran dignos de la mayor veneracion; mientras por el contrario otros le calumniaban notándole de atrevido, y sosteniendo con ardor que toda su vida y sus acciones eran animadas únicamente por la ambicion y la hipocresía. Oyó la disputa una mujer liviana de las muchas que suelen infestar los ejércitos, y determinándose desde luego por aquel modo de pensar que congeniaba con sus indecentes costumbres, les pidió algun premio, y ofreció aclarar sus dudas solicitando torpemente á san Pedro. Aceptaron la propuesta como que era lo que mas apetecian sus corazones. Éranles sumamente pesadas las reprensiones de nuestro santo, y creian que si aquella mujer lograba inducirle á pecado, se verian libres de sus censuras y tendrian en lo sucesivo un salvo conducto para vivir en el desórden. ¡Cuánto se engañan los mundanos cuando pretenden medir las acciones de los siervos de Dios por las suyas, y calcular sus

resoluciones por las que ellos tomarian, segun su depravacion, en determinadas circunstancias!

Concertados, pues, en el precio, salió aquella mujer diabólica á poner en ejecucion sus depravados consejos; y armada de todos los artificios que pudo sugerirla su avaricia, su malignidad y su torpeza, pasó al sitio en donde el siervo de Dios estaba aposentado. Hizole saber por un criado, que estaba allí una mujer que deseaba hablarle para descubrirle un secreto de grande importancia. Al instante creyó san Pedro que se le presentaba alguna buena ocasion en que la honra de Dios y la salud de sus prójimos habian de tener algun grande provecho; y sin imaginar siquiera que podia ocultarse algun lazo contra su inocencia, mandó que entrase aquella mujer en la cámara en que estaba. Apenas se vió la astuta cortesana en presencia del santo, comenzó á sollozar, cubriendo el atrevido rostro de fingidas lágrimas. Púsose á sus piés de rodillas, y con suspiros, que hubieran engañado á cualquiera que fuese menos cándido y sencillo, le pidió que la confesase. Estaba ya muy cerca la noche, y temiendo el santo que si comenzaba á confesarla se podria seguir alguna nota, la pidió que viniese el dia siguiente, y entonces con tiempo y comodidad la confesaria. « Santo padre, respondió la mujer, la fama de tu virtud es notoria por todo el mundo; yo sé muy bien el ardor con que procuras la salud de las almas y la conversion de los pecadores. Esto mismo me ha traido á tus piés á hacer una confesion ingenua de mis pecados, para de aquí en adelante mudar enteramente de vida. Por tanto te conjuro en el nombre de Dios que me oigas al presente. y permitas que haga confesion de mis pecados, bien cierto de que si en esta noche me sucediese algun accidente, de modo que muriese sin confesion por culpa tuya, tú serias en el tribunal de Dios reo de mi

condenacion, y responsable de la perdicion de mi alma.»

Consternóse el santo varon viéndose conjurado de aquella manera; comenzó á escrupulizar y temer la perdicion de aquella alma, y resolvióse á oirla en confesion: para este efecto retiróse á un lugar mas secreto y apartado, y teniendo á sus piés á aquella mujer infernal, la mandó que se persignase. Pero la señal sacrosanta de la cruz es un signo no menos odiado y temido del demonio qũe de sus ministros. En lugar de persignarse, y hacer la confesion que habia prometido, comenzó á poner en ejecucion sus depravados intentos. Significó al santo con las palabras mas seductoras y encantadoras, que tenia el alma abrasada por su amor, al cual si no correspondia, debia tener por cierto que la era imposible vivir. A estas añadió otras razones, lágrimas, suspiros, y cuanto puede sugerir el espíritu infernal de mas activo para hacer valer sus astucias y engaños. La oscuridad de la noche, lo apartado del aposento, la soledad, la hermosura, la persuasion, y un amor, aunque falso, bien fingido y ponderado, eran circunstancias que hacian la tentacion de las mas terribles y peligrosas. La repentina fuga parece que era el remedio mas oportuno; pero ¡quién será capaz de averiguar las diversas maneras con que manifiesta la gracia su poder, y con que quiere Dios ser admirable en sus santos!

Quedó san Pedro atónito oyendo el razonamiento apasionado de aquella infeliz mujer; pero inspirado del cielo, pensó en ver cómo podria ganar aquella alma, no con ásperas reprensiones ni terribles amenazas, sino con razones blandas, y venciendo las astucias del demonio con santos y saludables artificios. La gracia y la verdadera virtud tienen tambien sus industrias, y cuando se atraviesa la gloria de Dios

y el provecho de los prójimos, son sumamente ingeniosas en sus proyectos. « No permita Dios, respondió el santo á la propuesta de la mujer, no permita Dios, hija mia, que sea yo causa de tu mal, ni de que mueras de repente: cesen tus lágrimas y tu tristeza, que dentro de muy poco estarás libre del peligro; pero es menester que esperes un rato mientras dispongo el lecho, que está descompuesto y desaseado. » Dicho esto, se apartó de ella, y juntando un grande monton de leña, hizo una hoguera formidable y espantosa. Llamó á la mujer, que acudió como quien pensaba ver el triunfo de su hermosura; pero apenas se presentó, cuando el castísimo religioso tendió su manto sobre la hoguera, y echándose encima, la dijo: « Si tan grande es el amor que dices me tienes, ven á gozar de él, y satisfacerle en este lecho: tal vez el fuego material apagará el torpe y abominable que te abrasa. » Dicho esto, revolcábase el santo en las voraces llamas, sin que estas le dañasen ni aun le chamuscasen el hábito.

Acechaban por las rendijas de la puerta, ansiosos de ver vencida la virtud del santo padre, aquellos cortesanos que habian excitado y ofrecido premios á la infeliz seductora. Pero cuando vieron con sus ojos la terrible hoguera, la confianza con que el santo estaba entre las llamas, y en estas repetido el milagro del horno de Babilonia; ¿quién será capaz de decir la admiracion, la sorpresa, el temor y la consternacion que se apoderó de sus corazones? Abrieron repentinamente las puertas, y avergonzados y contritos se echaron á los piés del santo, confesaron su delito y le pidieron perdon de él, venerando de allí en adelante su santidad tanto como antes habian murmurado de ella. La deshonesta mujer confusa y avergonzada no sabia qué partido tomar; pero el Espíritu Santo iluminó su alma para que conociese toda la atrocidad

de su delito, y pensase expiarle con lágrimas de penitencia. Postróse á los piés del santo, pidióle que la perdonase, é hizo sinceramente la confesion que habia fingido para seducir la inocencia. Así quiso Dios trocar esta mujer de vaso de desprecio en vaso de honor, y así quiso manifestar la santidad de su siervo con las pruebas mas auténticas que tiene la virtud.

Habia ya en este tiempo conquistado á Córdoba el rey católico, y pensó en retirarse por algun tiempo á su corte. Acompañóle el santo en el camino; pero luego que llegó á Castilla se despidió del rey, deseoso de huir los peligros que encierran los palacios, y de ser mas útil por medio de la predicacion á sus prójimos. Retiróse á Galicia, en donde comenzó á ejercitarse de nuevo en el ministerio de la divina palabra y de la sagrada penitencia, ganando para Dios gran número de almas. Sus discursos eran vivos y eficaces, recayendo siempre sobre los vicios dominantes en la multitud, sin que nadie se ofendiese de verse reprendido. La palabra de Dios adquiria una nueva fuerza en sus labios, porque juntamente predicaba su virtud y todas sus apreciables circunstancias: pero estas mismas le pusieron diversas veces en el mayor riesgo de perderse. Era el santo de una gentil presencia, de semblante noble y hermoso, y esto fué causa de que su honestidad fuese tan combatida; pero siempre salió victorioso por medio del milagro del fuego que ya queda referido, y de que tuvo que valerse otras veces para rebatir las atrevidas solicitaciones de mujeres deshonestas.

Dios por otra parte le ayudaba poderosamente con su gracia; y no parecia sino que habia puesto en su mano el uso de su omnipotencia, segun la facilidad con que hacia los milagros. Llegó una vez sediento á pedir un poco de agua á una pobre mujer, la cual no

tenia mas que una corta porcion de vino que la habia mandado guardar su amo; hízosela traer, y habiendo bebido él y su compañero, quedó en la vasija la misma cantidad. Otra vez, siguiéndole este de mala gana en una expedicion de caridad, por el cansancio y hambre que padecia, le dió á comer un pan y á beber un vino que manifestaban en su bondad ser cosa del cielo. Mandaba á los elementos, y estos reconocian en él un ministro y un siervo fiel de su Criador. Manifestóse esto diferentes veces en las aguas del Miño, ya sosteniendo milagrosamente al santo para que pasase de un lado á otro sin sumergirse, ya echando los peces á la orilla para sustentar á los pobres y á los que construian un puente para la pública utilidad. Tambien se vió obedecerle las tempestades, calmando ó dejando libres de sus truenos y relámpagos aquellos lugares en que el santo estaba predicando.

De este modo, entre los portentos de la gracia y los afanes de su ministerio apostólico, pasó una vida llena de merecimientos y de heróicas virtudes, que le aseguraban las recompensas eternas. Cuanto mas se le acercaba la muerte, tanto mayor era su ardor y su zelo por el bien de las almas, superando la caridad la flaqueza de sus fuerzas debilitadas por la vejez, las penitencias y continuos trabajos. Pero llegó el tiempo en que quiso Dios darle el premio debido á su fidelidad; y el cielo le hizo la misericordia de anunciárselo con anticipacion. Reveló este secreto el santo predicando en Persecario el dia del domingo de Ramos. Dijo á sus oyentes como estaba ya muy cercana la hora de su muerte, y les certificó de que no volveria mas á aquel pueblo á predicar la palabra de Dios. « Por tanto, hermanos mios, decia, cuando llegue á vuestra noticia que está ya pronta mi alma á presentarse en el tribunal de Dios, ayudadme con vuestras ora-

ciones para que me juzgue con misericordia: porque aunque no me remuerde la conciencia de haber ofendido al Señor gravemente despues que dejé el mundo, con todo eso, no me creo con tanta pureza, que no necesite de los sufragios que ofrecen á Dios los fieles por sus hermanos.» Dicho esto, que oyeron con lágrimas aquellas venturosas gentes, se despidió de ellas, y se marchó á Tuy, en donde predicó los dias restantes de la Semana Santa, hasta que acercándose ya la Pascua, cayó peligrosamente enfermo.

Deseaba el santo con ansia morir entre los religiosos, sus hermanos; y así, habiéndose mejorado algun tanto, creyó que podria llegar al convento de Santiago, de donde era conventual. La vehemencia del deseo le dió fuerza para ponerse en camino; pero á poco trecho que anduvo, conoció que era empeño vano el querer resistir á la dolencia que se presentó con nuevos esfuerzos; y volviéndose al compañero, le dijo: «Creo, hermano mio, que es la voluntad de Dios que volvamos á Tuy para que yo muera allí; y así, si no lo teneis á mal, hacedme merced de que volvamos atrás de nuestro camino.» Condescendió el compañero, llegaron á la casa en donde solia hospedarse, agravóse la enfermedad, y sintiendo que llegaba ya la hora de su descanso, llamó á su huésped, y le habló de esta manera: «Amado hermano mio, sabed que nuestro misericordioso Dios quiere poner ya fin á mis trabajos; yo he procurado alcanzar de su piedad que suspendiese un terrible castigo que amenazaba á esta provincia por los delitos de sus habitantes; y por lo que toca á vos, estoy sumamente agradecido por la caridad que conmigo habeis siempre usado, y os suplico querais recibir esa correa y ese báculo en muestra de mi agradecimiento, que no tengo otra cosa con que dároslo á entender; y tened confianza en Dios de que algun dia os podrá servir de

algun provecho.» Recibió el huésped aquel donecillo con la mayor devocion; envolvióle en un lienzo blanquísimo, y queriendo en una ocasion partir con un amigo suyo aquel precioso regalo, fué impedido milagrosamente del cielo, y avisado para que lo depositase en la iglesia catedral, donde se conserva, obrando Dios por medio suyo muchos prodigios.

Llegó finalmente la hora de su muerte, para la cual se habia preparado con oraciones fervorosas; y habiendo recibido los santos sacramentos, durmió el sueño de los justos, poco despues del dia de la Resurreccion del Salvador, año de 1246, segun la opinion mas probable. Su muerte fué exenta de aquel horror que infunde por lo comun en los vivientes; antes bien todos la celebraron como si fuese dia de nacimiento, ó como un dia destinado á celebrar unas bodas eternas del alma con Jesucristo. Celebró las exequias al santo el grande obispo Lucas de Tuy, bien conocido por sus escritos y su piedad; y cuidó de colocar el venerable cadáver en un sepulcro decente, junto al cual dejó mandado en su testamento que colocasen el suyo. Despues, andando el tiempo, fueron tantos los prodigios con que quiso el Señor honrar á su siervo, y tanto el concurso de los que acudian con votos al sepulcro, que don Diego de Avellaneda, dignísimo prelado de aquella iglesia, quiso trasladarle á mejor y mas decente sitio, cual era la capilla de los señores obispos; como en efecto lo ejecutó en 22 de enero de 1529. Trasladóse el cuerpo del santo encerrado en una arca primorosa de plata, habiéndose celebrado la exhumacion del cadáver y su traslacion con aquellas solemnidades de divinos oficios, concurso del pueblo, y devotas procesiones con que deben celebrarse las traslaciones de los santos. Pero pareciéndole á don Diego de Torrequemada que un justo tan insigne, y á quien el cielo distinguia

con tantos milagros, no debia estar confundido con los obispos, resolvió edificar una suntuosa capilla donde se venerase el cuerpo de san Pedro. Ejecutóse así, y se trasladaron á ella las sagradas reliquias en 27 de abril de 1579, entre alegres y devotas aclamaciones del pueblo.

Los milagros con que manifestó Dios la santidad de su siervo despues de su muerte, fueron tantos y tan frecuentes, que excitaron la admiracion de todos, concurriendo de todas partes con votos y presentallas, testimonios de los favores recibidos. Su sepulcro manó por mucho tiempo un aceite maravilloso, semejante al que se dice haber sudado aquel precioso monumento del monte Sinaí, en que por ministerio de ángeles fué depositado el cuerpo de santa Catalina. Los leprosos, paralíticos, cojos, mancos, tullidos y enfermos de todo género de enfermedades, recibian salud siempre que con verdadera fe se le encomendaban; pero quienes le han sentido mas propicio han sido los marineros en las terribles angustias de las tormentas del mar. Estos le conocen por el nombre de Santelmo, y con el mismo le invocan en sus aflicciones, experimentando su patrocinio en los naufragios y borrascas; pero no van acertados cuando serenadas estas, juzgan que las lucecillas fosfóricas que aparecen en los palos de los navíos, son luces producidas por san Pedro; pues antes que el santo naciese sucedia lo mismo en las embarcaciones de los gentiles, en lo que se ve claramente que ningun influjo podia tener su intercesion. Los efectos de la naturaleza y de la gracia no deben confundirse, ni atribuirse, tal vez con supersticion, á esta última, lo que es puramente efecto de la primera. Alabemos á Dios por los beneficios que nos dispensa en sus santos, y porque en san Pedro quiso de varias maneras manifestarse grande y maravilloso.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Apia, la fiesta de los santos mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, martirizados en tiempo del emperador Alejandro y del prefecto Almaquio: los dos primeros, que habian sido convertidos á Jesucristo con las exhortaciones de santa Cecilia, y bautizados por el papa san Urbano, fueron apaleados y decapitados por la fe: Máximo que era Ayuda de cámara del prefecto, movido de la constancia de estos mártires, y confirmado con la aparicion de un ángel, creyó en Jesucristo, y fué azotado con plomadas hasta que entregó su alma.

En Terni, san Próculo, obispo y mártir.

El mismo dia recibió la corona del martirio santa Domnina virgen, con otras muchas vírgenes compañeras suyas.

En Alejandría, san Tomaide, mártir.

El mismo dia, san Ardalion, farsante, el cual como estuviese escarneciendo en el teatro las ceremonias de los cristianos, mudado de repente en otro hombre, no solo defendió la santidad de ellas con sus palabras, sino tambien con el testimonio de su sangre.

En Leon de Francia, san Lamberto, obispo y confesor.

En Alejandría, san Fronton abad, memorable por su gran santidad y milagros.

En Roma, san Abundio, sacristan de la iglesia de san Pedro.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui in maris periculis constitutis beati Petri opem singularem ostendis, ejus nobis intercessione concede, ut in hujus vitæ procellis tuæ

O Dios, que manifiestas el singular patrocinio del bienaventurado Pedro con los que se hallan en los peligros del mar; concédenos por su intercesion,

gratiæ lumen semper affulgeat, quo æternæ salutis portum invenire valeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

que en medio de las borrascas de esta vida, no perdamos jamás de vista la luz brillante de tu gracia, con la cual lleguemos á encontrar el puerto seguro de la gloria eterna. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es de san Pablo á los Tesalonicenses, cap. 2.

Fratres: Fiduciam habuimus in Deo nostro loqui ad vos evangelium Dei in multa sollicitudine. Exhortatio enim nostra non de errore, neque de immunditia, neque in dolo, sed sicut probati sumus à Deo ut crederetur nobis evangelium: ita loquimur non quasi hominibus placentes, sed Deo, qui probat corda nostra. Neque enim aliquando fuimus in sermone adulationis, sicut scitis: neque in occasione avaritiæ: Deus testis est: neque quærentes ab hominibus gloriam, neque à vobis, neque ab aliis. Cùm possemus vobis oneri esse ut Christi apostoli: sed facti sumus parvuli in medio vestri: tanquam si nutrix foveat filios suos. Ita desiderantes vos, cupidè volebamus tradere vobis non solum evangelium Dei, sed etiam animas nostras: quoniam charissimi nobis facti estis.

Hermanos: Tuvimos confianza en nuestro Dios de hablaros el evangelio de Dios con mucha solicitud. Porque nuestra exhortacion no es nacida del error, ni de la inmundicia, ni es engañosa: sino así como Dios nos ha aprobado para confiarnos su evangelio, así hablamos, no pretendiendo agradar á los hombres, sino á Dios que sabe como son nuestros corazones. Porque bien sabeis que nunca os hemos hablado palabras de adulacion: ni hemos vivido dándoos ocasion de avaricia, de lo que Dios es testigo, ni tampoco buscando entre los hombres nuestra gloria, ni entre vosotros, ni entre otro alguno. Pudiendo seros gravosos como apóstoles de Jesucristo, nos hemos hecho como párvulos en medio de vosotros, á manera de una nodriza que cria á sus hijos. Tratándoos de este modo, deseábamos con ansia, no solo entregaros el evangelio de Dios, sino tambien nuestra misma alma: porque os estimamos muchísimo.

REFLEXIONES.

El carácter de un predicador del Evangelio es todo el asunto de la epístola que la santa Iglesia aplica al santo que celebra en este dia. Aquellas expresiones vivas y llenas de toda la eficacia de la verdad y del desinterés, con que habla san Pablo á los Tesalonicenses, delinean perfectamente las principales virtudes de un santo que tantas almas conquistó por el ministerio de la palabra. Nada predica tanto como el ejemplo: es una leccion muda, pero mas eficaz y persuasiva que toda la humana elocuencia. Jesucristo comenzó primeramente á hacer, y despues á enseñar aquello mismo que obraba. Esta manera de enseñar que imitaron sus apóstoles, y que vemos tan practicada por todos los santos, no es propia y privativa obligacion de los ministros de la Iglesia. Es verdad que á ellos obliga principalmente, bajo la pena de aquella maldicion que Jesucristo echó á la higuera, por haber advertido en ella gran pompa de hojas, en que están significadas las palabras, y nada de fruto, en lo que se da á entender la falta de buenas obras. Es verdad que á los predicadores evangélicos se dirige principalmente lo que dice san Pablo en la segunda á los Corintios, cap. 6: *A ninguno deis motivo de ofensa, para que nuestro ministerio no sea despreciado.* Pero esta obligacion comprende tambien á todos aquellos á quienes de cualquiera manera incumbe el oficio de enseñar á sus inferiores.

Un padre, una madre de familias, ¿cómo podrán reprender en sus hijos, ni en sus criados, aquellos mismos defectos de que su conciencia les acusa reos? Está muy bien que diariamente enseñen á su familia, que la doctrinen en las máximas de la moral cristiana, que observen mucho el genio é inclinaciones de

cada uno para darle la direccion correspondiente; y últimamente, que como jueces domésticos corrijan y castiguen los defectos ó delitos que encuentren dignos de experimentar su severidad. Pero todos los padres de familia deben tener entendido, que nada será tan eficaz para reprender el vicio, ó para recomendar la virtud, como sus mismas obras.

Un hijo que ve el desórden con que vive su padre entregado al juego, á la diversion, á los espectáculos, al lujo; que mira muchas veces correr por las mejillas de su madre las lágrimas que brota un corazon resentido y despreciado; que advierte el abandono con que mira todas sus obligaciones, aun las mas necesarias para el sustento, y las mas sagradas por su estado, ¿qué caso ha de hacer este hijo de las reconvenciones de su padre, cuando quiera reprenderle por desórdenes y extravíos iguales á los que él comete? ¿cómo será posible que logre la enmienda de unos delitos que está recomendando con sus obras? *¿Y tú,* dice san Gerónimo, podrá responder el hijo, *porqué no haces lo que enseñas?* Pero por el contrario, si el superior de una familia vive arreglado, cada palabra suya es espada de dos filos; basta sola su presencia para contener los excesos, y muchas veces bastará una mirada suya para castigarlos.

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Euntes prædicate, dicentes: Quia appropinquavit regnum cœlorum. Infirmos curate, mortuos suscitate, leprosos mundate, dæmones ejicite: gratis accepistis, gratis date. Nolite possidere aurum, neque argentum,

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Id, y predicad, diciendo: Que se acercó el reino de los cielos. Sanad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios: graciosamente recibísteis, dad graciosamente. No poseais oro, ni plata, ni

neque pecuniam in zonis vestris: non peram in via, neque duas tunicas, neque calceamenta, neque virgam: dignus enim est operarius cibo suo.

traigais dinero en vuestras bolsas: ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston; porque digno es el obrero de su alimento.

MEDITACION.

DE LA CORRESPONDENCIA QUE GUARDA EL MUNDO CON SUS PARTIDARIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mundo es tan ingrato y tan inconsecuente, que por lo regular á nadie trata peor que á aquellos que se declaran por su partido. A los justos, a los virtuosos los insulta y menosprecia, es verdad; pero estos no sienten sus desprecios, porque nunca han apetecido sus favores. Mas los secuaces del mundo, los que se sacrifican en su servicio, buscando el aplauso de las gentes; estos son los que tienen que sufrir sus sonrojos, y el mundo no se los escasea. Principia por picarles la vanidad con el cebo de la lisonja: acreciéntales el orgullo con los elogios descompasados que les dan de todas partes; remóntalos á la cumbre de la soberbia con las humillaciones y bajezas de otros: ya los tiene en aquella elevacion en que es mas sensible la caida, pues entonces se complace en derribarlos, entonces se hace un entretenimiento de verlos humillados y confusos.

Contempla sino al jóven Pedro sobre un poderoso caballo ricamente enjaezado, haciendo alarde de su lozania, de su habilidad, de su poder, y de los muchos amigos que le acompañan. El mundo le admira, le aplaude, le colma de elogios, y levanta hasta el cielo las voces con que le prodiga sus lisonjas. Contempla al mismo jóven derribado en el suelo, hollado por

el mismo bruto que montaba, afeado con la suciedad del cieno en que se veia sumergido: pues mira al mundo que debia compadecerle, ayudarle, levantarle y cubrir su ignominia, cómo celebra con grandes carcajadas su desventurada caida, mira con risa su vituperio, y convierte en denuestos, chufletas y baldones los recientes aplausos. Este es el mundo, este es su genio; esta infidelidad caracteriza su correspondencia para con los que siguen sus máximas. Pensar que ha de ser humano y condescendiente aun con los de su partido, es pensar que puede hallarse la virtud en un pais sojuzgado y dominado por los vicios.

Con todo eso, tú le crees y le sigues; tú aprecias los vanos aplausos con que te entretiene mientras llega el momento de hacer burla de ti. ¡Oh desventurado! ¡oh necio! *Guárdate,* dice san Agustin (1), *de que los amadores del mundo turben tu juicio, y te engañen y seduzcan. Ten entendido,* dice el mismo (2), *que los lazos con que el mundo te cautiva y aprisiona, tienen verdadera aspereza, y falso deleite; dolor cierto, é incierta delicia; un duro trabajo, y un descanso rezeloso; una posesion llena de miseria, y una esperanza vacia de felicidad.* En todo observa las inicuas leyes de una verdadera protervia. Si ensalza, no es para otra cosa que para preparar una ruidosa caida: si abate, es para aniquilar el mérito y la virtud; si te alaba, es para hacer mas reparable tu burla, y mas ignominiosa tu vergüenza; y cuanto ejecuta con sus partidarios, es dirigido únicamente á su precipicio. ¿No serán suficientes estas consideraciones para que conozcas el carácter del mundo, y te resuelvas á abandonarle para siempre?

(1) Serm. 81. — (2) Epist. 26. num. 2.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solamente se mofa el mundo de aquellos que mas exactamente observan su doctrina, sino que además los castiga con infortunios, desventuras, suplicios, y una infamia eterna. Fija tus ojos en esos ídolos del poder, que fueron en sus dias los árbitros de la suerte de los hombres, y los objetos magníficos adonde dirigió sus elogios la elocuencia del mundo. Trae á la memoria tantos conquistadores, tantos guerreros, tantos filósofos, que fueron en su tiempo la admiracion del universo: ¿qué les ha tributado el mundo por sus servicios? ¿con qué ha recompensado sus obras? Un Alejandro, un César, un Neron, un Eliogábalo, que sirvieron al mundo con el mayor esmero, y pusieron en él toda su gloria, ¿qué concepto le merecen al mismo mundo? La muerte violenta de casi todos ellos manifiesta, que si el mundo detestó su existencia cuando le servian, era preciso que no le fuese despues mas grata su memoria; y así se experimenta. El voluptuoso, el ambicioso, el cruel, el gloton: he aquí los títulos con que se notan en las historias sus nombres.

No es esto solo: aun en el tiempo en que parece sonreirse la fortuna á los secuaces del mundo, no creas que son felices, sino miserables y desgraciados. Nada de cuanto tienen les sacia; antes bien no parece sino que aumenta su sed, y enardece su ambicion la seguridad y posesion de la cosa pretendida. ¿Y cuántas inquietudes deben acompañar á esta posesion tal vez injusta? *Aquellas riquezas*, decia san Agustin (1), *que pensais son el depósito de las delicias, son en la realidad el depósito de los peligros. Aquel era pobre; pero dormia seguro: el sueño se acercaba con*

(1) Serm. 14.

mas facilidad á la tierra dura, que al dorado lecho. Comparad los cuidados que despedazan á los ricos con aquella dulce tranquilidad de los pobres, que alarga sus dias y los llena de sosiego y de ventura. Preciso es conocer que el mundo infiel y mentiroso en sus promesas, no solamente persigue á los siervos de Jesucristo, sino que á sus mismos amadores y partidarios los engaña, los vitupera, se mofa de ellos y los castiga.

¿Y tendrá, no obstante esto, tanta fortuna el mundo, que te cuente á tí en el número de sus partidarios? Si todo hombre aborrece la falsedad y la protervia, y basta cualquier defecto en este punto para cortar una amistad de muchos años, ¿serás tú tan estúpido que conozcas la traicion que se te hace, y ames y sirvas no obstante al traidor? Apenas has empleado tu vida en otra cosa que en seguir al mundo, y en proclamar su doctrina con tus obras. ¡Cuántos desasosiegos, cuántas amarguras por complacerle! ¿Y cuál ha sido el premio con que ha recompensado tus fatigas? ¿Qué tienes, qué posees por fruto de tus obsequios y trabajos? *Llegó la hora de la muerte*, dice el Espíritu Santo (1), *y los varones de riquezas, los hombres del mundo se encontraron con las manos vacías.* Tú, además de esta burla, estás hecho el juguete de tus deseos, consumido de tus vanas esperanzas y mortificado de mil maneras. En vista de semejantes perfidias *dejad de amar al mundo y á cuanto hay en él*, que es el clamor de san Juan Evangelista (2).

JACULATORIAS.

Mundus transit et concupiscentia ejus. I. Joan. cap. 2.

El mundo y sus placeres se desvanecen como una sombra.

(1) Ps. 75. — (2) I. cap. 2.

Universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus. Salm. 40.

Con sabia providencia, Dios mio, llenaste los bienes terrenos de amarguras, para que el corazon del hombre no se fije sino en el bien eterno para que le criaste (1).

PROPOSITOS.

1. Es necesario mudar el corazon, esto es, preciso mudar los afectos. Conocido un daño, es el extremo de la estupidez permanecer sin pensar en el remedio. Ya sabes que el mundo es infiel, que es protervo, que paga los obsequios y servicios con positivos daños; con que te es preciso volver en ti, y atajar los pogresos á los daños que hasta ahora has padecido. ¿Y qué remedio? En tu mano está, y ya está dicho: mudar la direccion de tu amor, inclinar el corazon al objeto que de justicia merece y debe ser amado. Es preciso levantar el corazon, y dejar de habitar con él donde no es preciso asistir con el cuerpo. Lo que no es necesario debe excusarse, *que al dia le basta su malicia* (2). *Nosotros estamos muertos*, decia san Pablo (3), *y nuestra vida está escondida en Dios juntamente con Cristo.* Muertos para el mundo, y vivos para el cielo, deben ser nuestras obras propias de unos hombres celestiales, ó á lo menos no debemos permitir que nuestro corazon se fije en este mundo, á cuyas pompas hemos renunciado.

2. Haciéndonos cargo de su falsedad, debemos clamar con el profeta David (4). *Henchid, Señor, el alma de este vuestro siervo de vuestra soberana alegría, pues yo he levantado ya á vos mi espíritu.* « Estaba

(1) Aug. Enarr. in Ps. 40 n 5. — (2) Matth. 6. — (3) Ad Col. 4. — Ps. 85.

antes apegado á la tierra, dice san Agustin en la explicacion de este salmo, y sentia en ella una verdadera amargura: para que no se secase de melancolía, y perdiese toda la suavidad de tu gracia, levanté á tí mi espíritu; llenadle, Señor, de vuestras celestiales delicias. Vos solo sois verdadera dulzura, porque el mundo no da de sí ni tiene mas que hiel, acíbar y amargura. A cualquiera parte que se vuelvan los ojos, no encontrarán mas que escándalos, temores, tribulaciones y peligros. ¿En qué hombre se hallará seguridad? ¿Quién será capaz de proporcionarte una sólida y verdadera alegría? Ni tú á tí mismo: ¡cuánto menos deberás esperarlo de cualquier otro!» Luego no hay otro remedio mas que colocar en Dios todas nuestras esperanzas, todos nuestros deseos y todos nuestros cuidados; ningun otro medio de vivir tranquilos y seguros. Aquella pretension fastidiosa que me apura la paciencia y me obliga á atropellar la justicia, la abandonaré desde este dia; aquellos obsequios que tributaba al capricho, á la novedad, á la locura, para merecer las atenciones del mundo, desde hoy mismo han de quedar abandonados. Mis palabras no servirán ya á la lisonja y á la adulacion, sino solamente á la verdad; mi corazon tendrá paz, porque se desarraigará del mundo y se levantará al cielo. Despreciaré al mundo antes que él se burle de mí, y con esto le enseñaré que si hay quien le siga ciegamente, tambien hay quien sepa despreciarle.

———

DIA QUINCE.

SAN BENITO EL MOZO,

LLAMADO COMUNMENTE SAN BENITICO, CONFESOR.

San Benito, llamado san Benitico por sus pocos años y por su pequeña estatura, fué un pastorcillo de las cercanías de Aviñon, á quien el Señor quiso prevenir casi desde la cuna con las mas dulces bendiciones de su gracia, y se complació en mostrarle al mundo como uno de aquellos prodigios que deja ver en él de cuando en cuando para ostentar su poder, para ejemplo de nuestra tibieza, aliento de nuestra fe, y confusion de nuestro orgullo.

Nació el año de 1165 en una aldea, que entonces se llamaba Almilat, y puede ser que sea la que ahora se llama Alvilar en el Vivarés, diócesis de Viviers, á tres jornadas de Aviñon. Perdió á su padre siendo muy niño; y cuando llegó á la edad de nueve ó diez años, su madre, que le habia criado en el temor santo de Dios, le dió á guardar un hatico de ovejas, á que estaba reducida toda su hacienda. Criado nuestro pastorcillo en esta inocencia y simplicidad de costumbres y de fortuna, no tenia aun mas que doce años cuando le dió el Señor á conocer de un modo muy extraordinario, que le habia escogido para obrar grandes maravillas.

El dia 13 de setiembre del año de 1177, dia señalado por un eclipse de sol, hallándose en el campo nuestro zagalillo guardando sus ovejas, oyó por tres veces una voz del cielo que le dijo: « Benitico, hijo mio, oye la voz de Jesucristo. Admirado el niño de

oir que le hablaban, y de que no veia á nadie, respondió: Señor, ¿quién sois vos que me hablais; porque yo os oigo, pero no os veo? — No temas, hijo, prosiguió el Salvador, óyeme, y haz lo que te diré. Yo soy Jesucristo, tu Dios, que con una sola palabra crié todas las cosas de nada, y puedo hacer todo lo que quiera. — Pues, Señor, ¿qué quereis que haga? le preguntó Benitico. Quiero que dejes las ovejas, y que vayas á fabricar un puente sobre el Ródano. — No, Señor, no puede ser, replicó el inocente niño, porque yo no sé qué cosa es el Ródano, y no me atrevo á dejar solas las ovejas de mi madre. — Obedece con rendimiento y sin réplica, le dijo el Salvador, que yo proveeré á todo. Yo cuidaré de las ovejas, y te enviaré presto quien te guie al Ródano. — Pero, Señor, replicó el niño un puente no se hace con poco dinero, y yo no tengo mas que tres maravedís: ¿qué caudal es este para una obra tan grande? — Pon toda tu confianza en mí, respondió el que le hablaba, y no te dé pena otra cosa.» Penetrado el chico de admiracion y de una vivísima confianza, dejó al punto las ovejas, y luego se puso en camino. A pocos pasos vió á su lado á un gallardo jóven en traje de caminante, con su palo en la mano y con unas alforjas al hombro, que le dijo venia á llevarle á las orillas del Ródano, al paraje mismo donde queria Dios que fabricase el puente.

Aunque habia tres dias de camino, se asegura que llegaron en menos de tres horas. Viéndose Benitico á la orilla del Ródano, en frente de Aviñon, considerando asi lo ancho como lo rápido del rio, quedó espantado, y dijo al que le guiaba: « *Aqui es imposible hacer puente.— No temas, hijo,* le respondió el ángel; *haz lo que Dios te manda, que este Señor nunca manda cosas imposibles, y presto lo experimentarás. Pasa la barca, preséntate al obispo de Aviñon, y dile la comision*

T. 4. P. 345.



S. BENTO, C.

que llevas. » Diciendo esto desapareció el ángel, y el niño se sintió animado de nuevo aliento y de nueva confianza.

Pidió al barquero que le pasase por amor de Jesus y de María; pero el barquero era judío, y puso mala cara á la peticion. Ofrecióle los tres maravedís que tenia, por los cuales le pasó, y le puso á la puerta de la ciudad. Entró en ella Benitico, y se fué derecho á la iglesia, donde á la sazon estaba el obispo predicando. Sin mas formalidad ni preámbulo le interrumpió el inocente niño, y dijo en voz alta que le enviaba Dios para que levantase un puente sobre el Ródano. Todo el auditorio se echó á reir, y el obispo que se llamaba Poncio, pareciéndole que aquel muchacho seria algun pobrecito simple, mandó que le sacasen de la iglesia, diciéndole al mismo tiempo, como por burla, que si queria levantar puente fuese á estar con el preboste de la ciudad. Era el preboste hombre serio, y mal acondicionado, muy á propósito para, si el chico estaba loco, hacerle cuerdo con los azotes. Oyó Benitico las palabras del obispo, y entendiéndolas como sonaban, se fué derecho á casa del preboste, y le dijo con grandísima inocencia: « *Señor, Dios me envia á fabricar un puente sobre el Ródano, y es menester que usted me ayude.* » El preboste, mirándole con ceño y con severidad, pero sin poder contener la risa, le respondió: *Sí, niño, me parece muy bien*; y señalando con la mano una gran piedra que habia en el patio, tan gruesa y tan pesada que treinta hombres juntos apenas la podrian mover, añadió: *pero es menester que lleves á cuestas esa piedra, porque es la primera que hemos de poner en la obra.* Al instante se fué Benitico adonde estaba la enorme piedra, y haciendo la señal de la cruz, la tomó, y se la puso sobre la cabeza con la misma facilidad con que pudiera una china.

Quedaron todos atónitos á vista de aquel prodigio. Informado el obispo, acudió al punto con todo el pueblo á casa del preboste; y Benitico, cargado con aquel disforme peso, atravesó toda la ciudad, acompañado del obispo, nobleza y magistrado; y llegando á la orilla del Ródano, sentó la piedra en el paraje donde comienza el puente, habiendo tantos testigos de esta maravilla, como vecinos tenia entonces Aviñon.

Ya se dejan discurrir los efectos que causaria el prodigio : todos gritaban, milagro; y el preboste, arrojándose á los piés del santo se los besó con humildad, y le entregó de contado trescientas piezas de plata para dar principio á aquella grande obra. El obispo, el clero, la nobleza y el pueblo, todos á porfía le tributaban iguales muestras de veneracion; y queriendo todos contribuir á obra tan milagrosa, en menos de dos horas se juntaron cinco mil monedas, que en aquel tiempo era una suma muy considerable.

A la verdad, no contribuyeron poco á la liberalidad de los vecinos de Aviñon las maravillas que se siguieron á la primera. Muchos enfermos quedaron de repente sanos solo con besar la mano, ó tocar la ropa de nuestro santo, contándose hasta diez y ocho milagros en aquel primer dia. Y la prueba mas concluyente de que Dios le habia destinado para aquella grande obra, fué la continuacion de prodigios que sucedieron mientras duró su construccion; no siendo el menor de todos la prudencia, la sabiduría y la penetracion de que Dios habia dotado al santo niño, en una edad en que apenas despunta la razon, pues dirigia toda la fábrica con tanto acierto, que los mas hábiles maestros estaban asombrados.

Mientras tanto iba prosiguiendo la obra; y lo q᷊ᵉ los emperadores romanos y los reyes de Francia no tuvieron aliento para emprender, ó no pudieron

llevar á cabo, fué casi concluido en el espacio de siete años, mas que por la multitud de los oficiales, por la poderosa direccion del milagroso arquitecto.

Creciendo y dilatándose mas cada dia la fama de nuestro santo, concurrieron á él muchas personas, así para tener parte en sus trabajos, como para aprovecharse de su doctrina y de sus ejemplos. Formóse, pues, una especie de comunidad, ó congregacion religiosa, bajo la conducta y gobierno de Benitico, que con el título de *hermanos del puente,* tenian á su cargo la superintendencia de la obra, velaban sobre sus reparos, y prestaban al público muy importantes servicios. Al mismo tiempo fundó nuestro santo un hospital para los peregrinos, del que cuidaban tambien los hermanos del puente, en el cual se vió renovado el fervor y la caridad de los primitivos cristianos.

Dióse principio al milagroso puente el año de 1177, y en el espacio de siete años se acabaron todos los pilares y se perfeccionaron casi todos los arcos, á pesar de la profundidad y la violencia de uno de los mas rápidos y mas caudalosos rios del mundo. Hizo cuanto pudo el enemigo de las obras de Dios para estorbar, ó á lo menos para destruir esta, que tan visiblemente publicaba su bondad y su poder. En cierto dia que nuestro santo se hallaba en oracion á cinco ó seis leguas de Aviñon, le reveló Dios el accidente que acababa de suceder por la malignidad del príncipe de las tinieblas. « *Hermanos,* dijo el santo á sus compañeros, *vamos luego á reparar un arco del puente, que el diablo acaba de arruinar.* » Vieron despues los hermanos con sus mismos ojos que el santo no los habia engañado, y que solo Dios pudo revelarle el accidente que habia sucedido.

Entraba Benitico en los diez y nueve años de su edad, cuando el Señor le reveló tambien el dia de su muerte. Dispúsose á ella con nuevo fervor y con

mayores penitencias; y asaltado de una enfermedad que parecia lijera, teniendo por cierto que se iba acercando su postrera hora, recibió los sacramentos con extraordinaria devocion. Y como el amor que habia profesado siempre á la santísima Vírgen, á quien llamaba su querida madre, habia sido muy tierno durante la vida, se explicó mas ardiente y mas ferveroso en las cercanías de la muerte. Aquella confianza sin límites en los dulcísimos nombres de Jesus y de María, que no se le caian de la boca, daba á conocer á todos los circunstantes los tiernos y los encendidos afectos de su abrasado corazon.

Luego que se extendió por la ciudad la noticia de su enfermedad, se sobresaltó toda ella; y su muerte llenó de luto á todo el condado Venesino. Sucedió esta el dia 14 de abril de 1184; y habiendo merecido en vida tan elevado concepto de su grande santidad, fácilmente se deja discurrir cuánta seria la pública veneracion que se le dió despues de muerto. Atropellábanse todos con el ansia de besar el santo cadáver, y por el deseo de lograr alguna reliquia suya; siendo objeto del culto y veneracion universal de la nobleza y clero todo lo que habia servido para su uso. Hubo una piadosa competencia entre el obispo, el preboste de la ciudad, y los cabildos, sobre quien habia de llevar el santo cuerpo; pero fué menester rendirse todos á la voluntad del santo, que estando para morir, declaró su deseo de ser enterrado en la capillita que él mismo habia labrado sobre el tercer pilar del puente, donde tenia de ordinario largas horas de oracion. Las exequias mas parecian triunfo que pompa funeral. Metieron el santo cuerpo en un sepulcro de piedra, cubierto con una gran losa, sobre la cual estaba abierta á cincel una cruz, y al lado de ella el nombre del santo.

Presto se hizo célebre y glorioso su sepulcro por

el gran número de milagros que el Señor se dignó obrar en él. Hallándose en Aviñon el papa Inocencio IV, el año 1245, le canonizó solemnemente por una bula dirigida á todos los fieles, en la cual declara que la construccion del puente de Aviñon fué una serie continua de milagros desde el principio hasta el fin, y que el Señor honró al santo pastorcillo despues de su muerte con un prodigioso número de maravillas.

Habiéndose arruinado una gran parte del puente el año de 1669 por el descuido de repararle con tiempo, se vió precisada la ciudad de Aviñon á retirar de allí el cuerpo del santo. Abrióse el sepulcro en presencia del vicario general del arzobispado en sede vacante, el dia 18 de marzo de 1670, delante de notarios públicos, y de multitud innumerable de pueblo. Quedaron todos devotamente admirados al ver el santo cuerpo entero, fresco y flexible, sin la menor señal de corrupcion. Hasta las mismas entrañas se conservaban ilesas, y los ojos con un color tan natural y con tanta vivacidad como si estuvieran vivos. Las barras de hierro que atravesaban el sepulcro se encontraron todas roidas del orin; pero el vestido del santo, y el lienzo en que le envolvieron, estaban tan enteros y tan nuevos como el mismo dia en que le enterraron. El cuerpo no tenia mas que cuatro piés y medio de largo, y el semblante mostraba ser de un mocito muy jóven. Colocóse como en depósito esta preciosa reliquia con mucha solemnidad en la capilla del hospital de San Benitico, de donde el año de 1674 fue trasladada á la iglesia real de los padres celestinos, y puesta en un magnífico sepulcro, sobre el cual se representa en relieve la imágen del santo en figura de un jóven pastorcillo, acompañada de otras medallas de medio relieve, en que están representadas las principales acciones de su vida.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, las santas Basilisa y Anastasia, mujeres nobles, discípulas de los Apóstoles, las cuales, habiendo perseverado firmes en la confesion de la fe, despues de haberles cortado la lengua y los piés en la persecucion de Neron, alcanzaron la corona del martirio pereciendo por la espada.

El mismo dia, los santos Maron, Eutiques y Victorino, los cuales fueron desterrados por la fe á la isla Poncia, en compañia de la bienaventurada Flavia Domitila: habiéndoseles alzado su destierro en tiempo del emperador Nerva, de vuelta á su país obraron muchas conversiones; mas luego en la persecucion de Trajano fueron martirizados con diferentes suplicios por sentencia del juez Valeriano.

En Persia, los santos mártires Máximo y Olimpiades, á los cuales en tiempo del emperador Decio los azotaron con palos y plomadas, y en seguida les hirieron con estacas en la cabeza hasta que espiraron.

En Ferentino en la campaña de Roma, san Eutiquio mártir.

En Mira en Licia, san Crescente, que consumó su martirio en el fuego.

El mismo dia, los santos Teodoro y Pansilipo, que padecieron la muerte en tiempo del emperador Adriano.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Benedicti confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui

Atended, Señor, á las súplicas que os hacemos en la solemnidad de vuestro glorioso confesor el bienaventurado Benito;

nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

para que seamos ayudados por su intercesion, ya que no tenemos confianza en nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera de san Pablo á los Corintios, cap. 1.

Fratres: Videte vocationem vestram, quia non multi sapientes secundùm carnem, non multi potentes, non multi nobiles; sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret: ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio: ut quemadmodùm scriptum est: Qui gloriatur, in Domino glorietur.

Hermanos: Considerad vuestra vocacion, porque no la hicieron muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: antes bien Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sabios; y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir las fuertes; y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios. y aquellas que no son, para destruir las que son: á fin de que ningun viviente se glorie en presencia suya. Vosotros empero sois de él en Cristo Jesus, el cual ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justicia, y santificacion y redencion: por lo cual, segun lo que está escrito, el que se gloria, gloríese en el Señor.

NOTA.

« Era Corinto una de las principales ciudades de la » Grecia, y metrópoli, esto es, capital de la provincia » de Acaya. Pasó á ella san Pablo hácia el fin del » año 52 á predicar el Evangelio á los gentiles, y se » detuvo en dicha ciudad diez y ocho meses, ins-

» truyendo á los fieles recien convertidos en la reli-
» gion cristiana. Por el mes de abril del año de 54
» partió de Corinto á Jerusalen, y desde aquí á
» Éfeso, donde estuvo tres años. Desde esta última
» ciudad escribió su primera carta á los Corintios
» el año 57 de la encarnacion de Cristo. »

REFLEXIONES.

Es el orgullo un achaque tan comun y tan popular como todas las enfermedades corporales. A todos se pega, y á todos acomete; y aunque es verdad que en la corte y en el trono reina con mayor fausto y con mas pomposo aparato, no domina frecuentemente con menor imperio en el desierto y debajo de la ceniza. Dícese que el orgullo es una especie de hinchazon, porque el que le padece se imagina que ocupa mas lugar del que ocupa efectivamente. No hay enfermedad mas fácil de curarse, y ninguna hay de que menos enfermos se curen. Un poco de reflexion sobre la naturaleza del mal, y sobre las cosas que le irritan; un poco de entendimiento, una razon natural medianamente despejada, bastan para descubrir la vanidad, la ridiculez de nuestras vanas ideas. Esta pasion parece que lleva consigo misma el contraveneno.

Eres vano, fiero, altivo, soberbio; pues pregúntate alguna vez á tí mismo, ¿por qué motivo lo eres? La misma causa de nuestra vanidad nos llenará de vergüenza, si tenemos un adarme de entendimiento, y una pizca de religion. La mayor parte de los hombres, y mas aun las mujeres, no hallarán otro principio de la demasiada merced que se hacen á sí mismos y del desprecio con que tratan á los demás, sino unas razones ajenas del caso, que deberian servir mas bien para corrernos y para avergonzarnos.

La nobleza, cierta distincion en que nos coloca un empleo, un magnífico tren, vestidos ricos, galas ostentosas, un cuarto preciosamente alhajado, muchas rentas, un entendimiento vivo y penetrante, un nombre célebre, una rara hermosura; he aquí lo que de ordinario cria y fomenta esta orgullosa pasion. Pues convenzámonos de la bajeza de su orígen y de la vanidad de todo aquello que la conserva, y nos avergonzaremos de haber sido tanto tiempo indignos esclavos suyos.

Engreirse uno por haber tenido un abuelo de gran mérito; mirar á los demás con desden y con desprecio porque lee su apellido en pergaminos viejos y roidos, porque las armas de su casa se ven en edificios antiguos y arruinados; ¿puede haber opinion mas infundada? Desengañémonos, que el mérito es personal y las virtudes no son hereditarias. Mas glorioso es dejar á la posteridad una nobleza que no se recibió, que haberla adquirido de sus antepasados. No se niega que la nobleza adquirida tenga sus prerogativas autorizadas por el mismo Dios, ni que sea digna de respeto: lo que se pretende es, que nunca puede ser título de ostentacion y de orgullo.

La elevacion en que nos colocó una dignidad, un empleo, que acaso se compró con dinero, ¿es motivo justo para mirar con desden, con sobrecejo á los que están un poco mas abajo? En todos los estados parece bellamente la modestia; pero en los de mayor distincion se hace mucho mas respetable. Al contrario el orgullo tanto es mas odioso, cuanto mas elevado se le mira. ¿Qué cosa mas fuera de razon que estimar menos á los otros, porque eres mas rico, ó porque eres mas galan? ¿Qué gloria mas indigna ni mas baja, qué vanidad mas digna de compasion, que ser orgulloso, altivo y fiero, porque tienes una rica carroza, unos hermosos caballos, un

gran tren, una magnífica librea y de buen gusto? Y el tener mas dijes ó mas cachivaches sobre tí; el saberte vestir mejor que las otras, ¿será motivo racional para que te encarames y te hinches? Con todo eso, esta es la vanidad mas comun de las mujeres. Desprecias á los demás porque te presentas en la calle con mayor fausto y con mas profanidad; pero el que ha menester tanto aparato para hacerse estimar, no sé yo que sea muy estimable. Por otra parte, en dando á la habilidad del sastre las alabanzas que merece, y al valor del paño ó de la tela el precio que le corresponde, ¿qué quedará para el que la lleva, si no tiene otro mérito que el del vestido? Pero dices que eres hombre de entendimiento: si esto es así, no tendrás vanidad, porque el orgullo es pasion de tontos, y rara vez se encuentra en los que no lo son. Acordémonos que dentro de nosotros mismos llevamos todos los materiales que son menester para humillarnos. Acordémonos, que Dios elige lo mas flaco del mundo para confundir lo mas fuerte; que escoge lo menos noble, lo mas despreciable, y las cosas que no son, para destruir las que son, á fin de que ninguno pueda gloriarse de nada en su divina presencia: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea, quæ non sunt, ut ea, quæ sunt, destrueret: ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus.*

El evangelio es del cap. 18 de san Mateo.

In illo tempore: Advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque

En aquel tiempo: Habiendo llamado Jesus á sí un niño, le puso en medio de sus discípulos, y dijo: En verdad os digo, que si no os trasformais y haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum.

Por tanto, el que se humillaré como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos.

MEDITACION.

DE LA DESCONFIANZA DE SÍ MISMO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la desconfianza de sí mismo en materia de piedad, no es aquel desaliento que nace de un excesivo miedo del acierto, y que no pocas veces degenera en pusilanimidad; es una virtud que nos hace visible nuestra nada, que nos obliga á no contar con nuestras fuerzas, y nos induce á colocar toda nuestra confianza en la bondad omnipotente de nuestro Dios. Pocas virtudes hay que nos inspiren mas aliento, y pocas tambien que hagan descender sobre nosotros mayores auxilios del cielo. Aquel bajo y humilde concepto que se tiene de sí mismo, gana el corazon de Dios; y la confianza en su bondad, sin la cual la desconfianza no seria virtud, sino cobardía y pobreza de espíritu, le mueven á derramar sobre nosotros sus gracias con mano mas liberal y mas benéfica.

Nunca soy mas poderoso, decia de si san Pablo, que cuando conozco mi flaqueza y mi miseria. Aquel Señor que crió todas las cosas de la nada, parece presuponer siempre el conocimiento de nuestra nada como disposicion necesaria para todas las maravillas que quiere obrar por ministerio nuestro. Si escogió á Moisés para que librase á su pueblo de la esclavitud de Egipto, no le despachó á este fin hasta que aquel grande obrador de milagros reconoció su incapacidad y su nada: *Quis sum ego ut vadam* (1)? ¡Ah, Señor! exclama Jeremías cuando le destina

(1) Exod. 2.

gran tren, una magnífica librea y de buen gusto? Y el tener mas dijes ó mas cachivaches sobre tí; el saberte vestir mejor que las otras, ¿será motivo racional para que te encarames y te hinches? Con todo eso, esta es la vanidad mas comun de las mujeres. Desprecias á los demás porque te presentas en la calle con mayor fausto y con mas profanidad; pero el que ha menester tanto aparato para hacerse estimar, no sé yo que sea muy estimable. Por otra parte, en dando á la habilidad del sastre las alabanzas que merece, y al valor del paño ó de la tela el precio que le corresponde, ¿qué quedará para el que la lleva, si no tiene otro mérito que el del vestido? Pero dices que eres hombre de entendimiento: si esto es así, no tendrás vanidad, porque el orgullo es pasion de tontos, y rara vez se encuentra en los que no lo son. Acordémonos que dentro de nosotros mismos llevamos todos los materiales que son menester para humillarnos. Acordémonos, que Dios elige lo mas flaco del mundo para confundir lo mas fuerte; que escoge lo menos noble, lo mas despreciable, y las cosas que no son, para destruir las que son, á fin de que ninguno pueda gloriarse de nada en su divina presencia: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea, quæ non sunt, ut ea, quæ sunt, destrueret: ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus.*

El evangelio es del cap. 18 *de san Mateo.*

In illo tempore: Advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque

En aquel tiempo: Habiendo llamado Jesus á sí un niño, le puso en medio de sus discípulos, y dijo: En verdad os digo, que si no os trasformais y haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum.

Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos.

MEDITACION.

DE LA DESCONFIANZA DE SÍ MISMO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la desconfianza de sí mismo en materia de piedad, no es aquel desaliento que nace de un excesivo miedo del acierto, y que no pocas veces degenera en pusilanimidad; es una virtud que nos hace visible nuestra nada, que nos obliga á no contar con nuestras fuerzas, y nos induce á colocar toda nuestra confianza en la bondad omnipotente de nuestro Dios. Pocas virtudes hay que nos inspiren mas aliento, y pocas tambien que hagan descender sobre nosotros mayores auxilios del cielo. Aquel bajo y humilde concepto que se tiene de sí mismo, gana el corazon de Dios; y la confianza en su bondad, sin la cual la desconfianza no seria virtud, sino cobardía y pobreza de espíritu, le mueven á derramar sobre nosotros sus gracias con mano mas liberal y mas benéfica.

Nunca soy mas poderoso, decia de sí san Pablo, que cuando conozco mi flaqueza y mi miseria. Aquel Señor que crió todas las cosas de la nada, parece presuponer siempre el conocimiento de nuestra nada como disposicion necesaria para todas las maravillas que quiere obrar por ministerio nuestro. Si escogió á Moisés para que librase á su pueblo de la esclavitud de Egipto, no le despachó á este fin hasta que aquel grande obrador de milagros reconoció su incapacidad y su nada : *Quis sum ego ut vadam* (1)? ¡Ah, Señor! exclama Jeremías cuando le destina

(1) Exod. 2.

Dios para anunciar su palabra á los reyes y á las naciones: ¡ah, Señor! que no sé hablar, porque soy como un niño: *A, á, á, Domine Deus: ecce nescio loqui, quia puer ego sum* (1). El mismo concepto formó de sí Ezequiel, y habló de la misma manera. ¿Qué santo se hallará en la Iglesia de Jesucristo que hubiese pensado ni hablado de otro modo? Este vivo conocimiento de su flaqueza y de su nada, tan lejos estuvo de hacerlos inútiles y ociosos, que antes los movió á trabajar con mayor confianza y con mucho mayor fruto. Mirándose, ó considerándose como meros instrumentos en las manos del Señor, á nada se negaban, todo lo emprendian, confiados en la sabiduría, en la destreza y en el poder del soberano artífice que los ponia en movimiento. Considera la empresa á que se alentó san Benitico; admira aquel esfuerzo y aquel ánimo; pero reconoce en él la asistencia del Todopoderoso, adorándola en el milagroso suceso de su empresa. ¡O Dios mio, y cuántas maravillas obraríamos, si tuviéramos bien conocida nuestra insuficiencia! Confiamos demasiado en nuestra habilidad, en nuestras propias fuerzas; y haciéndonos demasiada merced á nosotros mismos, nos desdeñamos de ser instrumentos, y queremos ser artífices y causas principales. Y despues de esto, ¿nos admiraremos de que Dios no eche la bendicion á nuestras empresas, de que hagamos tan pocos progresos en el camino de la perfeccion, de que se desgracien ó se frustren todos nuestros proyectos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la desconfianza de sí mismo, acompañada de la confianza en Dios, es virtud muy necesaria para obrar en todo con fruto y con acierto.

(1) Jerem. 1.

Complácese Dios en confundir nuestro orgullo, echando á rodar nuestros planes, y burlándose, por decirlo asi, de nuestra prudencia humana. ¡Cuántas veces salen falsas las medidas que se toman, al parecer, con mas cordura y miramiento; cuántas dan al través la fuerza y la industria por mas acordes que caminen; cuántas no corresponde á los cuidados y á las fatigas el resultado de las empresas, concertadas y seguidas con la mayor prudencia! ¿Será porque los medios no se proporcionan con el fin? No es eso; es porque contamos demasiado con nuestro poder y con nuestra maña. ¿Acaso nos pasó siquiera por el pensamiento interesar á Dios en lo que emprendíamos? ¿qué parte tuvo en ello? ¿sirviónos de motivo su mayor gloria? ¿fué su divina voluntad regla de la nuestra? ¿hicimos alguna diligencia para conseguir ni para merecer su asistencia? ¡Ah! no menos temerarios é insensatos que los descendientes de Noé, pretendimos levantar nuestro soberbio edificio hasta las nubes, sin consultar mas que á nuestras propias fuerzas y á nuestra ambicion; y el Señor se rió de nuestras locas empresas, confundiendo nuestra falsa prudencia con nuestra misma ambicion. Dices que nada te sale bien: pero dime, ¿sobre qué cimientos fundas? sobre arena movediza, sobre tierra poco sólida; porque á ninguna otra cosa se puede comparar mejor nuestra orgullosa insuficiencia. Queremos ser los únicos artífices de nuestra fortuna, y todo lo echamos á perder. Pone Dios toda la fuerza de Sanson en los cabellos; y para derrotar á los Filisteos, no le da mas armas que la quijada de un vil animal. Solo con el sonido de las trompetas, y con llevar en las manos lámparas encendidas, echa por tierra los muros de la soberbia Jericó. ¡Mi Dios, y con qué divina elocuencia convencen estas figuras lo poco que debo esperar de mis fuerzas, de mi habilidad y de mi industria!

Ninguna cosa mueve tanto al Señor á echar su bendicion á todo lo que emprendemos, como la rectitud, la pureza de intencion, y la actual persuasion de nuestra insuficiencia. Reconozcámonos pobres, flacos, inhábiles; entremos muchas veces dentro de nuestra propia nada; conozcámonos tales cuales somos, y no vacilaremos en recurrir á aquel de quien dimana todo buen suceso. Todo cuanto hay dentro y fuera de nosotros nos está predicando nuestra pobreza y nuestra general ineptitud: tinieblas en el entendimiento, ilusiones en el corazon, desproporcion en los medios; del tiempo no podemos disponer, ni alcanza nuestra luz á prever los estorbos: todo nos convence nuestra insuficiencia, y con todo eso en todo obramos como si fuéramos independientes. El orgullo nos ciega, la concupiscencia nos precipita, y la pasion nos atolondra.

Echa el cielo la bendicion á todo lo que se emprende, cuando se emprende con desconfianza de sí mismo, cuando se está en la persuasion de que nuestros alcances son muy limitados, nuestras medidas muy cortas, nuestra prudencia muy niña, nuestra industria muy ceñida, y todos nuestros esfuerzos siempre insuficientes y poco seguros. Pongamos, pues, en Dios toda nuestra confianza: este recurso suplirá siempre la insuficiencia que prometen nuestras propias fuerzas.

¡O mi Dios, y qué poco he conocido hasta aquí en qué consiste la verdadera prudencia y la fuerza de un cristiano! Sí, dulce Salvador mio, confieso que he contado con mis propias fuerzas mas de lo que debiera; pero con vuestra gracia yo me aprovecharé bien de este conocimiento de mi falta; y desconfiando de mí mismo, de hoy en adelante pondré en solo vos toda mi confianza.

JACULATORIAS.

Maledictus homo, qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum. Jerem. 17.

Maldito es el hombre que pone su confianza en otro hombre, y se apoya en un brazo de carne.

Benedictus vir, qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus. Jerem. 17.

Bendito es aquel que confia en Dios, siendo el Señor toda su confianza.

PROPOSITOS.

1. El hombre no es mas que miseria. Del fondo mismo de nuestro corazon nacen el error, la oscuridad y las tinieblas; ni aun la razon está libre, porque las pasiones la ciegan y la arrastran. Sanson pierde juntamente con su fuerza la libertad y los ojos. Tan poco advertidos como él, decimos con demasiada confianza en nuestras propias fuerzas: *Egrediar, et me excutiam* (1). Sabré lograr mis intentos por mi habilidad y por mi industria; saldré con esta idea, llevaré á cabo tal proyecto, concluiré felizmente tal negociacion, y yo mismo me fabricaré mi fortuna. Con esta vana confianza se aplican los medios, se hacen los mayores esfuerzos, se ponen en movimiento todas las máquinas, todos los artificios; y al cabo, ¿qué es lo que se consigue? verse lastimosamente sepultado entre sus ruinas. Así se complace Dios, por decirlo así, en confundir nuestra ambicion. Aprovéchate de estas reflexiones, y en adelante no atribuyas el mal éxito de tus negocios y pretensiones, ni á la multitud de concurrentes, ni á la malicia de los envidiosos, ni á la emulacion, interés ó mala fe de los que desbaratan tus medidas: el verdadero origen de tu

(1) Judic. 16.

desgracia es esa prudencia puramente humana, esa frívola confianza, ese brazo de carne en que te fias. Gobiérnate en lo sucesivo por mejores principios, y edifica sobre mas sólidos cimientos. Nunca emprendas cosa alguna sino confiado en la asistencia del cielo. Haz poco ó ningun caso de tu industria, de tu poder y de tu crédito, teniendo presente aquel oráculo: *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam* (1). Si el Señor no toma por su cuenta este negocio, esta empresa; si él mismo no levanta mi casa, inútiles son todos los esfuerzos de cuantos se empeñan en levantarla. En vano velamos nosotros, si el Señor no vela. Debemos, decia nuestro padre san Ignacio, tener en Dios una confianza tan completa, como si él solo, sin concurso nuestro, hubiera de hacer todas nuestras obras; y debemos nosotros aplicarnos á ellas con tanto cuidado, como si nosotros solos las hubiéramos de hacer sin concurso suyo.

2. No basta desconfiar de nuestras fuerzas y de nuestra industria; es necesario proceder como hombres que todo lo esperan de Dios. Primero: Nunca emprendas cosa alguna sino por motivos verdaderamente cristianos. La gloria de Dios y nuestra salvacion deben ser el principal objeto de todas nuestras empresas. Si Dios no tiene parte en el fin, tampoco la tendrá en los medios. Segundo: Antes de dar principio á ese pleito, antes de entrar en ese negocio, de empeñarte en esa pretension, vete á una iglesia, póstrate á los piés de Cristo crucificado, y lleno de fe y de confianza en su bondad, ofrécele y encomiéndale lo que piensas emprender, pidiéndole que te asista para salir bien con lo que intentas, si ha de ser para mayor gloria suya y provecho de tu alma. Vuélvete á la santísima Vírgen, é implora tambien su proteccion.

(1) Salm. 126.



B. JOAQUIN, C.

La antifona *Sub tuum præsidium*, y la *Salve* que repite la Iglesia tantas veces, son oraciones admirables para dar feliz principio á todas nuestras obras. Tercero: Confiesa y comulga con el mismo fin, porque siempre se consiguen los auxilios necesarios cuando se recurre á la fuente de las gracias. Cuarto: Pide á otros que encomienden á Dios el buen suceso, y haz decir algunas misas; porque ninguna cosa mueve mas á Dios que el sacrificio de esta víctima incruenta. Quinto: Interesa en tu pretension ó en tu negocio á los santos ángeles, particularmente al santo ángel de tu guarda, cuya devocion es una de las mas importantes y de las mas eficaces para todo. Y no nos hemos de contentar con recurrir á esos medios espirituales solamente en el principio de nuestras empresas, sino que debemos repetirlos muchas veces en el curso de la negociacion o de la obra.

DIA DIEZ Y SEIS.

EL BEATO JOAQUIN,

CONFESOR, DEL ÓRDEN DE LOS SERVITAS.

El beato Joaquin nació en Sena el año de 1258. Fué su padre de la noble familia de los Pelacanis; y su madre, venerada de todos por mujer de singular virtud, no fué de inferior calidad. Pero lo que mas ilustró á los dos nobles casados, fué la eminente santidad de su hijo, de que dió grandes indicios desde su mas tierna infancia.

Apenas tenia la edad en que se manifiestan las vàrias inclinaciones, cuando se reconoció que su

propension era á los ejercicios de piedad, y que el amor á la virtud era su pasion dominante. La vivacidad de su alma unida al candor de su natural, la finura y regularidad de sus facciones, cierto aire noble y gracioso, la inocencia de sus costumbres, un juicio prematuro, sus modales francos y naturalmente cultos, le hacian amar desde que se le veia; pero su compostura, su modestia, aquel frecuente ejercicio de oracion, su amor á los pobres, y sobre todo la ternísima devocion que manifestó desde luego á la santísima Vírgen, le constituyeron objeto digno de la pública admiracion. Parece que la caridad y la devocion á la Reina de los ángeles habian nacido con él.

Luego que supo de memoria la salutacion angélica, todo su gusto era estarla continuamente repitiendo, y cada vez lo hacia con mayor devocion y con mayor ternura. No tomaba gusto en los ordinarios entretenimientos de los demás niños, siendo su única diversion estarse en la iglesia, y hacer oracion á Dios delante de alguna imágen de la Vírgen; habiéndose impuesto desde aquella inocente edad una ley, que observó religiosamente toda su vida, esto es, de rezar una *Ave María* siempre que viese alguna imágen de esta Señora.

A la oracion juntó la mortificacion y el ayuno, porque creciendo con la edad su devocion á la Vírgen, ayunaba á pan y agua en honra suya los miércoles y los sábados: veíasele postrado continuamente delante de sus altares, y no acertaba con otra conversacion que con la de las excelencias y grandezas de la Emperatriz de los cielos.

No era menos sobresaliente en él la caridad con los pobres. Casi desde la cuna descubrió esta tierna compasion hácia todos los miserables; y aun siendo niño, se despojó muchas veces de sus vestidos para cubrirlos á ellos. Gastaba en limosnas todo el dinerillo

que le daban para jugar; y como este no bastase para contentar su caridad, importunaba continuamente á sus padres y parientes, exhortándolos á que fuesen liberales con los pobres de Jesucristo, á quienes llamaba hermanos suyos. Temiendo su padre que la caridad de Joaquin no declinase por fin en algun exceso, juzgó ser de su obligacion moderársela algun tanto, y un dia le habló de esta manera:

« Grande gusto me da la tierna compasion que observo en tí hácia los pobres: ninguna virtud es mas propia de un corazon que nació con obligaciones; pero la prudencia debe ser regla de todas las virtudes. Si continúas, como hasta aquí, en dar limosnas sin límites, presto nos pondrás á todos en necesidad de pedirla; quiérote caritativo, pero no te quiero pródigo. »

« No permita Dios, respondió el piadoso mancebo, que yo me desvíe jamás de vuestra voluntad, ni falte á vuestra obediencia. Solo quisiera me diéseis licencia para representaros que el medio mas seguro y mas eficaz, no solo para conservar, sino para aumentar los bienes que el Señor nos ha dado, es ponerlos en manos de los pobres. Vos mismo, Señor, me habeis enseñado que la limosna que se hace á estos, se hace al mismo Cristo: siendo esto asi, me habia parecido que el dar mucha limosna era comercio, sin dejar de ser caridad, y con tal deudor nada tenemos que temer; porque en mi modo de concebir, las riquezas no tienen otro mérito que las hagan recomendables sino el de proporcionarnos medios para ganar el cielo. »

No pudo reprimir las lágrimas el piadoso padre, y no dió otra repuesta al cristiano discurso de su hijo, que la de estrecharle tiernamente entre sus brazos. No se hablaba entonces en Sena de otra cosa que de la extraordinaria virtud de nuestro Joaquin. Tenian par-

ticular gusto en tratar con el santo niño las personas mas condecoradas, siendo rara ó ninguna la conversacion de que no sacasen algun fruto; y aunque apenas contaba quince años, todos deseaban á porfía verle, hablarle, y encomendarse á sus santas oraciones.

A la verdad, eran tan abundantes las bendiciones celestiales que el Señor habia derramado sobre aquella alma inocente, que apenas era posible tener comunicacion con él sin experimentar un nuevo movimiento hácia la virtud. Crecia cada dia su devocion, y crecian al mismo paso las gracias, que el Señor le comunicaba. Durante la cuaresma, que guardaba con el mayor rigor, observó su padre que se levantaba todas las noches para ponerse en oracion, y quiso ver lo que le pasaba en ella. Quedó gustosamente sorprendido cuando advirtió todo el cuarto iluminado de un celestial resplandor, y á su hijo en medio de esta claridad extático y elevado: dió voces, acudió la familia; pero ni los gritos del padre, ni el estruendo de los criados bastaron para que volviese en sí el inflamado mancebo. El semblante arrojando fuego, los ojos fijos en el cielo, el gestó apacible y risueño, mostraban bien las dulzuras interiores que inundaban su alma. Ignoró Joaquin lo que habia pasado durante su arrobamiento; pero divulgada la noticia por toda la ciudad, creció á lo sumo la veneracion con que ya le miraban todos: oíanle con admiracion, hablábanle con respeto; y como todo el empeño de su devoto corazon era ver honrada y venerada á la santísima Vírgen, no es fácil explicar la felicidad con que inspiró en toda la ciudad la devocion á esta Señora.

Ya se deja conocer que una virtud tan extraordinaria no habia nacido para el mundo. Crióle Dios para que fuese uno de los mas brillantes ornamentos del estado religioso. Tuvo Joaquin uno de aquellos miste-

riosos sueños, con que en otros tiempos hablaba Dios á los profetas y á los santos. Parecióle que veia á la santísima Virgen mas resplandeciente que el sol; y que hablándole con toda la ternura de madre, le decia: «No quiero, hijo mio, que permanezcas mas tiempo entre los uracanes tempestuosos del siglo: entra en aquella religion que hace consistir toda su gloria en servirme, y que por esto merece la honre yo con mi singular proteccion. Algun estorbo opondrá á estos intentos el amor cariñoso de tus padres: pero yo te instruiré en el modo de vencerle: ea, vé, y aumenta el número de mis amados siervos.»

Fácilmente comprendió el devotísimo mancebo lo que Dios queria de él; porque aunque estaba aun en la cuna la religion de los servitas ó de los siervos de María, edificaban ya á toda la Europa las eminentes virtudes de sus fervorosos hijos, y se habian levantado, no solo con la veneracion, sino con los corazones piadosos de los fieles. Ni á la innata inclinacion de nuestro Joaquin podia proporcionarse religion mas de su genio, que la que por propio instituto estaba toda dedicada al mayor culto de María. Presentóse al punto á san Felipe Benicio, general de la órden, pidiéndole con instancia que le recibiese en ella. Luego que en su familia se llegó á entender ó á sospechar lo que pasaba, fué general el sobresalto, y no se perdonó á medio ni á diligencia alguna para desvanecer la pretension: empeños, razones aparentes, motivos plausibles, súplicas, ruegos, lágrimas, todo se puso en movimiento, pero todo inútilmente; porque el iluminado Benicio, que estaba mejor instruido en los altos designios de la divina Providencia, hizo mas caso de las instancias del pretendiente, que de las lágrimas de su ilustre parentela Recibióle en la religion, y conoció desde luego que habia recibido en ella un santo mas.

Parece que no cabia en un novicio mayor fervor ni mas hermoso conjunto de virtudes. Por la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, tomó el nombre de Joaquin. Aun no tenia catorce años, y ya se le proponian á sí mismos por modelo los religiosos mas ancianos. Los oficios mas penosos y mas bajos eran los que mas se conformaban con su humilde inclinacion; y á no poner discretos límites á su fervor la virtud de la santa obediencia, él solo hubiera cargado con los de toda la comunidad.

La única cosa que le mortificaba en la religion, era la prudente atencion que se tenia á sus pocos años y fuerzas. Habiendo ordenado san Felipe á los demás novicios que fuesen trasportando á otra parte un monton de tierra que habia en la huerta, no quiso que Joaquin los ayudase. Afligióse mucho su humildad, y suplicó al prior que á lo menos le diese licencia para ir sacando tierra mientras comian los hermanos. Como era por tan poco tiempo, accedió el prior á sus instancias; y Dios se valió de esta ocasion para manifestar por un prodigio la santidad de su siervo, porque en menos de media hora trasportó él solo toda la tierra que veinte hombres en veinte dias no hubieran podido trasportar.

Aunque los superiores desearon mucho que se ordenase, nunca fué posible vencer en esto su humildad. Cuanto mas celebrada era su virtud, con mayores ansias apetecia el vivir desconocido y retirado. Concurrian de todas partes para verle y para hablarle, sin que lo lograse ninguno que no se retirase á su casa con algun provecho de su santa conversacion. Frutos fueron de su zelo algunas portentosas conversiones, la reforma general de las costumbres en toda la ciudad de Sena, y sobre todo, la singular devocion que se encendió en ella á la santísima Vírgen. La honra y la veneracion al santo,

que á esto como necesariamente se seguia, asustaron tanto su humildad, que pidió con instancia al padre general le enviase á un lugar donde no fuese conocido; y condescendiendo con sus deseos, se le hizo partir secretamente para Arezo.

Pero apenas corrió la noticia por la ciudad de Sena, cuando toda se llenó de tristeza y desconsuelo. El clero, el magistrado, la nobleza, el pueblo todo se mostró tan afligido, y aun se declaró tan inquieto, que no fué posible sosegarle hasta que se envió órden al siervo de Dios para que volviese. Restituyóse con él la alegría á la ciudad, y sin hacer caso de su humilde resistencia, fué recibido en ella como en triunfo: tanto es el poder que logra la virtud sobre los corazones.

Restituido Joaquin á su patria, se dedicó enteramente á ganar para Dios las almas de sus conciudadanos. A la invencible fuerza de sus oraciones, de sus exhortaciones y de sus buenos ejemplos, mudó de semblante toda aquella populosa ciudad. Parece que solo verle y hablarle bastaba para convertirse. Pero su caridad, especialmente con los pobres enfermos, tuvo un no sé qué de singular y extraordinario. Aconsejaba en cierta ocasion á la paciencia á un pobre enfermo que padecia el mal caduco: oyóle este con poco gusto, y le dijo, no sin algun desabrimiento: *Padre, á los que están buenos y robustos les cuesta poco aconsejar la paciencia á los enfermos.* Entonces Joaquin, pródigo de caridad, suplicó con vivas instancias al Señor que librase á aquel pobre de su mal, y se lo diese á él. Fué oido, sanó el enfermo, y acometió al santo el accidente de epilepsia que le duró hasta la muerte; pero desde luego comenzó Dios á premiar con grandes milagros un acto de caridad tan heróico.

Ayudando á misa el dia de la Asuncion de la Vírgen, le acometió el accidente de epilepsia, y cayó sin sentido en tierra; pero quedóse suspendida en el aire

la vela que habia tomado en la mano al tiempo de la elevacion, manteniéndose así todo el que le duró el accidente. Muchas veces le vieron absorto en Dios, y rodeado de una luz tan resplandeciente como la del mismo sol. Estremecíanse los demonios al oir el nombre de Joaquin, y libró á muchos endemoniados pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Apenas habia enfermo á quien no diese salud, y á todos inspiraba por lo menos deseos eficaces de sufrir sus dolores con paciencia. Hacia grandes y frecuentes conversiones, siendo un mudo, pero elocuente sermon, todo cuanto en él se veia; su semblante extenuado y modesto, su dulzura, su paciencia y su afabilidad.

Era su mortificacion correspondiente á todas las demás virtudes. Su vida fué un continuo ayuno: servíase de los instrumentos mas rigurosos que podia inventar para macerar aquel cuerpo, sujeto y reducido á la servidumbre desde su mas tierna infancia, y ejercitado por otra parte con los frecuentes insultos de su molesto accidente; y en medio de eso, siempre que ponia los ojos en algun crucifijo, se llenaba de confusion, reprendiéndose su excesiva delicadeza y su regalo. El deseo de padecer por amor de Jesucristo le excitaba ardientes ansias del martirio, y el Señor le concedió un buen equivalente en lo restante de su vida. Porque como le suplicase con fervorosas instancias que se dignase satisfacerle aquellos encendidos deseos que tenia de padecer por su amor, fué oido liberalmente con un nuevo género de enfermedad, que redujo su cuerpo á un asqueroso hervidero de gusanos. Mostró bien en su exterior alegría el gozo que sentia su corazon por verse de aquella manera. Por fin, en la noche del Jueves Santo tuvo una vision, en que se le dió á entender que Dios queria retirarle presto de este mundo. Pidió al Señor que fuese en el

dia siguiente, y en la misma hora que el Salvador habia espirado. Con la segura confianza de que habia sido oida su oracion, pidió que se juntase la comunidad para despedirse de ella, pedirla perdon del mal ejemplo que la habia dado, y dar gracias á todos por la mucha paciencia y caridad que habian usado con él. Admiráronse todos, porque al parecer nunca habia estado mejor el siervo de Dios que en aquel dia. Conociólo el santo, y les dijo: «Veo que me creeis con alguna dificultad, porque no hay señas que anuncien mi cercana muerte: con todo eso espero en la misericordia de mi Dios que antes que acabeis los oficios que vais á comenzar, habré yo acabado mi carrera.» A esto respondieron todos con suspiros y con lágrimas. Quedáronse los cuatro padres mas graves de la comunidad haciendo compañía al moribundo, que absorto todo en Dios, mostraba bien en los fervorosísimos actos de amor en que se ejercitaba, que el fuego del divino amor iba á consumir aquella inocente víctima. Acabábase de cantar la pasion, cuando aquella purísima alma, abrasada del amor divino, é inundada en consuelos celestiales, fué á entrar en los gozos del Señor, el mismo dia del Viernes Santo del año 1305, á los cuarenta de su edad.

Confirmó luego Dios con nuevos milagros el concepto que ya se tenia de la santidad de su fiel siervo. Fué enterrado en Sena en la misma iglesia de su convento, con aquella pompa y con aquella veneracion que correspondian á la fama de su eminente virtud; y el Señor hace cada dia mas glorioso su sepulcro con las maravillas que obra en él por su poderosa intercesion. Habiendo examinado el cardenal Belarmino en la sagrada congregacion de ritos, por disposicion del papa Paulo V, los procesos que se formaron sobre su beatificacion, permitió su Santidad que se

rezase de él en toda la órden, lo que confirmó despues el papa Urbano VIII.

La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion la que sigue.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Joachimi, confessoris tui, solemnitate deferimus; ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atended, Señor, á las súplicas que os hacemos en la solemnidad de vuestro confesor el bienaventurado Joaquin; para que pues no podemos confiar en nuestra justicia, seamos ayudados por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 3 del apóstol san Pablo á los Filipenses, y es la misma que el dia II, pág. 56.

NOTA.

« Hallándose en Roma el Apóstol el año de 62 de la » encarnacion de Cristo, escribió esta carta á los » Filipenses, pueblos de Macedonia, reduciéndose su » asunto á darles gracias por la caridad que habian » usado con él, y por la liberalidad con que le habian » socorrido. »

REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillar tanto al hombre como los errores de su entendimiento y las ilusiones de su corazon. En uno y otro se engaña groseramente. Suele errar mucho en sus juicios, y mas en sus deseos. Las pasiones nos tiranizan, y hecho esclavo de ellas el corazon, perdió su libertad el entendimiento; cede la razon á la inclinacion y á la preocupacion, y queda oscurecida la luz que la alumbraba. Del corazon corrompido se levantan las tinieblas que la rodean: de

aquí nacen aquellas ilusiones, aquel mal modo de discurrir, aquel errar aun en los mismos principios. Estímase lo que debiera despreciarse; ámase lo que por toda la eternidad será materia del mas cruel dolor y objeto del mas vivo arrepentimiento. No solo deslumbra los ojos un falso brillo, sino que arrebata nuestra atencion: en vano es que nos griten que esto no es mas que un lazo, una mentira, un engaño; la sordera sigue á la ceguedad, y la preocupacion va tan adelante, que ni aun se cree á los mismos que fueron triste juguete del engaño. Es esta una enfermedad popular y contagiosa; ninguna precaucion basta para que no se comunique con el comercio de aquellos con quienes tratamos. ¿Cuánto tiempo ha que se está gritando contra esa quimérica felicidad con que se alimentan los mundanos; contra ese vano fantasmon de gloria que cansa las fuerzas, consume y aniquila á cuantos corren tras de él; contra ese ídolo de las riquezas que hace infelices á sus adoradores; contra esos falaces gustos que solo producen amarguras? Degenera la ilusion en una especie de encanto; no se coloca la felicidad sino en los puestos elevados, en todo lo que hace ruido, en todo lo que brilla, en todo lo que atolondra. ¿Cuándo hemos de discurrir como discurria el Apóstol? ¿Cuándo nos haremos racionales comenzando á ser mas cristianos? ¿Cuándo se desengañará ese hombre mundano de ese falso resplandor, de ese errado juicio, de esa engañosa preocupacion que le hace mirar como fortuna la que en realidad es verdadera desgracia? ¿Cuándo acabará de conocer esa mujer que sus galas, que sus ridículas modas, que sus frívolos entretenimientos, que aquellas largas horas de tocador y de cortejos, cuando menos son lastimosa pérdida de un tiempo tan precioso, como no sean inagotable manantial de lágrimas y pesares? A lo

menos lo conocerá á la hora de la muerte; porque en vida hacen poca impresion estas verdades. Pero ¡ qué cosa tan cruel no conocer el descamino hasta que ya no pueda enderezarse, no advertir el despeñadero hasta que se va á ocultar la luz, no prevenir el error hasta que se va á acabar el dia, no hacer juicio sano de las cosas hasta la hora postrera! Regularmente hablando, llega muy tarde el juicio, cuando no llega hasta la hora de la muerte. A lo menos todas las reflexiones que se hagan en aquel postrer momento sobre la ilusion de nuestros deseos, sobre la ridiculez de nuestras aprensiones, sobre los errores de nuestra ambicion, sobre los engaños de nuestras ideas, no asegurarán mucho á un corazon, á un entendimiento, que comienza á ser cristiano en aquella extremidad. ¡ Ah, y qué consuelo será poder decir entonces como san Pablo: *Tuve por pernicioso todo aquello que me podia apartar del amor de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor lo renuncié todo, y todo lo miré como basura por ganar á Jesucristo!*

El evangelio es del capítulo 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia* 11, *pág*. 59.

MEDITACION.

QUE NO HAY OTROS VERDADEROS BIENES QUE LOS BIENES ETERNOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los bienes y males que se acaban, se pueden y se deben contar por nada. Un gusto, una satisfaccion, una alegría de pocas horas, son gustos bien ridículos y bien despreciables. La flor que al medio dia se ostenta lozana, á la noche está marchita; hé ahí la imágen viva y natural de los gustos y bienes

de esta vida. Bienes tan insustanciales, tan lijeros y tan caducos, ¿merecen el nombre de bienes? pues el mundo no tiene otros. Bienes volátiles, fugitivos, imaginarios; bienes que nacieron pa a ser fuente de inquietudes, de sobresaltos, de disensiones y de pesadumbres; bienes que nacieron para ser tiranos y suplicio de los hombres; ¿puede haber hombre prudente que coloque su felicidad en correr tras ellos? ¿Será prudencia gastar la salud y consumir la vida en solicitarlos? Yo quiero que logres el privilegio de ser mas poderoso que los otros; ¿cuál será el fin y cuánta la duracion de este mayor poder? Un corto número de dias inquietos y turbulentos serán toda su duracion y todo su término. Juzguemos de lo futuro por lo pasado. Los bienes de esta vida nada tienen de sólido; hablando propiamente, son bienes soñados; todo su valor consiste en la opinion y en la idea; y con todo, este es el ídolo de los mundanos. ¡Buen Dios, qué dignos son de compasion los que ofrecen votos á un fantasma!

No hay bien sólido y que satisfaga, si no es bien eterno: los que desaparecen y se acaban con la vida, se pueden y se deben comparar à un poco de humo. Los bienes que me enseña la fe y que me descubre la religion, esos son los que únicamente merecen el nombre de bienes. Aunque en los bienes de esta vida se hallara tanta dulzura como prometen, ¿de qué servirian por toda la eternidad? Con la muerte se acaba todo su gusto; aquel último soplo apaga toda la imaginaria felicidad de esta vida: y ¿qué resta de ella un instante despues de la muerte? ¿Qué le resta à un poderoso príncipe de todas aquellas pomposas demostraciones de honor y de respeto, de todo aquel numeroso séquito de cortesanos, de toda aquella multitud de diversiones, de aquella magnificencia de palacios, de todos aquellos numerosos y formidables

ejércitos? ¿Qué les resta á los hombres ricos de su abundancia y de sus tesoros? ¿Qué las resta á las mas bizarras damas de su orgullo, de su hermosura y de su ociosidad? ¿qué de sus adornos y de sus diversiones? ¡Y estos se llaman bienes! Aun los que ahora los aman y los solicitan con la mayor ansia, ¿los mirarán como bienes en aquella espantosa eternidad en que se hace juicio tan cabal de todas las cosas?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que los bienes eternos son los únicos que pueden contentar así al entendimiento como al corazon. Al entendimiento, porque todo cuanto le presentan es real, conforme á la recta razon, y de tan gran valor, que por toda la eternidad ha de ser el objeto de su aprecio. Al corazon, porque habiendo sido criado el hombre para solo Dios, solo aquello que puede llevarle á Dios, y acercale á la posesion de Dios, puede sosegarle y satisfacerle. De aquí nace que cualquiera otro género de bien deja en el alma un vacío que la inquieta. Solamente los bienes eternos causan en ella aquella exquisita dulzura que es como ensayo ó prueba anticipada de los consuelos del cielo.

Estos bienes son las virtudes cristianas, las cuales son las únicas verdaderas riquezas del cristiano; ellas solas le hacen respetable y feliz; ningun otro bien es capaz de dar mérito, la virtud es su único orígen; el mérito solo nace y solo se propaga en este fertil terreno. Aunque falte todo lo demás, grande nombre, nacimiento ilustre, dignidades, empleos honoríficos, grandes rentas, ornamentos postizos sin los cuales se puede pasar, oropel que se echa muy poco de menos; tenga un hombre virtud, y será verdaderamente respetable. Es la estimacion y el respeto un tributo, que hasta los mismos reyes se ven obligados á pagar á la

virtud. Es la virtud, por decirlo así, aquel milagroso tesoro de los cielos, al cual nunca se acercan los ladrones, y hasta los mismos gusanos le respetan.

No solo es la virtud cristiana el único principio de la verdadera felicidad respecto de la otra vida, sino tambien respecto de esta. No tenemos mayores enemigos de nuestra felicidad y de nuestra quietud, que nuestras pasiones. ¡Qué tranquilidad y qué dulzura experimentaríamos sin ellas! Pues su contraveneno es la virtud cristiana. Si no las ahoga, por lo menos las sujeta, y las pone en estado de que no hagan daño. ¡Qué cosa mas estimable ni mas preciosa que la que nos libra de todas las molestias y de muchas pesadumbres!

Solo el pensamiento de que algun dia se pueden perder todos los bienes que se poseen, disminuye mucho su justo valor. Un hombre poderoso, una persona que se halla en puesto elevado, un príncipe á quien todo se sonrie, conocen el vacío de estos bienes volátiles y pasajeros; su misma caducidad apaga la viveza y quita todo el sainete al gusto que pueden tener. Solo pensar en la muerte, basta para no tomar gusto á ningun bien terreno y temporal. ¡Qué cosa tan buena es no ser rico sino en bienes eternos! No les quita el tiempo el mérito que tienen, y el pensamiento de la muerte añade nuevo gusto á su dulzura, siendo el colmo de ella la misma eternidad, Y á vista de esto, ¿será posible que suspiremos por otras riquezas!

¡Mi Dios, y qué dolor es el mio por haber puesto mi tesoro en otra parte que donde debiera estar mi corazon! A vuestra gracia, Señor, debo el conocimiento de mi error que detesto con toda el alma. De hoy en adelante todo mi tesoro estará en los bienes eternos; y donde estuviere mi tesoro, allí estará mi corazon.

JACULATORIAS.

Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum : concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. Salm. 83.

¡Qué atractivos tiene vuestra celestial habitacion, ó Dios y Señor de las virtudes! no puede sufrir mi alma el ansia con que suspira por ella.

Ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia. De la orac. de la Igles.

Fijemos nuestros corazones en aquella parte donde únicamente se hallan los verdaderos gustos.

PROPOSITOS.

1. Asombro es que teniendo fe tomemos tanto gusto á los bienes perecederos de esta vida, y nos hagan tan poca fuerza los bienes eternos de la otra, sabiendo que son la herencia de los predestinados. Pero mas asombro seria, si criados y engolosinados con el gusto de estos bienes terrenos, suspirásemos por los otros que solo se gustan en el cielo. Edúcase á los niños en la escuela del mundo; dánseles lecciones enteramente mundanas antes que despunte en ellos la razon; apenas se les habla desde la cuna sino de lo que debieran ignorar toda la vida; no oyen alabar otra cosa que la destreza y habilidad de los que hacen fortuna, el esplendor y la magnificencia de los grandes; la opulencia y la suntuosidad de los ricos. Eternamente se trata delante de los niños de lo que fomenta el orgullo, de lo que irrita la concupiscencia, de lo que excita y anima la emulacion. ¿Oiste, cuando niño, hablar alguna vez de la vanidad é insubsistencia de los bienes criados? Y lo que has hablado hasta aquí delante de tus hijos, ¿podrá inspirarles mucha aver-

sion á estos bienes, dándoles una justa idea de lo que son? Los niños se acostumbran á aquellos alimentos con que se crian. Corrige, pues, desde hoy en adelante un descuido tan pernicioso : nunca hables delante de tus hijos de las cosas que tanto engañan al mundo, sin aplicar el debido correctivo. En su presencia no debes tratar sin gran reserva de aquellas materias que pueden fomentar la vanidad. Si los negocios ó la conversacion te obligaren á tratar de algun suceso feliz, de una nueva dignidad, de un nuevo empleo, de una brillante fortuna, nunca dejes de hacer ver las sombras de estos vanos resplandores: á lo menos siempre encontrarás en el pensamiento de la muerte un contraveneno muy oportuno. ¡Cuánto terreno perderian las pasiones, qué cristianas serian las familias, si los padres hicieran estimar el mérito y el valor de los bienes eternos!

2. Igualmente nos pueden servir la prosperidad y las adversidades para que tomemos gusto á los bienes de la otra vida, y nos disgustemos de los de ésta. Si tus bienes se adelantan y van en aumento, dite muchas veces á ti mismo: Todo es trabajar para mis herederos; ¿y qué gozaré yo de todo esto despues de mi muerte? Si te sale mal todo cuanto emprendes en este mundo, consuélate con pensar que tu herencia te está reservada en el cielo. ¿Vives humillado, abatido y olvidado? acuérdate de cuando en cuando que eres peregrino y extranjero, y que no es mucho que no te conozcan en un país tan distante del tuyo. Piensa que en rigor no eres mas que un mero administrador de tus bienes, y que estás encargado de ese empleo, de ese puesto, por via de comision. Algunos tienen la santa costumbre de escoger un dia cada mes para hacer delante de Dios el desapropio sus bienes, despues de la comunion, á los piés de algun crucifijo, donde renuncian á la propiedad de

todo cuanto poseen, protestando delante del Señor no tener gusto ni apego á otros bienes que á los eternos.

SANTO TORIBIO, OBISPO DE ASTORGA.

Astorga, una de las ciudades mas ilustres de España en tiempo de los romanos por los privilegios civiles de capital y convento jurídico, ha sido despues mas esclarecida por la larga serie de prelados insignes en santidad y letras que han gobernado su iglesia. Entre estos tiene un lugar muy distinguido el glorioso santo Toribio, de cuyas acciones son pocas las memorias que nos restan; porque, ocupados los españoles en la defensa de sus hogares y de sus vidas, en las diferentes invasiones de bárbaros, cuidaron poco de conservar los pergaminos. La vida de este santo, deducida de sus mismos escritos, de la epístola de san Leon el Grande, y de un antiguo leccionario de la santa iglesia de Astorga, es como sigue:

Fué santo Toribio natural de la provincia de Galicia, feliz con el nacimiento de este grande varon, cuanto habia sido desdichada años antes con el de Prisciliano, cuya pestífera doctrina combatió nuestro santo. Ignórase el lugar de su nacimiento, y el nombre de sus padres y familia; pero segun un breviario antiguo de la iglesia de Astorga, citado por Vivar, consta que fueron gente poderosa, abundante en bienes de fortuna. Esta circunstancia persuade que darian á Toribio una educacion correspondiente á su nacimiento; pero se deduce con mayor claridad de las operaciones y escritos del santo. Las primeras indican una instruccion completa en los principios de la religion, y unos ardientes deseos de dilatar sus conocimientos con las

noticias auténticas del dogma y disciplina de otras iglesias, que adquirió por sus mismos ojos. La pureza de lenguaje que conservó en sus escritos, la solidez é instruccion de las materias sagradas, y los elogios que por este motivo mereció á un papa tan santo y tan sabio como san Leon el Grande, convencen que desde los años proporcionados á los estudios mayores se ocupó el santo en las humanidades y elocuencia, perfeccionándose despues en todo género de ciencias. Siendo jóven le faltaron sus padres, quedando el santo poseedor de un pingüe patrimonio; pero considerando que las riquezas sirven de trabas á los espíritus generosos para emplearse en la contemplacion del Ser supremo, determinó desprenderse de ellas, y hacerse pobre en lo temporal para conseguir mayores tesoros en el espíritu, segun lo aconsejó Jesucristo por estas palabras: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y sigueme.*

Así es que siendo todavía jóven, pero de edad madura por la ciencia y las virtudes, vendió todo su patrimonio y lo repartió á los pobres, bien cierto de que en su seno estaba libre de los menoscabos de la fortuna y de las asechanzas del ladron. Hecho esto, y deseando mayor instruccion que la que tenia, tanto en las materias científicas como en las costumbres de los pueblos y de las iglesias, emprendió una peregrinacion á Jerusalen. Padeció en ella muchos trabajos, molestias y sinsabores, como lo manifiesta él mismo en la carta que escribió á los obispos Idacio y Ceponio pero todos estos trabajos quedaron suficientemente recompensados con la nueva instruccion que adquirió de las costumbres y disciplina de las iglesias. Halló en ellas un mismo modo de sentir acerca de los dogmas, y la misma disciplina en órden á excluir de su comunion á los obstinados en el error, y á admitir en su seno á los que verdaderamente se arrepentian,

pasando por los trámites de la penitencia : así se convenció por sí mismo de esta unidad de doctrina que forma uno de los caractéres de la verdadera Iglesia.

Habiendo llegado á Jerusalen, se presentó al obispo de aquella iglesia, quien en pocas conversaciones conoció la gran virtud y sabiduría del peregrino Toribio, é hizo de él toda la estimacion que su mérito exigia. Hízole custodio en aquella iglesia de las cosas sagradas, confiando á su cuidado el rico depósito de las preciosas reliquias que poseia pertenecientes á la pasion de nuestro Redentor Jesucristo. Cinco años permaneció el santo en Jerusalen, dando cada dia nuevo fervor á su espíritu la vista de aquellos lugares santificados con la presencia del Salvador y regados con su preciosa sangre. Al cabo de ellos recibió aviso del cielo por medio de un ángel, de que muy en breve seria prostituida aquella ciudad santa por las gentes que ignoran á Dios, profanando los templos, persiguiendo á los sacerdotes, y no perdonando á los sagrados despojos de los santos y demás reliquias. Esta revelacion movió á santo Toribio á abandonar aquellas tierras, y volverse á su patria; pero al mismo tiempo quiso con una prudencia celestial traerse consigo una gran parte de las santas preciosidades que guardaba, para enriquecer á España con ellas, librándolas al mismo tiempo de los insultos de los bárbaros. Vuelto á nuestra Península, se dirigió á su patria Galicia, en donde comenzó á ejercitarse en tan fervorosos actos de piedad, que no dudó el cielo aprobarlos con sus maravillas. Una de estas se dice haber sido la curacion milagrosa de una hija del rey de los Suevos, que á la sazon ocupaban aquellas tierras. Lo mismo hizo con otros varios enfermos de diversas enfermedades; por lo cual comenzó su fama á tener tal reputacion entre los fieles, que con sus copiosas limosnas pudo fabricar un templo, que dedicó al Salvador, y en

donde depositó para la veneracion pública las reliquias que habia traido de Jerusalen. Por este tiempo vacó el obispado de Astorga, no por muerte de Ditinio, como vulgarmente se asegura, sino de otro cuyo nombre han oscurecido los siglos. Viendo los fieles el mérito sobresaliente de Toribio, su zelo por la salvacion de las almas, su sabiduría para conservar la grey de Jesucristo en la pureza de la fe, su valor para oponerse á las maquinaciones de la herejía, y últimamente su caridad para con todos, pusieron en él los ojos para hacerle prelado de aquella iglesia. El verdadero mérito siempre está acompañado de una profunda humildad, y de una santa desconfianza de las propias fuerzas; así como los indignos siempre buscan con artes y pretensiones las dignidades, juzgándose superiores á ellas con soberbia presuntuosa. El humilde santo resistió cuanto pudo la carga episcopal, reputándola demasiadamente pesada; pero las repetidas instancias del pueblo le hicieron conocer que era la voluntad de Dios que la tomase sobre sus hombros.

Apenas fué consagrado obispo, permitió el Señor que sufriese una de las mas sensibles persecuciones, para acreditar su inocencia con un portentoso milagro. Habia en la iglesia de Astorga un diácono, llamado Rogato, que bajo un exterior modesto ocultaba un orgullo desmesurado. Habia sido competidor de nuestro santo, y resentido de que el pueblo hubiese preferido á este, volvió contra él toda su cólera, y no contento con desacreditarle de mil maneras, le acusó públicamente de adulterio. Supo dar tal colorido á su calumnia, que el santo se creyó obligado á justificarse: porque un obispo es deudor de su fama no solamente á sí mismo, sino al pueblo que gobierna y á quien debe servir de modelo. En esta tribulacion acudió santo Toribio al cielo, pidiendo con fervor y lágrimas

que justificase su inocencia; y confiado en la misericordia divina, ó mas bien inspirado por el mismo Dios, tomó el arbitrio siguiente. Fuese á la iglesia catedral un dia de grande concurso; y habiendo manifestado al pueblo con lágrimas el estado en que se hallaba su honor, volviendo á Dios los ojos, imploró sus auxilios para el buen éxito de su defensa. Hecho esto, mandó traer al altar un brasero encendido, y tomando muchas ascuas con sus manos, las envolvió en el roquete que tenia puesto, y entonando el salmo de David, que comienza: *Levántese Dios, y disipense sus enemigos*, dió vuelta á la iglesia cantando aquel largo salmo, y llevando las ascuas en el roquete, sin que este ni las manos del santo obispo padeciesen lesion alguna. Todo el pueblo vió con sus ojos que el roquete no solamente habia quedado sin daño, sino que no tenia la menor señal ni mancha del fuego que habia contenido. Quedaron todos atónitos y confusos de semejante maravilla, publicando á voz en grito la inocencia de santo Toribio y la perfidia de su maligno delator. Este recibió allí mismo del cielo todo el castigo que merecia su execrable delito; pues á semejanza de Judas confesó públicamente su maldad, y sin que esto bastase para apaciguar la ira de la divina Justicia, reventó en presencia de todos, pagando con tan lastimosa muerte los excesos á que le habia conducido su ambicion. Dió Toribio humildes gracias al cielo por haber vuelto por su fama, y sosegado su ánimo, se entregó con mas fervor al cuidado de sus ovejas y á la santificacion de su alma.

Desde que habia vuelto de Jerusalen habia advertido que la secta de Prisciliano iba brotando nuevos retoños en toda aquella provincia. Este famoso heresiarca habia causado á la iglesia de España daños gravísimos, que habian obligado á tomar las mas sérias providencias. Su nacimiento noble, sus opulentas

riquezas, su genio vivo y perspicaz, su persuasiva elocuencia y la severidad de sus costumbres daban recomendacion á sus errores. Aunque estos habian sido ya condenados en algunos concilios, no dejaban todavía de hacer secuaces, teniendo por patronos á muchas personas nobles, y lo que es peor á muchos pastores de la Iglesia. Lo que causaba mayores perjuicios eran ciertas escrituras apócrifas, á las cuales los herejes daban tanta autoridad como á los evangelios. Esparcíanlas con sumo cuidado é interés entre los fieles, porque en ellas divulgaban al mismo tiempo sus blasfemias y errores: tales eran las actas de santo Tomé, de san Andrés, de san Juan, y el libro intitulado *Memoria de los apóstoles*, con otros varios, que por contener doctrinas vergonzosas, enseñaban con alguna reserva. Hizo esto una profunda herida en el corazon de santo Toribio, el cual, deseoso de arrancar toda la zizaña que el enemigo comun iba sembrando en el campo de la Iglesia, se preparó para combatir todos aquellos errores, impugnándolos con su celestial sabiduría. Haciendo un extracto de las doctrinas que encerraban aquellos pestilentes libros, formó una coleccion de todos sus errores, que dividió por capítulos, y rebatió victoriosamente en un commonitorio y libelo, de que hace mencion escribiendo á Idacio. Envió estas obras á dos obispos de los mas sabios y virtuosos que habia entonces en la provincia de Galicia, avisándolos al mismo tiempo de la nueva ponzoña que habia descubierto, y de lo que habia practicado para precaver de su venenosa infeccion. Este commonitorio y libelo son mencionados por Montano, obispo de Toledo, y por san Ildefonso, los cuales dan á nuestro santo los títulos honrosos de *beatísimo y religiosísimo;* añadiendo el primero, que cualquiera que lea los mencionados escritos, no solamente conocerá la sórdida herejía de Prisciliano, sino que verá

corrido el velo á sus blasfemias y errores. En el tiempo de este obispo eran comunes en España estos escritos de santo Toribio; pero en el dia carecemos de tan precioso tesoro de doctrina, restándonos únicamente lo que san Leon vertió en su admirable epístola.

Este trabajo del santo no debió producir todo el efecto que deseaba; y así, no contento con lo que habia hecho para precaver á los fieles y excitar á los obispos zelosos á que cuidasen de la pureza de la fe, determinó aplicar un remedio mas poderoso al mal que se experimentaba. Gobernaba la silla apostólica desde el año 440 el santísimo papa Leon, llamado el Grande. Contempló el santo que la sublime autoridad y grande sabiduría de este sumo pontífice podrian detener con mayor eficacia los progresos de la pestilencial herejía. Con este pensamiento le envió un diácono de su iglesia, llamado Pervinco, á quien entregó el conmonitorio y libelo que habia escrito contra los priscilianistas, y una carta para el santo Padre. Respondióle este en 21 de julio del año 447, dando muchos elogios al ardiente zelo con que abrazaba trabajos tan útiles á la verdad católica, y al esmero que como buen pastor ponia en librar las ovejas de Jesucristo del lobo carnicero que las perseguia. Elogia igualmente el método con que habia reducido á diez y seis capítulos todos los errores del heresiarca, y la solidez y copia de doctrina con que en el libelo los rebatia. El mismo sumo pontífice los impugnó uno por uno, concluyendo su carta con la intimacion de un concilio nacional, para cuyo efecto escribió á los prelados de las demás provincias, encargando á santo Toribio que notificase á todos el decreto pontificio. « Pero si, lo que Dios no quiera (añade el santo pontífice), se ofreciesen impedimentos insuperables para el concilio general, téngase uno en la provincia de Galicia, y cuiden de su

congregacion los obispos, uniéndose con ellos vuestra solicitud, para de este modo poner cuanto antes remedio á tantos males.» Este encargo del sumo pontífice y las expresiones de su carta, son una prueba del gran concepto que le merecia nuestro santo, á quien trató personalmente cuando volvió de Jerusalen por Italia, como lo atestigua el rezo actual de que usa la iglesia de España.

Notificadas las letras pontificias, procuraron los padres de las cuatro provincias de España, la Cartaginense, la Bética, la Lusitania y la Tarraconense, darles el debido cumplimiento. Al efecto se juntaron en concilio nacional en Toledo, en el cual se reprodujo la regla de fe establecida en el anterior del año de 400, juzgándola suficiente remedio para los males presentes, como lo habia sido contra los errores de Prisciliano. Los obispos de Galicia, provincia dominada por los Suevos, no habiendo podido asistir á este concilio, tuvieron uno provincial en la ciudad de Braga; pero con el dolor para santo Toribio y todos los buenos católicos de no corresponder el suceso á las santas intenciones del prelado que lo habia solicitado, ni del sumo pontífice que lo habia mandado juntar. Estaba aquella provincia inundada de herejes priscilianistas, que conservaban oculto el veneno de sus errores; y esto no solamente sucedia entre las personas nobles y poderosas, sino aun entre los mismos prelados. En el año de 445, hallándose el obispo Idacio con santo Toribio en Astorga, persiguieron de comun acuerdo á esta gente perniciosa, y habiendo descubierto muchas personas, formaron autos contra ellas; y los convencidos de sus errores procuraron salvarse con la fuga á Lusitania. El prelado de Mérida, llamado Antonino, en el año de 448 descubrió á uno de estos herejes, llamado Pascencio, natural de Roma, al cual formó proceso. Santo Toribio, noticioso de

ello, envió al metropolitano de Mérida el proceso que él y el obispo Idacio habian formado contra aquellos herejes. Visto todo por Antonino, pronunció sentencia de destierro contra Pascencio, la que se ejecutó echándole de toda la Lusitania. Todas estas acciones prueban el zelo pastoral y viva solicitud de santo Toribio en purgar el campo de la Iglesia de yerbas ponzoñosas; en alimentar las ovejas que se le habian confiado con la doctrina pura del Evangelio; en poner estas á salvo contra las asechanzas y astucias del lobo carnicero; en procurar por todos los medios el adelantamiento y esplendor de la Iglesia católica; y en una palabra, en cumplir las obligaciones de un buen pastor, que, como dice Jesucristo, da su vida por sus ovejas. De este modo, cargado de virtudes y merecimientos, le llamó Dios á mejor vida para darle la corona que merecian sus trabajos. No se sabe á punto fijo ni el año en que murió, ni el sitio de su gloriosa muerte; pero se conjetura por la duracion de su pontificado, que fué de unos veinte años, haber sido uno de los dos obispos que cautivaron y maltrataron los Godos. Ya se sabe que Teodorico, rey godo, vino á España contra el rey suevo Reciario, protegido del emperador Avito; que se dió una sangrienta batalla á tres leguas de Astorga el viernes 5 de octubre de 456; que el año siguiente, al volverse el Godo vencedor á Francia, asoló la ciudad de Astorga, profanó los templos, conculcó las cosas sagradas, saqueó todas las riquezas, quitó la vida inhumanamente á muchos eclesiásticos y nobles, no perdonando su furor ni á las mujeres, ni á los viejos, ni á los niños, quemando además las casas, y llevándose muchos cautivos, entre los cuales habia dos obispos, cuyos nombres no nos dice Idacio. Es creible que uno de ellos fuese el prelado de aquella ciudad santo Toribio, el cual, á imitacion de san Agustin, pediria á Dios que le sacase de

esta vida para no ver en poder de bárbaros su iglesia y su rebaño. Pero bien sea que volviese del cautiverio, ó que despues de muerto fuese llevado su cuerpo á Astorga, esta ciudad poseyó tan rico tesoro hasta el siglo octavo, en que por causa de la invasion de los Moros fué trasladado, juntamente con las reliquias que trajo el santo de Jerusalen, al monasterio de San Martin de Liévana, que con el tiempo perdió la advocacion de San Martin, y se intituló de Santo Toribio. En este sitio permanece, haciendo Dios muchos milagros en honor de los despojos de su verdadero siervo, menospreciador de sí mismo, amador de la religion, defensor de la verdad católica, destruidor de la idolatría, confutador de los errores, singularmente de los detestables del heresiarca Prisciliano.

SANTA ENGRACIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

España, reino fértil en producciones naturales y en insignes mártires de Jesucristo, tiene dentro de sus límites la ciudad de Zaragoza, que en verdad puede decirse madre de los mártires, por los innumerables que regaron con su sangre aquel dichoso terreno, cuyos nombres ignoramos, aunque están escritos en el libro de la vida. Entre ellos es digna de memoria eterna santa Engracia, con los diez y ocho compañeros, por el memorable triunfo que consiguieron de los enemigos de la religion cristiana.

Varian los escritores en cuanto á la cuna de esta gloriosa santa: unos la hacen natural de Portugal, provincia entonces del reino de España, hija de un régulo ó regente, que la envió á desposarse en el Rosellon con un sugeto de sus circunstancias y calidad, acompañada de diez y ocho deudos suyos y

de paso por Zaragoza padecieron todos martirio, en tiempo que en aquella ciudad ejecutaba Daciano sus acostumbradas crueldades con los fieles. Otros la creen nacida en la misma ciudad con los de su comitiva. Pero como el que sea natural de Portugal ó de Zaragoza en nada rebaja la gloria de su martirio, dejando á los defensores de una y otra opinion, que abunden en su sentido, hablaremos solo de su admirable combate.

Movieron los emperadores Diocleciano y Maximiano la mas sangrienta y cruel persecucion contra la Iglesia en el principio del siglo IV; y como era su ánimo extinguir, si pudiesen, el nombre y religion cristiana, hicieron publicar sus terribles edictos en todo el imperio, mandando que en el caso de resistirse los fieles á tributar adoracion á los dioses romanos, padeciesen los mas crueles tormentos. Atropellábanse los magistrados gentiles en el cumplimiento de tan impíos como injustos decretos, haciendo víctimas de su furor á los inocentes cristianos, persuadidos de ser este el servicio mayor que podian prestar á los soberanos del mundo. Quiso distinguirse en la exactitud Daciano, hombre bárbaro y cruel, enviado á España por gobernador de la provincia de Tarragona, muy proporcionado por su brutal condicion para complacer en esta parte á sus principales; y habiendo dejado en todos los pueblos por donde transitó horrorosas señales de inhumanidad, se presentó en Zaragoza como una fiera para derramar copiosos arroyos de sangre de cristianos. En efecto, jamás se vió en el mundo un teatro tan horrible como el de aquella ciudad en tiempo de este tirano, habiendo hecho padecer en ella á tantos mártires, que se recibieron en los anales con el nombre de innumerables, además de los que con particularidad se leen en las actas eclesiásticas.

Puso en la mayor consternacion á toda la ciudad

y comarca la terrible carnicería que ejecutó aquel bárbaro, llegándose á horrorizar hasta los mismos paganos. Solo á Engracia no asustó la crueldad; y encendido su corazon en vivísimos deseos de derramar su sangre por amor de Jesucristo, quiso luchar con un hombre tan cruel, para darle una prueba nada equívoca del poder de la gracia. Habiendo, pues, alentado á sus diez y ocho compañeros, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronto, Félix, Ceciliano, Evento, Primitivo, Apodemio, Logio, Cremense y otros cuatro, cuyos nombres no escribe Prudencio, á que diesen testimonio de la fe que profesaban ante un enemigo capital del nombre cristiano, animados todos de un mismo espíritu se presentaron al tirano, y tomando Engracia la voz en nombre de la comitiva, le habló en estos términos: «¿Porqué, juez » inicuo, desprecias al verdadero Dios y Señor que » está en los cielos, y atormentas con tanta crueldad » á los que le dan culto? ¿Porqué tú y tus empera- » dores perseguis por todo el mundo tan injustamente » á los cristianos, para defender á los ídolos que son » unas vanas estatuas donde habitan los demonios?»

Quedó asombrado Daciano al oir tan inesperada reprension, y todavía mas al ver el espíritu y majestad con que aquella doncella despreciaba con generosa libertad á los dioses imperiales; y aunque le ocurrió que debia usar de alguna cortesía con una dama que en el aire, compostura y gravedad parecía persona de distincion, con todo, dejándose llevar de sus brutales ímpetus, omitiendo toda política atencion, mandó prenderla al instante, azotarla cruelmente, y arrastrarla en seguida como blasfema por toda la ciudad, amarrada á la cola de un caballo, y acompañada de los suyos. Persuadióse que estos, aterrados á vista de aquel ignominioso castigo, desertarian de la fe por no padecer iguales

penas; pero fué tan al contrario, que mas alentados con el ejemplo de su capitana, deseaban impacientes que llegase la hora de su combate para darle pruebas de su valor.

Viendo el tirano, que de nada servia aquella invencion para intimidar á la santa comitiva, y mucho menos á Engracia, en quien crecia la constancia y fortaleza al compás de los tormentos, mudando de tono, quiso seducirla con halagos y blanduras, aconsejándola que desistiese de las necedades que adoptaban los cristianos en su religion, si queria verse libre de la muerte. Oyó la santa con horror sus falaces persuasiones; y alentada nuevamente con aquel espíritu que era el móvil de sus gloriosas acciones, le respondió: « Tú, sacrílego, enséñate á tí mismo esos » falsos dogmas, pero no á mí á quien ni tus blan- » duras seducen, ni tus tormentos aterran. Sabe » que soy enviada por mi Señor Jesucristo á re- » prender tus enormes delitos, de los que es preciso » que te abstengas, si temes como debes la ira de » Dios, que ya veo preparada para descargar so- » bre tí. »

Ofendido Daciano de la generosa libertad con que reprendió Engracia sus crueldades, bramando como un leon enfurecido, dió órden á los verdugos de que usasen con ella de los mas terribles tormentos, á fin de vengar el desprecio que habia hecho de los dioses imperiales. Acometiéronla como lobos carniceros, y dislocaron todos sus miembros á fuerza de exquisitas crueldades. Viendo el tirano la constancia de la santa, mandó que con garfios de hierro rasgasen sus delicadas carnes; y ejecutáronlo de un modo tan inhumano, que descubiertos todos los huesos se vieron sus entrañas por diferentes heridas, y aun llegaron á extraerla un pezado del hígado, segun testifica Prudencio que lo vió.

Esperaba el tirano que lanzaria algun suspiro, ó verteria alguna lágrima Engracia; pero queriendo el Señor dar á entender á los hombres que dulcifica las penas de los que padecen por su amor, hizo que sufriese la santa aquellas penas horribles con una constancia admirable, dejándose conocer en ella, que la esforzaba alguna virtud oculta sobrenatural, contra la que no podian los esfuerzos de Daciano. Llenó á todos de confusion el verla con un semblante alegre, adorando y bendiciendo al Señor en medio de aquel conjunto de tormentos, confesando hasta los mismos gentiles que no era posible tal fortaleza sin algun milagro. Apurado todo el sufrimiento de aquel bárbaro, mandó que la clavasen un clavo en la cabeza, á fin de acabar de una vez con la que tan visiblemente convencia el ningun poder de los falsos dioses. Pero como no bastase esta atrocidad para quitarla la vida, avergonzado el tirano de verse vencido por una tierna doncella, ordenó que desistiesen los verdugos de atormentarla, dejándola en aquella disposicion, á fin de que los agudos dolores de las heridas la sirviesen de mayor martirio. En este estado sobrevivió algun tiempo, segun refiere Prudencio, con admiracion de cuantos pudieron entender tan asombroso prodigio, despues de lo cual se siguió su felicísimo tránsito á la patria celestial, en el dia 16 de abril del año 303, con el de sus diez y ocho compañeros, á quienes el tirano mandó degollar despues, viéndolos constantes en la misma confesion que habia hecho su capitana Engracia.

El venerable cuerpo de nuestra santa fué sepultado por los fieles, si no con la solemnidad de un funeral público por temor de los gentiles, con la mayor veneracion y respeto, y con acompañamientos de ángeles que concurrieron á celebrar el mas glorioso triunfo de esta valerosa heroina de la religion. Despues que

gozó de paz la Iglesia, y todo el tiempo que se mantuvieron en España los Godos, se tuvieron sus reliquias en grande veneracion en la capilla subterranea, llamada de las Santas Masas, sobre la cual edificó san Braulio, obispo de Zaragoza, una iglesia en honor de santa Engracia en el año 609. Continuó este público obsequio hasta la irrupcion de los Arabes en España, en la que, temerosos los fieles de que cayese en poder de los bárbaros tan precioso tesoro, le ocultáron en el mismo templo subterráneo, donde se mantuvo incógnito cerca de siete siglos hasta el año de 1389, en el que con motivo de la reedificacion de aquel templo, se halló en la excavacion de los cimientos un sepulcro de piedra, y en él dos depósitos, uno con la inscripcion de santa Engracia, y otro con la de san Luperio. En otro sepulcro de mármol se hallaron las cabezas y huesos de los diez y ocho compañeros de la santa, cuyos huesos se vieron íntegros y de color de rosa, despidiendo un fragrantísimo olor.

En el año 1459, habiendo conseguido don Juan II, rey de Aragon y Navarra, la recuperacion de la vista, casi perdida, por la intercesion de la santa con el contacto del clavo que la clavaron en la cabeza, agradecido por este beneficio quiso edificar un monasterio de religiosos jerónimos, á quienes se diese su iglesia, para que en ella se interesasen en su mayor culto; pero no pudiendo ejecutarlo por sí á causa de su muerte, en cumplimiento de su voluntad lo edificó su hijo Don Fernando el Católico, y le dotó con magnificencia su biznieto Carlos V el Emperador.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Corinto, el tránsito de los santos mártires Calixto, Caricio y otros siete, que fueron anegados en el mar.

En Zaragoza en España, diez y ocho santos mártires, Optato, Luperco, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio y otros cuatro llamados Saturninos. Todos estos santos fueron juntamente atormentados y sufrieron muerte en tiempo de Daciano, gobernador de España, cuyo glorioso triunfo cantó elegantemente en verso el poeta Prudencio.

Allí mismo, santa Engracia, vírgen y mártir, la cual, despues de haberle desgarrado el cuerpo, cortado un pecho, y arrancado el hígado, permaneciendo aun viva, fué encerrada en un calabozo hasta que su cuerpo llagado se acabase de pudrir.

En la misma ciudad, los santos Cayo y Cremencio, que perseverando firmes en la fe que habian confesado dos veces, merecieron participar del cáliz de Jesucristo.

Allí mismo tambien, san Lamberto, mártir.

En Palencia, santo Toribio, obispo de Astorga, el cual, habiendo con ayuda del papa san Leon desterrado enteramente de España la herejía de Prisciliano, esclarecido en milagros descansó en paz.

En Braga en Portugal, san Fructuoso obispo.

El mismo dia, San Paterno, obispo de Abranches.

En Bélgica, cerca de Valencienes, san Druon confesor.

En Sena en Toscana, el bienaventurado Joaquin, del órden de Servitas.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Turibii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè

Oid, Señor, las súplicas que os dirigimos en la solemnidad de vuestro bienaventurado confesor y pontífice Toribio, y por los méritos é intercesion del

meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum...

que tan dignamente mereció serviros, concededmos el perdon de nuestros pecados. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría, y la misma que el dia XI, *pág.* 252.

REFLEXIONES.

He aquí un sacerdote grande, que en su tiempo agradó á Dios, y fué encontrado justo. Estas palabras convienen perfectamente á santo Toribio, y pueden hacer alusion al grande prodigio con que le libró Dios de una negra y torpe calumnia. Fué acusado de haber cometido un adulterio, estando ya exaltado á la dignidad episcopal. Sus obras eran agradables á Dios, y mucho mas sus encendidos deseos. Vió el Señor atribulado á su siervo, y segun aquella palabra con que prometió que el justo, *á manera del árbol que está plantado junto al paso de las aguas, no perderia jamás su verdor y lozanía, ni podrian dañarle las astucias de los impíos* (1), hizo que el milagro de llevar las brasas en los sagrados vestidos sin quemarse, diese testimonio de la inocencia del santo.

Entre todas las tribulaciones que pueden acontecer á un hombre bueno, con dificultad se puede dar otra mas sensible ni mas amarga que una calumnia, y mas si lleva consigo algo de fealdad y de torpeza. Crece la gravedad cuando el sugeto calumniado debe por su dignidad y carácter resplandecer con el ejemplo, y ser á los demás como un modelo de todas las virtudes. Un juez, un magistrado sentirán grande amargura cuando tengan que sufrir una calumnia; pero es difícil que iguale al dolor de un obispo, que debe repre-

(1) Ps. 1.

sentar á Jesucristo en las obras, como le representa en la autoridad. ¡Qué contraste harán en su conciencia la evidencia de ser inocente, y la injusticia de verse acusado! ¡qué bochorno no encenderá en su rostro la memoria de un supuesto delito, en la realidad falso, pero en la estimacion del pueblo á lo menos dudoso!

He aquí un sacerdote grande en quien se hizo esta durísima prueba, y fué encontrado justo. He aquí un sacerdote, he aquí santo Toribio, en quien compitieron la calumnia por una parte, y por otra el cuidado que Dios tiene del honor de sus siervos. *De vuestra cabeza no perecerá ni un cabello*, les tiene dicho. Pon en mí tu confianza, y no temas á tus enemigos, les dice otra vez. Pero los hombres entienden mal los preceptos de la moderacion y paciencia cristiana: una calumnia suelen vengarla con otra; á una ofensa meditan por lo regular una venganza. ¿Y qué sacan de esto? perder el mérito, llenar su corazon de inquietudes y desvelos, añadir tal vez nuevo deshonor al ya padecido, y dar nuevas armas á sus contrarios. Dios, Dios es á quien pertenece únicamente el oficio de vengador. Solo Dios puede conocer los corazones, y de consiguiente solo él es capaz de arreglar el castigo con proporcion á la ofensa. El amor propio nos engaña fácilmente, abulta las ofensas que se nos hacen, y excita á tomar una venganza superior á la injuria, faltando así no solo á los deberes de la caridad, sino á las leyes de la justicia.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia I, *pag.* 38.

MEDITACION.

DEL ESPÍRITU CON QUE SE HAN DE SUFRIR LOS HOMBRES MALOS EN ESTE MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los malos viven en este mundo bajo las órdenes y disposiciones de la divina Providencia, la cual en todas ellas es justísima é infalible. De consiguiente, la existencia de los malos, aunque mortifique á los buenos, necesariamente ha de tener un fin ordenado y provechoso. *El malo,* dice el gran padre san Agustin (1), *vive para uno de dos fines, ó para que se corrija ó para que sirva á ejercitar la paciencia de los buenos.* He aquí el espíritu con que quiere Dios que se sufran los malos en este mundo: con espíritu de paciencia, sufriendo sus defectos, compadeciéndose de sus delitos, y haciendo oracion á Dios para que se apiade de ellos y los convierta.

El amor propio es sumamente sutil y delicado en todas sus operaciones, y suele muchas veces apoderarse del corazon de los buenos con la máscara de piedad. ¿No seria mejor que no existiera aquel escandaloso que es causa á los demás de espiritual ruina? Un castigo ejemplar con que vengase el cielo los ultrajes y persecuciones de la virtud, ¿no daria á esta mas estimacion, y afirmaria su solio contra todas las maquinaciones del abismo? Aquel hereje, aquel impío que profana con obras y palabras lo mas augusto del santuario y de la religion, ¿no seria justo que repentinamente quedase hecho objeto de escarmiento en donde aprendiesen los demás á temer las divinas venganzas? A lo menos se lograria con su destruccion el

(1) Ps 54.

que no contaminase á otros muchos. En estas y otras semejantes expresiones prorumpe el corazon cuando no está muy radicado en la virtud, ni ha considerado la distancia que hay de los juicios humanos á la alteza inescrutable de los consejos divinos.

Yo soy, dice el Señor por su profeta (1), *el que juzgo entre oveja y oveja, y entre estas y los cabritos.* A su infinita justicia ha reservado la accion de separarlos, colocando los unos á la derecha, y los otros á la izquierda como réprobos destinados á arder en los abismos por toda la eternidad. « Ten paciencia con los malos, dice el gran padre san Agustin explicando la parábola de la zizaña (2); súfrelos, que para eso has nacido, y tal vez ha habido tiempo en que tú tambien has sido tolerado como malo. Si siempre fuiste bueno, ten misericordia de los demás; y si alguna vez no lo fuiste, no te olvides de tu antiguo estado. Dios exige de nosotros en esta vida paciencia y conmiseracion de nuestros hermanos; y para persuadirnos se nos propone á sí mismo por ejemplo, diciendo : ¿Por ventura, si yo quisiera ejercer ahora mi justicia, seria posible que juzgase inicuamente, ó que me engañase en la sentencia? Pues si yo, que siempre juzgo con rectitud, difiero mi juicio, que es inefable; ¿cómo tú, que ignoras de qué manera serás juzgado, te atreves á adelantar tu juicio para condenar á tu hermano? » Nada puede templar tanto el ardor de la humana soberbia, como la consideracion de los propios defectos. El que no los halla en sí mismo, puede desconfiar de la basa que sostiene el edificio de la virtud, que es la humildad. Y el que se reconoce culpado, ¿cómo se atreve á juzgar á su prójimo?

(1) Ezech. 34. — (2) Serm. 47.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que además del espíritu de paciencia con que quiere Dios que suframos á los malos, debemos tener presente un precepto del Evangelio que mira á nuestra propia santificacion, y al provecho de nuestro prójimo. « Si no hubiera malos por quienes hubiésemos de dirigir al cielo nuestras oraciones, dice san Agustin (1), ¿cuándo se nos diria : *Orad por vuestros enemigos?* (2). ¿Querriamos por ventura que fuesen enemigos nuestros los buenos? ¿cómo podia ser eso? Al bueno no le puedes tener por enemigo, no siendo tú malo; porque siendo bueno, solamente el injusto podrá ser tu enemigo. Luego cuando se nos dice : orad por vuestros enemigos, es lo mismo que decir : los que sois buenos, orad por los que no lo son. »

Uno de los mas altos ejercicios que tiene la caridad es el de la oracion por los malos. A un mismo tiempo santifica al que se emplea en este santo ejercicio, y logra tal vez del cielo una gracia tan abundante y poderosa, que rompe las cadenas que detienen en la iniquidad al miserable pecador. *Amad á vuestros enemigos,* decia el Señor (3), *haced bien á aquellos que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.* Amar á los malos, y mas si son enemigos nuestros, es efecto de una caridad verdadera; hacerles bien, es una prueba de este amor, pero tambien puede tener parte en ello la vanidad : mas orar por nuestros enemigos, no puede ser sino un efecto de la mas pura y perfecta caridad. Pues no nos contentemos con la medianía en una virtud que es de suyo tan sublime. Amemos á nuestros enemigos, hagámosles bien, oremos por ellos.

Aun hay mas en esto : aquel hombre malo, aquel calumniador, aquel falsario es hermano nuestro, es

(1) Serm. 15. — (2) Mat. 5. — (3) Ibid.

redimido con la sangre de Jesucristo; y no deja de serlo porque dirija contra nuestra persona ó nuestros intereses sus asechanzas. Contemplemos que la caridad en todo lugar, en todas circunstancias nos obliga y nos estrecha; que nuestras oraciones, ejercicio de esta caridad, son acaso el último asidero que tiene aquel desventurado pecador para lograr la divina misericordia. Dificultosamente se puede traer el entendimiento ocupado con estas ideas tan verdaderas y cristianas, sin que el corazon temple los movimientos primeros que excitan la enemistad, la persecucion, la injusticia, ó cualquier otro mal, sea de la especie que se quiera. ¿Harás mas caso de los gritos de tu amor propio que de los que te da tu misma conciencia? ¿Mirarás todavía con ese tedio, con esa aversion, con ese horror á aquella persona frágil, cuyas acciones no convienen con las tuyas? ¿No será justo que des lugar á la reflexion, para no quebrantar un precepto de tu legislador Jesucristo? ¿Cuántas veces por miras de ambicion, ó por respeto á algun poderoso, te vences y tratas con afabilidad y agrado á muchas personas que te inspiran repugnancia? Pues ¿porqué no has de hacer algunos de estos sacrificios al respeto de tu Dios amando á tus enemigos?

JACULATORIAS.

Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras. Salm. 16.

Por cumplir, Dios mio, vuestra santa ley, y por la esperanza de vuestras promesas, sufrí con paciencia los duros procedimientos de los hombres malos.

Perfice gressus meos in semitis tuis. Salm. 16.

Dirigid mis pasos, Señor, por vuestros rectos caminos, y llevad á perfeccion las obras, que son inspiracion vuestra.

PROPOSITOS.

1. Sufriré con paciencia á los malos cuantas vejaciones maquine contra mí su malicia; y muy lejos de indignarme contra ellos, ó de procurar su ruina, pediré á Dios que se apiade de su desventura, que los llene de luz para que conozcan el mal y lo aborrezcan, y perciban la hermosura de la virtud y la abracen. La oracion, pasto del alma cristiana, y medio por donde el hombre llega á su Criador, endulzará la amargura y hiel de las persecuciones, y será el medio con que, á imitacion de mi Dios, pague á mis enemigos con beneficios los males que quisieren hacerme. ¿Qué fruto podria sacar de la venganza? ¿desharia esta acaso la calumnia? Si mi honor ha padecido ya entre las gentes alguna lesion, ¿serán tan necios los hombres que me crean inocente porque he tomado venganza de mi enemigo?

Jesucristo, el Hijo de Dios eterno, que se vistió de nuestra carne para darnos ejemplo y dejarnos señaladas las huellas por donde guiemos nuestros pasos á la bienaventuranza, este Señor es el modelo que debe proponerse todo cristiano cuando se vea calumniado ó perseguido. Mire con atencion sus procedimientos; examine sus obras y sus palabras; contémplele en todos los momentos de su vida, y hallará un poderoso motivo de acallar los resentimientos del amor propio. ¿Podrás tú acaso presentar tantas persecuciones como el Hijo de Dios? ¿se habrán dicho contra tí tantas calumnias, tantos falsos testimonios? ¿Querrás comparar tu inocencia con la inocencia de tu Salvador? ¿Podrás gloriarte de haber hecho á tus enemigos tantos beneficios y gracias como aquel que ofreció por ellos hasta el sacrificio de su vida?

No hay temeridad en el mundo capaz de resistir á

semejantes reflexiones. La fuerza con que estimula é intima la caridad sus obligaciones, vigoriza toda la consideracion que acabas de hacer. Los ejemplos de tantos justos que han trillado antes que tú este camino, y señaladamente el del santo de este dia, desvanecen cuantos obstáculos y excusas pudieran alegar la tibieza, la irresolucion y el amor propio. Aquel que te precedió, imitó á su maestro, que lo es tambien tuyo, Jesucristo. La gracia que este Señor le granjeó con sus méritos infinitos, le hizo capaz de obras tan sobrenaturales. La misma gracia tendrás tú siempre que por tu parte quieras sujetarte á sus influjos, y oir sus dulcísimas inspiraciones. Luego nada hay que pueda retraerte de la ejecucion, sino tu misma malicia. Luego serás responsable, no solo de la infraccion de los divinos preceptos, sino de estas reconvenciones. ¡Oh, y qué cargo tan duro!

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN ANICETO, PAPA Y MÁRTIR.

San Aniceto, duodécimo papa despues de san Pedro, fué originario de Siria. Nació hácia el fin del primer siglo; y la grande reputacion que ya tenia en la Iglesia hácia la mitad del segundo, es testimonio de la santidad con que pasó los primeros años de su vida. Fué hombre de superior genio, de extraordinaria grandeza de alma, de tanto teson y de tanta intrepidez, que miraba con desprecio los mayores peligros, y de zelo tan ardiente por la verdad y por la fe, que fué constante y universalmente tenido por azote de los herejes. Era venerado por uno de los mas sabios y mas santos presbíteros de la iglesia de Roma,

cuando, habiendo sido coronado con el martirio san Pio papa el añó de 157, fué nombrado Aniceto por sucesor suyo.

Tenia necesidad la Iglesia de un pontífice tan grande en tiempo que la malignidad y la multitud de los herejes no perdonaban á medio alguno para corromper la santidad de sus costumbres y la pureza de su fe. Casi todos estos enemigos declarados de Jesucristo se habian juntado en Roma, donde siempre ha reinado y florecido la fe en todo su vigor, con el fin de hacer todo lo posible para envenenarla en la misma fuente.

En tiempo de San Higinio papa habia ido á ella aquel impío heresiarca Valentino, que habiendo hecho grandes progresos durante el pontificado de san Pio, adelantaba cada dia con nuevas conquistas. Cierta miserable mujercilla, llamada Marcelina, de la infame secta de los carpocracianos ó gnósticos, que tambien habia llegado á dicha ciudad, pervertia mucha gente. Desde el principio del pontificado del mismo san Pio habia comenzado tambien el impío Marcion á sembrar sus errores en la cabeza del mundo cristiano; de suerte que, cuando Aniceto se sentó en la silla de san Pedro, se vió como rodeado de monstruos que respiraban veneno; pero á todos los exterminó durante su pontificado, persiguiéndolos hasta sus mismas madrigueras, y no perdonando diligencia alguna para preservar á los fieles de la ponzoña con antídoto oportuno.

Echó Dios la bendicion al zelo y á los trabajos del santo pontífice. En poco tiempo se vió libre el rebaño de las enfermedades contagiosas por los desvelos del pastor. Descubiertos y confundidos los valentinianos, los marcionistas y todos los demás herejes por el zelo de nuestro santo, fueron objeto de la execracion de todo el mundo. Instruyó y gobernó á su pueblo con tan

feliz suceso, que Roma, centro de la unidad y de la fe, lo fué igualmente de la santidad, y el teatro de la virtud cristiana. Así lo testifica Hegesipo, que estuvo en Roma en tiempo de san Aniceto.

Habiendo este insigne hombre, no menos sabio que santo, tratado en su viaje á muchos obispos de Occidente, y habiendo observado en Roma asi la pureza de la fe, como la santidad de las costumbres de los fieles, admirado de lo uno y de lo otro, hizo un magnífico elogio del pastor y del rebaño. Escribió en cinco libros la historia eclesiástica, desde la pasion de Cristo hasta su tiempo, que se reducia á una sincera coleccion de las tradiciones apostólicas; pero ya no nos han quedado de una obra tan antigua y tan auténtica mas que algunos fragmentos conservados por Eusebio, en los cuales se ve la sinceridad con que san Hegesipo da testimonio de que hasta su tiempo no habia silla episcopal, ni ciudad cristiana, donde no se observase lo que manda nuestra santa ley, lo que los apóstoles habian predicado, y lo que habia enseñado el mismo Jesucristo, distinguiéndose Roma entre todas.

Hacian de cuando en cuando los herejes algunos esfuerzos para corromper la fe; pero la vigilancia de Aniceto atajaba los efectos de sus perniciosos intentos. Al principio de su pontificado le vino á visitar san Policarpo, discípulo de san Juan evangelista, y obispo de Esmirna, que lleno de estimacion y de singular veneracion á nuestro santo pontífice, tuvo especial consuelo en pasar á conferenciar con él sobre algunos puntos de disciplina eclesiástica, en que aun no habian convenido las iglesias griega y latina, y todavía no estaban decididos. Presto se concordaron los dos santos. Como era tanto lo que san Policarpo deferia y respetaba al vicario de Cristo, y era tan singular la estimacion que Aniceto hacia de Policarpo, estrecharon

entre sí una íntima amistad. No contribuyó poco esta buena inteligencia para confundir á los herejes, y para conservar á los verdaderos fieles en la pureza de la fe que habian recibido de los apóstoles; ni fué menos conducente para que floreciese en aquella capital la santidad de costumbres que edificaba tanto á todo el mundo cristiano. Bien se puede asegurar que, si la verdad y la virtud fueron tan combatidas en Roma por aquella multitud de herejes que habian concurrido á ella, no fueron menos valerosamente defendidas por la concurrencia de tantos santos, y de tantos hombres grandes como juntó tambien en ella la divina Providencia.

Amás de san Aniceto, san Policarpo y san Hegesipo, de quienes acabamos de hablar, se vió al mismo tiempo en Roma san Justino, uno de los mas brillantes astros de su siglo. Allí compuso la mayor parte de sus obras, que fueron tan útiles para disipar las calumnias de los gentiles, y para alumbrar á tan prodigioso número de herejes. Teniéndose por dichoso este insigne santo de poder secundar en algun modo el zelo de tan gran papa, estableció en Roma, segun el plan que le dió el mismo Aniceto, una escuela de virtud, en que daba lecciones de religion á cuantos querian ser instruidos. Correspondió el fruto á su zelo; porque apenas se vió en otro tiempo tanta constancia y tanto fervor entre los fieles, á pesar de la persecucion de los paganos y de los esfuerzos que hacian los herejes para corromper la fe y las costumbres.

Gobernó la Iglesia san Aniceto, segun Eusebio y Nicéforo, por espacio de doce años, con admirable zelo, prudencia y vigilancia. Aun en tiempos tan turbulentos y tan nebulosos encontró lugar su solicitud pastoral para descender á las mayores menudencias de la vida ejemplar que deben observar los

clérigos, y á muchos puntos importantes de disciplina eclesiástica.

Prohibió que los clérigos llevasen el cabello largo, segun la ordenacion del Apóstol, y mandó que todos anduviesen con corona ó tonsura clerical. Afirma san Gregorio Turonense que el autor de esta corona fué san Pedro, en memoria de la corona de espinas del Salvador; y asi es probable que san Aniceto estableciese por decreto lo mismo que hasta allí no era mas que una mera y piadosa costumbre. Lo cierto es que antiguamente solo se dejaba una especie de cerquillo al rededor de la cabeza, estando todo lo demás raido á navaja, á la manera que aun en el dia de hoy lo observan muchos religiosos.

Habia mucho tiempo que nuestro santo papa suspiraba por el martirio. Aquel ardiente zelo que manifestaba por conservar en su pureza el sagrado depósito de la fe, y por dilatar el reino de Jesucristo, parecia hacerle acreedor á este insigne favor del cielo; y asi fué coronado con el martirio en la persecucion de Marco Aurelio, hácia el año del Señor de 167, y su santo cuerpo fué enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto.

El año de 1590, Minucio, arzobispo de Munich, y secretario de Guillelmo, duque de Baviera, llevó á aquella ciudad la cabeza de nuestro santo, y la colocó en la iglesia de los padres de la Compañía, donde es venerada con singular devocion.

En el de 1604, habiendo mandado el papa Clemente VIII, que todos los cuerpos santos que se hallasen en dicho cementerio de Calixto, fuesen sacados de él, y trasladados á lugar mas decente y honorífico, Juan Angel, duque de Altaemps, pidió y consiguió del papa el cuerpo de san Aniceto; y mandando labrar una magnífica capilla, colocó en ella este inestimable tesoro en un suntuoso sepulcro

de mármol, donde es venerado con la mayor devocion. El mismo duque hizo el elogio de nuestro santo pontífice en estas pocas palabras: « Si la perfecta inteligencia de la sagrada Escritura; si la » inocencia y la santidad de vida; si la gloria del » martirio bastan cada una de por sí, como todos lo » confiesan, para hacer á un hombre inmortal; ¿qué » se deberá pensar del mérito y de la gloria de san » Aniceto, en quien todas estas cosas se juntaron? »

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Aniceti, martyris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontífice Aniceto; concédenos que consigamos la proteccion de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 *del libro de la Sabiduría, y la misma del dia* XI,

NOTA.

« Los que dudan que Salomon fuese autor del » libro de la Sabiduría, no hacen reflexion á estas » palabras que dice de sí mismo el autor de dicho » libro en el capítulo 9, hablando con Dios: *Vos me » escogisteis para rey de vuestro pueblo, y para juez » de vuestros hijos y de vuestras hijas, y me mandásteis » edificar un templo en vuestro santo monte, y un altar » en la ciudad de vuestra habitacion.* Es probable que » el libro de la Sabiduría fué la primera obra que » compuso Salomon despues que el Señor se la con» cedió. »

REFLEXIONES.

Luego erramos el camino de la verdad. La consecuencia es legítima y verdadera; el discurso cabal y bien hilado. Pero ¡qué desesperacion es la de un dolor y un arrepentimiento inútil! Para un hombre de vergüenza no hay cosa mas sensible ni mas ruborosa que haberse engañado. Nunca se reconoce el error sin alguna confusion; pero cuando ha nacido de pura necedad, de pura simpleza; cuando ha sido únicamente por culpa del que yerra; cuando el desacierto conduce á la última desdicha, y esa sin remedio; ¿cuánto distará de la desesperacion el arrepentimiento? No hay suplicio mas cruel que aquel en que sirven de tiranos el entendimiento y el corazon.

Luego nosotros anduvimos errados y descaminados: *Ergo erravimus.* Nosotros, que tanto nos hacíamos respetar; nosotros, que éramos reputados por hombres de grande entendimiento, y teníamos lástima de los que iban por el camino real y derecho; nosotros, que éramos los dioses de la tierra, en cuya presencia todos se encorvaban; nosotros, á quienes todo salia á pedir de boca, y coronados de rosas y flores éramos el alma de las fiestas; nosotras, mujeres del mundo, ídolos de la vanidad, almas de la diversion y del placer; nosotros, que haciamos chacota de las verdades mas terribles de la Religion, y juguete de las amenazas del Altísimo; nosotros, que solo éramos cristianos por bien parecer: luego nosotros erramos, y erramos en el punto decisivo de nuestra suerte eterna: *Ergo erravimus.* Luego no era verdad que aquellos honores tan superficiales, aquellas riquezas tan caducas, aquellos deleites por la mayor parte tan amargos, podian hacernos felices para siempre: luego no era verdad que aquella vida regalona, ociosa, delicada y licenciosa habia de ser

envidiable : luego no era verdad que mi estado, mi empleo, mi dignidad, mi carácter, mi nacimiento me daban licencia y algun derecho para no vivir cristianamente.

Me imaginaba que aquellas mujeres tan circunspectas, tan virtuosas, que pasaban los dias en el retiro y en los ejercicios de piedad, eran dignas de lástima ; pareciame su soledad una especie de prision, y su circunspeccion un suplicio intolerable. Pero engañéme : ellas fueron por donde debian ir ; yo fuí la loca y la descaminada.

Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam. Insensatos de nosotros, que teniamos por necedad aquella su vida, cuando en rigor no hay otra discrecion ni otra verdadera sabiduría que la de los santos. ¿Es por ventura sabiduría y discrecion caminar á tientas sin saber adónde se camina? ¿es sabiduría y discrecion caer atolondradamente en los lazos del enemigo? ¿es sabiduría y discrecion correr tras de un poco de humo, y cuando mas tras de un fuego fatuo? ¿es sabiduría y discrecion poner á peligro la salvacion eterna, aturdirse uno en sus mismos descaminos, y trabajar con todas sus fuerzas en su propia ruina? Pues esta es nuestra conducta : juzguemos ahora cuál será nuestra discrecion y nuestra sabiduría.

Pero nos arrastró el amor de los deleites ; otra prueba de nuestra insigne locura : *Lassati sumus in via iniquitatis.* Nos hemos fatigado á puro andar por el camino de la maldad. ¿Hay camino mas fragoso, mas áspero, ni mas penoso que el nuestro? Siendo presa infeliz de todas las pasiones, blanco de toda la malignidad del corazon humano, víctimas de la ambicion, de la concupiscencia y de la envidia, ¡qué crueles inquietudes, qué mortales angustias, qué insufribles tormentos hemos tenido que padecer! Desconfianza eterna, sobresaltos continuos, sinsabores, digustos,

desaires y sonrojos, risas forzadas, alegrías artificiales pero vanas, remordimientos tiranos, memoria de la muerte, ¡cuánto no haceis sufrir! Pues esta es aquella vida deliciosa de que hacemos tanta ostentacion. Por nuestra desgracia todos estos pesares son bien fundados, pero vanos; todas estas reflexiones arregladas, pero inútiles. Conocemos el error, nos estremecemos, y nos horrorizamos; pero ya no hay lugar á la enmienda; solo queda el arrepentimiento. Comprende bien toda la amargura y el punzante dolor de estas fatales consecuencias.

El evangelio es del cap. 16. de san Juan, y el mismo que el dia IV, pag. 34.

MEDITACION.

DE LA FALSA ALEGRÍA DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la alegría imaginaria del mundo no solamente es despreciable, superficial, insulsa, sino que toda ella es una pura simulacion. No hay cosa mas falsa en su origen, no la hay mas inconstante en su duracion, no la hay mas amarga en su fin. Apenas se hallará manantial alguno de alegría mundana que no esté emponzoñado; pocos que no sean malignos; ninguno cuyas aguas sean capaces de apagar la sed.

El satisfacer una pasion, el gozar de un placer, el hacer una grande y rápida fortuna, el lograr una cosa que se deseaba con vehemencia, producen en el alma ese movimiento agradable que se llama alegría. Por algunos momentos parece que se dilata el corazon; ¿pero es muy pura esta alegría? ¿está el alma muy satisfecha con ella? Juzguemos del efecto por la

causa. Sin serenidad y sin calma no hay alegría verdadera. ¿Y hay mucha calma y mucha serenidad en el corazon de los mundanos? Para que un bien merezca este nombre, no basta que agrade; es menester que sea un bien sólido y real, porque sin esto el alma se alegra en falso. ¿Y se encuentran muchos bienes sólidos y reales entre los que causan en el mundo tanta alegría? ¿se halla siquiera uno solo que haga al hombre feliz, y que no le dé fatiga? Las riquezas son unas espinas penetrantes, y un fecundo manantial de inquietudes, disgustos y sobresaltos; los placeres son inseparables de mil remordimientos. Aturda y atolondre el encanto cuanto quisiere: alegría que no se funda en la inocencia, es forastera; si la virtud no la alimenta, está enfermiza; si es vicioso su principio, es falsa. Examina ahora si hay mucha alegría en el mundo. Su misma inconstancia ¿no bastaria para hacerla vana? Hay pocas risas que no sean afectadas en el mundo; apenas se sabe reir en él sin que sea con estudio. Aquellos que se llaman desahogos del corazon, como son tan violentos, no pueden ser duraderos. Hablando con tota propiedad, los asomos de la alegría mundana no son mas que apariciones; si se apodera del corazon, no está lejos la tristeza, ó por mejor decir, esta jamás se aleja del todo, y muchas veces no desaparece mas que á los ojos del que mira: de aquí proviene que las pendencias, las riñas, y los mayores excesos del furor suelen nacer, digámoslo así, en el mismo regazo de esa falsa alegría. Alegría mundana, alegría artificial, alegría postiza, vano fantasmon de alegría: no es menester mas que un poco de entendimiento para conocerlo así. ¡Ah buen Dios! ¿cuándo daréis al mundo el entendimiento y la religion que baste para que destierre de sí un error tan universal? ¿cuándo dejará de engañarnos, y cuándo dejaremos nosotros de apacentarnos con él?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la alegría mundana se puede comparar á aquellos árboles siempre verdes y siempre floridos, que puramente sirven de adorno á los jardines, y cuyo fruto, por lo comun, es muy amargo. Esas alegrías de bulla y de tumulto, esas fiestas brillantes. esos saraos, esas mesas de juego, esos banquetes y diversiones, aun suelen costar mas al corazon que á la bolsa : á esta la dejan vacía, pero á aquel ¡cómo lo dejan!

¿Hay fiesta, hay diversion, hay alegría del mundo sin inquietud, sin envidias, sin zelos y sin zozobras? El tumulto y la disipacion embargan y suspenden el sentimiento por algun tiempo; pero dura poco el encanto. Caen las flores en el suelo, y queda en el fruto la amargura; los remordimientos punzan, los pesares despedazan; la envidia, el odio, el miedo, el sobresalto, y otras mil pasiones hacen pagar bien caras aquellas gotas de dulzura, que el mundo nos vendió à tan alto precio. Lograste algunos intervalos de estos gustos, de estas alegrías tan ponderadas : ¿y qué te quedó de ellas? ¿Qué queda en la cuaresma de las diversiones y de las bullas del carnaval? remordimientos y arrepentimientos; pero aun estos pueden ser frutos saludables. Escozores, disgustos, amarguras son las reliquias que quedan mas comunmente. A aquellas personas del mundo, que por su edad ó por sus achaques están desterradas de sus diversiones y de sus gustos, ¿qué las queda de los que en su tiempo tuvieron? Aquel pobre moribundo, ¿qué sacó de lo que se holgó? Acaso la enfermedad que le lleva à la sepultura, un color pálido, y lágrimas amargas. ¿Consolaránle mucho en aquel postrer momento unas alegrías, borradas de la memoria para el gusto, y solo

impresas en ella para el dolor? Pero ¿y qué les ha quedado de todas las fiestas mundanas á aquellos infelices condenados, que despues de su muerte están ardiendo ya en las llamas eternas? Si en aquellas alegrías se hallaba algun bien real y verdadero; si eran digno objeto de una noble ambicion; si merecian nuestras ansias; si nos eran lícitas y permitidas, ¿porqué nos dejaron tan crueles, tan amargos dolores? ¿porqué tan justo arrepentimiento?

¡Oh mi Dios, y qué advertidos, qué discretos fueron los santos en mirar todas esas alegrías como ilusiones, ó como relámpagos que por lo comun vienen acompañados de rayos y tempestades! Bien persuadido estoy yo de esta misma verdad; bien conozco todo el veneno de este error; ¡y en medio de esto todavía suspiraré por este vano fantasma! Haced, Señor, que descubriendo bien la falsedad de esta aparente alegría, conozca todo el mérito y valor de aquella saludable tristeza que es la herencia de los escogidos, y á la cual se sigue siempre la eterna felicidad. Amen.

JACULATORIAS.

Beatus vir qui non respexit in vanitates et insanias falsas. Salm. 39.

Bienaventurado aquel que no se deja llevar de vanidades y locuras.

Risum reputavi errorem, et gaudio dixi: Quid frustrà deciperis? Ecles. 2.

Siempre tuve la risa por necedad, y la alegría mundana por engaño.

PROPOSITOS.

1. Lleno está el mundo de brillanteces aparentes; pero ninguna salta tanto á los ojos como aquella falsa alegría de que hace tanta ostentacion. Siempre se rie

en él por artificio, siempre con hipocresía. ¡Cosa extraña! siendo la alegría el barniz de todas las diversiones del mundo, en ninguna parte hay tanta melancolía, tanta tristeza, tanta zozobra como en el corazon de los que parecen mas alegres. Ellos mismos lo confiesan así, y no es menester otra prueba que su misma conducta. Aquel aire desembarazado y risueño, aquellos ensanches del corazon, aquella jovialidad de profesion, todo es una máscara que encubre mil congojosos cuidados, es un disfraz que procura ocultar á nuestros ojos un corazon atestado de tristeza. Y todo esto ¿será muy inocente? Toma hoy mismo la resolucion. Primero: De no intervenir jamás en esas peligrosas diversiones; de no asistir á esas fiestas mundanas, en las cuales corre tanto peligro la inocencia; de no parecer jamás por ningun pretexto en el baile, en la casa del juego, ni en los espectáculos. Segundo: De no permitir que tus hijos y dependientes concurran á semejantes lugares, de que debe voluntariamente desterrarse todo cristiano. Tercero: De no perder ocasion de descubrir á los otros, especialmente á tus hijos y familia, el veneno de esas alegrías. ¡Qué mayor crueldad que ver el fuego, la ponzoña y los lazos que el enemigo prepara en todas partes, y no hablar una palabra! Grita eternamente contra estas fatales ilusiones.

2. Nunca puede haber razon para tomar veneno, con pretexto de que es grato al paladar, y que despues se tomarán preservativos. Mira como ponzoñosas todas esas alegrías mundanas, y anda con mucho cuidado aun en las diversiones que parecen mas lícitas y mas inocentes. Acuérdate que ni la atencion ni la urbanidad han de ser en perjuicio de la salvacion. ¿Tienes que hacer una visita, que concurrir á un sarao? prevente antes con el contraveneno á los piés de tu crucifijo. ¿No te puedes excusar de asistir á una

boda, de salir por unos dias á una casa de campo? lleva siempre contigo el pensamiento de la muerte, porque no hay remedio mas eficaz para desvanecer los mas peligrosos atractivos. Siempre que se rie, se representa una comedia; y si no, figúrate cómo estará esa persona tan jovial y tan risueña, en la hora de la muerte.

LA BEATA MARÍA ANA DE JESUS, VÍRGEN.

Si en todos tiempos la imperial y heróica villa de Madrid ha sido feliz cuna de personas esclarecidas en santidad, armas y letras, apenas entre las que mas la han ilustrado se hallará una que pueda compararse con la beata María Ana de Jesus, honor inmortal de su sexo, vírgen castísima, y teatro admirable de las operaciones mas portentosas de la gracia. Nació esta sierva de Dios en la referida villa en enero del año de 1565, y fué bautizada en la parroquia de Santiago en 21 del mismo mes y año. Sus padres Luis Navarro, Ladron de Guevara, y Juana Romero de Villalpando, aunque ilustres por la nobleza de su linaje, lo eran todavía mas por la piedad cristiana que resplandecia en sus obras. La frecuencia de sacramentos, la distribucion de copiosas limosnas, la visita de hospitales y otros ejercicios igualmente caritativos, fueron los medios de que se valieron para alcanzar de Dios el fruto de bendicion con que los enriqueció, y para manifestarle por él su agradecimiento. Desde los primeros años se dejaron ver en esta santa indicios nada equívocos de su futura santidad: jamás se la vió llorar ni incomodarse, cosa tan natural en los niños, y que es como la primera señal de la corrupcion de nuestra naturaleza; el alimento lo tomaba escaso, como si ay

desde entonces empezase á ayunar; y en la dulzura y apacibilidad de su rostro, que era hermosísimo, indicaba bien la alegría y tranquilidad de su alma. A estas felices señales se juntaron otras no menos admirables que seguras, por las cuales se denotaban mas claramente las propensiones del corazon.

Si la llevaban á la iglesia, la veian transportarse de gozo al tiempo de la elevacion de la sagrada hostia; y sus inocentes ojos se fijaban con tanta intension en las imágenes de Jesus y de María, que desde luego se echó de ver la gran devocion que habia de tener á la Madre de Dios, y cuan de cerca habia de seguir las huellas dolorosas de su Hijo crucificado. Al paso que iba creciendo, se iban verificando con mayor claridad y extension los anuncios de su santidad. Apenas tenia cumplidos los cuatro años, cuando ya se admiraban en esta santa niña los ejercicios de la virtud mas sólida, en lugar de aquellos entretenimientos pueriles que suelen divertir y á veces corromper los primeros años. Miraba á los pobres con ojos compasivos; y acreditando con las obras la ternura de su corazon, distribuia entre ellos, no solamente la comida que sus padres la daban, sino cuanto podia allegar á sus manos. A los enfermos de su casa los alentaba con dulcísimas palabras á sufrir con paciencia los dolores; y cuando en compañía de su madre visitaba á los de fuera, su modestia y compostura producian el mismo efecto. Todo esto era causado del recogimiento y de la oracion que en aquella tierna edad hacia la santa niña; porque retirándose á los sitios mas apartados de su casa, la veian frecuentemente de rodillas delante de alguna imágen de Cristo crucificado, unas veces bañado el rostro en lágrimas, y otras cercado de resplandores, tan suspensa y anegada, que parecia estar privada de sus sentidos. Como Dios era su maestro, segun afirma la santa en

boda, de salir por unos dias á una casa de campo? lleva siempre contigo el pensamiento de la muerte, porque no hay remedio mas eficaz para desvanecer los mas peligrosos atractivos. Siempre que se rie, se representa una comedia; y si no, figúrate cómo estará esa persona tan jovial y tan risueña, en la hora de la muerte.

LA BEATA MARÍA AÑA DE JESUS, VÍRGEN.

Si en todos tiempos la imperial y heróica villa de Madrid ha sido feliz cuna de personas esclarecidas en santidad, armas y letras, apenas entre las que mas la han ilustrado se hallará una que pueda compararse con la beata María Ana de Jesus, honor inmortal de su sexo, vírgen castísima, y teatro admirable de las operaciones mas portentosas de la gracia. Nació esta sierva de Dios en la referida villa en enero del año de 1565, y fué bautizada en la parroquia de Santiago en 21 del mismo mes y año. Sus padres Luis Navarro, Ladron de Guevara, y Juana Romero de Villalpando, aunque ilustres por la nobleza de su linaje, lo eran todavía mas por la piedad cristiana que resplandecia en sus obras. La frecuencia de sacramentos, la distribucion de copiosas limosnas, la visita de hospitales y otros ejercicios igualmente caritativos, fueron los medios de que se valieron para alcanzar de Dios el fruto de bendicion con que los enriqueció, y para manifestarle por él su agradecimiento. Desde los primeros años se dejaron ver en esta santa indicios nada equívocos de su futura santidad: jamás se la vió llorar ni incomodarse, cosa tan natural en los niños, y que es como la primera señal de la corrupcion de nuestra naturaleza; el alimento lo tomaba escaso, como si ay

desde entonces empezase á ayunar; y en la dulzura y apacibilidad de su rostro, que era hermosísimo, indicaba bien la alegría y tranquilidad de su alma. A estas felices señales se juntaron otras no menos admirables que seguras, por las cuales se denotaban mas claramente las propensiones del corazon.

Si la llevaban á la iglesia, la veian transportarse de gozo al tiempo de la elevacion de la sagrada hostia; y sus inocentes ojos se fijaban con tanta intension en las imágenes de Jesus y de María, que desde luego se echó de ver la gran devocion que habia de tener á la Madre de Dios, y cuan de cerca habia de seguir las huellas dolorosas de su Hijo crucificado. Al paso que iba creciendo, se iban verificando con mayor claridad y extension los anuncios de su santidad. Apenas tenia cumplidos los cuatro años, cuando ya se admiraban en esta santa niña los ejercicios de la virtud mas sólida, en lugar de aquellos entretenimientos pueriles que suelen divertir y á veces corromper los primeros años. Miraba á los pobres con ojos compasivos; y acreditando con las obras la ternura de su corazon, distribuia entre ellos, no solamente la comida que sus padres la daban, sino cuanto podia allegar á sus manos. A los enfermos de su casa los alentaba con dulcísimas palabras á sufrir con paciencia los dolores; y cuando en compañía de su madre visitaba á los de fuera, su modestia y compostura producian el mismo efecto. Todo esto era causado del recogimiento y de la oracion que en aquella tierna edad hacia la santa niña; porque retirándose á los sitios mas apartados de su casa, la veian frecuentemente de rodillas delante de alguna imágen de Cristo crucificado, unas veces bañado el rostro en lágrimas, y otras cercado de resplandores, tan suspensa y anegada, que parecia estar privada de sus sentidos. Como Dios era su maestro, segun afirma la santa en

sus escritos, aprovechó tanto en la escuela del espíritu, que aun antes de llegar á los siete años experimentaba ya aquellas ilustraciones, visiones y regalos que suelen ser el fruto de muchos años de contemplacion, de fervor y de penitencia. El soberano Padre de las luces se la manifestaba con tanta claridad, y la daba una inteligencia tan perfecta de los mas sublimes misterios, especialmente del de la Trinidad, Encarnacion, y presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, que la evidencia del conocimiento dejaba poco lugar á la oscuridad de la fe.

Tuvo diferentes apariciones de Jesucristo, de su Madre santísima y del ángel custodio, en las cuales, además de las altísimas verdades que la enseñaban, llenaban su corazon de inefables dulzuras, aficionándole al amor del Esposo de las vírgenes, y amaestrándola en la contemplacion de la bondad infinita. De tan soberanas instrucciones nacia un desprecio total de las cosas perecederas, y un amor y deseos fervorosos de las eternas y divinas. Así toda su conversacion era de Dios, todas sus obras encaminadas al provecho y santificacion de sus prójimos, y todos sus deseos acrecentar mas y mas aquella caridad flagrantísima que abrasaba su corazon. Este no podia contener en sí la grandeza y muchedumbre de afectos que producia la caridad; y así se derramaba, procurando introducirlos en las almas de sus hermanas y familiares de su casa, con dulces y eficaces razonamientos. Estos eran sumamente devotos, singularmente cuando precedian á alguna fiesta de precepto, á algun dia de jubileo, ó solemnidad de María santísima. Entonces sus palabras tenian mas uncion y viveza, y lograban felizmente el efecto de disponer sus almas al cumplimiento del precepto, y á las obras piadosas que estaban mandadas para ganar el jubileo. A esto se llegaba una discrecion y dulzura para reprender

las faltas que advertia, que lograba corregir sin exasperar, evitando los defectos de un zelo arrebatado.

Adelantada María Ana tan prodigiosamente en la virtud, deseaba participar de aquellas gracias que la Iglesia no concedia todavia à sus tiernos años. Tal era la participacion de la sagrada Eucaristía, à cuya vista se exhalaba su alma en encendidos deseos. Avivábanse estos con el ejemplo de su piadosa madre que frecuentaba los sacramentos con ternura y devocion, llevando siempre consigo à su querida hija, para que en su tierna alma se fijasen mas profundamente el amor y reverencia á la religion y á sus misterios. Pero la santa niña, no pudiendo sufrir ya mas dilaciones, y sintiendo en su espiritu una santa hambre del divino manjar, solicitó con lágrimas y ruegos que la hiciesen participante de la divina comunion. Sus padres oyeron con regocijo estas santas pretensiones, comunicáronlas al párroco, y tomando este à su cargo examinar el talento y disposiciones de la niña, descubrió en ella un conocimiento tan claro de los divinos misterios, una virtud tan perfecta y un espíritu tan elevado, que fácilmente condescendió con sus deseos. Preparóse María Ana à la primera comunion con ejercicios sumamente fervorosos, y transformada en un ángel, se llegó á gustar la comida de los ángeles con singular consuelo de su alma. Quedó anegada en celestial dulzura, y tanto que de allí en adelante ella misma estimuló á su madre à la frecuencia de sacramentos. Las consolaciones interiores que el padre de las misericordias la concedia, eran tales, que á un tiempo avivaban en ella el deseo de recibir la Eucaristía, y la colmaban de complacencias y dulzuras.

Hasta los once años la beata María Ana siguió disfrutando estas delicias, y gozando de una vida la mas tranquila y regalada que se pueda imaginar. Pero

Jesucristo, que hecho Esposo de sangre, como dice la Escritura, quiere que sus elegidos le sigan por el camino de los trabajos, dispuso que María Ana entrase en esta penosa carrera. El primer golpe con que afligió su tierno corazon, fué la muerte de su madre á quien se llevó para sí para darla el premio de sus grandes virtudes. Esta pérdida fué para la santa niña sumamente dolorosa, porque en su madre tenia una maestra de piedad, y una compañera en los devotos ejercicios. Conociendo que nada se hace en este mundo que no esté sujeto á las sabias leyes de la divina Providencia, y que el buen cristiano debe recibir de la mano de Dios los bienes y los males con igual semblante, se resignó humilde á su divina voluntad, llevó con paciencia la dolorosa separacion de su madre, y con ayunos, penitencias y sufragios manifestó el amor que la tenia. A este golpe se siguieron otros todavía mas amargos. Su padre se casó en breve, dando á María Ana una madrastra dura de condicion, que la maltrataba de palabra y con obras; y habiendo tenido dos hijas, con el amor natural á estas, creció la aversion que tenia á aquella. Su padre, deseando quitar á su mujer un motivo de desazon y de continuas rencillas, determinó casarla; y para este efecto la hacia usar de las galas con que suelen adornarse las doncellas. Este fué un nuevo tormento para María Ana, que aborrecia todo aquello que no se dirigiese á agradar á su divino Esposo; pero condescendiendo con la voluntad de su padre, se adornó con modestia cristiana, esperando que el Señor dispondria las cosas de modo que se encaminasen á su mayor servicio. Lo que la santa pasaba en este tiempo, lo dice ella misma, y son dignas de copiarse sus palabras:

« Continua y ordinariamente, dice, era Dios mi maestro, ilustrando mi entendimiento, y dando á conocer á mi alma de una manera clara y evidente

su gran bondad y aquel paternal amor con que nos ama, apartando siempre mi corazon de todo mal, é inclinándole á todo bien, entresacándole de las malezas y peligros con que de ordinario la naturaleza suele distraer y llevar tras sí; pues aunque como las demás tuve mis cabezadas y sueñecillos en órden al adorno y compostura, que algunas doncellas acostumbraban usar por parecer bien, siempre quiso nuestro Señor por su infinita bondad y misericordia que me mirase en el espejo de la castidad, y que mi tocado y vestido fuese muy honesto, estando siempre muy cubierta y recatada, y por consiguiente encerrada y recogida en casa, huyendo lo que me podia arrastrar á la vanidad. Porque mi contínuo maestro y señor Dios siempre me incitaba al bien, y, como tengo dicho, me apartaba del mal; y en particular en las noches, cuando me recogia, me hallaba muchas veces amonestada del Señor, que preguntaba á mi alma, y la tomaba cuenta, é interiormente la decia: ¿para quién se habia adornado y ataviado? dándola juntamente á entender el desengaño y vanidad de las cosas de la vida. ¡Y con qué profundidad y luz me lo daba su Magestad á conocer! »

Entre tanto su padre y su madrastra multiplicaban las instancias y diligencias para que María Ana abrazase el estado del matrimonio. Las prendas estimables de honestidad, mansedumbre y hermosura de que estaba adornada, la proporcionaron fácilmente un esposo en quien concurrian las mas ventajosas cualidades, y esto mismo daba calor á los deseos de su padre. La santa, que por una parte conocia y respetaba los derechos paternales en órden á la eleccion de estado, y por otra miraba el matrimonio con repugnancia, se hallaba combatida por diferentes afectos. No sabia con certeza cuál fuese la voluntad de Dios en aquel punto; y como sola esta era la regla de sus

acciones, multiplicó los ayunos, las penitencias y la oracion, como seguros medios de investigarla. Postrábase en su secreto oratorio delante de una imágen de Cristo crucificado; y allí con suspiros fervorosos, lágrimas y gemidos que la salian del corazon, pedia á Dios que se dignase manifestarla cuáles eran los designios de su sabiduría para seguirlos, aunque fuese á costa de su misma vida.

Por este tiempo oyó la santa por casualidad un sermon que predicó el venerable padre fray Antonio del Espíritu Santo, del órden de San Francisco, residente á la sazon en el convento de San Bernardino, el cual dirigió por muchos años su espíritu. En aquel discurso ponderó el varon apostólico las excelencias y prerogativas de la virginidad, pintándola tan amable, que la sierva de Dios llegó á conocer que su divina Majestad la manifestaba de aquel modo su voluntad santísima. Consultólo con aquel santo religioso, y convencida de que Dios la queria para que aumentase el coro de las vírgenes, hizo, de acuerdo con su confesor, voto de perpetua virginidad en la iglesia parroquial de San Miguel de Madrid. Determinó, no obstante, disimular esta resolucion á su padre, respondiendo con una santa prudencia á sus continuas instancias; pero este propósito no pudo ocultarse por mucho tiempo. Trajéronla unas dádivas y joyas preciosas que la regalaba el que estaba elegido para esposo suyo. Un corazon menos cimentado en la virtud, se hubiera dejado seducir de unas prendas que tienen un atractivo casi insuperable para la mayor parte de las mujeres. La beata María Ana las miró con desprecio; y considerando que no era ya justo entretener por mas tiempo las esperanzas de aquel jóven, ni permitir que viviese engañado su padre, declaró á este que tenia hecho voto de virginidad, y que serian inútiles todos sus esfuerzos para hacerla mudar un pensamiento que

estaba cierta se lo habia inspirado el mismo Dios. Esta declaracion, que se difundió entre la madrastra y los parientes, fué como una porcion de materias combustibles echadas á un voraz incendio. Aumentóse la persecucion, crecieron los malos tratamientos de la madrastra, multiplicáronse los combates y porfiadas diligencias de los parientes que por bien ó por mal querian apartarla del voto que habia hecho. Su padre, presumiendo que el abatimiento y desprecio doblarian la firmeza de su corazon, despidió de su casa á la criada, y mandó que sirviese aquel oficio su hija. Con este motivo la obligaba la madrastra á ejercer siempre los oficios mas bajos y penosos, no dándose por satisfecha y contenta de nada de lo que la santa hacia. Por cualquiera cosa la trataba mal de palabras, la daba de palos y ejercia contra ella las mayores inhumanidades. Privábala de la comida, la encerraba en un cuarto oscuro, sin desistir jamás de la pretension de que contrajese matrimonio.

Era María Ana de gentil disposicion de cuerpo y de semblante hermoso, realzando su hermosura una espesa madeja de dorados cabellos, que contribuian no poco á enardecer el amor en el jóven que la deseaba por esposa. Un dia, pues, determinó quitar este incentivo á su pasion, y tomando unas tijeras, se cortó el hermoso cabello. No es posible explicar cuál fué la cólera del padre y de la madrastra, cuando la vieron afeada de esta manera: llenáronla de injurias, maltratáronla á golpes, colmáronla de dicterios y de execraciones, y todo esto disimulado con la capa de zelo, de piedad y de paternal obediencia. Pero la santa se mantuvo en esta y otras semejantes tribulaciones con una calma y una paz imperturbable, considerándose dichosa en padecer por Jesucristo, quien la fortalecia y consolaba con frecuentes visiones espirituales, y satisfecho por último de la fidelidad de

su esposa, pasados algunos años de pruebas, hizo cesar la tormenta. Conocieron todos que era empeño vano resistir á los designios de Dios. Ilustrados el padre y la madrastra con soberanas luces, vieron en María Ana, no ya una hija rebelde á sus preceptos, sino una doncella escogida por Dios para hacer ostentacion en ella de las maravillas de su gracia; y así, venerando de allí en adelante á la que hasta entonces habian perseguido y ultrajado, la dejaron vivir tranquila en sus santos ejercicios.

Viéndose la sierva de Dios en una paz tan dulce y apetecible, como antes era cruel la guerra en que se hallaba, soltó las riendas á su fervoroso espíritu, no deseando emplearse en otra cosa que en los ejercicios piadosos. Era poco proporcionada para esto la casa de sus padres: conocia además que estos no se hallarian mal con su ausencia; y tanto por lo uno como por lo otro determinó hacerse religiosa. Aunque las diligencias que practicó en todos los conventos de Madrid, fueron exquisitas, no consiguió el fin deseado. Afligíase María Ana viendo frustrados sus deseos, y pudo tanto en ella el anhelo de vivir entre vírgenes, que abrigó en su corazon un arriesgado proyecto. Determinó salir de su casa sola é ir á Ocaña, en donde habia oido decir habia conventos en que serian sus esperanzas cumplidas. Sola, determinada, sin confiar á nadie su secreto, sale de noche de la casa de sus padres, á pié, sin provision para el camino, pero con una grande confianza en el Dios que no desampara á los que en él confian. Pocas leguas habia andado cuandose la presentaron bajo un solo punto de vista todos los peligros á que iba expuesta una jóven, con diez y nueve años de edad, sin otra compañía que los atractivos de la naturaleza. Esta consideracion causó en ella tal espanto, que se volvió á la casa de sus padres, en donde en una vision admirable la dió el

Señor á entender, por medio de su Madre santísima, que vendria tiempo en que se cumpliesen sus deseos. Entre tanto vivia en su casa con el mismo recogimiento y abstraccion de espíritu que pudiera tener en el convento mas retirado. Creció nuevamente el impulso con que su corazon caminaba hácia Dios, doblando los ejercicios de humildad, de caridad, de mortificacion, y generalmente de todas las virtudes. Instruia en ellas con soberano magisterio á dos hermanitas suyas, diciendolas que huyesen del mundo, y de sus pompas y vanidades, que despreciasen los atractivos del amor terreno, y se ejercitasen en la contemplacion de los divinos misterios. Con tal enseñanza salieron las niñas muy aventajadas en la virtud, y María Ana hallaba ocupacion proporcionada al fervor de su espíritu.

Dos años disfrutó la sierva de Dios de tranquilidad y reposo, gozando en él las verdaderas delicias de la vida espiritual; pero Dios, que la habia visto pelear con tanto denuedo y vencer, permitió que entrase en otra nueva guerra, tanto mas temible, cuanto los enemigos estaban mas cercanos á ella llevándolos dentro de sí misma. Comenzó á padecer unas vehementísimas tentaciones contra la castidad, que el comun enemigo procuraba esforzar con las imágenes mas torpes y una viva representacion de los objetos mas lascivos. Estas ideas la perseguian en la lectura, en la meditacion, en el trabajo corporal, en todos los ejercicios piadosos en que de ordinario se empleaba. Acongojábase su espíritu, lloraba, gemia, acudia á Dios en la oracion; la tentacion era cada vez mas vehemente y obstinada. Recurrió á los ejercicios de penitencia; dobló las mortificaciones; vistióse á la raiz de las carnes un áspero cilicio; dormia desnuda sobre unos grandes manojos de zarzas y cambrones; llenaba de piedrezuelas los zapatos que la oprimian

los piés; ceñia su cabeza con una corona de punzantes espinas, y llevaba otra en el pecho, la cual dice la santa que la parecia un ramillete de flores: ninguna maceracion, ningun género de aspereza habia que no discurriese para domar la carne y vencer los estímulos de la concupiscencia. Logrólo al fin, despues de once años de porfiados combates, en que el tentador quedó confuso, y su virginidad mas pura y acrisolada.

Parece que despues de una lucha tan larga y obstinada la habia de conceder Dios el gusto de gozar en paz el fruto de sus victorias; pero no fué así, porque algunos falsos zelosos movieron en su padre unos vanos temores de que la virtud de su hija pudiese ser alguna ilusion del demonio, en la cual tuviese que entender el tribunal de la fe. Á la sazon se hablaba mucho de los justos castigos que este tribunal habia ejecutado en Agustin Cazalla y otras personas tenidas por virtuosas, pero que en realidad no eran sino unos visionarios, hipócritas, supersticiosos y blasfemos. Con este motivo se exacerbó tanto el espíritu del padre, vanamente temeroso, que comenzó á perseguir á la santa con mas crueldad que al principio. Porque no solamente la maltrataba, sino que la impedia sus devotos ejercicios, y ni aun la permitia retirarse para trabajar en un aposentillo, obligándola á hacerlo en compañía. Sufrió la santa este trabajo con invencible fortaleza, ayudada de los saludables consejos de su maestro espiritual. Pero la elevacion de espíritu de María Ana era superior á las luces de aquel venerable padre, que aunque muy docto y muy versado en materias de espíritu, no se juzgó con el caudal necesario para dirigirla. Receló además de esto que en aquellas grandes operaciones podria haber alguna ilusion que él no entendia; y así, un dia que fué á confesarse, la despidió para siempre. La humilde María Ana besó la tierra, pidióle su bendicion y sus oraciones, y mo-

vida de un superior impulso, se fué al convento de la Merced, en donde encontró al venerable padre fray Juan Bautista del Santísimo Sacramento. Este piadoso varon, que algunos años despues fué fundador de los mercenarios descalzos, tomó á su cargo la direccion de María Ana; y como los consejos del prudente confesor eran análogos á las inspiraciones del Espíritu Santo, en breve hizo la santa tales progresos en la virtud, que casi llegó al grado supremo de perfeccion.

Esta se aumentaba de dia en dia; porque sus padres mas tranquilizados ya en sus temores, la daban amplia libertad para que se ejercitase en todas las obras de piedad y de fervor. Dios aumentaba prodigiosamente los quilates de su espíritu, y con celestiales favores la ponia en disposicion de labrar mas perfectamente el carácter de esposa suya. No contenta María Ana con los trabajos y dolores que hasta entónces habia padecido, deseaba vivamente gustar en alguna manera los dolores que habia padecido Jesucristo en su pasion sacrosanta; y el Salvador se lo concedió de un modo maravilloso. Estaba la santa un dia contemplando en aquel paso acerbísimo de la pasion de Jesus, cuando este Señor, coronado de espinas y vestido de púrpura, fué presentado al pueblo, que en confusa gritería clamaba que le crucificasen. Con el fervor de la contemplacion se arrebató el espíritu, y la pareció que veia al Salvador en aquella forma dolorosa en que le habia considerado. Aprovechándose de la ocasion, tomó la corona del Señor con sus manos y se la puso sobre su cabeza. De resultas de esta vision sintió en sus sienes por todo el resto de su vida unos dolores tan intensos como si realmente la hubiesen taladrado la cabeza. A estas penas se añadieron varias enfermedades que padeció en todo aquel discurso de tiempo, hasta la edad de

treinta y tres años en que el Señor quiso que tuviesen fin los trabajos, y comenzasen los regalos y dulzuras. Estaba la santa en contemplacion, y la pareció ver al Redentor del mundo en un trono majestuoso y resplandeciente, y que con un semblante benigno la decia así: *Hija mia, ¿te holgarias de estar en mi cruz?* y que ella respondió: *¿Cuándo, amorosísimo Señor, dulce esposo y único dueño de mi corazon, merecí yo favor tan grande? Pero aunque me reconozco indigna de tanta dicha, abrazo la cruz con todo gusto y alegría, si así es vuestra voluntad.* En el mismo instante sintió en sus piés y en sus manos unos dolores acerbísimos, á que se siguió en su alma una suavísima uncion del Espíritu Santo, que la llenó de vigor y fuerzas sobrenaturales. A este inefable favor se siguió otro: este fué una tranquilidad de ánimo y un sosiego tal en las pasiones, que de allí en adelante ni sintió mas las sugestiones del demonio, ni la carne la mortificó mas con sus rebeldías, gozando de una paz tan apacible como si estuviera ya en la vida bienaventurada.

Por este tiempo, como su padre era criado del rey Felipe III, y este trasladó la corte á Valladolid, tuvo la santa que seguirle, conservando en todo lugar el mismo fervor de espíritu y santo tenor de vida que hasta allí habia guardado. Volvió á Madrid por los años de 1606, y aunque al principio vivió algun tiempo junto á Santa Catalina de los Donados, finalmente fué á establecer su habitacion cerca del convento de Santa Bárbara, que era el sitio adonde se habian encaminado siempre sus deseos. Habitó primeramente una pequeña casa allí cerca; pero habiendo sido echada con improperio, fabricó una pobre celdilla en un portal que la franquearon los religiosos. Todo el aparato de su pobre habitacion se reducia á dos sillas viejas, y á una estera que servia de asiento y

de alfombra á las muchas y grandes señoras que iban á visitarla. Tenia además sobre una mesa una devota imágen de Jesucristo, y una cruz grande en que oraba tendidos los brazos. Su cama se reducia á un corcho sobre que se recostaba, sirviéndola un madero de almohada. A estos ajuares se añadian los cilicios, disciplinas, rallos, manojos de zarzas, y otras cosas semejantes, todas ellas teñidas de su sangre. En este sitio se juzgó María Ana como en una soledad en donde podia vivir á solas con su Esposo. Solamente la hacia compañía una mujer llamada Catalina de Cristo, cuyo mal humor ejercitó no poco la paciencia de la santa. El tenor de vida que emprendió en esta pobre celdilla, y conservó hasta la muerte, pone espanto no solamente á las personas delicadas, sino á las penitentes y fervorosas. La simple narracion de sus ocupaciones diarias basta para hacernos formar una idea de su grande santidad. Levantábase á las doce de la noche para la contemplacion de los divinos misterios, que duraba todo el tiempo que gastaban los religiosos en el oficio de maitines; reposaba un poco hasta las tres; á esta hora rezaba varias oraciones vocales, y permanecia en contemplacion hasta el amanecer; iba á la iglesia, en donde confesaba, y comulgaba, y oraba hasta el medio dia, á excepcion de algunos breves ratos que dedicaba á la consolacion de sus prójimos; volvia á su celda donde despues de tomar un alimento tan escaso que apenas bastaba para conservar la vida, se postraba en oracion delante de una cruz que tenia en el huerto; á las dos volvia á la iglesia, asistia á las vísperas, y despues trabajaba para el bien de sus prójimos hasta las cinco, en que volvia á la oracion mental, y perseveraba en ella una hora entera; oia completas, y volviendo á su celda comenzaba de nuevo los ejercicios de oracion y penitencia hasta las nueve, en que principiaba

la leccion espiritual; esta duraba dos horas, y desde las once hasta las doce tomaba algun descanso para comenzar de nuevo su diario ejercicio.

Un género de vida tan penoso y tan espiritual, la elevó á un grado tan sublime de contemplacion, que en ella padecia aquellos dulcísimos deliquios y raptos con que el divino Esposo regala á las almas que se le entregan totalmente y sin reserva. Todas las virtudes tomaron en ella un igual incremento: su fe igualaba á la de los mártires, de cuyo número deseó ser muchas veces; su esperanza jamás se debilitó ni en las persecuciones, ni en los trabajos, ni en la mayor miseria; pero sobre todo se adelantaba su ardentísima caridad, en la cual se cifran todas las virtudes. Amaba á Dios con tal ternura, que las veces que aconteció estar en peligro de muerte, miraba este duro trance con ojos amorosos, representándosele como un medio de unirse para siempre con su Dios. El amor la tenia atada á los templos, no sabiéndose apartar de donde tenia su tesoro; el amor la hacia mirar á sus prójimos como á hijos suyos, y cargar sobre sí respecto de ellos todas las obligaciones de una tierna madre. Por este motivo sufria con gusto las continuas visitas con que la molestaban gentes de todos estados y jerarquías, unos buscando consuelo en sus trabajos espirituales, y otros solicitando remedio temporal en sus infortunios. A uno y otro acudia próvidamente la santa virgen, y se puede decir con verdad que fueron tantas y tan cuantiosas las limosnas que se hicieron por su mano, como maravillosas y duraderas las conversiones que resultaron de sus santas amonestaciones, de su fervorosa oracion y de sus eficaces palabras.

Un conjunto de prendas tan admirables la granjeó una grande fama, no solamente en la corte, sino en otros muchos lugares de España, adonde penetró el olor

de sus virtudes. Príncipes, grandes, señores y señoras venian á visitarla en su pobre celdilla, se encomendaban á sus oraciones, y la hacian árbitra en los negocios mas árduos é importantes. Por especial breve de Paulo V, se la concedió fabricar junto á su celda un pequeño oratorio, en el cual la decian misa, y administraban la santa comunion; no habiéndose desdeñado de servirla de capellan, entre otros personajes eclesiásticos, el señor don Gabriel Trejo Pan y Agua, cardenal de la santa Iglesia de Roma, obispo de Málaga, y presidente del consejo de Castilla. En medio de la comun estimacion y veneracion de todos, la santa no perdió nada de su humildad, igualando en ella el bajo concepto que tenia de sí misma al desprecio con que miraba todas las honras mundanas, segun lo acreditó en la ocasion siguiente. Salió un dia á paseo hácia la Fuente Castellana la reina Margarita. Deseosa de consolarse con la santa conversacion y compañía de la sierva de Dios, la envió á llamar para que la acompañase en el paseo. Recibió la santa el recado; pero contemplando que de aquella honra la podria resultar alguna ocasion de vanidad, mandó decir á la reina que para encomendar á Dios á S. M. mejor estaba en su celda. Esta respuesta fué muy del agrado de aquella reina católica, y la confirmó en la opinion de santa en que tenia á María Ana. Mas con todas estas virtudes no estaba todavía contento su corazon, mientras no se viese contada entre las hijas del grande patriarca san Pedro Nolasco, haciéndose religiosa como antes habia apetecido: estos deseos los vió cumplidos el dia 20 de mayo de 1614, tercer dia de Pascua del Espíritu Santo, en que hizo solemne profesion en manos del Maestro general de los mercenarios.

Ya no la quedaba á esta sierva de Dios cosa que apetecer en esta vida. Sus virtudes habian llegado

al mas sublime grado de perfeccion. Jesucristo la regalaba frecuentemente con admirables raptos en que la daba á probar el inefable tesoro de sus divinas dulzuras, principalmente cuando contemplaba en el sacramento de la Eucaristía, en la pasion de Jesucristo y en las gracias de su santísima Madre, de quien fué muy devota. Además estaba singularmente adornada con todos los dones del Espíritu Santo, particularmente con el don de milagros y de profecía, en que fué portentosa y admirable. Dispuesta esta bendita Esposa de Jesucristo con todos los adornos y atavíos de la gracia, se hallaba pronta para ir á las bodas eternas. En efecto, el jueves 11 de abril de 1624, la acometió un terrible dolor de costado, que á pocos dias la quitó la vida. En el discurso de esta enfermedad recibió algunas veces la sagrada comunion, con cuya medicina se templaban los dolores de su mortal dolencia. Luego que se divulgó en la corte el peligro en que estaba, concurrieron á visitarla los grandes de España, señores y señoras de la primera nobleza, para tener el consuelo de recibir su bendicion y oir sus últimas palabras. Hasta la católica reina doña Isabel de Borbon envió á doña Juana Zapata para que en su nombre la hiciese una visita y la pidiese su bendicion. Finalmente, habiendo recibido los santos sacramentos con gran devocion y ternura, y exhortado á todos los concurrentes al amor de Dios y del prójimo, arrimando al pecho un crucifijo que tenia en la mano, quedó transportada en sus brazos en un deliquio amoroso, que tal fué para ella la muerte. Sucedió esta el miércoles 17 de abril del año referido, siendo la sierva de Dios de edad de cincuenta y nueve años. Su rostro quedó hermosísimo, los ojos entreabiertos, la boca risueña, rosadas las mejillas, y toda ella manifestando la gloria de que ya gozaba. Difundióse un suavísimo olor por todo el convento,

y un triste llanto en el pueblo cristiano, que lloraba á su madre, á su maestra, á su protectora y á todo su consuelo.

El dia siguiente presentaron su sagrado cadáver en un túmulo magnífico, que se construyó en medio de la capilla mayor de la iglesia de Santa Bárbara. El concurso de gentes de toda clase y condicion que acudieron á venerarla, fué incalculable: unos tocaban medallas, otros rosarios y coronas; y Dios premió la fe de todos con algunos prodigios que acreditaron la santidad de su sierva. El mayor de todos fué, que habiendo concurrido el sábado siguiente infinitas personas á ver el cadáver de la santa vírgen, y hallado que ya le habian enterrado, súbitamente se apoderó del corazon de todas un dolor de sus pecados que manifestaron ser verdadero, confesando y comulgando en aquella iglesia. El papa Clemente XIII, habiéndose formado antes el proceso, segun costumbre, declaró haber tenido la beata María Ana las virtudes teologales y cardinales en grado heróico. Este decreto se dió el dia 9 de agosto de 1761, y en el dia 18 de enero de 1783 nuestro santísimo padre Pio VI decretó que todos los fieles cristianos pudiesen dar culto público á la venerable sierva de Dios María Ana de Jesus como á bienaventurada (1).

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Aniceto, papa y mártir, que recibió la palma del martirio en la persecucion de Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero.

En Africa, el transito de san Mapalico, que obtuve la corona del martirio en compañía de otros muchos,

(1) En el año de 1813, de órden del rey don Fernando VII, estuvo expuesto su cadáver en la iglesia parroquial de Santiago, habiendo sido inmenso el pueblo que concurrió á verle.

segun refiere san Cipriano en su carta á los mártires y confesores.

Allí mismo, los santos mártires Fortunato y Marciano.

En Antioquía, los santos mártires Pedro diácono, Hermógenes su sirviente.

En Córdova, los santos mártires Elías presbítero, ablo é Isidoro solitarios.

En Viena, san Pantágato, obispo.

En Tortona, san Inocente, obispo y confesor.

En el Cister, san Estévan abad, el primero que habitó este desierto, en donde tuvo el consuelo de recibir á san Bernardo con sus compañeros.

En el monasterio de Casa Dei en la diócesis de Clermont, san Roberto confesor, fundador y primer abad de este monasterio.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.

Munera quæ tibi, Domine, in beatæ Mariæ Annæ festivitate sacramus, et vincula nostræ pravitatis dissolvant, et tuæ nobis misericordiæ dona concilient. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Los dones que te ofrecemos, ó Señor, en la festividad de la beata María Ana, nos sirvan para merecer el perdon de nuestros pecados, y alcanzar los efectos de tu misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 10 *y* 11 *de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinàm sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino aquel á quien alaba Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso

me : Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

sufridme : porque yo os celo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado para presentaros como una casta vírgená unsolo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

La virginidad es un consejo, la castidad un precepto. Toda alma cristiana está desposada con Jesucristo; y si no estamos todos obligados á ser vírgenes, todos debemos tener la castidad de las vírgenes. En este sentido dice san Pablo á los Corintios que los habia desposado con Jesucristo, presentándoselos como una vírgen casta: *Virginem castam exhibere Christo.* Entre ellos habia casados, no todos eran vírgenes, pero todos debian ser castos, usando del matrimonio con una recta intencion. La castidad virginal es una virtud heróica, y por eso no es mas que de consejo; pero no se deduzca de aquí que nos sea imposible, ó mucho mas difícil que la castidad conyugal. El Apóstol aconseja á aquellos que no saben extinguir el fuego de la concupiscencia, que se casen; porque mejor es casarse que abrasarse. Pero es muy de notar lo que añade: *tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi;* trabajo les mando en las tribulaciones que les esperan aun por parte de la misma carne. Y es verdad, porque la concupiscencia se exacerba en sus deseos, y si no se la pone tasa, sucede como al hidrópico que cuanta mas agua bebe, mas agua desea. Por eso no es tan fácil como se piensa conservar pura la castidad conyugal, teniendo que luchar no solo con las pasiones propias sino con las ajenas.

La castidad virginal no tiene mas enemigos que la propia concupiscencia. Pero¡ ah! dirán los mundanos,

esto basta para que sea una virtud imposible y la releguemos al campo de las ficciones y quimeras. ¿Quién es capaz de resistir constantemente á los ataques de las pasiones? ¿Quién puede apagar el fuego de la concupiscencia? ¿Quién no se rinde al peso de una naturaleza corrompida? Poco á poco : la naturaleza no está tan corrompida por el pecado original, que no la viciemos nosotros mas con nuestros malos hábitos. Cortemos de raiz estos, ó por mejor decir, no dejemos que entren en nosotros, y veremos que la naturaleza no es tan viciosa, que la concupiscencia no es un enemigo tan temible. Ejemplo tenemos de esto en tantas vírgenes retiradas del mundo antes de conocer la malicia : á unas, como á la beata María Ana, permite el Señor que sufran vehementes tentaciones para mas acrisolar su virtud; pero á otras las deja en aquella calma y tranquilidad que es fruto de la inocencia, y todas viven contentas y satisfechas. Por una que esté aburrida en el claustro, hay mil que lo están en el siglo y en el estado del matrimonio. Esto no lo quieren entender los hombres sensuales; pero tampoco el que se toma del vino entiende cómo hay quien no guste de este licor.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc : Simile erit regnum cælorum decem virginibus, quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes : sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum : prudentes verò acce-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola : Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas

perunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Medià autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Faluæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis, ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

SOBRE LA MODESTIA DE LOS VESTIDOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la modestia en el vestir es una señal de la pureza de costumbres; así como por el contrario la inmodestia, lujo y vanidad, son un indicio, no solamente de la lijereza de corazon, sino tambien de estar lastimosamente corrompido.

Esta verdad la testifica el Espíritu Santo cuando dice en el Eclesiástico (1): *El adorno del cuerpo, la risa y la manera de presentarse, dan indicio de la bondad ó malicia del hombre.* Así se vió que el rey Ococías conoció al profeta Elías sin mas señas que las de su vestido. Hallábase este rey enfermo, y envió á los sacerdotes de los ídolos para que implorasen su auxilio, ofreciendo víctimas á fin de que le librasen del peligro en que estaba. Estos ciegos hombres dieron por casualidad con el profeta Elías, quien les mandó decir al rey que tuviese por cierto que no se habia de levantar mas de la cama, sino que de aquella enfermedad habia de morir. Luego que Ococías oyó una nueva tan terrible, preguntó ansioso á los mensajeros, qué figura y qué vestido tenia el que les habia mandado dar aquel recado. Respondiéronle que era un hombre velloso, ceñido con una correa de cuero. Y oyendo esto el rey, exclamó: *¡Ay de mí, que ese es Elías!* Tan cierto es lo que dice Tertuliano, *que aunque calle la lengua, habla el vestido, y manifiesta á los ojos prudentes las virtudes ó vicios del corazon.* El hombre virtuoso, sabiendo que el vestido no es otra cosa que una medicina contra la herida que recibió nuestra naturaleza, le usa con templanza, guardando estrechamente las leyes de la necesidad. Para esto basta que el vestido defienda el cuerpo de las inclemencias de las estaciones, dejándole ágil y dispuesto para los trabajos en que debe emplearse. Segun esta consideracion debe usarse del vestido como se usa de la medicina; esto es, tomar lo que basta solamente para remediarse contra los daños de la enfermedad.

Siendo esto así, ¡cuánta locura y necedad no manifiestan aquellas personas que hacen vanidad de traer ricos vestidos recamados con oro y plata, que basta-

(1) Cap. 19.

rian para hacer la felicidad de muchos miserables! ¿Quién no se reiria si viese á un enfermo hacer grande ostentacion de las vendas, cataplasmas y emplastos que le habian aplicado para curar sus llagas? ¿y quién no le tendria por de juicio rematado, si le viese salpicar de oro y adornos costosos los mismos parches que le aplicaban á las heridas? Esto mismo ejecutan, si se mira con ojos, no ya cristianos, sino ilustrados con la sana filosofía, aquellos que solicitan que sus vestidos tengan tales hechuras y adornos que arrebaten los ojos de los que los miran. Aun hay mas monstruosidad en esta materia. El hombre, segun salió de las manos de Dios santo y perfecto, no necesitaba de vestido. Pecó, y la misma transgresion le hizo conocer que estaba desnudo. Comenzó á sentir la vergüenza de la desnudez y las inclemencias del tiempo, que no hubiera sentido si no hubiera pecado. Para precaverse de estas miserias, usó al principio de unas hojas de higuera, á que añadió despues unas pieles cosidas con tanta rudeza como merecia su pecado. El vestido, pues, en el hombre es verdaderamente una señal de oprobio y de infelicidad; es un verdadero sambenito que está manifestando su ignominia. Él dice que el hombre fué rebelde á su Dios, que traspasó sus preceptos, que olvidó el reciente beneficio de la creacion, que abrigó en su pecho el loco pensamiento de aspirar á la divinidad, y que en pena de todos estos delitos fué echado del paraiso, condenado á muerte, y á necesitar de vestido. Siendo esto verdad, como lo es, ¡cuánta necedad es la de aquellos que se glorian, y pretenden buscar honra en lo que realmente es una verdadera afrenta!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si la profanidad de los vestidos es execrable para un cristiano, porque manifiesta la

lijereza de corazon, y sus hábitos corrompidos, lo es todavía mucho mas por los daños que causa en el mismo que usa los profanos adornos, y en aquellas personas á quienes con ellos escandaliza.

Las familias enteramente arruinadas por este exceso; los peligros á que quedan expuestos unos hijos privados de los bienes de fortuna, que les habian concedido Dios y la naturaleza; las multiplicadas ocaciones de pecar, á que exponen el lujo y el vestido profano, son demasiado notorias, y su gravedad se hace conocer aun del mas obstinado en cerrar los ojos á la luz. Pero ¡ó Dios inmortal! ¡cuántos daños, cuántos perjuicios causan las mujeres profanas á los incautos que miran con ojos curiosos su compostura! Solo el ejemplo de la prostitucion de los hijos de Israel, á vista de los adornos de las mujeres moabitas, basta para hacer temer al corazon mas insensible. Un pueblo instruido santamente, adicto con tenacidad á los ritos de la ley y á su escrupulosa observancia; un pueblo que miraba entre todos los pecados como el mas horroroso la idolatría; este mismo pueblo se olvida de sus leyes, abandona la santidad de sus costumbres, desprecia á su Dios, ofrece incienso á los ídolos: y ¿porqué? porque las doncellas moabitas se presentan á sus ojos adornadas con todo el esmero y artificio de mujeres mundanas. Este ejemplo manifiesta lo execrable de los adornos profanos, cuando ellos solos bastaron para mover á un pueblo entero á que abandonase al verdadero Dios y sacrificase á los demonios.

Regularmente suelen alegar las mujeres profanas, que si buscan adornos artificiosos con que hacer resaltar su hermosura, no lo hacen con mala intencion, ni por fin pecaminoso y depravado. Pero ¿qué fines pueden proponerse en esto? ¿Intentarán agradar á Dios y servirle con aquellos profanos adornos? Afir-

mar esto seria una horrenda blasfemia, cuando el mismo Dios tiene dicho por su profeta, que manifestará su ira y su indignacion contra semejantes artificios. ¿Intentarán agradar á los hombres que las miran? Pues en esto va oculta la intencion de seducirlos, porque el hombre que se agrada de una mujer compuesta, cerca está de consentir en el pecado. ¿Intentarán últimamente agradarse á sí mismas, adornando su cuerpo con los artificios del lujo y las invenciones de la vanidad? Pero esto seria una criminal complacencia, y un pecado muy semejante al de los ángeles rebeldes. De cualquier manera, y bajo cualquier aspecto que se consideren los profanos adornos, es preciso convenir que son una sentina de delitos, y que ocultan intenciones depravadas y fines perversos.

JACULATORIAS.

Verus ornatus christianorum, mores boni sunt. Aug. Epist. 73.

Los verdaderos adornos de un cristiano no son otros que las buenas costumbres.

Omnis caro fœnum, et omnis gloria ejus quasi flos agri. Isai. 40.

Toda carne se marchita como el heno; el brillo de su tez pasa como la flor del campo.

PROPOSITOS.

Todo cristiano debe tener presente, que por el bautismo renunció á las pompas de Satanás, y se obligó á seguir en todo el ejemplo de Jesucristo y de sus santos apóstoles. Este ejemplo nos enseña la modestia en el vestido, imitando á san Pablo que, segun escribe á su discípulo Timoteo, estaba contento siempre que tuviese un alimento bastante para mantener

la vida, y un vestido que fuese suficiente para cubrir la desnudez. De aqui se infiere, que tanto los hombres como las mujeres están obligados á observar rigurosamente las máximas cristianas de templanza, pudor y moderacion en esta materia. Pero como en todos tiempos han sido las mujeres mas débiles para dejarse llevar de la loca vanidad, á estas han encargado los profetas, los apóstoles y los padres con mayor cuidado la moderacion en los adornos, y asimismo contra ellas han fulminado las mas terribles amenazas. San Pablo, escribiendo á Timoteo (1), da una regla del adorno que deben tener las mujeres cristianas. Allí dice el santo Apóstol cuál es su modo de pensar y su voluntad en esta materia. Sus palabras son estas: *Quiero que las mujeres oren con un vestido decente, adornándose con vergüenza y modestia; no con los cabellos rizados, ni con oro, ó perlas, ó vestidos preciosos; sino con las buenas obras, como conviene á mujeres que hacen profesion de piedad.* Estas palabras deben ser la pauta y norma que han de tener presente las mujeres cristianas cuando tratan de sus adornos. En ellas deben mirarse como en un verdadero espejo, que les descubrirá los defectos de sus conciencias; y últimamente, de ellas se deben servir como de una instruccion para saber qué adorno deben destinar á sus hijas, para no faltar á las terribles obligaciones que les ha impuesto la divina Providencia. ¡Dios y Señor mio! cuando considero el rigor de la doctrina evangélica, y le cotejo con mis obras, me conozco con un sinnúmero de delitos. Yo comparezco en vuestra presencia oprimida mi alma de todos los escándalos que han causado mis locas profanidades. Yo hice desaparecer en mi la obra de vuestra mano que era santa, y en su lugar coloqué los artificios de mi vanidad, haciéndome la piedra de escándalo para todos mis prójimos. Yo he

(1) Epist. 1. cap. 2.

empleado lo mas precioso de mi vida y de mis pensamientos en buscar lazos y artificios con que apartar de vos á las almas, que habeis rescatado con vuestra preciosa sangre. A vuestros piés confieso mis abominaciones, y al mismo tiempo las detesto. De hoy mas mi cuerpo no tendrá otros adornos que los de la honestidad y la modestia; y con vuestra divina gracia mi alma percibirá los frutos de la templanza.

DIA DIEZ Y OCHO.

SAN APOLONIO, SENADOR DE ROMA, Y MÁRTIR.

La mudanza que sucedió en el imperio el año de 180 con la muerte del emperador Marco Aurelio, causó otra igualmente grande en el estado de la cristiandad. Habian padecido los cristianos en tiempo de este príncipe una persecucion casi continua, aun despues del decreto que expidió en su favor el año 174 despues de la batalla que ganó á los Alemanes, confesando haberla debido á las oraciones de los cristianos, y mandando bajo pena de la vida, que ninguno los acusase por causa de religion. Con todo eso fueron cruelmente perseguidos en tiempo de su reinado, sea por la malignidad de los filósofos gentiles que se consumian de rabia viéndose confundidos por la pureza de costumbres de los cristianos y por sus sábias apologías; sea por la ciega adhesion que el mismo príncipe profesaba á las supersticiones del gentilismo; sea en fin porque movido de una desacertada política, quiso dejar en su vigor todas las leyes que sus predecesores habian publicado contra los cristianos.

El emperador Cómodo su hijo, que le sucedió en el imperio, no imitó ni las virtudes morales que se

quiere suponer adornaban á su padre, ni aquella aversion al cristianismo que le inspiraba su genio filosófico y supersticioso; y así dejó vivir en paz á los cristianos, contribuyendo esta calma, despues de tantas tempestades, á que se propagase mas el reino de Jesucristo. En todas partes fructificaba la semilla del Evangelio; en todas triunfaba la verdad de los errores y de la impiedad del paganismo; y particularmente en la ciudad de Roma, por la solicitud y zelo del santo papa Eleuterio, cada dia se veian muchas nobles, ricas y distinguidas familias dar el nombre á la sagrada milicia, y presentarse para recibir el santo bautismo buscando en él la salvacion.

Entre las personas de calidad que entraron por aquel tiempo en el seno de la santa Iglesia, una de las mas considerables y de las mas distinguidas por su nacimiento, por sus talentos, y por el elevado puesto que ocupaba en la república, fué san Apolonio. Era senador romano, de casa ilustre, pero mas recomendable aun por su mérito personal. Generalmente era tenido por uno de los ministros mas sabios y mas elocuentes del senado; y el amor que profesaba á las letras humanas y á la filosofía, le habian granjeado el universal concepto de uno de los mas bellos y mas cultivados ingenios de su tiempo. Las frecuentes conversaciones que tuvo con san Eleuterio, y probablemente tambien con san Luciano, en aquel intervalo de tranquilidad, y el estudio particular, que hizo de nuestra religion en los libros sagrados, le desengañaron de sus errores : lloró amargamente el largo tiempo que habia vivido sepultado en las tinieblas de la idolatría; tuvo horror de su ceguera; y rindiéndose finalmente á los fuertes impulsos de la gracia, abrió los ojos á las luces de la fe. sujetóse á la ley de Jesucristo y recibió el santo bautismo.

No es fácil explicar el gozo de todos los fieles

cuando vieron en el número de los discípulos de Cristo á un senador de Roma, y senador de tan gran mérito; pero mucho menos se pueden explicar las ventajas que se siguieron á toda la Iglesia de esta ilustre conversion. En poco tiempo nuestro senador recien cristiano fué prodigio de virtud, modelo de perfeccion, y uno de los primeros apologistas del cristanismo.

No pudiendo sufrir el demonio, dice Eusebio, la paz que gozaba la Iglesia, ni el gran número de personas ilustres que el ejemplo y el zelo de Apolonio sacaban cada dia de la ceguedad y del error, empleó para vengarse toda su fuerza y todo su artificio. Incitó á un miserable esclavo, llamado Severo, segun dice san Jerónimo, para que sin atender al decreto que se habia publicado contra los denunciadores de los cristianos, acusase al senador Apolonio de que se habia hecho uno de ellos, renunciando á la religion de sus padres.

El prefecto del pretorio, llamado Perenio, ante todas cosas condenó á muerte al miserable acusador, que en aquel mismo dia espiró en el tormento de la aspa: despues exhortó fuertemente á san Apolonio á que dejase la religion cristiana, y no quisiese perder con la fortuna la vida; pero viéndole inmoble en la fe, le ordenó que diese cuenta de su religion delante del senado, de cuyo cuerpo era uno de los principales miembros.

Como Apolonio, despues de su conversion, habia hecho su principal estudio en los libros de la religion, eran tan grandes sus progresos en esta ciencia divina, y se habia hecho en ella tan sabio, que no tuvo dificultad san Jerónimo en colocarle el segundo entre los padres de la Iglesia latina.

No se puede decir la alegría que tuvo nuestro santo cuando se vió en la obligacion de dar una justa idea

de lo que era nuestra religion, al tiempo de dar razon de su fe en presencia de un cuerpo tan escogido y tan célebre. Compuso una hermosa y sabia apologia, en que descubriendo á la mas clara luz la verdad y la santidad de la religion cristiana, destruia todas las calumnias que hasta allí se habian inventado para desacreditar á los cristianos, y hacia palpables la ridiculez, las infamias y las absurdas impiedades del paganismo.

Pronunció Apolonio esta defensa en senado pleno con tanta elocuencia y eficacia, que los ánimos mas enconados, y mas declaradamente enemigos del nombre cristiano, quedaron como cortados y mudos. Fué sin duda un gran dia para la gloria de la religion; y ya iban todos á rendirse á la fuerza de la verdad que aquel héroe cristiano acababa de hacer triunfar en medio del senado de Roma, cuando el prefecto del pretorio, advirtiendo la impresion que habia hecho en los ánimos el discurso de nuestro santo, y temiendo que los aplausos y las aclamaciones con que le celebraban no tuviesen consecuencias contrarias á las leyes del imperio, le representó que segun ellas no podia ser absuelto ningun cristiano, cuando fuese judicialmente acusado, si persistia en la fe de Jesucristo; y que así le exhortaba á que mirase por su honra y por su vida, renunciando á la fe, para cuya deliberacion solamente le concedia algunas horas de tiempo.

No ignoraba Apolonio la ley que el emperador Marco Aurelio habia dejado en su vigor, aun cuando promulgó la otra, que parecia contraria, de que fuesen condenados á muerte todos los denunciadores de los cristianos: y así respondió al prefecto, que se admiraba mucho que tuviese aliento para exhortarle á que mudase de religion, cuando por el discurso que acababa de oir, podia conocer el concepto que formaba

de la religion cristiana; que no le amenazase con el martirio, porque le hacia saber que ese era el objeto de sus ansias mucho tiempo habia, no pudiendo lograr ni mayor honra ni mayor dicha que derramar su sangre por la religion, cuya apología acababa de pronunciar; y que así á él, como al senado, los exhortaba á que mirasen por su salvacion, y á que, dejando las impiedades y las extravagancias de los gentiles, abrazasen la religion cristiana.

Admiró el prefecto Perenio su constancia y su tranquilidad, pero hizo poco caso de sus saludables consejos; y persistiendo Apolonio en la confesion de la fe, fué condenado por sentencia del senado á que le cortasen la cabeza; siendo este ilustre defensor de la fe el primero que ilustró la dignidad de senador de Roma con la corona del martirio el dia 18 de abril del año 189.

Desde entonces fué singular la veneracion que se tuvo en toda la Iglesia de Dios á san Apolonio. Sus preciosas reliquias se conservan en muchas partes del orbe cristiano. Los padres carmelitas de Ebora en Portugal conservan la cabeza; los jesuitas de Amberes veneran un gran hueso; y lo restante de sus reliquias se adora en la iglesia de San Francisco de Bolonia en Italia, adonde fueron conducidas desde Roma el año de 1622, en el pontificado de Gregorio XV.

SAN ELEUTERIO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Eleuterio, uno de los ilustres mártires de Jesucristo que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia, á quien celebran los escritores por uno de los prodigios del valor cristiano en tiempo de las persecuciones gentílicas, nació en la ciudad de Roma á fines del primer siglo.

Su madre Antia, una de las matronas ilustres del senado, ilustrada con la luz del Evangelio, educó á Eleuterio desde sus mas tiernos años en las infalibles verdades de la fe ortodoxa, y procuró imprimir en su alma como en blanda cera los altos dictámenes de la religion cristiana, cuyas piadosas máximas siguió siempre el niño, arreglando sus costumbres conforme al espíritu de la ley santa de Dios. Ofrecióle en su puericia al sumo pontífice Anacleto con el fin de que le incorporase en el clero de la iglesia de Roma; y para que con mas libertad que la que gozaban por entonces los fieles en aquella ciudad, pudiese instruirse en la literatura, le envió á Ecana, donde á la sazon florecia el obispo Dinamio, varon esclarecido en santidad y sabiduría, bajo cuyo magisterio hizo el santo jóven admirables progresos en las ciencias y nada inferiores en las virtudes.

El ardiente zelo que mostraba Eleuterio por la religion de Jesucristo, y la grandeza de espíritu con que rebatia los errores adoptados en la idolatría, sin temor del poder de los gentiles, movieron á Dinamio á ordenarle de sacerdote por el órden prescrito en los sagrados cánones, bien persuadido de la utilidad que resultaria á la Iglesia de la creacion de un ministro que manifestaba tanto interés en dilatar el reino de Jesucristo, cuya verdadera doctrina comprobaba con repetidos prodigios.

En atencion á los relevantes méritos de Eleuterio y á los notorios servicios que habia prestado á la Iglesia, fué promovido á la dignidad episcopal, aunque no nos consta con certeza la iglesia de su destino. La diversidad de opiniones sobre la silla que ocupó este eminente prelado, nos obliga á seguir en esta parte las prudentes conjeturas de los mas escrupulosos críticos, que atenidos á ellas, dicen que habiéndole enviado á Roma Dinamio con el fin de que se dignase

el papa elegirle por coadjutor suyo, atendido que á la sazon los Iliricos pedian obispo para la ciudad de Aquileya, se le consagró para aquella cátedra.

Cuando se trasladaba Eleuterio á su silla, acompañado de algunos Romanos é Iliricos, fué preso por los gentiles en el camino, y presentado al emperador Adriano que á la sazon habia pasado desde el oriente á Roma. Noticioso este de los progresos que el santo hacia en la religion, convirtiéndose muchos gentiles en fuerza de sus prodigios, luego que le tuvo á su presencia, comenzó á reconvenirle cómo, siendo descendiente de la ilustre prosapia de los senadores romanos, se habia dejado engañar de una secta que tenia por Dios á un hombre crucificado; y abominando su proceder, le ofreció ventajosos partidos en el caso de que reconociendo su error tributase adoracion á los dioses del Imperio. Despreció Eleuterio con generosidad las proposiciones del emperador; predicó con valentía las infalibles verdades de la fe de Jesucristo, y con no menor valor reclamó contra las supersticiones de la idolatría, haciendo con sus sabios discursos demostracion de sus necedades: de lo que irritado Adriano, apeló á los tormentos mas crueles para rendirle.

Aunque los escritores no convienen en la relacion circunstanciada de las actas de su pasion, todos aseguran que probó el tirano su constancia con varios géneros de exquisitos tormentos; como fueron mandarle poner sobre unas parrillas de hierro hechas ascuas, y arrojarle despues á un horno encendido; y como triunfase Eleuterio sostenido de Dios de tan inhumanas crueldades, ordenó que amarrado á las colas de cuatro caballos indómitos, se le descuartizase con este castigo. Salió el santo victorioso de esta bárbara invencion como de las antecedentes; y no pudiendo Adriano sufrir por mas tiempo el inven-

cible valor de aquel héroe cristiano, que le servia de la mayor confusion, acreditando su ningun poder y el de sus falsos dioses, le mandó decapitar por último recurso, logrando por este medio nuestro santo la corona del martirio en principios del siglo II de la era cristiana.

Su madre Antia, que como la de los Macabeos animaba á su hijo á padecer en defensa de la ley, apenas espiró, se arrojó llena de gozo sobre su cuerpo, á prestarle con señales sensibles la veneracion debida; por cuyo heróico acto mandó Adriano que fuese degollada. Recogieron los fieles sus venerables cadáveres, y les dieron sepultura en el campo de Roma; y levantados del primer sepulcro luego que gozó de paz la Iglesia, hallándose presente al acto el obispo Reatino, eligió á san Eleuterio por patron de su iglesia, habiendo conseguido gran porcion de sus reliquias, de las que se trasladó una parte á Constantinopla.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Apolonio, senador, el cual, en tiempo del emperador Cómodo y del prefecto Perenio, fué delatado como cristiano por uno de sus esclavos; y obligado á dar cuenta de su fe, compuso un excelente libro que leyó en pleno senado, lo que no fué bastante para que esta asamblea dejase de condenarle á perder la cabeza.

En Mesina, el tránsito de los santos mártires Eleuterio, obispo en Iliria, y Antia su madre. Este prelado, que se habia hecho célebre por la santidad de vida y milagros, fué en tiempo del emperador Adriano acostado en una cama de hierro ardiendo; luego puesto al fuego en unas parrillas; de allí arrojado en una caldera llena de aceite, de pez y de resina hirviendo, y en seguida expuesto á los leones; pero

como de todo esto saliese sin lesion alguna, fué degollado con su madre.

Allí mismo, san Corebo, prefecto, que habiendo sido convertido por san Eleuterio, pereció por la espada.

En Bresa, san Calocero mártir, el cual atraido al conocimiento de Jesucristo por los santos Faustino y Jovita, perseveró animosamente en confesar su nombre hasta la muerte que sufrió en tiempo del mismo emperador Adriano.

En Córdova, san Perfecto, presbítero y mártir, muerto por los Moros porque predicaba contra la secta de Mahoma.

En Milan, san Galdino, cardenal y obispo de esta ciudad, que entregó su alma á Dios acabando de predicar un sermon contra los herejes.

En Toscana, en el monte Senario, el bienaventurado Amideo, confesor, uno de los fundadores del órden de servitas, distinguido por su ardiente amor á Dios.

En Pontoise en Francia, el tránsito de la bienaventurada María de la Encarnacion, Carmelita descalza, y fundadora de este órden en el reino, mujer de una paciencia invencible en tiempos muy difíciles, y fiel imitadora de Jesucristo y sus discípulos. Despues de haber vivido muy santamente en el siglo, se retiró á un monasterio, en donde por humildad hizo profesion de hermana lega; y habiendo pasado cuatro años en la práctica de la mas alta perfeccion, rica en méritos y esclarecida en milagros, durmió el sueño del Señor.

La misa es del comun de un mártir, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Apollonii martyris tui natalitia co-

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que seamos fortalecidos en el amor de tu nombre

limus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

por intercesion de tu bienaventurado mártir Apolonio, los que celebramos su feliz nacimiento á la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pedro, cap. 4.

Charissimi : Communicantes Christi passionibus, gaudete ; ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis ; quoniam quod est honoris, gloriæ, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor. Si autem ut christianus, non erubescat ; glorificet autem Deum in isto nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium à domo Dei. Si autem primum à nobis ; quis finis eorum, qui non credunt Dei evangelio? Et si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt? Itaque et hi, qui patiuntur secundùm voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.

Carísimos : Alegráos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegreis tambien cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, seréis dichosos : porque el honor, la gloria, y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, maldiciente, ó acechador de los bienes ajenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen el Evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

NOTA.

« Hallándose san Pedro en Roma, escribió esta su » primera carta á los fieles que vivian entre los gen-

» tiles, singularmente á los Judíos convertidos, para » confirmarlos en la fe. Lo mas verosímil es, que la » escribió en lengua griega; pero el año preciso en » que se escribió no se sabe. »

REFLEXIONES.

Alegráos de comunicar y de tener parte en los trabajos de Jesucristo. No hay que admirarse de que todos los santos hayan sido tan amantes de los trabajos; Jesucristo los ha ennoblecido padeciendo por nosotros, y quiso, digámoslo así, que todos nuestros trabajos fuesen suyos. Siendo, como somos, miembros de Jesucristo, se puede decir que Jesucristo padece en sus miembros. Comprendamos el valor y el mérito de los trabajos en el cristianismo, pues todo fiel que los padece con paciencia, con espíritu y con un corazon verdaderamente cristiano, tiene parte en los trabajos de Jesucristo. Muy tibia tiene la fe el que mira con horror las adversidades y las cruces. Ninguna cosa caracteriza mejor á los cristianos. Muy extranjero es en el país del cristianismo aquel á quien sorprende lo mucho que en él se padece. No es la cruz un símbolo puramente especulativo y vacío. Si fué menester que Cristo padeciese para entrar en la gloria, no es posible que nosotros tengamos parte en esta gloria sin tenerla tambien en lo que padeció para entrar en ella. Para ser glorificados con él, dice san Pablo, es necesario padecer con él. ¿Qué idea daremos de nuestra religion, ni qué prueba de que deseamos salvarnos, si pretendemos vivir siempre entre regalos y delicias, ó si solo padecemos contra toda nuestra voluntad?

Si os afrentaren por Jesucristo, seréis bienaventurados. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis. ¿Créese bien esta verdad el dia de hoy? Aquellas per-

sonas tan delicadas en punto de honra, tan sensibles á la mas lijera afrenta, tan difíciles en perdonar una injuria, ¿tienen por la mayor dicha el ser menospreciadas? En nuestra religion siempre debe conformarse la práctica con la doctrina. Segun este principio, ¿habrá en el cristianismo muchos cristianos verdaderos? Y aun aquellos mismos que hacen profesion de devotos, ¿no pueden temer que van errados si abrazan otro sistema? Comience el juicio por la casa de Dios: *Incipiat judicium à domo Dei.* Ninguna cosa injuria tanto á Jesucristo, ninguna desacredita tanto la religion, ninguna afea ni mancha tanto á la piedad, como las sombras de los que están destinados y propuestos para ser antorchas del mundo. El carácter, la dignidad, la profesion deben acercar la copia todo lo posible al divino original. Ser discípulos de Jesucristo, ministros de Jesucristo, y vivir con una enorme oposicion á las máximas de Jesucristo, es irrision, es impiedad, es sacrilegio. Pero si Dios se muestra tan severo cuando juzga á los de su misma casa, ¿cuál será su severidad, cuál su rigor con los que se pueden llamar extraños y forasteros en ella, segun lo poco que conocen á Jesucristo, segun lo poco que gustan de sus máximas? Si el Señor no perdona á sus amados siervos, ¿qué juicio tan terrible tendrá reservado para los impíos? Al justo le purifica en esta vida con las adversidades; pero al pecador le reserva los suplicios eternos. No hay señal mas visible de la ira de Dios, que dejar á los malos no solo sin castigar en esta vida sus pecados, sino que vivan llenos de gloria y de opulencia. El castigo mas terrible del pecador en este mundo es la prosperidad. ¡Oh, cuántos y cuántas comprenden poco esta doctrina! Dichosos del siglo, ¿cuál será vuestro fin y vuestro paradero? Si el justo apenas se salva; si la inocencia alimentada con adversidades, purificada con el fuego de la tribula-

cion, defendida entre espinas y cambrones, apenas puede arribar al puerto, y está en continuo peligro de hacer naufragio, siendo asi que siempre navega tierra á tierra; ¿qué será del pecador? ¿que será de aquellos hombres de placeres, de aquellas personas mundanas que se engolfan siempre en alta mar, que navegan entre escollos combatidos de vientos impetuosos, sin ver casi jamás el cielo, sin velas, sin remos, sin timon? Eres pecador, vives en la prosperidad, lleno de diversiones, de gustos y de alegría, y estás tranquilo: comprende bien, si puedes, los espantosos misterios de esta falsa seguridad.

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram, mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, la asegura para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

DE LAS ILUSIONES DE LA PENITENCIA EN LA MAYOR PARTE DE LOS CRISTIANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas sujeta á ilusiones que la penitencia de los cristianos imperfectos y tibios.

Sus pasiones poco mortificadas, su amor propio siempre dominante, su tibieza habitual, todo concurre á engañarlos en punto de penitencia. La razon confiesa los pecados, y fácilmente los condena; pero los motivos plausibles y caprichosos de la edad, del estado y de la salud, piden cuartel cuando se trata de la satisfaccion. Por pecador y por reo que uno sea, el amor propio nunca renuncia sus derechos. La flaqueza de la voluntad, ó por mejor decir, de la contricion, siempre se comunica hasta al mismo cuerpo. Para ofender á Dios todos están robustos; pero en hablándose de hacer penitencia, todos son achacosos; y como el tribunal en que se ha de sentenciar esta causa, está ganado á favor de la relajacion, siempre queda privilegiado el pecador, y sale tan mitigada la pena, que casi se viene á reducir á nada. A los piés del confesor todo se promete; pero entran despues mil pretextos, todos á cual mas frívolos, para dispensarse. En vano se cansa el Señor en amenazar, en vano dice que el que no haga penitencia, perecerá: vienen los pretextos, y todo lo aseguran, todo lo tranquilizan. En vano declara la Iglesia, que la penitencia debe ser proporcionada á los pecados; sobornado el entendimiento por el corazon, nunca le faltan interpretaciones: en vano da gritos la conciencia, porque apenas se la oye. Estáse debiendo mucho á la justicia de Dios, apenas se le paga nada; ¡y no obstante, se vive con seguridad!

Estremecen las penitencias canónicas que en otro tiempo tenia determinadas la Iglesia para ciertos pecados: por un solo pecado, siete años de lágrimas, de humillacion y de penitencia. El pecado no ha perdido nada de su enormidad, ni la Iglesia de su equidad y de su zelo. No es hoy mas abundante de lo que era entonces el tesoro de los méritos y de la satisfaccion de nuestro Señor Jesucristo; ni era entonces

la Iglesia menos amorosa madre de lo que es ahora. ¿Pues acaso pide ahora menos satisfaccion la divina Justicia? Es menester, pues, que la satisfaccion supla á la indulgencia con que nos trata la Iglesia. La penitencia es igualmente castigo que remedio. ¿Nos hemos de contentar con una leve penitencia por un número excesivo de enormísimos pecados? ¿Se ha de buscar la suavidad en el remedio cuando se trata de curarnos de una enfermedad mortal? Ciertamente, al considerar de cuántos pecados somos reos, y la poca penitencia que hacemos por ellos, tenemos gran motivo para temer que hemos de morir cargados con todas nuestras deudas. ¡Ah, y cuánta verdad es que vivimos engañados, y que hay pocos verdaderos penitentes!

PUNTO SEGUNDO.

Considera si la nobleza, si las dignidades, si las riquezas dispensan acaso á los pecadores en el rigor de la penitencia, á vista de ser tan pocos los nobles, tan pocos los ricos que no se crean legítimamente dispensados en esto de ser penitentes. Porque ¿dónde están las mortificaciones de la carne, dónde los ayunos que acreditan su penitencia? ¡Cosa extraña! las dignidades, los empleos mas lustrosos no siempre son los que están mas á cubierto contra el desórden y la licencia de las costumbres. Raras veces se hallan juntas las riquezas con la inocencia. La abundancia fomenta el pecado, con todo eso parece que la penitencia solo se hizo para los pobres; apenas reina mas que en los claustros; y aun dentro de los claustros mismos, los mas imperfectos no siempre son los mas penitentes ni los mas mortificados. Nosotros somos pecadores y la penitencia no es de nuestro gusto: pues ¡válgame Dios! ¿quién nos asegura?

¡Mi Dios, qué ilusion es imaginar que basta detestar

el pecado, sin castigarse á sí mismo el pecador! ¿Qué contricion puede ser aquella que no va acompañada de la satisfaccion, cuando hay tiempo y fuerzas para hacerla? ¿Y será bastante satisfaccion para un número espantoso de los mas enormes pecados rezar unas breves oraciones y dar una cortísima limosna?

Es cierto que Jesucristo satisfizo por nuestras culpas; pero ¿de qué nos servirá su satisfaccion si no nos la aplica? Será nuestra penitencia un fruto amargo y sin jugo, si no la unimos con su pasion; pero ¿con qué se ha de hacer esta union, si rehusamos padecer?

Cuanto mas se vió en gloria, y cuanto mas se entregó á las delicias, tanto mayores tormentos la habeis de dar, dice el ángel en el Apocalipsis (1). Y á vista de esto ¿no hade haber alguna medida, alguna proporcion, alguna conveniencia entre la ofensa y la satisfaccion, entre el delito y el castigo? Fuiste libertino desde la juventud, te hallas cargado de culpas, te ves ya como desgastado y consumido por la iniquidad: ¿y cuál es el rigor saludable de la penitencia? El ayuno te espanta, las mortificaciones corporales te inquietan; todo te hace daño á la salud, todo te parece impracticable, es preciso recurrir á la indulgencia, á la mitigacion á los arbitrios. ¡Ah, Señor, y esto será penitencia!

Ilusion en la delicadeza y en los pretextos de la salud; ilusion en las dispensaciones y en los motivos de ellas; ilusion en el tiempo que tenemos destinado para hacer penitencia. Es cierto que la cuaresma está singularmente destinada para llorar nuestros pecados; pero ¿se han de secar las lágrimas en acabándose la cuaresma? ¿Por ventura solamente somos pecadores en ciertos tiempos del año? ¿Hemos ya pagado á Dios todas nuestras deudas cuando llega la Pascua? Nuestras pasiones, nuestra inclinacion al mal, nues-

(1) Apocal. c. 18.

tros hábitos viciosos ¿se embotan ó se apagan en la primavera?

Pregunto: Los santos tan inocentes, y tan hambrientos de mortificaciones, tan sedientos de penitencias, ¿se alucinaron, ó padecieron algun engaño en este punto? Pues lloremos nosotros nuestra ilusion. Ves que nos hallamos ya en la declinacion de la vida; ¿y cuál ha sido hasta aquí nuestra penitencia? Este será el último año para muchos de los que harán esta meditacion; y si fueres tú uno de estos muchos, ¿será grande tu consuelo en este particular?

¡Ah, Señor! pues os habeis dignado por un grande efecto de vuestra misericordia hacerme conocer mis ilusiones, asistidme con vuestra gracia para que no difiera por mas tiempo el entregarme á la penitencia. Soy pecador, detesto mis culpas; no permitais que muera impenitente.

JACULATORIAS.

Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi. Cant. 1.

No mas flores para mí, amado Salvador mio, que la amargura de la mirra.

Quantum in deliciis fuit, tantum date ei tormentum et luctum. Apoc. 18.

Justo es, que á medida de lo que me deleite, me mortifique y llore.

PROPOSITOS.

1. Las ilusiones del corazon son mas difíciles de curar que las del entendimiento. De esta especie son las que se hallan en la penitencia de la mayor parte de los cristianos: con que no es de admirar que persevere tan obstinado el error en materia de penitencia. Conócese bien la desproporcion que hay entre la penitencia y el pecado; pero ¿qué produce este conocimiento? puesta la razon de acuerdo con el amor

propio, recurre á los pretextos. Acaso no hay materia en que el entendimiento sea mas fecundo en especiosas escapatorias que en eludir la indispensable obligacion y precepto de hacer penitencia por los pecados. Debilidad de salud, delicadeza de complexion, importancia de los empleos, circunstancias de la dignidad, diferencia de estaciones, edad poco madura, ó tambien muy avanzada, razones de condescendencia, todo sirve de frívolos pretextos. No incurras tú en tan lastimosos errores. Pocas ilusiones hay que sean mas perniciosas, y en medio de eso, pocas hay que sean mas comunes: hallan en ellas su conveniencia los sentidos, las pasiones y el amor propio, y esto es lo que perpetúa el error. Aplica desde luego el remedio á tan gran mal. ¿Qué penitencia has hecho hasta ahora por tus pecados, ó qué proporcion hay entre tus pecados y la penitencia que has hecho? No dejes para la otra vida las satisfacciones que debes por ellos; castígalos en esta, pues aquí se hace siempre en menos tiempo y á menos costa. No te persuadas á que despues de Pascua ya no es tiempo de penitencia; porque esta es fruta de todos tiempos. No se pase dia sin que hagas alguna mortificacion, ó des alguna limosna por tus pecados; y aplica por el mismo fin los trabajos, penalidades y fatigas de tu empleo, de tu estado, como tambien todas las demás adversidades de la vida. Por falta de reflexion se pierde mucho de lo que se padece, y se hacen grandes penitencias sin ser penitentes.

2. Consulta este punto con un director zeloso, virtuoso y prudente; pero mira que los que lisonjean, perjudican. Tanto daño hace la demasiada indulgencia, como la excesiva severidad. Es necesaria la discrecion en las penitencias; pero cada uno tiene necesidad de este remedio. Considera hoy sériamente las que podrás hacer, y las que algun dia te causará tanto

dolor el no haber hecho. ¿Quién te quitará poder rezar todos los viernes los salmos penitenciales, ó ayunar los sábados? Desde hoy en adelante cumple como penitencia la que te imponen en la confesion; esto es, con toda aquella exactitud, con todo aquel fervor, respeto y contricion que pide esta parte del sacramento. Cuando la oracion, la limosna, el ayuno, son penitencias ó satisfacciones sacramentales, deben hacerse con mucha piedad y devocion. Las mortificaciones del cuerpo sirven para fomentar la inocencia y para satisfacer á la divina Justicia por los pecados. No des oidos á tu delicadeza, y mucho menos á tu repugnancia; pero tampoco hagas nada sin consejo y aprobacion de tu confesor.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN LEON, NONO DE ESTE NOMBRE, PAPA.

San Leon, tan conocido en el mundo con el nombre de Bruno antes de haber ascendido al sumo pontificado, fué de la ilustre casa de Aspurg, en la Alsacia, hijo de Hugo, pariente cercano del emperador Conrado, y de Heileveida, de familia no menos noble, pero de mas esclarecida virtud. Nació en el condado de Aspurg en el año de 1002. Luego que nació, se notaron esparcidas sobre el cuerpecito del niño varias cruces pequeñas de color rojo; pronóstico de santidad, que, añadido á una extraordinaria vision que tuvo su madre antes que le pariese, le obligó á criarle ella misma á sus pechos, no queriendo fiar á otras su primera educacion.

El bello natural de Bruno, su docilidad, su natural inclinacion á todo lo bueno, y su prudencia antici-

pada, ahorraron mucho trabajo á su virtuosa madre, la cual, habiéndole educado por sí misma hasta la edad de cinco años, le entregó á Bertoldo, obispo de Toul, para que le formase en la virtud y en las letras. Este santo prelado, uno de los mas célebres de su siglo, escogió excelentes maestros que enseñasen al niño las ciencias propias de un jóven de su calidad que se destinaba á la Iglesia; y el mismo se encargó de instruirle en lo que tocaba á las costumbres.

Era Bruno no menos perspicaz de ingenio, que galan de cuerpo; templaba su natural vivacidad una dulzura y una modestia que hechizaba á cuantos le veian. Su aire despejado, su noble ingenuidad, y sus agradables modales le hacian recomendable á cuantos le veian. Hizo maravillosos progresos en las ciencias, y no menores en la virtud. Apenas se hablaba de otra cosa que del caballerito de Aspurg, y en todas partes le proponian por ejemplar y por modelo. Habiéndole sanado milagrosamente san Benito de una mortal enfermedad, que le redujo á los últimos extremos, pensaba en retirarse del mundo, cuando fué provisto en un canonicato de Toul por el obispo Heriman, sucesor de Bertoldo. Ningun canónigo le excedió jamás en la ejemplar regularidad de su vida. Pero el emperador Conrado quiso tenerle en la corte para servirse de sus consejos. No inficionó á su virtud el contagioso aire del gran mundo, ni apareció en la corte como clérigo cortesano, sino como un eclesiástico santo y sabio, haciéndose igualmente amar que respetar de todos los cortesanos por su modestia, prudencia y circunspeccion, y su reputacion se extendió por toda la Europa.

Muerto el obispo Heriman el año de 1026, la iglesia de Toul le eligió por su pastor. El emperador dió á conocer que no estaba contento de que quisiesen quitarle de su lado un sugeto á quien amaba tanto,

y cuya presencia era tan importante para su imperial servicio. Pero el haber de alejarse de la corte, y la cortedad del obispado, que eran los motivos de la opcsicion del emperador, fueron puntualmente los que incitaron al nuevo obispo á consentir en su eleccion. Fué consagrado por el arzobispo de Tréveris, su metropolitano, y en sus órdenes recibió, con la plenitud del sacerdocio, aquella plenitud del Espíritu Santo, que le hizo uno de los mas santos prelados de su siglo.

Inspiróle nuevo fervor la nueva dignidad, y se conoció presto en su obispado lo mucho que se gana en tener un santo por obispo. Los primeros frutos de su zelo fueron la reforma de los monasterios de Moyen, Moutier y San Mansú, con la del clero y pueblo. Aplicóse con particular cuidado á arreglar el culto divino en las iglesias, queriendo que se celebrase en todas con devocion y con majestad. Parecia que ya no habia pobres en el obispado de Toul desde que Bruno habia entrado á ser obispo, segun el desvelo con que atendia su caridad á socorrer á todos los necesitados. No se pasaba dia alguno, por ocupaciones que ocurriesen, en que él mismo no sirviese por sus manos á una banda de pobres á quienes mantenia, y despues les lavaba los piés. Era su humildad asunto de admiracion á cuantos conocian sus elevados conocimientos; estaba justamente reputado por uno de los hombres mas sabios de su siglo, y no habia en sus ojos hombre mas pequeño. Ocultaba una grande mortificacion debajo de un exterior apacible, risueño, afable y majestuoso. Colocaba su magnificencia en las limosnas; y sus continuos ayunos, la frugalidad de su mesa y la abstinencia eran efecto igualmente de su mortificacion y de su caridad. Correspondia á todas las demás virtudes su tierna devocion. Siempre que celebraba el santo sacrificio de la misa, derramaba muchas lágrimas; y el tierno amor que profesaba á la

santísima Vírgen, le acreditó por uno de los mas fervorosos devotos de esta Señora.

No era posible que faltasen la persecucion y la envidia á una virtud tan ilustre como rara. En una y en otra halló nuestro santo prelado bastante materia en que ejercitar su paciencia. Procuraron por todos los medios posibles hacer sospechosa su fidelidad al emperador; pero fué mas feliz la calumnia en enconar contra Bruno el ánimo de un conde muy poderoso, vecino suyo, llamado Odon. Si la paciencia y la mansedumbre de nuestro santo no bastaron para desarmar el enojo de aquel violento enemigo, fueron bastantes para ganarle el corazon de cuantos conocian las furiosas violencias y las injustas pretensiones del conde. Una muerte repentina y funesta vengó presto al pacientísimo prelado.

Por este tiempo el bien de la Iglesia y del Estado obligaron al obispo de Toul á encargarse de negociar una paz estable entre la Francia y el Imperio. Consiguióla, habiéndose firmado entre Roberto, rey de Francia, y el emperador Conrado un tratado de alianza inviolable por medio de nuestro Bruno, cuya virtud admiró mas á entrambas cortes, que su rara habilidad y extraordinario talento.

El año de 1046 se vió precisado el santo prelado á asistir á la dieta de Wormes, adonde el emperador Enrique, hijo y sucesor de Conrado, habia llamado á todos los obispos y grandes del imperio, para extinguir el cisma de Benedicto IX, que despues de la muerte del papa Dámaso II turbaba todavia á la Iglesia. Convino toda la dieta, juntamente con los legados de Roma, en que no habia sugeto mas digno de ocupar la silla apostólica, ni mas á propósito para unir en su favor todos los ánimos, que el obispo de Toul. Una proposicion tan aplaudida de todos, solo á nuestro santo sobresaltó extrañamente: no perdonó á diligen-

cia ni á medio alguno para evitar aquella suprema dignidad; llamó en socorro de su humildad las lágrimas, los ruegos, las razones; nunca habló con tanta elocuencia como cuando se esforzó á persuadir á toda la dieta que era conveniente y aun necesario pensar absolutamente en otro sugeto. Pero su resistencia solo sirvió para autorizar mas su eleccion. Fué, pues, canónicamente elegido por sumo pontífice en la ciudad de Roma por todos los que tenian derecho de elegir; y no pudiendo resistir mas á la voz de Dios, bien declarada en la pública aclamacion, se fué á Roma en donde quiso entrar con los piés descalzos. Subió al púlpito en presencia del clero y del pueblo; intentó persuadirles que hiciesen nueva eleccion; pero fué solemnemente colocado en la cátedra de san Pedro con el nombre de Leon IX. el dia 12 de febrero, primer domingo de cuaresma del año de 1049.

Muy presto se vió restituida la Iglesia, por el zelo y por la santidad del nuevo papa, á aquel su primer esplendor y á aquella serenidad que parecia haber oscurecido el funesto cisma. Fué su primer cuidado restablecer la disciplina eclesiástica secular y regular, y reformar las costumbres en todos los estados. Convocó un concilio en Roma, y poco despues otro en Pavia para exterminar la simonía, y depuso á algunos obispos convencidos de haber incurrido en ella. Declaró nulos los matrimonios incestuosos, que se habian hecho muy frecuentes entre la nobleza, y dispuso otros reglamentos necesarios para que volviese á florecer la piedad.

Teniendo sobre sí el cuidado de toda la Iglesia, no perdonó á trabajos, á su salud, ni á su misma vida, para atender á todas sus necesidades. Pasó los Alpes, y llegó á Sajonia en busca del emperador. Volvió á Colonia, y de allí á Toul y á Rems, donde levantó de la tierra con grande solemnidad el cuerpo de san Re-

migio, llevándole sobre sus mismos hombros, é hizo allí la dedicacion de su iglesia. Despues de haber celebrado en ella un concilio, pasó á Metz, donde dedicó la iglesia de san Arnoldo; se dirigió á Maguncia, donde celebró otro concilio; y volviendo á entrar en Italia, se encaminó á Roma al principio del año siguiente, llevando consigo la alegría universal que parecia haberse desterrado despues de su partida.

Mas no le permitió hacer larga mansion en Roma su solicitud pastoral. Antes de acabarse el invierno salió á visitar la Pulla y las provincias vecinas; en todas partes corrigió abusos, reprimió desórdenes, é introdujo en todas la reformacion de las costumbres. Vuelto á Roma celebró un concilio, en que condenó la detestable herejía de Berengario, sobre el sacramento de la Eucaristía, y le excomulgó. No contento con esto, él mismo escribió un tratado contra aquel impío heresiarca, y convocó otro concilio en Verceli, que se celebró en el mes de setiembre del año siguiente de 1050, en que se halló presente el santo papa. Leyóse en pleno concilio el libro de Juan Escoto; oyéronse con horror los errores de que estaba lleno contra la Eucaristía, y el libro fué condenado y quemado públicamente. Aunque Berengario habia prometido que se hallaria en el concilio, no pareció en él, y fué de nuevo condenado: queriendo defenderle dos clérigos que se decian enviados ó apoderados suyos, fueron confundidos y arrestados. Infatigable siempre el santo pastor por el bien de su rebaño, hizo segundo viaje á Francia y Alemania, procurando remediar por sí mismo las necesidades mas urgentes de aquellas iglesias, y proveyendo á otras por medio de sus legados.

Causa admiracion que aquel santo pontífice, de una salud tan débil y quebrantada con tantas fatigas y continuas enfermedades, pudiese atender solo á las necesidades de toda la cristiandad, hacer tantos via-

jes, y añadir á sus trabajos apostólicos asombrosas penitencias que continuó hasta la muerte. Movido de su vigilancia pastoral, emprendió tercer viaje á Alemania el año de 1052 para conciliar á Andrés, rey de Ungria, con el emperador Enrique. Despues de haber trocado con el emperador la ciudad de Bamberga y la abadia de Fulda, que habian sido cedidas á la santa sede, por la ciudad de Benevento y sus dependencias, fué á celebrar un concilio en Mantua, y otro en Roma contra el cisma de los Griegos.

Por este tiempo, no pudiendo sufrir el santo pontifice los desórdenes que los Normandos causaban en la Pulla, suplicó al emperador que enviase tropas para echarlos de aquella provincia; pero fueron derrotadas en la primera campaña, y el mismo santo pontífice fué sorprendido en el camino por los enemigos de la Iglesia y de la tranquilidad pública, y hecho prisionero. Admirados los Normandos de la majestad y de la suavidad de nuestro santo, le trataron con el mayor respeto. De órden de su príncipe ó capitan Hunfrido fué conducido á Benevento con mucho honor. Alli estuvo cerca de un año, cuyo tiempo empleó en la meditacion, en la oracion, y en aumentar sus penitencias que llegaron á ser excesivas. Ayunaba con mucho rigor los mas de los dias; vestia siempre un áspero cilicio, y no tenia mas cama que el duro suelo en que extendia una sola alfombrilla, sirviéndole de almohada una piedra. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa, y dejaba continuamente el altar regado de lágrimas: el tiempo restante lo empleaba en los negocios de la Iglesia, ó en obras de caridad.

Crecia su fervor al paso que sentia se le iban debilitando las fuerzas. Saliendo una noche á hacer oracion en un oratorio algo distante de su cuarto, imitando la práctica que tenia en Roma, donde iba tres veces cada

semana con los piés descalzos desde el palacio de Letran hasta la iglesia de San Pedro, reparó en un rincon de la sala un leproso medio desnudo, que causaba horror, y despedia de sí un hedor intolerable. Corrió á él el santo pontífice, cubrióle con su ropa, cargóle sobre sus espaldas, y echóle sobre su cama de respeto, en la que nunca dormia; pero apenas entró el santo en el oratorio, cuando el leproso desapareció.

Al peso de tanta solicitud, de tantos trabajos y de tantas penitencias, se rindió en fin una salud que siempre habia sido muy achacosa. Una gran debilidad, acompañada de una absoluta inapetencia, fué anuncio de su cercana muerte. Hízose conducir desde Benevento á Roma. Los Normandos, que todos habian sido ganados por él para Jesucristo, le miraban mucho tiempo habia, no como su prisionero, sino como su legítimo pastor. Acompañáronle hasta Capua, y acreditaron bien con sus copiosas lágrimas el vivo dolor que sentian por la pérdida de tan gran pontífice, á quien amaban como á padre, y veneraban como á santo.

Luego que llegó á Roma, mandó llamar á su cuarto á los cardenales, obispos, y á todo el clero, y les habló como verdadero pastor y como santo pontífice. Mandó despues que le llevasen á la iglesia de San Pedro, donde habiendo recibido la extremauncion, hizo al Señor esta oracion fervorosa: *Señor, lleno de misericordia, y Redentor de todos los hombres, vos sois toda mi confianza, y mi salvacion. Si quereis que todavia trabaje en la salud de vuestro pueblo, no rehuso el trabajo; pero si quereis llamar á vos á vuestro siervo, dignáos abreviar el tiempo de mi destierro.* Despues hizo que le pusiesen en una camilla; oyó misa, recibió el santo viático (1); y habiendo mandado que le

(1) Antiguamente se administraba la santa uncion á los enfermos cuando estaban de algun peligro, y se recibia antes del viático.

dejasen solo con su Dios, espiró mientras estaba dando gracias, el dia 19 de abril del año de 1054, á los cincuenta y dos de su edad, y el quinto de su pontificado.

Aquel mismo Señor, que habia manifestado la santidad de su siervo mientras vivió, con gran número de milagros, mostró cuán preciosa habia sido á sus divinos ojos su dichosa muerte por las maravillas que obró en su sepultura; por lo que desde el mismo punto que espiró fué venerado como santo de todos los fieles, tanto, que el dia de sus funerales pudo parecer el primero de su fiesta.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Timon, uno de los siete primeros diáconos, que habitó primeramente en Berea, y de allí prosiguiendo en esparcir la preciosa semilla de la palabra de Dios, llegó á Corinto, en donde, segun la tradicion, los Judíos y los Griegos lo arrojaron al fuego; pero no habiendo recibido lesion alguna, clavado en una cruz, consumó su martirio.

En Militina en Armenia, los santos mártires Hermógenes, Cayo, Expedito, Aristónico, Rufo y Gálata, coronados todos en un mismo dia.

En Colibre en Cataluña, san Vicente, mártir.

El mismo dia, los santos mártires Sócrates y Dionisio, que fueron traspasados con lanzas.

En Jerusalen, san Pafnucio, mártir.

En Cantorbery en Inglaterra, san Elfego, obispo y mártir.

reiterándose por espacio de siete dias. En el siglo XII se estableció la costumbre de no recibirla sino en el artículo de la muerte, y de no repetirla en una misma enfermedad, por algunos errores y abusos de parte de los que la recibian, y de parte de los que la administraban.

En Antioquía de Pisidia, san Jorge obispo, que murió desterrado por el culto de las santas imágenes.

En Roma, el santo papa Leon IX, esclarecido en virtudes no menos que en milagros.

En el monasterio de Lobes, san Ursimaro obispo.

En Florencia, san Crescente confesor, discípulo de san Zenobio obispo.

La misa es de la domínica precedente, y la oracion del santo la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Leonis, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum.

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Leon, se aumente en nosotros la devocion y el deseo de la salvacion eterna. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1 de la de san Pablo á los Colosenses.

Fratres: Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes, ut impleamini agnitione voluntatis Dei, in omni sapientia et intellectu spirituali: ut ambuletis dignè Deo per omnia placentes: in omni opere bono fructificantes, et crescentes in scientia Dei: in omni virtute confortati secundùm potentiam claritatis ejus, in omni patientia et longanimitate cum gaudio: gratias agentes Deo Patri, qui dignos nos fecit in partem sortis sanctorum in lumine: qui eripuit nos de potestate tenebrarum,

Hermanos: No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seais llenos de conocimiento de su voluntad con toda sabiduría é inteligencia espiritual: para que camineis de una manera digna de Dios agradándole en todo; dando fruto en toda obra buena, y creciendo en la ciencia de Dios: corroborados con toda especie de fortaleza por el glorioso poder suyo, en perfecta paciencia y longanimidad con alegria: dando gracias á Dios Padre, el cual nos hizo dignos de participar en la luz la suerte de los santos:

et transtulit in regnum filii dilectionis suæ, in quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum.

el cual nos sacó de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en el cual tenemos la redencion y remision de los pecados por medio de su sangre.

NOTA.

« Epafras, natural de Colosas, ciudad de la Frigia, » provincia del Asia menor, hizo un viaje á Roma » para abocarse con san Pablo, á quien informó de » los progresos que hacia la fe en aquella ciudad, y » del peligro que corrian los fieles de ser pervertidos » por los enemigos de Jesucristo; noticia que obligó » al Apóstol á escribirles esta carta, aunque nunca » los habia visto, y la escribió el año 62 del naci» miento del Señor. »

REFLEXIONES.

No cesamos de pedir á Dios os conceda un pleno conocimiento de su voluntad, con toda la inteligencia de las cosas del espíritu, para que vuestra conducta sea digna de Dios. Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes, ut impleamini agnitione voluntatis Dei, in omni sapientia et intellectu spiritali : ut ambuletis dignè Deo per omnia placentes. ¿Necesitábamos mas que saber lo que Dios quiere, para poner en ejecucion, con la asistencia de la divina gracia, todo aquello que le agrada? Con todo eso, es mucha verdad que son pocos los que ignoran lo que Dios les pide; pero son muchos menos los que hacen lo que quiere. A todos nos predica el Evangelio su divina voluntad; las obligaciones del estado de cada uno son la mas clara publicacion de su ley; por el órgano de nuestros confesores y superiores nos manifiesta sus órdenes;

no ignoramos su doctrina; pero ¿se hace mucho caso de ella? Oyese muy á sangre fria lo que manda Dios, y solo se practica lo que dicta el amor propio. El dia de hoy el móvil principal de nuestras operaciones son nuestras pasiones; todo se arregla al gusto de ellas. A Dios apenas se le oye, y mucho menos se le obedece. ¿Es digna de Dios nuestra conducta? ¿buscamos ansiosos todos los medios de agradarle? Esta solicitud ansiosa no la debemos considerar como primor de la perfeccion, sino como cristiano deber de la religion. ¿Quién dirá que se puede servir á Dios con menos fidelidad, con menos ardor, con menos zelo? En lo tocante á su servicio cualquiera indiferencia es una especie de irreligion. No nos afanamos mucho por agradar á Dios; y es que cada uno se fabrica un ídolo que le agrada, y á quien muchas veces desea agradar. A vista del proceder de la mayor parte de los hombres, parece que para nada se cuenta con Dios.

En el cristianismo, todo árbol estéril es reprobado; la fe sin las obras es muerta; la caridad nunca está ociosa; la esperanza cristiana produce frutos en todos tiempos; talento sepultado es talento perdido. No se permiten siervos perezosos; las vírgenes descuidadas que se acuerdan tarde de hacer provision de aceite, son desatendidas. ¿Pues qué será, Señor, de tantas personas que no fructifican en género alguno de buenas obras? ¿Será tiempo de hacerlo allá hácia la declinacion de la edad? ¡Arboles infructuosos que solo brotan en el otoño! Una vida, cuya mayor parte se pasó en la ociosidad y en el regalo, que reserva dar algun fruto para lo último de la estacion, nunca produce frutos que lleguen á madurar. ¡Oh cuánto tiempo perdido! ¡oh cuántos dias vacíos! La inutilidad es la ocupacion mas universal de los hombres; porque todo lo que no conduce para el cielo, es verdaderamente inútil. Asuntos serios, ne-

gociaciones ruidosas, estudio que deseca, viajes largos, trabajos que fatigan; todas son ocupaciones frívolas, entretenimientos pueriles, nadas brillantes disfrazadas con magníficas palabras, si no sirven para facilitar la salvacion.

El evangelio es del cap. 13 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis. Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloe, et occidit eos: putatis quia et ipsi debitores fuerint præter omnes homines habitantes in Jerusalem? Non, dico vobis: sed si pœnitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos del mismo modo que aquellos diez y ocho sobre los cuales cayó la torre en Siloe, y los mató. ¿Creeis vosotros que estos hayan sido mas reos que todos los otros habitantes de Jerusalen? Os digo que no: pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera.

MEDITACION.

QUE EN TODO TIEMPO SE DEBE HACER PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que como no hay tiempo en que no se pueda pecar, y en que el hombre adulto no sea pecador, ninguno hay en que no se deba hacer penitencia. La cuaresma es tiempo de penitencia; ¿qué quiere decir esto? Que la penitencia que entonces se hace con la abstinencia y con el ayuno, es de precepto; pero ¿será por eso menos necesaria en otro tiempo? ¿Tenemos menos enemigos que combatir despues de Pascua que antes de ella? ¿Son menos vivas las pasiones, menos fuertes las malas costumbres, menos temibles los enemigos de nuestra salvacion, ó las tentaciones menos peligrosas? ¿Es posible que ya

no ignoramos su doctrina; pero ¿se hace mucho caso de ella? Oyese muy á sangre fria lo que manda Dios, y solo se practica lo que dicta el amor propio. El dia de hoy el móvil principal de nuestras operaciones son nuestras pasiones; todo se arregla al gusto de ellas. A Dios apenas se le oye, y mucho menos se le obedece. ¿Es digna de Dios nuestra conducta? ¿buscamos ansiosos todos los medios de agradarle? Esta solicitud ansiosa no la debemos considerar como primor de la perfeccion, sino como cristiano deber de la religion. ¿Quién dirá que se puede servir á Dios con menos fidelidad, con menos ardor, con menos zelo? En lo tocante á su servicio cualquiera indiferencia es una especie de irreligion. No nos afanamos mucho por agradar á Dios; y es que cada uno se fabrica un ídolo que le agrada, y á quien muchas veces desea agradar. A vista del proceder de la mayor parte de los hombres, parece que para nada se cuenta con Dios.

En el cristianismo, todo árbol estéril es reprobado; la fe sin las obras es muerta; la caridad nunca está ociosa; la esperanza cristiana produce frutos en todos tiempos; talento sepultado es talento perdido. No se permiten siervos perezosos; las vírgenes descuidadas que se acuerdan tarde de hacer provision de aceite, son desatendidas. ¿Pues qué será, Señor, de tantas personas que no fructifican en género alguno de buenas obras? ¿Será tiempo de hacerlo allá hácia la declinacion de la edad? ¡Arboles infructuosos que solo brotan en el otoño! Una vida, cuya mayor parte se pasó en la ociosidad y en el regalo, que reserva dar algun fruto para lo último de la estacion, nunca produce frutos que lleguen á madurar. ¡Oh cuánto tiempo perdido! ¡oh cuántos dias vacíos! La inutilidad es la ocupacion mas universal de los hombres; porque todo lo que no conduce para el cielo, es verdaderamente inútil. Asuntos serios, ne-

gociaciones ruidosas, estudio que deseca, viajes largos, trabajos que fatigan; todas son ocupaciones frívolas, entretenimientos pueriles, nadas brillantes disfrazadas con magníficas palabras, si no sirven para facilitar la salvacion.

El evangelio es del cap. 13 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis. Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloe, et occidit eos: putatis quia et ipsi debitores fuerint præter omnes homines habitantes in Jerusalem? Non, dico vobis: sed si pœnitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos del mismo modo que aquellos diez y ocho sobre los cuales cayó la torre en Siloe, y los mató. ¿Creeis vosotros que estos hayan sido mas reos que todos los otros habitantes de Jerusalen? Os digo que no: pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera.

MEDITACION.

QUE EN TODO TIEMPO SE DEBE HACER PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que como no hay tiempo en que no se pueda pecar, y en que el hombre adulto no sea pecador, ninguno hay en que no se deba hacer penitencia. La cuaresma es tiempo de penitencia; ¿qué quiere decir esto? Que la penitencia que entonces se hace con la abstinencia y con el ayuno, es de precepto; pero ¿será por eso menos necesaria en otro tiempo? ¿Tenemos menos enemigos que combatir despues de Pascua que antes de ella? ¿Son menos vivas las pasiones, menos fuertes las malas costumbres, menos temibles los enemigos de nuestra salvacion, ó las tentaciones menos peligrosas? ¿Es posible que ya

nada hayamos quedado á deber á la divina Justicia? *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis.* ¿Puede haber mayor error que imaginar que este oráculo no habla de todos los tiempos; que hay dias privilegiados, y que en ciertas épocas del año se puede uno salvar sin hacer penitencia?

Aun cuando la penitencia de la cuaresma fuese bastante para satisfacer por los pecados pasados, lo que ninguno creo pensará sin temeraria presuncion; ¿qué dia de la vida se nos pasa sin cometer faltas, sin tener necesidad de misericordia, sin peligros? La inocencia no tiene otro abrigo; el corazon se corrompe sin esta sal; toda virtud se marchita sin el rocío de las lágrimas. Ni la soledad, ni el mas horroroso desierto, es asilo suficiente sin el socorro de la mortificacion.

Cuanto mas nos acercamos á la sepultura, mas nos debemos acostumbrar á la ceniza. Fuera de la infancia, todas las edades deben ser tiempo de penitencia para un cristiano. Busca sino en el Evangelio, que debe ser la regla de las costumbres, una edad que esté destinada para los gustos y los placeres.

¡Oh mi Dios, y qué poco gusta á los cristianos esta verdad! Pero nuestro disgusto, nuestras ilusiones y nuestras preocupaciones ¿debilitarán el vigor á las verdades del Evangelio? Ciertamente, quien mira las cosas con alguna reflexion, no puede menos de indignarse al ver la licencia que precede y que se sigue á la cuaresma. Parece que solo en la cuaresma nos reconocemos por pecadores, y que en llegando la Pascua debemos desquitarnos de las abstinencias y de los ayunos, suponiendo que la mortificacion no es de todos tiempos.

¡Cosa extraña! el mundo y las pasiones tienen sus leyes de mortificacion y de ayuno, las cuales se observan inviolablemente; solo las leyes de Dios se que-

brantan y se hacen intolerables. ¡Qué violencia, y, aun se puede añadir, qué mortificacion no se padece, qué penitencia no se hace en el mundo por seguir una moda, por brillar en un concurso! Las galas adornan, pero oprimen; hay cotilla que equivale á una tortura; pero todo se sufre, todo se tolera por satisfacer á su amor propio, al interés, á la ambicion; mas para agradar á Dios todo es impracticable. La penitencia por el mundo dura toda la vida; y se quiere que la que se hace por Dios tenga sus intervalos. ¿Qué penitencia hemos hecho hasta aquí? ¿parécenos que ha sido proporcionada á nuestras culpas? ¿creemos que ya tenemos derecho á descansar? ¡Oh, y cuántas satisfacciones imperfectas! ¡cuántas penitencias quizá será menester expiar con otras penitencias! ¡cuántas partidas se han de dar por nulas en llegándose á la cuenta de nuestras obras satisfactorias!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la penitencia no solo es castigo, sino preservativo y remedio. ¿Pues qué tiempo, qué edad no tendrá necesidad de él?

Es la vida del cristiano una continua guerra sin paz ni tregua: aunque nosotros queramos hacer la paz con los enemigos de la salvacion, los enemigos de nuestra salvacion jamás la harán con nosotros. No podemos esperar vencerlos sino por la penitencia; esta los debilita, y á nosotros nos da mayores fuerzas. La misma perseverancia en la mortificacion es una victoria. Es menester morir todos los dias para vivir, como se explica san Pablo; es necesario castigar el cuerpo para no ser contado en el número de los réprobos.

La misma vida delicada es uno de los mayores peligros. Estén mortificados los sentidos, esté el cuerpo reducido á la servidumbre; las pasiones meterán

poco ruido y harán menos daño. La mortificacion es un freno; la penitencia es un vallado que defiende la viña de las bestias y de los pasajeros; es la zarza entre cuyas espinas se conserva la flor de la inocencia. Sin este auxilio no puede subsistir la castidad. Desmontóse el campo durante el santo tiempo de la cuaresma: las gracias, la palabra de Dios, el uso de los sacramentos fueron la divina semilla que se sembró en este campo. ¡Qué desacierto, qué error, qué extravagancia seria echar por tierra, luego que llega la Pascua, esta barrera que detiene al enemigo; arrancar esta estacada, que sirve de estorbo á los pasajeros para que no pisen la sementera; abrir á todo género de animales una viña cuyos sarmientos están tiernos todavía!

Desengañémonos, que no hay tiempo, no hay sazon en que la penitencia esté de mas; ninguna hay en que no sea muy necesaria. Pasóse la cuaresma, pero no se pasó el tiempo de la penitencia. Toda la vida es tiempo de ella; si no debe ser tan pública, no debe ser menos real. El ayuno y la abstinencia se acaban con la Pascua; pero la mortificacion, la sobriedad y la templanza deben ser de todos tiempos.

Asi pensaron todos los santos, y nosotros mismos asi pensaremos en la hora de la muerte. ¡Oh buen Dios, y qué discretos fueron aquellos santos, que hoy son el objeto de nuestra veneracion y de nuestro culto, en haberse familiarizado, por decirlo así, con los rigores de la penitencia! Toda la vida se consideraron pecadores, y toda la vida quisieron ser penitentes. ¿Hállanse por ventura algunos intervalos de indulgencia en su religiosa austeridad, en aquellos sus penosos ejercicios de penitencia? ¿Desquitábanse por ventura de ellos, despues que se pasaban los dias consagrados á la dolorosa memoria de la pasion de Cristo? ¡Ah! que cada dia parecia nuevo su fervor,

nuevos sus deseos de mortificarse; cada dia inventaban nuevas industrias para macerar su carne, para domar sus pasiones, para reprimir su concupiscencia Pregunto : ¿fueron prudentes en proceder de esta manera? ¿y lo seremos nosotros, si procediéremos de otra? ¿hicieron acaso demasiado aquellos que murieron con el dolor de no haber hecho mas? ¿y hemos hecho bastante los que quizá nada hemos hecho hasta ahora? ¡Cuándo, cuándo haremos lo posible para librarnos de estos justos remordimientos!

Desde este punto, Señor, desde este punto, mediante vuestra divina gracia. No será este año como el pasado : no será interrumpida mi penitencia con tantos intervalos, y espero que no cesará hasta que me falte la vida.

JACULATORIAS.

Lacrymæ meæ panes die ac nocte. Salm. 41.
Las lágrimas serán mi pan cotidiano dia y noche.

Laboravi in gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum; lacrymis meis stratum meum rigabo. Salm. 6.

¡Oh cuántos suspiros me han costado mis culpas! lavaré, regaré todas las noches mi cama con el copioso manantial de mis lágrimas.

PROPOSITOS.

1. La vida inmortificada y regalada de la mayor parte de los cristianos es una especie de impenitencia Nuestros pecados son graves, el número es infinito, cada dia se multiplican nuestras maldades; ¿y cuál es nuestra penitencia? Pecan los grandes, y sus dias se consumen en las delicias; pecan los mundanos, y su vida se pasa toda en la delicadeza y en el regalo; pecan los jóvenes, y el nombre solo de penitencia les estremece.

¿Es siempre la cuaresma un tiempo de penitencia para aquellos que tienen mas obligacion de hacerla? ¡Qué de lenitivos, qué de infracciones del precepto, cuántas frívolas dispensas! ¿Mas, á lo menos despues de Pascua, se suplirá con mortificaciones voluntarias la penitencia que no se hizo en la cuaresma? Sí por cierto; á lo mas se da una corta limosna, ó se rezan algunos rosarios. ¿Y bastará esto para suplir el ayuno de la cuaresma? Es palpable la indignidad de semejante conducta. Si te sientes culpado en esto, júzgate á tí mismo con mayor equidad, y procura que sea menor la desproporcion entre la culpa y el castigo. ¿Porqué no se ayunará despues de Pascua, cuando se dejó de ayunar en la cuaresma? Los sacrificios de expiacion en todos tiempos se hacian. ¿Bastará desobedecer á la ley para quedar dispensado de las penas que impone? Quien tiene verdadero dolor de la culpa, tendrá verdadero deseo de repararla por medio de la penitencia.

2. Puesto que en todo tiempo eres pecador, en todo tiempo debes ser penitente; y para eso observa las advertencias siguientes. Primera: En todo aquello que puede causar alegría, en todos los regocijos públicos y particulares, hasta en los precisos desahogos del ánimo y de la naturaleza, hasta en las comidas ordinarias y forzosas, acuérdate que eres reo á los ojos del Señor, y que como tal estás condenado al último suplicio. Nunca te halles en fiesta alguna ó funcion sin decirte á tí mismo: Yo soy pecador; ¿y es esta mi penitencia? Segunda: Es devocion utilísima y que da mucho valor al ejercicio de la penitencia, hacer cada dia uno ó dos actos de mortificacion, en atencion á la pena correspondiente á nuestras culpas, aumentando el número de dichos actos los dias de mayor fiesta ó de regocijos. Tercera: Hay personas devotas que en los dias que están convidadas

por sus amigos á comer, ó á alguna otra diversion, se imponen la obligacion de rezar los salmos penitenciales; otras acompañan siempre esas honestas diversiones con algun acto de mortificacion. San Francisco de Borja decia que no le sabia bien la comida, si no la sazonaba con alguna penitencia; y añadia que estaria inconsolable, si supiera que le habia de coger la muerte en dia en que no hubiese mortificado sus sentidos.

DIA VEINTE.

SANTA INÉS DE MONTE-POLICIANO,

DEL ÓRDEN DE SANTO DOMINGO.

Nació santa Inés en Monte-Policiano, ciudad de la Toscana, el año de 1274. Sus padres, distinguidos por su nobleza y por su riqueza, pero mucho mas por su virtud, no perdonaron á medio alguno para la cristiana educacion de la niña, persuadidos de que Dios la destinaba para grandes cosas, y que eran pronóstico de su elevada santidad las milagrosas luces que se dejaron ver en el cuarto en el mismo instante en que nació.

Anticipóse la devocion á la razon; apenas sabia articular las palabras, cuando ya mostraba el gusto que hallaba en rezar. Cuando la estaban enseñando el *Padre nuestro* y el *Ave María*, se notó que se retiraba á un rincon, y que pasaba en él de rodillas muchas horas. Preguntada qué hacia allí, respondia: *Estoy aprendiendo la leccion rezando.*

Desde la cuna dió ya á entender su ardiente amor á

la Madre, saltaba de alegría. Nunca fué niña en materia de devocion. Crecia en edad, crecia en virtud, y al mismo paso crecia tambien en ella la aversion á todas las cosas del mundo. A los cinco ó seis años de su edad decia claramente que queria ser religiosa. Aunque sus padres deseaban que se quedase en el siglo, no pudieron resistir á las lágrimas y á los suspiros con que anhelaba continuamente el convento. Luego que cumplió nueve años, la llevaron al monasterio de las Saquinas, llamadas así porque traian un escapulario de aquella estopa grosera de que se hacen los sacos. Pusiéronla al cuidado de una virtuosa y prudente maestra, llamada Margarita, la cual, admirando la abundancia de gracias con que el cielo habia enriquecido á aquella alma inocente, se vió precisada á moderar su fervor en vez de tener necesidad de excitarle, y conoció que el Espíritu Santo habia tomado á su cargo la direccion de aquella alma privilegiada.

En breve fué Inés la admiracion de toda la comunidad. Su humildad ingénua y sincera; la mortificacion de los sentidos que admiraba á las mas perfectas; su puntualidad, su fervor, su tierna devocion, el grande amor que tenia á la oracion; una apacibilidad y una modestia religiosa que cautivaba; una obediencia, un rendimiento tan ciego, que parecia haber nacido Inés sin amor propio y sin propia voluntad; en fin, una alegría santa que se difundia en todas sus acciones, y se dejaba notar en todos sus modales; todo este conjunto hacia formar tan elevado concepto de su virtud, que cierta abadesa extranjera, mujer de singular mérito, la cual andaba visitando algunos monasterios de órden del señor obispo de Arezo, admirando las extraordinarias prendas de aquella virtuosa niña, llegó á decir que no honraria menos esta Inés á la religion con sus vir-

tudes, que la otra Inés romana habia honrado á la Iglesia con su martirio.

Como era tan consumada su prudencia en medio de ser tan pocos sus años, que apenas llegaban á catorce, no dudó la comunidad encargarla el cuidado de lo temporal; cuya administracion desempeñó con tanto acierto, con tanta inteligencia y tan á gusto de todas, que acreditó con nueva experiencia que la virtud da entendimiento y puede suplir la falta de la edad.

Pero la misma reputacion de su extraordinaria virtud privó luego de este tesoro al monasterio de Monte-Policiano. Informadas y movidas de las maravillas que se contaban de Sor Inés las religiosas de un convento que se acababa de fundar en Proceno, pequeña ciudad del condado de Orvieto, alcanzaron del papa Nicolao IV que se la diese por prelada, aunque hacia pocos dias que habia hecho profesion, y tenia solos diez y seis años; pero el resultado acreditó haber sido inspirada por Dios esta eleccion.

Persuadióse desde luego nuestra Inés que solo estaba al frente de las otras para darlas mayores ejemplos de humildad, de mortificacion y de observancia. En la inteligencia de que el cargo que la habian encomendado, no daba otra preeminencia sobre las demas que la mas estrecha obligacion de servir á todas de guia y de modelo, no es fácil explicar hasta qué punto de perfeccion llegó su religioso fervor. Ayunaba todos los dias á pan y agua; dormia sobre la desnuda tierra, sirviéndola de cabecera una piedra. Era jóven y de complexion débil; de aquí resultó que el rigor de sus mortificaciones y los excesos de sus penitencias estragaron tanto su salud, que lo restante de su vida fué una continua y dolorosa enfermedad.

Una que padeció á los veinte y ocho años de su edad, tan grave que la redujo al último peligro,

obligó á sus confesores y prelados á valerse de toda su autoridad para moderar sus penitencias. Pero la paciencia y la alegría que mostró en la enfermedad, no edificó menos á sus hermanas que las demás virtudes.

A la verdad, recompensaba Dios abundantemente aquella santa severidad que por su amor ejercia Inés contra sí misma. Favorecida frecuentemente de visiones celestiales, y colmada de aquellas inefables dulzuras que da el Señor á gustar en la contemplacion á las almas privilegiadas, conversaba familiarmente con su divino Esposo, y el fin de la oracion era para ella un doloroso sacrificio.

Conocieron los vecinos de Monte-Policiano la gran pérdida que habian hecho en dejar á los de Proceno la posesion de nuestra Inés; y viendo que ni las súplicas, ni la autoridad de los prelados habian sido bastantes para recobrar esta prenda, se valieron de un piadoso artificio que les salió bien.

Acordáronse del deseo que habia mostrado nuestra santa, siendo todavía niña, de ver convertida en convento de penitencia una casa de mujeres públicas, que habia á la entrada de la ciudad; y se obligaron á ejecutar este piadoso proyecto, con tal que fuese la misma Inés á gobernar dicha casa. Cedió el amor del retiro al zelo de la salvacion de las almas; y obtenida licencia para pasar á hacer la nueva fundacion, tuvo el consuelo de ver acabado en muy poco tiempo el convento. Formóse presto una comunidad numerosa por la priesa que se daban todas en ir á ponerse debajo de su gobierno. Estableció en el monasterio la primitiva regla de san Agustin segun el instituto y espíritu de santo Domingo; y conseguida del legado apostólico la confirmacion, se dedicó enteramente á levantar el edificio espiritual que estaba empeñada en fabricar al Señor formando á sus nuevas hijas.

Desde luego se notó la ejemplar observancia y el fervor de espíritu de toda aquella numerosa comunidad de vírgenes, animadas con el ejemplo de su santa fundadora. Bramaba el infiernode rabia, pero en vano, viendo triunfar la pureza y todas las mas brillantes virtudes donde habia reinado la abominacion. Estableció Inés en aquel convento el espíritu de la primitiva regla con tanta felicidad, que desde entonces comenzó á ser venerado el nuevo monasterio de Monte-Policiano como un milagro de la perfeccion religiosa.

Admirábanse todos cómo aquella santa doncella no se rendia al peso de tantos trabajos y de tantas enfermedades; pero no era este solo el continuado prodigio que obraba Dios en su sierva. Las frecuentes apariciones de los ángeles, de santo Domingo, de san Francisco, de la Reina de los cielos y del mismo Jesucristo, la colmaban de aquellos consuelos y dulzuras interiores, que solo se pueden percibir bien cuando se gustan. Favoreciόla el Señor con el don de [illegible]rofecía y el de milagros. Por la oracion de nuestra [illegible] brotó un manantial de agua viva, de virtud [illegible] prodigiosa para curar todo género de enferme[illegible], y hasta hoy se llama *el agua de santa Inés.* [illegible]uerte fluxion de ojos hizo perder la vista á una [illegible] hijas, y entendiendo la santa prelada que los [illegible]res de la enferma querian sacarla del convento [illegible] solicitar su curacion, hizo oracion por ella, y a[illegible] [illegible]to recobró la vista aquella religiosa. Resucitó tambien con su oracion á un niño que se habia ahogado en los baños; y por toda Italia resonaban las grandes maravillas que obraba Dios en Monte-Policiano y en otras partes por la intercesion de santa Inés.

Consumida en fin al rigor de sus grandes penitencias, prolijas enfermedades y trabajos, conoció que

el Señor la queria sacar de este destierro. Fué tan excesiva la alegria que la causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos ímpetus y amorosos deseos de verse cuanto antes con su Dios, que apenas los podia contener. Los postreros dias de su vida apenas fueron mas que una continua oracion; y aunque eran indecibles los dolores que padecia, al ver la alegria y la serenidad de su semblante, parecia que no estaba enferma. Finalmente, sintiendo ya que se acercaba la última hora, recibidos los sacramentos de la Iglesia con nuevo fervor, rodeada de sus hijas que se deshacian en lágrimas, rindió dulcemente el espíritu en manos de su Criador, hácia la media noche del dia 20 de abril del año de 1317, à la edad de 43 años, habiendo pasado los 36 en el monasterio.

Al punto fué anunciada su muerte por muchos niños de pecho que comenzaron á gritar desde las cunas: *Ya murió Sor Inés*. Los que fueron testigos de esta maravilla la publicaron luego que amaneció, y acudiendo al convento, supieron de boca de las religiosas que la santa habia muerto en el mismo instante en que los niños lo anunciaron. Hizo Dios glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró en él, siendo grande el concurso de los fieles á venerarle. El papa Clemente VII permitió á los moradores de Monte-Policiano el culto público de nuestra santa con fiesta y oficio, por una bula expedida en 28 de mayo de 1532. Clemente VIII, á instancia de Enrique IV, extendió este permiso á todas las casas de la órden de santo Domingo. No contribuyó poco à esta extension de culto Leonor de Borbon, tia del rey, y abadesa de Fontevrault, en cuyo reconocimiento los vecinos de Monte-Policiano regalaron à este monasterio algunas reliquias de santa Inés. Su devocion ha penetrado hasta el centro de las Indias y de la América, donde se hallan iglesias y monasterios dedicados à su nombre.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, los santos Sulpicio y Serviliano mártires, convertidos á la fe de Jesucristo por las exhortaciones y milagros de santa Domitila vírgen, á quienes, por no querer sacrificar á los ídolos, mandó cortar la cabeza el prefecto de la ciudad Ariano durante la persecucion de Trajano.

El mismo dia, los santos Víctor, Zótico, Zenon, Acindino, Cesáreo, Severiano, Crisóforo, Teonas y Antonino, los cuales, despues de varios tormentos, consumaron su martirio en tiempo de Diocleciano.

En Tomes en Escitia, san Teótimo obispo, que por su santidad y milagros se hizo venerar hasta de los Bárbaros infieles.

En Embrun, san Marcelino, primer obispo de esta ciudad, el cual, habiendo venido de Africa por inspiracion divina con sus dos compañeros san Vicente y san Domnino, instruyó á la mayor parte de los pueblos que habitan los Alpes marítimos, y los convirtió á la fe de Jesucristo, tanto con la fuerza de sus palabras como con la virtud de sus milagros, que aun continuan hoy.

En Aujerre, san Mariano presbítero.

El mismo dia, san Teodoro confesor, llamado Triquinas á causa de un áspero cilicio que vestia: fué esclarecido en milagros, cuya virtud se ejercia principalmente contra los demonios: de su cuerpo mana un bálsamo que da salud á los enfermos.

En Monte-Policiano, la bienaventurada Inés, vírgen, del órden de santo Domingo, célebre por sus milagros.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de la santa la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Agnetis virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que eres nuestra salud, oye nuestras súplicas, para que así como celebramos con gozo la festividad de tu vírgen santa Inés, así consigamos el fervor de una devocion piadosa. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Unusquisque in quo vocatus est, in hoc permaneat apud Deum. De virginibus autem præceptum Domini non habeo: consilium autem do, tanquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quærere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quærere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi.

Hermanos: Cada uno permanezca delante de Dios en aquello para que fué llamado. En órden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? no busques esposa. Pero si tomares mujer, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso, estos padecerán la tribulacion de la carne.

NOTA.

« Aunque el principal motivo que obligó á san Pablo
» á escribir esta admirable epístola á los de Corinto,
» fué el escándalo del incestuoso, y la division de

» espíritus que se habia introducido en los fieles de » aquella ciudad, no tuvieron poca parte en él las » consultas que algunos hombres timoratos y deseo» sos del acierto le habian hecho acerca del matrimo» nio y de la virginidad. Enseña, pues, en ella cómo » uno puede santificarse en el matrimonio; pero al » mismo tiempo prefiere á este la virginidad, des» cubriendo todo su valor y mérito. »

REFLEXIONES.

Hay en el hombre un fondo de inquietud que la novedad divierte por algun tiempo, pero no lo apaga. Enemigos de nuestro reposo, apenas acertamos á ocuparnos sino en lo que nos turba; la ausencia de un bien imaginario ó real aguijonea el apetito, y la posesion le fastidia. Parece que solo tenemos ingenio para atormentarnos. Pocos hay que estén contentos con su estado, y acaso ninguno que no imagine que seria mas feliz en otro: enfermos inquietos y antojadizos, que juzgan consiste en mudar de aire ó de cuarto el remedio del mal que llevan consigo mismos. Tal es el error de aquellos, que descontentos con el empleo, ó con el estado en que los ha colocado la divina Providencia, se figuran que en cualquiera otro asegurarian mas su salvacion; que en otro clima darian mas fruto, y que sus talentos pedian otro empleo. Somos ciegos, dice el Espíritu Santo, y no advertimos que el verdadero origen de nuestras inquietudes está dentro de nosotros mismos. Mantengámonos en el estado en que Dios nos puso: *Nescitis quid petatis.* Contentémonos con el empleo y con el lugar en que Dios nos tiene. En todas partes hay cruces y espinas. Cuando la serenidad dura mucho tiempo, causa sequedad. En ninguna parte estamos bien, sino donde Dios nos quiere. No solicitemos mudar de estado.

empleo ó condicion, cuando no hay cosa contraria á la ley de Dios; pero procuremos cumplir todas las obligaciones de la justicia en nuestro estado; trabajemos en reformar nuestras costumbres y en mudar de conducta. Son imaginaciones pueriles, pensamientos inútiles, error craso, ocuparse en pensar lo que no se puede hacer, y no pensar en hacer lo que se debe.

Es privilegio muy precioso conservar toda la vida la virginidad. Como en este estado nos acercamos á los ángeles, parece que nos constituye en una especie de clase superior á la de los hombres. Las vírgenes son las que siguen al Cordero á cualquiera parte donde vaya (1). Privilegio fué de la virginidad recostarse en el pecho de Jesus: aquellas gracias especiales que reparte la predileccion, se reservan ordinariamente para las almas castas. Con todo eso, dice san Pablo, si estás atado con el vínculo del matrimonio, vive contento, y no desees desprenderte de él: *Alligatus es uxori? noli quærere solutionem.* El que se casa, hace bien; pero el que no se casa, hace mejor: mas cásese, ó no se case, en cualquiera estado que esté, su vida debe ser inocente. La virginidad es don de Dios: por eso no es mas que de consejo; pero la pureza es de precepto. No entrará en el cielo cosa manchada. Es la pureza la virtud de los cristianos: á la verdad, es una flor muy delicada; pero debe ser comun, y no se puede conservar sino entre espinas. La vigilancia la defiende, la devocion la fomenta, la mortificacion la nutre, y en exponiéndosela al viento se marchita. Ningun estado pide mayor vocacion de Dios que el matrimonio; y ninguna vocacion pide mayores pruebas. ¡Cosa rara! Todos dicen, y dicen bien, que no se debe abrazar el estado religioso inconsideradamente; que es menester consultarlo con Dios, examinar la vocacion, prever las dificultades, comprender las

(1) Apoc. 14.

obligaciones, no ignorar las cargas y los trabajos, aunque es un estado tan santo, aunque en él está á cubierto la inocencia, aunque no hay en él peligros, aunque todos los dias amanecen serenos, y que el cielo está en una gran calma. Pero trátese de una conveniencia que se ofrece en el mundo, donde todo es tentacion, todo peligros, todo sedicion de la carne, todo motin de las pasiones, todo estorbos, todo agitaciones, todo tinieblas, todo uracanes y tempestades; ¿se examina por mucho tiempo la vocacion? ¿se consulta mucho con Dios? ¿se pesa y se pondera aquella portentosa carga de obligaciones? ¿se tarda en deliberar sobre una eleccion de tanta importancia? ¿Y cuáles suelen ser los principales motivos de semejantes determinaciones? ¿Hácese en ellas mucho lugar al motivo de agradar á Dios? ¿tiénense muy presentes la religion, la virtud y la salvacion? Y despues de esto, ¡nos admiraremos de que haya tan pocos matrimonios felices y dichosos! ¡nos admiraremos de que sean tantos los que se condenan en el estado del matrimonio! Es cierto que puede uno ser santo en este estado; pero tambien lo es que es menester vivir en él como vivieron los santos.

El evangelio es del cap. 17 de san Juan.

In illo tempore, hæc locutus est Jesus; et sublevatis oculis in cœlum, dixit: Pater, venit hora, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te; sicut dedisti ei potestatem omnis carnis, ut omne, quod dedisti ei, det eis vitam æternam. Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem

En aquel tiempo habló Jesus estas cosas; y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado el tiempo, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo tambien te glorifique; así como le has dado potestad sobre todos los hombres para que dé la vida eterna á todos aquellos que le has consignado. La vida eterna, pues, es que te conozcan á ti solo

misisti Jesum Christum. Ego te clarificavi super terram. Opus consummavi, quod dedisti mihi ut facerem: et nunc clarifica me tu, Pater, apud temetipsum, claritate, quam habui prius quàm mundus esset, apud te. Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo: tui erant, et mihi eos dedisti; et sermonem tuum servaverunt.

Dios verdadero, y á Jesucristo á quien tú enviaste. Yo te he glorificado en la tierra. Consumé la obra que me encargaste para que la hiciese: ahora pues, ó Padre, glorifícame delante de tí mismo con aquella gloria que tuve para contigo antes de que existiese el mundo. Manifesté tu nombre á aquellos hombres que me encargaste en el mundo: tuyos eran, y me los encargaste á mí; y han guardado tu palabra.

MEDITACION.

DE LA VERDADERA VIRTUD PROPIA DE CADA ESTADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que cada uno se representa la virtud del estado ajeno, y pocos se aplican á conseguir la que es propia del suyo. Los pobres piensan en los medios que tienen los ricos para santificarse; y los ricos juzgan que no es fácil ser santo no siendo pobre. A los mozos les parece que la vejez es el tiempo único y oportuno para pensar en la salvacion; y los viejos dicen que pasada la mocedad, se pasó la sazon de aplicarse á la virtud. Los seglares juzgan su estado poco propio para la santidad; y aun los mismos religiosos no consideran la santidad sino en lo sublime y en lo maravilloso; nada les parece santo, si no huele á prodigioso y á extraordinario. De manera que la santidad, que, por decirlo así, es un fruto que se da en cualquiera tierra, segun la extravagante imaginacion del amor propio no se halla sino en lugares inaccesibles.

Pero ¿qué diremos, mi Dios, de aquel expreso precepto vuestro en que nos mandais que seamos perfectos como lo es nuestro Padre celestial? ¿Qué estado, qué edad habeis dispensado vos de esta ley? Si hay algun cristiano que no pueda ser santo, ¿á qué fin imponernos un precepto que habla universalmente con todos?

Es cierto, pues, que Dios quiere seriamente que todos seamos santos; pero no lo es menos que ninguno lo será sino cumpliendo exactamente con las obligaciones de su estado. Toda idea de santidad que no sea de este carácter, es falsa y engañosa. Las devociones poco proporcionadas, ó poco convenientes á nuestro estado, son puras ilusiones del orgullo y del amor propio. Búrlase el enemigo de la salvacion con esas falsas apariencias de la credulidad de una alma simple: toda devocion que nos desvía de nuestro estado, es un descamino.

No hay error mas grosero ni mas universal. Todos quieren representar el papel que no se les ha encargado; todos quieren servir á Dios en lo que Dios no quiere que le sirvan. A un criado que sirviese no mas que segun su capricho, ningun amo le sufriria en su casa mucho tiempo. La observancia de los preceptos, la inocencia, la mortificacion y todas las demás virtudes cristianas convienen á todo género de gentes; pero no todos los ejercicios de devocion convienen á todos. El retiro, el frecuente trato con Dios en la oracion, la ignorancia ó la abstraccion de los negocios seculares y el olvido de sus parientes, son virtudes muy propias de un religioso; pero un oficial, un magistrado, un padre de familias serian reprensibles si fuesen negligentes en las obligaciones de su estado. En cumplir exactamente con estas obligaciones, y en la fidelidad en hacer lo que Dios manda, consiste en rigor la perfeccion del cristiano. ¡Qué error tan craso

es no concebirla jamás sino en la soledad, en los desiertos y en la cima de las mas altas montañas! Cualquiera tiene en su mano la santidad; nace la virtud cristiana en todas las tierras, en todas las heredades del Padre de familias; si alguna no produce este precioso fruto, es culpa de los obreros.

¡Qué consuelo tan grande es saber que en todos los estados puede uno ser santo, y que la santidad propia de cada estado es muy fácil! pero ¡qué dolor, qué tristeza, qué amargura la de no querer ser santo, pudiéndolo ser tan fácilmente!

PUNTO SEGUNDO.

Considera la bondad infinita de Dios en haber puesto la santidad de cada uno en el cumplimiento de las obligaciones de su estado. ¿Podia ponerla mas á nuestro alcance? ¿podia hacérnosla mas fácil, y á nosotros mas inexcusables?

¿Eres religioso? pues tu santidad consiste en la perfecta observancia de tu instituto y de tus reglas. ¿Te hallas elevado á los mayores empleos? pues tendrás gran mérito en el cumplimiento de tus obligaciones: no hay virtud mas brillante que la que es inseparable de los buenos ejemplos. El nacimiento oscuro, la condicion humilde, las enfermedades y las desgracias, son á la verdad los medios mas eficaces para conseguir una elevada santidad; pero la prosperidad ni es estorbo, ni lo fué jamás. Sin duda es menester ser humilde, dulce, sufrido, caritativo para ser santo; pero todo esto puedes y debes ser en cualquier estado. Para entrar en el cielo necesariamente se ha de caminar por muchas cruces; pero consuélate con que la sabia providencia de Dios sembró de ellas todos los estados; solo es necesario saber aprovecharse de ellas. Tambien son necesarias las buenas obras;

pero ¿cuántas puede hacer cada uno sin salir de su casa? Los cuidados de la familia son las principales obligaciones de la virtud.

Por loables y preciosas que sean todas las devociones, ninguno está seguro de que ejecuta las que Dios quiere, sino el que hace las que son propias de su estado. Solas estas se hallan seguramente en su debido lugar. No toca á los criados escoger los oficios; al amo pertenece el determinárselos. Si no son de la eleccion y del gusto de este, no aprecia los trabajos mas penosos ni los servicios mas desinteresados. ¿De qué sirve trabajar mucho si no se agrada?

¿Puede haber mayor ilusion que la de aquellas personas que desatienden á las obligaciones de su estado por satisfacer su imaginaria devocion, que entonces solo es en realidad un refinamiento de amor propio con máscara de piedad? Aunque se omitieran todas las obras de supererogacion, visitas de enfermos, obras de misericordia, penitencias y mortificaciones corporales, cumpliria con su obligacion el que cumpliese perfectamente con todas las que son propias de su estado. Por el contrario, aunque tú solo hicieras todos los ejercicios espirituales posibles; aunque te abrasara el zelo mas ardiente; aunque te ejercitaras dia y noche en obras de misericordia; si olvidases ó desatendieses á las de tu estado, no serias siervo prudente, bueno y fiel. Cualquiera otra idea de virtud es falsa; no encontrarás santo alguno que haya seguido otro camino; cualquier otro sendero extravia. ¿Y qué mayor consuelo que hallar cada uno dentro de su misma condicion, dentro de su mismo estado, dentro de su misma edad, toda aquella abundancia de gracias, aquella multitud de auxilios, aquel cúmulo de medios y de ejemplos que ha menester para ser santo? Pero ¿puede haber mayor desgracia que

no haberlos conocido, ó no haberse sabido aprovechar de ellos para serlo?

Repréndome, Señor, y reconozco mi sinrazon en haberme imaginado que es cosa imposible llegar á la virtud mas eminente, sin salir de la esfera de mi estado. En las obligaciones mas ordinarias y mas precisas de él, tengo cuantos medios he menester para santificarme, con el auxilio de vuestra divina gracia: concedédmela, Señor, concedédmela para que me aproveche de ellos.

JACULATORIAS.

Quæ placita sunt ei, facio semper. Joan. 8.

Nada hago sino lo que mi Padre celestial quiere que haga.

¡*Quàm bonus Israel Deus, iis qui recto sunt corde!* Salm. 82.

¡Cuán bueno es el Señor Dios de Israel para los que le sirven con corazon recto!

PROPOSITOS.

1. Es artificio muy ordinario del enemigo de la salvacion hacer que se nos represente la santidad como un fruto de países muy remotos, ó que solo se produce en las cumbres de los montes mas empinados. A favor de estas falsas aprensiones, nunca nos la figuramos á tiro: nuestra imaginacion siempre nos la pinta allá entre unos lejos muy desviados y con colores poco comunes. ¿Vívese en el mundo? pues se considera la santidad como atrincherada dentro de los claustros, y cubierta con las mortificaciones y penitencias de la vida religiosa. ¿Se ha logrado la dicha de abrazar esta vida? pues piérdese el aliento en el camino de la perfeccion, porque no hay forma de concebir la santidad sino revestida de aquellas

acciones ruidosas, de aquellos prodigios de penitencia, de aquellos dones de contemplacion sublime y elevada que se admiran en la vida de los mayores santos. Corrige desde este instante una idea tan falsa y tan perniciosa; y deponiendo tu error, descubre este tesoro dentro de tu mismo terreno. Persuádete que tu perfeccion está únicamente anexa al cumplimiento de las obligaciones de tu estado. El Espíritu Santo alaba á la mujer fuerte, porque hiló, porque trabajó, porque cuidó de su casa y familia, y fué siempre obediente á su marido. Este debe ser el verdadero elogio de una señora cristiana. No gusta Dios de esas largas horas que pasas en la iglesia, ni de esas visitas de los hospitales, si la ausencia de tu casa origina mil desórdenes en la familia. No hay virtud sin órden, y tú le trastornas cuando no atiendes á las obligaciones de tu estado. Hay tiempo para todo, pero haz todas las cosas á su tiempo. Ten zelo de la salvacion de los otros, pero no descuides la tuya. Haz obras de supererogacion, pero sea en el tiempo que sobra despues de las obligatorias. Da limosna, pero paga á los criados y á tus acreedores. Esta leccion es importantísima: no cumpliendo cada uno con las obligaciones de su estado, no hay devocion, no hay virtud.

2. Sea este el primer cargo que te has de hacer en el exámen de conciencia; y sean lo primero de que te acuses en las confesiones, las faltas contra las obligaciones de tu estado. Cuenta por nada todas las devociones de mucho ruido, si faltas á estas primeras obligaciones, que por lo comun son de poco lustre, pero de gran mérito. Si eres religioso, estudia bien los deberes de tu estado, y sé exactísimo en la observancia de las mas menudas reglas. Es loable un zelo ardiente: no hay duda que el rigor de la penitencia es de grande utilidad para llegar á la perfeccion; pero si por hacer muchas cosas que no son de obliga-

cion, se dejan de hacer las que Dios manda; si con un zelo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso se quebranta habitualmente la observancia regular; si exhortande con tanta elocuencia á los demás á que sean fervorosos, puntuales y mortificados, eres tú tibio, menos rendido, poco exacto y nada humilde; ¿no te reprenderá nada tu conciencia? Pues trata desde luego de atajar estos remordimientos. Es tan importante este consejo, que no dudo lo pondrás en práctica. Consulta con un prudente y zeloso director lo que debes reformar en este punto.

DIA VEINTE Y UNO.

SAN ANSELMO,

ARZOBISPO DE CANTUARIA Ó CANTORBERY.

Fué san Anselmo uno de los mas ilustres y mas santos prelados de su siglo, y nació en Aosto, ciudad del Piamonte, el año de 1033. Era hijo del conde Gondulfo y de Ermerberga, uno y otro de las mas nobles familias de la Lombardía y del Piamonte; y como reinaban en su casa el esplendor y la abundancia, fué criado Anselmo con delicadeza y cuidado. Ermerberga, su madre, señora mas distinguida aun por su piedad que por su nobleza, conociendo las inclinaciones y máximas mundanas de Gondulfo, se encargó sola de la educacion de su hijo. A pocos dias pudo darse el parabien de su determinacion. No hubo niño mas dócil; y si la agudeza y la vivacidad de su ingenio le hicieron admirar casi desde la cuna, su candor y su bello natural le conquistaron los corazones de todos. Los progresos que hizo en el estudio de las letras humanas correspondieron á los que cada

dia iba haciendo en la virtud. Desde luego se le descubrió una devocion tan tierna á la santísima Vírgen, que nadie dudó que seria con el tiempo uno de los siervos mas amados y mas favorecidos de esta Señora.

Como las lecciones y los ejemplos de la virtuosa madre solo inspiraban al niño Anselmo el amor á la virtud y el deseo de su salvacion, se disgustó presto de las grandezas y de los oropeles del mundo. Siendo de edad de quince años se determinó á abrazar el estado religioso; mas por no desazonar á su familia, no le quisieron recibir. Entristecióse tanto con esta repulsa, que le costó una enfermedad; pero no le duró mucho el fervor.

Entibióse en él luego que recobró la salud, y no contribuyó poco para apagarle del todo la muerte de la condesa su madre. El poco caso que el conde hacia de él, su vida no muy cristiana, y su poca inclinacion á la virtud, dejaron al jóven Anselmo tanta libertad, que presto pasó á ser disolucion; aunque esta no duró mucho tiempo. Dios se sirvió de la aversion que concibió su padre contra él para volverlo al buen camino. No hubo sumision ni rendimiento que Anselmo no practicase para desenojar á su padre irritado, de quien habia sido el ídolo hasta entonces; pero de nada sirvió sino de enconar mas aquel corazon irreconciliablemente enfurecido. No quiso Gondulfo ver mas á su hijo; y Anselmo tomó la resolucion de ausentarse, pareciéndole que esto podria contribuir á templar el enojo de su padre: retiróse á Francia donde pasó tres años sin saber á qué determinarse.

Esta misma indecision despertó en él su antiguo amor á los libros; y llegando á su noticia la fama de Lanfranco, que tambien habia pasado á Francia desde Lombardía, resolvió pasar á la abadía de Bec en Normandía, donde se hallaba prior aquel insigne hombre. En la escuela de tan hábil como santo maes-

tro aprendió la filosofía y la teología, en cuyas facultades hizo tan ventajosos progresos, que ellos mismos encendieron mas su ardiente pasion por el estudio. Considerando un dia la penosa vida que llevaba solo por hacerse sabio, se avergonzó de lo poco que trabajaba para hacerse santo; y esta reflexion volvió á encender en él los antiguos deseos de abrazar el estado religioso. Abrazólo finalmente, siendo de edad de 27 años, en la misma abadía de Bec, recibiendo el hábito de manos de Herluino, que era su abad, y habia sido su fundador. Fueron tan extraordinarios y tan rápidos los progresos que hizo en la perfeccion religiosa, que habiendo sido electo abad de San Estevan de Caen el célebre Lanfranco, fué Anselmo sucesor suyo en el priorato de Bec tres años despues de su noviciado.

Los monjes mas antiguos de aquella abadia, no obstante su virtud, no pudieron disimular el resentimientillo que esta preferencia les causaba; pero á poco tiempo supo Anselmo calmar los ánimos, ganándose los corazones con su dulzura, con su humildad y con su invencible paciencia. Parecia que solo le habian hecho superior para ser mas oficioso, y para prevenir hasta las mas menudas necesidades de los monjes. Su caridad no tenia límites; pero menos parece que los tenia su mortificacion. Ayunaba todos los dias, y maceraba su cuerpo sin piedad. El estudio y la oracion le ocupaban casi todo el tiempo que le dejaban libre las obligaciones del oficio. No contento con orar, enseñaba á otros á tener oracion. Todo cuanto se veia en él era instruccion y enseñanza: el porte, la modestia, las conversaciones, hasta el mismo silencio, todo inspiraba amor á la virtud. Con estas mudas lecciones del jóven prior refloreció presto la disciplina regular en el monasterio; solos sus ejemplos despertaron el primitivo fervor.



S. ANSELMO, ARZ.

Pero lo que sobre todo hizo célebre en toda Europa la abadía de Bec, fué la aplicacion y la gracia que tenia Anselmo para educar la juventud. Sus modales gratos, dulces, cortesanos, con una prudente indulgencia, acompañada de una ficiosa y suave severidad, yendo en todo delante con el ejemplo, eran los eficacísimos medios de que se valia para allanar todas las dificultades. Escribiéndole un abad demasiadamente rígido que se quejaba de la poca docilidad de sus súbditos, el santo le respondió: « ¿Cómo quieres que reine en tu casa la paz y la observancia, si no aciertas á alimentar á tus hijos mas que con hiel y amargura? » A otro monje jóven le decia en cierta ocasion: « ¿Quieres ser feliz en la vida religiosa? pues olvídate del mundo, y alégrate mucho de que el mundo se olvide de tí. El mayor tirano del monje, añadia, es la propia voluntad; porque solo sirve para turbar su quietud, y para hacerle padecer cada dia nuevos tormentos. El claustro es el verdadero paraiso terrenal para aquel que puede decir: No vivo yo, sino Cristo en mí. »

No hubo en su tiempo hombre mas estimado, ni que mas mereciese serlo. Concurrian de todas partes sugetos de la primera calidad á ponerse debajo de su gobierno; y su virtud no solo eminente, sino apacible, y aun culta, convirtió la abadía de Bec en un seminario de santos.

Ya no permitia á Herluino su avanzada edad atender á los negocios del monasterio; y así encargó todo el peso del gobierno á la prudencia de su santo prior. Pero esta multitud de ocupaciones no le sirvieron de estorbo para enriquecer al público con excelentes obras, cuales fueron los libros *de la verdad de la existencia de Dios, de su esencia y atributos; de la caida de los ángeles; y del libre alvedrío.* Sus cartas y sus tratados sobre la oracion están llenos de una

doctrina tan espiritual, y de una mocion tan exquisita, que muestran bien no haber sido nuestro santo menos eminente en los sublimes secretos de la teología mística, que en los puntos mas profundos de la teología escolástica.

Muerto el venerable abad Herluino, tuvieron poco que deliberar los monjes en la eleccion del sucesor. Fué inútil la suma tenacidad con que se resistió Anselmo; vióse precisado á rendirse á una eleccion que fué aplaudida de todos. Pero la nueva dignidad solo sirvió para que brillase desde mas alto su virtud, creciendo su fervor al paso de los años. Tan humilde, tan mortificado y tan exacto era cuando abad, como lo habia sido cuando novicio. No se observó la menor alteracion en su dulzura, en su modestia y en su apacibilidad, de manera que solo se conocia que era superior porque era el primero en todos los ejercicios mas humildes y mas penosos de la observancia regular.

Obligado á pasar á Inglaterra por algunos negocios de la abadía, creció con su presencia el elevado concepto que ya se tenia en aquel reino de su mérito y de su virtud. Todos los grandes, y hasta el mismo rey Guillelmo I, llamado el Conquistador, le veneraban como santo, y le oian como oráculo. No le veneró menos que su padre el rey Guillelmo II; pero se aprovechó poco de sus consejos. Habia cinco años que estaba vacante la silla de Cantorbery, por muerte del célebre Lanfranco; y dejando el rey aquello que juzgaba ser bastante para mantenerse los monjes y los clérigos, habia incorporado en su dominio todas las demás rentas de dicha iglesia. Hízose sordo aquel monarca así á las amenazas del pontífice, como á las justas quejas y representaciones de los buenos, sin dar oidos mas que á su pasion, hasta que la pesada mano del Señor se agravó sobre él, enviándole una

peligrosa enfermedad. Estremecióle el miedo del juicio de Dios, y le pareció que el mejor medio de reparar los males que habia hecho á la Iglesia, era nombrar á Anselmo por arzobispo de Cantorbery. No pudo ser mas aplaudida la eleccion del rey; pero tampoco pudo ser mayor la resistencia de Anselmo. Lleváronle como arrastrando hasta el cuarto del rey, proclamándole arzobispo; pero ni las lágrimas de todo el clero, ni los ruegos de los prelados, ni las órdenes del rey pudieron vencer su resistencia. Fué preciso acudir á motivos de conciencia y de religion. Cedió á la obediencia; pero las copiosas lágrimas que derramó en la ceremonia de su consagracion, que se celebró el dia 4 de diciembre del año de 1093, acreditaron bien lo mucho que le costaba aquel violento sacrificio.

Apenas recobró el rey la salud, cuando se arrepintió de su eleccion. Hízole el nuevo arzobispo representaciones llenas de respeto, pero que no fueron de su agrado. La religiosa constancia del prelado en reconocer á Urbano II por legítimo pontífice, su valor en defender los bienes de los pobres y los derechos de la Iglesia, y su blando, pero generoso teson en corregir los abusos y en reformar las costumbres, enconaron contra él el corazon de aquel príncipe. Pasó nuestro santo á verse con él, y no perdonó á medio alguno para conciliarse su benevolencia; pero desde luego conoció los muchos trabajos que le amenazaban. No por eso se acobardó, antes se animó mas su ardiente y generoso zelo. Restituido á su iglesia, se aplicó enteramente á la reforma de las costumbres y al alivio de los pobres. Produjeron todo su efecto así las crecidas limosnas que hizo, como los grandes ejemplos que dió, acreditando que nada puede resistir al zelo y á la virtud de un obispo santo.

Noticioso Anselmo de lo irritado que estaba contra

él el ánimo del rey, juzgó que su ausencia podria conducir para templarle. Pasó á la corte, y pidió licencia á aquel monarca para ir á recibir el palio de mano del papa Urbano II. Lo mismo fué oir esto el rey, que encenderse en cólera, declarándo desde luego que durante el cisma no queria se reconociese en Inglaterra á otro papa que al que él mismo reconociese. Conformóse cobardemente con el rey la junta del clero convocada en Rochingham, en la cual presidia nuestro Anselmo. Pero este tomó á su cargo descubiertamente y con el mayor empeño la defensa del papa Urbano. Representó que habia aceptado el arzobispado con la precisa condicion de reconocerle; mas no fué oido, porque la adulacion, la política y el interés abrazaron el partido del antipapa; el rey y los prelados se declararon por el cisma, y despues de llenar de injurias á Anselmo, protestaron no reconocerle ya por primado.

No es fácil explicar lo mucho que padeció el santo arzobispo. El cortesano que le insultaba mas, ese hacia mejor la corte al rey, alegando por mérito el insulto. Quitáronle los criados que eran de su mayor confianza; desterraron á sus mejores amigos; estudiaron todos los modos y arbitrios de desazonarle; pero la ansia que tenia de ser humillado y de padecer, le preservó aun de la menor impaciencia. Embargáronle sus rentas, persiguiéronle, despreciáronle, maltratáronle; pero tan invencible fué su heróico sufrimiento como su fe acrisolada. En fin, reconciliado el rey con el papa Urbano, despues de haberse separado del cisma, no dejó piedra por mover para interesar al pontífice en su favor y hacer que depusiese á Anselmo; pero solo consiguió que el papa le estimase mas, enviándole el palio, y declarándose protector y defensor suyo en todas ocasiones.

No podia durar mucho tiempo la paz entre la ava-

ricia del rey, que queria absolutamente absorberse todas las rentas de la iglesia de Cantorbery, y la delicada conciencia del santo que no podia permitirlo. Juzgó este que debia prevenir la tempestad, y se retiró á Francia con ánimo de pasar á Roma. Las fatigas del viaje unidas á sus excesivas penitencias le detuvieron en Leon, desde donde escribió al papa representándole la repugnancia con que habia aceptado el arzobispado, y suplicándole se sirviese exonerarle de él, sin obligarle á pasar los Alpes; mas su Santidad, lejos de dar oidos á sus instancias, le ordenó que se llegase á Roma, donde le recibió con la mayor ternura, y con toda la distincion que se merecia uno de los mas sabios y mas santos prelados de la Iglesia. Mandó que le pusiesen cuarto en su mismo palacio de Letran, y con la presencia de Anselmo creció el grande concepto que ya tenia de su virtud. Instruido el papa de lo mucho que habia padecido por defender los derechos de su Iglesia, admiró su paciencia, y mucho mas la moderacion con que se quejaba del rey; pero haciéndosele mas insufribles las honras con que le distinguian en Roma que los malos tratamientos que habia recibido en Inglaterra, suplicó á su Santidad le diese licencia para retirarse á Telesio, ciudad del reino de Nápoles, á la abadía de San Salvador, cuyo abad habia sido discípulo suyo en la de Bec.

En el retiro de la soledad se le renovó el disgusto con que miraba el obispado, y así hizo nuevas instancias al papa para que le permitiese renunciarlo; pero fueron tan sin fruto como las antecedentes. Estando en aquel santo retiro, tuvo órden de pasar á Bari para asistir al concilio que se celebraba en aquella ciudad. Dejóse ver y oir con general estimacion, y habló con tanta energía y con tanta elocuencia contra el error de los Griegos, probando con tanta solidez el dogma

de la Iglesia sobre el modo con que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que así el papa como el concilio exclamaron que el mismo Espíritu Santo habia hablado por boca de Anselmo. Como fué tan elevado el concepto que formaron todos de aquel hombre verdaderamente grande, quisieron los padres instruirse á fondo de los motivos que habia para perseguirlo; conocieron toda la iniquidad y toda la malicia; y ya estaba el papa resuelto á fulminar excomunion contra el rey de Inglaterra, cuando fueron tantos los ruegos y aun las lágrimas de nuestro santo, que estorbó con ellas que se pasase á este extremo.

Concluido el concilio, volvió á Roma en compañía del papa, y asistió á otro concilio que se celebró en aquella ciudad, donde le oyeron con la misma veneracion que en el de Bari. Las extraordinarias honras que le tributaban en Italia, le obligaron á buscar en Francia un asilo á su humildad. Consiguió finalmente licencia para volver á pasar los Alpes; y Hugo, arzobispo de Leon, le recibió con especial alegria. Pero no pudo detenerse mucho en aquel reino por la funesta muerte del rey Guillelmo, que sucedió el año de 1100; su sucesor Henrique II le llamó á Inglaterra, pero no le dejó vivir mas en paz que su predecesor. Suspendió, por decirlo así, la nueva persecucion el papa Pascasio II, sucesor de Urbano; y Anselmo se aprovechó de esta especie de treguas para dedicarse á la reformacion de las costumbres. Celebró en Londres un concilio nacional en que restableció la disciplina eclesiástica, restituyéndola á su primitivo vigor, instruyó al pueblo con sus palabras y escritos, pero mucho mas con sus ejemplos.

Habiéndose renovado entre el arzobispo y el rey la antigua diferencia sobre las investiduras, se vió precisado á emprender segundo viaje á Roma, donde el papa Pascasio excedió á su predecesor en las honras

que hizo á nuestro santo. Informado el rey de la general aprobacion que habia merecido la conducta de Anselmo en aquella corte, le prohibió que volviese á Inglaterra; y obedeciendo el arzobispo, escogió por lugar de su destierro Leon de Francia, donde pasó diez y seis meses dedicado enteramente á los mas fervorosos ejercicios de piedad.

Pero Adela, hermana del rey, que profesaba singular veneracion á nuestro santo, no pudo permitir que estuviese mas tiempo en su destierro. Toda la Inglaterra clamaba por su primado, y la iglesia de Cantorbery por su arzobispo y por su apóstol. Hízole la condesa pasar á Normandia, donde le restituyó á la gracia del rey, el cual, depuestas sus preocupaciones, reconoció la virtud del arzobispo, que acreditaba Dios cada dia con grandes milagros. Recibióle con respeto, abrazóle con ternura, y le volvió á colocar en la pacífica posesion de todos sus derechos.

No gozó Anselmo largo tiempo de esta tranquilidad; una larga enfermedad le detuvo en la abadía de Bec, y no pudo restituirse á su iglesia hasta el año de 1107. Fué recibido en ella con la pompa que inspira á todos los pueblos el respeto y la ternura que profesan á la santidad; y no estuvo ocioso en aquella calma, porque se aplicó el vigilante pastor á apacentar sus ovejas con mayores desvelos y con mayor zelo.

Causa verdaderamente admiracion cómo este gran santo, en medio de una salud tan débil y tan quebrantada con sus excesivas penitencias, con tantas y tan molestas persecuciones, con tantos trabajos y fatigas, pudo encontrar tiempo para enriquecer la Iglesia de Dios con tan prodigioso número de obras excelentes, en las cuales no se sabe qué debe admirarse mas, si su profunda erudicion y sabiduría, ó su tierna y fervorosa piedad. Son pocos los doctores de

la Iglesia que hayan tratado los dogmas mas elevados y las cuestiones mas espinosas y sutiles con tanta precision y solidez como este hombre verdaderamente grande. A él le debe la teología escolástica su método, y la mística ó ascética sus progresos.

Aunque en todos sus escritos se deja reconocer la ternura de su devocion, en ninguno brilla mas, ni se derrama con mayor abundancia, que en sus meditaciones sobre la pasion de Cristo, y siempre que trata de las excelencias de la Vírgen. La devocion á la Madre de Dios nació con él, y creció al paso de sus años. Fué uno de los primeros doctores de la Iglesia que hablaron con mayor énfasis y con mayor energía de su inmaculada Concepcion. No podia reprimir las lágrimas en el altar, ni cuando oia hablar de los privilegios y del poder de la santísima Vírgen.

Habia tres años que Anselmo gobernaba en paz su iglesia de Cantorbery, acabando de consumir las pocas fuerzas que le restaban en las penosas tareas de su pastoral ministerio, cuando reconoció que se acercaba su fin. Redobló visiblemente los ardientes esfuerzos de su fervor; y como su gran debilidad no le permitiese celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa, se hacia llevar á la iglesia para asistir á él. Finalmente, el miércoles santo del año de 1109, que cayó en 21 de abril, estando tendido sobre la ceniza, cubierto con un áspero cilicio, mientras le leian la pasion del Señor, rindió en sus manos dulcísimamente aquel bienaventurado espíritu, á los diez y seis años de arzobispo, y á los setenta y seis de su vida.

Los muchos milagros que hizo san Anselmo en vida, y los que obró Dios en su sepulcro despues de muerto, le hicieron célebre y glorioso. Consérvanse sus reliquias en diversas iglesias, como en Colonia, Praga, Bolonia, Amberes; donde están expuestas á

la pública veneracion. La Iglesia le venera como á uno de sus ilustres doctores, y en sus escritos dejó eternos monumentos de su ingenio, de su piedad y de su sabiduría.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cantorbery en Inglaterra, san Anselmo obispo, ilustre por su santidad y doctrina.

En Persia, el tránsito de san Simeon, obispo de Seleucia y de Tesifonte, el cual, habiendo sido preso por órden de Sapor rey de Persia, fué llevado cargado de cadenas delante de los inicuos tribunales, y como no quisiese adorar al sol, antes bien diese testimonio á Jesucristo con gran libertad y entereza, fué encerrado en una estrecha prision, en donde habitó largo tiempo con otros cien cristianos, entre los cuales se contaban obispos, presbíteros y clérigos de diferentes órdenes. Ustazanes, padre nutricio del rey, que habia apostatado de la fe, y despues hizo penitencia de su pecado, exhortado por san Simeon, sufrió con grande esfuerzo el martirio: al dia siguiente, que era Viernes Santo, todos los compañeros de este santo obispo fueron degollados en su presencia, exhortando él á cada uno en particular: por último le cortaron la cabeza. Con él fueron martirizados Abdécalas y Ananías, presbíteros suyos, y varones esclarecidos. Pusicio, superintendente de los artífices del rey, por haber animado á Ananías que parecia vacilar, taladrándole la garganta y arrancándole la lengua por la herida, espiró en este cruel suplicio: despues martirizaron á su hija, que era una vírgen consagrada á Dios.

En Alejandría, los santos mártires Arátor presbítero, Fortunato, Félix, Silvino y Vidal, que murieron en la cárcel.

El mismo dia, los santos Apolon, Isacio y Crotates, martirizados en tiempo de Diocleciano.

En Antioquia, san Anastasio el Sinaita, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Anselmum ministrum tribuisti; præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste al bienaventurado Anselmo ministro de la eterna salvacion de tu pueblo; suplicámoste nos concedas que merezcamos tener por intercesor en el cielo, al que tuvimos por maestro y por doctor en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

***La epistola es del cap. 4 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia* IV, *pág.* 116.**

NOTA.

« Hallándose el apóstol san Pablo, el año de 65 ó » 66 del Señor, en vísperas de acabar su carrera y » terminar sus trabajos por el martirio, escribió esta » carta á su amado discípulo Timoteo, instándole á » que sin perder tiempo fuese á verse con él. Profe- » tiza en ella las diversas herejías que debian turbar » la Iglesia, y le exhorta á que predique el Evangelio » á pesar de la oposicion que habia de hacer el de- » monio. »

REFLEXIONES.

Veniet enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt. Vendrá tiempo en que no podrán sufrir la doctrina sana. Pregunto: ¿y no ha llegado ya este desgraciado tiempo? ¿qué caso se hace hoy de la doctrina de Jesucristo? ¿qué respeto se profesa á sus mandamientos? ¿qué rendimiento á su voluntad? ¿qué sumision á las decisiones de la Iglesia?

El espíritu del mundo se erige el dia de hoy en tribunal supremo, al cual pretende que deben estar sujetas las mas sagradas máximas del Evangelio, las mas respetables verdades de la religion, y hasta la doctrina del mismo Jesucristo. Todo se examina, todo se proscribe; todo se condena segun el capricho, segun las débiles ideas del entendimiento humano. Preténdese que un entendimiento tan limitado que no puede penetrar las verdaderas causas de los efectos naturales mas comunes, que ignora lo mismo que palpa y ve, que no descubre la formacion maravillosa de una hormiga, ni las propiedades de la hojita de un árbol; preténdese, digo, que este limitadísimo entendimiento, medio sepultado dentro de la carne, y esclavo siempre de las pasiones en el mundo, ha de ser juez supremo en materia de dogma y de doctrina. Todo lo que no es conforme á la extravagancia de su juicio y de sus inclinaciones, se reprueba; todo lo que es contrario al error de los sentidos, se proscribe. La pasion es siempre como el substituto ó lugarteniente del entendimiento en sus juicios sobre la moral: por aquí podremos conocer la rectitud y la justicia de sus decisiones. La fe sigue ordinariamente la suerte de la moral. Luego que la pasion se apodera del tribunal de la religion, y quiere presidir en él, rompe los diques el error, y todo lo inunda; entonces todo es descamino, todo ilusion, todo orgullo, todo obstinacion. Presto ciega del todo el que ni ve, ni quiere ver, sino con la luz medio apagada de su propio entendimiento. Este es el destino de los que no pueden tolerar la sana doctrina; ni los sentidos ni el amor propio se acomodan con ella: vencerse, violentarse, mortificarse, es una doctrina incómoda, pero al fin esta es la doctrina sana, porque es la del Evangelio. Mas el amor propio busca otros maestros que le enseñen al gusto de sus deseos.

Mil veces se ha dicho, y siempre será verdad el decirlo, que el entendimiento es ordinariamente el juguete de la voluntad. ¿De dónde nace sino ese espíritu de error y de partido? ¿de dónde esa obstinada eleccion en seguir senderos singulares que desvían del camino real? ¿de dónde el fogoso empeño en sostener y en defender sus extravíos? La moral del Evangelio, la doctrina sana estrecha demasiado, y el amor propio quiere vivir á sus anchuras. ¿Pues qué se hace para evitar los remordimientos importunos, y para acallar una conciencia que asusta y desasosiega? Pártese la diferencia: al amor propio, al corazon y á las pasiones se las confirma en todos sus derechos, y al entendimiento se le deja todo lo que oprime, todo lo que espanta, y aun todo lo que desespera. De aquí proviene que personas por otra parte de unas costumbres estragadísimas, y cuya vida es una disolucion, tienen unos principios de moral sumamente estrechos, unos dogmas excesivamente severos. No hay hereje, y por lo comun hay pocos libertinos que no hagan estas partijas. Cuando la verdad turba nuestra delicadeza, cuando asusta á la conciencia, cuando declara la guerra á la pasion, *à veritate auditum avertent*, vuélvese la cabeza al otro lado, ó se tapan los oidos para no escuchar lo que dice. Pero ¿qué se adelanta con este grosero artificio? descaminarse sin remordimiento, y perderse con seguridad.

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo, y el mismo que el dia IV, *pág.* 119.

MEDITACION.

DE LA CONVERSION VERDADERA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas ordinaria que conversiones aparentes, y acaso tampoco la hay mas rara

que una conversion verdadera. Gran prueba son de esta verdad las frecuentes recaidas. Conoce uno que es pecador, confiesa su iniquidad, acúsase de sus culpas; pero ¿detesta íntimamente sus pecados? El espíritu está humillado; pero ¿está igualmente contrito el corazon?

Si consistiera la verdadera conversion en declarar sus maldades, en reconocer sus desaciertos y en sentir alguna displicencia, algun dolor de sus faltas, muchos estarian convertidos que en medio de todo esto mueren impenitentes. Judas reconoció y confesó su pecado, Antíoco lloró los suyos; y ni uno ni otro se convirtieron. Los mas se confiesan en las principales fiestas; pero ¿cuántos se convierten en ellas?

Es necesaria la conversion del espíritu, es indispensable la conversion del corazon; sin esto no hay conversion verdadera. Es menester mudar totalmente de ideas, de principios y de motivos. Hallabas antes razones de equidad, de necesidad, de congruencia para esos contratos usurarios, para esa vida poco cristiana, para esas frívolas dispensaciones; si te has convertido de veras, ya es preciso pensar todo lo contrario. Pareciante difíciles y aun impracticables los mandamientos de la ley de Dios; no consultabas mas que á tu pasion, á tu inclinacion, á tu amor propio. ¿Estás verdaderamente convertido? pues deshiciéronse esos encantos, y esos atractivos se desvanecieron. Ya no solo te parece posible, sino justa, dulce, fácil la ley santa de Dios; ya no sigues tu inclinacion; el Evangelio es la única regla de tu vida; ya te parecen falsas y aparentes las brillanteces del mundo, sus placeres amargos, sus diversiones insulsas, sus halagos insípidos; ya apenas aciertas á concebir cómo un hombre de razon puede ser libertino, cómo un corazon criado para el verdadero bien puede hallar gusto en lo que es veneno y ponzoña; ya sientes una especie de in-

dignacion contra tu propia necedad. ¿Es posible que siendo yo cristiano haya podido ser vicioso? ¿es posible que creyendo unas verdades tan terribles como las que creo, haya podido vivir tan descaminado? ¿es posible que experimentando en mi mismo la vanidad, la nada y aun la amargura de estos falsos deleites, haya hecho de ellos mi ídolo? Estos son los ordinarios efectos de una verdadera conversion; ¿tiene la mia estas señales?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque la verdadera conversion esté principalmente en el corazon y en el espíritu, no por eso deja de ser muy visible. El aire, los modales, la conducta, el traje, las conversaciones, todo grita que el corazon está verdaderamente convertido. Los objetos son los mismos, pero no hacen la misma impresion; puede ser que se encuentren los mismos estorbos, las mismas dificultades; pero se siente nuevo vigor, nuevo aliento. El mundo presenta sus rosas, pero se las trata como si fueran espinas; y como ya no se discurre sino por los principios del cristianismo, tampoco se habla sino segun las máximas y las verdades de la religion.

Es de admirar que se padezcan tantas equivocaciones en materia de conversion, siendo así que no hay cosa mas visible que las señales que la caracterizan. No solo se tiene horror al pecado; se tiene por lo menos otro tanto á las ocasiones de pecar. No solo se huye de la culpa, sino del lugar y de la persona que sirvió de tentacion. No solo se destierra el jugador del juego, pero aun de la casa donde se juega; porque, desengañémonos, el que solo se convierte á medias, no está verdaderamente convertido.

¿Quieres ver un perfecto retrato de una verdadera conversion? Pues pon los ojos en la Magdalena; ella

detesta sus culpas, y como el motivo de su dolor es el amor de su Dios, no guarda medidas; y asi se le perdonan todos sus pecados, porque amó mucho. No se habia avergonzado de ser pecadora; pero se avergüenza mucho menos de parecer arrepentida. Arrójase á los piés del Salvador en la misma sala del convite; no busca la oscuridad, antes quiere entienda todo el mundo que está ya convertida. Es grande su confusion, pero es mucho mayor su resolucion y su aliento. Y despues de este paso, ¡qué vida fué la suya! ¡qué perseverancia en ella!

Ya no se aparta mas del lado de Jesucristo; mira con horror al mundo, y desea que el mundo la mire con horror á ella. Su devocion no está pendiente de la prosperidad, su fervor es inalterable; sigue al Salvador no solo hasta el Calvario, sino hasta el sepulcro; tanto excitan su amor las ignominias que Cristo padece, como los milagros que hace. ¡Qué deseo, qué ardor, qué ansia por hurtar, si pudiera, el cuerpo de su divino Maestro despues de sepultado! Ni la enorme y pesada piedra del sepulcro, ni el sello del príncipe, ni la compañia de los soldados que la guardaban, son capaces de entibiar su fervor, ni de desalentar su ánimo. Así piensa, así obra, así se muestra siempre una alma verdaderamente convertida. Concluyamos de aquí que hay pocas conversiones verdaderas, y juzguemos tambien esto mismo por la poca perseverancia.

Relájase san Anselmo, y cae en el desórden; sus caidas no son extraordinarias : pero una vez que conoce su perdicion con el auxilio de la divina gracia, ¡qué arrepentimiento, qué mudanza, qué firmeza! Convirtióse una vez de veras, y jamás se desmintió. ¡Mi Dios, qué debo yo pensar de mis frívolos arrepentimientos, de mis inconstantes propósitos, de mis ineficaces deseos!

No permitais, Señor, que suceda lo mismo con esta mi presente conversion; detesto mis pecados, siento un verdadero deseo de convertirme y de mudar de vida. Pero ¿de qué me servirán estos propósitos si no son eficaces? Haced que lo sean con vuestra gracia, y que sea este el primer dia de mi perfecta conversion.

JACULATORIAS.

Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis. Salm. 67.
Confirma, Señor, y haz eficaces los deseos que tú mismo me has inspirado.

Redde mihi lætitiam salutaris tui : et spiritu principali confirma me. Salm. 50.
Restitúyeme, Señor, aquel espíritu de alegría que debe ser la prenda de mis paces con vos; pero dame al mismo tiempo el espíritu principal de la firmeza y de la perseverancia.

PROPOSITOS.

1 Puesto que la conversion no es otra cosa que un volverse el alma á Dios, es de extrañar que haya tan pocas conversiones sinceras. ¿A quién se pretenderá engañar con esas resurrecciones aparentes, y qué fruto se sacará de esas hazañerías? Si la conversion es verdadera, ¿cómo no es constante? Y si el propósito es falso, ¿qué será la penitencia? Tantas confesiones sin enmienda no pueden tranquilizar nuestra conciencia; pero ¿estará mas tranquila cuando se prosigue pecando sin confesarse? No dilates un punto el poner remedio á este inagotable manantial de remordimientos. Sea tu confesion en esta Pascua efecto de una conversion verdadera, y para esto haz que tenga todas las señales. Detestas tus pecados; pero mira con horror todas las ocasiones de pecar. Es ilusion imaginar posible una voluntad séria de no pecar.

sin una resuelta determinacion de romper toda comunicacion con el cómplice. ¿Estás resuelto á llevar una vida cristiana? pues comienza desde hoy á moderar esos excesos en las galas, esa refinada delicadeza, esos aparatos de profanidad; comienza prohibiéndote esa frecuente asitencia al juego, esos cortejos en que se gasta el tiempo en algo mas que en cosas inútiles, esa vida regalona, esos dias ociosos y vacíos. Sin reforma no hay conversion; por aquella se conoce esta. Ese aire, esos modales, esa fantasía, toda esa conducta no corresponde á la santidad de tu estado. No se pase el dia de hoy sin que des señales visibles de tu conversion verdadera. Comienza por la observancia de esas reglas que quebrantas sin remordimiento; por deshacerte de ese espíritu de propiedad y de propia voluntad, que algun dia te harán gemir, si no te reformas desde luego; no cuentes mucho con esas licencias vagas y generales, con esas dispensaciones abusivas, con esos estilos poco religiosos, que en la hora de la muerte sobresaltan justamente á la conciencia; comienza hoy á vivir como quisieras morir: esta es la resolucion mas importante.

2. La contricion es interior; pero la conversion debe ser visible. Jesucristo resucitó, decia el ángel á las mujeres que le iban á buscar en el sepulcro; ya no está aquí: *Surrexit, non est hic.* Este es el verdadero modelo de una alma verdaderamente convertida. Detestas ya los desórdenes de tu vida pasada, tu conducta poco regular, tus frecuentes recaidas, tu vida regalona, inútil, entretenida; pues haz que despues de esta Pascua se pueda decir con verdad: Fulano resucitó: *Surrexit*; y así no hay ya que buscarle en esas concurrencias del mundo, en esas ocasiones próximas, en esas costumbres de pecar, porque *non est hic*, ya no está aquí; en nada de esto se le encuentra: no se le halla en esas diversiones poco inocentes, ni asiste á

esas tertulias peligrosas; su frecuente asistencia á la iglesia, su respeto y su devocion en el templo, y aquella moderacion, aquella apacibilidad en el trato, aquella circunspeccion, son visibles pruebas de su perfecta resurreccion. ¿Y porqué no podrás tú lograr desde hoy el dulce consuelo de notar en tí mismo estas pruebas? Acaso será esta la postrera Pascua para tí. ¡Qué locura es dilatar para el año que viene, que para muchos no vendrá, una conversion que aun ahora es acaso ya demasiado tardia! Postrado, pues, delante de un crucifijo, díle á Dios resueltamente, ó que no quieres convertirte jamás, ó que con el socorro de su gracia quieres hacerlo desde este mismo momento.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN SOTERO Y SAN CAYO, PAPAS Y MÁRTIRES.

San Sotero, tan recomendable por su caridad y por su zelo, fué natural de Fundi, en el reino de Nápoles. Nació á fines del primer siglo, ó á los principios del segundo. Tuvo la dicha de ser educado en el seno de la Iglesia en aquellos felices dias de su primitivo fervor, y asi tomó todo su espiritu. Su larga mansion en Roma en un tiempo en que la fe y la piedad de los Romanos servian de modelo á todas las iglesias del mundo, no contribuyó poco á que se hiciese tan célebre en el clero, así por su virtud como por su sabiduría. Venerábanle como á santo, y oianle como á oráculo; y asi habiendo muerto san Aniceto por los años de 161, fué san Sotero elegido unánimemente por sucesor en la silla de san Pedro.

Esta suprema dignidad no sirvió mas que para dar nuevo lustre á su eminente virtud, y para que brillase

mas aquella ardiente caridad que fué siempre el carácter de nuestro santo. Dióle ocasiones oportunas para que la ejercitase, durante el tiempo de su pontificado, el emperador Marco Aurelio, por la cruel persecucion que excitó contra los cristianos. No fué solo Roma el teatro donde triunfó la paciencia de los fieles; todo el mundo fué testigo, y á un mismo tiempo admirador de su magnanimidad y de su constancia. Unos, enterrados vivos en profundos calabozos, oprimidos con el peso de los hierros, ó sepultados en las minas; otros, despedazados en los cadalsos, ó expuestos á las fieras en los anfiteatros: tal era el espectáculo que ofrecian á los ojos del mundo los cristianos, cuando san Sotero se encargó del gobierno de la Iglesia, con lo que tuvo ocasion de emplear toda su vigilancia y sus desvelos en descubrir las necesidades espirituales y corporales de aquellos santos confesores, y todo su zelo en remediarlas.

Excediendo su caridad á la de los santos pontífices sus predecesores, no omitió diligencia alguna para recoger cuantas limosnas pudo, y enviarlas, como aquellos habian hecho, á las iglesias de diferentes ciudades, acompañándolas de instrucciones muy saludables en las cartas que les escribió, para exhortar á los fieles á mantenerse firmes en la fe, á vivir unidos entre sí con los obispos y pastores que los gobernaban, á sufrir con paciencia y aun con alegría las crueles persecuciones y tormentos que padecian por amor de Jesucristo, y que les merecian la corona del martirio.

Pero el que así comunicaba los efectos de su caridad hasta los últimos ángulos del mundo, ¿cómo hubiera podido olvidar á los que estaban padeciendo, digámoslo así, delante de sus mismos ojos? Era, pues, digno de la mayor admiracion ver á aquel gran papa, oprimido de años y trabajos, buscar en

persona á los cristianos dentro de las cavernas y lugares subterráneos, alentarlos con sus palabras, animarlos con sus ejemplos, y mantenerlos con sus continuas limosnas.

Aunque la caridad de nuestro santo á ningun pobre excluia, principalmente la practicaba, y aun la doblaba con aquellos que estaban padeciendo por Jesucristo, ya en las cárceles, ya en las minas, donde muchas veces se hallaban destituidos de todo socorro, como se reconoce sobre todo por la carta que le escribió san Dionisio, obispo de Corinto. « Desde luego, dice, te acostumbraste á derramar tu beneficencia sobre los hermanos, enviando á muchas iglesias con que mantenerse : aquí socorres á los pobres en sus grandes necesidades; allí asistes á los que trabajan en las minas; en todas partes renuevas la generosa caridad de tus antecesores, socorriendo á los que padecen por Jesucristo. El bienaventurado obispo Sotero no se contenta con seguir sus ejemplos, sino que sobrepuja su caridad; no solo cuida de buscar y recoger limosnas, enviándolas á los santos, sino que recibe con amor paternal á todos los hermanos que acuden á él, los consuela con sus palabras, los alienta con sus ejemplos y les asiste con sus socorros. »

No se contentaba Sotero con aliviar á los generosos confesores de Cristo con las grandes limosnas que les hacia; alentábalos, manteníalos, fortificábalos en la fe por medio de sus cartas, que inspiraban á todos los fieles nuevo fervor : así las leian con veneracion en las iglesias. « Hoy celebramos el santo dia del domingo, continúa el santo obispo de Corinto, y hemos leido vuestra epístola, que proseguiremos leyendo para nuestra instruccion. »

Ni se dedicó con menor zelo á prevenir y atajar todo cuanto podia corromper la pureza de la fe

que los herejes pretendian alterar, principalmente despues de la muerte de los apóstoles. Opúsose con vigor y fortaleza á los montanistas ó catafrigas, cuya herejía comenzó á sacar la cabeza en su pontificado; y lo hizo con tanta valentía y con tanta felicidad por medio de sus sabios escritos, que muchos años despues no se echaba mano de otras armas para combatir á Tertuliano, cuando se declaró sectario suyo.

Atento Sotero á todas las necesidades de la Iglesia, hizo muchos reglamentos, entre los cuales hay uno que prohibe á las vírgenes consagradas á Dios tocar los vasos y ornamentos sagrados, como tambien ministrar el incienso en el oficio divino. Gobernó san Sotero la Iglesia por espacio de ocho ó de nueve años. No podia faltar la corona del martirio á un vida tan pura, tan santa y tan apostólica como la suya, en un tiempo en que todo el infierno parecia haberse desencadenado contra los cristianos. Despedazadas en todas partes las ovejas, era consiguiente que el pastor no escapase del furor de los tiranos; y aunque ignoramos el género de martirio con que nuestro santo ilustró la fe, en todos los martirologios le hallamos contado en el número de los santos mártires. Sergio II trasladó su cuerpo del cementerio de Calixto á la iglesia de Equicio, dedicada á san Silvestre y á san Martin. Venéranse en Toledo algunas reliquias suyas. y se celebra su fiesta en aquella iglesia con grande solemnidad. Tambien guardan algunas en la suya los jesuitas de Munich en Baviera, y las con servan con mucha veneracion.

El mismo dia celebra la Iglesia la fiesta del santo pontífice Cayo, originario de Dalmacia y pariente del emperador Diocleciano. Es probable que sus padres fueron cristianos, y que desde niño le criaron en los principios de nuestra religion. No se sabe con

qué ocasion fué á Roma; y solo es cierto que por la pureza de sus costumbres, por el zelo de la religion y por su vida ejemplar, fué recibido en el clero con general gozo de todos; y que en él se hizo desde luego distinguir, no menos por su sabiduría que por su virtud. Estaba reputado en Roma por uno de los mas santos clérigos de la Iglesia, cuando murió el papa Eutiquiano, el año de 283, y no se deliberó un punto sobre colocarle en la silla de san Pedro.

Cabeza de los obispos y padre comun de todos los fieles, poseyó eminentemente todas las cualidades. El zelo, el valor, la prudencia, la heróica virtud, y la ardiente caridad que mostró en todas ocasiones, le hicieron mirar desde luego por uno de los mas dignos pontífices que hasta entonces habia logrado la Iglesia. No es fácil explicar la solicitud, los caritativos desvelos y las fatigas de este santísimo papa durante aquellos calamitosos tiempos de persecucion y de trabajos. Como los cristianos se veian precisados á estar escondidos en los bosques y sepultados en las cavernas, el santo pontífice por algun tiempo tomó tambien el mismo partido de esconderse para poder asistirlos. Visitábalos en las cuevas y en los montes; consolábalos, socorríalos, y los animaba á defender valerosamente la fe, aunque fuese á costa de la vida.

Habiendo calmado un poco la tempestad, volvió á Roma nuestro Cayo, acompañado de crecido número de confesores de Cristo. Pero renovóse presto la persecucion contra los cristianos con mayor furia que nunca: en todas las plazas públicas, esquinas y encrucijadas de las calles colocaron unos idolillos, con bando riguroso de que nada se pudiese comprar ni vender sin haberles antes incensado; y ni aun se podia sacar agua de las fuentes y pozos públicos sin ofrecer primero estos impíos sacrificios.

En tan tristes circunstancias, nuestro vigilantísimo

pontífice ordenó á Cromacio, que habia sido prefecto de Roma, y era á la sazon uno de los mas fervorosos discípulos de Cristo, que se retirase á su tierra para asistir á los cristianos que se habian refugiado en ella; y aunque deseó que san Sebastian fuese tambien en su compañía, supo alegar tales razones este generoso defensor de la fe para persuadirle lo mucho que importaba que él se quedase cerca de su persona, que al fin se rindió á ellas, y dió órden al presbítero Policarpo para que siguiese á Cromacio.

Luego que partieron estos confesores, Cayo ordenó de diáconos á los dos hermanos Marco y Marceliano, y de presbítero á Tranquilino su padre. Vivian todos juntos en casa de un oficial del emperador, llamado Castulo, zelosísimo cristiano, el cual tenia cuarto dentro del mismo palacio, y estaba en lo mas alto del edificio. Allí se juntaban secretamente los fieles todos los dias, y el santo pontífice los alimentaba con la palabra de Dios, distribuyéndoles el pan de los fuertes, y celebrando el divino sacrificio.

Tiburcio, que era un caballero mozo, gran cristiano, y muy distinguido entre todos por su zelo de la religion, conducia cada dia algunos nuevos neófitos, á los cuales bautizaba san Cayo despues de haberlos instruido.

Mientras nuestro santo se ocupaba dia y noche en estas obras de caridad y religion, fueron á decir á su hermano san Gabino que Maximiano, hijo adoptivo del emperador Diocleciano, pedia á su hija Susana para casarse con ella. Noticioso de esto el santo papa, envió á llamar á su sobrina, la cual, informada del ánimo del emperador, venia á echarse á los piés de su santo tio para pedirle su bendicion y disponerse al martirio. La conferencia fué breve, pero tierna. «Ya sabeis, amado tio mio, dijo la santa doncella, que habiendo hecho voto de castidad, no puedo dar

la mano á otro esposo que á Jesucristo; y vengo á declararos que jamás la daré á otro. Viendo estoy que no habrá género de tormentos de que no se valga el tirano para obligarme á mudar de resolucion; pero llena de confianza en la misericordia de mi Señor Jesucristo, me atrevo á aseguraros que nada será capaz de arrancar la fe de mi corazon, ni aun de hacer titubear la determinacion de vuestra humilde sobrina.» Deshacíanse en lágrimas de ternura todos los circunstantes; pero mas enternecido que todos nuestro santo, se contentó con darla su bendicion, y con exhortarla breve, pero patéticamente, á la perseverancia, y á no hacerse indigna de la gloria del martirio. Triunfó santa Susana de la crueldad y del furor de los tiranos; y todos cuantos estaban en Roma con nuestro santo tuvieron la misma dicha y consiguieron la misma victoria.

San Cayo no fué dejado en olvido: parece que Dios le habia conservado, solo para que lograse el consuelo de enviar delante de sí al cielo aquella ilustrísima tropa; pero habia trabajado con gran zelo y buen fruto para no merecer la corona del martirio. Padecióle hácia el año 296, habiendo ocupado la silla de san Pedro doce años y algunos meses. Fué enterrado en el cementerio de Calixto, y de allí fué trasladado su santo cuerpo el año de 1631 á una iglesia muy antigua de su mismo nombre; y en Novelara de Italia se conserva una parte de sus preciosas reliquias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma en la via Apia, el tránsito de san Sotero, papa y mártir.

Allí mismo, san Cayo papa, coronado con el martirio en tiempo del emperador Diocleciano.

En Esmirna, los santos Apeles y Lucio, de los primeros discípulos de Jesucristo.

El mismo dia, muchos santos mártires, que por órden del rey Sapor, un año despues de la muerte de san Simeon y en el dia del Viernes Santo, fueron degollados en todas las provincias de la Persia por defender el nombre de Jesucristo. De este número fueron el eunuco Azades, favorito del rey; Miles obispo, esclarecido en santidad y milagros; Acépsimas obispo, con su presbitero Santiago; Aitala y José, presbíteros; Azadanes y Abdieso diáconos, y otros muchos clérigos; como tambien los obispos Marcas y Bicor, con otros veinte obispos, cerca de doscientos y cincuenta clérigos, y muchos monjes y vírgenes consagradas á Dios: dos de estas, á saber, Tárbula, hermana del obispo san Simeon, y una criada suya, fueron atadas á un poste, y murieron con gran crueldad siendo serradas por medio del cuerpo.

Tambien en Persia, los santos Pármenas, Helimenas y Crisotelo, presbíteros; Lucas y Mucio, diáconos, cuyo martirio se describe en las actas de los santos Abdon y Senen.

En Alejandría, el tránsito de san Leonidas, martirizado en tiempo de Severo.

En Leon de Francia, san Epipodio, que fué preso con su colega san Alejandro durante la persecucion de Antonino Vero, y despues de cruelísimos tormentos consumó su martirio siendo decapitado.

En Sens, san Leon, obispo y confesor.

En Anastasiópolis, san Teodoro obispo, célebre en milagros.

La misa es en honra de los santos, y la oracion la que sigue.

Beatorum martyrum, pariterque pontificum Soteris et Caii, nos, quæsumus Domine, festa tueantur: et eorum com-

Suplicámoste, Señor, que nos defienda la festiva memoria que celebramos de tus santos mártires y pontífices Sotero y

mendet oratio veneranda. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Cayo, y que su venerable intercesion nos recomiende á tí. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del Apocalipsis de san Juan, cap. 19.

In diebus illis: Post hæc ego Joannes audivi quasi vocem turbarum multarum in cœlo dicentium: Alleluia: Salus, et gloria, et virtus Deo nostro est: quia vera et justa judicia sunt ejus, qui judicavit de meretrice magna, quæ corrupit terram in prostitutione sua, et vindicavit sanguinem servorum suorum de manibus ejus. Et iterùm dixerunt: Alleluia. Et fumus ejus ascendit in sæcula sæculorum. Et ceciderunt seniores viginti quatuor, et quatuor animalia, et adoraverunt Deum sedentem super thronum, dicentes: Amen: Alleluia. Et vox de throno exivit, dicens: Laudem dicite Deo nostro, omnes servi ejus; et qui timetis eum, pusilli et magni. Et audivi quasi vocem turbæ magnæ, et sicut vocem aquarum multarum, et sicut vocem tonitruorum magnorum, dicentium: Alleluia: quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens. Gaudeamus, et exultemus et demus gloriam ei: quia venerunt nuptiæ Agni, et uxor ejus præparavit se. Et datum est illi, ut cooperiat se byssino splen-

En aquellos dias: Despues de esto yo Juan oí como la voz de muchas turbas en el cielo que decian: Alleluya: Salud y gloria y virtud sea á nuestro Dios. Porque sus juicios son verdaderos y justos, y juzgó á la gran ramera que corrompió la tierra con su prostitucion, y vengó la sangre de sus siervos que ella derramó con sus manos. Y dijeron segunda vez: Alleluya. Y el humo de ella subió por los siglos de los siglos. Y los veinte y cuatro ancianos y los cuatro animales se postraron y adoraron á Dios sentado sobre el trono, diciendo: Amen: Alleluya. Y salió del trono una voz que dijo: Dad alabanza á nuestro Dios, vosotros todos sus siervos; y vosotros que le temeis, pequeños y grandes. Y oí una voz como de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decian: Alleluya: porque reinó nuestro Señor Dios omnipotente. Alegrémonos y regocijémonos, y démosle gloria: porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa está ya adornada. Y se le ha dado el vestirse de

Beati et candido. Byssinum enim, justificationes sunt sanctorum. Et dixit mihi : Scribe : Beati, qui ad cœnam nuptiarum Agni vocati sunt.

biso cándido y resplandeciente. Porque el biso son las justificaciones de los santos. Y me dijo : Escribe : Bienaventurados aquellos que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero.

NOTA.

« Un domingo hácia el fin del imperio de Domiciano,
» esto es, por los años del señor de 95, tuvo el evan-
» gelista san Juan las revelaciones del Apocalipsis en
» la isla de Patmos. Desterrado allí, dice san Jeróni-
» mo, de la conversacion de los hombres, fué parti-
» cipante de los mayores secretos de los ángeles,
» durante sus maravillosos raptos. »

REFLEXIONES.

Beati, qui ad cœnam nuptiarum Agni vocati sunt. Bienaventurados los que son llamados á la cena de las bodas del Cordero. Cualquiera otra idea de felicidad es quimérica. La estancia de los bienaventurados, la alegría de la corte celestial, la bienaventuranza eterna, que representan esta cena y estas bodas del Cordero, es lo único que puede hacer á un hombre verdaderamente feliz. Como solo Dios puede llenar nuestro corazon, solo él puede saciar nuestros deseos : cualquiera otro objeto inquieta la conciencia, cansa y disgusta necesariamente. Solo Dios puede contentar una alma, calmar sus inquietudes, sus desconfianzas, sus temores y todas las turbaciones que nacen del fondo de nuestro corazon. Aquellos que se juzgan dichosos por los bienes de fortuna, por las felicidades del mundo, hablando con propiedad, son dichosos de teatro, y verdaderos personajes de comedia : toda su imaginaria felicidad consiste en mostrar lo que no

son; pero siempre descubren lo que verdaderamente son, por mas que manden como reyes, ó hablen en tono de amos. Este es el retrato menos lisonjero y mas natural de los dichosos del siglo.

Por mas que me esfuerce, decia san Agustin, á llenar el inmenso vacío de mi corazon con cualquiera otra cosa, en ninguna encuentro equivalente á aquel gusto puro y exquisito que experimento en cumplir con la obligacion de servir á mi Dios. Así como es cosa dura y amarga sacudir el yugo de la sujecion á tan dulce como amable dueño, así no la hay mas suave ni de mayor consuelo que amarle y servirle. Los buenos nunca están expuestos á aquella odiosa alternativa de alegría y de tristeza, á aquellos crueles remordimientos que turban todas las fiestas de los mundanos, y jamás les conceden un dia de treguas ni de reposo.

Atentos siempre á complacer únicamente á aquel Señor, cuyo enojo será algun dia motivo de desesperacion á todos los que le hubieren ofendido, hallan en su misma fidelidad una alegría y una felicidad perfecta. Si alguna vez se les representa dificultoso el desempeño de su obligacion, presto les enseña la experiencia que no hay gusto igual al de cumplir con todas las que son propias de su estado. Y si este gusto no es de aquellos vivos y halagüeños que lisonjean la corrupcion del corazon humano, es á lo menos tan sólido y tan puro que nunca tiene revueltas enfadosas y molestas. No es de aquellos gustos momentáneos que se acaban con el dia de la fiesta ó regocijo público, y que muchas veces penden del capricho y de la extravagancia de no pocos: es un gusto permanente que satisface, y que puede lograrse todos los instantes de la vida sin fastidio, sin pesar y sin remordimiento.

No es de aquellos gustos que consumen la hacienda,

manchan la honra y alteran la salud; es un gusto útil en todos tiempos, siempre honroso, y que no contribuye poco á conservar la salud del cuerpo, por la tranquilidad, por la satisfaccion que causa al espíritu. A las demás diversiones no se las toma gusto sino por la pasion que las da todo el sainete; el gusto que se siente en cumplir cada uno con su obligacion y en servir á Dios, no admite otro sainete que el que le da la razon.

En cualquiera otro gusto cada uno desaprueba interiormente sus deseos, condena su propia flaqueza, aborrece á sus competidores, teme las revoluciones, desconfía de su mismo corazon, enójase contra su desigualdad, irrítase contra sus inquietudes; los zelos pican, los pesares turban, la inutilidad de los pasos que se dan desespera, la posesion fastidia, y los remordimientos perpetuos causan un cruel arrepentimiento. Nada de esto se experimenta en el servicio de Dios, en este convite de las bodas del Cordero. El pensamiento de haber cumplido con su obligacion consuela; la presencia del dueño á quien se sirve anima; el fin que se propone llena de honra y de alegría.

Conócese que eternamente se complacerá el alma en el partido que tomó; sábese bien que los mas disolutos, los mismos que con mayor insolencia se burlan de la virtud y de los virtuosos, los miran con envidia. El número de los concurrentes aumenta el consuelo, excitando con el buen ejemplo el zelo y el fervor. La vista, el conocimiento de nuestros propios defectos, en vez de desalentarnos, nos anima á ser mejores por la enmienda de ellos; no se da cuartel á ninguna de aquellas bajas é indignas pasiones que despedazan el corazon. Sirve de pábulo á la alegría su misma tranquilidad; no inquieta el miedo de las borrascas ni de las tempestades, porque el Señor á quien se

sirve manda á los mares y á los vientos. Con tal proteccion ¿cómo pueden no ser serenos y tranquilos todos los dias de los virtuosos? En el servicio de tal dueño, ¿cómo puede no gozarse de una perpetua calma? ¿Y es posible que se busque en otra parte la felicidad? ¿y es posible que no se sacrifique cuanto hay que sacrificar para poder asistir á este banquete? ¿y es posible que se suspire por otro bien, que se anhele otro gusto en la tierra?

El evangelio es del cap. 15 *de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint: quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis. In hoc clarificatus est Pater meus, ut fructum plurimum afferatis, et efficiamini mei discipuli. Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. Manete in dilectione mea. Si præcepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego Patris mei præcepta servavi, et maneo in ejus dilectione. Hæc locutus sum vobis: ut gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y en quien yo permanezco, da mucho fruto: porque sin mí nada podeis hacer. Si alguno no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento: se secará, lo recogerán, lo echarán al fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y se os concederá. Es para gloria de mi Padre que vosotros deis mucho fruto, y seais mis discípulos. Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo á vosotros. Permaneced en mi amor. Si guardáreis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

MEDITACION.

DE LAS RECAIDAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo pecado es el mayor mal del hombre; pero la reincidencia en el pecado es prueba muy sensible de la extrema malignidad de este mal. Muchos sanan de los mayores males; pero pocos se levantan de las recaidas. En lo moral el que recae da motivo para sospechar que no estaba bien curado.

Las recaidas en las enfermedades casi siempre suelen causarse por aquellos mismos humores que alteraron el cuerpo la primera vez, y no quedaron del todo corregidos ó purgados. ¿Y será menos de temer que los nuevos pecados no sean efecto de los antiguos? La falsa penitencia es de ordinario causa de la recaida. Es inconstante la voluntad, no lo niego; pero no es regular que se mude de repente en órden á aquellas cosas que llegó á querer con vehemencia; es menester, por decirlo así, que el tiempo la vaya disponiendo, que vaya borrando poco á poco las ideas, los motivos de la primera resolucion. Cuántos argumentos, cuántas instancias, cuántas razones fuertes y eficaces no son menester todos los dias para obligarnos á mudar de resolucion, para desvanecer todas nuestras preocupaciones, para empeñarnos en dar un paso que hasta aquí juzgábamos perjudicial; ¡y una pasion nociva hace en un instante impresion en nuestras almas! Pecadores y penitentes casi en una misma hora, presumimos pasar de un extremo á otro, sin pasar por el medio. ¡Amar lo que poco tiempo ha se aborrecia, tomar gusto á lo que se acaba de detestar como el mayor mal de todos los

males, buscar con ansia aquello mismo de que habias resuelto huir aunque te costase la vida, volver á tragar con apetito lo que acabas de vomitar con horror! Motivos, razones, religion, eternidad, cólera de Dios, infierno, nada hace ya fuerza, todo desaparece de repente, todo es inútil: ¡y querrá persuadirse que era verdadero penitente, el que tan de golpe pasa á ser un descarado pecador; el que no conserva ni aun la menor reliquia de penitencia! Esas imaginarias conversiones, seguidas de prontas recaidas, son, hablando con propiedad, ciertos intervalos de frio, que preceden á las accesiones mas violentas de la calentura. Son á lo mas una suspension de armas que sirve para volver á la guerra con mayor furor. Esa facilidad en mudarte no arguye que se mudaron los principios por donde te gobernabas. Gemiste á los piés del confesor; sentístete movido y aun penetrado de dolor de tus pecados; llegó este dolor hasta arrancarte suspiros del corazon y lágrimas de los ojos. Esto quiere decir que la gracia fué bien fuerte, que fué extraordinario el movimiento que el Espíritu Santo imprimió en tu corazon. Pero si al punto te volviste á enredar en los antiguos lazos y en las primeras ocasiones; si dentro de ocho dias, y acaso al dia siguiente, resucitó el pecado que parecia muerto; y aquel enemigo, vencido, desarmado, arrojado del corazon, destruido, aniquilado, se halla un momento despues tan fuerte, tan dueño de la plaza como si Dios nunca la hubiera tomado; todo esto ¿querrá decir que la penitencia fué muy sincera? Las prontas recaidas forman por lo menos una vehemente presuncion de que el dolor fué fingido, el propósito imperfecto, la reconciliacion falsa, la confesion nula. Y esto que se dice de las culpas graves, á proporcion se debe entender tambien de las leves. ¡Oh mi Dios, cuántos falsos arrepentimientos, y

cuántas penitencias todavía mas falsas descubrirán algun dia las frecuentes recaidas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si la falsa penitencia es la causa ordinaria de las recaidas, no es menos cierto que la impenitencia es tambien el efecto mas natural de ellas. El que vuelve á caer, tiene motivo para sospechar que no se levantó bien, y no le tiene menor para temer que no se volverá á levantar.

Cuando el diablo fué una vez arrojado del alma, si vuelve á entrar en ella, dice el Salvador, lleva consigo otros siete espíritus infernales mas perversos que él, para que pueda hacer mas larga y mas vigorosa resistencia á la gracia. Y el enemigo que volvió á ganar el punto que habia perdido, ¿será despues menos vigilante que lo habia sido antes de perderlo? Habiéndole enseñado la experiencia por dónde puede abrir brecha la gracia, ¿se descuidará en guardar mejor, y en fortificar mas los parajes mas flacos y mas expuestos? ¡cuántos esfuerzos hará para evitar la confusion de otra segunda sorpresa! A vista de esto, ¿qué te parece? ¿las frecuentes recaidas dejan grandes esperanzas de segunda conversion? Fuera de los estorbos que opondrá el enemigo de nuestra salvacion, ¡cuántos encontraremos en nosotros mismos!

Una recaida da mas fuerza á la inclinacion que tenemos al mal, que cien actos repetidos antes de la penitencia. El pecado que se comete despues de una verdadera conversion, es en cierto modo mas grave que todos los que se cometieron antes de ella. Porque para cometerle fué menester apagar todas las luces que nos alumbraron para salir del mal estado, abandonar todos los auxilios que se habian recibido, todos los buenos propósitos que con tanta generosidad se habian

hecho. Pecóse, teniéndose muy presente todo lo que podia dificultar la resolucion de pecar; inutilizáronse todos los estorbos que podian detener la ejecucion. Verdades eternas, castigos terribles, misterios tiernos de la redencion, sangre preciosísima del Redentor, cuya superabundante virtud se habia recibido en el uso de los sacramentos durante el tiempo pascual; todo se inutilizó, venció la pasion, y arrastró la inclinacion al pecado. ¿Qué estrago no hará un torrente tan impetuoso que fué capaz de romper diques tan fuertes, y qué es lo que podrá detenerlo?

No se convirtieron los demonios, porque ofendieron á Dios con pleno conocimiento del pecado que cometian. Los pecados de recaida se cometen, por decirlo así, con una completa malicia, y así merecen todo el rigor de la divina justicia. Por eso á ningun pecador convirtió el Salvador del mundo, á quien no le hiciese esta prevencion: *Guárdate bien de volver á pecar, no sea que te suceda alguna cosa peor.* ¡Y despues de esto se miran tan á sangre fria los pecados de recaida! ¡y no asustan al alma las reincidencias! ¡y despues de haber confesado y comulgado en tiempo de Pascua, vuelve otra vez á ponerse el pecador en las mismas ocasiones de pecar!

Adorable Salvador mio, si hubieramos de juzgar de vos como juzgamos de los hombres, la salvacion de estos pecadores relapsos seria desesperada. Verdad es que tienen mas motivos para temer, que para esperar; mas no por éso se agotaron vuestras misericordias; la misma sangre que los lavó tantas otras veces, puede correr todavía de vuestras sagradas venas. Todo lo podeis, ¡oh gran Dios! y cuanto mayores y mas enormes fueren nuestros pecados, mayor y mas gloriosa será la misericordia con que nos los perdonaréis. Conozco toda la malicia de mis culpables recaidas; veo todas las funestas consecuencias

de los pecados de reincidencia; no permitais, benigno Salvador mio, que tenga la desgracia de volver á caer en ellos.

JACULATORIAS.

Non supergaudeant mihi, qui adversantur mihi iniquè. Salm. 34.

No permitais, Señor, que los enemigos de mi salvacion logren la satisfaccion de ejecutar los malignos intentos que tienen contra mí.

Ne dicant : devoravimus eum. Salm. 34.

No permitais que digan : Ya está perdido, ya le hemos tragado.

PROPOSITOS.

1. La experiencia enseña que á una verdadera conversion se sigue casi siempre un eterno divorcio con el pecado. Si sucede alguna vez que se vuelva á caer en el mismo estado de donde efectivamente se habia salido, nunca es de golpe; porque es menester algun tiempo para borrar la memoria de una contricion amarga. No se comienza por los pecados graves; vanse poco á poco dejando los ejercicios espirituales, cométense mil pequeñas infidelidades á las divinas inspiraciones, y se va disponiendo el alma á cometer otras mayores. Pero cuando la recaida es muy inmediata á la conversion, hay muchos motivos para desconfiar de ella. Si quieres tener señales poco inciertas de tu verdadera reconciliacion con Dios, observa cúal es tu cuidado, cúal tu aplicacion, cúal tu fervor en hacer todo lo que puede agradarle, y en huir de todo lo que puede ofenderle. El enfermo que en su convalecencia no guarda una rigurosa dieta, y que no quiere abstenerse de todo lo que le puede hacer daño, da fundados motivos para creer que puede mas con él la fuerza del apetito, que el amor de la salud.

¿Pues quién no vé que una persona que visita, que trata, que tiene indiferentemente correspondencia con todos aquellos que pueden corromper su alma y estragar su corazon; que concurre con gusto á todos los parajes donde se respira un aire contagioso, donde el suelo está resbaladizo, y cada paso es un peligro; quién no vé, digo, que esta tal persona no tiene mucho horror á las recaidas? Desvíate de todo cuanto pueda ponerte en peligro: espectáculos profanos, concurrencias mundanas, amigos disolutos, diversiones nocivas, conversaciones peligrosas, libros envenenados ó sospechosos, pinturas indecentes; todo se acabó para tí. Son pocas las recaidas que no tienen su orígen en la falta de vigilancia y de una prudente precaucion. A quien se acaba de levantar de una grave enfermedad, un aire poco sano, un alimento mal preparado, el menor exceso, suelen ser golpes mortales. Acordémonos que en materia de costumbres lo que se llama flaqueza, hablando en propios términos, no es mas que una mala voluntad.

2. ¿Quieres no volver á caer? Pues haz reflexion sobre la causa mas visible de tus precedentes recaidas. ¿No fué aquella visita, la lectura de aquellos libros, aquella conversacion, aquella correspondencia, el haber dejado aquella devocion, aquel ejercicio espiritual, el no haberte mortificado en aquella ocasion, el haberte descuidado en el cumplimiento de las obligaciones de tu estado? La relajacion y la tibieza necesariamente van disponiendo para las recaidas. Escribe hoy mismo la causa particular de aquellas reincidencias, de aquella funesta vuelta al vómito del pecado, de aquella tibieza, de aquella relajacion, de aquellas pasiones que volvieron á resucitar. Todas las mañanas al acabar la oracion, ó al ofrecer las obras del dia, lee el papel de estos saludables apuntamientos, imponte una penitencia,



S. JORGE, M.

ó una considerable limosna, para todas las veces en que te expusieres á algun peligro. Estos que parecen pequeños cuidados, son pruebas seguras de una voluntad muy sincera, y mueven al Señor á dispensarnos aquellos grandes auxilios que son de tanto provecho en la ocasion; y en fin es de gran consecuencia este ejercicio.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN JORGE, MÁRTIR.

San Jorge, uno de los mas célebres mártires de la Iglesia, á quien los griegos llaman por excelencia *el gran mártir*, nació en Capadocia, de familia ilustre y distinguida por su nobleza, pero mas señalada por el zelo con que profesaba y defendia la verdadera religion.

Su calidad y distincion le precisaron á seguir la profesion de las armas; y como era un jóven de los mas bien dispuestos, mas valientes y mas cultos de todo el ejército, se granjeó en poco tiempo la voluntad del emperador Diocleciano, quien le dió una compañia y le hizo su maestre de campo. Acreditaron el acierto de esta eleccion el valor, la prudencia, y su buen comportamiento en todo en una edad tan poco avanzada; y descubriendo cada dia el emperador mas y mas las prendas y el extraordinario mérito del nuevo oficial, pensaba elevarle á los primeros cargos y colmarle de favores, cuando comenzó á estallar la tempestad que desde algunos años antes se iba fraguando contra los cristianos, y desde los primeros anuncios se comenzó á temer que inundaria en sangre de mártires á toda la Iglesia de Dios.

Desde entonces, aunque Jorge tenia solamente veinte años, se consideró como víctima destinada al sacrificio, y se dispuso para él con el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Como tenia el grado de oficial general, era del consejo del emperador, y conoció que esto le obligaria á declararse de los primeros, y á dar pruebas de su fe, no disimulando su religion. Hizo sacrificio de sus bienes antes de llegar el caso de hacer el de su vida. Hallándose heredero de un rico patrimonio por muerte de su madre, lo repartió todo entre los pobres; vendió sus preciosos muebles, sus ricos vestidos, y distribuyó el precio entre los fieles que al primer ruido de la persecucion se habian dispersado, y dió libertad á sus esclavos.

Despojado ya de todo, entró, por decirlo así, en la lid, y se fué á la sala del consejo. Habiendo propuesto el emperador el impío y cruel proyecto de exterminar á todos los cristianos, le aplaudió toda la junta; pero toda ella quedó extrañamente sorprendida y admirada, cuando vió levantarse de su asiento á nuestro jóven oficial, y con un noble despejo, pero modesto, atento y respetuoso, contradecir en pocas palabras lo que todos habian dicho para autorizar la resolucion que se habia tomado de perseguir á los cristianos, y de exterminarlos en todo el imperio.

Era naturalmente elocuente, y como hablaba con mucha gracia, con energía y con fuego, se hizo escuchar con admiracion y con respeto. Hizo ver al consejo la injusticia y la impiedad de aquella persecucion; defendió con una discreta apología á los cristianos, y concluyó exhortando al emperador á que revocase unos edictos que solo se dirigian á oprimir la inocencia. Habia ya acabado de hablar, y aun no habian vuelto de su admiracion los que le oian: la viveza de su discurso, el aire religioso con que lo pronunció, y su rara modestia, tenian como entredichos

á los oyentes, y por algun tiempo calmaron las pasiones de todo el consejo. El emperador, aun mas aturdido que los otros, mandó al cónsul Magnencio que respondiese á nuestro santo. « Bien se conoce, le dijo el cónsul, por el desahogo con que has hablado en presencia del emperador, que eres uno de los principales jefes de esta secta: tu confesion pondrá el colmo á tu insolencia; pero nuestro augusto príncipe, defensor de los dioses del imperio, sabrá vengarlos de tu impiedad. »

« Si la impiedad ha de castigarse, respondió Jorge, no sé yo que haya otra mas abominable que la de atribuir á las criaturas, aun á aquellas que son inanimadas, los soberanos títulos y derechos propios y peculiares de la divinidad. No puede haber mas que un solo Dios verdadero: este es aquel á quien yo sirvo y adoro. Sí, cristiano soy, y de este nombre me glorio, no aspirando á mayor dicha en esta vida, que á derramar toda mi sangre por aquel Señor de quien recibí la vida. » Enfurecido el emperador al oir este discurso, y temiendo que hiciese impresion en los ánimos de los circunstantes, mandó que al punto le cargasen de cadenas y le encerrasen en un calabozo.

Halló en él nuestro santo con que satisfacer el ardiente deseo que tenia de padecer por Jesucristo. El primer efecto de la cólera del tirano fué mandarle atormentar con un género de suplicio nunca oido hasta aquel dia. Mandó atarle á una rueda sembrada toda de agudas puntas de acero, la cual á cada vuelta que daba, le levantaba hácia arriba pedazos de carne, y hendia en sangrientos canales aquel delicado cuerpo. Quedaron atónitos los mismos verdugos, viendo la alegría del generoso mártir todo el tiempo que duró este horrible tormento; pero aun quedaron mas asombrados, cuando suponien-

dole ya muerto, le hallaron enteramente curado de todas sus heridas.

Convirtiéronse muchos gentiles á vista de esta milagrosa curacion; pero ella misma irritó mas al tirano. Como era Jorge una de las primeras víctimas que Diocleciano sacrificaba á su crueldad, no hubo género de suplicio que no emplease para vencer su magnanimidad y su constancia. Apenas se puede creer lo que refieren de sus tormentos las actas mas antiguas del martirio de nuestro santo. Todo lo que puede inventar la mas bárbara inhumanidad, todo lo que es capaz de discurrir la cólera de un tirano, y todo lo que puede sugerir la rabia y la malignidad del infierno, todo se puso en ejecucion para atormentar al invencible mártir; pero todo sirvió para confundir á los paganos, y para manifestar mas la gloria y el poder del Dios que adoraba Jorge. El acero, el fuego, la cal viva, de todo se valieron para obligarle á desistir de su santa resolucion y hacerle abandonar la fe; pero la firmeza, y aun la alegría que manifestaba en medio de los tormentos; cierto resplandor maravilloso que rodeó todo su cuerpo, y disipó las tinieblas del oscuro calabozo; los muchos milagros que obró en beneficio de los mismos que le atormentaban, todo esto hizo triunfar su religion, y convirtió á la fe á muchos infieles. De este número fueron los dos pretores Prótolo y Anatólio. En vano gritaban algunos que todo era hechicería, sortilegio, arte mágica, encantamiento: su heróica paciencia en medio de los mas crueles tormentos, y las grandes maravillas que obraba, hicieron titubear á los mas obstinados, tanto que el emperador llegó á temer una conversion general en toda la ciudad. Y aun se asegura que la emperatriz Alejandra se convirtió, y que mereció la corona del martirio. Pero sea de esto lo que fuere, es cierto que el emperador, viendo

que eran inútiles todos los tormentos, recurrió al artificio; y mudando repentinamente de tono y de conducta, mandó que le quitasen las prisiones, y le condujesen á su presencia.

Luego que le vió, le dijo con afectada blandura: « Jorge, no sin grande dolor mio me he visto precisado á mandar que se ejecutase contigo todo el rigor de los edictos publicados contra los enemigos de mi religion. No puedes ignorar el grande aprecio que siempre he hecho de tu mérito; y el puesto que ocupas en mis ejércitos, es buena prueba de mi bondad. El único obstáculo que puede oponerse á tu fortuna, será tu obstinacion: eres jóven, logras toda la proteccion del emperador, el favor añadido al mérito te promete los primeros cargos del imperio. ¿Qué aguardas para volver á tu obligacion, y para aplacar con tus sacrificios la cólera de los dioses? »

Suplicó Jorge al emperador que le mandase conducir al templo, para ver aquellos dioses á quienes queria que ofreciese sacrificios. No dudó ya Diocleciano que su suavidad y sus promesas habian finalmente triunfado del confesor de Jesucristo. Fué conducido al templo acompañado de innumerable pueblo: apenas descubrió la estatua de Apolo, cuando la preguntó nuestro santo: *Dime, ¿eres Dios? No soy Dios,* respondió la estatua con voz terrible y espantosa que estremeció á los circunstantes. *Pues venid acá, espíritus malignos, ángeles rebeldes, condenados por el verdadero Dios al fuego eterno, ¿cómo teneis atrevimiento para estar en mi presencia que soy siervo de Jesucristo?* Al decir estas palabras, acompañadas con la señal de la santa cruz, se oyeron en el templo gritos horribles, ahullidos espantosos, y se vieron caer derribadas por mano invisible todas las estatuas, haciéndose pedazos contra el suelo. A vista de un espectáculo tan maravilloso, al principio quedaron todos

atónitos; pero despues los sacerdotes de los ídolos con sus gritos y con sus lágrimas excitaron una sedicion tan general, que apenas se oian mas que las descompasadas voces con que clamaba todo el pueblo que cuanto antes se librase á la tierra de *aquel monstruo.*

Informado el emperador de lo que acababa de suceder, mandó que al instante le cortasen la cabeza; lo que se ejecutó el dia 23 de abril hácia el año de 290.

En todas las iglesias de Oriente y de Occidente ha sido siempre muy célebre la memoria de este ilustre mártir, y su culto es de los mas antiguos en la Iglesia. Asegúrase que desde el fin del quinto siglo ya habia altares dedicados á su nombre, erigidos por santa Clotilde, mujer del rey Clodoveo. Contribuyó mucho al culto de san Jorge en Francia san German, obispo de Paris, uno de los mas célebres prelados del siglo sexto, cuando con la oportunidad de su peregrinacion al Oriente, el emperador de Constantinopla le regaló muchas reliquias, y á su vuelta hizo edificar una capilla en honor de san Jorge en la iglesia de san Vicente, que hoy es la de San German de los Prados. Las muchas capillas y altares que en toda la Europa se han erigido con el nombre de nuestro santo, son buena prueba de la devocion que le profesan todas las naciones, y del ansia con que desean todas merecer su poderoso amparo y proteccion. Algunas órdenes militares toman el nombre de san Jorge, como la que fundó el emperador Federico IV, primer archiduque de Austria, en 1470: otra hay en la república de Génova, diferente de la que con el nombre de los caballeros de san Jorge de Alfama se fundó por los años de 1200 en el reino de Aragon. Tambien los ejércitos cristianos suelen ponerse bajo la proteccion de san Jorge. Comunmente se le pinta

á caballo, armado de todas armas, con una lanza en la mano, en ademan de acometer á un dragon, para defender á una doncella que teme ser despedazada. Pero esto mas es símbolo que historia, para denotar que este ilustre mártir defendió á su provincia, representada por la doncella, del fiero dragon de la idolatría. Y como entre los Griegos casi todas las cosas degeneraron en mil extravagancias, la singular veneracion que profesaban á nuestro santo, vino á parar con el tiempo en supersticiones ridículas, que son el orígen de las groseras fábulas que nos venden los viajeros visionarios con referencia á san Jorge.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Jorge, cuyo glorioso martirio honra la Iglesia entre los demás santos que han padecido por la fe.

En Valencia del Delfinado, los santos mártires Félix presbítero, y Fortunato y Aquileo diáconos, los cuales habiendo sido enviados á predicar la palabra de Dios por san Ireneo obispo, y habiendo convertido á la fe de Jesucristo la mayor parte de la ciudad, fueron puestos en la cárcel por órden del capitan Cornelio; despues los azotaron cruelmente, les quebraron las piernas, los ataron á unas ruedas, á las cuales hacian dar vueltas con suma rapidez, los colgaron del potro en medio de un humo espeso, y por último los degollaron.

En Prusia, el tránsito de san Adalberto, obispo de Praga y mártir, que predicó el Evangelio en Polonia y Hungría.

En Milan, san Marolo, obispo y confesor.

En Toul en Francia, san Gerardo, obispo de esta ciudad.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Georgii martyris tui meritis et intercessione lætificas: concede propitius, ut qui tua per eum beneficia poscimus, dono tuæ gratiæ consequamur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos alegras con los merecimientos y con la intercesion de tu bienaventurado mártir san Jorge, concédenos que consigamos por tu gracia los beneficios que pedimos por su intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epístola es del cap. 2 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse à mortuis ex semine David, secundum evangelium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi malè operans: sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur, quæ est in Christo Jesu, cum gloria cœlesti. Tu autem assecutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones: qualia mihi facta sunt Antiochiæ, Iconii, et Lystris: quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

Carísimo: Acuérdate que el Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de la muerte segun mi evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor: pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan tambien la salud que está en Cristo Jesus con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimidad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquía, en Iconio, y en Listris: las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesus, padecerán persecucion.

NOTA.

« La opinion mas comun es que el Apóstol escribió
» esta carta en tiempo de su segunda prision, el año
» del Señor de 66, y en ella parece desear con ansia
» que su querido discípulo vaya cuanto antes á verle,
» asegurándole que estaba ya cerca del fin de su
» carrera, y de ser sacrificado á Cristo por medio
» del martirio, como efectivamente sucedió en aquel
» mismo año. »

REFLEXIONES.

Omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesus, serán perseguidos. Son las persecuciones la herencia de los buenos : con todo eso es cierto que no son las mas crueles las que padecen de parte de los impíos; las mas terribles son las que vienen por mano de los que hacen profesion de virtuosos, y debieran ser los mas ardientes defensores de la virtud.

Determínese una persona religiosa á observar con puntualidad las menores reglas, persuadida de la indispensable obligacion en que está de aspirar á la perfeccion de su estado; mucha resolucion ha menester, pero aun ha menester mayor paciencia para no ceder á la multitud de los que están mal con tanta reforma. Los menos fervorosos, que en una comunidad por lo regular suelen componer el mayor número, consideran aquella exacta puntualidad en un particular como una especie de tácita censura, y su fervor se les figura una secreta reprension de su tibieza. No le basta al tal religioso retirarse al recogimiento de su celda y de su silencio, no meterse en otra cosa que en cumplir con su obligacion, no ceder á otro alguno en humil-

dad, en afabilidad y cortesanía; sabida cosa es que la emulacion no se vence á fuerza de virtudes: preténdese no descubrir en él mas que una especie de secreto orgullo, un espíritu de teson y de singularidad, un genio de reformador impertinente, que viene á introducir novedades, y á turbar la quieta y pacífica posesion en que estaba la relajacion de la comunidad. El ceño con que le miran, el desvío y aun el desprecio con que le tratan, las alusiones satíricas y las quemazones con que le hieren, consecuencias tan ordinarias donde reina la emulacion, ponen en terribles pruebas á una virtud tierna y recien nacida. Hasta la estimacion que hacen de él los ajustados y los fervorosos, le da muchas ocasiones en que merecer.

Distínguese en una comunidad un sugeto por su singular virtud, por ser mas humilde, mas obediente, mas mortificado que los otros; bien puede vivir persuadido que ha de cargar con los oficios mas penosos de la casa. Todos aquellos en que hay algun especial trabajo, todos aquellos de que huyen los tibios y los imperfectos, todos vendrán á buscarle, y serán los que le toquen á él. El concepto que se tiene de su mortificacion y de su rendida obediencia, hace que se pase á ciegas por encima de su virtud. A los tibios, á los imperfectos se les tienen mil consideraciones, mucho miramiento; pero permite Dios que ninguno se tenga con los virtuosos. Los buenos suelen estar oprimidos con el peso de las cargas, mientras los malos, los que solo hacen aquello que se les antoja, están ociosos y gastan el tiempo en censurar todo cuanto hacen los que verdaderamente trabajan. La misma irregularidad se observa á proporcion en las familias y casas particulares respecto de los hijos y criados mas ó menos virtuosos. Mucho tiene que padecer el amor propio en una distribucion tan desigual; pero en ella halla su cuenta la virtud;

y aunque esta distincion sea incómoda y desagradable, al cabo la honra mucho. Es verdad, por otra parte, que si esta prueba es sumamente útil á una alma fervorosa, tambien desalienta y retrae de la virtud á otras muchas pusilánimes. Aquella condescendencia que se tiene con los imperfectos, á los cuales quizá se les disimula y se les consiente demasiado, y aquella aparente dureza con que se trata á los fervorosos con quienes en nada se repara, á unos los mantiene tranquilos en su vida poco regular y aun relajada; y ejercitando la paciencia de los otros, disgusta de la observancia á aquellos que encuentran tantas ventajas en su misma relajacion. No se puede negar que este disgusto será irracional, y que este pretexto será frívolo; pues nadie ignora que Dios muchas veces parece que perdona al pecador, y que aflige al justo. Con este mismo espíritu proceden los superiores en la distribucion de los empleos, y en las condescendencias que suelen tener con los imperfectos. La prosperidad, que parece habia de ser el privilegio de los virtuosos aun en esta vida, es de ordinario la legítima de los indevotos. Pero ¿será menos infeliz la suerte de los buenos porque sea mas trabajosa? ¿Y qué motivo tendrán los justos para quejarse, dice Gregorio, de que Dios les reserve todo el premio para la otra vida, al mismo tiempo que a los malos les recompensa en esta aquello poco bueno que hacen en ella?

El evangelio es del cap. 15 *de san Juan, y el mismo que el dia* XIV, *pág.* 309.

MEDITACION.

DE LA VIDA INÚTIL DE LA MAYOR PARTE DE LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo aquello que no sirve ni conduce para el cielo es inútil: negocios grandes, trabajos inmensos, gastos excesivos, palacios soberbios, herencias ricas, vida deliciosa, honras, dignidades, distinciones; si no contribuis á mi salvacion, si no haceis un gran caudal de méritos para la eternidad, si de nada me servis para la otra vida, no sois para mí sino vanidad, fruslerías, puerilidades, sueños lisonjeros, manantial funesto de mil remordimientos, de mil desesperados ayes en la hora de la muerte.

¡Buen Dios! ¿pues en qué se emplean nuestros dias? Si ningun pensamiento, ningun deseo, ninguna accion nuestra debiera dejar de referirse á Dios, ¡de cuántas inutilidades, de cuántas nadas está llena nuestra vida! Conversaciones ociosas, visitas divertidas, entretenimientos frívolos, diversiones insulsas, horas de juego, paseos, espectáculos, placeres; esto es en lo que pasan su vida la mayor parte de los hombres, á lo menos mientras algun grande contratiempo, los achaques, ó los muchos años no los condenan al retiro de su casa; y entonces ocupa el lugar de una ociosidad delicada una inaccion enfadosa. Los últimos dias de la vida son mas molestos, pero no son menos ociosos. Está el viejo ocioso por necesidad, despues de haberlo estado por su gusto. Este es el retrato de la vida de muchos; pero ¿será este el retrato de la vida cristiana?

Y aun aquellos que al parecer están mas ocupados, ¿lo estarán por eso menos inútilmente? ¿Qué fruto, qué provecho se saca para la eternidad de esos conti-

nuos viajes, de esas vigilias que desecan, de esa vida afanada, austera, llena de cuidados, de esos negocios que solo sirven para acortar los dias de la vida? Porque este es el fruto que se coge de todo lo que no sirve para la vida eterna.

Velad, orad sin intermision, daos priesa, esforzáos á entrar por la puerta del cielo, dice el Salvador: *Contendite*. No trabajando incesantemente para el cielo, no haciéndose una continua violencia para llegar á tiempo, ya no hay lugar en él. Aunque fué pura, aunque fué irreprensible la vida de aquellas vírgenes que por haberse descuidado, no hicieron á tiempo la provision necesaria para recibir al esposo, este descuido y falta de prevision fué bastante para carecer eternamente de su presencia, y para que fuesen justamente reprobadas. Los motivos de aquella dichosa sentencia que pondrá á los escogidos en posesion del reino de los cielos, todos se reducen al ejercicio de las obras de misericordia; y el siervo perezoso solo fué condenado por no haber negociado con su talento. Cotejemos estas verdades con la vida inútil y regalona de la mayor parte de los seglares, y aun de no pocos eclesiásticos, que haciéndose sordos á sus mas estrechas obligaciones, pasan la vida en una muelle y escandalosa ociosidad.

¡O mi Dios, y qué impresion, qué efecto tan triste hará algun dia en nuestros corazones el paralelo entre la vida laboriosa de los santos y la ociosidad de la nuestra!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si en el dia del juicio, como dice el Salvador, hemos de dar estrecha cuenta hasta de la menor palabra ociosa, ¡qué cuenta se dará de todas aquellas horas perdidas, de todos aquellos dias inútiles!

La higuera de que se habla en el Evangelio, no tenia otro defecto que el no haber dado fruto, aunque no era tiempo de él: con todo eso el Señor la echó la maldicion, y al punto se secó. Fácil es entender el verdadero sentido de esta parábola. Nunca debe ser estéril la vida del cristiano; comienza á ser reprensible desde que comienza á ser infecunda. En vista de esto, la vida de aquella gente de conveniencias, de aquellos hombres de distincion, de aquellas damas del mundo, y aun de tantas personas eclesiásticas, que se gasta y se consume en vanas inutilidades, ¿será vida muy inocente, será muy del agrado de aquel Señor que quiere que aun los que han trabajado mas estén persuadidos de que nada han hecho?

¡Cuántos hombres, cuántas mujeres ociosas hay que hacen punto de nobleza de la ociosidad, y juzgarian acreditarse de gente plebeya si trabajasen! Hoy se establece por ley en el mundo, y aun se llega á hacer mérito de no saber hacer nada: el mundo, la diversion, el juego, las bagatelas se absorben todo el tiempo.

Una gran parte de él se la lleva el tocador y el espejo, y el juego y las diversiones ocupan otra gran porcion; y aquellas visitas inútiles, en que muchas veces no se tiene otro objeto que verse y mirarse, y aun aquellos negocios, cuyo único móvil es la ambicion y la codicia, ¿pasarán en el tribunal del supremo Juez por ocupaciones serias y legítimas? ¿serán recibidas en cuenta como obras de vida? ¿admitiránse por frutos sazonados, que se conservan por toda la eternidad? semejante vida ¿será obra digna de nuestra santa ley?

¡Buen Dios, qué sentirán aquellas almas mundanas, aquellos corazones terrenos, aquellos cristianos flojos é imperfectos, cuando disipados los prestigios de las pasiones, á favor de la luz de la razon que hasta

entonces habia estado como esclava, y de una fe que habia estado casi del todo apagada, descubrirán y verán que todos aquellos proyectos con que tanto se alimentaban eran vanos; que aquellas acciones brillantes que hacian tanto ruido, aquella elevada fortuna que les costó tantos sudores, aquellas diversiones seguidas de tantos remordimientos; que todo esto no fué mas que ilusion, inutilidad, pérdida de tiempo, manantial fecundo de arrepentimientos, y semilla, por decirlo así, de una eternidad de suplicios! ¡Cuando verán que aquella vida, solo regular en la apariencia y en la superficie, no fué mas que una virtud de perspectiva; que aquellas obras que parecian buenas y virtuosas, estaban viciadas con fines torcidos que las hicieron inútiles! *Seminastis multùm, et intulistis parùm* (1). ¡Qué de trabajos perdidos! ¡qué de dias vacíos! ¡qué de acciones malogradas! ¡qué de flores, y qué de hojarascas sin fruto!

Padécese mientras se vive una especie de atolondramiento. La inclinacion natural, el mal ejemplo, la perversa costumbre, todo conspira, todo contribuye á que pasemos la vida en una perniciosa inutilidad para el cielo en medio de los mas penosos trabajos.

¡Ah mi Dios! veisme aquí ya hácia el fin de mi carrera; ya estoy descubriendo la sepultura; ya va declinando el dia, y he pasado la vida en inutilidades frívolas, en vanos pasatiempos, en ocupaciones pueriles. No permitais, Señor, que aumente el número de los dias vacíos; cese desde hoy la esterilidad de las buenas obras. No, divino Salvador mio, ya no quiero llevar mas una vida inútil y ociosa: concededme vuestra gracia, y ya no seré un árbol estéril, bueno solo para el fuego.

(1) Agg.

JACULATORIAS.

Ego autem, sicut oliva fructifera in domo Dei, speravi in misericordia Dei in æternum. Salm. 51.

Seré de aquí en adelante como oliva fecunda plantada en la casa de mi Dios, que crecerá y fructificará á los ojos de su divina misericordia.

Ecce mensurabiles posuisti dies meos : et substantia mea tanquam nihilum ante te. Salm. 38.

Dísteme, Señor, medidos y contados los dias de la vida, y esos pocos dias no han tenido jugo ni sustancia á vuestros divinos ojos.

PROPOSITOS.

1. La ociosidad adormece, pero no hace insensibles á los que amodorra. Hay ciertos intervalos de religion y de razon, que dejan conocer con espanto el caos horroroso de pecados en que cria y sepulta la vida inútil á las personas mundanas. Por mas que se disimule, se siente el escozor de los remordimientos, se gusta la amargura de las funestas consecuencias que trae consigo la ociosidad. ¿De qué otro principio puede provenir aquel tedio de la devocion, aquella debilidad en la fe, aquellas comunicaciones ilícitas, aquellos enredos y artificios? Y despues se preguntará, ¿qué mal hay en pasar una vida ociosa? Antes se debiera preguntar, si puede haber mayor mal en la vida de un cristiano. ¿Y será este mal menos de temer en las personas consagradas á Dios? La ociosidad y delicadeza pueden tal vez introducirse hasta en el retiro mas austero : ¿y qué estragos no causará en un estado santo, pero menos solitario y por lo mismo mas expuesto? Una gruesa renta en el estado eclesiástico impone grandes obligaciones : pero ¿no hace

muchos ociosos? ¿Los mas ricos beneficios están cargados de menos deberes? Esos frutos de la piedad de los fieles, ese patrimonio de los pobres, ¿estarán por ventura destinados para perpetuar una ociosidad mas brillante, y para fomentar una delicadeza mas escandalosa? En cualquier estado en que te halles, en cualquier lugar que ocupes en el mundo, huye la ociosidad como madre de todos los vicios. Lo mas ordinario en las personas entregadas á la ociosidad es precipitarse en el desórden. Ella es perniciosa á los grandes, peligrosa á la gente comun, y nociva para todos. Ninguna cosa perjudica tanto como una vida inútil: ¿está exenta la tuya de este perjuicio? ¿se pueden llamar llenos todos tus dias? Pero advierte que pueden ocuparse en mil inutilidades. ¿Y no podrán entrar en este número esas conversaciones poco serias, esas diversiones continuas, esos pasatiempos, esas visitas inútiles? ¡Cuántas horas perdidas en el dia, y cuántos dias malogrados en el discurso de tu vida! Haz el cálculo en este mismo dia; examina si son útiles todas tus ocupaciones, y ten entendido que las que no conducen para la salvacion se deben contar por nada.

2. Desde hoy te has de imponer una ley de no estar jamás ocioso. Tiene el cuerpo necesidad de algun descanso, y el espíritu de algun desahogo; pero aun este mismo desahogo y este mismo descanso deben ser útiles, y has de cuidar tú de santificarlos con la oracion, ó á lo menos con frecuentes jaculatorias. Mientras tuviéremos á Cristo realmente presente en el Sacramento del altar; mientras hubiere pobres enfermos en los hospitales, y vergonzantes en las casas particulares; ¿se podrá decir sin vergüenza que no hay nada que hacer, y que no sabemos en qué emplear el tiempo? Una señora cristiana siempre debe tener en las manos alguna labor; porque por esta conti-

nuacion en el trabajo celebra y alaba el Espíritu Santo á la mujer fuerte. Las señoras de la mayor distincion hacen vanidad de estar siempre con la labor en las manos; ¡y una mujer ordinaria, orgullosa por poseer algunos bienes de fortuna, ó con el empleo de su marido, tendrá vergüenza de que la vean trabajar! Tambien las personas devotas pueden dar en el extremo de fanáticas y de holgazanas: una contemplacion demasiadamente abstracta y una oracion demasiadamente quieta, sin otros peligros que traen consigo, son no pocas veces una mera ociosidad. Nada se ha de temer tanto como la inaccion y la inutilidad aun en las mismas acciones: Dios debe ser el objeto principal, el motivo y el fin de todas ellas.

DIA VEINTE Y CUATRO.

SANTA BEUVA Y SANTA DODA, VÍRGENES.

Santa Beuva, tan ilustre por su nobleza, y aun mas por su virtud, nació al mundo por los años de 600. Fué de sangre real, deuda muy cercana del rey Dagoberto, y una de las princesas mas cabales de su siglo. Correspondió su educacion á su nacimiento; pero el bello natural de la princesa dejó poco que hacer á la educacion. Anticipóse el uso de la razon á la edad, y no hubo niña que menos lo pareciese.

Habiendo nacido con una viva inclinacion á la virtud, no hallaba gusto en otros entretenimientos que en los ejercicios de devocion. No acertaba en su niñez con otras diversiones, que con la oracion y con la lectura de las vidas de los santos. Brillaba tanto por su discrecion como por su hermosura; pero aun brillaba mucho mas por su extremada modestia. Su

virtud eran las delicias y la admiracion de la corte; y siendo aun mas admirada por aquella que por las otras prendas sobresalientes que tanto la adornaban, presto conocieron todos que no la destinaba Dios para el mundo.

Prevenida Beuva desde la cuna con las mas dulces bendiciones de la gracia, en nada hallaba satisfaccion sino en los consuelos espirituales. Suspiraba por el retiro; érale pesada su misma libertad, y toda su ambicion, todos sus deseos eran de consagrarse á Dios enteramente.

Hallábase en tan santas disposiciones, cuando fué á visitarla su hermano el bienaventurado Baudry, el cual edificado y admirado de ver á su jóven hermana tan ansiosa del claustro y del retiro, resolvió contribuir eficazmente al logro de sus piadosos intentos. Mandó edificarla un monasterio en uno de los arrabales de la ciudad de Reims, en el cual se encerró la santa doncella con un gran número de vírgenes que quisieron acompañarla.

Encendióse luego en él un admirable fervor, avivado por los ilustres ejemplos de nuestra santa. El recogimiento interior, el continuo ejercicio de oracion, de mortificacion y de silencio, resucitaron en el nuevo monasterio aquellos milagros de observancia, de devocion y de penitencia que se admiran en el nacimiento de todas las religiones; pero ninguna se señalaba mas en el ejercicio de estas virtudes que nuestra Beuva. Olvidada enteramente de lo que era por su empleo, por el título de fundadora, y por su nacimiento, solo tenia presente lo que estaba obligada á ser por su vocacion. Siendo jóven, delicada, y criada en el regalo de la corte, no hallaba ejercicio humilde ni penoso para ella; y solo se valia de su autoridad y privilegios para escoger para sí el mas bajo.

Luego que se acabó la fábrica del monasterio, que

fué hácia el fin del año de 639, y se dedicó con la advocacion de San Pedro, todas las religiosas, sin atender á la repugnancia ni á las lágrimas de su bienhechora, la eligieron unánimemente por su primera abadesa. Sabiendo Beuva que era mucho mejor obedecer que mandar, se resistió con todas sus fuerzas á las instancias; pero hubo de ceder á la autoridad de su hermano san Baudry, que quiso absolutamente que se encargase del gobierno de aquella recien nacida comunidad.

No hizo novedad en su modo de vivir por el nuevo cargo; pero pareció desde entonces mas humilde, mas mortificada y mas desprendida que antes de las cosas de la tierra, sin valerse de su autoridad mas que para aumentar sus ayunos, su oracion y sus vigilias.

Persuadida de que la leccion mas eficaz de todas es el ejemplo, y que una prelada debe ser tan superiora en virtudes, como lo es en dignidad, procuró que en sus acciones viesen sus hijas practicadas las virtudes á que las exhortaba. No parece posible gobernar con mayor suavidad ni con mayor prudencia de lo que ella lo hacia: moderaba las penitencias, no en sí misma, sino en las otras; y su afabilidad y dulzura la ganaban el corazon de todas sus hijas. No hubo abadesa mas respetada, porque tampoco la hubo que menos se empeñase en serlo. Nunca permitió que las religiosas jóvenes tratasen con hombres, ni aun con aquellos que hacian profesion de devotos. En fin, se extendió tanto la fama del nuevo monasterio, que, concurriendo á él excesivo número de excelentes doncellas, fué preciso edificar otro en la ciudad.

Por la tierna devocion que profesaba Beuva á la santísima Vírgen, la consagró el nuevo monasterio, cuya iglesia dedicó san Nivardo, arzobispo de Reims, con la advocacion de esta Señora. Vióse precisada á encargarse tambien del gobierno de esta segunda

comunidad, la cual aun excedia en observancia á la primera.

Tenia consigo nuestra santa una sobrina, á quien educaba con cuidado muy particular. Y como en la escuela de los santos se hacen grandes progresos, Doda, que así se llamaba la sobrina, los hacia extraordinarios en la de su santa tia. No hubo discípula que mas acreditase á su maestra, ni cuya buena educacion costase menos. Parecia haber nacido Doda para la virtud; y así en poco tiempo fué una perfecta copia de su tia. Desde su infancia estaba prometida á un gran señor de la corte de Austrasia; pero apenas hubo gustado las dulzuras del claustro, cuando se resolvió á renunciar al mundo, y á no tener otro esposo que Jesucristo. Noticioso aquel señor de esta resolucion, tomó la de sacarla por fuerza del monasterio; pero habiendo caido del caballo en el camino de Metz á Reims, se hirió tan gravemente, que murió pocos dias despues.

San Baudry que ordinariamente residia en su monasterio de Montfaucon, de que era fundador y padre, pasó á Reims para ver á su hermana y felicitar á su sobrina por el partido que habia abrazado. Como todos tres estaban animados de un mismo espíritu, todas sus conversaciones servian para aumentar el fervor recíprocamente; y con ellas creció tanto en san Baudry la devocion y el amor de Dios, que cayó enfermo, y lleno de virtudes y merecimientos murió pocos dias despues. Dispuso santa Beuva que le enterrasen en una iglesia del arrabal, dedicada á la santísima Vírgen, y le sobrevivió poco tiempo. Consumida al rigor de sus grandes penitencias, abrasada por el fuego del divino amor en que siempre estaba encendida, y colmada de merecimientos, fué á recibir en el cielo el premio debido á su inocencia y á sus ejemplares virtudes. Murió el dia 24 de abril de 674. Sus exc-

quias fueron acompañadas de las lágrimas de sus hijas, y de la veneracion de todos. Quiso que la enterrasen en la iglesia de Nuestra Señora, y Dios hizo glorioso su sepulcro por la multitud de milagros que obró en él.

Sucedió Doda en el empleo á su santa tia, cuyas virtudes y santidad habia heredado. Fué tan feliz su gobierno como el antecedente. Florecia en aquel monasterio la regla que san Benito acababa de publicar, y la nueva abadesa cimentó tan sólidamente con su prudencia, con su virtud, con su suavidad, y sobre todo con su ejemplo, la observancia que su antecesora habia establecido en él, que apenas habia monasterio mas ilustre ni mas recomendable por su santidad. Pocos años despues terminó Doda una vida tan santa con una dichosa muerte, y fué enterrada junto á su tia en la misma iglesia de Nuestra Señora del arrabal. Pero con el tiempo fueron trasladados á otra parte los tres santos cuerpos; el de san Baudry al monasterio de Montfaucon, y los de santa Beuva y santa Doda al monasterio de San Pedro, dentro de la misma ciudad de Reims.

La misa es propia del comun de las santas vírgenes, y la oracion la siguiente.

Da nobis, quæsumus, Domine Deus noster, sanctarum virginum tuarum Beuvæ et Dodæ palmas incessabili devotione venerari: ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis. Per Dominum nostrum...

Concédenos, Dios y Señor nuestro, gracia para venerar con perpetua devocion los triunfos de vuestras santas vírgenes Beuva y Doda, á fin de que ya que no podemos rendirlas dignos honores, las consagremos humildes y frecuentes obsequios. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios, y la misma que el dia XVII, *pág.* 432.

NOTA.

« Dieron ocasion á esta segunda carta que escribió
» el apóstol san Pablo á los Corintios, aquellos falsos
» apóstoles que, por acreditarse á sí mismos, alabán-
» dose necia y descaradamente, no cesaban de
» desacreditar al santo apóstol. Esto le obligó á de-
» clarar en esta carta cuánta era su autoridad,
» cuánto habia padecido por Cristo, y la pureza de su
» doctrina. »

REFLEXIONES.

Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. No es espíritu aprobado el de aquel que se recomienda á sí mismo, sino el de aquel á quien recomienda Dios. No obstante de ser el mundo tan injusto en sus juicios, no puede menos de justificar la verdad de este oráculo; pues no sabe tratar sino con el mayor menosprecio á los que se engrandecen y se alaban á si mismos. Entre todos los vicios ninguno está mas desacreditado que el orgullo; y aunque el mundo está lleno de hombres que se complacen en burlarse unos de otros y en engañarse recíprocamente, no puede sufrir á aquellas almas bajas, que, arrastrando siempre por tierra, solo saben echar polvo á los ojos, y brillar con un resplandor aparente y artificial. Ciertamente, si los hombres mas diestros en engañar estuvieran bien instruidos del concepto poco favorable que forman de ellos aun aquellos mismos que en la apariencia los adoran, esto solo bastaria para abatir su necia vanidad y presuncion; pero es difícil corregir un error que igualmente preocupa el corazon y el entendimiento. *Infelices de vosostros*, dice el Profeta, *que sois sabios á vuestros propios ojos, ó que no siéndolo en los de Dios, quereis parecerlo á los ojos de los hombres.* Pero el orgullo se

alimenta poco con la realidad; conténtase con una brillantez falsa y aparente; triunfa de la credulidad de los buenos; búrlase de la simplicidad de los sencillos: mas al cabo, ¿qué saca de hacer tanto ruido? La virtud lleva consigo misma su esplendor, y el mérito su estimacion. Que se sepa, ó que se ignore, no es menos rico el que encierra con mayor cuidado en su cofre su tesoro. Los cuerdos siempre desconfían de un hombre que solo se ostenta poderoso por sus excesivos gastos; y están previendo que el engaño, la ruindad y la pobreza seguirán tarde ó temprano á estas artificiosas ostentaciones.

Los que tienen mas mérito son los que se alaban menos. No siempre conviene á cierto género de gentes darse á conocer mucho, porque el retiro y la circunspeccion realzan un mérito mediano. Las sombras hacen resaltar los colores apagados, los cuales desaparecen si se les presenta á una gran luz. Alábase uno, revienta por darse á eonocer para hacerse estimar, y se desacredita. Aun cuando este desahogo de la vanidad no expusiese á los ojos de todos mil groseros defectos que en el retiro se ocultan á la perspicacia de los malignos, el prurito de hacerse valer nunca se satisface sino á costa de sí mismo.

Un hombre capaz y de buen entendimiento no se deja deslumbrar de falsas apariencias; su penetracion le conduce mas allá. Pero un entendimiento limitado jamás sale de sí mismo; como es tan corta su esfera, no se extienden mas sus luces, y no descubriendo en los demás cosa que á su parecer no sea muy comun, solo se admira á sí propio. ¡Buen Dios, qué irracional es esta pasion! ¡y que prueba tan clara es de una gran pobreza de talento el concepto demasiadamente favorable de su propia exeelencia! Al mérito mudo le da á conocer su sola brillantez: el ruido solo sirve para descubrir el secreto orgullo que

enfada y se reprueba; la verdadera virtud brilla y calla.

Pero el mérito que no es conocido, ¿de qué sirve? Mas yo replico: ¿y qué añade al mérito este conocimiento? ¿Es uno mas rico porque se sepa que lo es? Entre todos aquellos á quienes llega la noticia de nuestro mérito, ¡cuán pocos nos darán su voto! ¡cuántos nos le rebajarán allá en su corazon! ¡qué pocos habrá que en su concepto no le disminuyan, por persuadirse que tienen ellos mucho mas que nosotros!

Pero aun dado caso que todos los hombres fuesen menos injustos ó menos envidiosos, y que todos estuviesen muy pagados de nuestro mérito; ¿por ventura toda su estimacion nos haria mas estimables? Lo cierto es que ella puede ser nociva á mi virtud, pero no puede aumentar su valor. Tanta verdad es que al cabo siempre es menester recurrir á este oráculo: *No es digno de estimacion aquel que se recomienda y se engrandece á sí mismo, sino aquel á quien Dios recomienda.*

De este Señor hemos recibido todo lo bueno que se halla en nosotros: entendimiento, talento, industria, bellas prendas, sabiduría, todos son dones de su pura liberalidad, y en tanto nos hacen estimables, en cuanto los reconocemos por dones. ¿Tememos acaso que no nos encontrará Dios, si no nos damos á conocer? ¿Ignora por ventura lo que somos? Aunque estemos sepultados en el retiro y en la oscuridad, aunque seamos invisibles y desconocidos á todas las criaturas, ¿qué importará con tal que él nos apruebe! La dicha y la honra de agradarle equivale para nosotros á todo lo demás.

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* XVII, *pág.* 434.

MEDITACION.

DE LA INDIFERENCIA CON QUE SE MIRA LA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada hay mas importante, nada que nos interese mas que nuestra salvacion; y con todo eso nada hay en que la mayor parte de los cristianos se ocupe menos. En el mundo todo es ocupacion, los negocios, los empleos, las diversiones, y hasta la misma ociosidad. Los dias mas largos parecen breves, la vida mas dilatada parece corta para todo lo que se llama negocio; todo merece nuestra atencion; solo la salvacion generalmente se descuida.

La salvacion es en rigor el negocio propiamente nuestro; todos los demás son extraños; son forasteros para nosotros; son, digámoslo así, negocios del estado, del reino, del tribunal, del comercio, de tu comunidad, de tu familia, de tus hijos, de tus amigos; pero nada de esto es negocio tuyo. Y si al salir de este mundo todo lo hiciste bien, menos el negocio de tu salvacion, haz cuenta que desempeñaste grandemente los negocios ajenos, pero que no hiciste tu negocio; y al contrario, si saliste bien en el de tu salvacion, aunque fueses infeliz en todos los demás, hiciste tu negocio personal: cada uno nació primero para sí, despues para los demás.

Es digno de admiracion que, amándose tanto los hombres á sí mismos, hagan tan poca reflexion sobre una verdad en que tienen tanto interés. «Cuarenta años ha, decia un cortesano á la hora de la muerte, que estoy trabajando en los negocios del rey, y ni un solo cuarto de hora he trabajado en el mio. Por mas cariño que me tenga el rey, no tiene poder para alar-

garme un cuarto de hora la vida. Si yo hubiera servido á mi Dios con tanta fidelidad y con menos trabajo, ¡qué premio, qué alegría, qué dichosa eternidad me esperaria ahora! »

La salvacion no solamente es nuestro negocio personal, sino que es nuestro único negocio; porque hablando con propiedad, no tenemos otro negocio que este. Un hombre pobre, desnudo, abandonado, sepultado en la oscuridad y en el olvido, si se salva, hizo su negocio por toda la eternidad, y nada ha menester. Un hombre rico, dichoso, honrado, si se condena, es infeliz para siempre.

¿Estamos nosotros bien persuadidos de estas verdades? ¿Consideramos nuestra salvacion como nuestro único negocio? ¿Cuál es el lugar que ocupa en nuestro corazon? Respondámonos á nosotros mismos. Hombres de negocios, gentes del mundo, esclavos de los placeres, responded á lo que vuestra conciencia os pregunta, y á lo que ella misma os responde. ¿Hay alguna cosa que nos toque mas inmediatamente que la salvacion? ¿Es la salvacion el móvil de todos nuestros pensamientos, de todos nuestros designios, de todos nuestros pasos, intenciones y operaciones? ¿Va, por decirlo así, la salvacion al frente de todo cuanto hacemos? ¿Está en el lugar que la corresponde?

Los santos, los ajustados todo lo refieren á esto; el negocio de la salvacion es el que enteramente los ocupa; cualquiera otro negocio lo posponen á él. ¿Son prudentes en esto? ¿se engañan por ventura? ¿hacen mal en la intencion resuelta que tienen de salvarse, y de preferir la salvacion eterna á todo lo demás? Pero si son prudentes, si son sabias estas personas cristianas, estos santos, nosotros que pensamos tan poco, y trabajamos tan poco en el negocio de nuestra salvacion, ¿qué seremos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la mayor parte de los que son muy hábiles, muy capaces, muy diestros en los negocios del mundo, en el negocio de la salvacion son unos topos.

Es muy difícil salvarse en el mundo, dicen ellos; pues librémonos de este cuidado. Hay en el mundo mil estorbos que vencer; pues dejemos á los religiosos el empeño de superarlos. Es muy contagioso el aire que se respira en el mundo; todo él está lleno de peligros; pues expongámonos sin preservativos, y caminemos sin guia. El negocio de la salvacion es muy dificultoso, está lleno de espinas; pues no hay que matarnos mucho para trabajar en él desde luego; dejemos esto para cuando no podamos hacer cosa de provecho. Causa compasion este modo de discurrir, y la misma razon natural se amotina contra él. Pero ¿nunca hemos discurrido así nosotros? Y los que tanto se quejan de las grandes dificultades que hay en el mundo para salvarse, y sin embargo trabajan tan poco para vencerlas, ¿discurren mejor por ventura?

En buena fe: aun cuando las dificultades que hay en el mundo para salvarse fueran de tanto bulto como se figuran, ¿debiamos siquiera deliberar un punto sobre la necesidad de vencerlas? Pero no es cierto que estas dificultades sean tan grandes como se dice. A un enfermo y á un niño cualquiera carga se les hace muy pesada; pero en creciendo este, y en sanando aquel, llevan la misma carga sin dificultad. La mala disposicion de nuestro corazon hace que nos parezca tan penoso el camino del cielo. Digan los mundanos lo que quisieren, el yugo del Señor es suave, y su carga lijera. ¿Qué dificultad, qué aspereza hay, que su gracia no la facilite, no la allane?

Pero concedamos á los cristianos tibios y cobardes que el negocio de la salvacion tiene sus dificultades, que es penoso. Y por eso ¿lo hemos de mirar con indiferencia, nos hemos de acobardar, hemos de emperezar en trabajar en él? Sin embargo, esto es lo que se hace el dia de hoy en el mundo; y quiera Dios, quiera Dios que no haya tambien algo de esto aun en la misma vida religiosa. Fácilmente se distingue á los fervorosos. Siempre será verdad que las personas verdaderamente piadosas, las que se ocupan únicamente en el negocio de la salvacion, componen un rebaño pequeño: *Pusillus grex.* Parece que ya ha pasado á ser prescripcion la costumbre de mirar la salvacion con ojos indiferentes; apenas se piensa en ella, y falta poco para que se tenga lástima de los que ocupan en esto su pensamiento. Aquellas personas mundanas tan divertidas y tan alegres, aquellos hombres de negocios ó de pasatiempos, aquellos libertinos, aquellos indevotos, aquellas gentes tan poco cristianas que jamás piensan en el infierno, en la salvacion, sino cuando la muerte las amenaza y las asusta; que solo se llegan á los sacramentos cuando la muerte se va llegando á ellos; todos estos cristianos superficiales, fantasmas de cristianos, ¿miran la salvacion como su mayor y único negocio? Aun aquellas personas consagradas á Dios, y obligadas por estado y por profesion á caminar incesantemente hácia la perfeccion cristiana, ¿viven siempre ocupadas en el cumplimiento de sus obligaciones? ¿se afanan mucho por aspirar á lo que deben? ¿no tendrán cosa de que acusarse sobre su indiferencia en órden á la perfeccion evangélica?

Buen Dios, aun cuando el negocio de la salvacion fuera tan fácil, como es dificultoso segun el sentir de las mismas gentes del mundo; aun cuando no fuera de ninguna consecuencia este negocio, ¿se pudiera

hacer menos caso del que se hace de él? ¿Qué negocio hay, qué bagatela que no nos merezca mas atencion y mas cuidado que este negocio decisivo de nuestra eternidad? Si se tratara de la fortuna de un extranjero, de la suerte, de la vida de un hombre desconocido, ¿se pudiera mirar con mas indiferencia este negocio que con la que tantos y tantos miran el de su eterna salvacion? ¡Y en vista de esto habrá quien se admire de que sean tan pocos los que se salvan!

¡Ah Señor, cuánta ha sido hasta aquí mi necedad! ¡y cuál será mi suerte eterna si solo atendeis a mi infidelidad y á mi indiferencia! A vuestra misericordia me acojo; vuestra infinita bondad es todo mi refugio; lleno de confianza en vuestra divina gracia, voy desde luego á trabajar incesantemente en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Mat. 18.
Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo, que yo procuraré pagaros todo lo que os debo.

Porrò unum est necessarium. Luc. cap. 10.
No, Señor, no hay mas que un negocio necesario, y este es el de mi salvacion.

PROPOSITOS.

1. Al ver la frialdad y aun el disgusto con que la mayor parte de los cristianos miran todo aquello que conduce á salvarse, ¿quién no dirá que la salvacion es una cosa indiferente, que importa poco condenarse, y que Dios nos queda muy obligado cuando nos da la gana de no perdernos? ¡Con qué destreza y con qué tiento es menester tratar á los libertinos y á muchas damas del mundo, cuando dan algunas señales

de querer convertirse! Son necesarias la dulzura, la compasion, la elocuencia acompañada de todos los lenitivos que pueden inspirar el zelo y la caridad cristiana. Todo esto prueba cuan poco se conoce la importancia de la salvacion, y la indiferencia con que se la mira. ¿Será buena disculpa el decir que esto de salvarse es cosa ardua? Pues qué, ¿la salvacion es para nosotros cosa indiferente? Tiene la salvacion sus dificultades, es cierto; pero ¿qué otro negocio hay que no tenga las suyas? ¿No hay algo que vencer para lograr ascensos en la carrera de las armas, para ser hombre de caudal en el comercio, para hacer fortuna por cualquiera otro rumbo que se siga? ¿Quién hay que no conozca las dificultades que le salen al encuentro en su empleo, en su deber, en su estado? ¿Cuántos desvelos, cuántos afanes, cuántos malos ratos ha de pasar para vencerlas? ¿Qué estado, qué condicion hay en la vida que esté á cubierto de las inquietudes, de las mortificaciones, de los enfados, de los contratiempos? ¿Quién, sino que quiera ser tenido por un hombre insensato, se resuelve á estarse ocioso con pretexto de que cuesta trabajo aplicarse á sus negocios; y en qué clase del mundo colocaremos á los que nada quieren hacer por no cansarse? ¡y solo en el negocio de la salvacion nos ha de ser lícito no parecer racionales, solo en él podremos mostrar falta de entendimiento y de conducta sin desacreditarnos por eso! Mira, pues, con horror desde este momento tan detestable indiferencia; y convéncete de que es la mas insigne locura, la mas funesta y la mas lamentable desdicha no aplicarse con seriedad al negocio de su salvacion. Acaba siempre las preces ú oraciones de la mañana con estas bellas palabras que debieran estar grabadas en todas las paredes: *Porrò unum est necessarium.* Hoy no tengo mas que un negocio preciso y necesario, que es el de mi sal-

vacion. Procura tenerlas escritas con letras grandes en alguna parte de tu cuarto, donde te den, por decirlo así, en los ojos muchas veces al dia; y cuando te salga mal alguna pretension, algun negocio temporal, imagina que te dice Dios allá dentro del corazon: *Porrò unum est necessarium*: una sola cosa te es necesaria, que es salvarte.

2. Imponte una ley de no emprender jamás negocio alguno que no lo refieras á tu salvacion. Díte á tí mismo lo que se decia á sí propio san Francisco de Borja: Este negocio, este estudio, esta diversion ¿conducirán para salvarme? Déjalo todo antes que dejar las obligaciones de cristiano: ningun negocio ha de estorbarte tus ejercicios espirituales diarios, tu oracion, tu misa, tu leccion espiritual, tu visita de altares, tu frecuencia de sacramentos. El hombre de un solo negocio todo esta ocupado en él.

SAN GREGORIO, OBISPO.

En Ilíberi, ó Eliberi, silla antigua episcopal de la Bética ó Andalucía, sita en opinion de unos en un monte contiguo á Granada, y segun otros en la misma ciudad, floreció en el siglo IV de nuestra era san Gregorio, prelado digno de memoria eterna por su zelo apostólico, por su eminente ciencia y grande santidad, y especialmente por su inflexible constancia en no comunicar jamás con los herejes arrianos.

Habia penetrado el arrianismo hasta el Occidente, despues de haber desolado casi toda la iglesia oriental, protegido con la autoridad del emperador Constancio, hijo del grande Constantino, acérrimo defensor de la impiedad, quien persiguió cruelmente á los prelados católicos, y desterró de sus sillas á

los mas zelosos y ejemplares. Ensoberbecida la herejía con sus conquistas, encendió una guerra sangrienta entre católicos y arrianos; el odio era mutuo entre ambos partidos, y no se veia otra cosa entre los que por su carácter debian edificar, que cisma y division.

Para terminar una discordia tan perniciosa como general, que puso á la Iglesia en el estado mas deplorable, se convocó en Rimini un concilio en el año de 359, el que habiendo tenido un principio bueno y santo, tuvo un fin muy desgraciado. Habian concurrido á él mas de 400 obispos del Occidente, y corrian ya siete meses de ausencia de sus iglesias sin haberse concluido los negocios á satisfaccion de todos. Al fin prevalecieron los arrianos, proponiendo una fórmula capciosa, en la cual se confesaba que el Hijo era semejante al Padre, y que no era criatura como las demás; y preocupados los ortodoxos con aquella apariencia que no sonaba desigualdad en las divinas personas, firmaron la fórmula, donde en realidad estaba oculto el veneno de la herejía. Remitida á Constantinopla, donde estaba el emperador, hizo este que la firmasen los legados de otro sínodo celebrado por aquel tiempo en Seleucia, con todos los demás obispos que se hallaban en la corte. Prosiguió tan adelante aquella deshecha tempestad, que sobrepujó á los daños que causaron á la Iglesia los gentiles con sus persecuciones. Envióse por todo el mundo la fórmula, con órden del emperador para que fuese desterrado todo aquel que no la firmase. Fueron muy pocos los que no cedieron al precepto imperial; unos sin conocer la ponzoña, otros por temor, otros atendiendo al premio, y algunos con pretexto de conservar la paz.

Entre los que se salvaron del naufragio de tan temible borrasca, fué uno nuestro santo, cuya in-

vencible firmeza hizo su nombre tanto mas recomendable, cuanto fué mas visible su constancia en medio del mayor número de tímidos y condescendientes con que contaba el partido del error. Dios le reservó con otros pocos escogidos de igual zelo y fortaleza para sostener los derechos de la verdad. Gregorio á nada atendió tanto como á conservar la fe católica en los términos precisos con que se habia definido en el concilio general de Nicea. Él supo resistir á los arrianos, y hacer patentes las artificiosas palabras de su fórmula de fe; manteniéndose inflexible en no comunicar con los sospechosos de herejía. No le acobardaron las formidables penas con que eran amenazados todos los que no querian dar cumplimiento á los injustos decretos del emperador, á los que paró rostro firme, á pesar del mal ejemplo de los muchos prelados que cedieron cobardemente á la providencia de un príncipe declarado enemigo de los católicos.

San Eusebio de Verceli, uno de los insignes obispos que defendieron en Rímini la fe católica contra todo el poder de los arrianos, por lo que fué desterrado de su silla, sin que bastase para contenerlos el respeto de su autoridad, el alto concepto de su santidad, ni la reputacion universal de su sabiduría, en la carta que escribió á nuestro santo, elogia su constancia en haberse resistido á comunicar con los obispos que en el concilio de Rímini trataron con Ursacio y Balente, caudillos de la herejía, lo que alaba como una accion digna de un prelado ortodoxo y de un sacerdote de Dios, nacida de un corazon zeloso y firme en sostener la verdad, sin ablandarse con el terror ni con los destierros conminados por un soberano, acérrimo protector de la impiedad.

Además de esta admirable entereza que hizo digno á nuestro santo de una eterna gloria, le elogia el padre san Jerónimo en el libro de los varones ilustres,

diciendo que compuso hasta su última edad diversos tratados, y un elegante libro sobre la fe, el cual, aunque existia en tiempo del santo doctor, hoy no nos consta ciertamente su existencia; porque el que corre con este título es atribuido á diversos autores, y algunos críticos le estiman de Faustino Luciferiano.

Hay quien ha querido hacer á san Gregorio de la secta de los Luciferianos, ya porque resistió con Lucífero, obispo de Cáller, á la comunicacion con los herejes; ya porque le elogian Marcelino y Faustino, de la misma secta, en el libelo que ofrecieron en el año 364 á los emperadores Valentiniano, Teodosio y Arcadio, que dió á luz Sirmondo en el de 1590. Pero además de los testimonios de san Jerónimo y san Eusebio de Verceli que alaban su fe, zelo y santidad, es preciso distinguir que no es lo mismo convenir Gregorio con Lucífero en negarse á la comunion con los herejes, que resistirla aun en el caso de que arrepentidos de sus errores regresasen al gremio de la Iglesia, que fué el error de estos sectarios, en el que jamás incurrió nuestro santo. Mucho menos es bastante para esta censura el elogio que hacen de él Marcelino y Faustino en dicho libelo, reconocido por todos los críticos como un agregado de imposturas y falsedades.

Finalmente, lleno de merecimientos, despues de haber gobernado muchos años su obispado como un zeloso pastor, murió en el Señor á fines del siglo IV, no constándonos el año de su precioso tránsito, y sabiendo solamente por san Jerónimo que vivia aun en el año de 392.

SAN FIDEL DE SIGMARINGA, MÁRTIR.

San Fidel, bello ornamento del órden de Capuchinos, é ilustre mártir de la fe católica, nació en Sigmaringa, pequeña ciudad de la Suabia, en el año de 1557. Su padre, llamado Juan Rey, le envió á estudiar á la universidad de Friburgo en la Suiza, donde luego se dió á conocer por su talento, y se hizo amar por su modestia, su circunspeccion y sus finos modales. El Señor que le habia escogido para vaso de eleccion, le conservó la inocencia en medio de los peligros que rodean á la juventud estudiosa, y el santo contribuyó por su parte haciendo una vida muy mortificada; jamás bebió vino, y siempre vistió cilicio. Siguió la carrera de la jurisprudencia, y habiendo ganado todos los cursos, recibió con mucho aplauso la borla de doctor.

El año de 1604 partió en compañia de tres jóvenes caballeros que enviaron sus padres á viajar por diferentes partes de la Europa. Nuestro santo se dedicó principalmente á inspirarles vivos sentimientos de religion, dándoles el ejemplo de las virtudes mas edificantes, y sobre todo de una tierna y sincera devocion. No dejaba pasar dia alguno de fiesta sin acercarse á la sagrada mesa; visitaba las iglesias y los hospitales de todas las ciudades que encontraba en su tránsito; socorria á los pobres segun sus facultades, y muchas veces le sucedió despojarse de sus vestidos para dárselos.

De vuelta de sus viajes, obtuvo en Colmar, ciudad de la Alsacia, una plaza en la magistratura. Desempeñóla nuestro santo con mucha reputacion; y como los dos principales móviles de su alma eran la jus-

ticia y la religion, la primera le hacia recto é inaccesible al soborno, y la segunda le inclinaba á interesarse en favor de los desvalidos: así mereció que se le llamase *el abogado de los pobres*. Pero habiendo visto algunas injusticias que no estaba en su mano evitar, comenzó á disgustarse de su cargo; temió verse envuelto en los pecados de otros, y dando de mano á los negocios, resolvió dejar el mundo y acogerse al sagrado de la religion. Habia en Friburgo un convento de Capuchinos, que edificaban à toda la comarca por la austeridad de su vida. A este asilo determinó retirarse nuestro santo, y haciendo donativo de sus bienes y biblioteca al seminario conciliar en beneficio de los estudiantes poco favorecidos de la fortuna, despues de distribuir á los pobres sus restantes efectos, tomó el hábito de capuchino en el año de 1612. Su superior le dió el nombre de *Fidel*, y segun la costumbre de los Capuchinos se apellidó de *Sigmaringa*, de la ciudad en que habia nacido.

Desde el momento en que vistió el santo hábito, es indecible el ardor con que aspiró á la perfeccion religiosa por el camino de las humillaciones y de las penitencias. En vano se amotinaron las pasiones, viéndose refrenadas en el claustro: la obediencia á sus superiores, y la docilidad con que escuchaba y seguia los consejos de su confesor, á quien manifestaba todos los secretos de su alma, le hicieron salir victorioso de las mas violentas tentaciones. Su fervor no se contentaba con las mortificaciones prescritas por la regla, sin embargo de ser esta austerísima; sus ayunos eran rigurosos; en el adviento, cuaresma y vigilias no vivia mas que de pan, agua y frutas secas. Ninguna cosa era capaz de interrumpir el recogimiento interior de su alma; y en sus oraciones nada pedia tanto á Dios como el que le librase de todo pecado, y aun de la tibieza.

Estudió por obediencia la sagrada teología, en la que hizo tan notables progresos, que apenas fué ordenado de sacerdote, le dieron sus superiores el cargo de predicar la palabra de Dios y de oir las confesiones de los fieles. En uno y otro ministerio se portó con admirable discrecion y con gran zelo, y el fruto fué correspondiente á tan buenas cualidades. Habiéndole nombrado guardian del convento de Welthirchen, obró milagros de conversion en esta ciudad y pueblos circunvecinos, logrando tambien desengañar de sus errores á muchos Calvinistas.

Llegó á Roma la noticia de las virtudes de Fidel, y de los copiosos frutos que acompañaban á sus trabajos apostólicos; é informada de esto la congregacion de la Propaganda, le nombró para ir á predicar á los Grisones, en cuyo pais no habia penetrado misionero alguno despues que este pueblo habia tenido la desgracia de abrazar el calvinismo. La empresa era por consiguiente arriesgada, capaz de desalentar otro zelo menos ardiente que el de nuestro santo; pero Fidel tenia tan en el alma la mayor gloria de Dios y la conversion de sus prójimos, que partió con alegría al teatro de su mision, sin arredrarle ni las fatigas del camino, ni las amenazas que le hicieron de quitarle la vida. Llevó consigo ocho religiosos de su órden, que le fueron asociados para trabajar bajo su direccion. En las primeras conferencias convenció á dos caballeros calvinistas, y sus conversiones hicieron grande ruido en el país. Penetró en 1622 en el Canton de Pretigout, donde convirtió muchos herejes. Todo predicaba en él: su modestia, su compostura, la pobreza de su hábito, la austeridad de su vida, su semblante mismo y hasta sus mas indiferentes acciones; pero mas que á todo esto y á la energía de sus discursos se debió el gran número de conversiones que hizo al fervor de sus oraciones.

Bramó de rabia el infierno al ver las presas que se arrancaban de su poder, y su furor se comunicó á los Calvinistas que habian tomado las armas contra el emperador. Alarmados por el gran número de herejes que convertia nuestro santo, resolvieron detener sus progresos deshaciéndose de él á toda costa. Supo el santo misionero sus infernales designios, pero no por eso se desanimó; antes bien, subiendo al púlpito en la villa de Gruch, el dia 24 de abril de 1622, despues de haberse confesado y dicho misa, predicó con una especie de entusiasmo sagrado; predijo su muerte á muchas personas, y despues firmó todas sus cartas, *fray Fidel, que será pronto alimento de gusanos*. Desde Gruch pasó á predicar á Sevis, en cuya iglesia estando persuadiendo á los católicos que permaneciesen firmes en la fe, un calvinista le disparó un mosquetazo, que afortunadamente no le tocó; los fieles le rogaron con instancia que se retirase, pero él les respondió que no temia la muerte, y que estaba pronto á sacrificar su vida por la causa de Dios.

No tardó en llegar este momento. Volvia el santo á la villa de Gruch, y en el camino cayó en manos de una banda de soldados calvinistas que capitaneaba un ministro de su secta. Echáronse sobre él como unos lobos, golpeáronle, insultáronle, tratáronle de seductor y quisieron obligarle por fuerza á que abrazase el calvinismo. « ¿Qué es lo que me proponeis? respondió el padre Fidel: yo he venido entre vosotros para refutar vuestros errores, y no para abrazarlos. La doctrina católica es la fe de todos los siglos, la única verdadera, y por la que estoy pronto á dar mi vida. » A estas palabras, uno de la tropa le tiró una cuchillada y le derribó en tierra; el santo se incorporó, y puesto de rodillas, hizo esta oracion: « Señor, perdonad á mis enemigos: la pasion les ciega, y no saben lo que se hacen. Jesus mio, tened mise-

ricordia de mí; María, madre de Dios, asistidme.» Acabada esta súplica, una segunda cuchillada le tendió en el suelo bañado en su sangre; y no satisfecho con esto el furor de aquellos soldados, le acribillaron el cuerpo á puñaladas, y le cortaron la cabeza y la pierna izquierda.

Sucedió la preciosa muerte de san Fidel en el año de 1622, á los cuarenta y cinco de su edad y diez de profesion. Los católicos enterraron el dia siguiente su cuerpo, que se conserva con mucha veneracion en el convento de Capuchinos de Welthirchen; pero la cabeza y la pierna izquierda, que habian sido separadas del tronco, fueron trasladadas despues con mucha pompa y solemnidad á la catedral de Coira, donde se veneran, obrando el Señor gran número de milagros por la intercesion de su siervo. Entre ellos se cuenta la conversion del ministro que capitaneaba los soldados, el cual, habiendo visto verificada la derrota de los Calvinistas por los Imperiales, conforme á una prediccion del santo, movido de esta circunstancia, se reconoció y abjuró públicamente la herejía. El papa Benedicto XIII beatificó al ilustre mártir del catolicismo en 1729, y Benedicto XIV le canonizó en 1746, colocando su nombre en el martirologio romano en el dia 24 de abril.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Sevis, en el país de los Grisones, san Fidel de Sigmaringa, del órden de Capuchinos, el cual, habiendo sido enviado á predicar la fe en aquella tierra, fué muerto por los herejes, y el papa Benedicto XIV le colocó en el catálogo de los santos mártires.

En Roma, san Sábas, capitan de una compañía de soldados, el cual, siendo acusado de que visitaba á los cristianos en las cárceles, confesó el nombre

de Jesucristo delante del juez, por cuyo mandato le quemaron con hachas encendidas, y le metieron en una caldera llena de pez hirviendo, de la que salió sano y salvo. Con este milagro se convirtieron setenta personas, que perseverando con inalterable constancia en confesar la fe, fueron pasadas á cuchillo : por último á san Sábas se le arrojó en un rio, donde consumó su martirio.

En Leon de Francia, la fiesta de san Alejandro mártir, que, despues de una larga prision en tiempo de Antonino Vero, fué primeramente de tal manera despedazado por la crueldad de los que le azotaban, que rota la juntura de las costillas y descubiertas las entrañas, se le veian hasta los intestinos; por último, falto de sangre y de fuerzas, fué clavado en una cruz, en donde entregó su dichoso espíritu. Con él martirizaron á otros treinta y cuatro cristianos, cuya memoria se celebra en diferentes dias.

El mismo dia, los santos Eusebio, Neon, Leoncio, Longinos y otros cuatro, que despues de crueles tormentos fueron degollados en la persecucion de Diocleciano.

En Inglaterra, el tránsito de san Melito obispo, que fué enviado á esta isla por san Gregorio, y convirtió á la fe los Sajones orientales con su rey.

En Elvira en España, san Gregorio, obispo y confesor.

En Irlanda, san Egberto, presbítero y monje, de admirable humildad y continencia.

En Reims, las santas vírgenes Beuva y Doda.

La misa es del comun de confesor pontífice, y la oracion del santo la siguiente.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Gregorii, confessoris tui atque pontificis,

Te rogamos, ó Dios omnipotente, que la veneranda festividad del bienaventurado Gre-

veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum....

gorio, tu confesor y pontífice, nos aumente la devocion y con ella la esperanza de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epistola es del cap. 44 y 45 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia I, *pág.* 32.

REFLEXIONES.

Dióle el gran sacerdocio para que ejerciese sus funciones, para que cantase alabanzas á Dios, para que en su nombre anunciase al pueblo su gloria, y para que ofreciese incesantemente al mismo Dios incienso digno en olor de suavidad. Esto es puntualmente lo que quiere Dios de todo aquel á quien eleva á la alta dignidad del sacerdocio: que ejerza sus funciones, *fungi sacerdotio*, esto es, que todos los dias ofrezca en el altar el cordero sin mancilla; que su ocupacion y su oficio sea cantar alabanzas al Señor, y predicar al pueblo su palabra. Y por cuanto un ministerio tan santo y un carácter tan sagrado están pidiendo una vida pura, inocente y ejemplar, que en todos tiempos exhale en buen olor de Jesucristo, exige Dios de todos los sacerdotes un arreglo de costumbres mas exacto, una virtud mas particular y un fervor mas constante. Son los sacerdotes, por su carácter, personas consagradas; por su estado, ministros del altar; por su título, conquistados ó adquiridos especialmente por el Señor, y escogidos para ser oráculos de Dios vivo, intérpretes de su voluntad, depositarios de los méritos y aun de la misma sangre del Redentor. Su vida escondida en Jesucristo, segun la expresion del Apóstol, debe representar á los ojos de todos la vida del mismo Cristo. Sus dias no son suyos; reservóselos para sí el que los llamó á su servicio; estáles prohi-

bida toda ocupacion puramente profana; para ellos todos los dias son ferias, esto es, dias de fiesta y de solemnidad: pensamientos, acciones, deseos, diversiones, hasta la misma aparente ociosidad, todo debe ser en ellos santo ó santificado. Siendo respetables aun á los ángeles por su elevado carácter, no lo deben ser menos á los hombres por la inocencia y por la santidad de su vida.

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* I, *pág.* 35.

MEDITACION.

A QUÉ PELIGRO SE EXPONEN LOS QUE PASAN UNA VIDA OCIOSA.

PUNTO PRIMERO.

Considera á qué riesgo nos exponemos en una vida ociosa é inútil, y cuánto debemos temer el castigo de un Dios justamente irritado, que puede fulminar contra nosotros aquella terrible sentencia de reprobacion pronunciada contra el árbol que no lleva fruto. Mucho tiempo ha que no cesa Dios de avisarnos: inspiraciones, gracias, auxilios, instrucciones, lectura de buenos libros, accidentes imprevistos, todo se dirige á convertirnos. Hace mucho tiempo que el Señor busca frutos, y no encuentra mas que hojas, ó frutos semejantes á los del campo de Gomorra, que debajo de una bella corteza solo escondian cenizas. ¿Cuál será, pues, nuestra suerte? ¿qué destino debemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego: un cristiano vacío de buenas obras, sin devocion, y que no tiene mas que la apariencia de cristiano, ¿tendrá el cielo por herencia?

Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? ¿Qué mas debí hacer por mi viña, que no hiciese? dice el Señor por el Profeta. Trae á la memoria los auxilios que te he concedido, las gracias que te he dispensado. Despues de tantos afanes ¿no debia esperar yo que esta mi viña me corresponderia con frutos dulces? Y en medio de eso no me ha dado mas que racimos muy amargos.

Nunc ergo, habitatores Jerusalem, et viri Juda, judicate inter me, et vineam meam: Juzgad, pues, ahora vosotros mismos, hombres ingratos, si tengo razon para quejarme de vosotros. Hice por vosotros mas de lo que vosotros mismos os atreveríais á esperar, y en cierta manera aun mas de lo que podríais creer. Convenis en los beneficios que habeis recibido de mi liberal mano: pero ¿me habeis servido por eso con mayor fidelidad? ¿me habeis amado mas?

¿No tenemos razon para temer el justo castigo con que Dios amenaza á la viña estéril? *Auferam sepem ejus, et erit in direptionem.* Echaré por tierra el cercado con que la resguardé, y dejaréla abierta al arbitrio de los caminantes y de los pasajeros; convertiráse en camino público, y será pisada de todos; ya no se cultivará mas; si produjere algo, serán espinas y abrojos; y para colmo de su desdicha, ya no desprenderé yo mi apacible lluvia sobre una tierra tan ingrata, sobre una viña que no da fruto. Es fácil entender lo que significan estas expresiones. Hiciéronse en tiempo de Pascua los propósitos mas santos; conocióse el peligro de ciertas visitas, de ciertas funciones, de ciertas concurrencias, de ciertas conversaciones, y de ciertas malas costumbres. Fué fruto del dolor y del arrepentimiento un plan de vida nueva: concluyóse que era indispensable la enmienda y la reforma. Pero, pocos dias despues, todo esto dió por tierra. Y un Dios tan justamente irritado ¿continuará

despues sus extraordinarios desvelos? ¿derramará despues con profusion sus especiales favores? ¿dejará en pié ese cercado que tú mismo haces tantos esfuerzos para derribar? ¿te colmará siempre de nuevos beneficios y de nuevas gracias?

PUNTO SEGUNDO.

Considera la desgracia de una alma á quien castiga el Señor con esta justa, pero espantosa privacion. Derribada la cerca, esto es, perdido aquel recogimiento interior y debilitado aquel saludable temor de los juicios de Dios, el alma será presa infeliz de todas las pasiones; ocuparán tumultuariamente el corazon mil turbulentos cuidados; apenas se dejará percibir la voz de Dios sino allá en lo mas hondo del mismo corazon; no harán impresion los saludables consejos de un confesor docto y prudente; miraráse la virtud con tedio y con disgusto; haráse intolerable el yugo del Señor; parecerá como seco y agotado el manantial de las gracias. ¿Y qué será de una pobre alma en tan lamentable estado?

Acaso te lisonjearás con que no te has abandonado al último desórden. Pero acuérdate de que el siervo holgazan y perezoso no fué castigado porque hubiese perdido el talento, sino por no haber negociado con él. Esperas volver sobre tí y confesarte en la primera fiesta; pero si la confesion que hiciste por Pascua de Resurreccion, fué inútil, ¿no debes temer que no lo sea menos la que hagas por Pascua del Espíritu Santo? Mientras tanto el tiempo se pasa, y quizá, quizá estamos ya tocando el término fatal de nuestra vida. *Jam enim securis ad radicem posita est.* Acaso será la última solicitacion de la gracia; acaso será la postrera vez que Dios nos advertirá, que Dios nos tocará el corazon, que Dios nos apretará para

que salgamos de este estado infructuoso y estéril. Y despues de todo esto ¿no debemos temer que pronuncie contra nosotros aquella sentencia del padre de familias contra la higuera que no daba higos? *Succidite illam, ut quid terram occupat?* Corten ese árbol cuanto antes, arrójenle al fuego; ¿á qué propósito se le ha de dejar ocupar el terreno de otro que puede dar exquisito fruto, acreditando las diligencias del cultivo?

¡Cosa extraña! Hacemos todos estas reflexiones; á muchos les estremecerán estas verdades; todos convenimos en que es muy arriesgada una vida inútil para el cielo; y en medio de eso, ¡para cuántos serán inútiles estas reflexiones!

No permitais, Señor, que sea yo de este número. Arbol estéril hasta aquí, he hecho ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canseis, Dios de las misericordias; continuad, Señor, continuad en asistir á esta alma con vuestra gracia, que espero dará fruto de hoy en adelante.

JACULATORIAS.

Dadme, Señor, todavía un poco de tiempo, que yo os satisfaré lo que os debo. *Mat.* 18.

Mostrad, Dios mio y Señor mio, en este dia que vos sois mi soberano dueño, y que yo soy fiel y humilde siervo vuestro. *Rey.* 3.

PROPOSITOS.

1. Si has comprendido el peligro á que está expuesta una vida ociosa, inútil y floja, fácilmente evitarás este peligro con el horror que te causará semejante vida. Pero guárdate bien de que este horror se reduzca solo á proyectos aéreos, á deseos inútiles que matan al perezoso. Procura que todas tus medi-

taciones sean prácticas, esto es, que se reduzcan siempre a la reforma de tus costumbres, á arreglar tu conducta y á la práctica de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida, ó á lo menos ha habido en ella grandes vacíos : procura que en adelante sean dias llenos todos tus dias, segun la frase de la Escritura. Da desde luego principio por el dia de hoy, practicando en él todas aquellas obras y ejercicios que corresponden á tu estado. Visita á los pobres enfermos en el hospital; consuélalos con tus palabras y con tus limosnas. Si no los puedes visitar en el hospital, ejercita esta obra de caridad con algunos de tu parroquia. Hay muchas familias honradas que tienen gran falta de todo; lo que á tí te sobra, las acomodaria mucho á ellas; socórrelas, y gasta en esto lo que habias de gastar en una mesa espléndida, en un convite inútil, en un vestido superfluo, ó en un mueble no necesario, que bien puedes pasar sin estas cosas. Harás en esto un gran sacrificio. Ruégote que tomes gusto á esta práctica.

2. Huye la compañía de la gente ociosa, y evita toda concurrencia donde reina la ociosidad. Ten continuamente alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana siempre debe tener alguna labor que la ocupe : á la labor suceda la oracion ó la lectura de algun libro devoto. Procura que sea útil hasta tu mismo descanso, por medio de conversaciones que fomenten la virtud y que edifiquen. Acostúmbrate á levantar el corazon á Dios frecuentemente con breves jaculatorias y con actos de amor suyo. Es devocion muy provechosa rezar el *Ave María* siempre que da alguna hora. Mucho se adelantará con una vida acostumbrada á estos devotos ejercicios : son unas industrias espirituales, al parecer de poca entidad, pero en realidad de gran valor para enriquecerse el alma.

DIA VEINTE Y CINCO.

SAN MARCOS, EVANGELISTA.

Fué san Marcos judío de orígen, y se conoce por su estilo que estaba mas versado en la lengua hebrea que en la griega. Era originario de Cirene en la provincia de Pentápolis; y asegura Beda que era de familia sacerdotal. Bien pudo alcanzar á Cristo; pero se tiene por cierto que no fué del número de sus discípulos. Fué sí uno de los primeros que convirtió el apóstol san Pedro despues de la venida del Espíritu Santo, y por eso le llama *hijo* en su primera epístola, por haberle engendrado en Jesucristo.

Por su fervor, por su zelo, por su devocion y por el grande amor que profesaba á su maestro, le escogió este por compañero suyo en los viajes, haciéndole su intérprete y confidente. Acompañóle á Roma, donde Marcos tuvo gran parte en lo que san Pedro hizo y padeció para plantar la fe de Cristo en aquella capital del mundo. Sembraba san Pedro, regaba san Marcos, y Dios hacia crecer en abundancia el número de los fieles, tanto que apenas se hablaba de otra cosa en todo el mundo que de la fe de los Romanos.

Precisado san Pedro á ausentarse de Roma para atender á las otras funciones de su apostolado, dejó en ella á su amado discípulo Marcos, que cultivó aquella viña con felicidad. En este tiempo fué cuando los fieles de Roma, inflamados cada dia mas y mas en el amor de la verdad, y penetrados de los grandes misterios del Evangelio que san Pedro les habia pre-



S. MARCOS EVANGELISTA.

dicado, rogaron á san Marcos que les dejase por escrito la historia evangélica, para tener el consuelo de conservarla en la memoria, y de repasar muchas veces la doctrina que habian oido al Apóstol. Vencido nuestro santo de sus piadosas instancias, escribió lo que habia oido al príncipe de los apóstoles, ya en sus instrucciones públicas á los fieles, ya en las conversaciones familiares y privadas. No se aplica san Marcos á referir las cosas segun la cronología exacta de los tiempos, sino á observar una grande exactitud y precision en los hechos que refiere, cuidando sobre todo de no omitir cosa alguna de cuantas habia oido de la boca de su maestro, y de seguir fielmente la iluminacion del Espíritu Santo, por cuya inspiracion y órden escribia.

Supo san Pedro por divina revelacion, estando ausente, que san Marcos habia escrito el evangelio; y vuelto á Roma, lo aprobó y mandó que se leyese en la iglesia. Es este evangelio, por la mayor parte, como un compendio del de san Mateo, aunque algunas veces en pocas palabras añade circunstancias muy notables. Apunta san Crisóstomo que fué san Marcos mas breve que los otros tres evangelistas, para imitar á san Pedro á quien gustaba hablar poco. Y dice Eusebio, que como solo escribió lo que oyó al mismo san Pedro, omitió todo lo que Cristo dijo en tanta gloria y honra de este apóstol, despues que le hubo confesado por Hijo de Dios vivo; calla tambien el milagro de cuando caminó san Pedro por el agua; y por el contrario se detiene en referir muy despacio todo lo que podia ceder en humillacion del apóstol, como el lance de sus tres negaciones que le costaron tantas lágrimas, del cual hablaba el humildísimo apóstol con mucha frecuencia.

Escribió san Marcos en griego su evangelio, por ser esta la lengua mas comun en aquel tiempo, no

solo en el Oriente, sino aun dentro de Roma, donde todos hablaban mas en griego que en latin, hasta las mas ínfimas mujercillas, de lo que se queja y lo satiriza un poeta. Tambien se valió san Pedro de nuestro santo para escribir la epístola á los fieles de diferentes provincias del Asia; y aun san Jerónimo cree que el estilo es en todo de san Marcos, y que san Pedro solo le dictó la sustancia. Asegúrase que san Pedro envió á san Marcos á Aquileya, y que se detuvo dos años y medio en aquella ciudad, donde convirtió á la fe gran número de personas, y fundó aquella iglesia que en los primeros siglos fué muy célebre en el Occidente.

Habiendo sido expelidos de Roma todos los Judíos por decreto del emperador Claudio, hácia el año 49 del Señor, fué san Marcos de órden de san Pedro á Egipto, para predicar el reino de Dios en aquel vasto país y en todas las provincias que dependian de él. Llevó consigo el evangelio que habia escrito, para que las naciones á quienes enseñase de viva voz, tuviesen despues la misma comodidad que los Romanos; porque la lengua griega era, por decirlo así, la lengua de comercio en todo el Oriente, y se usaba aun mas en Alejandría que en Roma.

Lleno san Marcos de aquel mismo espíritu que animaba á los apóstoles, solo suspiraba por introducir en todas partes la luz de la religion. Desembarcó en Cirene de la provincia de Pentápolis, donde obró muchos milagros y logró gran número de conversiones. Abriendo los ojos aquellos pueblos idólatras á las verdades que les predicaba el nuevo apóstol, hicieron pedazos los ídolos y talaron los bosques que habian consagrado á los demonios. Desde allí pasó á las otras partes de Libia, esto es, á aquellas provincias que se llamaban Marmárica y Amoniaca, en las cuales trabajó doce años, y en todas con el mismo

buen suceso. Penetró hasta el alto y bajo Egipto, en una y en otra Tebaida; y echó el Señor tantas bendiciones á sus apostólicos trabajos, que aquellos pueblos donde habia reinado el paganismo por espacio de tantos siglos, y eran los mas adictos á las supersticiones mas groseras de la idolatría, fueron en lo sucesivo aquella tierra afortunada, dichosa habitacion de tantos santos anacoretas, y en donde el grano del Evangelio ha producido mayor fruto.

Despues que san Marcos hubo desmontado aquel vasto campo cubierto de malezas, resolvió pasar á predicar la fe en la misma Alejandría, que á la sazon era, despues de Roma, la ciudad principal del imperio. Habiendo, pues, dejado á sus discípulos para que gobernasen la nueva cristiandad, partió para la corte y cabeza del Oriente, estando destinado por el cielo para apóstol de aquella populosa ciudad.

Refiérese en las actas mas antiguas que al entrar en ella, habiéndosele descosido una sandalia, la dió á componer á un zapatero, el cual por descuido se picó con la lesna, y en aquel primer movimiento de dolor, exclamó sin libertad, *¡ay mi Dios!* Porque, como observa Tertuliano, la mas ciega y estragada idolatría no ha podido conseguir que el alma en sus primeros movimientos no parezca como naturalmente cristiana, reconociendo á un solo Dios verdadero. Tomó ocasion san Marcos de la exclamacion y grito de aquel pobre zapatero, para darle á conocer al único y verdadero Dios á quien él invocaba sin advertirlo; y aplicándole un poco de lodo á la herida, haciendo sobre ella la señal de la cruz, se le cerró al instante. Aniano, que así se llamaba el zapatero, admirado del milagro, y prendado del aire grave, modesto y mortificado de san Marcos, le instó para que entrase en su casa, descansase y refrescase en ella con todos los de su comitiva; y al mismo tiempo

quiso instruirse de la verdad por medio de las preguntas que hizo á su huésped. Despues de estar suficientemente instruido, fué bautizado con toda su familia, y con otras muchas personas que se convirtieron por la doctrina y milagros de san Marcos; y Aniano hizo en poco tiempo tantos progresos, así en el conocimiento, como en el ejercicio de las virtudes cristianas, que dos años despues le nombró san Marcos obispo de Alejandría. Este fué el principio de la religion cristiana en aquella grande ciudad.

Multiplicóse tan prodigiosamente en poco tiempo el número de los fieles, que san Marcos se vió precisado á instituir en Alejandría varias iglesias ó parroquias, donde se les instruia en los misterios de la fe, se partia y se les distribuia el sagrado pan de la comunion.

Creció el fervor con el número de los nuevos cristianos. Movidos muchos de ellos de un ardiente deseo de aspirar á la mas elevada perfeccion, se determinaron á añadir la práctica de los consejos evangélicos á la observancia de los preceptos; y en poco tiempo se llenó aquella gran ciudad y su territorio de héroes cristianos, que, renunciando á todas las conveniencias y regalos de la vida, se ocupaban únicamente en Dios, pasando los dias en el ejercicio de muy rigurosas penitencias, en la leccion de la sagrada Escritura y en la meditacion de las verdades eternas. Como la mayor parte de estos fervorosos cristianos era de la nacion hebrea, y conservaba todavía muchas ceremonias judaicas, Filon creyó que eran judíos, y son aquellos contemplativos de Egipto llamados *Terapeutas*, nombre que significa los que están particular y únicamente dedicados á servir á Dios; y esta fué como la semilla de aquel prodigioso número de solitarios que algunos siglos despues poblaron el Egipto y la Tebaida.

Tantas y tan ruidosas conversiones no podian menos de excitar alguna violenta persecucion. Amotinóse toda la ciudad contra san Marcos, á quien llamaban el *Galileo*, que solo habia venido, como decian ellos, para echar por tierra los ídolos y arruinar el culto de los dioses. Viendo el santo alborotado el pueblo, y previendo las consecuencias de la persecucion, dió las providencias convenientes para el bien de su iglesia, y consagró por obispo de ella á san Aniano, que es tenido por el primer obispo de Alejandría; porque, aunque san Marcos lo fué antes que él, mas se le considera como apóstol, que como pastor de un determinado rebaño.

Despues de haber proveido de esta manera á las necesidades espirituales de la iglesia de Alejandría, volvió san Marcos á visitar á sus amados hijos en Cristo que habia dejado en Pentápolis, y gastó dos años en recorrer aquellas provincias y en consolar á los fieles, cuyo número, piedad y devocion crecian cada dia. Restituido á Alejandría, comenzó á disponerse para el sacrificio de su vida que habia de hacer á Jesucristo, el cual no se dilató mucho, porque un dia en que el pueblo de aquella ciudad celebraba la fiesta de su ídolo Serapis, comenzó á gritar furioso: *Búsquese con toda diligencia, y sea sacrificado á nuestra justa cólera el enemigo de nuestros dioses.* Poco tiempo gastaron en buscarle, porque le encontraron en el altar ofreciendo á Dios el santo sacrificio. Arrojáronse sobre él, echáronle una soga al cuello, y arrastrándole por las calles, gritaban: *Llevemos este buey á Búcoles para llevarle despues al matadero.* Era Búcoles un sitio cerca del mar, lleno de peñascos, entre los cuales habia algunas praderías donde pastaban los bueyes de la ciudad. Mientras le arrastraban de esta manera desde la mañana hasta la noche, quedando la tierra regada con su sangre, y cayén-

doselc la carne á pedazos, el santo no hacia mas que dar mil gracias á Dios y cantar sus alabanzas. Habiendo llegado la noche, le metieron en un espantoso calabozo, donde Cristo se le apareció, y le consoló con la promesa de que presto estaria con él en su gloria.

Apenas amaneció el dia siguiente, cuando le sacaron de la cárcel, y le volvieron á arrastrar por las calles con la misma algazara é inhumanidad que el dia anterior, hasta que en fin rindió su alma á Dios, y consumó su martirio á los 25 de abril del año 68, en cuyo dia toda la iglesia latina y griega celebra su fiesta.

Intentaron los gentiles quemar el santo cuerpo; pero, habiéndose levantado de repente una furiosa tempestad que los hizo retirar mas que de paso, los cristianos aprovecharon esta ocasion, y le enterraron en un hueco ó concavidad abierta en uno de los peñascos de Búcoles, donde solian juntarse para hacer oracion. En el año de 316 se edificó en aquel sitio una magnífica iglesia, en la cual en el sexto siglo se conservaba todavía el manto ó *pallium* de san Marcos, que el obispo alejandrino se ponia antes de tomar posesion de su silla episcopal.

Aunque en el octavo siglo estaba ya la ciudad de Alejandría en poder de los Sarracenos ó de los Arabes mahometanos, todavía se conservaban en ella estas preciosas reliquias con singular veneracion, encerradas en un sepulcro ó urna de mármol que se veia delante del altar de una iglesia en lo último de la ciudad hácia la parte del mar; lo que muestra que las habian trasladado del lugar donde las habian enterrado al principio.

En el año de 870 era ya opinion pública y universalmente recibida que el cuerpo de san Marcos no estaba en Alejandría, porque los Venecianos le habian

hurtado secretamente, bien persuadidos de que era un grande acto de religion librarle del furor de los Mahometanos y de los Arabes.

Está debajo de la proteccion de san Marcos aquella serenísima república, y el dia 25 de abril se celebra en Venecia la fiesta del santo evangelista con solemnidad verdaderamente augusta. Tambien se celebra en ella con singular magnificencia la fiesta ó la memoria de su traslacion el dia 31 de enero, y el 25 de junio se celebra otra tercera fiesta con el título de *la aparicion de san Marcos*, esto es, de la invencion ó descubrimiento de su santo cuerpo, que fué hallado en el siglo undécimo, habiéndose ignorado por mucho tiempo el sitio donde estaba escondido aquel precioso tesoro.

En el mismo dia celebra la Iglesia la institucion de las letanías mayores, hecha por san Gregorio el Grande el año de 590, para aplacar la cólera de Dios que se experimentaba en Roma con efectos muy sensibles, por la cruel peste que desolaba la ciudad. Queriendo aplacar la ira de Dios aquel insigne pontífice, ordenó que por tres dias consecutivos se hiciesen procesiones generales y oraciones públicas. Llamáronse entonces *Letanías septenarias*, porque disponiendo el santo que todos los fieles se distribuyesen en siete coros, mandó que á un mismo tiempo saliesen todos de siete iglesias diferentes, como para formar otras tantas procesiones. No le engañó al fervorosísimo pontífice su grande confianza en la intercesion de la santísima Vírgen y de los santos; porque llevando en la mano la imágen de nuestra Señora, que se cree comunmente haber sido pintada por san Lucas, al llegar cerca de la mole de Adriano, se dejó ver un ángel en ademan de quien envainaba una espada, y desde aquel punto cesó el azote de Dios; y el castillo que se levantó despues en aquel mismo sitio, se llamó

y se llama hoy, en memoria de esta aparicion, *el castillo del santo Angel.* Y porque se cree que estas procesiones fueron instituidas el dia 25 de abril, consagrado á la memoria de san Marcos, por eso hace la Iglesia en este dia su conmemoracion aniversaria.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandría, la fiesta de san Marcos, evangelista, discípulo é intérprete del apóstol san Pedro: estando en Roma, escribió el evangelio á peticion de los cristianos, y llevándolo consigo á Egipto, fué el primero que predicó á Jesucristo en Alejandría, donde estableció y fundó una iglesia. Habiendo sido preso por la fe, le ataron con cuerdas y lo arrastraron por encima de guijarros, de cuyo tormento quedó gravemente herido. Encerrado despues en una cárcel, fué confortado por un ángel, y apareciéndosele por último nuestro Señor, le llamó al reino del cielo, el año octavo del imperio de Neron.

En Roma, las Letanías mayores en la iglesia de san Pedro.

En Siracusa, los santos mártires Evodio, Hermógenes y Calixto.

En Antioquía, san Estévan, obispo y mártir, que, despues de haber padecido mucho de parte de los herejes que desechaban el concilio de Calcedonia, fué precipitado en el rio Orontes en tiempo del emperador Zenon.

Allí mismo, los santos Filon y Agatópodes, diáconos.

En Alejandría, san Aniano, discípulo de san Marcos, y sucesor suyo en el obispado: habiendo sido esclarecido en virtudes, descansó en el Señor.

En Lobes, san Ermino, obispo y confesor.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Marcum evangelistam tuum, evangelicæ prædicationis gratia sublimasti: tribue, quæsumus, ejus nos semper eruditione proficere, et oratione defendi. Per Dominum nostrum...

O Dios, que elevaste á tu santo evangelista Marcos por la gracia de la predicacion del santo Evangelio; concédenos que nos aprovechemos de su santa doctrina, y seamos protegidos de su poderosa intercesion. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 1 de Ezequiel.

Similitudo vultus quatuor animalium: facies hominis, et facies leonis à dextris ipsorum quatuor: facies autem bovis, à sinistris ipsorum quatuor, et facies aquilæ desuper ipsorum quatuor. Facies eorum, et pennæ eorum extentæ desuper: duæ pennæ singulorum jungebantur, et duæ tegebant corpora eorum: et unumquodque eorum coram facie sua ambulabat: ubi erat impetus spiritus, illùc gradiebantur, nec revertebantur cùm ambularent. Et similitudo animalium, aspectus eorum quasi carbonum ignis ardentium, et quasi aspectus lampadarum. Hæc erat visio discurrens in medio animalium, splendor ignis, et de igne fulgur egrediens. Et animalia ibant et revertebantur, in similitudinem fulguris coruscantis.

La figura del semblante de los cuatro animales: tenian todos cuatro cara de hombre, y todos cuatro cara de leon por su parte derecha: y todos cuatro cara de buey por la parte izquierda, y todos cuatro cara de águila sobre los mismos. Sus caras y sus alas se extendian hácia arriba: dos alas de cada uno de ellos se juntaban, y dos cubrian sus cuerpos. Y cada uno de ellos se movia segun la direccion de su semblante: adonde los llevaba el ímpetu del espíritu, allí iban, y cuando andaban no se volvian atrás. Y la figura de los animales se presentaba á la vista como carbones ardientes de fuego, y como lámparas encendidas. Veíase discurrir por entre medias de los animales un resplandor de fuego, y salir de este rayos. Y los animales iban y venian á manera de rayos resplandecientes.

NOTA.

« Era el profeta Ezequiel de familia sacerdotal,
» y se hallaba dentro de Jerusalen cuando la sitió
» Nabucodonosor. Habiéndose entregado Jeconías,
» rey de Judá, fué Ezequiel llevado cautivo á Babilo-
» nia; allí profetizó, y allí tuvo aquellas misteriosas
» visiones que encierran tan altos sentidos. La de los
» cuatro animales que tiraban el misterioso carro de la
» gloria de Dios, la aplica á los cuatro evangelistas. »

REFLEXIONES.

En el lenguaje de los profetas todo es enigma, todo misterio. Habla Dios muy de otra manera que los hombres; y la mas sabia y juiciosa inteligencia y penetracion de los hombres, es sujetarse con respeto y con humildad á la majestuosa oscuridad de la palabra de Dios. ¿Qué concepto hariamos de nuestro Dios, si solamente pensase y hablase como hablan y piensan los hombres; ó si los hombres pudiesen penetrar y comprender todo lo que Dios piensa y habla? ¡Oh, y qué prueba tan sensible de la necesidad de la fe es esta infinita desproporcion! En Dios todo es sobrenatural, todo superior á la razon; se descamina y se pierde el entendimiento humano cuando solo quiere seguir sus propias luces. Lleno está el mundo de experiencias concluyentes que acreditan esta verdad. Todas cuantas herejías han brotado en todos tiempos, son pruebas y ejemplos que la convencen. La luz del entendimiento humano en materia de religion es como aquel fuego fatuo, ó como aquellas exhalaciones luminosas y fugaces que se encienden de noche, y que solo sirven para conducir al precipicio á los que se fian de ellas. Ni hay, ni puede haber otras antorchas seguras que las luces de la fe; caminase con seguridad yendo delante tales guias. ¿Pudiera

Dios instruir al hombre en unas verdades tan sobrenaturales, tan superiores á lo que puede concebir, tan desproporcionadas á las ideas que tiene, sino por medio de las luces de la fe? ¿Pudiera Dios instituir una religion que estuviese exenta de esta humilde sujecion y ciego rendimiento á sus revelaciones y á su divina palabra? ¿Puede haber mayor extravagancia que pretender que nuestro corto entendimiento, que ignora la maravillosa estructura de la hojita de un árbol, de una flor, y no sabe contar los cabellos de la cabeza, quiera erigirse en censor y en juez de las verdades de la religion; que apele de estas á su tribunal; que condene y repruebe todo lo que no entiende, y que quiera que Dios no sepa decir sino lo que él sabe comprender? Pero si es oscura la divina palabra, ¿quién nos declarará su verdadero sentido? Ya proveyó esto el mismo Cristo, comunicando su espíritu á la Iglesia para que ella sola fuese su legítimo intérprete; fuera de ella, todos los demás son profetas falsos. Una es la verdad, uno es el oráculo, y este único oráculo es la Iglesia. ¡Mi Dios, qué seguro, y al mismo tiempo qué breve y qué fácil es este camino de la salvacion! Para hacernos hábiles en esta sublime ciencia, todo nuestro estudio se debe reducir á cautivar el entendimiento en obsequio de la obediencia de Jesucristo. El ser de Dios, las verdades elevadas de la religion, son incomprensibles al entendimiento humano; esto mismo convence á mi razon de que son verdaderas, y para esta reflexion me sirve mi razon. La vision que tuvo el profeta Ezequiel representaba la gloria de Dios, como él mismo lo declara en estos términos: *Tal fué la imágen de la gloria del Señor*. ¡Pues de qué nos admiramos ya, si habiéndosele representado esta imágen toda envuelta en oscuridad, habla por geroglíficos y por misterios! ¡Qué elevados sentidos no encerró Dios en estas

imágenes! ¡Qué idea mas magnífica de la grandeza de Dios, qué representacion mas majestuosa de su santidad, qué retrato mas misterioso de los sagrados reyes de armas del Evangelio! Escribieron y predicaron únicamente por el impulso é inspiracion del espíritu divino, que gobernaba su pluma y su lengua; fueron à todas las partes donde Dios los envió, andando y desandando segun el Señor les inspiraba, sin que nadie fuese capaz de detenerlos; tuvieron alas y manos; contemplaron á Dios, y lo anunciaron á los hombres. La santidad que nos enseña el Evangelio, es ciencia práctica; la fe sin obras es muerta. No hay en la Escritura misterio que no sea un documento.

El evangelio es del cap. 10 de san Lucas.

In illo tempore, designavit Dominus et alios septuaginta duos, et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum, quò erat ipse venturus. Et dicebat illis : Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite : ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primùm dicite : Pax huic domui : et si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra : sin autem, ad vos revertetur. In eadem autem domo manete, edentes et

En aquel tiempo eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares adonde él habia de ir. Y les decia : La miés es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al Señor de la miés que envie operarios á su hacienda. Id : he aqui que os envío como corderos entre lobos. No lleveis bolsa ni zurron, ni sandalias, y no saludeis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entráreis, decid primero : Paz sea en esta casa : y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz vuestra; pero sino, se volverá á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque el operario

bibentes quæ apud illos sunt; dignus est enim operarius mercede sua. Nolite transire de domo in domum. Et in quamcumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quæ apponuntur vobis: et curate infirmos, qui in illa sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.

es digno de su premio. No paseis de una casa á otra. Y en cualquiera ciudad que entráreis y os recibieren, comed lo que os pongan delante: y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el reino de Dios.

MEDITACION.

DE LA PALABRA DE DIOS, Y DE LA DISPOSICION CON QUE SE DEBE LEER Y OIR.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas eficaz, no la hay mas fuerte que la palabra de Dios. ¡Qué no ha obrado en el órden de la naturaleza, y qué maravillas no ha hecho en el órden de la gracia! Esta divina palabra fué la que con su divino poder sacó de la nada todo cuanto tiene ser; la que estableció los cielos, y dió á la tierra su consistencia y su fecundidad. Por la virtud de esta divina palabra, el sol se para en medio de su carrera, las aguas se consolidan y se detienen inmobles. Habla Cristo, y el mar se humilla, las tempestades calman, y hasta la misma muerte oye y obedece su voz. ¡Y qué no ha hecho en el órden de la gracia esta palabra omnipotente! ¡qué milagros mas estupendos, qué maravillas mas asombrosas!

¿No es la palabra de Dios la que convirtió y santificó al mundo, la que triunfó de la idolatría, la que domó el vicio y la impiedad, la que derribó los cedros del Líbano, y abatió el orgullo de las potestades de la tierra? ¿No es ella la que anunciada por doce pobres pescadores, sin cultura, sin elocuencia, sin arte, se hizo escuchar de todo el universo, persuadió á los

filósofos, confundió á los disolutos, convenció á los ateistas? Sabiduría humana, razon orgullosa, pasiones desenfrenadas, inclinacion á los deleites, amor de la vida; todo cejó, todo se rindió, todo cedió á la omnipotente virtud de la divina palabra. Vióse ya mas de una vez que al acabar de oirse un sermon, al acabar una leccion espiritual, al salir de una meditacion, se dejó el trono, se abandonó la corte, se buscó un desierto, y se trocó la púrpura real por un áspero cilicio. Nada ha perdido de su virtud la palabra de Dios, porque ni se envejece, ni se debilita. Pues ¿de dónde nace que siendo tan fecunda como de suyo lo es, parezca el dia de hoy tan desvirtuada y tan estéril en el cristianismo? Nunca se predicaron mas sermones, y nunca se vieron menos conversiones. Puede decirse con verdad que el ministerio santo de la predicacion, que en el curso regular de la Providencia debiera producir frutos tan abundantes, hoy con grande confusion nuestra se ha hecho uno de los empleos, al parecer, mas inútiles. No atribuyamos esta pasmosa esterilidad á la divina semilla, sino á la tierra que la recibe. Oyese la palabra de Dios sin disposicion, y así no es de admirar que se oiga sin gusto; léese con orgullo, por curiosidad, con espíritu de contradiccion, con el corazon preocupado, sin sumision, sin docilidad, sin respeto. ¡Y nos admiramos de que se convierta en veneno este excelente alimento, que este admirable maná se derrita y se corrompa! En un estómago enfermo los mejores alimentos se corrompen, y causan enfermedades mortales. El mayor castigo con que amenaza Dios á su pueblo, es ya no el hambre, sino quitar la virtud al pan. No hay en el dia de hoy cosa mas comun entre los fieles que la palabra de Dios: ¿cuantas veces la he oido, y la he leido? pero ¿qué milagros, qué frutos ha producido en mí? ¡Buen Dios, cuanto debe espantarme esta esterilidad!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que tan pernicioso es no tomar alimento, como tomarlo estando en mala disposicion. Igualmente se muere de hambre que de enfermedad. ¿Óyese la palabra de Dios como palabra de Dios? Consultemos el anhelo que se tiene de oirla, el respeto y docilidad con que se oye. ¡Cuántos van á oirla solo para hacer critica del talento y de la habilidad del que predica! Se hace vanidad de ser mal contentadizo para acreditarse de mejor gusto. Cuando hace alguna fuerza el sermon, se piensa que todo está ya hecho, y sin embargo se puede decir que nunca nos resta mas por hacer. Algunos van á oir la palabra de Dios solo por oir al predicador, por bien parecer, por atencion, por costumbre, ó para pasar una hora de tiempo; vase tambien por empeño, por parcialidad, y tal vez por pura adulacion, lisonja ó complacencia. Los motivos de aquellas damas, que solo van al sermon para dejarse ver y para lucirlo; los de aquellos ociosos que solo se mueven por humor ó por capricho; los motivos de todas estas personas tan poco cristianas ¿son siempre muy espirituales, son muy puros? ¡Cuán maravilloso no seria que la palabra de Dios fructificase en corazones tan mal dispuestos; que estos peñascos diesen agua; que prendiese el grano sembrado entre estas piedras y en medio del camino!

Son pocos los que se aplican á sí lo que oyen al predicador. Si hace un retrato que se nos parezca, se dice que aquello no es predicar sino morder; que no es doctrina, sino sátira. Y en vista de esto ¿nos causará admiracion que con tantos ministros del Señor que anuncian su palabra con tanta energía, que resonando á cada paso en todos los púlpitos las verdades mas terribles de la religion, sean tan pocos los que se con-

viertan? Se sale por la mañana del sermon con ánimo de ir por la tarde á la comedia; y se asiste á esta con mas atencion que á aquel. Háblanos Dios; ¡con qué respeto, con qué docilidad, con qué sumision, con qué humildad se le debe oir! ¿Será buena disposicion para oir, ó para leer la palabra de Dios, un gusto de novedad, un espíritu de curiosidad y de crítica?

¡Ah Señor, y cuánto he perdido yo; y qué motivos de dolor me he fabricado á mí mismo! Solo consultar el fruto que he sacado de vuestra divina palabra, me basta para comprender cuánto he perdido, y cuánto tengo que llorar. Si basta esconder el talento para condenar á un deudor negligente y perezoso, ¿qué deberé pensar yo de lo que os debo? Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo; que con vuestra divina gracia yo sabré aprovecharme tan bien de vuestra divina palabra, yo negociaré tanto con este celestial tesoro, que todo os lo pagaré.

JACULATORIAS.

Beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Luc. 11.

Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la practican.

Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis. Salm. 118.

Tu palabra es luz que me dirige, y linterna que me alumbra.

PROPOSITOS.

1. La palabra de Dios es omnipotente. Habló Dios, y todo le obedeció. Hasta la nada, por decirlo así, oyó su voz, y no pudo resistirse á sus preceptos. ¿Qué virtud no tiene esta divina palabra aun en la boca misma de los hombres? Endurece y consolida

las ondas debajo de los piés; hace brotar agua de los mas duros peñascos; saca los muertos de los sepulcros; toda la naturaleza enmudece, todo cede cuando habla Dios, y su voz jamás se debilita. Pues ¿de dónde nace que esta divina palabra, cuya virtud nunca se envejece, sea hoy tan poco eficaz; y que la voz de Dios que se hace oir hasta en los abismos, que derriba los mas empinados cedros del Líbano, no pueda, al parecer, penetrar en el corazon del hombre, ni abatir su orgullo? Dios predica, Dios habla, Dios amenaza; pero ¿quién se convierte? ¿de dónde proviene esta impía resistencia de nuestros corazones? Proviene de que se oye la palabra de Dios sin docilidad; de que se asiste á los sermones con mala disposicion. Cae este misterioso grano ó en medio del camino, y le pisan los pasajeros; ó en tierra pedregosa, y se seca por falta de jugo; ó entre zarzales y espinas, y estas le sufocan: es muy poco el que cae en buena tierra. Examina cuál de estas parábolas te comprende. Tu corazon es esta tierra; pero ¿es acaso la tierra del camino real por donde todos pasan? ¿es la tierra pedregosa? ¿es la que está llena de las espinas que brotan las pasiones? ¿Con qué disposicion vas á oir el sermon? Prueba clara del poco caso que haces de él, es el poco fruto que sacas. Comienza acusándote con dolor en la primera confesion de ese poco aprecio, de esa indiferencia, y del abuso que estás haciendo tanto tiempo ha de la palabra de Dios, observando en adelante los consejos siguientes. Primero: Antes de ir al sermon, dite á ti mismo que vas á oir la palabra de Dios. Segundo: Al empezarse el sermon, pide al Señor te dé gracia para aprovecharte de él, con esta breve oracion: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus*: Hablad, Señor, que vuestro siervo oye; ó por medio de esta otra: *Servus tuus sum ego: da mihi intellectum, ut sciam tes-*

timonia tua; tempus faciendi, Domine: Vuestro siervo soy, Señor: dadme entendimiento para conocer lo que quereis que haga, y para practicarlo; porque ya es tiempo de acreditar mi rendimiento mas con obras que con palabras. Tercero: Oye con respeto la palabra de Dios, estando persuadido de que á tí solo se dirige, y contigo solo habla. Cuarto: Ten cuidado que las aves no se coman todo el grano; y despues del sermon pide al Señor su gracia para que te aproveches de lo que oiste.

2. Es la sagrada Escritura la palabra de Dios pura y neta. ¡Qué indignidad es leerla sin atencion, sin devocion y sin respeto! ¡qué impiedad abusar de ella para burlas, para chistes, para aplicaciones profanas! Desde el principio de la Iglesia se valió el demonio de todos los herejes para corromper el sagrado texto. Hablaban ellos, y gritaban por todas partes: Dios es el que habla. De aquí nació aquella tropa de espíritus lijeros ó corrompidos, que en todos tiempos han engrosado el partido de los herejes: de aquí aquel espíritu de rebelion contra la Iglesia, que siendo la única depositaria de la fe, y la única á quien el Señor ha prometido su verdadero espíritu, es tambien la única que puede descubrir, desenmarañar y proscribir el error. Ninguna herejía ha habido en que no haya reinado el fanatismo: habla la pasion, el orgullo y la disolucion, y ella grita que es Dios el que habla. No hay cosa mas perniciosa que los libros heréticos: ten un santo horror á todos los que condena la Iglesia. Por lo comun están escritos con mucho arte, con bello estilo, con gracia, con sal; el papel, la letra, hasta la encuadernacion embelesa: pero es muy peligroso el veneno de que están llenos; cuanto mejor preparado está, mas sutil es y mas de temer; rara vez se expele si llega á introducirse. Sola la Iglesia conserva la palabra pura de Dios: nunca

leas otros libros que los que ella autoriza, y procura informarte de un sabio y santo director qué libros podrás leer sin peligro. El estómago débil no puede con alimentos fuertes. Apenas ha habido secta ó herejía que no haya traducido en lengua vulgar la sagrada Escritura, poniéndola en manos de los ignorantes y de las mujeres. Presto se toma una plaza cuando se envenenan todas las fuentes. No sin razon ha prohibido tantas veces la Iglesia en sus concilios que se traduzca la sagrada Escritura en lengua vulgar. No la leas en esta lengua sin licencia, y léela siempre con devocion y con mucho respeto. Muchos santos la leian de rodillas y con la cabeza descubierta. ¡Oh, y cuanto es de temer que este prurito que tienen de leer la sagrada Escritura tantos ignorantes y tantos cortísimos entendimientos, no nazca del enemigo de la salvacion y del espíritu de orgullo!

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN CLETO Y SAN MARCELINO, PAPAS Y MÁRTIRES.

San Cleto fué romano; y habiéndole convertido á la fe el apóstol san Pedro, se hizo discípulo suyo, y en la escuela de tal maestro aprovechó tanto en poco tiempo, que fué ejemplo y modelo de todo el clero de Roma, así por su zelo, como por su fervor y admirable devocion.

Con su afabilidad conquistaba los corazones hasta de los mismos paganos; y el grande amor que profesaba á Jesucristo, daba á entender que habia heredado de su maestro aquella singular ternura al Salvador. Hacia san Pedro tanto aprecio de san Cleto,

que se cree con razon haberle escogido juntamente con san Lino, no solo para trabajar bajo su direccion en Roma y sus contornos, como los demás operarios evangélicos que empleaba en la viña del Señor, sino tambien para gobernar en su ausencia aquella primera iglesia del mundo.

Habiendo terminado san Pedro, el año 67 del Señor, su gloriosa carrera por medio del martirio, le sucedió inmediatamente san Lino, y á san Lino sucedió san Cleto. Bien era menester un pontífice tan grande en aquellos dificultosos tiempos de una Iglesia recien nacida, en los cuales era universal la persecucion, y los fieles estaban necesitados de quien los socorriese y los alentase. Todo lo hallaron en la inmensa caridad de nuestro santo. No hubo provincia en toda la extension del imperio romano, no hubo rincon tan escondido en donde las necesidades de los cristianos no sintiesen los efectos de su caridad y de su zelo. A unos socorria con limosnas, á otros alentaba con sus cartas, y á todos dirigia y consolaba con sus paternales instrucciones. Aunque el rebaño era muy numeroso, á todo proveia el vigilante pastor. Ordenó en Roma veinte y cinco presbíteros, y no omitió medio alguno de cuantos podian contribuir al bien, aumento y propagacion de la Iglesia.

Habia doce años que la gobernaba con toda aquella vigilancia, prudencia y acierto que se podia esperar de uno de los mas amados discípulos del príncipe de los apóstoles, cuando Domiciano, tirano el mas encarnizado enemigo de los cristianos que hasta ahora se ha conocido, excitó contra ellos una de las mas horribles persecuciones que padecieron jamás. Son indecibles las crueldades que ejerció contra los siervos de Cristo, cuyo nombre estaba resuelto á exterminar. La tempestad estalló á un mismo tiempo en todas partes: en un solo dia se contaron muchos millares de

mártires: y en todos los ángulos del mundo corrian arroyos de sangre de aquellos héroes cristianos.

Pero hacia poco caso el tirano de la exterminacion del rebaño, mientras quedase con vida el pastor; y así convirtió contra él toda su rabia. Mandó que fuese buscado el pontifice romano, el cual no cesaba de correr dia y noche por la ciudad y por la campaña, arrastrado, digámoslo asi, por grutas y por cavernas, para asistir y consolar á los fieles. Fué preso san Cleto y metido en una cárcel cargado de cadenas. La alegría que mostró, con admiracion de todos, acreditaba el deseo que tenia de derramar su sangre por Cristo; pero la impaciencia con que estaba el tirano por verle acabar la vida, le ahorró muchos tormentos. Fué, pues, martirizado en Roma, el dia 26 de abril del año de 95. Consérvase su cuerpo en la iglesia de San Pedro del Vaticano, y se muestran algunas de sus santas reliquias en la de San Pablo de la Plaza Colona.

Hónrale como á su patron y titular la ciudad de Ruvo en la antigua Calabria creyéndose en ella, por antigua tradicion, que habiendo ido allá san Cleto, viviendo todavía san Pedro, ó poco despues de su muerte, siguiendo sus correrías apostólicas, convirtió á la fe la mayor parte de sus vecinos, y fué su primer obispo, ó á lo menos su apóstol, antes de ascender al sumo pontificado.

Celebra en este mismo dia la Iglesia la fiesta de san Marcelino, cuya vida y santa muerte han sido siempre para los fieles no menos de grande instruccion, que poderoso motivo de confianza en la misericordia del Señor.

Fué san Marcelino de Roma, hijo de un hombre que se llamaba Proyecto. Sus bellas prendas y virtud se dejan conocer por lo mucho que se distinguia en el clero, y por la general estimacion que se merecia en

toda la ciudad. Habia prestado importantes servicios á la Iglesia en el pontificado de san Cayo. Era sabio en la ciencia de los santos, infatigable en el trabajo, y estaba bien instruido de las necesidades de la Iglesia; por lo cual, despues de la muerte de san Cayo, fué escogido para gobernarla en aquellos borrascosos tiempos del imperio de Diocleciano y Maximiano, enemigos inexorables del nombre cristiano, que habian jurado perder á la Iglesia del Señor. Ascendió san Marcelino á la silla apostólica el año de 296. Asegura Teodoreto, que supo adquirirse grande gloria en tiempos tan calamitosos. Sirvióle de mucho su prudencia y su virtud en medio de un pueblo á quien el nombre solo de cristiano irritaba y enfurecia, y su zelo se dejó conocer de todos los fieles. Hácia el año 303 se declaró la guerra contra la Iglesia, mandando Diocleciano por nuevos decretos que se emplease todo género de tormentos para exterminar de una vez á los cristianos. Fué tan horrible la persecucion, que en menos de un mes se contaron quince mil mártires. No perdonó al pontífice de Roma; echaron mano de Marcelino, y habiéndole llevado á la cárcel, le hicieron padecer todo cuanto puede inventar un pueblo furioso para cansar la mas sufrida paciencia.

Usaron de todas las amenazas que pudo discurrir la mas bárbara inhumanidad para intimidar á un pobre viejo; lleváronle arrastrando al templo de Júpiter, y amenazándole que le harian sufrir de una vez todos los suplicios si no sacrificaba á los dioses, le obligaron á ofrecer incienso á los ídolos. Olvidado entonces Marcelino de quien era, vencido del temor de los tormentos y no dando oidos mas que á su propia flaqueza, cayó en la miseria de ofrecer incienso á los dioses falsos, afligiendo y contristando á la Iglesia con tan funesta caida.

A la verdad, esta fué seguida de un pronto arrepentimiento. Apenas se vió en libertad, cuando penetrado del mas vivo dolor, se entregó todo á las lágrimas y á los suspiros. Horrorizado con la gravedad de su culpa, y no queriendo perder un instante para reparar el escándalo, escribió luego á todos los obispos que podian juntarse prontamente, y los convocó para Sinuesa, ciudad de Italia en la Campaña ó tierra de Labor.

Habiendo concurrido á ella muchos obispos, se dejó ver el papa Marcelino en medio del concilio en traje de penitente, y deshaciéndose en lágrimas, pidió á los padres le alcanzasen del Señor el perdon de su enorme pecado, y le impusiesen por él la penitencia que gustasen. Aturdidos los padres al ver en estado y traje tan humilde á la cabeza visible de la Iglesia, le respondieron todos á una voz: « La primera silla del mundo no reconoce tribunal superior. Pues imitásteis á Pedro pecador, imitad á Pedro penitente; sed su copia, así como sois su sucesor. Por su contricion y por sus lágrimas obtuvo él la remision de sus pecados; por las vuestras debeis vos esperar de la bondad infinita de Dios la remision de los vuestros. Ninguno de nosotros tendrá osadía para juzgaros; sed vos mismo vuestro juez: á vos os toca reparar el escándalo que habeis dado. »

No tardó mucho en hacerlo. En aquel mismo dia se presentó delante del juez, y le dijo con valor que si por haber contado demasiadamente con sus propias fuerzas, habia tenido la desdicha de ceder al miedo de los tormentos, esperaba ahora en la gracia de Jesucristo, único y solo Dios verdadero, que repararia su flaqueza, padeciendo por la fe que confesaba los mas horribles suplicios. Presentáronle luego á Diocleciano, y viéndose Marcelino en su presencia, le dijo: « Confieso, Señor, que tuve la

desgracia de dejarme intimidar de vuestras amenazas, y de ofrecer incienso á los ídolos; pero aquí estoy para reparar mi culpa. En vuestras manos me teneis: cuanto mas me hiciéreis padecer, mas contentaréis la ansia que tengo de hacer penitencia. Bien podeis atemorizar á los cristianos, y bien pueden apostatar algunos tan flacos y tan miserables como yo; pero ni nuestra miseria ni vuestros tormentos podrán derribar la Iglesia. Cristo, mi divino Salvador, único y solo Dios verdadero, la cimentó sobre un fundamento inmoble y eterno.»

Irritóse tanto el tirano al oir aquella tan generosa confesion de nuestro santo, que mandó le cortasen al punto la cabeza; lo que se ejecutó sin dilacion. De esta manera reparó este ilustre mártir y santo papa con el derramamiento de su sangre su triste caida y el escándalo que habia dado.

No ignoro que algunos autores modernos han querido poner en duda este hecho; pero habiendo pesado bien sus razones, me pareció mas acertado adherir al testimonio de los autores que florecieron mas de mil y doscientos años ha, y á la autoridad de unas actas tan antiguas, que á la crítica poco segura de los que escribieron de ayer acá (1).

Mas de un mes estuvo en la plaza, donde se ejecutó la sentencia, el cuerpo de nuestro santo, con los de

(1) Sin embargo de lo que dice el autor de estos escritores modernos, no podemos menos de concederles una grande autoridad; y en cuanto al hecho de que se trata, su crítica nos parece sana, fundándose en el exámen de los monumentos mas antiguos, y apoyando su juicio nada menos que en los escritos de un san Agustin. Este santo doctor, en el libro que escribió contra Petiliano, obispo donatista, justifica á san Marcelino del crímen de apostasía, y muestra que todo lo que se atribuia á este santo papa de haber sacrificado á los ídolos y entregado las Escrituras, era pura invencion y calumnia de los Donatistas. Véase al P. Pagi, al P. Alejandro, á Tillemont y al cardenal Orsi. J. B.

san Claudio, Quirino y Antonino, por haber mandado el emperador que ninguno les diese sepultura; pero al fin el presbítero Marcelo los hurtó de noche, y los enterró en el cementerio de Priscila. Aseguran muchos que el año de 849, el papa Leon IV regaló el cuerpo de san Marcelino á Nomenoy, duque de Bretaña, que habia tomado el título de rey, y que fué llevado con gran pompa á la abadía de San Salvador de Redon, en la diócesis de Vanes, cuyo abad era san Couvoyon, que hacia oficio de embajador de Nomenoy cerca del papa.

MARTIROLOGIO ROMANO

En Roma, la fiesta de san Cleto papa, el segundo que gobernó la Iglesia despues del apóstol san Pedro: recibió la corona del martirio en la persecucion de Domiciano.

Allí mismo, san Marcelino, papa y mártir, que en tiempo del emperador Maximiano fué decapitado por la fe de Jesucristo, en compañía de Claudio, Cirino y Antonino: la persecucion que se suscitó entonces fué tan violenta, que en menos de un mes obtuvieron la palma del martirio diez y siete mil cristianos.

En Amasea en el Ponto, san Basileo obispo, que sufrió gloriosa muerte en tiempo del emperador Licinio: su cuerpo fué arrojado al mar, pero un cristiano llamado Elpidiforo lo encontró por revelacion de un ángel, y le dió honrosa sepultura.

En Braga en Portugal, san Pedro mártir, primer obispo de esta ciudad.

En Viena, san Clarencio, obispo y confesor.

En Verona, san Lucidio obispo.

En el monasterio de Céntula, san Ricario, presbítero y confesor.

En Troyes, santa Esperanza virgen.

La misa es en honra de los dos santos, y la oracion la que sigue.

Beatorum martyrum, pariterque pontificum Cleti et Marcelini, nos quæsumus, Domine, festa tueantur, et eorum commendet oratio veneranda. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que en las fiestas de tus pontífices y mártires Cleto y Marcelino; merezcamos su poderosa proteccion, y que por su intercesion sean gratas á tí nuestras oraciones. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1 de la primera del apóstol san Pedro.

Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundùm misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hæreditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in cœlis in vobis, qui in virtute Dei custodimini per fidem in salutem, paratam revelari in tempore novissimo. In quo exultabitis, modicum nunc si oportet contristari in variis tentationibus; ut probatio vestræ fidei multò pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem, in revelatione Jesu Christi Domini nostri.

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual por su gran misericordia nos reengendró á una viva esperanza, por medio de la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, á una heredad incorruptible, é incontaminada, é inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, quienes por virtud de Dios sois guardados por la fe para la salud, que está preparada para manifestarse en el tiempo postrimero. En el cual os regocijaréis, si por ahora conviene que seais algo afligidos con varias tentaciones; para que la prueba de vuestra fe sea hallada mas preciosa que el oro (el cual se prueba con el fuego) para alabanza, y gloria y honor, en la manifestacion de Jesucristo Señor nuestro.

NOTA.

« Habiendo vuelto á Roma de su viaje al Oriente el
» apóstol san Pedro, el año 47 ó 48 de Cristo, escri-
» bió esta epístola, que dirigió principalmente á los
» Judíos convertidos que estaban esparcidos en el
» Ponto, Bitinia, Galacia, Asia y Capadocia. Tiénese
» por cierto que el apóstol se valió de san Marcos, su
» intérprete ó secretario, para escribirla en griego.
» Llama á Roma Babilonia por muchas razones que
» ya hemos dicho en otra parte. »

REFLEXIONES.

El Señor, segun su gran misericordia, nos ha reengendrado en la viva esperanza de aquella herencia que no está sujeta á corromperse, ajarse, ni marchitarse, la cual está reservada para vosotros en el cielo: *Qui secundùm misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam... in hæreditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in cœlis in vobis.* ¿Qué herencia es esta? ¿y quiénes son los que la logran? Una felicidad sin límites, sin medida; un bien inmenso, eterno; una alegría pura, colmada, exquisita; una tranquilidad inalterable, una hartura, una saciedad de todos los deseos; un puesto que es por excelencia todas las dignidades, término feliz de todos los honores: en una palabra, es la posesion del mismo Dios. ¿Y quiénes son los dichosos herederos de estos bienes? Nosotros; todos los cristianos. ¡Y es posible que pueda algun otro objeto excitar nuestro apetito, lisonjear nuestra ambicion, ni estimular nuestros deseos! ¡es posible que otro bien alguno pueda mover, embelesar, satisfacer tanto al alma, que la haga olvidarse de su herencia, hasta hacerse digna de ser desheredada! ¿Qué mayor

locura puede haber? ¿y en qué otro sentido puede entenderse aquella sentencia del Sabio, que *es infinito el número de los necios?*

Espérase en el mundo alguna herencia : ¡á qué cosas no se sujeta el que tiene esta esperanza! ¡qué leyes tan duras no se impone! Continuo y molestísimo cortejo, absoluta condescendencia con todos, sumisiones que humillan, sufrimientos, bajezas, lisonjas, desabrimientos, disgustos; todo lo traga, nada le repugna. ¡Y esto por una esperanza poco segura, muchas veces mal fundada, y por unos bienes siempre vacíos, siempre caducos, siempre falsos! Y una esperanza infalible en el motivo que la anima; que tiene por objeto un bien lleno, sólido, eterno, incapaz de corromperse, podrirse, ni marchitarse; un bien que por sí solo vale por todos los demás bienes, y sin el cual todos los demás son un sueño, una apariencia, una nada; ¡esta esperanza á nada nos alienta! ¡nada hacemos por ella! ¡Mi Dios, qué pobreza de entendimiento, qué corrupcion de corazon, qué fascinacion ó que ceguedad hay mas lamentable que la nuestra, si suspiramos por otro bien, si nos dejamos deslumbrar por la vana esperanza de otra herencia! ¡Ah, Señor, qué verdad hay mas palpable; pero qué pocos la conocen! Léense estas reflexiones sin hacerse. Convienen todos sin dificultad en que no hay otros bienes sólidos sino los eternos; en que todo lo transitorio debe ser para nosotros muy indiferente; y en medio de eso los bienes presentes son los que únicamente nos atraen. ¡Oh, y cuánta verdad es que ninguno puede ser verdaderamente cristiano, sin ser verdaderamente hombre de razon; y que cuando se debilita la fe, tambien se debilita el entendimiento! El que se considera como peregrino ó como forastero en este mundo, poco caso hace de sus bienes ni de sus males. Las aflicciones de esta

vida avivan el ansia de los bienes de la otra; pesa poco la cruz á una alma que está animada con una viva esperanza; antes bien salta de gozo al verse afligida con diferentes pruebas por un poco de tiempo, sabiendo bien que los trabajos y adversidades de este mundo son como fianzas y prendas de la herencia que nos está prometida. En este sentido una persona pobre, enferma, perseguida, despreciada, abandonada, es una rica heredera. No repara en lo que tiene, sino en lo que tendrá. El heredero presuntivo de un reino goza de todos los honores, aunque no goce de las rentas ni de la autoridad. Ahora soy un pobre pastor, decia en otro tiempo David; pero despues seré rey. Tengamos una fe animada, una esperanza viva, una virtud constante, y nos hará saltar de gozo el pensamiento de la eternidad.

El evangelio es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el dia XXII, *pág.* 526.

MEDITACION.

DE LA ETERNIDAD INFELIZ.

PUNTO PRIMERO.

Considera que despues de esta vida tan corta, tan frágil, que á cada hora y á cada instante se nos escapa; despues de este cortísimo número de dias tan tristes y tan inquietos, hay otra vida que ha de durar para siempre, dichosa para los que se salvan, pero sumamente infeliz y desgraciada para las almas que se condenan. ¡Ah! ¿y de qué número seré yo? ¿cuál será mi destino? Si no soy eternamente feliz, seré infeliz eternamente; no hay medio entre estos dos extremos. El sarmiento que no está unido á la vid, solo sirve para el fuego; ¡y aun si la semejanza fuera en todo perfecta! ¡si el condenado, que es arrojado

á las llamas, se consumiera en ellas! Pero el caso es que aquel fuego conserva á los mismos que abrasa.

Es la eternidad un infeliz estado, en que, por decirlo así, todas las diferencias de tiempo concurren y se reunen en un mismo punto para hacer mas infeliz al alma que se condena. ¡Qué sorpresa, qué desesperacion para una alma, acostumbrada en el mundo á esta continua sucesion de tiempos y de estaciones, de dias, de meses y de años, divertida con la mudanza y entretenida con la novedad, hallarse en un momento en aquel abismo inmenso de la eternidad, donde nada se muda! Desde el primer instante que entra en él, tendrá todo cuanto ha de tener para siempre: hallaráse inmutablemente en el mismo estado, en el mismo sitio, en la misma disposicion, con las mismas impresiones que ha de experimentar por toda la eternidad. En aquel mismo momento padece ya toda la eternidad infeliz: eternidad de amargura, eternidad de arrepentimiento, eternidad de desesperacion, eternidad de tormentos. Toda la eternidad, digámoslo así, se junta, y la padece en cada instante.

¡O Dios, y qué destino, sufrir cada momento todos los tormentos imaginables, todos los tormentos que puede sufrir una alma; y sufrirlos todos juntos, y sufrirlos para siempre, y siempre sin esperanza de verlos acabar jamás, sin el menor alivio, sin el mas leve rasgo de paciencia! ¡O justicia de mi Dios, y qué terrible eres! Pero ¡ó locura, ó malicia del hombre, á qué extremo no llegas, cuando sabes que hay una eternidad infeliz, y pecas, y vives en pecado, y te expones al peligro de morir en pecado!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en la contemplacion de esta eternidad se pierde el entendimiento; pero el alma del conde-

nado jamás perderá ni un solo instante de esta eternidad. Si despues de tantos millones de siglos como instantes han pasado desde que el sol gira sobre nuestras cabezas, se hubieran de acabar las penas de los condenados, no por eso dejaria de ser inexcusable el pecador en haberse granjeado voluntariamente una prodigiosa duracion de suplicios, por unos insulsos deleites que se pasaron en pocos momentos; pero al fin su locura seria menos intolerable. ¡Qué! ¿por un solo pensamiento consentido un millon de siglos de penas; por un pecado de algunos instantes un infierno de cien mil millones de años? ¡O Dios, y qué rigor! Pero, paciencia, que esos tormentos no son eternos; aunque su duracion sea espantosa, al cabo han de tener fin. Siendo esto asi, podria decir un condenado: Todo lo que he padecido, eso menos me resta que padecer: ya tengo dos años, diez años menos de tormentos. ¡Pero una eternidad, una eternidad sin poder jamás decir: Un cuarto de hora menos tengo que sufrir: sin que al cabo de mil millones de siglos pasados en los tormentos pueda decir: Ya se pasó una hora de mis penas!

Sepultado, hundido, anegado en un abismo de fuego, que es al mismo tiempo todos los suplicios; inmoble como una roca en medio de las llamas, penetrado de fuego como un carbon hecho ascua, el infeliz condenado se abrasa, rabia, se desespera, siempre está padeciendo, y siempre pensando qué ha de padecer sin fin y sin alivio. Hay infierno, ¡y los cristianos pecan! hay infierno eterno, ¡y el pecado tiene atractivo!

Aunque se haya pasado un incomprensible número de siglos desde que el miserable condenado está padeciendo, nunca podrá decir: *he padecido*. Sus tormentos siempre son presentes; porque en la eternidad no hay tiempo pasado. Siempre arder, y estar cierto de

que ha de arder para siempre: este es su destino. ¡O Dios, y es posible que tan atolondradamente se corra á este horroroso precipicio, á esta espantosa eternidad!

Imagina que un hombre está condenado á padecer todas las penas del infierno hasta que haya anegado en sus lágrimas todo el universo, y que solo ha de llorar una sola lágrima de mil en mil años. Cain solo hubiera derramado hasta ahora cinco ó seis. ¡Buen Dios, qué prodigioso número de siglos se pasarian antes que llegase á llenar de sus lágrimas este cuarto! ¡pues qué, si hubiera de llenar toda esta casa! ¡pues qué, si se hubiese de esperar hasta que de sus lágrimas se formasen grandes y caudalosos rios! ¡pues qué, si hubiese de padecer hasta derramar todas las precisas para llenar todo el inmenso espacio que ocupa el mar! ¡pues qué, si fuese necesario que inundasen toda la tierra, y que ocupasen todos los interminables vacios que hay desde la tierra hasta el cielo! Hace estremecer este solo pensamiento: justamente asombrada, sobresaltada la razon, se confunde, se pierde en esta espantosa extension de siglos. Con todo eso, aun siendo tan asombrosa, tan incomprensible esta duracion, no es la eternidad, no es ni la mas mínima parte de la eternidad; porque despues de esa duracion de tiempo casi infinita, la eternidad queda toda entera. Ha de llegar tiempo en que un condenado pueda decir que, si hubiera derramado una sola lágrima de mil en mil años desde que está en el infierno, y que si Dios la hubiese milagrosamente conservado, ya estaria anegado en su llanto todo el universo; y entonces aun le restará que padecer toda entera la misma eternidad; ni un solo momento se habrá disminuido de su eternidad infeliz.

¡Ah Señor! ¿y seré yo acaso un objeto digno de cólera tan terrible? ¡Ay de mí! que demasiadamente

lo soy; ya he merecido por mis culpas todas vuestras venganzas; pero mi dulce Salvador Jesucristo derramó sobrada sangre para apagar todo el fuego del infierno, y para merecerme vuestra misericordia. Concededme, Señor, esta misericordia que vos mismo me habeis merecido, para que la cante en el cielo por toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis? Isai. 33.

¿Quién de vosotros podrá habitar en medio de aquel fuego abrasador? ¿quién podrá habitar en aquellas llamas eternas?

Domine, ne in furore tuo arguas me; neque in ira tua corripias me. Salm. 6.

¡O Señor, no me castigueis en medio de vuestro furor; no me juzgueis cuando esteis airado contra mí!

PROPOSITOS.

1. Todo lo que pasa, todo lo que tiene fin es poca cosa, y hablando en rigor es nada. ¿Qué es lo que tenemos ahora de los gustos ó de los disgustos que experimentamos en la niñez? De aquí á cien años, ¿qué impresion nos hará, ni molesta ni gustosa, lo que ahora nos está pasando? Mientras vivimos, se suceden unos á otros los bienes y los males; pero demos que duren estos por toda la vida, ¿qué nos restará de ellos un instante despues de la muerte? y respecto de la eternidad, ¿qué es toda nuestra vida? Hablando con propiedad, ningun mal es horrible, ninguno nos debe hacer desesperar, sino el que nunca pasa, el que jamás se ha de acabar. Pero si este mal es extremo,

si es el mayor de todos, ¿qué cosa mas terrible que su eterna duracion? Pues esta es la herencia de todos los que mueren en pecado mortal; esta es la suerte de todos los que se condenan: dolores sin medida, tormentos sin número, duracion sin fin. ¡O Dios, qué desgracia mas horrible ni mas digna de temerse! ¿Y es esta la desgracia que se teme mas? ¡Oh, qué prudentes fueron los santos en no perder nunca de vista esta espantosa eternidad! Imita su ejemplo y sus piadosas industrias. Si una cosa te deleita y otra te mortifica, considera que una y otra pasa, y que despues de estos cortos dias se sigue una eternidad. Al acabar tus oraciones de la mañana y de la noche, piensa siempre que hay una eternidad infeliz, y que una gran parte de los que hoy viven, y acaso la mayor, han de tener por su destino esta infeliz eternidad. Cuando veas morir algun amigo, algun pariente tuyo, haz luego reflexion sobre cuál será su desdicha si le ha cabido en suerte una eternidad infeliz. Nunca tomes diversion, nunca emprendas negocio de consecuencia, sin echar una ojeada hácia esta espantosa eternidad. No temas sazonar tus diversiones con este pensamiento: á la verdad no te darán tanto gusto, pero tambien te ahorrarás muchos remordimientos. Uno de los medios para no caer en el infierno ni en la infeliz eternidad, es pensar en ella con frecuencia. ¡O mi Dios, qué dichosos, qué buenos cristianos seríamos si estuviéramos pensando siempre en ella!

2. Nunca te olvides de que la eternidad infeliz es fruto de unos deleites que duraron pocos momentos. Si el tentador te importuna, si la pasion se irrita, si el deleite es dulce, si la tentacion es violenta; llama luego al pensamiento la memoria y la imágen de la espantosa eternidad. ¿Se apodera de tu corazon la codicia ó el amor de las riquezas? pues compara esa opulencia, esos bienes que gozas ó esperas gozar, con

la eterna falta de todo, que es la herencia de los condenados. ¿Se inquieta la carne con el atractivo de los deleites? pues pregúntate á tí mismo con el Profeta, si esos deleites tan cortos y tan superficiales podrán apagar el ardor de las llamas sempiternas. Cuando se te excite la cólera, cuando tus enemigos te ofendan, cuando las desgracias y los trabajos te persigan, considera qué cosa es arder, sufrir, rabiar, ser infeliz y estar en desgracia de Dios por toda la eternidad. El pensamiento y la memoria de la eternidad acibáran, por decirlo así, el sainete de los gustos; pero tambien suavizan la amargura de los trabajos, y hacen tolerables y meritorias las adversidades. No te contentes con aprovecharte tú solo de esta piadosa industria; procura enseñarla tambien á tus hijos y á tus criados. Háblales con frecuencia de la eternidad; de cuando en cuando hazles una pintura de ella viva y penetrante. Estas reflexiones son siempre muy provechosas: ¿De qué me sirve ocupar el trono; vivir rodeado de esplendor y de abundancia por algunos pocos años, si he de ser despues infeliz por toda una eternidad?

DIA VEINTE Y SIETE.

SANTA CITA, VÍRGEN.

No hay estado tan pobre, no hay condicion tan oscura en el mundo, en que no se pueda, con la asistencia de la divina gracia, arribar á una eminente santidad. Prueba incontestable de esta verdad es santa Cita.

Fué de nacimiento humilde, hija de un pobre paisano. Llamábase su padre Lombardo, y su madre

Bonísima; eran ambos pobres, pero temerosos de Dios: y como no esperaban dejar ningunos bienes á su hija, procuraron dejarla á lo menos el de la virtud, que es el mayor de todos.

Nació Cita en el principio del siglo XIII, en una aldea llamada Monsagradi, poco distante de la ciudad de Luca. Los desvelos de la virtuosa madre en criarla en el temor santo de Dios, fructificaron fácilmente en aquel tierno corazon que parecia como nacido para la virtud, por estar lleno de inclinaciones naturalmente piadosas. Hechizaba á todos la dulzura de su genio y su modestia; hablaba poco, trabajaba mucho, y solo interrumpia la labor para entregarse á la oracion. Luego que tuvo bastante discrecion para conocer y amar á Dios, nunca le perdió de vista, y en ningun otro objeto hallaba gusto su corazon. Siendo niña, la bastaba oir que alguna cosa era ofensa de Dios, para mirarla con horror por toda la vida; ni su madre necesitaba valerse de otros términos para enseñarla y para corregirla que estos: *Dios manda esto, prohibe aquello;* en estas dos palabras se comprendia todo para ella.

Siendo de doce años, la pusieron á servir en casa de un ciudadano de Luca, llamado Fatineli, que la tenia contigua á la iglesia de San Frigidiano. Consérvase esta casa hasta el dia de hoy con singular veneracion, estando adornados todos sus cuartos de ricas y primorosas pinturas que representan las principales acciones y milagros de nuestra santa.

Hallándose Cita en el humilde estado de criada, desde luego se persuadió que la verdadera virtud consistia en cumplir exactamente con las obligaciones de su estado; y á esto se aplicó con el mayor empeño. Levantábase siempre al despuntar el dia, y mientras los demás dormian, ella oraba, cuidando de tener ya oida misa todos los dias antes que

fuese hora de dar principio á los quehaceres de la casa.

Como era muy advertida y de mucha capacidad, prevenia de ordinario con anticipacion todo aquello que la tocaba hacer. Era tan exacta en el cumplimiento de su obligacion, que parecia no pensaba en otra cosa que en las ocupaciones de su oficio: con todo eso la era sumamente familiar la presencia de Dios, y la oracion tenia para ella indecibles atractivos.

Siendo humilde, mortificada, laboriosa y obediente, quién no diria que habia de ser muy estimada de todos cuantos la conociesen y tratasen? Con todo eso permitió Dios que por algunos años fuese bien ejercitada. A su circunspeccion la llamaban simpleza ó tontería; y el gran cuidado que ponia en cumplir exactamente con su deber, lo atribuian á vanidad y á deseos de sobresalir entre las demás. Nunca acertaba con cosa que fuese del gusto de su ama, cuya antipatía se aumentaba con los chismes que la iban á contar los demás criados. Si estos faltaban ó se descuidaban en algo, la culpa siempre se echaba á nuestra santa. Censuraban su silencio y su devocion; hacian burla de su delicadeza de conciencia y de su puntualidad; su moderacion les enfadaba, y hasta su vida austera y penitente les era pesada. Hallándose Cita tan despreciada, tan aborrecida, tan recargada y tan injustamente maltratada, nunca se desmintió á sí misma: siempre igual, siempre serena, siempre apacible y siempre oficiosa, jamás salió de su boca ni la mas mínima queja. Una virtud tan probada y tan constante se descubrió en fin á pesar de la emulacion, de la antipatía y de la malignidad. Conocieron los amos y conocieron los criados el tesoro que tenian en su casa, y todos hicieron justicia á la virtud y al mérito de nuestra santa.

La prueba mas insufrible de todas para ella, fué

esta repentina mudanza de ánimos y de corazones en su favor. Como era tanta su ansia de padecer y de verse humillada, se persuadió que esta novedad era castigo de Dios; y llegó á afligirse tanto con este pensamiento, que, habiéndoselo conocido su ama, afectaba de cuando en cuando reñirla para consolarla.

Como era tanta la confianza y la estimacion que hacian de ella, pusieron los amos á su cuidado todo el gasto y gobierno económico de la casa. No se puede decir cuánta fué su exactitud, cuidado y vigilancia : miraba el dinero y provisiones que pasaban por su mano, como un depósito de que Dios la habia de pedir cuenta; y así era tal su economía, que rayaba en escrúpulo.

Enemiga mortal de la ociosidad, siempre estaba ocupada; y en casi sesenta años que estuvo en aquella casa, jamás la vieron sin alguna labor en las manos. Acostumbraba decir qué las principales prendas de una criada cristiana eran el temor de Dios, la fidelidad, la humildad y el amor al trabajo. Ninguna criada, decia, puede ser virtuosa, si no es laboriosa; una virtud holgazana, especialmente en las que son de nuestra esfera, es una falsa virtud.

La tierna devocion que profesó desde su infancia á la santísima Virgen, no solamente la inspiró un extraordinario amor á la pureza, sino que la mereció el don de esta virtud. En este particular no es fácil explicar hasta qué punto llegaba su delicadeza; jamás miró á hombre alguno á la cara. Nunca se alivió de ropa, ni aun en medio de los mas abrasados calores del estío; nunca se la arregazó, ni aun cuando tenia que hacer los oficios mas penosos ó menos limpios de la casa, temiendo aparecer con menos decencia, modestia y compostura. Habiendo en cierta ocasion tenido atrevimiento un criado para decirla no sé qué

palabras descompuestas, se horrorizó tanto, que faltó poco para que cayese desmayada; y ya iba á salirse de la casa, si en la misma hora no hubiera sido despedido de ella aquel atrevido.

Conservó esta delicada virtud á favor de una rigurosa mortificacion y penitencia. Era grande su abstinencia; ayunaba todo el año y casi todos los dias á pan y agua. Andaba con los piés desnudos, aun en el mayor rigor del invierno; y dormia sobre la dura tierra, ó algunas veces sobre unos sarmientos. No se sabia cómo podia vivir con tan poco alimento y con una vida tan penitente; pero creció la admiracion cuando despues de muerta encontraron su cuerpo rodeado de un cordel que se entraba dos dedos en la carne. Semejante instrumento de penitencia, para la santa que estaba siempre trabajando, era un duro tormento.

Habíanla permitido sus amos que en el discurso del año hiciese algunas devotas peregrinaciones, bastantemente distantes y dificultosas: siempre las hacia á pié y en ayunas. Como los quehaceres de la casa no la hubiesen dado lugar una vez para salir por la mañana á visitar el santuario del Santo Angel, que se venera en un monte á dos leguas de Luca, quiso ir por la tarde; y mostró Dios cuán grata le era esta devocion con el prodigio de hallarse Cita milagrosamente transportada á dicho santuario.

Dotada de un don sublime de oracion, todo el dia estaba trabajando, y todo el dia estaba orando: porque ni el trabajo interrumpia la oracion, ni la oracion era estorbo al trabajo. Abrasada del fuego del divino amor, se la oia exclamar incesantemente dia y noche: *Sí, divino Esposo mio, yo os amo.* Habia fabricado una especie de celdilla en el rincon mas retirado de la casa, á la cual solia ir de cuando en cuando á pasar toda la noche en contemplacion; y

atestiguaron los demás criados que muchas veces habian visto esta celdilla rodeada de un brillante resplandor.

Como un dia se hubiese dejado llevar de su fervor mas de lo acostumbrado, se acordó, aunque ya algo tarde, que tenia que amasar : dejó su devocion, y corrió prontamente á reparar su falta; pero ya Dios la habia remediado, porque encontró amasado el pan, y en disposicion de poderle meter en el horno; manifestando el Señor con semejantes y frecuentes prodigios la santidad de su sierva.

Correspondia su humildad á todas las demás virtudes. Tenia formado tan bajo concepto de sí misma, que se admiraba cómo no la despreciaban todas las criaturas, y cómo podia sufrirla la tierra sobre sí. Respetaba á los demás criados como si todos fueran sus amos; apenas abrian la boca, cuando eran obedecidos sin réplica y sin dificultad. Ciertas señoritas de poca edad, amigas de su ama, sabiendo su pronta obediencia, hallaban gusto, solo para divertirse y para probarla, en enviarla con recados supuestos á un paraje distante media legua de la ciudad, cuando estaba lloviendo á cántaros : obedecia con puntualidad, llevaba el recado, y volvia calada de agua sin quejarse.

Su apacibilidad sosegaba los ánimos mas irritados. Cuando su amo estaba colérico, solo dejarse ver y decirle Cita una palabrita, bastaba para desarmar su cólera. Algunas veces se echaba á sus piés para interceder por los otros.

Pero la mas sobresaliente de todas sus virtudes fué la caridad. No puede explicarse á qué grado llegó en ella esta esclarecida virtud; no tenia límites su compasion con los pobres, con los afligidos y con todos los atribulados. Comunmente se cree que uno de los motivos que tuvo para ayunar casi siempre á pan

y agua, fué por tener mas para dar limosnas; pero nunca daba nada sin licencia. Viendo su amo que al parecer los bienes se multiplicaban en sus manos, la concedió amplias facultades para que diese la limosna que le pareciese; usó de ella con liberalidad, pero con discrecion, y Dios la autorizó muchas veces con milagros.

En tiempo de hambre, habiendo gastado todo el dinero que la dieron sus devotos, apuró tambien toda la panera de su amo: pero se la llenó presto Dios; porque, volviendo á ella para recoger algunas pocas legumbres y algunos puñados de grano que habian quedado, la encontró mas llena que antes que se abriese para la limosna. En cierta ocasion se llegó á ella un pobre forastero, y la pidió un traguito de vino por amor de Dios: afligióse porque no lo tenia; pero llena de confianza acudió á un pozo que estaba cerca, sacó una jarra de agua que milagrosamente se halló convertida en un excelente vino. Hasta el dia de hoy se conserva este pozo, y se llama el pozo de santa Cita.

Nunca tuvo mas muebles que el vestido que traia puesto, porque todo lo daba á los pobres; y cuando la reprendian por esto, respondia: *¿Pues qué? pídeme Cristo limosna en la persona de sus pobres, ¿y habia yo de tener corazon para negársela?*

Una noche de Navidad, en que era excesivo el frio, la prestó su amo una capa aforrada, mandándola que usase de ella, pero que se la volviese. Al entrar en la iglesia, vió á un pobre medio desnudo y todo transido de frio; no hubo necesidad de ruegos para que le echase al punto la capa aforrada sobre las espaldas; pero acabada la misa, al entrar en casa, el pobre la restituyó la capa y desapareció.

Del mismo principio nacia su inclinacion natural á disimular las faltas de todos. Algunas veces los que

hablaban con ella fingian ciertos defectos en sugetos tambien supuestos, solo por el gusto de ver los esfuerzos, las razones, las sutilezas que discurria para disculparlos. Jamás se la oyó hablar mal de nadie; cuanto hacian los demás era bueno, era loable; solo ella, á su entender, estaba llena de miserias y de faltas.

Pero lo que tenia mas impreso en el corazon, era la salvacion de las almas: por eso una de sus principales devociones era rogar incesantemente á Dios por los que trabajan en ministerios conducentes á la salud espiritual del prójimo, para que echase su bendicion á su zelo y á sus trabajos. Tambien se compadecia mucho de aquellos que por sus delitos eran condenados á muerte; pasaba semanas enteras pidiendo al Señor les asistiese con su gracia, para que se aprovechasen del suplicio padeciéndolo con espíritu de penitencia, y doblaba su oracion y sus mortificaciones para que su Majestad les concediese una buena muerte.

Hallándose dotada de tantas virtudes, y sobre todo abrasada de tan perfecta caridad, no es maravilla que fuese favorecida con los mayores dones sobrenaturales, y singularmente con el don de milagros. En la misa y en la comunion la vieron muchas veces toda bañada en aquellas dulces lágrimas que los consuelos interiores, anticipados destellos de la gloria, hacen derramar á los santos, acompañadas no pocas veces de admirables éxtasis. Solo ver alguna imágen de la santísima Virgen, á quien llamaba su madre, bastaba para experimentar en sí los mismos efectos; y ocupada toda su alma en Dios los últimos dias de su vida, era esta una oracion continua.

A tan alto grado de perfeccion habia llegado la fiel sierva de Dios, cuando quiso el Padre de las misericordias recompensarla con la gloria eterna. Cayó en-

ferma, y aunque parecia lijera la enfermedad, quiso recibir los sacramentos. Hízolo con tanta devocion, que la infundió en todos los circunstantes. Ninguno se persuadia que hubiese de morir con tan lijero mal; pero ella estaba mejor instruida que todos de su postrera hora. Con efecto, al quinto dia de su enfermedad espiró entre fervorosos actos de amor de Dios, en los cuales se habia ejercitado toda la vida. Sucedió su muerte el dia 27 de abril del año 1272, á los setenta de su edad.

El mismo dia de su glorioso tránsito manifestó Dios la santidad de aquella bienaventurada doncella; dejóse ver sobre la casa donde acababa de espirar un resplandor maravilloso, y los niños de toda la ciudad comenzaron á gritar: *Ya murió santa Cita.* Fué prodigioso el concurso del pueblo á venerar el santo cadáver, y las exequias parecian un magnífico triunfo. Venérase su cuerpo en la iglesia de San Frigidiano, y se conserva hasta el dia de hoy sin corrupcion. Cuéntanse mas de ciento y cincuenta milagros jurídicamente probados, con mucho mayor número de ellos que obra cada dia el Señor por la intercesion de esta santa.

El año de 1580 se abrió la sepultura, y se halló entero el santo cuerpo. Colocáronle en una rica caja para satisfacer á la devocion del pueblo: está todo él cubierto con una ropa de brocado de oro; y la cara y manos, que se ven por un cristal, pudieran persuadir que aun está vivo. Leon X dió licencia para que en la iglesia de San Frigidiano se rezase con oficio doble de nuestra santa, á la cual profesa singular veneracion toda la ciudad de Luca.

La misa es del comun de las vírgenes, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Citæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oid, Señor y Salvador nuestro, la súplica, que os hacemos, de que así como nos alegramos en la festividad de vuestra bienaventurada vírgen santa Cita, así recibamos en ella una verdadera y piadosa devocion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios, y la misma que el dia XVII, *pág.* 432.

NOTA.

« Teniendo noticia san Pablo de lo que pasaba en » Corinto, donde algunos falsos apóstoles procuraban » desacreditarle para hacer perder á los fieles la esti- » macion y confianza que hacian de él, escribió esta » segunda carta, dirigida, no solo à los de Corinto, » sino á todos los fieles de la provincia de Acaya. » Contiene excelentes instrucciones, singularmente » sobre la castidad. Escribióse en Macedonia, y la » envió el Apóstol por Tito y por san Lucas el año » 57 de Cristo. »

REFLEXIONES.

¡Qué trastorno tan lastimoso de ideas y de entendimiento! Todos se glorian en el dia de hoy de todo aquello que no es gloriarse en el Señor; y todo lo que es gloriarse en el Señor, se reputa entre los mundanos por bajeza de alma, por despecho, por melancolía. Todo el mundo alaba á un hombre que está lleno de ambicion; el orgullo es el que se lleva en todo la primacía; la soberbia es la pasion de moda;

la mas necia vanidad se hace escuchar; y si es atrevida, descarada y fiera, se hace respetar. En medio de eso convienen en que no hay cosa mas baja, mas odiosa, ni mas despreciable que el orgullo.

Con efecto, siempre es hijo de un ánimo apocado, y prueba de un pobre y corto entendimiento. Los tontos y los mentecatos siempre están pensando en cómo podrán hacerse estimar. Mírase con lástima á un miserable, que habiendo perdido el juicio, se figura ser un príncipe. Entre el que adolece de este achaque y un orgulloso, no hay otra diferencia que la de mas ó menos.

Un hombre de buen entendimiento no se deja deslumbrar de sus prendas; adelántase su penetracion á conocer lo mucho que le falta; pero un entendimiento limitado apenas sale de sí mismo, y como sus escasas luces no se extienden mas allá de su esfera, todo lo que hacen los otros le parece cosa muy comun, y solo halla que admirar en lo que él hace.

Ciertamente no hay hombre mas despreciable, ni con efecto mas despreciado, que un orgulloso; y sin embargo no hay hombres mas ansiosos de honras y de distinciones. Revientan por ser estimados; y con esto mismo acreditan que no merecen serlo. No hay pasion mas opuesta al fin á que aspira, ni á los bienes imaginarios con que se alimenta, que el orgullo: hipa por brillar, por distinguirse, por sobresalir entre todos los demás: vanos esfuerzos, proyectos frívolos. Busca el orgulloso la distincion en todo, y todo conspira á humillarle y á confundirle. Fatigándose por introducir en el pueblo un alto concepto de sí mismo, se hace la fábula de todo él, y singularmente la risa de toda la gente cuerda. ¡Pero si á lo menos escarmentara á costa de su propia experiencia! Nada menos. El orgullo es ciego; bien puede estar á los piés de todos; mas ni por eso se dará por vencido.

Las mayores humillaciones le irritan, pero no le curan. ¡Cosa extraña! no pocas veces se levanta uno por orgullo contra el orgullo mismo. Ni los que mas gritan y mejor escriben contra esta pasion, son siempre los que menos adolecen de ella: su veneno se comunica hasta á lo que podia servirla de remedio; aun en la misma humillacion se sabe introducir el orgullo. Esta misma generalidad es la que nos familiariza con él; pero las enfermedades epidémicas y populares no son menos peligrosas porque sean mas comunes. La verdadera gloria, dice el Sabio, siempre huye de los que la siguen, y siempre sigue á los que van huyendo de ella. Así se complace Dios en llenar de ignominia á los corazones soberbios. El mismo orgullo es castigo y suplicio de los orgullosos. ¡Cuántos disgustos se ahorrarian si cada uno se hiciera justicia á sí mismo! ¡Feliz, Señor, aquel que coloca toda su gloria en agradaros! ¿Quiénes son mas dignos de estimacion y de respeto que los que os sirven?

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XVII, *pág.* 434.

MEDITACION.

DEL PECADO DE OMISION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aquellas vírgenes necias, desgraciadas por haber sido repudiadas del Esposo, al fin eran vírgenes, eran de costumbres irreprensibles, eran respetables por su conducta; mas para agradar á Dios es preciso llenar todos los deberes de la justicia. No basta no obrar mal; es necesario hacer todo el bien que quiere Dios que hagamos: omitir el menor de estos de-

beres, es una falta. Aquellas vírgenes estaban aguardando al Esposo; habian hecho algunos gastos para hacerle un honrado recibimiento; mostrábanse bastantemente ansiosas y solícitas de su venida, pero se descuidaron en hacer las provisiones á tiempo; tenian lámparas, mas faltaba el aceite. ¡Buen Dios, cuántas almas están ardiendo en el infierno por pecados de omision! ¡cuántos padres y madres están condenados por haberse descuidado en la educacion de sus hijos, por no haberlos reprendido y castigado, dejándose llevar de una blanda y culpable condescendencia! ¡Cuántas personas constituidas en dignidad arden y arderán eternamente por no haber velado sobre sus súbditos y dependientes! A la verdad, ellos no cometieron los pecados, pero no los impidieron; ellos fueron íntegros, rectos, desinteresados, pero no lo fueron sus subalternos; supiéronlo, y no lo remediaron; pudiéronlo saber, y quisieron ignorarlo. Aquella matrona es modesta, es virtuosa, es ejemplar; pero si da demasiada libertad á su hija, si la disimula aquel modo de vestir demasiadamente profano, aquel excesivo desembarazo, aquel desahogo que ya pasa de alegría; si la permite asistir á la comedia, al sarao, al juego, ¿no se hará rea de todos los pecados que comete la hija, y aun de aquellos á cuyo peligro la expone aunque no los cometa? ¡Buen Dios, cuántos parecerán en vuestra divina presencia cargados de deudas ajenas!

Los príncipes y los soberanos tienen grandes y estrechas cuentas que dar. ¡Cuánto bien debieron hacer, cuántas virtudes practicar, cuántas obligaciones cumplir; y cuántos vicios debieron enmendar, cuántos desórdenes corregir! Si es gran pecado faltar á lo primero, ¿lo será menos descuidarse en lo segundo?

Los prelados deben grandes ejemplos á su pueblo y á toda la Iglesia. Cuanto mas los eleva su carácter,

tanto mas deben brillar por sus virtudes. La solicitud pastoral debe ser su mayor, su única ocupacion. ¡Qué cuenta tienen que dar de su rebaño! qué vigilancia han de tener para guardar de los lobos á sus ovejas; qué aplicacion, qué desvelos en apartarlas de los pastos nocivos! El menor descuido, la menor omision en estos puntos es de terribles consecuencias; y omisiones que son de tan grandes consecuencias, ¿serán pecados veniales?

¡Mi Dios, cuántos habrá que se imaginaban inocentes y se hallarán condenados por estos pecados de omision! Es cierto que no cometieron aquello que les estaba prohibido cometer; pero tampoco practicaron aquello que les estaba mandado practicar. Aquel siervo de quien habla el Evangelio, no perdió su talento; pero enterrólo y no lo hizo valer: en esto estuvo su delito. ¡O qué documento tan importante para muchos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no siempre se despide á un criado por delitos grandes y atroces; antes por lo comun solo se le despide, y con mucha razon, por perezoso, por holgazan, por descuidado, por omiso en el cumplimiento de sus obligaciones. Toda la filosofía moral del cristianismo se funda en estos dos principios: huir el mal, y hacer el bien. Acaso no te condenará Dios por haber usurpado los bienes ajenos, ni por haber cometido enormes crímenes; pero ¿diste mucha limosna? ¿socorriste á los pobres en sus necesidades? ¿Qué devociones tuviste? ¿en qué buenas obras te ejercitaste? Mientras haya pobres enfermos en los hospitales, vergonzantes en las casas y presos en las cárceles, siempre tendrás obras de misericordia en que poderte ejercitar.

Redde rationem villicationis tuæ. Dame cuenta de

lo que puse á tu cargo. Habiéndote llamado al estado religioso, ó á la sublime dignidad del sacerdocio, ¡qué grandes, qué terribles obligaciones contrajiste! ¡cuántos consejos evangélicos comenzaron desde entonces á ser preceptos para tí! ¿Bastaráte por ventura haber guardado los mandamientos? Eres sal de la tierra y luz del mundo: ¿bastará que la sal no corrompa el alimento? ¿no debe preservarlo de la corrupcion? ¿Bastará que no esté apagada la luz? si está escondida debajo del celemin, ¿quién tendrá la culpa de los tropiezos de aquel y de los extravíos del otro? ¡O pecados de omision, y cuántas almas condenaréis!

Ocupas un grande empleo; y qué, ¿te parece que solo te pusieron en él para que descollases sobre los demás? A quien hicieron superior en dignidad, ¿no es para que sea superior en las virtudes? ¿no es para que haga observar las leyes y las reglas? ¿serán excusables en este punto la inaccion y la pereza? ¿á un superior no se le pide con razon que vaya delante con el ejemplo? Llámanse las dignidades *cargos*, porque en realidad imponen grandes obligaciones.

Pero ¿cuáles son mas formidables que las de un magistrado? Arbitro de la fortuna y de la vida de los hombres, ¿se contentará con estar no mas que medianamente instruido en las leyes? ¿podrá encontrar tiempo bastante para sus indispensables estudios y para sus diversiones? ¿bastarále una leve tintura de doctrina? Si por su ignorancia, ó por no haber estudiado bien el derecho; si por falta de penetracion y poca capacidad este pierde el pleito, y aquel la vida; ¿quién será responsable de estos daños? ¿servirále de excusa el dinero con que acaso compró un oficio que pide tanto talento y tanta sabiduría?

¡O Señor, qué materia tan copiosa de reflexiones: pero al mismo tiempo qué manantial tan abundante

de sobresaltos, de temores y de remordimientos! El que es mas distinguido por su nacimiento, por su carácter y por sus empleos, ese es el que tiene mas que temer los pecados de omision. ¡Cuántos hay de una suma delicadeza de conciencia en todo lo que trae consigo sobrescrito de pecado, que no hacen caso de los pecados de omision, ni aun se examinan acerca de ellos! ¿y no tendré yo de qué acusarme en este particular?

¡Ah Señor, conozco que tengo demasiado! y si no colocara toda mi confianza en vuestra misericordia, desconfiaria de mi salvacion. Pero confío tanto en la asistencia de vuestra gracia, que me atrevo á prometeros una inviolable fidelidad en el cumplimiento de todas mis obligaciones, resuelto á no omitir cosa alguna que sea de vuestro agrado, y lleno de confianza de que me perdonaréis todo lo que hasta aquí he omitido.

JACULATORIAS.

Ab occultis meis munda me; et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

Limpiadme, Señor, de los pecados ocultos, y perdonadme los ajenos que se han cometido por mi culpa.

Ignorantias meas ne memineris, Domine. Salm. 24.

No os acordeis, Señor, de mis culpables ignorancias.

PROPOSITOS.

1. Aquellas deudas que se llaman mudas, y se van acumulando, arruinan las casas. El que debe mucho, y nada paga, es digno de que le tengan lástima. Acaso hace mas daño á la salud la demasiada quietud y la inaccion, que el ejercicio mas violento. Es cierto que el veneno ha quitado la vida á muchos; pero muchos mas la han perdido por no haber querido tomar

ciertos remedios. No pocas veces se siente tanto una falta de atencion como una injuria. Consiste la virtud en no omitir nada de lo que se debe hacer, y en no hacer nada de lo que se debe omitir. Gran desconsuelo es parecer en el tribunal de Dios cargado de innumerables deudas, todas á cual mas esenciales (cuya satisfaccion se omitió, se despreció con pleno conocimiento), sin fondos para pagarlas. Considera á un pobre deudor delante de un juez rodeado de acreedores los cuales todos prueban con buenos documentos lo mucho que les está debiendo. El mismo oficio hace la conciencia en la hora de la muerte; pero ¡con qué severidad! Trata de prevenir su acusacion. A muchos les parece que son buenos porque no cometen pecados; pero ¿cumplen estos exactamente con todas sus obligaciones? Tiéneslas tú de todas especies: tu estado, tus empleos, tu condicion, tu cargo. Convengo en que no cometes excesos, en que no cometes injusticias, en que es en todo arreglada tu conducta; pero ¿no es omisa? Examina si te descuidas en algo. ¿Haces la limosna que puedes á proporcion de tu renta? ¿te aplicas con el cuidado que debes á la buena educacion de tus hijos? ¿velas, como tienes obligacion, sobre el porte de tus súbditos y de tus criados? ¿Es posible que no seas omiso en cosa alguna de las que corresponden á tu empleo? ya sabes que pide estudio, aplicacion y capacidad. ¿No te fias acaso demasiado de la habilidad de otros? Tienes á la verdad personas á quienes has encargado la educacion de tus hijos, y el cuidado de tu familia; pero ¿puso Dios sobre tus hombros esta carga para que enteramente la echaras sobre los de otro? ¡Oh mi Dios, cuántos y cuántos se condenarán por pecados de omision! Nunca dejes de tomarte estrecha cuenta de tus pecados de omision en tu exámen de conciencia.

2. Las personas consagradas á Dios tienen infinitas obligaciones que cumplir, en las cuales se dispensan con demasiada frecuencia, y nunca sin detrimento. Hay reglas; hay constituciones: ¡cuántas omisiones, cuántas negligencias no se cometen! Pero las reglas, dicen, no obligan bajo pena de pecado: es verdad; mas ¿será por eso indiferente para un religioso la observancia ó el quebrantamiento de sus reglas? Dios no se ha obligado á dispensar indiferentemente sus mayores gracias; á mas de que hay pocas reglas que no tengan alguna conexion con la exacta observancia de los votos. Uno de los lazos que arma el demonio á los religiosos imperfectos, es hacerlos descuidar con el concepto en que están de que no es pecado la inobservancia de las reglas; rara vez deja de estar acompañada de menosprecio esta negligencia habitual. Examínate bien sobre este punto: teme las omisiones, porque sino, ellas te harán llorar mucho algun dia.

SANTO TORIBIO MOGROBEJO, OBISPO.

Entre los varones célebres que ilustraron la España en el siglo XVI, siglo propiamente de oro por la multitud de sabios y santos personajes que produjo nuestro católico reino, se cuenta como uno de los mas sobresalientes en santidad, sabiduria y en el exacto cumplimiento de los deberes episcopales, á santo Toribio Alfonso Mogrobejo, natural de Mayorga, en el obispado de Leon. Sus padres, ilustres por su gloriosa ascendencia, y mucho mas distinguidos por la pureza de sus costumbres, fueron don Luis Alfonso Mogrobejo, regidor perpetuo de Mayorga, y doña Ana Robles y Moran, natural de Villaquijada. Ignó-



Sto. TORIBIO MOGROVEJO, O.

rase el dia de su nacimiento, y solo se sabe que fué en el año de 1538, el mismo en que nació san Carlos Borromeo, tan semejante en todo á nuestro santo. Diéronle sus padres una educacion propia de su clase; y como habia recibido del cielo una índole dócil y naturalmente propensa á la virtud, costó poco instruirle en los preceptos de la moral cristiana, y ya desde su mas tierna infancia comenzó á dar claros indicios de lo que habia de ser. Los juegos y entretenimientos de su edad eran aquellos solamente que manifestaban apego á las cosas sagradas: hacer altares, colocar en ellos las santas imágenes de Jesus y de María, ponerse de rodillas delante de ellas, encender antorchas, ordenar procesiones, y otros ejercicios semejantes, eran las ocupaciones ordinarias del santo niño.

A la edad de trece años, despues de haber estudiado la gramática latina, le enviaron sus padres á Valladolid, para que en aquellas florecientes escuelas se ilustrase su alma con los conocimientos de la sabiduría. Desde el punto que entró Toribio en las aulas, comenzó á ser ejemplo de virtud y aplicacion para los demás estudiantes. Apenas sabia, despues de algunos años de residencia en Valladolid, otras calles ni otros caminos que los que llevaban desde su casa á la iglesia, ó desde su casa á la universidad. Evitaba con todo cuidado las malas compañías, y así pudo preservarse de la corrupcion que reina generalmente en las universidades. Pero no por eso dejaba de asociarse con aquellos condiscípulos que veia bien inclinados; estimulábalos con sus palabras, y mucho mas aun con sus ejemplos, á cumplir con los deberes de escolares y con las obligaciones de cristianos; y como su trato era amable, sus modales finos, su virtud rigurosa y austera consigo mismo, pero dulce y condescendiente para con los demás, sin ser

odiado de los libertinos, era querido y respetado de los virtuosos. En breve creció su fama; y no solamente era tenido por erudito en las bellas ciencias, sabio en las artes liberales, y docto en el derecho civil y eclesiástico, sino que además era venerado por un jóven maduro, prudente y de conducta irreprensible. Luego que recibió el grado de bachiller, juzgaron sus padres que Valladolid era pequeño teatro para que pudiese lucir su ingenio; y así le enviaron á Salamanca, que era á la sazon el emporio de las ciencias, donde florecian muchos sabios, y entre ellos un tio de Toribio, llamado don Juan Mogrobejo, que era colegial en el colegio mayor del Salvador, llamado por otro nombre de Oviedo.

Pero poco tiempo despues, habiendo proyectado don Juan III, rey de Portugal, hacer célebre la universidad de Coimbra llevando allá á cualquier precio los maestros mas sabios de Europa, pasó Toribio á esta universidad en compañía de su tio, que fué uno de los sabios elegidos y que mas la ilustraron en sus principios. En esta ciudad se aumentó prodigiosamente el mérito de Toribio, tanto en la santidad como en la literatura. Veia su tio en él un jóven ardientemente dedicado á los ejercicios de piedad, sin olvidar por eso el estudio de las letras. Sucedíanse mutuamente los ayunos, la oracion, la disciplina, y la asistencia á la universidad, las lecciones llenas de sabiduría y los argumentos sólidos é ingeniosos. Todo Coimbra se gloriaba de verse enriquecida con varones como Juan y Toribio, que brillaban entre los demás doctores como el sol entre las estrellas. Diez años residieron en aquella ciudad, hasta que, habiendo vacado la cátedra de derecho civil y la canongía doctoral de Salamanca, se proveyó uno y otro destino en don Juan de Mogrobejo, que con este motivo dejó á Coimbra y volvió á Salamanca con su sobrino

Un año habria pasado, cuando Toribio recibió el golpe mas sensible con la muerte de su tio, á quien llamó Dios á mejor vida. Perdió en esta ocasion, no solamente un maestro en las ciencias, sino un compañero en la virtud y un amigo en el trato familiar. Pero su alma, acostumbrada á meditar las verdades sobrenaturales, y á venerar sumisamente las admirables disposiciones de la Providencia, conoció que su tio habia sido llamado á gozar del premio que sus obras merecian, y enjugó las lágrimas de sus ojos con una santa resignacion á la voluntad de Dios. Viéndose Toribio sin la amable compañía de su tio, determinó hacerse colegial en el mismo colegio; y habiendo vendido la rica biblioteca que le habia dejado, para socorrer y establecer á dos hermanas, recibió la beca, teniendo treinta y tres años de edad. El colegio fué para él un rigoroso monasterio. Se informó de los estatutos para no faltar á la observancia de ninguno; y se prefijó tal método de vida, que mas parecia un rígido anacoreta, que un profesor de Salamanca y un colegial mayor. Dormia poco; su comida y bebida eran parcas y ordinarias; interiormente vestia un cilicio, ya que en lo exterior no le era lícito abandonar el vestido comun de colegial; ayunaba con frecuencia, meditaba continuamente, frecuentaba los sacramentos, y en todas sus operaciones se manifestaba irreprensible. Pero en lo que mas sobresalia su fervor, era en la maceracion del cuerpo afligiéndolo con tan frecuentes disciplinas de sangre, que llegaron á temer que perdiese enteramente la salud. Pensaron, pues, los colegiales que se le debia ir á la mano, y asi buscaron medio de corregir aquel exceso de piedad. Tenia en el colegio un grande amigo suyo que conformaba enteramente con su genio y sus costumbres, llamado don Francisco de Contreras. A este dieron la comision de hablar á

Toribio, y llamándole á parte, le representó con las mejores razones que seria del agrado de Dios moderase aquellos rigores; que la virtud consistia en un medio, y que todo exceso era reprensible; que los demás colegiales hablaban mucho de sus penitencias, calificándolas de ostentosas, y practicadas tal vez con un espíritu mas próximo á la singularidad y á la vanagloria, que á la humildad y abatimiento cristiano; finalmente, que él era de parecer que aquellas penitencias excesivas podrian hacerle perder la salud, é inutilizar su persona sin edificar á sus prójimos. El discurso de Contreras hizo tanto efecto en el santo jóven, que inmediatamente templó sus penitencias, pero sin mitigar el rigor de los demás ejercicios.

Este tenor de vida granjeó á Toribio un concepto tan alto, que así en el colegio como fuera de él era respetada su virtud. En este tiempo le vinieron vivos deseos de hacer la peregrinacion á Santiago, ya para ganar las infinitas indulgencias que han concedido los sumos pontífices á los que van á visitar el sepulcro del santo apóstol, ya para tener ocasion de padecer con las forzosas penalidades de un camino largo y mal provisto. Solo le faltaba un buen compañero para poder llenar sus deseos, y le halló en Contreras, quien se acomodó fácilmente á todos los proyectos de su piedad fervorosa. Habiendo, pues, tomado el hábito de peregrino, salieron los dos á pié, descalzos, y pidiendo limosna de puerta en puerta, solo para ejercitar las virtudes de la pobreza y de la humildad; puesto que por lo demás llevaban dinero suficiente para no ser gravosos á sus hermanos. En esta expedicion les sucedió que, entrando en una casa, encontraron una negra, la cual les juzgó pobres de solemnidad por el vestido, y echando mano á la faltriquera les dió un ochavo de limosna Toribio lo recibió para no privar á la negra del gusto

que habia tenido en ejercitar su caridad; pero considerando que ella tenia mas necesidad de aquel dinero, se lo volvió. conservando por toda su vida tal agradecimiento á aquella mujer, que en todas sus oraciones hasta el fin de sus dias, dice el santo, era el primer objeto que le venia á la memoria.

Concluida su peregrinacion felizmente, volvió al colegio para continuar sus antiguos ejercicios, sin cuidarse de honores ni de dignidades, á que su fama sola le hubiera abierto ancho camino. Pero cuando los ojos de un rey sabio velan sobre sus súbditos para ver el mérito sólido de la virtud, es muy dificultoso que puedan ocultarlo los santos artificios de la humildad. Bien descuidado estaba Toribio una noche en su colegio, cuando llamando á deshora, le trajeron los depachos en que el rey le nombraba inquisidor de Granada. Los colegiales recibieron con aplauso esta noticia, considerando el honor que resultaba al colegio; pero el santo miró este nuevo empleo, no como un honor, sino como una pesada carga que, al tiempo que multiplicaba sus obligaciones, añadia peligros á su conciencia. Pero conociendo que era voluntad de Dios, aceptó aquel honor, y tomó posesion en el año de 1575. Constituido Toribio en el delicado empleo de inquisidor, se propuso en el desempeño de él un sistema templado de justicia y de misericordia. Aborrecia los delitos, pero no á los delincuentes, á quienes siempre amaba como á prójimos. Conocia la debilidad de las luces del humano entendimiento; sabia con cuanta facilidad suele extraviarse la razon humana cuando no se propone mas guia que la vana filosofía. Estas consideraciones le hacian mirar con la compasion de un padre amoroso á los infelices que habian caido en algun desliz, siempre que lo detestasen con un verdadero arrepentimiento. Por el contrario, á los rebeldes, á los endurecidos, á los contu-

maces en sus errores, les aplicaba toda la severidad de la justicia, atendiendo en esto á la correccion del delincuente y al escarmiento de los demás. Fué tal la rectitud é integridad con que Toribio se portó en el empleo de inquisidor, que, habiendo sido necesario, por causas gravísimas, examinar de órden superior la conducta de aquel tribunal, de cuyo exámen resultaron desterrados y privados algunos inquisidores, Toribio, no solamente fué hallado inocente é irreprensible, sino que mereció alabanzas por su conducta.

Cuatro años obtuvo la plaza de inquisidor, en cuyo tiempo vacó el arzobispado de Lima, por muerte de don Diego Gomez Madrid. Felipe II, que tenia escritos en un libro secreto los nombres de todos los hombres sabios y virtuosos de España, halló á Toribio en el primer lugar, y le elegió para ocupar aquella silla. En un corazon ambicioso hubiera producido este nombramiento mucha satisfaccion y alegría; pero en el de Toribio causó tal melancolía y turbacion, que solo pudo tranquilizarse despues de haber escrito su renuncia al consejo de Indias y al rey. Representaba en ella que era todavía muy jóven; que carecia de las prendas necesarias á un buen obispo; que no estaba ordenado mas que de prima tonsura; en una palabra, que era absolutamente inepto para la alta dignidad que se queria conferirle. Las excusas de Toribio fueron nuevas razones que confirmaron al rey en el juicio que habia formado de su capacidad y virtud; y alegrándose cada vez mas por el acierto de su eleccion, le escribió manifestándole sus deseos de que aceptase el obispado, y le dió tres meses de término para determinarse. En este tiempo los parientes, amigos y concólegas de Toribio tocaron todos los resortes para hacerle admitir la mitra. Inaccesible á todo motivo de interés y de honor

mundano, le tomaron por el lado que debia herirle; y así le hicieron presente que el obispado de Lima, en el estado en que se hallaba, no era un cargo de honor y de interés, sino de penalidades y de inmenso trabajo; que habia infinitas ovejas que jamás habian oido la voz de su pastor; y en una palabra, que el no aceptar aquel cargo, era lo mismo que preferir su propia conveniencia al trabajo de conquistar almas para Dios. Estas razones pudieron tanto con Toribio, que, despues de haberlas meditado en la presencia de Dios, cuya voluntad trató de explorar con la oracion y con muchos ejercicios espirituales, se resolvió por fin á dar su consentimiento. Mientras venian las bulas de Roma, pasó á Madrid para recibir las instrucciones del rey, y de allí á Mayorga para ver á su madre, que aun vivia, á sus hermanos y parientes, y decirles á Dios para siempre. Hecho esto, y consagrado obispo en Sevilla, trató de pasar cuanto antes á su iglesia; y así salió del puerto el año de 1580. La navegacion fué feliz, llegando sin novedad al puerto llamado Nombre de Dios. No sucedió así en el camino que hay hasta Panamá; pues debiendo pasarse lugares muy fragosos, profundos pantanos y caudalosos rios, todos creyeron que en uno de estos habia perdido la vida. Vadeábalo el santo montado en un mulo ó macho del país, y al llegar á la mitad, vió venir á él dos enormes caimanes, animales ferocísimos en que por lo comun abundan aquellos rios; asustada la caballería, arrojó al agua á nuestro santo, quien se halló así en medio del rio, sin saber nadar, y próximo á ser devorado por aquellos monstruos que ya se dirigian á él con la boca abierta. En el mismo punto invocó á Dios, y luego se vieron dos maravillosos efectos: los caimanes se quedaron inmobles como piedras, y el cuerpo de nuestro santo fué nadando hácia la orilla. Dió gracias á Dios por el beneficio recibido, hicieron lo

mismo todos los que le acompañaban, y prosiguieron su viaje.

El dia 24 de mayo del año de 1581, llegó felizmente á Lima en donde le hicieron un recibimiento ostentoso. Salióle al encuentro toda la nobleza de la ciudad y todos los eclesiásticos; las calles por donde habia de pasar, estaban adornadas con riqueza y con buen gusto; los balcones y las ventanas, las plazas y las calles, todo estaba lleno de gente, que al son de acordadas músicas prorumpian en festivas aclamaciones. Toribio recibió estos aplausos y honores con un corazon lleno de gratitud; y su semblante se dejó ver en aquel dia tan majestuoso, que mas parecia de un ángel que de un hombre. Todos sus súbditos quedaron contentos con la vista de su nuevo prelado; todos concibieron de él las mayores esperanzas; todos confirmaron con su vista el alto concepto que de sus virtudes les habia anticipado la fama. Tranquilizadas las cosas, comenzó Toribio á echar los fundamentos de las grandes obras que pensaba edificar. Mandó que le hiciesen un plan exacto de toda su diócesis, en donde se viese claramente su estado actual, el número de los súbditos, la cantidad y cualidad de los réditos, las rentas de las iglesias, sus utensilios y alhajas; de manera que de un golpe de vista descubriese las necesidades que padecian sus ovejas, y los medios de que se podia valer para remediarlas. Y conociendo que son inútiles todos los esfuerzos de cualquier prelado para reformar y arreglar á sus súbditos, cuando da entrada en su casa á la relajacion y al mal ejemplo, cuidó ante todas cosas de arreglar su familia, no admitiendo en ella sino sugetos de probadas costumbres. Su casa parecia un convento de religiosos. Habiendo puesto en órden las cosas de su familia de manera que nadie le pudiese reprender, trató de comenzar una general

reforma por todas las clases y en todas las materias. Registró por sí mismo los sagrarios y los ornamentos de las iglesias, dando á las que eran pobres las alhajas necesarias para que celebrasen con decencia los divinos oficios. Averiguó con qué pompa y solemnidad se hacian estos en todas las iglesias de su obispado; pero principalmente ocuparon su atencion las casas de misericordia, los hospitales, y la instruccion de los Indios que habitaban en los parajes mas remotos.

Para conseguir todos estos piadosos fines, procuraba que obtuviesen los oficios de curas párrocos, confesores y predicadores, sugetos dignos, no solamente por la integridad de sus costumbres, sino tambien por la suficiencia de su sabiduría y de sus luces. A estos los exhortaba, les pedia y aun los forzaba á que no desistiesen de repartir continuamente el pan de la doctrina, como quien estaba bien enterado de que en los vastos países de la América habia muchas almas perdidas por falta de instruccion. Para proporcionar á sus ovejas este espiritual alimento, erigió de nuevo muchas iglesias, en las cuales hacia celebrar diariamente los divinos oficios con todo el aparato de ceremonias que tanto excita la piedad de los fieles. Proveíalas además de lámparas, campanas y ornamentos; señalaba un predicador que explicase con frecuencia la doctrina cristiana. En cualquier pueblo en que el santo se hallase, por pequeño que fuese, no se desdeñaba de predicar por sí mismo, ó de autorizar con su presencia la explicacion de la doctrina hecha por algun sacerdote. En las obligaciones de su cargo episcopal se empleaba de manera, que aquellas no le privaban de asistir á los oficios públicos de la catedral en compañía de los canónigos. Veíasele con tanta frecuencia en las horas canónicas, en las oraciones públicas, en el púlpito, en el confesonario y en la

administracion de sacramentos privativos de su dignidad, que parecia no tener que hacer otra cosa. Estas ocupaciones no le impedian la oracion ni los ejercicios de penitencia, y era tan exacto en el rezo del oficio, que mientras rezaba ni al mismo virey admitia á visita. Estableció un tenor de vida tan riguroso y constante, que parecia superior á las fuerzas humanas. En su casa era el primero que se levantaba y lo hacia antes de amanecer, é inmediatamente se ponia en oracion hasta que era hora de decir misa. Deciala con gran devocion y ternura, y despues se dedicaba á oir las causas de sus súbditos, á componer entre ellos las discordias, á socorrer á los necesitados, á consolar á los afligidos y á señalar alimentos á las viudas y huérfanos; y si algun tiempo le sobraba de la mañana, lo empleaba en la oracion ó en el coro. Comia parcamente, y se recogia en un aposentillo, en donde pedia á Dios luces para desempeñar dignamente el cargo de pastor. Toda la tarde la empleaba en oir las representaciones de sus diocesanos y en dar las providencias oportunas para su consuelo y bienestar. En esto tenia todo su desahogo, todo su recreo y toda su diversion. Al toque de las oraciones se retiraba á su casa, y pasaba dos horas en el oratorio en profunda meditacion. Decia el oficio con los eclesiásticos sus familiares, y hacia su colacion con un poco de pan y agua, que fué la cena de toda su vida. Retirábase despues á un aposento secreto, en donde rezaba el oficio de difuntos y el de nuestra Señora, y despues el santo rosario. A eso de media noche se iba á descansar; pero su sueño era tan breve y lijero, que continuamente le interrumpia pronunciando versos de salmos ú otras oraciones jaculatorias. Su casa estaba abierta para todos, y á todas horas encontraban los necesitados misericordia, y los ofendidos justicia. Sus ojos se fijaban siempre en el mas pobre y andrajoso que

le buscaba; y su justicia recta jamás se dejó doblar ni de la opulencia, ni de la riqueza, ni del poder. Si la justicia le obligaba á ejercitar la severidad, era tal la humanidad y dulzura con que aplicaba la sentencia, que los mismos castigados reconocian en su juez un padre amoroso. Puso gran cuidado en que reinase el desinterés en sus tribunales: para este efecto dotó con generosidad á los escribanos, notarios y demás ministros, castigando severamente al que se dejaba corromper del vil interés.

Puesto este órden y arreglo en su casa, en sus familiares, en sus tribunales, en sí mismo y en sus súbditos, trató de ordenar y reformar la disciplina de aquella iglesia, que con los tiempos turbulentos se habia relajado notablemente. Desde la fundacion de aquella silla no habia habido mas que dos concilios con el nombre de congregaciones, uno en el año de 1552, y otro en el de 1567; pero, habiéndole faltado al primero la forma legítima de concilio, y al segundo la confirmacion del sumo pontífice, habian quedado sin efecto los decretos y determinaciones de uno y otro. Nuestro santo convocó para el año de 1582 un concilio provincial, que se celebró en la ciudad de Lima, siendo virey de aquellas provincias don Martin Enriquez. En él tuvo que sufrir Toribio algunas amarguras; porque, habiendo juzgado oportuno comenzar la reforma por los mismos obispos y demás eclesiásticos, se resintió un poco la avaricia de algunos de ellos que contaban con el favor de muchos poderosos. Pero el zelo y la paciencia de nuestro santo vencieron todos los obstáculos, y celebradas cinco sesiones, se concluyó felizmente el concilio, cuyas disposiciones fueron aprobadas por la silla apostólica, y mandadas ejecutar por el real consejo de Indias. Fué tanta la utilidad de sus cánones, la prudencia y sabiduría con que fueron establecidos,

que se juzgó oportuno extender su observancia á otros tres arzobispados y diez y siete obispados, como si fuesen de un concilio nacional, y en todos ellos se observan hasta el dia de hoy con muy conocido provecho, lo que manifiesta bien el sublime espíritu con que fueron dirigidas todas las sesiones. Otros dos concilios hizo celebrar en su tiempo; pero sus actas se redujeron únicamente á la observancia de los decretos del primero. Una de las principales determinaciones fué el establecimiento de seminarios conciliares, á la cual ya se habia anticipado Toribio, comenzando la fábrica de uno en la ciudad de Lima. Sobre esto tuvo que sufrir algunas contradicciones de parte del virey, quien, con el pretexto del real patronato, queria hacer privativamente suya la eleccion de seminaristas, con otras pretensiones igualmente desarregladas é injustas : mas elevadas á noticia del rey las desavenencias entre el virey y el santo arzobispo, falló en todo á favor de este último. A esta contradiccion se siguieron otras muchas sobre diversos puntos que interesaban á la inmunidad eclesiástica. Pero como Toribio habia fijado su alma sobre el firme fundamento de una virtud sólida, y no eran sus propios intereses el móvil de sus acciones, sino la honra y gloria de Dios, este Señor le llenó de una admirable paciencia para sufrir todas las adversidades, y de una fortaleza superior á todas las contradicciones.

Calmadas estas, se dedicó con todo ardor á llenar las funciones de su ministerio. Edificó monasterios para las esposas de Jesucristo; destinó lugares de piedad para las doncellas cuyo honor peligraba; dispuso hospitales y hospicios para la manutencion de los huérfanos y curacion de los enfermos. Las rentas de su obispado, que eran cuantiosísimas, no tenian otro destino que el seno de los pobres, en donde

sabia que no se las habia de robar el ladron, sino que antes bien las habia de hallar multiplicadas. La santificacion propia y la de sus prójimos, eran dos ejes sobre que giraba toda la vida de este santísimo prelado.

Habiéndose propuesto conocer á todas sus ovejas una por una, si fuese posible, emprendió tres veces la visita de su obispado, haciendo las dos completas, y dejando la tercera comenzada por haberle faltado la vida. Andaba espacios inmensos cubiertos por todas partes de selvas espesas, de pantanos peligrosos y de horribles precipicios. Nada arredraba la encendida caridad de este santo prelado, ni la espesura de los bosques, ni lo inaccesible de las montañas, ni la fiereza y barbarie de las gentes. Superior á todo, buscaba sus ovejas en las quebradas y grutas, en donde vivian á manera de fieras: allí las enseñaba, las agasajaba y se consolaba á sí mismo, dando por bien empleados los peligros á que se habia expuesto para lograr este consuelo.

Ya habia consumido este admirable varon cerca de setenta años en una vida irreprensible, y era justo que el eterno remunerador le llamase á darle el premio debido á sus merecimientos. Pero así como al buen capitan debe cogerle la muerte en campaña, asi tambien al buen obispo debe faltarle la vida mientras la está empleando en beneficio de sus ovejas. Habia salido de Lima santo Toribio para hacer la tercera visita de su obispado; y queriendo celebrar la Semana Santa en Saña, al entrar en el pueblo se sintió acometido de una calentura. Agravándose la enfermedad, le mandaron los médicos comer carne; pero como era Semana Santa lo rehusó cuanto pudo, hasta que se lo mandaron bajo cargo de conciencia. Viendo los médicos que era su muerte inevitable, ordenaron que se le diese esta noticia para que hiciese

sus disposiciones, lo cual ejecutó un capellan suyo. Lejos de entristecerse el santo con la nueva, exclamó con aquellas palabras del salmo: *Regocijado me he con las cosas que me han sido dichas: iremos á la casa del Señor*; y al que le llevó la noticia mandó que le diesen las albricias, que muy de antemano tenia prometidas al que le anunciase la muerte. Dispúsose á esta, mandando hacer una justa reparticion de todo cuanto tenia, sin excluir el utensilio mas despreciable, entre los pobres de todas clases, á quienes llamaba sus acreedores. Confesóse con grande compuncion y lágrimas; y diciendo que era indigno de que el Señor le visitase en su casa, hizo que le llevasen á la iglesia en una camilla, y allí recibió el viático con tal devocion, que todos quedaron enternecidos. Vuelto á su casa, recibió la extremauncion, exhalando ardientes suspiros entre frecuentes actos de contricion. Repetia muchas veces aquellas palabras de san Pablo: *Anhelo la disolucion de mi cuerpo y estar con Cristo*, consolando incesantemente á sus familiares que lloraban su muerte con amargura. En el dia del Jueves santo, á la misma hora en que solia lavar los piés á los pobres, pidió al prior de san Agustin que le cantase el salmo: *In te, Domine, speravi*; y al llegar á aquellas palabras: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, exhaló su alma bienaventurada con aquella dulce tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito en el año de 1606, á los sesenta y ocho de su edad, y veinte y cinco de su obispado. Su cuerpo quedó fresco y hermoso, y fué enterrado en la iglesia catedral con suma pompa, concurso y aclamaciones extraordinarias. El Señor manifestó bien pronto la santidad de su siervo por medio de infinitas maravillas; y habiéndose hecho las diligencias necesarias para la justificacion de sus virtudes en grado heróico, y de los milagros con que testificó Dios su

santidad, fué beatificado por el papa Inocencio XI, y Benedicto XIII le canonizó despues en el año de 1726.

La misa, es en honor de este santo, y la oracion la siguiente.

Ecclesiam tuam, Domine, beati Turibii confessoris tui atque pontificis continua protectione custodi; ut sicut illum pastoralis sollicitudo gloriosum reddidit, ita nos ejus intercessio in tuo semper faciat amore ferventes. Per Dominum nostrum...

Defended, Señor, vuestra Iglesia con la proteccion continua del bienaventurado Toribio vuestro confesor y pontífice; para que así como la solicitud pastoral le hizo glorioso, de la misma manera su intercesion nos haga fervorosos en vuestro amor. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 50 *del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum. Templi etiam altitudo ab ipso fundata est, duplex ædificatio, et excelsi parietes templi. In diebus ipsius emanaverunt putei aquarum, et quasi mare adimpleti sunt supra modum. Qui curavit gentem suam, et liberavit eam à perditione. Qui prævaluit amplificare civitatem, qui adeptus est gloriam in conversatione gentis: et ingressum domus et atrii amplificavit. Quasi stella matutina in medio nebulæ, et quasi luna plena in diebus suis lucet. Et quasi sol refulgens, sic ille effulsit in templo Dei. Quasi arcus re-

He aquí un gran sacerdote, que mientras vivió sostuvo la casa; y en sus dias restauró el templo. Tambien fué fundada por él la altura del templo, el edificio con dos viviendas, y las paredes altas que rodean al templo. En su tiempo los pozos tuvieron agua copiosa, y se llenaron fuera de medida como si fueran un mar. Él tuvo cuidado de su gente, y la libró de la perdicion. Él mismo llegó á engrandecer la ciudad, y alcanzó gloria viviendo en medio de su pueblo, y extendió la entrada del templo. Como la estrella de la mañana entre la niebla, y como la luna luce en los dias de su llenura, y como resplandece el sol, de la misma ma-

fulgens inter nebulas gloriæ, et quasi flos rosarum in diebus vernis, et quasi lilia quæ sunt in transitu aquæ, et quasi thus redolens in diebus æstatis. Quasi ignis effulgens, et thus ardens in igne. Quasi vas auri solidum, ornatum omni lapide pretioso. Quasi oliva pullulans, et cypressus in altitudinem se extollens: circa illum corona fratrum: quasi plantatio cedri in monte Libano. Sic circa illum steterunt quasi rami palmæ, et omnes filii Aaron in gloria sua.

nera resplandeció él en el templo de Dios. Como el arco Iris que resplandece entre las claras nieblas, y como la flor de las rosas en tiempo de primavera, y como las azucenas que están cerca de las corrientes, y como la planta del incienso que huele bien en los dias del estío; como llama resplandeciente, y como incienso que arde en el fuego; como un vaso de oro macizo adornado de todo género de piedras preciosas; como el ciprés que se levanta á lo alto. Al rededor de él hay una corona de hermanos; y así como un alto cedro plantado en el monte Líbano, de la misma manera estuvieron al rededor de él los hijos de Aaron en su gloria, como si fueran ramos de palma.

REFLEXIONES.

Entre las pasiones que combaten el corazon humano con mayor fuerza, apenas hay una que lo haga con mayor violencia que la pasion de la gloria. A este ídolo aéreo han ofrecido incienso los hombres sabios y los ignorantes, los hombres oscuros y los monarcas mas poderosos. Hasta los facinerosos, que oscurecen su vida con execrables delitos, han ofrecido víctimas á la gloria de su nombre. Tantos conquistadores, exponiendo su vida y su reposo por un pedazo de tierra que no habian de gozar; tantos sabios, acortando los dias de su vida en profundas meditaciones y escribiendo libros que acaso olvidan para siempre las generaciones futuras; tantos deslumbrados, que

han tenido la temeridad de precipitarse en una sima profunda, ó dejarse morir para que su nombre fuese aclamado como el de un héroe, manifiestan claramente hasta qué punto llegan á embriagarse los hombres con la pasion de la gloria. Puede tanto con ellos el lisonjero pensamiento de que despues de muertos se acordarán los hombres de sus acciones, y repetirán sus heroicidades con entusiasmo, que esta sola consideracion los excita á hacerse singulares entre los demás hombres, sin reparar mucho en que la distincion provenga del vicio ó de la virtud.

Pero si reflexionasen la enorme distancia que hay de lo uno á lo otro, y cuan diferente es la gloria que reciben, aun en este mundo, los que sirven verdaderamente á Dios, de la de aquellos que se entregan á los deseos de su corazon, conocerian que aun en lo temporal premia Dios mucho mas ventajosamente que el mundo. El elogio que contiene la epístola de este dia, dedicado por el Espíritu Santo á Simon, hijo de Onías, y aplicado por la Iglesia á santo Toribio Mogrobejo, prueba claramente la generosidad con que premia Dios las obras de la virtud. Él es tan magnífico, tan sublime, tan lleno de imágenes, de majestad y de belleza, y tan expresivo de un mérito heróico y extraordinario, que todos los oradores de Atenas y de Roma no llegaron jamás á imaginar una cosa semejante. Jamás cupo en el entendimiento de Plinio un elogio tan magnífico del emperador Trajano; y todos los emperadores hubieran sacrificado gustosos las alabanzas que les tributó la lisonja, á la grandeza de estas que da el Espíritu Santo. Bien es verdad que hay tanta diferencia en el fundamento de unos y otros elogios, como hay distincion entre lo verdadero y lo falso. La virtud es hermana de la verdad; mutuamente se ayudan, mutuamente se recomiendan, y mutuamente se apoyan. La virtud que tiene el carác-

ter de verdadera, es una misma en todos los tiempos, en todas las naciones y en todas circunstancias. La verdad la presenta á todos los ojos como amable y digna de aprecio. Su mérito es una luz resplandeciente, cuyos brillos no pueden ocultarse. El corazon mas bárbaro siente la dulce fuerza de sus atractivos; y aun los hombres injustos aprueban en el fondo de su corazon los elogios que se la tributan. De consiguiente, la gloria que consigue un justo por estar continuamente velando sobre sus obligaciones, es una gloria verdadera, durable, y que debiera ocupar la atencion de los hombres, siempre que les inquietase algun deseo de gloria. Pero ¿se hace así? ¿Son estas ideas las que mueven el corazon humano? ¡Cuán insensato es el hombre en hacer sacrificios á la vanagloria!

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* 1, *pág.* 35.

MEDITACION.

SOBRE LA VIGILANCIA CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo cristiano debe velar continuamente sobre el cumplimiento de sus obligaciones, porque al contrario se pone en peligro de faltar á ellas.

El descuido y total indiferencia con que muchos miran el desempeño de sus mas importantes deberes, figurándose que, cuando llegue el caso, podrán salir del apuro con una atencion muy lijera, es una soberbia insoportable que nos hace caer en gravísimos precipicios. Semejante indiferencia provoca la ira de Dios, el cual, viendo la soberbia con que nos atre-

vemos á poner en nosotros mismos la confianza que debiamos colocar en él, determina negarnos sus divinos auxilios, con los cuales haciamos el bien y sin los cuales no podemos hacer sino el mal. Nos deja con solas nuestras fuerzas, para que, viendo que no son bastantes para precavernos contra nuestros enemigos, conozcamos nuestra debilidad y flaqueza por una experiencia funestísima. Este modo de proceder de nuestro Dios es justísimo; porque, habiendo despreciado tantos paternales avisos, en que nos manda que velemos sobre nuestras obligaciones, castiga debidamente nuestra temeraria presuncion, desamparándonos y dejándonos únicamente en manos de nuestra flaqueza. La caida miserable del rey David que en una sola accion cometió tantos pecados, en ninguna otra cosa consistió sino en una seguridad excesiva. El mismo profeta santo lo decia así en el salmo 29, cuando contrito y pesaroso clamaba á Dios diciendo: *En medio de mi abundancia dije para mí: Jamás seré apartado ni removido de la gracia y virtud que ahora tengo. Vos, Señor, apartásteis de mí vuestros ojos, é inmediatamente sucedió en mi alma una turbacion asombrosa.*

Pero ningun ejemplo convence mejor los peligros funestísimos de la falta de vigilancia, ó de una confianza necia, que el ejemplo de la negacion de san Pedro. Cuando el Salvador del mundo avisaba á todos sus apóstoles que estuviesen alerta, porque podia suceder que en la noche de su pasion padeciesen escándalo sobre su persona, llegó á tanto la temeridad de Pedro, que no dudó afirmar *que, aun cuando todos los apóstoles se escandalizasen, él nunca se escandalizaria.* El misericordioso Señor, que le tenia destinado para pastor universal de su Iglesia, y sabia cuán necesaria le habia de ser la vigilancia, quiso que conociese con un saludable escarmiento los graves

peligros que trae consigo una vana confianza. Dejóle por un momento entregado á sus propias fuerzas y luego se vió lo que puede dar de sí un hombre flaco y miserable. Negó á su Maestro, negó á la verdad misma por esencia, negó á su Dios, y le negó con juramento. Pero en esto mismo nos dió una importante leccion, á saber, que el hombre nunca está en mayor peligro que cuando confía en sus propias fuerzas; que nunca está mas débil que cuando no le robustece el poderosísimo vigor de la gracia; que nunca está mas expuesto á caer en el precipicio que cuando camina descuidado, imaginando que va seguro; y últimamente, san Pedro nos enseñó con su ejemplo que debemos tener presente el aviso de Jesucristo: *Velad y orad para que no seais tentados.*

PUNTO SEGUNDO.

Considera que vives en un pais enemigo; y de consiguiente, que te es necesaria la vigilancia para precaver tu ruina y no caer en manos de tus contrarios.

Es notoria la sentencia del santo Job, que afirma: *Que la vida terrena del hombre es una continua milicia.* La experiencia diaria nos enseña que, habiendo sido desterrado el primer hombre de aquel lugar de paz y de felicidad en que habia sido criado, nos vemos reducidos á vivir desterrados y peregrinos, pisando siempre un terreno poco seguro, lleno por todas partes de peligros y asechanzas. San Pedro nos amonesta *que estemos siempre alerta y velando, porque nuestro comun enemigo anda al rededor de nosotros como leon rabioso que desea despedazarnos.* El consejo de un varon tan experimentado como el apóstol san Pedro bastaria en defecto de otras razones, para hacer conocer al cristiano la necesidad de una continua vigilancia. Nunca logra con mayor seguridad sus fines la astucia

de un prudente capitan, que cuando su contrario duerme en los brazos de una necia confianza. ¿Qué le sucedió al rey Baltasar en Babilonia? Entregado con los grandes y capitanes de su ejército á las delicias de un opiparo convite, se durmió en brazos de la embriaguez: entre tanto su astuto enemigo velaba; le acometió, le venció, y con una esclavitud vergonzosa le hizo pagar la falta de vigilancia.

Otro tanto le sucede al cristiano que se descuida con respecto á su alma, sabiendo que vive cercado de enemigos. Estos usan mas á su salvo de sus astucias, y ejecutan sus daños sin riesgo de ser sorprendidos. Sus fuerzas se duplican con la propia vigilancia y con el descuido de aquel cuya ruina solicitan. ¡Y siendo esto verdad, se ha de ver en el pueblo cristiano tanto descuido de su salud, y tanta indiferencia por los daños que le amenazan! Nada se ve con mas frecuencia que hombres confiados en una necia seguridad. En medio de que no pueden ignorar las estrechas obligaciones que les rodean, y que cada una de ellas requiere la mayor atencion para su exacto cumplimiento, viven sin pensar siquiera en que hay una virtud que se llama vigilancia. De aqui resultan las frecuentes caidas, las continuas transgresiones que se advierten en todos los estados. El magistrado, el juez faltan á la justicia por no tener la vigilancia debida, ya para guardarse de aquellos que intentan corromperles, ya para adquirir los conocimientos necesarios para el buen ejercicio de su ministerio. Los padres de familia ven con dolor los desórdenes de sus hijos y criados, sin advertir que todos ellos nacen del funesto sueño en que ellos yacen dormidos. A este tenor, si cada cual mete la mano en su pecho, y reflexiona sobre las continuas faltas de que le acusa su conciencia, conocerá que todas ellas resultan de la poca vigilancia sobre sus obligaciones, y del des-

cuido criminal que tiene de precaverse contra sus vigilantes enemigos.

JACULATORIAS.

Factum est mihi verbum tuum in gaudium, et in lætitiam cordis mei. Jer. 45.

Vuestra palabra, Señor, ha sido para mí motivo de gozo, y ha regocijado todo mi corazon.

Nos verò orationi, et ministerio verbi instantes erimus. Actor. 6.

Nuestra ocupacion continua será conocer nuestras obligaciones por medio de la oracion, y hacer cumplir las suyas á los demás por el ministerio de la palabra.

PROPOSITOS.

1. Son innumerables los avisos y preceptos que hay en la sagrada Escritura acerca de la virtud de la vigilancia; de manera que apenas hay punto capital de la religion sobre que se haya manifestado mas copiosamente la doctrina de Jesucristo. *Vigilad,* nos dice por san Mateo (1), *porque no sabeis á qué hora ha de venir vuestro señor. Bienaventurados aquellos siervos,* nos dice por san Lucas (2), *á los cuales, cuando venga su señor, los encuentre velando.* San Pablo escribiendo á su discípulo Timoteo (3) le decia : *Tú vela, trabaja en todo, y cumple con tu ministerio.* Siendo, pues, la vigilancia una virtud tan recomendada en la Escritura, ¿ cuáles deberán ser tus propósitos en este dia? Has visto en la vida de santo Toribio Mogrobejo un hombre sumamente zeloso de su salvacion, y que por lo mismo lo fué en el cumplimiento de todas sus obligaciones. Sin embargo de tan sólida virtud, de tan multiplicados ejercicios piadosos, y de estar

(1) Cap. 24. — (2) Cap. 12. — (3) Epist. 2, cap. 4.

rodeado de buenos ejemplos, se veia en él un grande temor de desagradar á su Dios, que le tenia en continua vela para no dejarse sorprender del enemigo. Has considerado tambien los peligros y caidas funestas que han experimentado los varones mas encumbrados en virtud, cuando se han entregado á una necia confianza, ó á un criminal descuido. Has visto que son innumerables los enemigos que te cercan para dañarte, y que es extraordinaria su vigilancia. Desde hoy, pues, debes empeñarte en vencer la vigilancia de tus enemigos con la tuya propia; examina con cuidado todas tus obligaciones, y procura ser exacto en el cumplimiento de ellas. No mires con indiferencia los mas pequeños deberes, porque se te figuren de poca importancia; nada hay que no sea muy importante en el servicio de Dios, al cual es muy agradable la fidelidad en las cosas pequeñas. Procura darle gusto en todo, y ten presente la amonestacion de san Pablo á los Tesalonicenses (1): *No durmamos como los que están apartados de Dios, sino velemos, y estemos alerta.*

SAN PEDRO ARMENGOL.

De la ilustre casa y familia de los condes de Urgel y Barcelona, cuyos ascendientes tuvieron enlaces muy estrechos con la real prosapia de Aragon y Castilla, nació por los años 1258 Pedro, hijo de Arnoldo Armengol, sugeto distinguidísimo por su religion y piedad, aun mas que por la nobleza de su sangre y por los prodigios de valor que hizo en el ejército. Pusieron sus padres el mayor cuidado en la educacion del niño, pero tuvieron el desconsuelo de ver inútiles

(1) Cap. 5.

todas sus diligencias: pues, habiendo salido de un natural altivo y soberbio, ni los buenos ejemplos de los padres, ni los consejos de los mejores maestros fueron bastantes para contener su desarreglo en la juventud; y envaneciéndose mas de lo que convenia con su nobleza, este respeto que debia contenerle para que obrase segun su distincion, se imaginó que le daba un salvoconducto para proceder con total abandono.

Mucho contribuyó á su desenfreno la compañía de otros jóvenes disolutos y lijeros, que en poco tiempo, sin mucha resistencia, le condujeron por el espacioso camino de los vicios. La disolucion de su vida ahogó enteramente en su pecho aquellos piadosos sentimientos que habia concebido en los principios de su educacion. No como quiera empezó á perderse, sino que hacia gala de ser de los mas perdidos. Y como la libertad orgullosa no solo destierra del alma la urbanidad y modestia, sino que la embrutece y hace feroz é intratable, oia Pedro con desabrimiento y aun con desprecio las saludables advertencias de sus padres.

El poco caso y aun desprecio que hacia de otros caballeros de sus circunstancias, le acarrearon no pocas pesadumbres y sentimientos; y como un abismo llama á otro abismo, deseoso de vengarse de ellos, juntó una cuadrilla de hombres perversos y cometió con ellos tales excesos, que, haciéndose intolerables en el país y siendo perseguidos de la justicia, se vieron en la precision de retirarse á los montes, donde tomaron la infame profesion de vandoleros, siendo Pedro su jefe y capitan con desdoro de su nobleza.

El dolor y sentimiento que causó al padre el rumbo de un hijo tan perdido, que echaba sobre su familia el borron mas negro, le hizo abandonar el pais, y retirarse al reino de Valencia, recien conquistado

por el rey don Jaime, para seguir la corte y emplearse en el servicio de un monarca tan esclarecido. Determinó este príncipe pasar á Montpeller á verse con el rey de Francia, para tratar negocios importantísimos á ambas coronas; y habiendo sabido que en los montes Pirineos habia no pocos salteadores que robaban y asesinaban á los pasajeros, para poder transitar sin peligro dió á Arnoldo, sugeto de conocido valor y notoria experiencia, la comision de despejar el camino.

Ocurrió á Arnoldo lo que podia suceder en una expedicion tan peligrosa; pero deseoso de remediar la afrenta que causaba á su linaje su hijo, que presumia era el capitan de los salteadores, partió al momento con algunos de á caballo y dos bandas de infantes. Reconocidos los sitios mas peligrosos de las montañas, y sabiendo que las compañías de los bandidos se reunian para apoderarse de las riquezas de la real comitiva, ocultándose en un bosque con una porcion de infantes, dispuso echar en el camino unas acémilas mas cargadas de campanillas que de dinero, á fin de atraer á los ladrones. Salióle bien el pensamiento, y cuando estos se hallaban mas cebados en la presa, dió sobre ellos Arnoldo y su tropa con el mayor esfuerzo, hiriendo á unos y prendiendo á otros. Pero advirtiendo que una manga de aquella escolta se defendia con particular denuedo, sospechando por lo mismo que en ella se hallaria su capitan, se apeó del caballo, empuñó el acero, y animando á los suyos, principió á acometerla como un valiente leon. La buena suerte de Arnoldo y de su hijo Pedro, hizo que fuesen los dos los primeros que se presentaron en el combate cuerpo á cuerpo. Tiráronse los primeros golpes, y parándose ambos para reconocerse, ¡ cuál fué su admiracion cuando vieron que eran padre é hijo los que se estaban hiriendo! La cólera cedió en-

tonces á la compasion, y avergonzándose Pedro de acometer á quien le dió el ser, bañado en tiernas lágrimas y postrado á los piés del padre, se confesó rendido y le entregó la espada, rogándole que hiciese con él los oficios del juez mas severo.

No pudo Arnoldo, aunque tan ofendido, desentenderse del amor de padre, viendo á su hijo postrado; y llevándole consigo para experimentar si era verdadero su arrepentimiento, dentro de muy breve tiempo lo vió acreditado con las obras. Súpose el suceso por todo Aragon y Cataluña, y fué para todos de tan inexplicable gozo y satisfaccion, que dieron á Arnoldo el parabien por la recuperacion de un hijo que consideraban enteramente perdido.

La divina Providencia, que dispuso aquel memorable acontecimiento para la conversion de Pedro, continuando en sus sabios designios, hizo de él un héroe que, si en su juventud desacreditó su ascendencia, despues recuperó el honor vulnerado y dió nuevo lustre á su familia.

Retirado nuestro santo de la vista de los mortales, meditaba sobre sus enormes delitos con tanta confusion y vergüenza, que cayó en una profunda melancolia. Valióse de ella el enemigo de la salvacion para tentarle á la desesperacion, representándole con la mayor viveza el rubor que era indispensable padeciese un sugeto de sus circunstancias, al manifestar en el tribunal de la penitencia las execrables maldades que habia cometido. Pero como Dios tenia determinado formar de tan grande pecador uno de los mayores santos de su Iglesia, dispuso oyese en aquel tiempo varios sermones que alentaron su desconfianza.

Pasó al convento de la Merced de la ciudad de Barcelona á desahogar su conciencia; y oyéndole en confesion un maestro sabio, prudente y experimentado, conociendo la vehemencia del dolor y since-

ridad del arrepentimiento, le recibió amorosamente, le dió la absolucion, y le determinó á hacer una verdadera penitencia para satisfacer á la justicia divina, pero con viva confianza en su misericordia.

Encendido Pedro en vivísimos deseos de reparar las injurias hechas á Dios en la vida precedente, rotos ya los lazos que le oprimian, y alentado con un nuevo espíritu, tomó la generosa resolucion de hacerse religioso de la Merced: pidió el hábito con tantas instancias, y dió pruebas tan concluyentes de ser verdadera su vocacion, que fué recibido en el convento de Barcelona con particular aplauso.

Apenas se vió vestido con la insignia militar de la reina de los ángeles, maravilló su fervor á los mas perfectos; no pudiendo subir á mas alto punto su humildad, puntualidad y obediencia. Las pasiones á que se habia entregado tan desenfrenadamente en el siglo, se amotinaron con violencia viéndose reprimidas en la religion; pero supo sujetarlas con tanta prontitud por medio de rigorosas penitencias, por la mortificacion de los sentidos y por una oracion continua, que antes de acabarse el año de noviciado logró verlas rendidas al imperio de la razon. Del mismo modo que cuando jefe de malhechores les excedió en los desórdenes, despues que siguió la milicia de Jesucristo se aventajó á todos en la perfeccion religiosa. En lugar de las armas ofensivas que usó cuando libertino, sustituyó diferentes instrumentos de mortificaciones para crucificar su carne. Pasaba los dias y las noches hecho un mar de lágrimas pidiendo al Señor misericordia; llegando su rigor á tales términos, que así como á otros religiosos, es menester excitarlos á la penitencia, á Pedro era necesario retraerle de ella, y aun mandarle por obediencia que la moderase.

Viendo los superiores su gran talento y raro mérito.

quisieron que recibiese los sagrados órdenes; pero el santo se consideraba tan indigno, viniéndole á la memoria los escándalos de su vida pasada, que para vencer su resistencia fué necesario que mediase un expreso mandato. Cedió á la obediencia, y elevado al sacerdocio, se portó como digno ministro del Altísimo. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta devocion, ternura y lágrimas, que cuantos le veian en el altar salian tan compungidos como si oyesen el sermon de un predicador apostólico.

Bien satisfecha la religion de su fervor y zelo, le confió á los ocho años de profeso el importante cargo de la redencion de cautivos. Desempeñó la comision satisfactoriamente en las provincias de España que estaban todavia en poder de los Agarenos; pero como toda su ansia era pasar al Africa, y su mayor consuelo, como solia decir, el quedarse cautivo por el rescate de alguno de los cristianos, no paró hasta conseguir este destino. Logrólo, y en una ocasion que hizo este viaje, llegó á Bugia con su compañero fray Guillelmo Florentino, varon de grande mérito, y rescataron ciento diez y nueve cautivos. No se ofrecia accidente que les impidiese de hacerse desde luego á la vela para volver á la patria; pero como Dios tenia dispuesto que fuese este el teatro de las glorias de Armengol, hizo que llegase á su noticia la esclavitud de diez y ocho niños, que se hallaban expuestos á renegar de la fe de Jesucristo, movidos ya por los halagos, ya por los castigos de los bárbaros. No habia dinero para rescatarlos, y creyendo Pedro que habia llegado el caso de hacer el sacrificio que habia prometido por el voto de su religion, se ofreció en rehenes por ellos, con la condicion de que si no se entregaba á un tiempo fijo la cantidad estipulada por su rescate, fuese condenado á las penas que quisiesen imponerle.

Partió Guillelmo con los cautivos, y se quedó Armengol en Bugía; y aprovechándose de la libertad que le daban al principio, tuvo ocasion de convertir á la fe á muchos infieles que no pudieron resistirse á la eficacia de su predicacion autorizada con muchos prodigios. Pero habiéndose pasado el tiempo prescrito para el pago del rescate, le pusieron en una prision, tratándole con inhumanidad, y llegando hasta negarle el preciso sustento; bien que el Señor por ministerio de los ángeles surtió á su fidelísimo siervo milagrosamente. Cansados ya los bárbaros de atormentarle, conspiraron contra su vida. No faltó quien defendiese á Armengol entre los infieles, diciendo que lo pactado en el convenio no era la pena de muerte, sino de prision y cárcel; pero, habiéndole algunos acusado falsamente de que blasfemaba y maldecia á Mahoma, le condenó el juez á la muerte de horca, aunque era un castigo irregular entre los Sarracenos. Ejecutóse la sentencia, y quedó el santo pendiente del madero por espacio de ocho dias, sin que nadie se atreviese á bajarlo por la prohibicion del juez.

Llegó por este tiempo su compañero fray Guillelmo con la cantidad estipulada para el rescate de Pedro; y habiendo sabido el atentado que ejecutaron los bárbaros, lleno de pena y sentimiento, pasó á ver el lastimoso espectáculo con algunos cautivos. Advirtiendo al acercarse que en vez de mal olor el cadáver despedia una fragancia celestial, quedándose suspenso y admirado, le habló Armengol desde la horca, diciéndole que la santísima Virgen le habia conservado la vida en aquella disposicion para que publicase sus maravillas perpetuamente. Y ordenándole que le bajase del cadalso, lo ejecutó Florentino con admiracion de los concurrentes y de todos los bárbaros, de los cuales no pocos se convirtieron á nuestra santa fe, asombrados con tan estupendo prodigio.

Resolvieron los dos amados compañeros volver á la ciudad de Barcelona, que ya sabedora del portento esperaba con impaciencia ver al invicto mártir de Jesucristo; y habiendo llegado á ella, le recibieron los habitantes con imponderable gozo, acompañándole desde el puerto hasta dejarle en su convento, y dando gracias al Señor por sus maravillas. Deseaban los religiosos saber de su boca el suceso, pero no lo pudieron conseguir por mas ruegos que le hicieron; hasta que, mandándole el prelado lo refiriese, no pudiendo resistirse á la obediencia, lo hizo humilde y modestamente en estos términos: «La vírgen María, Madre de Dios y nuestra, pidió á su santísimo Hijo la conservacion de mi vida, y conseguido este favor, la misma soberana Reina me sostuvo con sus santísimas manos, para que con el peso del cuerpo no me ahogase el cordel de que estaba suspenso.» Y al decir estas palabras fueron tales los afectos de dulzura que sintió su corazon, que se quedó arrebatado en un admirable éxtasis.

Manifestó siempre Pedro, en el cuello torcido y en el color pálido, las señales mas auténticas del suceso. Vivió dos años despues en Barcelona todo ocupado en altas contemplaciones y asombrosas penitencias. Destinóle la obediencia al empleo que mas deseaba su apostólico zelo, que era la conversion de las almas, en el cual hizo el mas copioso fruto por medio de su predicacion y admirables portentos. Pero no pudiendo sufrir su humildad los honores y aplausos que le tributaba toda la ciudad, se retiró al pobre convento de Nuestra Señora de los Prados, sito en el obispado de Tarragona, donde su vida fué una continua serie de heróicas virtudes y de familiares coloquios con la Reina de los ángeles, á quien, agradecido por el favor mencionado, profesaba tanto afecto, que no parecia posible mas reverente devocion ni ternura mas filial.

Como notasen los religiosos que en sus frecuentes raptos decia muchas expresiones dulces, pareciendo que estaba en conversacion con alguna persona invisible, preguntándole despues qué le sucedia, respondia siempre : *no lo sé*, *Dios lo sabe.* Y acordándose de aquellos dias que estuvo en la horca, les aseguraba en las repetidas veces que hablaba de la gloria : *Creedme, hermanos carísimos, que yo no juzgo haber vivido dia alguno, sino aquellos pocos, pero felicísimos, en que pendiente de un madero estaba reputado por difunto.*

Predijo el santo con espíritu profético la hora de su muerte, y acercándose esta á consecuencia de una grave enfermedad, recibidos con su acostumbrado fervor los últimos sacramentos, cantando aquel verso de David : *vuélvete, alma mia, á tu descanso, porque el Señor lo ha hecho bien contigo*; repitiendo otro del mismo profeta : *yo agradaré al Señor en la region de los vivos*, entregó su espíritu en manos del Criador, en el dia 27 de abril; y el Señor se dignó acreditar la gloria de su siervo, curando milagrosamente á tres hombres y cuatro mujeres antes que se diese sepultura á su venerable cuerpo.

No nos dicen los escritores el año fijo de su preciosa muerte; pero si atendemos á los monumentos auténticos que señalan el suceso prodigioso de la horca en el de 1266, y añaden que despues sobrevivió diez y ocho años, debemos computar el de su tránsito en el de 1284. Cónstanos asimismo por la visita eclesiástica de los ordinarios de Tarragona, que sus reliquias se tienen en grande veneracion en la parroquia de la Guardia de los Prados, del mismo arzobispado, donde el Señor ha continuado obrando varios prodigios por la intercesion de su fidelísimo siervo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nicomedia, la fiesta de san Antimo, obispo y mártir, que fué decapitado en la persecucion de Diocleciano por defender el nombre de Jesucristo. Casi todo su rebaño siguió su ejemplo, siendo los unos decapitados, los otros quemados, y muchos por sentencia del juez metidos en barcos y sumergidos en el mar.

En Tarso de Cilicia, los santos Cástor y Estévan, mártires.

En Roma, el tránsito de san Anastasio papa, varon pobre en medio de la opulencia, y dotado de una vigilancia verdaderamente apostólica, á quien, segun dice san Jerónimo, no mereció Roma poseer mucho tiempo, para que no fuese arruinada la capital del mundo bajo de tal pontífice: así es que poco despues de su muerte fué esta ciudad tomada y saqueada por los Godos.

En Bolonia, san Tertuliano, obispo y confesor.

En Bresa, san Teófilo obispo.

En Constantinopla, san Juan abad, que combatió fuertemente por el culto de las santas imágenes en tiempo de Leon Isaúrico.

En Tarragona, el bienaventurado Pedro Armengol, del órden de Nuestra Señora de la Merced, el cual, despues de haber padecido muchos trabajos en Africa por rescatar á los fieles, acabó santamente sus dias en el convento de Santa María de los Prados.

En Lima, en el reino del Perú, santo Toribio arzobispo, cuya fiesta se celebra el dia veinte y tres de marzo.

En Luca en Italia, la bienaventurada Zita vírgen, esclarecida en virtudes y milagros; su fiesta se celebra hoy por decreto del papa Leon X.

La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion es la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Petri confessoris tui solemnitate deferimus: ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus, qui tibi placuit, precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu glorioso confesor san Pedro, para que consigamos por la intercesion del que tanto te agradó, lo que no podemos esperar de nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 4 de la primera á los Corintios.

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhùc. Non ut confundam vos, hæc scribo, sed ut filios meos charissimos moneo: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: estamos hechos espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres. Nosotros reputados necios por Cristo, y vosotros quereis ser prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes; vosotros nobles, nosotros ignobles. Hasta ahora padecemos hambre, sed, desnudez, bofetadas, sin mansion fija, y trabajando con nuestras propias manos: nos persiguen, y sufrimos: nos blasfeman, y rogamos *por ellos;* somos tratados hasta el presente como el asunto de la expiacion de los mundanos, cargados de la execracion de todos. Esto escribo no para confundiros, sino para amonestaros como á mis hijos carísimos en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo, pero vosotros sois prudentes. Asi hablaba san Pablo á aque-

llos hombres carnales, á aquellos cristianos mundanos, á aquellos presumidos espíritus fuertes de Corinto. Era visible la ironía, pero estaba muy en su lugar. Y ¿porqué no podremos hablar en el mismo idioma á los cristianos de nuestros tiempos? *Nosotros somos necios por amor de Jesucristo* : á lo menos es bien cierto que son reputados por tales todos aquellos que se conforman con las máximas del Evangelio. Y sino, díganme ¿con qué ojos se mira hoy en el mundo el arreglo de las costumbres, el porte ajustado, la mortificacion de los sentidos, el recogimiento interior, la exterior compostura, el retiro del bullicio? A la devocion se la trata de apocamiento de espíritu, y se llama escrúpulo á la delicadeza de conciencia. Mírase con cierta especie de lástima á los que siguen el camino que nos dejó señalado Jesucristo. Los aplausos y la estimacion se reservan para los mundanos; parece que solo en el espíritu del mundo se halla recogido el buen juicio y la razon. La profanidad, el esplendor, las riquezas, los honores, una fortuna brillante, el tener con que satisfacer las pasiones y gozar de todos los placeres; esto es lo que da mérito en el mundo. En sentir de muchas gentes, la vida oscura, humilde y retirada es una verdadera desgracia, no de otra manera que si estuvieran proscriptas las máximas de la religion. Veis aquí dos caminos bien opuestos; veis aquí dos espíritus bien diferentes; veis aquí dos reglas de costumbres bien contrarias. Macerar la carne, mortificar los sentidos, tener sujeto el amor propio á una perpetua servidumbre, y estarse haciendo continua violencia; esta y no otra es la doctrina de Jesucristo. Halagar las pasiones, satisfacer el apetito, sacudir el yugo de la sujecion, y no obrar mas que por motivos de amor propio; esta y no otra es la doctrina del mundo. Pero ¿quién de los dos se engaña? Si la verdadera sabiduría está en

las máximas del Evangelio, el no seguirlas será una insigne locura. Pero si son sabios y cuerdos los mundanos siguiendo una vida poco cristiana, será preciso que vayan errados los devotos y los virtuosos. Esto no admite medio. Mas ¿habrá quien tenga osadía para decir que los santos erraron, siguiendo las máximas del Evangelio? Luego es muy cierto que los que no las siguen van descaminados. Hombres carnales, mujeres mundanas, espíritus disipados, disolutos de profesion, corazones profanos, ¡qué dignos sois de compasion en vuestros lastimosos descaminos! Haced, haced ostentacion de vuestra vanidad, preconizad vuestras escandalosas máximas, triunfad en vuestra conducta licenciosa, sostened con fiereza vuestra irreligion, nada estiméis sino vuestras riquezas mundanas, teneos en buen hora por prudentes y por discretos; vuestra misma conducta es la prueba mas concluyente de la mas insigne locura. ¿Puede haber mayor extravagancia que forjarse un camino enteramente contrario al de Jesucristo? ¡Oh y cuánta verdad es que no se halla la verdadera sabiduría sino en las máximas del Evangelio! Todo hombre que se condena, es sumamente insensato: solo son sabios aquellos que se salvan.

El evangelio es del cap. 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia* II, *pág.* 59.

MEDITACION.

DEL AMOR A LOS DESPRECIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el amor á los desprecios es la prueba menos equívoca, y en rigor es la señal infalible de la verdadera humildad. Engáñanse no pocos tenién-

dose por humildes, porque conocen sus imperfecciones y confiesan sus defectos. No basta sentir uno bajamente de sí: no es menester mas que un poco de reflexion para conocer sus miserias, con otro poco de entendimiento para condenarlas. Solamente los simples dejan de conocer sus defectos. La estimacion de sí mismo es vicio de almas bajas y de entendimientos vulgares: un entendimiento despejado y noble descubre con claridad todos sus defectos y no se los disimula. Pero este conocimiento especulativo de ninguna manera constituye el carácter de la verdadera humildad. Es esta una virtud moral, que no reside precisamente en el entendimiento, sino principalmente en la voluntad, domicilio y asiento de todas las virtudes morales. Para ser verdaderamente humilde, es menester lo primero sentir bajamente de sí, y lo segundo desear que los demás sientan lo mismo, y no nos tengan por mejores de lo que somos. No hay mayor injusticia que exigir de los otros que estimen en nuestras personas aquello que nosotros mismos juzgamos digno de desprecio. Ser verdaderamente humilde, sin desear verdaderamente ser humillado, no puede ser. Ya que el amor á los desprecios nos es penoso, ya que los sentidos y el amor propio se oponen á él, por lo menos debe ser aplaudido por la razón, así como lo es siempre por la religion. La humildad sin humillaciones siempre es sospechosa. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; pero es imposible ser humilde sin desear ser humillado. El mérito de los primeros cristianos y de los santos religiosos, consistió en vivir abatidos, humillados y despreciados del mundo. El original de aquellas ilustres copias fué el ejemplo de Jesucristo. *Humiliavit semetipsum usque ad mortem, mortem autem crucis.* Humillóse el Señor no solo á padecer muerte, sino muerte de cruz; esto es, no solo murió, porque en

esto aun puede caber orgullo y vanagloria en los hombres, sino que se humilló á morir con muerte ignominiosa, en medio de dos ladrones, y clavado en una cruz, que era el suplicio mas afrentoso que habia, por el cual se dijo: *maledictus homo qui pendet in ligno*. La misma vanidad puede tener su parte en las humillaciones, cuando estas se hacen con ostentacion; porque no hay pasion mas cómica ni que mejor sepa disfrazarse que el orgullo. Pero amar las humillaciones, desear los desprecios, no puede ser sin verdadera humildad.

¡O mi Dios! ¡y qué poco se conforma esta doctrina con el gusto del mundo! La mayor parte de los devotos nada siente, nada aborrece tanto como la humillacion. Solo se busca una virtud aplaudida; los desprecios inquietan y turban el corazon. Pero ¿será muy castiza la virtud que se acomoda tan mal con ellos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la humillacion es constitutivo esencial de la penitencia, porque todo pecador verdaderamente contrito desea ser humillado. Y ¿cómo no podrá desearlo, cuando él mismo se reconoce por la mas vil y baja de todas las criaturas? Él ofendió á su Dios por el pecado; ¿y querrá que se le estime, querrá que se le tenga en algo? Cometió su pecado por flaqueza, ó por malicia; lo primero arguye su miseria, lo segundo su malignidad: pero de cualquier modo que haya pecado, debe considerarse como despreciable á los ojos de Dios y de los hombres. Así, la verdadera penitencia, que lleva consigo este conocimiento, no puede estar sin la verdadera humildad, ni la verdadera humildad sin el amor á las humillaciones.

Estas tienen además otra virtud, y es la de atraer-

nos con mucha frecuencia al cumplimiento de las obligaciones cristianas. *Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas,* decia el real profeta David: Bueno es, Señor, el que me hayais humillado, porque de esta manera aprenderé á guardar con fidelidad vuestra santa ley. Hállase uno estimado, obsequiado, bien recibido en el mundo; la fortuna le convida con las riquezas, el favor le ensalza á los honores y empleos; tiene entrada en la corte, concurre con distincion á las casas de los grandes: pues no se acuerda si hay Dios, ó procede como si no lo hubiese. Pero llega la humillacion; por un azar cualquiera pierde sus bienes, ó es despojado del empleo; aquella persona que le protegia, le retira su favor, ó le da algun sonrojo público; todo el mundo le vuelve las espaldas: pues entonces entra dentro de sí mismo, y si no ha perdido los sentimientos de religion, es muy natural que se convierta á Dios y le diga con el Profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me.* Ya va á las iglesias, cuando antes no pisaba sus umbrales; ya frecuenta los sacramentos, cuando antes ni aun se acordaba de ellos; ya busca la compañía de las personas virtuosas, á quienes antes trataba con desden y aun con desprecio; ya le gustan los frailes, porque entre ellos halla quien le consuele, quien le anime, quien le entretenga á veces con una conversacion grata é instructiva, quien le enseñe á sacar fruto de sus mismas humillaciones: *Bonum mihi quia humiliasti me.*

Pero si son útiles las humillaciones al pecador para que se convierta, no lo son menos al justo para que adelante en la virtud. No basta que se levante un viento favorable que haga tomar al navío el rumbo que le conviene: si luego sigue la calma, no atrasará, pero tampoco avanzará mucho aun á fuerza de remos. Las humillaciones nos llevan viento en

popa al puerto de la patria celestial, haciéndonos salvar de los escollos del amor propio y del orgullo. Rara es la virtud que no tropieze en estos escollos, si no va acompañada de una sincera humildad. Pues dadme, Señor, esta apreciable virtud, vos que habeis dicho: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.

JACULATORIAS.

Bonum mihi quia humiliasti me. Salm. 118.
Mucha cuenta me ha tenido, Señor, que me hayais humillado.

Et veniat super me misericordia tua, Domine; salutare tuum secundùm eloquium tuum. Salm. 118.
Sostenedme, Señor, en mis abatimientos, segun lo habeis prometido.

PROPOSITOS.

1. Se temen, se aborrecen las humillaciones, y no se teme la condenacion eterna que ciertamente es el mayor y el mas vergonzoso de todos los abatimientos. Nuestro orgullo es el orígen de todos nuestros desórdenes, y tarde ó temprano causa la muerte del alma. ¿Qué remedios no se aplican para curar un absceso? No se perdona al hierro ni al fuego; admítense con gusto los mas amargos, los mas desabridos remedios, como se consideren eficaces. El remedio contra el orgullo es la humillacion: es amargo al amor propio, no hay duda, pero es un soberano específico para curar la inflamacion interna del corazon, por la cual el hombre se abulta á sí mismo y concibe una magnífica idea de su persona. La humillacion le reduce á su justa medida, y haciéndole bajar de aquellas alturas en que se le va la cabeza, pone límites á la ambicion moderando sus

deseos. Ama un medio tan eficaz para hacerte feliz. Si no tienes valor ni virtud para solicitar los abatimientos, por lo menos no vuelvas las espaldas á los que se te presentan : estímalos como señal cierta de la particular bondad con que te mira el Señor, y dale gracias prontamente con alguna breve oracion. Es loable costumbre la de rezar el *Laudate Dominum, omnes gentes*, cuando nos sucede algun abatimiento; y guárdate siempre de prorumpir en la mas leve queja.

2. Siéndonos tan provechosa la humillacion, ¿qué razon habrá para que no tengamos por amigos á aquellos de quienes se vale Dios para enviárnosla? Háganlo por pasion, ó háganlo por inadvertencia, siempre debemos amar la mano que nos cura, aunque nos abrase. Cuando el remedio es eficaz, no se repara en que sea amargo. No hay mayor injusticia que mirar con malos ojos á los que nos humillan : si fuera licito tener aversion á alguno, debiera ser á los que nos exaltan, pues contribuyendo á nuestra perdicion, no parece debiéramos quedarles muy obligados. ¿Te ofendió, te abatió, te humilló alguno? Pues trátale con mas cariño, dedícate á servirle con mayor cuidado, y deja que gruña el amor propio cuanto quisiere. Mantente firme en esta práctica, porque no la hay mas segura para hacer grandes progresos en la perfeccion. Frecuentemente nos volvemos contra nuestros concurrentes, contra nuestros superiores, contra nuestros prelados, cuando nos sucede alguna humillacion : hacemos muy mal. Y ¿porqué no nos volveremos contra nosotros mismos, que muchas veces damos motivo á que se nos trate con abatimiento? ¡Cosa extraña! Todos confesamos buenamente que á los ojos de Dios somos despreciables, y nada sentimos tanto como ser efectivamente despreciados.

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN VIDAL, MÁRTIR.

San Vidal, tan célebre en todo el orbe cristiano, y singularmente en Italia, fué de Milan, de ilustre y antigua familia. Algunos le hacen padre de los santos mártires Gervasio y Protasio. Lo cierto es que él y toda su familia eran cristianos; mas por no habérsele ofrecido ocasion oportuna de declararse y de hacer pública profesion de su fe, se contentaba con asistir, consolar y socorrer á los fieles, sirviendo á estos de ejemplar y modelo su ajustada vida; y aun á los mismos gentiles causaba admiracion su honradez y su bondad.

Habia servido de oficial en los ejércitos del emperador, y se habia distinguido mucho. Así por el grado que obtenia en ellos, como por el gran papel que hacia en la ciudad, habia contraido estrecha amistad con el cónsul Paulino, enemigo mortal de los cristianos; pero, en medio de su ojeriza, muchas veces los habia perdonado por las suplicas de Vidal, cuya intercesion juzgaba ser mero y simple efecto de aquella su bondad natural que, sin distincion de personas, se extendia á todos los infelices. A favor de esta reputacion y del gran crédito que tenia, hizo á los cristianos muy importantes servicios: visitábalos de dia en las cárceles y en los calabozos, socorriendo sus necesidades; y de noche salia á visitar y consolar á los que estaban escondidos en las cavernas y entre los peñascos.

Teniendo Paulino que hacer un viaje á Ravena, quiso que su amigo Vidal le acompañase. Era en

tiempo del mayor furor de la persecucion; y pareciéndole que su presencia podia ser de tanta utilidad y consuelo á los cristianos de Ravena como lo habia sido á los de Milan, consintió en acompañar á Paulino. Al entrar en la ciudad tuvo noticia de que un cristiano, médico de profesion, llamado Ursicino, á quien conducian al suplicio, atemorizado con la vista de los tormentos, de las uñas de hierro y del ecúleo, titubeaba en la fe. Parecióle que habia llegado la ocasion en que era preciso declararse, y que tenia estrecha obligacion de ir á alentar á aquel pobre cristiano, á quien el miedo de la muerte estaba ya para precipitar en la mas infeliz apostasía. Lleno de zelo, deja al cónsul arrebatadamente, corre al lugar del suplicio y halla medio vencido á Ursicino: rodeábale una caterva de paganos que ya casi le tenian decidido á sacrificar á los ídolos. Rompe, atropella, hácese lugar Vidal por medio de la muchedumbre; y comienza á gritar luego que puede ser oido: «¿Qué es eso, Ursicino? generoso confesor de Cristo, ¿qué es eso? ¿Al fin del combate te acobardas? Tienes la corona entre las manos, ¿y por un vano temor quieres dejarla caer de ellas? Has llegado despues de tantos trabajos al fin de tu carrera, ¿y en el mismo instante que vas á triunfar te retiras? ¿temes media hora de tormentos, y te vas á precipitar en las llamas eternas, que son todos los suplicios? ¿Es posible que quien ha sabido dar la vida corporal á tantos quiera él mismo irse por su pié á la muerte eterna? Vuelve á animar tu fe, hermano mio carísimo, alienta ese pobre espíritu; y, lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor por cuyo amor das la vida, consuma generosamente tu sacrificio.» Fueron tan eficaces estas palabras, que, sin vacilar un momento, Ursicino confesó á Cristo con mas valor que nunca, y fué coronado con el martirio. Quiso Vidal hacerle por sí mismo los

honores de la sepultura; y hecho esto, comenzó á disponerse para la corona que le esperaba.

No podia ignorar el cónsul lo que habia pasado, habiendo sido un lance tan ruidoso. Fuéle á buscar á su casa, y hablándole como amigo, le dijo: « ¿Has perdido por ventura el juicio? Porque á menos de estar loco, ó de ser tú mismo cristiano, no es posible hicieses el disparate que hiciste. ¿Qué dirá el pueblo, y qué pensará el emperador? — El emperador, respondió el santo, pensará que soy cristiano; el pueblo ya dice bien claro que lo soy, y confieso que me glorio mucho de serlo. Tú, Paulino, no trates esto de locura, antes bien reconoce, como estoy seguro que tu buen juicio y gran capacidad no puede dejar de conocerlo, que la mayor locura y la mayor insensatez es adorar por dioses á unos malvados que no merecian ser hombres. Ni hay mas que un Dios, ni puede haber mas; y este único Dios es aquel á quien adoran los cristianos, por cuyo amor tienen á gran dicha el morir. »

Mientras hablaba el santo, estaba Paulino cortado y como mudo; por una parte amaba á Vidal, sumamente prendado de su bondad, de su honradez y de su buen entendimiento, y por otra parte le hacia mucha fuerza su ejemplo, y lo que acababa de oir de su boca; pero, venciendo la pasion á la razon, mandó que le prendiesen por ser cristiano, y que como tal fuese desposeido de todos sus títulos y honores.

No se puede explicar el gozo de que se vió inundado el corazon de nuestro santo: fué tan grande, que, no cabiendo dentro del pecho, rebosó por el semblante. Dióse á sí mismo mil parabienes, cuando se vió cargado de cadenas y puesto en la cárcel con otros muchos cristianos. Su presencia redobló el valor de aquellos generosos mártires, y con sus exhortaciones hacia todos los dias alguna nueva conquista. Perdiendo

el juez Paulino la esperanza de pervertirle, mandó que le atormentasen en el ecúleo con tanta crueldad, que se tuvo por milagro que saliese vivo de aquel tormento. Descoyuntáronle todos los huesos, desgarráronle los costados con uñas aceradas, tan inhumanamente, que horrorizados hasta los mismos verdugos, no tuvieron valor para llevar mas adelante su barbarie. Apenas tenia aliento Vidal, y le sobraba espíritu para confesar la fe de Jesucristo en medio de los tormentos. Enfurecido el tirano viendo la invencible constancia de nuestro santo, y rabiosamente irritado de verse vencido, mandó que le condujesen al mismo lugar donde se habia hecho la ejecucion de Ursicino; que se erigiese en él un altar; y que si no queria sacrificar á los dioses del imperio, fuese enterrado vivo en el mismo sitio del altar. Llevaron al santo como en triunfo al lugar del suplicio, y siendo cada instante mayor su firmeza en confesar á Jesucristo, le arrojaron en un profundo foso, donde cubierto de piedras y de tierra, fué á recibir en el cielo el premio debido á su fidelidad, el dia 27 de abril del año de 171 segun Baronio. Luego que espiró nuestro santo, entró el demonio en el cuerpo de un sacerdote de Apolo, que era el que mas habia irritado al juez contra él, y le atormentó de manera que ni de dia ni de noche cesaba de gritar: *Atorméntasme, Vidal; abrásasme, Vidal;* hasta que al séptimo dia, no pudiendo sufrir mas el fuego que le consumia las entrañas, se arrojó á un rio y se ahogó.

Hay en Ravena una de las iglesias mas magníficas del mundo cristiano dedicada á nuestro santo, y fundada en el mismo sitio en que es tradicion fué su glorioso martirio. Consérvanse sus reliquias en un magnífico sepulcro, y una parte de ellas se venera en Lila, en Bolonia y en Praga.

El mismo dia es la conmemoracion de santa Valeria,

consorte de san Vidal, que, volviendo de Ravena á Milan despues del glorioso martirio de su marido, fué cruelmente maltratada en el camino por unos paisanos, que la quisieron obligar á comer de las viandas que estaban consagradas á los ídolos; pero como respondiese que era cristiana, y que tenia horror á todo cuanto estuviese dedicado á los dioses falsos, la apalearon con tanta crueldad, que, llevada á Milan medio muerta, rindió su bienaventurado espíritu dos dias despues, y es venerada como mártir.

SAN PRUDENCIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Prudencio, uno de los obispos célebres que han brillado en la iglesia de España, por su eminente virtud y particular don de terminar las discordias, nació en Armencia de Alava, dotado con todas las disposiciones de naturaleza y gracia, que hasta hoy nos dan á conocer su mas expresivo carácter. Sus padres, ilustres por su nobleza, pero mucho mas esclarecidos por su fe y piedad, procuraron criar al niño segun el espíritu de la religion cristiana, é imprimir desde luego sus máximas en su tierno corazon, no perdiendo de vista el sólido principio del santo temor de Dios. Dedicado á la carrera de las letras, como tenia un ingenio penetrante y era grande su aplicacion, hizo progresos nada comunes en las ciencias, pero los hizo todavía mayores en las virtudes. Distinguióse sobre todo en la caridad para con los pobres, y en la gracia particular de arreglar las diferencias de sus convecinos, los cuales acudian á él siendo todavía muy jóven, para que fuese el árbitro de todas sus desavenencias.

Encendido en vivísimos deseos de servir á Dios en

el desierto, apartado de los lazos del mundo, á los quince años de su edad se ausentó de su patria, padres y parientes, como otro Abrahan; se dirigió hácia el rio Ebro, y descansando la primera noche de esta expedicion en una cabaña de pastores, la empleó toda en alabar á Dios y en instruir á aquellos hombres rústicos en los misterios de la religion. Habiéndose despedido de ellos en la mañana siguiente, se dirigió á la Sierra Blanca: hospedóse la segunda noche en un molino, á las riberas del Duero, donde oyó hablar con el mayor elogio de un eremita, célebre en todo aquel país por su prodigiosa vida y eminente santidad. Alegre Prudencio con semejante noticia, partió el dia inmediato al amanecer para el punto donde le habian dicho que se hallaba la habitacion del solitario; pero viendo que estaba en la otra parte del rio, lleno de sentimiento, imploró el auxilio de Dios, buscando los medios de poder vadearlo. Salió el eremita á la puerta de la cueva para bendecir al Señor, segun tenia de costumbre, al salir el sol; y notando el empeño del jóven, condolido de que se expusiese incautamente á perderse, le dió voces para que desistiese de aquella temeridad. Pero apenas oyó Prudencio sus palabras, lleno de confianza en Dios, se arrojó sobre las aguas, pasólas á pié enjuto, y subiendo á la gruta con velocidad, se postró á los piés del siervo de Dios.

Admirado Saturio (así se llamaba el eremita) de aquel grande prodigio que acababa de ver, se postró en tierra con el jóven, insistiendo ambos con humildad sobre su respectiva bendicion; pero no pudiendo vencer á Prudencio el eremita, le levantó del suelo, y tomándole de la mano, le introdujo en su oratorio, donde dieron juntos gracias al Señor. Exploró Saturio la voluntad del jóven; y conociendo por el exámen su verdadera vocacion, le recibió por dis-

cípulo. Adelantóse tanto en poco tiempo en el camino de la perfeccion, que el mismo Saturio le veneraba como á maestro, notando en él, lleno de asombro, los progresos de los mas ancianos anacoretas. Siete años estuvo Prudencio en compañía de aquel venerable eremita, manteniéndose ambos con yerbas silvestres, y empleando todo el dia y toda la noche en alabanzas de Dios, altísimas contemplaciones y santa conversacion. Al cabo de los siete años murió Saturio, y habiéndole enterrado su discípulo en la misma cueva, se retiró de ella, dejando la puerta de la gruta cerrada.

Pensando Prudencio en el rumbo que tomaria, inspirado de Dios, se dirigió á la ciudad de Calahorra, donde con sus sabios consejos y zelosa predicacion redujo á no pocos distraidos de la fe al conocimiento de la verdad. Incorporado en el clero de aquella iglesia por el obispo Sancho, manifestó desde luego el fondo de su gran sabiduría y eminente virtud, siendo con su vida ejemplar la admiracion de toda la ciudad. Pero como á la fama de su santidad y repetidos prodigios concurriesen de los pueblos y castillos vecinos muchos enfermos para conseguir de él la salud, no pudiendo sufrir su profunda humildad la veneracion y aplausos que todas las gentes le tributaban, se ausentó secretamente de Calahorra y pasó á la ciudad de Tarazona. Agregóse allí al sacristan de aquella iglesia para ayudarle en su ministerio, contentándose con semejante destino aquel que con el tiempo habia de ser el mas esclarecido pastor de la misma iglesia. Muerto el sacristan, se le concedió el oficio de este, y fué promovido á los órdenes sagrados, habiendo ejercido sus funciones con tanto zelo y edificacion, que, habiendo fallecido el arcediano, se le nombró en su lugar. Estaba entonces condecorada esta dignidad con las mayores

prerogativas, y gozaba de las mas amplias facultades: nuestro santo usó de ellas con provecho de los fieles, siendo un fiel dispensador de las rentas eclesiásticas, y obrando en todo como un zeloso ministro del Señor.

Cuando Prudencio se hallaba ocupado en las funciones de su cargo á satisfaccion de todo el clero y pueblo por su exactitud y justificacion, ocurrió la muerte del obispo de Tarazona; y habiendo inspirado el Espíritu Santo á muchos que se hiciese la eleccion de prelado en el santo, siete dias despues de hallarse vacante aquella cátedra, todos los ciudadanos, desde el primero hasta el último, clamaron á una voz que recibiera Prudencio el ministerio episcopal, porque era el padre de los pobres, el consuelo de los afligidos, el alivio de los enfermos y el refugio de todos. No pudo resistirse á la voluntad de Dios que se manifestaba bien clara, y confiado en la gracia del Señor que le eligió, sujetó sus hombros á la pesada carga de tan alto ministerio, cuyas funciones desempeñó por muchos años, venerado como padre y santo pastor de su pueblo, al cual alimentó con los saludables pastos de la doctrina evangélica, sin omitir medio alguno que pudiera contribuir al alivio de todas sus necesidades tanto espirituales como temporales.

Ocurrieron ciertas diferencias entre el obispo de Osma y su clero; y como Prudencio tenia una singular habilidad en poner la paz entre los enemistados, fué llamado para restablecerla entre aquel prelado y sus súbditos. Pasó á Osma, animado de aquel santo zelo que siempre fué el móvil de sus gloriosas acciones; y al acercarse á la ciudad, sucedió el prodigio de tocar las campanas por sí solas y en un tono festivo, hasta que el santo se postró ante el altar para hacer oracion. Consiguióse el fin deseado por medio de este ángel de paz; pero al tercer dia de su

llegada á dicha ciudad, habiéndose retirado á descansar despues de haber hecho sus acostumbradas devociones, fué asaltado de un tan grave accidente, que apenas pudo llamar á los clérigos que le acompañaban. Acudieron estos á la novedad, y viendo el peligro en que estaba, le administraron el viático. Recibióle el santo prelado con tanta ternura y devocion, que movió á lágrimas á todos los circunstantes, á quienes manifestó la hora de su muerte; y preguntándole su arcediano Pelagio, ¿dónde elegia sepultura? como vivió siempre sujeto en todo á la voluntad de Dios, le respondió: *Pelagio, mi Señor Jesucristo sabe dónde mi cuerpo ha de ser sepultado; yo te ruego y mando, que puesto mi cuerpo sobre la mula que he acostumbrado montar, le des sepultura donde ella se pare.*

Murió en efecto en el dia y hora que predijo, por los años de 850; y habiéndose suscitado una discordia entre el clero de Osma y el de Prudencio sobre la retencion de su venerable cadáver, para terminar la disputa les propuso Pelagio que fuese de aquellos que lo pudiesen mover con facilidad. Agradó la proposicion á los de Osma, y yiendo en solemne procesion adonde estaba el féretro, no lo pudieron mover aunque insistieron todo un dia y una noche en el empeño; quedando convencidos por tan visible prueba de que no era voluntad de Dios que tuviese aquella ciudad este tesoro. Libre ya el clero de Prudencio de todo impedimento, mandó poner el cadáver sobre la mula, conforme habia dispuesto el santo, y la dejaron marchar sin conductor alguno. Caminó todo el dia el animal, y habiendo descansado al tiempo de ponerse el sol, juzgando Pelagio que seria aquel lugar el elegido para el sepulcro, quiso deponer el cadáver, y no pudo conseguirlo. El dia siguiente antes de salir el sol volvió la mula á caminar por parajes escabrosos; y habiendo pasado el arroyo de Lecia, que se junta en

Soria con el rio Duero, comenzó á subir por la sierra encumbrada de Clavijo, y separándose hácia la parte derecha, donde habia una cueva, entrando en ella se paró y se puso de rodillas. Depuso entonces Pelagio el venerable cuerpo, y dióle sepultura en aquel sitio, donde en lo sucesivo se fundó una iglesia dedicada á San Vicente, que despues tomó el nombre de San Prudencio; y habiendo sido antiguamente convento de canónigos, pasó á ser en 1181 monasterio de monjes cistercienses.

Sobre la posesion del cuerpo de san Prudencio, están discordes, entre sí los de Nájera y Clavijo, apoyándose ambas partes en poderosos documentos. Los de Nájera dicen que sus reliquias fueron trasladadas á su iglesia por órden de don García, rey de Navarra, en el año 1052, desde cuyo tiempo se han mantenido en posesion de ellas, y citan á Cerebruno, arzobispo de Toledo en 1175, y á Asnar y Viviano, obispos de Calahorra en 1246 y 1277, que así lo dan por cierto. Los de Clavijo se fundan en el diploma del rey don Ramiro del año 856, por el cual con motivo de la victoria que consiguió de los Moros en Clavijo, hizo donacion á la iglesia de San Prudencio de varias posesiones, suponiendo allí la existencia de su cuerpo; y en los privilegios de don Sancho de Navarra, expedidos en 1064 y 1065, por los que concedió al templo del santo, en uno el monasterio de Nalda, y en otro los diezmos del valle de Arnedo. Pero toda esta empeñada controversia parece que se puede conciliar con conceder parte considerable del cuerpo del santo á ambas iglesias, tomándose la parte por el todo, cosa muy frecuente en estos casos, segun dice Baronio hablando de la traslacion del cuerpo de san Estévan.

MARTIROLOGIO ROMANO

En Ravena, la fiesta de san Vidal mártir, padre de los santos Gervasio y Protasio, el cual, por haber recogido y dado sepultura al cuerpo de san Ursicino, fué preso por el consular Paulino, atormentado cruelmente en el potro, y despues echado en un hoyo profundo, en donde lo cubrieron de tierra y piedras: con este martirio fué á reinar con Jesucristo.

En Milan, santa Valeria mártir, consorte, de san Vidal.

En Atino, san Marcos, ordenado obispo por el apóstol san Pedro, el primero que predicó el Evangelio á los pueblos de la Campaña de Roma; alcanzó la corona del martirio en la persecucion de Domiciano bajo el presidente Máximo.

En Alejandría, santa Teodora virgen, que, rehusando sacrificar á los ídolos, fué puesta en un lugar infame, de donde por un favor especial de Dios la sacó luego un cristiano llamado Dídimo, habiendo cambiado con ella de vestido: poco tiempo despues, fueron los dos martirizados y coronados juntamente en la persecucion de Diocleciano.

El mismo dia, los santos Afrodisio, Caralipo, Agápe y Eusebio mártires.

En Panonia, san Polion, martirizado en tiempo del emperador Diocleciano.

En Prusa en Bitinia, los santos mártires Patricio obispo, Acacio, Menandro y Polieno.

En Tarazona en España, san Prudencio, obispo y confesor.

En Pentina en el Abruzo, san Pánfilo, obispo de Valva, ilustre por su caridad para con los pobres, y por el don de milagros. Su cuerpo está en Sulmona.

La misa es en honor de san Vidal, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Vitalis martyris tui natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor todopoderoso, que los que celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurado mártir Vidal, seamos por su intercesion fortificados en el amor de tu santo nombre. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* XIV, *pág.* 305.

NOTA.

« El libro de la Sabiduría está tan lleno de ella, » que le llama san Agustin *el libro de la Sabiduría* » *cristiana*. Es de un estilo elevado y patético : ins- » pira un profundo respeto á Dios, y un gran menos- » precio de lo que en el mundo parece mas estimable. » Hace un vivo y muy parecido retrato del infeliz » estado en que se hallarán los malos cuando com- » parezcan ante el tribunal de Dios. »

REFLEXIONES.

Estarán en pié los justos con gran constancia: *Stabunt justi in magna constantia*. En este mundo los malos por lo comun llevaron la palma, sobresalieron, brillaron; mientras los justos vivian abatidos, humillados en una triste oscuridad. Parece puesto en razon, que, habiéndose mudado la condicion de unos y otros, se mude tambien de tono, y que muden de lugar. Es el mundo la region de las pasiones : estas reinan en él con fiereza y con imperio; todo cede al poder de los mundanos. La virtud, como extranjera, no puede

hacer fortuna; no se entiende su idioma, no se toma gusto á sus máximas, porque son enteramente contrarias á las del mundo; parece que se la hace merced en acordarse de ella aun solo para ser asunto de zumba y de diversion. Se hace gran burla de su modestia, de su circunspeccion, de su recogimiento, de aquella regularidad de costumbres, de aquella severidad, de aquella aspereza de vida. Toda la defensa de los buenos se reduce á un religioso silencio, á una muda paciencia. Ningun mundano se atreve á volver por ellos. A la verdad, su mismo porte es su mejor apología; pero esta no se oye con el tumulto del mundo y con el ruido de las pasiones. La mayor parte de los escogidos de Dios vive entre el polvo y muere en la oscuridad, mientras un gran número de libertinos insulta á la virtud hasta el fin de la vida; bien que en la postrera hora los mas la hacen justicia.

Stabunt justi: pero al fin á cada uno le ha de venir su vez. Hay un tribunal en que los justos han de ser oidos, en que se les ha de hacer justicia, porque encuentran en él un juez íntegro é imparcial. Abogará por ellos no solo su propia conciencia, sino tambien la de los mundanos. Allí se presentarán con la mayor confianza: aquellos hombres tan oscuros, tan humillados y tan tímidos se dejarán ver con desembarazo y con despejo, porque su religion los autoriza, y el mismo Dios es su apoyo. ¿Y qué se han hecho aquellos hombres tan vanos, aquellos espíritus tan orgullosos, aquellas damas tan altivas? Apoderóse de ellos el miedo, cubriéronse de vergüenza, su extravío los llenó de confusion: *Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur*. Quedarán atónitos, pasmados y aturdidos al ver, al acordarse de la felicidad de los santos. ¡Pues qué, aquellas personas tan retiradas, aquellas mujeres virtuosas tan desatendidas, aquellos pobres tan olvidados, aquellas per-

sonas religiosas que mirábamos como enterradas, aquellas almas devotas de quienes hacíamos tan alto desprecio, y nos complacíamos en ridiculizar, aquellos hombres de bien á quienes el mundo trataba tan mal, y que eran la fábula, el asunto de sus conversaciones : *ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*; esos son aquellos que allí están agregados al número de los hijos de Dios; esos son aquellos que vemos allí hechos objeto de la pública estimacion y veneracion; esos son aquellos cuya herencia es el cielo, cuya porcion es Dios, cuya suerte es la de los santos, *et inter sanctos sors illorum est!* Sí, ellos son, *hi sunt*: y esta es la suerte de aquel hombre consumido de trabajos, de aquel pobre jornalero tan maltratado, de aquel hombre de bien, de aquel hombre virtuoso oprimido. *Nos insensati*. ¡Cuál fué nuestra locura! De esta manera tarde ó temprano se hace justicia á la virtud; así discurrirá algun dia ese jóven atolondrado, ese hombre sin religion, esa mujer embriagada del espíritu del mundo, que teme hoy hacer estas reflexiones ú oirlas para que no inquieten su condenable seguridad : *Nos insensati*. ¡Confesion cruel á quien espera el fin de la vida para hacerla! Conocer la imprudencia cuando puede corregirse, es prudencia verdadera; pero conocer el descamino cuando ya no puede enmendarse, es desesperacion.

El evangelio es del cap. 15 *de san Juan, y el mismo que el dia* XIV, *pág.* 309.

MEDITACION.

DE LA INFINITA DURACION DE LAS PENAS DEL INFIERNO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por terrible que sea la imágen con que nos representamos el infierno, por espantosa que sea la idea que formamos de aquella desgraciada

eternidad, todo cuanto podemos concebir es poco, es casi nada comparado con lo que es en sí un conjunto, una reunion, una complicacion de todos los males en supremo grado. Dolores sin intermision, tormentos sin límites, arrepentimientos sin medida, duracion sin fin, eternidad, infinidad de suplicios, todo esto se halla en el infierno; pero el infierno todavía añade alguna cosa mas terrible, mas espantosa que todo esto.

Son sin duda espantosas estas verdades; pero por terribles, por espantosas que sean, al fin son verdades. El rigor, la universalidad, la duracion de aquellos tormentos es una cosa incomprensible; pero mas incomprensible es que el pecador pueda conciliar esta creencia con los pecados que comete.

¡Ah, que no hay valor, dicen algunos, para pensar en esta espantosa eternidad! Convengo en ello: este pensamiento espanta á los mas resueltos, y asusta aun á los mas inocentes. Pero ¿será la eternidad menos cierta y menos terrible porque no se piense en ella? ¿serán menos eternos los tormentos que merezco?

Añade á esta eternidad de suplicios otra eternidad de arrepentimientos. Ser uno infeliz por necesidad, es suerte tristísima; pero serlo por eleccion, por su gusto, por su antojo, es locura que no tiene otro ejemplo sino el de los condenados. Entonces siente el alma todo el rigor de sus penas; gusta muy despacio toda su amargura; la misma razon sirve para aguzar la punta del sinsabor, y entrega el alma como en presa á los mas desesperados arrepentimientos. ¡O Dios, y qué suplicio!

Padece un condenado, y su mismo entendimiento le sirve de tirano. Fijo inmutablemente en aquel objeto que fué causa de su condenacion, conoce clarísimamente la ninguna sustancia de aquellos bienes volá-

tiles que le engañaron, la falsa brillantez de aquella fortuna imaginaria que le deslumbró, la ponzoña oculta de aquellos insípidos deleites que le atosigaron. Conoce, pero de un modo vivísimo, agudísimo, toda la ridiculez de su conducta, todos los errores de sus caprichos, toda la vanidad, toda la malignidad de sus deseos. En vano hace todos los esfuerzos que puede para apartar los ojos y la imaginacion de estos tristes objetos cuya vista aumenta la amargura, el dolor y la desesperacion á sus tormentos; el objeto está fijo, y el pensamiento está clavado en él inseparablemente.

De aquí nacen aquellos remordimientos desesperados y eternos. Pude no condenarme, y me condené, porque no quise aplicar los medios para evitarlo. Pude ser dichoso por toda una eternidad, y no lo soy, porque no me dió la gana de practicar los medios conducentes para serlo. Pude salvarme, tuve mil veces pensamiento, y aun llegué á formar la resolucion de dedicarme á esto, y no me dediqué. Fulano y fulana ¿tenian acaso mas interés que yo en no condenarse? ¿tuvieron mas medios que yo para evitar el infierno? ¿tuvieron menos estorbos que yo para ser buenos? El precio del cielo no se puso mas alto para mí que para ellos: ellos consiguieron su salvacion, y yo no conseguí la mia, ¡y yo me condené!

¡Ah, y si hubiera yo hecho estas reflexiones cuando era tiempo de hacerlas y de aprovecharme de ellas! ¡Mas ay de mí! que ya las hice, y aun tuve muy presente el eterno arrepentimiento que me habia de costar el haberlas hecho tan mal, y tan sin provecho: ya llegó este arrepentimiento, ya lo padezco y lo padeceré por toda la eternidad. Considera bien toda la amargura, toda la desesperacion de esta rabia. ¡O mi Dios, y qué terrible es tu venganza, pero al mismo tiempo qué justa; y qué fondo de malicia hay en mí!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no son el menor tormento del infierno las reflexiones que se ve precisado á hacer un infeliz condenado por toda la eternidad.

Yo, se dirá él á si mismo, insensato por disolucion, impío por capricho, por condescendencia y por humor, tenia lástima y aun me reia de los que eran cuerdos y prudentes, porque pensaban en la eternidad. ¡Cuántas veces me mofé de su reforma, de sus costumbres arregladas, de su delicadeza de conciencia! Yo me burlaba de que no quisiesen ser lo que yo era; pero ¡qué daria yo ahora por haber sido lo que ellos fueron! Preciábame de espíritu fuerte, aparentando no creer nada; ahora recibo la paga de mi incredulidad. Su herencia es el cielo, el infierno es la mia; ellos son santos, yo condenado; y pude ser santo como ellos; y eternamente me acordaré que pude serlo; y eternamente estaré pensando que si no lo fuí, fué porque no quise. Pude ser santo, ¡ah, y si ahora lo fuera! Pero no lo soy, y ya no puedo serlo, y eternamente me estará devorando el arrepentimiento de no haberlo sido.

Estar eternamente pensando en la sangre y en la muerte del Redentor, en la eficacia de los sacramentos, en la multitud de auxilios, en la facilidad de tantos medios; y estarlo pensando no mas que para tener continuamente presente el buen uso que debiera haber hecho de ellos, lo mucho que pudieron aprovecharme, y lo infinito que perdí por haber abusado libre y voluntariamente de estos bienes; ¡qué dolor mas acerbo, qué pesar mas agudo y penetrante!

¡Mi Dios, qué tormento tan cruel es un arrepentimiento eterno! Es, hablando con propiedad, el tormento del espíritu y del corazon todo junto. Pero ¡qué

dolorosa impresion hace en el alma la triste memoria de la breve y casi imperceptible duracion de aquellos vanos y fugaces deleites que la sepultaron en este abismo de desdichas! ¡Ay de mí, y qué fué una vida de ochenta años comparada con esta espantosa eternidad! Menos, infinitamente menos que un punto indivisible, comparado con toda la vasta extension del universo.

De aquí nacerá aquella eternidad de arrepentimientos, acompañados de un odio furioso contra su propia libertad, de que usó tan mal; de una encendida cólera contra la bajeza de aquellas pasiones, de que fué víctima infeliz; de un vivo y agudo dolor por los tormentos que está padeciendo, y fué tan digna de padecer.

Si pudiera un condenado olvidar por algunos momentos el arrepentimiento que le despedaza, ese suplicio menos tendria; pero todo lo tiene presente en la memoria, y el corazon padece continuamente en estas reflexiones el mas horrible suplicio. Considera bien cuánto le penetrarán estos amargos recuerdos.

Por no desagradar á media docena de hombres ociosos, de hombres desacreditados, sin mérito y sin honra, desagradé á Dios, ¡y yo me condené!

Por dar gusto á cuatro libertinos, teniendo mil motivos para despreciarlos, desobedecí, desagradé á mi Dios á quien tenia indispensable obligacion de agradar, ¡y yo me condené!

Por no disgustar á unos amigos disolutos, á quienes debia avergonzarme aun de mirar la cara, pues nunca podia esperar de ellos cosa buena, incurrí en la desgracia de Dios, ¡y yo me condené!

Por dejar muchos bienes á mis hijos, que habian de hacer un mal uso de ellos, sacrifiqué mi salvacion, ¡y yo me condené!

Por conseguir un vano título de honra, que se se-

pultó conmigo, perdí el cielo, todo lo perdí, ¡y yo me condené! En fin, por algunas horas de diversion y de insípidos deleites que solicité por capricho, por condescendencia, por respetos humanos, por complacer á los demás, sacrifiqué mi eterna felicidad, perdí mi alma, ¡y yo me condené! Aquella persona tan modesta, tan recogida, tan mortificada se salvó, ¡y yo me condené! Aquel pariente, aquel amigo, aquella hermana religiosa están al presente en el cielo, la gloria es su herencia, pude tener el mismo destino, ¡y yo me condené! Así discurre, así habla, así se arrepiente inútilmente un condenado en el infierno. ¡Cuántos de los que están haciendo esta meditacion hablarán algun dia de la misma manera! No permitais, Señor, que me suceda á mí esta desgracia; y pues me dais tiempo para prevenir anticipadamente estos arrepentimientos, dadme gracia para evitarlos.

JACULATORIAS.

Miserere mei, Deus, secundùm magnam misericordiam tuam. Salm. 50.

Tened, Dios mio, misericordia de mí por vuestra infinita misericordia.

Adjuva me, Domine Deus meus: salvum me fac secundùm misericordiam tuam. Salm. 108.

Ayudadme, Señor Dios mio, y por vuestra gran misericordia salvadme.

PROPOSITOS.

1. Creer que hay una eternidad infeliz, y no temerla, es impiedad; temerla, y no pensar continuamente en ella, es locura; pensar en ella, y no convertirse, es señal visible de reprobacion. ¡Cosa extraña! solo el pensar en esta eternidad estremece, y para que no nos asuste apartamos de ella el pensamiento.

Por lo que toca á tí, procura tenerla siempre muy presente; cuida de que se pasen pocos dias sin pensar en la desdicha de aquellos, que, sepultados en esta horrible eternidad, no tienen esperanza de lograr jamás el mas mínimo alivio en sus tormentos. ¡Cuántos de aquellos mismos á quienes tú has sucedido en los empleos, en los honores, en los mayorazgos, en las casas, están ya perdidos en esta espantosa eternidad! Hazte familiares estas reflexiones, porque todas ellas son muy saludables.

2. No eches en olvido esta santa costumbre. Siempre que padezcas algun accidente, algun dolor, como de gota, de piedra, de muelas, etc., haz esta consideracion: ¡Qué tormento seria para mí sufrir este dolor por un año, por seis años, por veinte y cinco años, sin el menor alivio, sin la menor tregua! ¡Una cólica viva y una ceática aguda de dia y de noche, sin reposo, sin descanso, y por treinta años! ¡O Dios, y qué tormento seria estar en una cama sin poderse volver ni aun menear por espacio de treinta años! Tormento insufrible: pues ¡qué será padecer todos estos dolores juntos, todos á la vez, todos complicados unos con otros, y todos por una eternidad! Pocos ejercicios hay mas útiles; pocos que se puedan practicar con mas facilidad, y pocos de que se pueda sacar mayor provecho.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN PEDRO, MÁRTIR.

San Pedro, uno de los primeros mártires que dió á la Iglesia de Dios el sagrado órden de predicadores, nació en Verona de Lombardía por los años del Señor de 1205, de padres inficionados con la heregía de los



S. PEDRO, M.

cátaros ó maniqueos; pero como la divina Providencia le destinaba para azote de ellos, le preservó de la infeccion en medio del contagio.

Parece que habia nacido con una aversion natural á las máximas de esta abominable secta, y á todos los que pretendian imbuirle en ella. Prevenido interiormente de la gracia, aun antes de tener uso de razon, igualmente despreciaba los halagos, caricias y solicitaciones, que las amenazas, golpes y malos tratamientos de los que deseaban con la mayor ansia instruirle desde niño en los elementos de su herejia.

Mirando el padre esta aversion que mostraba su hijo á la doctrina de su secta, como una terquedad de niño que con la edad podria corregirse, resolvió enviarle á la escuela de un maestro católico, por no haberle en Verona maniqueo. El niño Pedro, de edad entonces de siete años, aprendió con maravillosa prontitud la doctrina cristiana, singularmente el símbolo de los apóstoles, como se enseña en la Iglesia. Al salir un dia de la escuela le encontró un tio suyo, de los mas furiosamente encaprichados en los errores de su secta, y preguntándole qué leccion habia dado aquel dia, el niño comenzó á recitarle el Credo. Indignado el hereje, quiso interrumpirle y comenzó á amenazarle; pero el niño, sin turbarse ni hacer caso de él, fué continuando su leccion, y no le fué posible al tio hacerle callar, hasta que le hubo recitado el compendio de todo lo que creia. Admirado y aun enfurecido el hereje, se fué derecho á casa de su hermano; contóle, lleno de cólera, lo que acababa de pasar con su hijo; añadió que si esto no se remediaba con tiempo, algun dia daria mucho que hacer á su secta, y concluyó con aconsejarle que en todo caso no le permitiese estudiar.

Ya sea que el padre de nuestro Pedro fuese uno de aquellos que hacen vanidad de ser indiferentes en

materia de religion, ó sea que pensase que siempre le seria fácil reducir á su hijo á lo que le pareciese, no hizo mas que reirse y celebrar el lance; y estuvo tan lejos de no permitir que estudiase, que antes bien observando en el chico un excelente ingenio, le envió á la universidad de Bolonia, y no perdonó á medio ni á diligencia alguna para que saliese hombre sabio.

Con efecto, lo fué en poco tiempo nuestro Pedro; pero, aunque hizo maravillosos progresos en las letras, fueron mayores los que hizo en la ciencia de los santos. Era lastimosa la corrupcion de costumbres que reinaba en la juventud de aquella universidad; y es verosímil que esto mismo moviese al padre de nuestro Pedro á enviarle á Bolonia, pareciéndole que una vez que la licencia de las costumbres le hubiese estragado el corazon, seria fácil borrar de él las impresiones de la doctrina católica. Pero aquel mismo Señor que en Verona habia preservado su entendimiento de los errores, le conservó la pureza de corazon en Bolonia, y le asistió para que guardase una maravillosa inocencia de vida en medio de tanta disolucion.

Al paso que la virtud crecia con la edad, crecia con la virtud el miedo á los peligros. Cada dia los iba descubriendo nuevos y mayores: su viveza, la agudeza de su ingenio, su edad, su calidad, sus nobles modales, todos eran lazos contra su inocencia; conociólo, y resolvió ponerse á cubierto de ellos.

Acababa de nacer la santa y célebre religion de predicadores, y reputándola todos por puerto seguro de salvacion y asilo muy propio para librarse de las borrascas del siglo, apenas conoció Pedro su instituto, cuando resolvió abrazarlo: se fué á encontrar al santo fundador, se echó á sus piés y le pidió con instancia le recibiese por hijo y por discípulo.

A la sazon no tenia mas que quince años, y descubrió en él santo Domingo tanta inocencia, prendas tan raras y una vocacion tan visible, que luego le admitió en la órden, previendo que algun dia habia de ser lustre y ornamento suyo. Desde luego confirmó el porte de Pedro al santo fundador en el concepto que habia formado de él, porque ningun novicio comenzó el noviciado con mayor fervor. Eran sin duda muy grandes los ejemplos que tenia á la vista en una comunidad donde todos servian de modelo; pero él no solo se propuso imitarlos, sino que hizo esfuerzos extraordinarios para ver si podia excederlos en el camino de la perfeccion.

Dejándose llevar con demasía del impulso de su fervor, declinó en excesos. Era su vida un perpetuo ayuno, y apenas permitia que el cansancio interrumpiese por pocos instantes sus vigilias. Rindióse presto á tan inmoderada austeridad un temperamento tan delicado como el suyo. Cayó enfermo el novicio tan peligrosamente, que se llegaron á perder las esperanzas de su vida. Conocieron todos que su excesiva abstinencia era causa de la enfermedad, cuando advirtieron que se le habian cerrado todos los conductos de la comida, de manera que costaba mucho trabajo hacerle pasar el alimento. En medio de eso quiso Dios que recobrase la salud; y habiendo hecho la profesion religiosa, hubiera aumentado el rigor de su penitencia, á no haber la obediencia moderado y puesto límites á su fervor.

Los progresos que hacia en el estudio de las ciencias, eran correspondientes á lo que adelantaba cada dia en el de la virtud. Igualmente santo que sabio, se dispuso presto para esparcir entre los prójimos los ardores de su zelo. Descubrió un talento eminente para el púlpito, una elocuencia varonil y persuasiva, con una mocion que ablandaba los mas duros cora-

zones. Elevado al sacerdocio, esta dignidad perfeccionó su virtud y su talento. Ya hacia mucho ruido en toda la Italia la fama de nuestro santo, cuando el Señor quiso preservarle de los tiros de la vanidad por medio de una de las mortificaciones mas dolorosas y de mayor humillacion.

Hallábase en Como del Milanés, donde el Señor le favorecia con gracias extraordinarias. Las dulzuras celestiales que recibia en la contemplacion eran tan grandes, que algunas veces comunicaba y hablaba familiarmente con Dios y con sus santos. Algunos religiosos, demasiadamente zelosos, ó no muy afectos á fray Pedro, se figuraron que habian oido la voz de una mujer con quien hablaba; acusáronle al prior, vistiendo la acusacion con circunstancias tan plausibles, que el prelado le reprendió en público capítulo de su indiscrecion; pues su virtud no permitia se creyese de él otra cosa, sino que habia tenido la indiscrecion de dejar entrar en su celda á alguna mujer para oirla de penitencia. El mismo contribuyó mas que nadie á su condenacion, porque preguntado por el prior sobre el caso en presencia de la comunidad, solo respondió que era grande pecador y que pedia penitencia. Impusiéronsela, y despues le desterraron al convento de Jesí en la Marca de Ancona, quitandole la licencia de predicar.

Esta dolorosa y humillante mortificacion no solo acrisoló su virtud, sino que le dió tiempo para gustar en su retiro los consuelos celestiales. Empleaba en el estudio y en la oracion todo el que no gastaba en obras de caridad con los frailes, y en los ejercicios mas humildes y mas penosos de la casa. Pero Dios volvió por su inocencia cuando el santo estaba mas gustoso con su humillacion: llegóse á descubrir la falsedad ó la temeridad de la acusacion; llamáronle, y le repusieron con honor en sus primeras funciones,

lo que fué para el humildísimo Pedro mortificacion mas dura y mas insoportable que la primera.

Dedicado al ministerio de la predicacion, se hizo en poco tiempo como el apóstol de Italia. Sintieron y experimentaron los efectos de su apostólico zelo la Marca de Ancona, la Romanía, la Toscana, el Boloñés y el Milanés. Siempre que se dejaba ver en el púlpito, movia á los mas duros, convertia á los mayores pecadores, y todo el auditorio salia por lo menos deshaciéndose en lágrimas. Los pueblos le salian á recibir de tropel en los caminos; y apenas habia pecador ni aun hereje que pudiese resistir á la fuerza de sus razones, á la eficacia de sus discursos, y á la poderosa virtud de sus ejemplos.

Siendo tan poderoso en obras como en palabras, luego que predicó en Florencia se acobardaron los herejes, y habiendo triunfado hasta entonces, ya no se atrevian á parecer en público. Persuadió á los católicos á que se coligasen en una especie de cruzada para arrojar de todo el pais á los herejes; y en menos de seis años logró ver católica á toda la Toscana. No persiguió con menos zelo ni con menos fruto á los herejes del Milanés. No cabiendo en las iglesias su numeroso auditorio, se veia precisado á predicar en las calles, en las plazas y en los campos. Siempre que iba de una parte á otra anunciaba su llegada el tropel de gente que salia á su encuentro; y en las ciudades donde entraba se le recibia con repique general de campanas. En Milan se vieron obligados á hacer una silla de manos portátil y cerrada para conducirle de un lugar á otro, despues que acabase de predicar, sin peligro de que fuese sofocado por la muchedumbre.

Nunca predicó sin lograr maravillosas conversiones, y rara vez se dejaba ver en público sin obrar grandes milagros. Conociendo bien los herejes que este nuevo

apóstol no pararia hasta verlos exterminados, recurrieron al artificio; y juntándolos el que era como jefe ó cabeza de ellos, les habló de esta manera: «Ya veis que el crédito que este fraile ha sabido granjearse en este pueblo insensato, por medio de sus falsos milagros, va à ser la ruina total de nuestra secta: no hay que perder tiempo, el mal insta, el remedio debe ser pronto, y hé aquí el expediente que me ha ocurrido. Yo me hallo sano y bueno como me veis; fingiréme enfermo, mezclaréme entre los demás, y cuando pase ese embustero comenzaré á clamar como ellos que me cure; él entonces me pondrá sin duda la mano sobre la cabeza, hará la señal de la cruz y dirá que ya estoy curado. Yo descubriré el embeleco, y haré visible al pueblo el embuste de su predicador.»

Aplaudieron todos el artificio, y luego se puso por obra, pero con gran confusion del partido. Presentóse el hereje delante del santo, y este le dijo: *Si estás enfermo, ruego á Jesucristo que te vuelva la salud; pero si estás bueno y pretendes engañarnos, pido al mismo Señor que te ponga malo, para que escarmientes, y el pueblo le glorifique.* Al instante cayó desmayado aquel infeliz, y se apoderó de él una calentura tan ardiente y tan maligna, que se creyó no podria llegar vivo á la noche. Viéndose en este estado, el mismo comienza á publicar á voces su artificio; pide al santo que se compadezca de él, abjura públicamente la herejía y recobra la salud del alma y la del cuerpo.

No es fácil referir todas las maravillas que obró el Señor por su siervo para confundir á los herejes. Muchas veces se vió quedar mudos los doctores de la secta en presencia de nuestro santo; viéronse desvanecidos los enredos y astucias del demonio con la fuerza de sus oraciones; y por mas que el infierno bramase contra fray Pedro de Verona, que así le lla-

maban los herejes, él confundia á estos, y triunfaba de aquel.

Animada su fe con el encendido amor que tenia á Jesucristo, y con la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, era cada dia mas viva y poderosa. Cuando celebraba el santo sacrificio de la misa se derretia en lágrimas, y cuando rezaba el rosario siempre recibia del cielo algun nuevo y especial favor.

Por los años de 1232, viendo con dolor el papa Gregorio XI los progresos que iba haciendo la herejía, y bien informado de la virtud, sabiduría y zelo de nuestro santo, le hizo inquisidor general de toda Italia. Este santo tribunal, baluarte firmísimo de la fe, centinela de la religion, terror de los herejes, contra el cual en todos tiempos se han desatado estos tan furiosamente; este santo tribunal, á quien España, Portugal é Italia deben el haber estado perpetuamente desterrado de su suelo el error y la mas pronta extincion de las herejías; este santo tribunal, vuelvo á decir, nunca se dejó ver con mayor esplendor, ni jamás se hizo tan temible á los enemigos de la religion, como cuando logró tener á su frente á nuestro Pedro. Estremecióse, bramó de rabia la herejía, especialmente cuando Inocencio IV le confirmó en tan importante empleo. Creciendo el zelo con la autoridad, persiguió la herejía hasta en sus mismos atrincheramientos, y emprendió arrojarla de toda Italia.

Pero aunque su zelo era ardiente y vigoroso, nunca fué amargo ni violento: su carácter era en parte la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo; buscaba la conversion del hereje, no su muerte. Mas ni por eso se ablandaron los herejes, ni depusieron el miedo y el horror que le tenian, sabiendo bien que sin convertirse no habia que esperar cuartel ni buena composicion; y así, obstinados en no hacerlo, se conjuraron para matarle.

No ignoró el santo inquisidor la conspiracion, pues predicando un dia dijo públicamente: « Ya sé que los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia han puesto precio á mi cabeza; pero esta es la mayor dicha que pueden proporcionarme, hacer que derrame mi sangre por la fe. Mucho tiempo ha que todos los dias pido á Dios esta gracia en el santo sacrificio de la misa. Pero nada ganarán con quitarme la vida, porque espero hacerles mayor guerra despues de muerto. »

Habiendo sabido los jefes de los sectarios que estaban en Milan, que el santo se restituia á esta ciudad volviendo de su convento de Como, del cual era prior, y adonde habia ido á pasar las pascuas, apostaron dos asesinos en el camino para que le quitasen la vida. Convenidos en el precio, fueron estos á esperarle entre Barlasina y Guisano. Uno de ellos, llamado Carin, alcanzó al santo que iba rezando, y descargándole sobre la cabeza dos furiosos golpes de hacha, le dejó por muerto. Echado por tierra el santo mártir, y nadando en su misma sangre, reanimó todos sus espíritus y comenzó á rezar el símbolo de la fe, mientras el asesino estaba dando de puñaladas á su compañero, que se llamaba fray Domingo; pero advirtiendo que el santo inquisidor se habia levantado y puesto de rodillas para acabar el Credo, dejó al compañero volvió á él como una furia, metióle por el pecho el estoque hasta la guarnicion, y con tan gloriosa muerte le labró la preciosa corona del martirio, el dia 29 de abril del año 1252, á los cuarenta y seis de su edad.

Fué conducido el santo cuerpo á Milan, donde se le enterró con gran pompa y solemnidad en la iglesia de San Eustorgio, titular del convento de predicadores. Hízose desde luego tan gloriosa su memoria por los milagros que obró el Señor por su intercesion, que el papa Inocencio IV le puso en el catálogo de los

santos aun antes de cumplirse el año de su muerte, y expidió el mismo año en Perusa el decreto de su canonizacion. Levantaron el sagrado cuerpo, y habiendo estado algunos dias expuesto á la pública veneracion, fué colocado en un sepulcro de mármol. El año de 1340 se hizo segunda traslacion durante el capítulo general de los dominicos, que se celebró en Milan, y se colocaron las reliquias en otro sepulcro de mármol mucho mas suntuoso que el primero, dentro de una capilla baja; y en fin, el año de 1651, hicieron los padres dominicos nueva traslacion de la sagrada cabeza, preciosamente engastada en una rica urna de oro y de cristal, la que colocaron en una de las capillas mas suntuosas y magníficas de la iglesia.

SAN ROBERTO, ABAD Y FUNDADOR.

San Roberto, primer fundador del esclarecido órden del Cister que despues propagó san Bernardo, nació en la Champaña, provincia de Francia, por los años del Señor de 1024. Su padre Tierri y su madre Ermegarda, mas ilustres por la pureza de sus costumbres que por la nobleza de su linaje, se aplicaron á educar al niño en el conocimiento de las letras y en las máximas de la virtud, teniéndole siempre á su lado. Desde su mas tierna infancia descubrió este una grande inclinacion al retiro, y un ardiente deseo de vivir únicamente para Dios: así, apenas tuvo quince años, renunciando al siglo, se retiró á la abadía de Moutier-la-Celle, monasterio de Benedictinos, cerca de la ciudad de Troyes. Sus progresos en la perfeccion fueron tan rápidos, que en poco tiempo fué el ejemplo y la admiracion de aquella comunidad, de tal modo que, habiendo muerto el prior de ella, no obstante los

pocos años que aun tenia Roberto, le eligieron los monjes en su lugar, y no tuvieron que arrepentirse de la eleccion.

Algunos años despues fué elegido por abad de San Miguel de Tonerre, en cuyo monasterio se aplicó á restablecer la disciplina regular, que se habia relajado notablemente. Pero tuvo el sentimiento de ver que sus buenas intenciones eran contrastadas por aquellos mismos que debieran ayudarle; y no hallando en aquellos monjes mas que espíritus rebeldes y corazones endurecidos, desesperando de poderlos traer á la observancia de la regla, determinó abandonarlos.

Habia no lejos de Tonerre un desierto llamado Colan, adonde se habian retirado siete anacoretas para vivir en los ejercicios de la contemplacion y de la penitencia. Pero estaban sin superior á quien obedecer, y sin director que los guiase; y noticiosos de la eminente santidad de Roberto, enviaron á pedirle con instancia que tomase á su cargo el dirigirlos y fuese á vivir con ellos. El santo encontró algunos obstáculos para acceder á sus deseos; pero habiéndolos removido, se rindió por fin á las instancias de los solitarios y fué en busca de ellos, los cuales le recibieron como á otro Moises que iba á dirigirlos, al través del desierto de esta vida, á la verdadera tierra de promision.

Hallando Roberto que la soledad de Colan era muy mal sana, creyó oportuno retirarse con sus discípulos á la floresta de Molesme. En ella construyeron con ramas de árboles unas pequeñas celdillas, y edificaron un oratorio con la advocacion de la Santísima Trinidad. Bien pronto se extendió por todas partes la fama de los nuevos solitarios, y no se hablaba mas que de la austeridad de sus penitencias. Su pobreza era tan grande, que muchas veces les faltaban las cosas mas necesarias á la vida. Pero muchas personas

de las inmediaciones, excitadas por el ejemplo del obispo de Troyes, acudieron con una especie de emulacion á socorrer sus necesidades: á la escasez sucedió la abundancia, y á la abundancia la relajacion de la disciplina. El santo abad quiso detener los progresos con paternales amonestaciones; pero viendo que no se hacia caso de ellas, abandonó á Molesme, como habia abandonado á San Miguel de Tonerre.

Retiróse al desierto de Hauz, para estar con los monjes que vivian en él con mucho fervor y simplicidad de vida. San Roberto subsistia como ellos del trabajo de sus manos, y daba la mayor parte del tiempo á la oracion y á la meditacion. No tardaron estos religiosos en conocer el tesoro que poseian en Roberto, admirando en él un varon consumado en la ciencia del espíritu; y así luego le nombraron superior. Apenas supieron esto los monjes de Molesme, se avergonzaron de haberle precisado á abandonarlos; alcanzaron del sumo pontífice y del obispo de Langres que ordenasen á Roberto que volviese á Molesme; prometiéronle al mismo tiempo que serian mas dóciles á sus mandatos, y se conformarian en todo á sus instrucciones. Con esto no difirió el santo dar la vuelta á Molesme; pero luego se desengañó de las promesas de aquellos monjes, y conoció que solo le habian llamado por miras temporales: su conducta continuó siendo la misma, á lo menos por algun tiempo.

No obstante, no eran tales los desórdenes que reinaban en Molesme como algunos autores han querido pintar: su relajacion consistia, segun Roberto del Monte, en que los monjes abandonaban el trabajo de manos, recibian oblaciones de los fieles, é introducian innovaciones en sus hábitos contra la voluntad expresa del abad. Ni era tampoco general la relajacion. No faltaban monjes que, oyendo todos los dias leer en el capitudo la regla de san Benito, clamaban

por su observancia en todos sus puntos; mas como la mayoría de la comunidad se opusiese á la reforma, deseosos de practicarla en sí mismos, se dirigieron al abad pidiéndole el permiso de retirarse á algun lugar solitario, donde pudiesen observar la regla en toda su pureza. Conoció el santo que esta era una inspiracion del cielo; y así no solo accedió á sus instancias, sino que les prometió acompañarlos. Al efecto se dirigió con seis monjes en busca de Hugo, arzobispo de Leon y legado de la santa sede; y habiéndole expuesto las razones que tenia para dejar á Molesme, persuadido de ellas el legado, no solo le permitió, sino que le mandó retirarse adonde juzgase oportuno para entablar la perfecta observancia de la regla.

Luego que Roberto volvio á Molesme, se le unieron todos los monjes fervorosos que habia, y saliendo juntos en número de veinte y uno, fueron á establecerse en la selva del Cister, á cinco leguas de Dijon, en la diócesis de Chalons de Saona. Los activos solitarios se pusieron á desmontar una parte de aquel terreno, y construyeron sus celdillas; todo con consentimiento de Gautero obispo de Chalons, y de Reinaldo vizconde de Beaune, señor de aquel pais. Hízose la nueva fundacion en 24 de marzo de 1038, dia de san Benito; y de aquí data el orígen de la órden del Cister.

Considerando el arzobispo de Leon que los nuevos solitarios no podrian subsistir sin el amparo de una persona poderosa, escribió en su favor á Eudes, duque de Borgoña, quien los tomó bajo su proteccion, acabó á sus expensas la fábrica del monasterio, proveyóles por mucho tiempo de todas las cosas que les hacian falta, y les asignó por último rentas fijas y bastante considerables para mantenerse. El obispo de Chalons erigió en abadía el nuevo monasterio y dió su direccion á Roberto. La vida que se

hacia en el Cister era ejemplarísima. No dormian los monjes mas que cuatro horas de la noche, y empleaban otras cuatro en cantar las divinas alabanzas; por la mañana trabajaban cuatro horas, y despues leian hasta nona; yerbas y raíces eran todo su alimento.

El siguiente año de la fundacion del Cister, los monjes de Molesme enviaron diputados á Roma para solicitar la vuelta de Roberto. Alegaron por razones que era su abad; que la disciplina regular habia sufrido mucho despues de su salida; que solo su presencia podia restablecer el órden, y que la salvacion de los monjes dependia de ella. Convinieron en la sinrazon de sus procederes anteriores, y prometiron hacer todo lo posible para que el santo no tuviese que quejarse de ellos en lo sucesivo. El papa Urbano II dió encargo al arzobispo de Leon para arreglar este negocio, y enviar al santo á Molesme si de ello debiese resultar un bien positivo.

Examinado todo por el legado, envió órden á Roberto para que volviese á su primer monasterio. El santo obedeció al punto, y entregando su báculo pastoral al obispo de Chalons, quien le dispensó de todas las obligaciones que habia contraido con él, fué de nuevo elegido abad de Molesme por el obispo de Langres. Gobernó santamente aquella comunidad hasta el fin de sus dias, y acabó su larga vida con una preciosa muerte en el año de 1110. Los milagros que el Señor obró en su sepulcro, acreditaron su santidad, y movieron al papa Honorio III á colocarle en el número de los santos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Milan, san Pedro mártir, del órden de Predicadores, el cual fué muerto por los herejes en odio de la fe católica.

En Pafos en Chipre, san Tíquico, discípulo del apóstol san Pablo, quien le llama en sus cartas carísimo hermano, ministro fiel y compañero suyo en el Señor.

En Cirta en Numidia, los santos Agapio y Secundino, que, despues de haber sufrido un largo destierro en aquella ciudad, añadieron á la dignidad del sacerdocio la gloria de un ilustre martirio, padecido en la persecucion de Valeriano, en la cual hicieron los paganos los mayores esfuerzos para combatir la fidelidad de los justos. Con ellos sufrieron la muerte los santos Emiliano soldado, Tértula y Antonia vírgenes consagradas á Dios, y otra mujer con dos hijos gemelos.

El mismo dia, siete ladrones, que san Jason habia convertido á Jesucristo, los cuales llegaron á la vida eterna por el camino del martirio.

En Bresa, san Paulino, obispo y confesor.

En Cluni, san Hugo abad.

En el monasterio de Molesme, san Roberto, primer abad del Cister.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri martyris tui fidem congrua devotione sectemur, qui pro ejusdem fidei dilatatione martyrii palmam meruit obtinere. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, nos concedas gracia para imitar con la debida devocion la fe de tu bienaventurado mártir Pedro, que por dilatar la misma fe mereció conseguir la palma del martirio. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 2 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia XXIII, *pág.* 540.

NOTA.

« Hallándose san Pablo en Roma en su segunda » prision el año 66 de Cristo, escribió esta segunda » epístola á su querido discípulo. Instale mucho para » que cuanto antes vaya á verle, llevándole su » manto, sus libros y principalmente los pergami- » nos, que á lo que se cree era la sagrada Escritura » escrita y arrollada en pergamino segun el uso de los » Judíos. Exhórtale á que se abstenga de cuestiones » inútiles, que solo sirven para escandalizar y para » mover disensiones. »

REFLEXIONES.

Que una devocion fingida irrite los ánimos y excite la indignacion universal, no hay cosa mas justa, porque los hipócritas son objeto del odio de Dios y de la aversion de todos los buenos. Pero que tambien se levante el mundo contra la verdadera piedad, y que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo, son hechos que solo puede hacer creibles la experiencia, porque parecen igualmente opuestos á la religion y á la razon.

Por mas que la verdadera virtud sea sumamente amable por su apacibilidad, por su propio mérito, por su humildad; por mas bello, por mas perfecto, por mas brillante que sea su retrato, siempre se la mira con ceño. Siempre parecen sus facciones groseras, su semblante macilento, sus colores sombríos, su aire fiero y desdeñoso; porque no es la razon, sino el corazon estragado de los libertinos el que juzga de la virtud. De aquí nace aquel desenfreno tan general contra la piedad cristiana: mientras es universalmente aplaudida la licencia de las costumbres, está expuesta

la pobre devocion á todos los tiros de la mas maligna crítica. Cada uno juzga que tiene derecho para censurar, para desacreditar, para morder á las personas devotas; apenas hallan abrigo estas pobres contra la murmuracion. ¿De dónde proviene esta antipatía tan universal, y cuál es la verdadera causa de esta injusta persecucion?

Los impíos persiguen á la virtud por odio, los indevotos por venganza, los indiferentes por envidia, los grandes por orgullo, los plebeyos por despique, por capricho ó por humor. Pero ¿de cuándo acá es delito el no ser uno tan malo ó peor que otro? Hasta aquí habiamos oido, aun á los mismos gentiles, que el nombre solo de cristiano llevaba en su idea la práctica de todas las virtudes, equivaliendo él solo á una apología. ¿Quién habia de creer que en algun tiempo pudiera haber cristianos que desaprobasen la pureza de las costumbres y una vida arreglada á las máximas del Evangelio?

Asombroso es que entre hombres que profesan todos una misma religion, se encuentren censores tan impíos y tan irracionales; pero cesa la admiracion cuando se examina la verdadera causa que pone de tan mal humor á estos desapiadados críticos. Una dama que se refórma, es una muda pero insufrible censura de otras ciento que, conociendo muy bien que tienen mas necesidad de reformarse que ella, no tienen la resolucion y el juicio que es menester para hacerlo. Los buenos ejemplos de una señorita regular son otras tantas reprensiones de la que tiene poca cabeza, y esto la obliga á soltar su maldita lengua en toda ocasion contra las devotas.

Un jóven de costumbres cristianas es una viva y penetrante leccion á todos sus compañeros disolutos, que en vista de su ejemplo conocen la indispensable necesidad que tienen de reformarse. Siéntese no sé

qué secreta desazon y enfado de que los que antes no eran mejores que nosotros, hayan abierto los ojos y comiencen á tener juicio; hacese cuanto se puede para aburrirlos, ó á lo menos para entibiarlos, por medio de zumbas insulsas y tal vez de molestas importunaciones. Pero como no se engaña fácilmente á la conciencia, crece el despique con el remordimiento, y esto es lo que pone de tan mal humor á los libertinos contra los buenos; esta es la verdadera causa de la doméstica persecucion contra la virtud, y esto es lo que siempre se debe esperar mientras haya en el mundo mujeres locas y hombres disolutos. La demasiada luz ofende á los ojos flacos, é irrita el mal humor. Muérdese, censúrase, satirízase á los buenos, porque los malos quisieran persuadirse que no hay verdadera virtud en el mundo, para vivir tranquilos en su vida licenciosa y autorizar de este modo el desórden de sus costumbres.

El evangelio es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el dia XIV, *pág.* 309.

MEDITACION.

DE LA FE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la fe viva nos une con Jesucristo. El justo vive de la fe, y el alma sin ella es como el sarmiento separado de la vid, que solo sirve para el fuego. Pero ¿piensas si cuando venga á juzgar el Hijo del hombre encontrará mucha fe sobre la tierra? ¿Hallaria mucha si viniera á juzgar el dia de hoy? Es cierto que hay muchos cristianos; pero ¿hay muchos verdaderos fieles? Aquella fe que venció al mundo, disipando los errores, desterrando el vicio, corri-

giendo las costumbres, aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes, tan eficaz en milagros; aquella fe que dió á la Iglesia mas de diez y siete millones de mártires, que pobló los desiertos con un número casi infinito de solitarios; esta fe, digo, ¿vive verdaderamente en mí? ¿Mis máximas, mis costumbres, mi conducta dan á conocer esta fe? El que solo tuviese una noticia especulativa del verdadero cristiano, ¿se persuadiria que yo lo era solo con verme y observarme?

¡Mi Dios, qué contrariedad tan monstruosa se nota en lo que creo y en lo que hago! Creemos que solamente fuimos criados para Dios; esto es, que no fué mas criado el sol para alumbrar, ni el fuego para arder, que nosotros lo fuimos para amar á Dios y para servirle. Están contados todos nuestros dias, y ni el mismo Dios puede dispensarnos por una sola hora de la estrecha obligacion que tenemos de servirle y amarle. Todo aquello á que se nos antojó dar el título de grande, negocios importantes, proyectos magníficos, empresas arriesgadas, todo es bagatelas, todo es nada, cuando Dios no es el motivo de ello. Esta es la verdad fundamental de nuestra religion; esta es la base sobre que estriba todo el edificio del cristianismo; á saber, el persuadirnos y creer firmemente que ningun objeto criado nos puede hacer felices, y que la posesion sola de Dios puede satisfacer aquella vehemente ansia que tenemos de serlo; que, hablando con propiedad, no hay otro bien sólido y verdadero sino solo Dios, y que el único medio de poseerle es vivir segun las máximas del Evangelio; finalmente, que si Dios no es nuestra suma felicidad, de necesidad ha de ser nuestra suma desdicha.

Creemos que el pecado es el mayor mal del hombre, ó, por mejor decir, que es el único verdadero

mal; convenimos tambien en que sola la virtud nos puede hacer dichosos aun en el mundo, y en que nuestro gran negocio, nuestro único negocio es salvarnos. Tampoco se puede decir que ignoramos la dificultad que ha de haber en salvarse, ni las terribles consecuencias que se siguen de perderse. Creemos que despues de esta vida se sigue una eternidad feliz, ó una eternidad infeliz, y que la muerte, aunque sea la mas imprevista, es el momento decisivo de nuestra suerte eterna. Creemos que hay infierno, y creemos que la espantosa infinidad y eternidad de tormentos que se padecen en él, es justo castigo de un solo pecado mortal. Este es un compendio de las verdades mas esenciales que creemos; esto es lo que hacemos profesion de creer, y lo que es menester creer indispensablemente, esto es, mi Dios, lo que yo creo. Pero ¿cómo se compone con esto mi desordenada vida?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es bien extraño haya algunos cristianos que se esfuercen en no creer lo que temen; pero ¿es menos extraño que se encuentren no pocos que hacen ostentacion de no temer aquello mismo que creen? ¿Puede haber mas impenetrable misterio de iniquidad? ¡Rendirse el entendimiento á la ley, y rebelarse el corazon contra sus preceptos; religion santa, y costumbres estragadas en los que la profesan; creer todo aquello que impone una indispensable necesidad de vivir una vida inocente, ejemplar, irreprensible, y vivir de manera que se desmienta todo lo que se cree! A la verdad es deplorable la suerte de los infieles; pero el desórden de la mayor parte de los cristianos ¿promete á estos mejor suerte? Gran desgracia es no vivir dentro del gremio de la Iglesia, no tener derecho á la eterna bienaventuranza;

pero ¿será desgracia menor ser hijo de la Iglesia, y hacerse indigno de la eterna bienaventuranza á que se tiene derecho? y en realidad, ¿qué será menos malo, ó no creer lo que hay obligacion de creer, ó no hacer casi nada de lo que se cree? ¿Por cuál de estas dos partes me comprenden estas concluyentes reflexiones? ¿cuál es mi fe y cuáles mis costumbres? Yo creo, porque en fin me causaria horror el ser infiel; pero ¿vivo como cristiano?

Creo que el infierno, que una eterna desdicha es pena justa del pecado mortal; ¡y todavía peco! Creo que Jesucristo, mi Señor, mi Redentor y mi Juez, está realmente presente en el sacramento del altar; ¡y estoy sin respeto, sin devocion, sin un reverente temblor en su presencia! ¿Atreveríame á ponerme delante de los grandes del mundo con la misma inmodestia, con la misma libertad con que me presento en la iglesia? Sé muy bien lo que es y lo que vale una misa; y ¿con qué devocion, con qué solicitud asisto á ella? ¡O Dios, y qué terrible efecto hace en el corazon de un moribundo esta oposicion de fe y de costumbres! ¿Qué pensaré yo mismo en aquella fatal hora que dentro de poco tiempo ha de decidir de mi suerte eterna?

Créese que hay infierno, ¡y se peca! Aquella mujer profana, cuya conciencia es un caos, y que idolatra al mundo, ¡cree las verdades del Evangelio, cree que hay infierno!

Aquellos hombres perdidos y disolutos, cuya vida es una cadena de maldades, que se mofan con la mayor insolencia de todo cuanto respira devocion, que hacen burla hasta del infierno mismo, ¡creen que hay infierno!

Aquella gente ociosa y holgazana; aquellos idólatras de la diversion, del regalo y del deleite, que pasan la vida en un afectado olvido de Dios, en una

delicadeza gentílica, que solo tienen un baño, una superficie de religion; aquellos hombres que todo lo sacrifican á un vil interés y á otras mil torpes pasiones; ¡todos estos creen que hay infierno!

Estremécese uno con la sola consideracion del infierno; ¡y con todo eso á la vista de este mismo infierno peca! Acaso no se creerá esta terrible verdad; pero se cree, porque sino ¿á qué fin se clama tanto por el confesor á la aproximacion de una muerte que amenaza? Pero valga la verdad; ¿se podrá ajustar una vida gentílica con las máximas de la religion en aquel mismo momento en que se espira? Entre la conversion y la muerte es menester que medie algun tiempo.

Ámome mucho para que quiera condenarme; pero ¿vivo de manera que no pueda temerlo? Si se considera lo que creo y cómo vivo, ¿podré racionalmente esperar que me salvaré? ¡Cuántos de los que meditan esto desesperarian de la salvacion de otro que viviese como ellos viven!

¡Ah mi Dios, qué seria de mí, cuál seria mi suerte, si en este mismo instante hubiera de ir á daros cuenta de mi vida! ¿Me serviria de disculpa decir que no lo pensaba? Pensándolo estoy ahora; pero mis obras desmienten mi fe, mis costumbres contradicen mi religion. ¿Y me contentaré con solo considerar que seria digno de la mayor compasion si muriese ahora; que yo seria el primero en condenarme, si compareciese en el supremo tribunal; que mis costumbres clamarian contra mí, y que mi iniquidad pide justicia? Señor, pues no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, asistidme con vuestra gracia, que con ella de hoy en adelante mis costumbres, mis máximas, mi vida corresponderán á mi fe.

JACULATORIAS.

Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam. Marc. 9.
Yo, Señor, creo; pero fortificad mi poca fe.

Domine, adauge nobis fidem. Luc. 17.
Señor, aumentadme la fe.

PROPOSITOS.

1. Aunque la fe, por decirlo así, es virtud del entendimiento, la falta de fe es vicio de la voluntad. Consiste la fe en un perfecto rendimiento de estas dos potencias: por eso la infidelidad es igualmente fruto de un corazon estragado, que de un entendimiento orgulloso. ¿Cuándo se ha visto humilde á un heresiarca, ó á algun hereje? Ninguno hay que no prefiera obstinadamente su propio juicio al juicio de toda la Iglesia, y aun á las soberanas luces del mismo Espíritu Santo. ¿Se ha visto nunca que un hereje se haya sometido de buena fe á las constituciones de los papas, ni aun á las decisiones de los concilios? Cree el hereje que solo en él reside el espíritu de Dios: *Ego sum videns* (1). Yo solo soy el que tengo buena vista. ¿Puede haber mas lamentable ceguedad? Y con todo, este es el verdadero carácter de todos los que adolecen de la falta de fe. Imponte, pues, una ley de sujetar tu juicio, tu razon, tu estudio, todo tu saber, á cuanto decidieren tus prelados, y especialmente la santa silla apostólica. Hablando la Iglesia, todos deben obedecer, todos callar. En este punto el rendimiento de todo verdadero cristiano ha de llegar á una suma delicadeza. Sentir grande dificultad en sujetarse ciegamente, y estar muy pagado de su entendimiento y de sus luces, es señal del espíritu de error. Los de corta capacidad y de pocos conocimien-

(1) Reg. 9.



S.TA CATALINA DE SENA, V.

tos se sujetan mas dificilmente; de aquí nace que los pretendidos sabios, los ignorantes y las mujeres son los que con mayor dificultad deponen sus preocupaciones. Comprende bien la malignidad de este defecto, y prevé todas sus fatales consecuencias. Haz una santa vanidad de no querer creer sino lo que la Iglesia cree; de no ver sino lo que ella te pone delante; de no hablar sino el lenguaje que ella habla, ignorando y haciendo gala de ignorar cualquiera otra jerigonza.

2. Ejercítate entre dia en muchos actos de fe, y procura desde luego tomar esta santa costumbre, repitiéndolos, no solo cuando asistas á la misa y demás ejercicios de religion, sino en medio de otras ocupaciones durante el dia. El orígen de los desórdenes es la debilidad de la fe; estos frecuentes actos la alientan, la excitan y la avivan. Dí con aquel padre de quien habla el Evangelio: *Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam.* Yo, Señor, creo; pero fortificad mi poca fe. Otras veces dí con Marta: *Utique, Domine, ego credidi, quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti.* Sí, Señor, yo creo firmemente que vos sois Cristo hijo de Dios vivo, que vinisteis al mundo para redimirle. O en fin con los apóstoles: *Adauge nobis fidem:* Señor, aumentadnos la fe.

DIA TREINTA.

SANTA CATALINA DE SENA, VÍRGEN.

Santa Catalina, á quien hicieron tan célebre en el mundo los extraordinarios favores que recibió del cielo casi desde la cuna, fué hija de un tintorero de

Sena en Toscana, llamado Jacobo Benincasio. Nació Catalina gemela y acompañada de otra hermanita suya, el año de 1347; y su madre Lapa, por cierto movimiento de especial amor á esta niña, se resolvió á criarla, aunque no lo habia hecho con ninguno de los demás hijos.

La alegría natural y el humor festivo que mostró desde luego la niña Catalina, movió á todos á darla el epíteto de *Eufrosina;* y la innata propension que en medio de su alegría descubrió á todo lo que era virtud, la mereció ya á la edad de cinco años el general renombre de la *Santica.* Puédese decir que la virtud se anticipó en ella á la razon, y la razon á la edad.

Luego que hubo aprendido el Ave María, notaron que, siempre que subia las escaleras de su casa, se paraba en cada escalon para rezarla. Parece que habia nacido con ella la devocion á la Madre de Dios; y el Hijo la inspiró un deseo tan ardiente de consagrarse toda á él y de no tener otro esposo, que al entrar en los ocho años hizo voto de perpetua castidad.

Desde entonces fueron mas abundantes los favores, y mas visibles los progresos que hacia en la virtud. Una vision que se cree tuvo en aquel tiempo, en que se la apareció Jesucristo, la abrasó tanto en su divino amor, que fué víctima de sus incendios. Desde aquel instante todo su gusto fué la soledad y la oracion; hiciéronsela muy familiares la abstinencia, el ayuno y otras ingeniosas mortificaciones, que ocultaba cuidadosamente á sus padres; todo su conato era agradar y complacer á su celestial Esposo.

Costóla bien cara una leve condescendencia. Viendo su madre que en ninguna de sus hijas podria prometerse tanto un ventajoso acomodo como en las sobresalientes prendas de Catalina, la mandó que se vistiese con menos desaseo, ó no con tanto descuido,

y que cultivase las dotes naturales de que el Señor la habia adornado. Instábala sobre lo mismo otra hermana suya casada, y no la dejaban sosegar. Para librarse de esta especie de persecucion doméstica, consintió Catalina en dejarse rizar el cabello; pero, conociendo en la oracion lo mucho que habia desagradado á Dios esta complacencia, concibió tan vivo dolor y arrepentimiento, que toda la vida la lloró como el mayor pecado que habia cometido, y tenia cuidado de acusarse todos los años de él con muchas lágrimas.

No gustaba á sus padres la inclinacion al retiro que mostraba Catalina. Pretendíala por esposa un caballero, á quien habia prendado su virtud y su hermosura, y toda la familia celebraba mucho esta buena conveniencia; pero nuestra santa, viéndose apurada para que prestase su consentimiento, tomó la resolucion de cortarse el cabello; y para hacer ver á todo el mundo que no queria otro esposo mas que á Jesucristo, se echó un velo sobre la cabeza. No se puede ponderar cuanto sintieron sus padres una determinacion tan inesperada; y así en despique y para que abandonase todo pensamiento de devocion, la cargaron con el cuidado de toda la casa, mandándola hacer los oficios mas bajos y mas penosos de ella.

Aunque esta penosa humillacion la indemnizaba en parte de la pérdida del tiempo que la quitaban para dedicarse á Dios, la mortificó mucho verse privada de su dulce soledad. Quejándose al Señor un dia de esto, oyó una voz interior que la dijo que fabricase dentro de su corazon una celdilla, en la cual podia retirarse y vivir muy sola en medio del tráfago y gobierno de la casa. Desde aquel instante no perdió de vista á Dios, sin que interrumpiese su oracion la multitud de las ocupaciones, mostrando bien en la risueña alegría del semblante la tranqui-

lidad de que gozaba su corazon. Finalmente, su constancia desarmó la cólera de sus padres; porque observando el padre su perseverancia y su igualdad en la virtud, conoció que era Dios el autor de sus resoluciones; y prendada la madre no menos de su paciencia que de su apacibilidad, determinó no oponerse á la voluntad del Señor, y ambos la dejaron la libertad de seguir las inspiraciones de la gracia.

Valióse Catalina de esta licencia para ensayarse en el rigor de la vida que pensaba llevar, entrando en la tercera órden de penitencia del padre santo Domingo. Abstúvose absolutamente de beber vino y de comer carne, no comiendo mas que yerbas crudas sin pan. Dos tablas sin jergon ni colchon la servian de cama, de mesa y de silla. En vez de cilicio se ciñió el cuerpo con una cadena de hierro armada de puntas, que nunca se quitó hasta pocas horas antes de su muerte, y entonces por obediencia. A la edad de diez y ocho años se prohibió para siempre el uso del lienzo; y desde entonces fué su vida un continuo ayuno y un prodigio de penitencia. Apenas tomaba una hora de sueño por la noche; todo lo restante de ella lo pasaba en oracion. Confesó á su director que ninguna cosa le habia costado tanto como vencer el sueño. Cada dia tomaba tres sangrientas disciplinas con inocente crueldad. Apenas se puede comprender cómo una tierna doncellita de la edad de diez y ocho años, de salud débil y de complexion delicada, tenia fuerzas para tan espantosas penitencias. Todo el cuidado de su director era moderarlas, poniendo límites á los excesivos deseos que tenia Catalina de mortificarse.

Por este tiempo cayó enferma; y como su madre, que la queria mucho, aunque la habia mortificado tanto, se sobresaltase extrañamente, la declaró Catalina que su salud dependia absolutamente de entrar

en la tercera órden de santo Domingo; lo que obligó á la madre á pedir ella misma á las beatas que admitiesen á su hija, no obstante de haberse opuesto siempre á esta resolucion.

Recibió el hábito, y con él aquella extraordinaria abundancia de dones sobrenaturales que hicieron á Catalina una de las mas célebres santas de estos últimos siglos. Libre ya de todos los estorbos que en cierta manera aprisionaban su fervor y sus devociones, se prescribió á sí misma un rigoroso silencio por espacio de tres años, en cuyo tiempo no habló mas que con su confesor, ni salió de su celdilla sino para ir á la iglesia. Impúsose como una ley de pasar en oracion todo el tiempo de la noche que los religiosos no estuviesen en el coro; aun el corto descanso que tomaba sobre unas tablas, ó sobre la desnuda tierra, tampoco interrumpia su oracion; siendo tan extraordinario su fervor, y tanto el rigor de sus penitencias, que todos estaban persuadidos que solo vivia por milagro.

Invisible esta santa vírgen á todas las demás criaturas, gustaba sosegada y plácidamente de aquellas espirituales dulzuras que son como anticipados destellos de las delicias del cielo, cuando irritado y envidioso el infierno de su inocencia, excitó contra ella una tempestad horrible. Sintióse asaltada su imaginacion de los pensamientos mas feos y mas torpes, y combatido su purísimo corazon de las tentaciones mas vergonzosas y mas impuras. Fué tanto mayor su sobresalto, cuanto era mas perfecta y mas delicada su pureza. En vano dobló la oracion, aumentó las penitencias, y se esforzó á apagar con sus lágrimas las llamas de aquel incendio; porque el Señor queria acrisolar su virtud con aquella dolorosa prueba, haciéndola conocer mejor la fuerza y la necesidad de su gracia, y disponerla por medio de estas humilla-

ciones para recibir los favores divinos mas extraordinarios.

Terminóse el combate, y fué señal de la victoria una aparicion de la santísima Vírgen y de su dulcísimo Hijo, á cuya vista se disiparon los vapores, y volvió á amanecer en el alma la serenidad. Desde aquel dia todo fué una perpetua serie de éxtasis, de arrobamientos y de frecuentes revelaciones. Pasaba dias enteros arrobada en íntima comunicacion con su Dios; conversaba con los santos del cielo familiar y ordinariamente; pero sobre todo era admirable su singular familiaridad con la santísima Vírgen, á quien llamaba su querida madre, y con Jesucristo su divino esposo.

El reverendísimo padre fray Raimundo de Capua, general de la órden de santo Domingo, y confesor de nuestra santa, que escribió su vida, asegura que, doblando sus oraciones y penitencias en los últimos dias del carnaval, se sintió movida en el fervor de su oracion á pedir al Señor una fe tan viva, que nunca pudiese debilitarse, y una fidelidad á toda prueba, que la asegurase la dicha de ser eternamente esposa agradable á sus divinos ojos. Añade el mismo historiador que al punto se la apareció Jesucristo acompañado de la santísima Vírgen, de san Juan, de santo Domingo y de otros santos, y la declaró que habia sido oida su oracion, que la otorgaba su súplica, y que desde allí en adelante se dignaba recibirla por esposa suya, dándola por señal un anillo que debia traer en el dedo todo el resto de su vida.

Hasta este tiempo vivia Catalina como enterrada en su soledad y en su celda, sin dejarse ver mas que en la iglesia y al pié de los altares; pero despues de este insigne favor la dió á entender su celestial Esposo que pedia la caridad se dejase ver en el mundo un poco mas. Dió principio á los ejercicios exteriores de

esta virtud, encargándose de la asistencia de dos pobres mujeres enfermas : una de ellas, llamada Teca, estaba cubierta de tan asquerosa lepra, que ninguno se atrevia á arrimarse á ella, y ya se trataba de echarla fuera de la ciudad. Viéndola Catalina abandonada de todos, tomó de su cuenta cuidarla por sí misma, y dos veces al dia la visitaba para socorrerla en sus necesidades. En lugar de agradecer Teca tan extraordinaria caridad, siempre recibia á Catalina con enfado; tratábala con desabrimiento, y cargábala de injurias, como si la santa vírgen fuese esclava de la ingratísima enferma. Pero este bárbaro desconocimiento encendia mas la caridad de Catalina, y la sirvió hasta que espiró con zelo ardiente y con una constancia asombrosa.

La otra mujer se llamaba Andrea, y tenia un pecho cancerado y tan hediondamente podrido, que no habia quien pudiese tolerar el mal olor. Los primeros dias se mostró, no solo agradecida, sino confusa en vista de una caridad tan portentosa; pero acostumbrándose á ella insensiblemente, llegó á olvidarse tanto del beneficio, que manchó la honra de su bienhechora con las mas feas calumnias, publicando que andaba divertida, y que empleaba en la torpeza el tiempo que fingia retirarse para hacer oracion. Juntóse á esta mala mujer otra tan mala como ella, llamada Palmerina, y ambas supieron vestir con tan vivos colores la impostura, que no solo la persuadieron á los disolutos, pero aun la hicieron creer á muchos buenos. Sin embargo de ser tan sensible y tan afrentosa la calumnia, no despegó Catalina sus labios para justificarse, y solo cuidó de doblar sus visitas y sus limosnas á la enferma. Como un dia sintiese cierta repugnancia en servirla, la generosa vírgen aplicó su purísima boca á la hedionda llaga en-

la calumnia á fuerza de beneficios. Reconocieron en fin su culpa aquellas pobres mujeres, y publicaron la inocencia de nuestra santa, cuya humildad tuvo mas que padecer en esta justificacion, que en aquel feo borron de su fama.

La caridad que usaba con los pobres hubiera agotado los fondos que encontraba en su familia y fuera de ella, á no haber suplido Dios algunas veces con milagros. El mismo Cristo, disfrazado en figura de pobre, quiso al parecer experimentar hasta dónde llegaba su caridad y su paciencia. Despues de haberle dado Catalina todo lo que habia podido recoger, como el pobre aun no se mostrase satisfecho, ella le rogó que tomase tambien aquello que era de su uso. Apareciósela el Salvador la noche siguiente, y la dió á entender de un modo tan tierno como lleno de consuelo, que él era aquel pobre á quien habia socorrido con tanta generosidad el dia antecedente.

Al paso que era inmensa su caridad, era tambien excesivo su zelo por la salvacion de las almas; siendo pocos los miserables á quienes no convirtiese al mismo tiempo que les socorria. En una palabra, la vida de esta insigne santa fué una serie de maravillas, fué toda un continuo milagro. Perdió enteramente el gusto y aun el uso de todo género de comida; sustentábase con la Eucaristía, siendo este pan de ángeles casi su único alimento. Una vez pasó desde principio de la cuaresma hasta la Ascension sin probar otro bocado, sirviéndola de sustento la comunion que recibia cada dia. Dijo un dia á su confesor que su divino Esposo y ella habian trocado de corazones, y que aquel la habia impreso sus sagradas llagas, cuyo vivísimo dolor sentia sin intermision en los lugares correspondientes, aunque habia alcanzado de él que este favor se ocultase á los ojos de los hombres.

Añadió el cielo á estas gracias un don de entendimiento y de sabiduría tan elevado, que se la miraba como oráculo de su siglo. Varias obras que tenemos con el nombre de santa Catalina, y singularmente muchas cartas que escribió á los papas, á los cardenales y á varios príncipes, son pruebas convincentes de su ingenio, de su cultura y de su discernimiento.

Habiéndola obligado el bien público de la Iglesia á salir de su retiro, dió al mundo una prueba mas de que la verdadera santidad está reñida con la inaccion y con la poltronería, y que los santos saben dejar las dulzuras de la soledad cuando quiere Dios servirse de ellos para los negocios exteriores.

Como los Florentinos se hubiesen sublevado contra la iglesia romana, y el papa Gregorio XI los hubiese excomulgado por esta rebelion, creyeron que ninguna persona seria mas á propósito para negociar su reconciliacion que nuestra Catalina; y así la nombraron por su diputada al papa, que residia en Aviñon. Recibiéronla el santo padre y los cardenales con todo el respeto que merecia su virtud; y no la costó mucho aplacar el ánimo del pontífice, quien defirió tanto á su dictámen, que quiso fuese sola el árbitro de la paz que concedia á los Florentinos. Pero Catalina no tenia menos en el corazon otro negocio de mucho mayor importancia, que era la restitucion de los papas á Roma, de donde hacia setenta años que se habian ausentado. Reprendiendo un dia el papa Gregorio á cierto obispo porque no residia en su obispado, le respondió: *Santísimo padre, en eso no hago mas que imitar el ejemplo de los papas, que hace setenta años que no residen en el suyo.* Aunque la respuesta fué irreverente y atrevida, hizo tanta fuerza al papa, que en el mismo instante hizo voto en su corazon de restituir á Roma la silla apostólica; y consultando este punto con nuestra santa, sin declararla el voto que habia hecho, le res-

pondió Catalina: *Santísimo padre, ¿porqué consulta V. Santidad sobre una cosa que ya tiene ofrecida á Dios?* De lo que admirado el papa, porque solo Dios podia saber el voto que habia hecho, no deliberó mas, y partiendo de Aviñon el dia 13 de setiembre de 1376, entró en Roma en 17 de enero del año siguiente. Luego llamó á la santa á aquella corte, y aprovechándose mucho de sus consejos, no confiaba menos en la eficacia de sus oraciones.

A la muerte del papa, que sucedió dos años despues, se siguió un funesto cisma. Urbano VI, sucesor de Gregorio, no honró menos á santa Catalina que su predecesor; y convencida la santa de que este era el legítimo pastor de la Iglesia, trabajó con todas sus fuerzas en que todos le reconociesen por tal; experimentándose principalmente en esta importante ocasion cuánto poder tenia en los corazones no solo la opinion de su eminente virtud, sino su admirable ingenio, su elocuencia, su ánimo varonil, su comprension y su extraordinaria capacidad.

Habia resuelto el papa enviarla por diputada y como legada suya á la reina de Nápoles y de Sicilia; y la santa, llena de fe, de caridad, de zelo y de valor, estaba determinada ya á emprenderlo todo para la mayor gloria de Dios, cuando se sintió acometida de una grave enfermedad. Cuatro meses estuvo padeciendo dolores tan vivos y tan extraordinarios, que nadie dudaba era aquella enfermedad tan sobrenatural, como se consideraba su vida milagrosa. Mostró una paciencia tan heróica en todos sus males, que por ningun otro lado se manifestó su espíritu tan grande como por este; siendo cierto que las aflicciones y trabajos en que Dios la ejercitó casi sin intermision por todo el tiempo de su vida, la hicieron mucho mas admirable que las brillantes y ruidosas acciones que tanto se admiran en ella. Fué su pre-

ciosa muerte parecida en todo á su santa vida : suspiros, éxtasis, arrobos, incendios del amor divino fueron toda su agonía. Desgastada al rigor de sus incomprensibles penitencias, consumida de trabajos, colmada de gracias y merecimientos, espiró en Roma el dia 29 de abril del año de 1380, á los 33 de su edad, dejando no solo á sus hermanas de quienes fué superiora, sino á todos los fieles, admirables ejemplos de todas las virtudes, pero singularmente de la omnipotente fuerza de la divina gracia.

Estuvo algunos dias expuesto el santo cuerpo á la veneracion pública, y despues fué enterrado solemnemente en la iglesia de la Minerva, donde presto confirmó el Señor con nuevos milagros la opinion de santidad que habia merecido en vida. El año 1461 fué canonizada por el papa Pio II, con toda la solemnidad y pompa que correspondia á la singular veneracion y confianza que siempre han tenido todos los pueblos en esta insigne santa.

Adórase en Sena su cráneo, y en el convento de los dominicos de San Sixto de Roma una mano entera, como tambien un pié entero en Venecia en el convento de las monjas dominicas.

Es cierto que mucho tiempo antes de santa Catalina de Sena florecia ya en todo el orbe cristiano la tercera órden de penitencia del patriarca santo Domingo, por la vida ejemplar de un gran número de personas, que, sin encerrarse en el claustro, observaban con exactitud en el mundo la tercera regla de santo Domingo, acreditando así de una manera sensible que se puede vivir en el siglo y vivir como perfecto cristiano. Pero no se puede dudar que la alta reputacion de nuestra santa añadió un nuevo y brillante esplendor á esta congregacion, la que continúa en edificar al mundo con las eminentes virtudes que practican los que tienen la dicha de alistarse en

ella. Suelen en algunas partes llamar monjas de santa Catalina á todas las religiosas dominicas, cuyo sagrado órden es uno de los mas célebres que se veneran en la universal Iglesia, y es mucho mas distinguido por el resplandor de las virtudes en que se ejercitan las que le profesan, que por la nobleza y prendas naturales que las adornan, notándose en todo él una observancia constante, una virtud humilde, ejemplar y nada afectada, un grande espíritu de union, y una como innata aversion á todo lo que respira novedad perniciosa.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Catalina de Sena, del órden de santo Domingo, muy célebre por su santidad de vida y milagros, á quien puso en el catálogo de las santas vírgenes el papa Pio II.

En Lambesa en Numidia, la fiesta de los santos mártires Mariano lector, y Santiago diácono: el primero, habiendo ya confesado á Jesucristo y vencido los rigores de la persecucion de Decio, fué preso segunda vez con su ilustre compañero; y ambos, despues de haber padecido crueles é inauditos tormentos, durante los cuales fueron fortalecidos por dos veces con revelaciones divinas, fueron degollados en compañía de otros muchos cristianos.

En Saintes, san Eutropio, obispo y mártir, á quien el papa san Clemente consagró y envió á Francia, en donde predicé mucho tiempo; y habiéndosele machacado la cabeza por la confesion de Jesucristo, consumó su martirio.

En Córdova, los santos Amador presbítero, Pedro solitario, y Luis mártires.

En Novara, san Lorenzo presbítero, martirizado con dos niños que educaba.

En Alejandría, san Afrodisio presbítero, y otros treinta santos mártires.

En Efeso, san Máximo mártir, que fué coronado en la persecucion de Decio.

En Fermo en la marca de Ancona, santa Sofía, vírgen y mártir.

En Nápoles, san Severo obispo, el cual entre otras maravillas hizo la de resucitar momentaneamente á un muerto para convencer la falsedad de un impostor que repetia unos créditos contra una viuda y sus pupilos.

En Euria en Epiro, san Donato obispo, que vivió con gran reputacion de santidad en tiempo del emperador Teodosio.

En Londres, san Erconvaldo obispo, ilustre por sus milagros.

La misa es en honra de la santa, y la oracion la siguiente.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beatæ Catharinæ virginis tuæ natalitia colimus, et annua solemnitate lætemur, et tantæ virtutis proficiamus exemplo. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios todopoderoso, que pues celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurada vírgen Catalina, nos alegremos santamente con su anual solemnidad, y nos aprovechemos del ejemplo de su eminente virtud. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 10 *y* 11 *de la segunda de san Pablo á los Corintios, y la misma que el dia* XVII, *pág.* 432.

NOTA

« Empleó san Pablo cinco ó seis meses en la visita » de las iglesias de Macedonia, donde tuvo mucho » que padecer; pero le consoló Dios con la venida » de Tito, que le refirió el buen estado de la iglesia de

» Corinto, cuyos cristianos se habian ya separado del
» incestuoso. Volvió á despachar á Tito para dicha
» iglesia, y por él la escribió esta segunda epístola,
» en la cual perdona al que habia excomulgado en la
» primera, dando en ella saludables consejos á los
» Corintios, singularmente sobre la virginidad. »

REFLEXIONES.

¿Hay por ventura título mas tierno, mas glorioso ni mas respetable entre todos aquellos con que la bondad de Dios honra á las almas, que el título de esposa de Jesucristo? Pues este es el título y el privilegio de las vírgenes; ellas llevan escrito en la frente su nombre y el nombre de su Padre, para que se entienda que le pertenecen por un título muy especial; ellas cantan en el cielo delante del mismo trono un cántico casi nuevo, que nadie puede cantar sino las almas privilegiadas que nunca mancharon su pureza. Pero no es solamente en el cielo donde logra la virginidad auréolas y privilegios; aun en la tierra aquellas gracias de particular distincion, aquellos singularísimos favores, aquellos dones extraordinarios que pueden dispensarse en esta vida, están particularmente destinados para las vírgenes. Y aunque es cierto que Dios es liberal con las almas fieles en todos estados, las vírgenes parece que adquieren no sé qué particular derecho á su mas íntima comunicacion y á las mayores gracias.

Dabitur enim illi fidei donum electum (1): Dichosas, dice el Sabio, aquellas almas puras y sin mancha, que no permitieron se marchitase, ni aun se ajase jamás la flor de su pureza, porque ellas gozarán de una fe viva, activa y operativa. Ningun pecado debilita tanto la fe como el de la impureza.

(1) Sap. 3.

Herencia ordinaria es de las vírgenes un don de oracion y de contemplacion muy extraordinario. La carne embrutece el espíritu; la vista de Dios solo se promete á los corazones puros. Se admira la sequedad y la falta de luces espirituales que se experimenta en la oracion, sin advertir que la serenidad y el rocio pide calma. En las tierras húmedas y pantanosas siempre reinan las nieblas; ni el cielo se descubre nunca sereno sino cuando sopla el aire puro.

Experiméntase una fe lánguida y amortiguada, créese con poco fervor, y tal vez insensiblemente se duda de algunos artículos. ¡Qué mucho! ¿son acaso muy puras las costumbres? ¿está limpio el corazon? ¿ese cuerpo es templo santo del Dios vivo? Pues desengañémonos, que la fe se alienta con la pureza. Como la virginidad nos aproxima tanto al estado de los ángeles, tambien nos pone á cubierto de las tempestades que son tan frecuentes en el mundo. Manda Dios á Moises que pase á cuchillo á los Madianitas: pero le ordena que perdone á las doncellas. Son un misterio escondido á muchos las excelencias y los privilegios que goza la virginidad. Es un don de Dios; pero con este solo don, ¡cuántas dificultades se allanan, cuántas pasiones se vencen, cuántos monstruos se doman!

El que no tiene mujer, dice san Pablo, *atiende á las cosas que son del Señor, y cuida de agradar á Dios; pero el que la tiene, atiende á las cosas que son del mundo, y á los medios de agradar á su mujer, con lo que se hace preciso que su corazon esté repartido. De la misma manera, una mujer que no está casada, una virgen solo atiende á las cosas que son del Señor, para ser santa de cuerpo y de espíritu; pero al contrario la que está casada piensa en las cosas del mundo, y en los medios de agradar á su marido.* Si se penetrara bien el alma y el sentido de un razonamiento tan cabal como ver-

dadero, ¡qué efecto no produciria! ¡Y qué gracias no estarian dando á Dios continuamente aquellas almas privilegiadas á quienes ha favorecido con tan excelente don, aquellas personas religiosas á quienes parece que el mismo Señor ha separado de los demás para sí solo! ¡qué alto concepto formarian de la elevacion de su estado! ¡con qué cuidado, con qué vigilancia conservarian esta preciosísima flor! Porque en realidad ¿qué condicion hay mas dichosa, ni aun mas respetable en el mundo que la suya?

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* XVII, *pág.* 434.

MEDITACION.

DE LA MAYOR DESDICHA DEL HOMBRE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la mayor desdicha del hombre es ser reprobado, ser arrojado de la presencia de Dios: *Nescio vos.* La mayor felicidad del hombre es la posesion de Dios: ¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego su mayor desgracia es perderle para siempre.

El hombre fué criado únicamente para Dios: este es nuestro fin, este nuestra satisfaccion, este nuestro centro, sobre lo cual no hay mas que consultar á nuestro corazon. Despues de mas de seis mil años que todos los hombres trabajan en hacerse felices, ninguno ha encontrado hasta ahora satisfaccion llena y perfecta que fijase todos sus deseos; queda siempre en el corazon humano un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados; y esto es porque el hombre no fué criado para ellos. Es preciso que eleve á Dios todas sus ansias; y desde el mismo instante en que toma este partido experimenta en su corazon

una paz, un consuelo, una dulzura que no pudo encontrar en otra parte. Solo Dios es su fin y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida: ¿qué será en el cielo por toda la eternidad? ¡Allí cuando Dios se comunica amorosamente al alma; allí cuando Dios se entrega todo á ella sin reserva; allí cuando el alma entra, se engolfa, se anega, y por decirlo así, se pierde en la felicidad del Señor! Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha: pero concibe tambien por esto mismo que desdicha es perder á Dios, ser aborrecido, ser reprobado de Dios, ser objeto funesto de su odio y de su cólera: *Nescio vos.*

Aunque hubieras sido el mas grande monarca del universo, el hombre mas poderoso y mas feliz que han conocido los siglos; si en el punto que espiras oyes de la boca de Dios: *Nescio vos*, no te conozco, no sé quién eres, ni lo sabré, ni te conoceré jamás; siempre te mirarán mis ojos con horror, siempre serás abominable á mi corazon, siempre serás objeto de mi mas viva indignacion: *Nescio vos*; ¿qué comenzarás á ser desde entonces, y qué serás por toda la eternidad?

Caer en la desgracia de un padre, de un protector poderoso de quien pendia toda nuestra fortuna, de un amigo que era todo nuestro consuelo, es sin duda situacion triste y melancólica. Perder un pleito que arrastra tras de sí la ruina de toda una familia, incurrir en la desgracia del príncipe, y por esta desgracia perder la honra, los bienes, los empleos y la patria, parece que se debiera preferir la muerte á esta cadena de infortunios; pero en buena fe, ¿qué es todo esto comparado con la condenacion eterna? ¿Qué decretos de príncipe, qué sentencias de magistrado, qué públicos pregones pueden cotejarse con aquel *nescio vos* de un Dios justísimamente irritado?

¿qué rayo que mas espante, que mas aniquile, que mas desespere que aquellas tristes palabras?

Haced, Señor, que yo comprenda todo el sentido, todo el rigor de ellas, que guste en esta vida toda su amargura, para no oirlas jamás de vuestra boca por toda la eternidad: *Configе timore tuo carnes meas; à judiciis enim tuis timui* (1). Penetrad todo mi cuerpo de vuestro santo temor, para que este santo estremecimiento me libre de vuestros terribles juicios.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay en este mundo desgracia que no tenga recurso, infortunio que carezca de esperanza, ni trabajo que no pueda tener algun alivio; pero busca algo de esto en el sentido de aquellas terribles palabras: *Nescio vos*, no te conozco.

Si un tratado, si una importante negociacion se desbarata; si el comercio no sale como se piensa; si se perdió el tiempo y el dinero en una empresa considerable; si se frustraron las esperanzas de una rica herencia, si se perdió un pleito en que se atravesaban los mayores intereses; si por una injusticia manifiesta se halla uno despojado de todos sus bienes: cuando no haya otro recurso en esta vida, hay por lo menos el de que todo se ha de acabar presto con ella, y el pensamiento de la muerte consuela. Pero cuando se incurrió en la desgracia eterna de Dios, cuando se nos acabaron ya los amigos y los intercesores con su Majestad; cuando se cerró para nosotros el manantial de las misericordias; cuando se acabó ya el tiempo de toda gracia, y cuando ya no hay mas tiempo; cuando la espantosa eternidad sucedió á este corto número de dias que se perdieron; cuando se oye que Dios nos dice en el furor de su cólera, *no te conozco*,

(1) Salm. 118.

no sé quién eres; cuando ya desde aquel punto no se hace caso ni de los trabajos que padecimos, ni del bien que hicimos; cuando ya no hay que esperar compasion, no hay que esperar misericordia, ¿qué recurso tendremos? Lloraremos, gemiremos, nos lamentaremos, clamaremos, pero en vano; porque *Amen dico vobis, nescio vos.* Si hubiérais hecho la provision á tiempo; si hubiérais velado sin dormitar, ni estar ociosos; si hubiérais trabajado en vuestra salvacion mientras era de dia: os cogió la noche, os cogió la muerte, y ya nada se puede hacer.

Esa vida de veinte y cinco, de cuarenta, de sesenta años solo se te habia concedido para disponerte á recibir al divino Esposo. La incertidumbre de la hora en que habia de llegar pedia una continua vigilancia. No te bastaba ser vírgen, era menester aplicarte á cumplir con tu obligacion; tampoco bastaba tener las lámparas encendidas, era necesario tener provision de aceite. Te dormiste, vino el Esposo; advertiste que se apagaban las lámparas y que faltaba el aceite; quisiste acudir por él, pero ya era tarde. Un desmayo, un accidente hace clamar por un confesor, pedir los sacramentos, acudir á la penitencia; pero en medio de estas priesas, de esta turbacion, de estos sobresaltos y congojas llega el Juez. Clámase por tiempo para prevenirse; pero ¿ignorábase por ventura, que era necesario estar pronto para cuando el Señor llamase? Ciérranse con la vida las puertas de la misericordia: llámase á ellas, pero el Señor responde desde dentro: *Nescio vos*, no os conozco. Ya no es tiempo; la eternidad desdichada ha comenzado; y el mortal arrepentimiento, la desesperacion, la rabia, los tormentos que comenzaron ya, no tendrán fin.

¡Ah Señor! ¿qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿y qué equiva-

lente podrá encontrar por esta alma perdida? Asombro es ver á personas de buen juicio y de mucha capacidad, ocuparse en los negocios del mundo dias, meses, años enteros; separarse para esto de lo que mas aman, y aun privarse de todo gusto; cargar con la mortificacion de estar siempre metidos en las dependencias mas enfadosas; y salir del mundo sin haber pensado jamás seriamente á qué vinieron á él, ni dónde han de ir á parar cuando lo dejen. ¡Mi Dios, qué prudentes, qué discretos fueron los santos en pensar en esto toda la vida! No permitais, Señor, que estas reflexiones que acabo de hacer, sirvan solo para mi mayor condenacion y para mi eterna desdicha.

JACULATORIAS.

Ne projicias me à facie tua. Salm. 50.
Señor, no me arrojeis de vuestra divina presencia.

¿*Quò ibo à spiritu tuo, et quò à facie tua fugiam?* Salm. 138.

¿Adónde iré, Señor, si vos no me quereis reconocer por vuestro hijo? ¿en dónde me esconderé, si no me quereis sufrir en vuestra divina presencia?

PROPOSITOS.

1. La mayor desdicha del hombre en esta vida es vivir en pecado, y en la otra es morir en él. La pérdida de los bienes y de la salud, los mayores contratiempos, las adversidades, las persecuciones, las desgracias, ¿qué vienen á ser todos estos aparentes infortunios en el sentido mas natural? En suma, todo esto no suele ser mas que vivir uno con alguna menor conveniencia; bajar algunos grados mas respecto de aquellos que estaban al mismo nivel con nosotros; tener un protector, algunos amigos menos; ocupar el

último lugar en el concepto de los hombres; á lo mas es vernos despojados de todo aquello que fomenta la ambicion, nutre la concupiscencia, irrita las pasiones, y ser despojados pocos dias antes de llegar la muerte de todo aquello que la misma nos habia de arrebatar. Mas estar en pecado, es ser objeto de horror á todo el cielo, vivir en desgracia de Dios, merecer todos los tormentos eternos; y morir en pecado, es ser objeto de horror y de infamia, es ser un insigne facineroso, víctima triste de las llamas abrasadoras por toda una eternidad. No tengas horror á otra cosa que al pecado; no ceses de temer la desgracia de morir en pecado. Todas las demás cosas que se llaman aflicciones, desgracias, adversidades, miserias, todas tienen remedio; pero no hay consuelo, no hay alivio, no hay recurso contra la muerte en pecado. Procura que este horror y este temor no solo se te hagan familiares, sino como naturales; inspíralo á tus hijos y á tus criados, repitiéndoles continuamente aquellas palabras del Sabio: *Quasi à facie colubri fuge peccatum*: huid del pecado, como de una venenosa serpiente; porque, si os acercais á él, os asirá y os morderá: *Dentes leonis dentes ejus*; son sus dientes como dientes de leon, que despedazan las almas: *Quasi rhomphæa bis acuta omnis iniquitas*; todo pecado es como una espada cortadora de dos filos: *Plagæ illius non est sanitas*; y la herida que abre no tiene cura. Ten cuidado de que se pasen pocos dias sin repetir esta leccion á los que están á tu cargo, y tambien sin repetírtela á tí mismo.

2. De hoy en adelante guárdate mucho de abandonarte á excesos de tristeza y desolacion, cuando te suceda algun trabajo. Dios te quita lo que te habia dado, ó no te concede lo que no te debia, y quizá seria pernicioso para tí: ¿A qué vienen esos desconsuelos y esas quejas? ¿Qué agravio te han hecho en

negarte lo que no era tuyo? ¿Qué derecho tienen los hombres á las honras, á los empleos, á los bienes temporales que pretenden? No te aflijas, pues, sino por el pecado; y cuando te suceda algun contratiempo, consuélate pensando que no es pecado. Por molesto, por trabajoso que sea lo que te sucediere, pregúntate á tí mismo con el Profeta: *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?* Alma mia, ¿porqué estás triste? ¿porqué te afliges y me turbas? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este infortunio no es pecado; por esta desgracia no he perdido la amistad de Dios. Pues, *quare tristis es?* ¿Porqué he de afligirme ni desconsolarme por un accidente que al cabo no es ningun mal? No pocas veces puede mas la tristeza que las máximas de la religion; pero por pocas reflexiones cristianas que se hagan, se disipa la tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; el colmo de todos los males, el mayor y mas terrible es morir en pecado. Sea esta verdad la materia mas comun de nuestra meditacion.

FIN DEL MES DE ABRIL.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE CUARTO TOMO.

FIN DE LA TABLA.

POISSY. — TIP. Y STER. DE AUG. BOURET.